

DEE

CANTABRIGIA

D. José Simón Gacáiga



J. P. e

De Cantabria

R-3644

Sig. SC
34



J. P. Cabarga

47

DE CANTABRIA.

LETRAS.—ARTES.—HISTORIA.

SU VIDA ACTUAL.



SANTANDER.

Imprenta y litografía de EL ATLÁNTICO,

PLAZA DE LA LIBERTAD, NÚMERO 1.

1890.

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.



ESTE no es un libro: es una débil manifestación de cariño con que honran á su tierra y madre los artistas y los escritores montañeses.

De unos y otros hemos recabado fácilmente una muestra de sus talentos, de su amor patrio: al reunir aquí todas solo nos proponemos rendir un tributo de admiración á la *Montaña*—no historiarla ni describirla, no contar sus glorias pasadas y sus trabajos presentes, no probar los méritos de sus hijos mejores, que de antiguo, con otras obras, los han probado fuera de la tierra nativa.

Nuestra tarea ha sido modesta; nuestros fines lo son también: si de algo nos sentimos orgullosos es de tener que agradecer á nuestros ilustres paisanos la buena voluntad, la superior inteligencia con las que han avalorado nuestra obra—ensayo de otras más difíciles—que dedicamos humildemente á nuestra provincia, deseando que no se vea en aquélla más que los entusiasmos, el corazón de sus hijos.

Los Editores.



INTRODUCCIÓN.



FUENTE DE VIDA, ¡OH LUZ! exclama don Alfonso el Casto al fundar, hace más de mil años, la catedral de Oviedo y referir los primeros pasos de la restauración de España; como pudo exclamar Adán al abrir los ojos en el Paraíso y entonar el primer himno al Autor de la luz y de la vida.

Y como Dios empezó la creación separando la luz de las tinieblas, toda historia debe empezar moral y materialmente siguiendo las huellas de esta luz que ilumina nuestras almas, y del sol que calienta nuestros cuerpos, hace hervir nuestra sangre y difunde la raza humana por el mundo.

Así para mí es indudable que los países cálidos fueron poblados antes que los fríos, y el Oriente antes que el Occidente de nuestro hemisferio; según lo fueron permitiendo los mares y los ríos caudalosos, los bosques y las cordilleras de montañas, y los medios que esta alma humana, destello de la eterna luz, fué discurriendo para dominar la tierra y los animales que la poblaban.

El primer elemento de que se valiera debió ser el fuego, es decir: la luz y el calor artificial. La fábula de Prometeo acaso fué historia; porque viendo arder algún bosque incendiado por el rayo discurrió añadir leña al fuego y perpetuarle, para hacer huir las fieras como había huído él mismo al estruendo y llamas del terrible mensajero de Dios. La institución de las Vestales; el terror general, si dejaban apagar el fuego sagrado; la santidad del hogar en cada familia y la hospitalidad al forastero, probablemente fueron en su principio necesidades de la vida doméstica, en los países de la zona templada, donde había plácido verano, pero también crudo invierno.

Mas el hombre destruye mucho y, después de ser frugívoro y cazador, como Alejandro Selkirk,

el verdadero Robinsón, en la isla de Juan Fernández, debió discurrir hacerse aliados y auxiliares entre aquellos animales cuya caza no le bastaba, y domesticarlos con beneficios, más que con la fuerza, para tenerlos en mayor abundancia y siempre á su disposición. Amigo el hombre del perro, durmió con seguridad y fué dueño del rebaño; tuvo leche y carne para alimentarse, lana para vestirse y pieles con que hacer su calzado y cubrir sus tiendas. Montado en el caballo y guiando una piara de ganado vacuno pudo ser dueño del mundo, por donde quiera que pudo sentar el pié, como el gaucho en las Pampas de la América meridional.

De esta manera hubo de poblarse nuestra Montaña, porque así viven todavía algunos de sus habitantes; así vivían indudablemente la mayor parte de los de España, no hace muchos siglos, y en los más remotos de que hay memoria. El gineete en pelo blandiendo su lanza, que se ve en las medallas de letras desconocidas llamadas celtibéricas, es el abuelo del que derriba toros en las dehesas y alegra nuestras plazas con la diversión nacional; del guerrero que venció en las Navas y dominó en medio siglo al Nuevo mundo. El vaquero del valle de Cabezón, que sube por el verano á los puertos de Campoó, llevando sobre mal rocín su hatillo; el campurriano que, todavía en el siglo anterior, bajaba en cambio á invernar en los valles de la costa, con avío semejante y sin más limitación que andar una legua al pié de la nieve, son hermanos; eran unos mismos, cuando á fines del siglo X concedía el conde don Sancho de Castilla á los ganados de la iglesia de Cervatos y del monasterio de Oña que pudieran ser apacentados, *como los del mismo conde*, desde las cumbres al mar; desde el confín de Asturias, demarcado por la naturaleza en las peñas de Europa y en las aguas que de ellas descienden, hasta cerca del confín de Vizcaya, no menos demarcado aún por el vascuence. Así les importaban poco las algaradas de los sectarios de Mahoma, porque, emboscándose, ponían en seguridad lo suyo y podían decir: «*A más moros, más ganancias*», lidiando sobre lo ageno.

De donde vinieron los primeros habitantes y como se llamaron, es lo que con seguridad no se atrevió á decir el mismo César Cantú, César de

los historiadores, de su patria Italia: hermana en esto, como en todo, de nuestra península. «Hay quienes creen, dice, (III, p. 390) que la civilización de los griegos, como la de los etruscos, procede de los pelasgos, ó, hablando con más generalidad, de una fuente oriental común, lo cual explica las semejanzas; pero sostienen que la Italia precedió en la vida social á la Grecia» (Habla un italiano). Sin embargo, en la página siguiente añade: «Pudiera ser que tanto los maestros como las obras griegas procediesen de Italia, pero nada excluye la suposición contraria.»

«Derívase, dijo poco antes, el alfabeto de los etruscos de la fuente común á todos los de Europa, el de los fenicios, que escribían de derecha á izquierda.»

Con más franqueza diré yo que sabias investigaciones, posteriores á Cantú, han demostrado que todas las lenguas europeas, por no decir de todo el antiguo continente del lado de acá del Ganges, proceden del sanscrito, ó lengua sabia de la India, ya sin uso vulgar, como el latín. Y si todo nos vino de Oriente á Occidente, y apenas se conciben artes sin letras, que transmitan y perpetúen el saber de unos á otros, en el camino, sea por mar ó por tierra, desde el fondo del Mediterráneo donde está la Fenicia (tocando al Egipto y al Asia cunas más antiguas que conocemos de toda civilización) antes se halla Grecia que Italia. Y por lo que á nosotros atañe, sin precisar tanto los hechos, se puede afirmar, como ya he dicho antes de ahora y más de una vez, que España fué poblada, como lo naturaleza, la razón y las tradiciones nos dicen, por dos corrientes paralelas de tribus asiáticas ó Jaféticas: una que vino por las orillas del Mediterráneo, llamándose por tanto *iberos*, esto es *riberenos*; debiendo llegar antes, por la abundancia y facilidad del camino; y otra que se inclinó más al Norte y á las montañas, llamándose de ellas, ó de su larga cabellera, *gwell*, adecuada al clima, *celtas*. Que una de las últimas avenidas de éstos se mezcló á la fuerza, ó de grado, con los iberos, estableciéndose con el nombre de *celtiberos* en la cuenca media del Ebro principalmente, cosa es generalmente reconocida como histórica. Pero hoy añadido que tal vez el nombre de celtiberos, sobre que se fundó esta hipótesis, no confirmada con hechos ni diferencias esenciales en el modo de vivir, procede más bien de la situación que de la mezcla de los *celtas del Ebro*; así como el nombre *cántabros*, que San Isidoro dijo proceder de una ciudad y de su inmediación al Ebro, procede también de la situación y de los nombres célticos *kent* (roca ó rincón) y *aber* (agua) dado primitivamente al río que los romanos llamaron *iber*; porque la palabra *civitas* ó *urbis*, usada por San Isidoro, no significa *ciudad* (que nadie ha conocido con el nombre *kent* ó *canta*) sino el conjunto de habitantes (*cives*) en una comarca determinada. En este sentido escribió César de las ciudades de Suiza con quienes guerreó, que no eran sino tribus de pastores, como los *cántabros*, habitantes de las rocas ó montañas del Ebro.

El hecho indudable es que los primeros que escribieron de España fueron griegos, y tanto ellos como los fenicios hallaron una población indígena, rica en ganados principalmente, como los bueyes de Gerion; que tenía leyes en verso, como los Turdetanos; ó cantares, que viene á ser lo mismo, con que los celtiberos rendían culto al Ser Supremo, bailando á la luz de la luna llena. Otro hecho histórico, que los griegos nos transmitieron, es que los españoles primitivos traficaban entre sí dándose pedazos de una lámina de plata (ú otros metales) lo cual muestra que hacía poco fuera poblada la península por pueblos pastores, que empezaban á ser industriales ó comerciantes, con poco más de labradores, cuando fueron conocidos y visitados casi simultáneamente por los navegantes griegos y fenicios; viniendo unos por el Oriente, costeano la Italia y las Galias, y los otros por el Sur, costeano al Africa. Así lo prueban las primitivas colonias y monedas fenicias de Cadiz, Málaga y Abdera, encontrándose con las griegas de Marsella, Ampurias y Denia en la costa oriental de la península, y no pasando las unas del confin de las otras.

En esta región montañosa del Norte de la península penetró antes la civilización griega, remontando el curso del Ebro; siguiendo después la orilla del mar Cantábrico, y la vertiente meridional de la cordillera que á él vierte aguas por el Norte. Así hallaron Mela y Strabon costumbres griegas desde el Pirineo á lo último de Galicia, y aún en la Cantabria, independiente hasta el tiempo de Augusto. Y todavía se conservan en algunos de nuestros valles los epitalamios, en las bodas, y lamentaciones fúnebres por los difuntos, como en tiempos de Strabon, y como en Grecia hoy mismo.

Desde este período, en que empieza á ser clara nuestra historia y tan célebre que excuso repetirla una vez más, se diseña el carácter de la Montaña. Somos más greco-romanos que los vascongados, apegados á la rudeza y language célticos; menos godos y menos suevos que los asturianos y gallegos, influidos por estas dos razas, que tuvieron allí sus tronos. Aún en lo político, manteniendo nuestro modo de ser patriarcal en las behetrias, por lo menos hasta el siglo XIV, adoptamos más del espíritu republicano de Grecia y Roma, que de la organización y despotismo militar de las hordas del Norte. Sin embargo, no menos guerreros que ellas, combatimos en la Galia Céltica contra César, por el gusto de combatir y para conocerle; aprendimos con Sertorio la táctica romana, para combatir á Roma, y guerreros tuvimos que no quisieron sobrevivirle. La religión cristiana nos enseñó que había más valor en sufrir cada uno su cruz, que en morir cantando, crucificados en ella, como los *cántabros* prisioneros de Agripa; despeñados, como los viejos; ó en el suicidio á la manera de Numancia. Fuimos, después, hispano-romanos, para resistir á los godos; y cuando éstos fueron debelados por los bárbaros del Sur que acaudillaba Tarif, nos unimos en Cova-

donga todos los cristianos. Repoblamos los montañeses poco después á Brañosera, en medio de los osos y demás caza con que vivieron los primitivos cántabros; volvimos á establecernos en Amaya, destruída por el godo Leovigildo; en Castrojeriz, en Burgos, en todas las llanuras inmediatas á nuestras montañas; escalonando de peña en peña y de cerro en cerro aquellos castillos y constancia en defenderlos hasta morir, que dieron nombre y ser á la Vieja Castilla: dimos cimiento, solar y dinastía indígena á la monarquía preponderante, en la península, primero; y en todo el mundo, después, acabando de descubrirle y rodearle. Sí; la monarquía de España fué restaurada por don Pelayo, pero su dinastía concluyó en su nieto Alfonso el Casto; y aún la cántabra de donde salió su yerno Alfonso I no pudo fijar su asiento más adentro que en León y Zamora. La de los Condes pobladores de Brañosera, de Burgos, de Sepúlveda; la que combatió junta con la leonesa, en Simancas, y sola en las márgenes del alto Duero; la que logró la última y decisiva victoria sobre *El Victorioso* (Al-Manzor) caudillo de los árabes y entró la primera en Córdoba, su capital, fué la de Nuño Nuñez y Nuño Rasura, especie de Cónsul y Juez de Castilla con el abuelo del Cid; la de Fernán González y Sancho García. El primer Rey de Castilla fué antes su Gobernador, como nieto y heredero de este último Conde. Tales fueron los nietos del que pobló á Brañosera, sin pedir á sus pobladores más de lo que á buena voluntad quisieran darle, de los despojos de la caza, ó guerra, que hacían en común, á la manera de las behetrias. Así se extendieron éstas por Castilla la Vieja, hasta el Duero; porque á un tiempo mandaba Fernán González en Burgos y en Carrión, en San Estéban de Gormaz, en Santillana de las nueve Villas y en Santillana de la Mar.

Pero al mismo tiempo que Castilla, nuestra creación, se engrandecía, volvía á ser una de sus partes, *la Montaña*. Por eso conservamos este nombre antonomástico; así como cuando se decía, ó dice, las Cuatro villas del Mar, se entienden los cuatro principales puertos castellanos: Santander, Laredo, Castro-Urdiales y San Vicente de la Barquera. La naturaleza nos separó de las llanuras; nuestro modo de vivir expansivo y nuestra habla de los vascongados, cerrados siempre en su concha y su vascuence. El grande estuario que separaba los Cántabros de los Astures, ó sea la ría de Tina-mayor, tocando casi á las Peñas de Europa, nos separan todavía de nuestros vecinos al Occidente, bien que nuestra parte más inmediata se llamase Asturias de Santillana, en algún tiempo, y se asemejen nuestras costumbres y lenguaje más que á las de otra provincia alguna. De la ganadería vivíamos, principalmente; y de ella vivimos y viviremos, sin esquivar ningún otro género de trabajo, ni el mayor de todos: dejar la patria, para buscar en otras regiones lo que esta madre querida no puede darnos.

La primera fase de esta evolución con qué la Cantabria pastoril y guerrera se hizo también in-

dustrial y comerciante, tuvo lugar á fines del siglo XII; y, como en otras naciones de Europa, por el grande y providencial acontecimiento de las Cruzadas. Cierto que en la época hispano-romana conocimos la navegación, y la bahía de Santander fué el Puerto de la Victoria de los juliobrigenses; en sus márgenes se han hallado recientemente monedas, mosaicos y termas de los caudillos romanos; pero estos mismos nombres y restos indican una navegación y un lujo exclusivamente militares, como militar era la vía que unía ambos puntos, y se prolongaba por la costa, pasando la ría de Santoña en Treto (*Trajectum*, como el del Rhin se llama Utrech) y terminando en la de Bilbao, á cuya margen, sea la que fuere, debemos situar á Flaviobriga. La caída del imperio romano casi borró del todo estas huellas de su dominación, y solo después de la primera Cruzada, el primer arzobispo de Santiago trajo constructores navales de Génova, para defender su diócesis de los piratas moros. Solo cuando tuvimos que traer, ó nos trajeron los catalanes, por mar, desde Barcelona, la emperatriz doña Berenguela, para casarse en Saldaña con Alfonso VII; cuando, pocos años después, nuestro Conde don Rodrigo González edificó un castillo frontero de Ascalón, en la Tierra Santa; sobre todo, cuando Alfonso VIII, además de incorporar Alava y Guipúzcoa en el reino de ambas Castillas, tuvo pretensiones fundadas y aún alguna dominación en Guiena, como yerno de su última Duquesa soberana, Doña Leonor, que acababa de dar las *Leyes de Oleron* fundamento de la legislación mercantil de estos mares, se repoblaron el Puerto de la Victoria, bajo el nombre de Sanct-Ander ó Sant-Andrés; (1) el Vereasueca junto á la hermita de San Vicente de la Barquera, todavía existente en la punta que divide en dos su ría; y, enfrente de la población eclesiástica de Santa María del Puerto, desembocadura del Asón, ó *Sanda de Plinio*, la pescadora y mercantil de Laredo: todos en espacio de pocos años y con los mismos fueros, poco más ó menos, que San Sebastián de Guipúzcoa.

Abierta esta nueva vía, el genio atrevido y emprendedor de los montañeses de Castilla tardó poco en convertir sus gigantes robles y encinas, de que aún quedan algunos restos en Liébana y junto á la hermita de la Virgen de la Barquera, en fuertes naves, tan prontas al combate, como á la pesca y tráfico; pues ya en 1241 dió San Fernando al Concejo de este San Vicente el privilegio singular y absoluto de no pagar portazgo, esto es: derechos de puertas ó consumos, en todos sus Reinos; sin duda por lo que le ayudaron á conquistar el de Murcia, donde apenas resistió sinó Cartagena. Siete años después, la Reina del Guadalquivir, partida en dos por las naos castellanas

(1) Nombre del barrio realengo, probablemente, que se estableció más cerca del mar y de la ermita de San Andrés que el abadengo, establecido á la inmediación de la iglesia mayor, y de donde acaso vinieron los nombres y rivalidad de los cabildos de mareantes de la *calle Alta* y de *Abajo*.

que salieron de Santander bajo el mando de Bonifaz, entregaba á la cruz su Giralda; su Torre del Oro y todas las riquezas acumuladas por los Ben-Abbed, á los marinos y guerreros de Castilla y León. Acaso un vate montañés, que cantaba y combatía como el poeta del Cid, fué el que celebró esta empresa en un romance mono-rimo, semejante al que tenía Vivar y hoy tiene malamente quien yo me sé; romance (el nuestro), ya enteramente perdido, á no ser en su principio, y nuestro título más claro á esta gloria, que tantos puertos vascongados, asturianos y gallegos nos disputan. Este principio se conservó por dos testigos mayores de toda excepción: el vascongado Lope Martínez de Isasti, en su compendio historial de Guipúzcoa, y el célebre arcipreste de Hita, imitador, cuando no traductor desvergonzado, de lo peor de Ovidio, en su jocoso combate del Carnaval y la Cuaresma. Cita el primero, como romance compuesto á la conquista de Sevilla, el que empezaba:

De Santander salieron—las langostas bermejas.

Y parodió el arcipreste algo más, de lo que se cantaría íntegro entonces, diciendo:

«De Sant Ander vinieron—las bermejas langostas;

Traían muchas saetas, en sus aljabas postas;

Fasian, á D. Carnal, (á los moros) pagar todas las costas;

Las plajas, que eran anchas, fasiansele (facianles) angostas.»

Desde aquella conquista y de los privilegios que en premio se nos dieron en aquella ciudad, semejantes al de San Vicente de la Barquera ya citado, y que en muchas confirmaciones Reales he visto inserto, debe venir la costumbre de ir los montañeses á ejercer el comercio por menor en Sevilla y su antiguo Reino, aunque antes hallaban en su camino, hecho hasta mis días cabalgando los Reinos de Jaen y Córdoba. Porque, no concediéndose á otros nacionales, ó extranjeros, por todo aquel siglo y los siguientes la exención de derechos de puertos sinó con excepción de Toledo, Sevilla y Murcia, claro es que ninguno podía competir en estas ciudades con los exentos de tales gabelas, siempre tan aborrecidas del contribuyente como fructuosas á los manejanteros. Y, tal es la fuerza de la costumbre y de antiguas relaciones que, aunque ya todos contribuyen igualmente, aún van muchos de esta tierra á Andalucía, y son llamados *sevillanos*, aunque vayan á Cádiz, San Fernando, Jerez, ó San Lúcar.

En el siglo siguiente no se mostró menos el espíritu guerrero y atrevido de los montañeses, disputando á Inglaterra, según confesión de su Rey Eduardo III, el imperio del mar; pero malogrando mucha sangre en guerras civiles, á que dieron lugar las desgracias dinásticas, siempre desgracias nacionales. La muerte prematura del primogénito de don Alfonso el Sabio puso el cetro en la mano firme, pero también prematuramente yerta, de Sancho el Bravo. No fué más dichoso

su hijo el *Emplazado*, ni el hermano de éste el Infante don Pedro I, á quien dió el señorío de esta tierra; porque, habiendo quedado niño de un año don Alfonso XI, dice su crónica que el Infante don Pedro, cuando se convocaron Cortes á Palencia: «fué camino de Asturias, á Sanct Ander, á guisarse é sacar la mas gente que podiese, para venir á estas Cortes,» donde le disputaban, no solo la tutela, que él no quería disputar á su madre y abuela del Rey, la grande y experta doña María de Molina, sinó el ser su brazo derecho, como de derecho le tocaba, como hermano mayor sobreviviente al Rey difunto, y pariente más próximo que los Infantes don Juan y don Juan Manuel, que también tenían sus valedores. Y añade la crónica que trajo doce mil hombres de pié, con muchos caballeros, y cuando vió á sus contrarios juntos: «quisiera embaratarse con ellos, sino por la Reina su madre, que ge lo partió por muchas veces.»

Acaso no fuera peor, que morir, pocos años después, en la vega de Granada, con su rival el Infante don Juan, por no sufrir tantas cabezas el desmandado ejército; ni tan malo, como remediar don Alfonso XI, con el asesinato de don Juan *el Tuerto*, las traiciones de su padre y de él: mandar asesinar al Valido que le aconsejó el asesinato, y dejar impune el de otro mejor consejero, amigo y testamentario del Infante don Pedro, Garci Lasso de la Vega, primero de este nombre y de esta familia; que, desde entonces hasta nuestros días, fué la primera en la Montaña, unas veces con razón, y otras á tuerto.

Con razón, cuando sus hijos Garci Lasso y Gonzalo Ruíz de la Vega dieron los primeros golpes en la última gran batalla de la Restauración, pasando los primeros el río Salado. Con justicia, cuando su nieto, Garci Lasso el Joven, murió el primero en la batalla de Nájera, afrontando el primer ejército extranjero que quiso ser árbitro en nuestras discordias y gozar, como botín, á Castro-Urdiales y Vizcaya, como hoy goza á Gibraltar y pretende gozar el Africa portuguesa, después de engullir el Egipto y la India; sin recordar cuan efímeras han sido otras pretendidas dominaciones universales. Y con razón, justicia y gloria, cuando el primer Marqués de Santillana, y su hijo el primer Duque del Infantado, ganaron estos títulos peleando en primera fila, con su mesnada de montañeses, al lado de sus Reyes; cuando no ganándolos el trono, como paladinamente dan á entender los Reyes Católicos en la concesión del Ducado, fecha «*en nuestro Real sobre Toro*,» y al frente del ejército portugués, que entonces no aceptó la batalla, y nada ganó con esperarla un año después, en el mismo sitio.

Pero á tuerto se apoderaron de esta tierra, que protestaba y quería no tener otro Señor que al Rey. A tuerto entró el Duque en Santander, cuando no era más que Diego Hurtado, y como tal fué rechazada su agresión. Y si no fué vencido en el famoso pleito llamado de los Nueve Valles, fué porque ganó otros con mejores títulos y por tran-

sacción con los Marqueses de Aguilar, Condes de Castañeda, cuando ya el Señorío apenas era más que un título vano, desde que de sus tribunales se podía apelar á la Real Audiencia, y los Reyes, desde una Reina inmortal, eran demasiado Reyes.

Por entonces se abrieron al genio de los montañeses teatros más amplos y dignos. El descubrimiento de América puso el nombre de Juan de la Cosa junto al de Colón y los Pinzones. Juan de Escalante, en Veracruz; Pedro de Limpias, en Venezuela; otro Garcí Laso, padre de Garcí Laso el Inca, en el Perú, figuraron en primera línea con los Pizarros, Cortés y otros de los primeros descubridores y conquistadores. No mucho después, «en la más alta ocasión que vieron los pasados siglos» al decir del Manco de Lepanto, mandaba la galera *Ocasión* Pedro de los Ríos; (que no se si era el que treinta años antes disputaba esta torre en que escribo á mi 8.º abuelo) y fué su galera de las de la escuadra del socorro, que mandaba el Marqués de Santa Cruz y socorrió á la Real de don Juan de Austria, rescató la Capitana de Malta, rendida por Uluch Alí, Dey de Argel, y la ahuyentó, en unión con don Juan de Cardona, que de quinientos españoles que embarcó, del tercio de Sicilia, solo quedaron cincuenta sanos, y de los oficiales, ninguno. Y en la más triste desgracia de la Armada Invencible, donde nadie fué vencedor sinó el mar, Santander acogió las tristes reliquias, con el jefe Duque de Medina Sidonia, y empezó á ser conocido como el puerto mejor de nuestra costa. El comercio de América le hizo después rico; el P. Rábago, catedral; don Juan de Isla fundó en la bahía su Astillero celebrado, y otros montañeses que excuso nombrar, porque son de este siglo, han hecho, hacen y harán, que la Montaña, y su capital principalmente, no degeneren de sus antepasados.

Esto es lo que históricamente ha sido y espero ha de ser la Montaña. Lo que *es* pertenece expresarlo á otros Maestros de la palabra y del pincel, sagaces observadores, enamorados retratistas, de nuestra tierra y costumbres. Sin embargo, en obsequio de los que quieran ver por sus ojos y palpar con sus manos, yo les serviré de guía, ó de atalaya, porque como Ercilla puedo decir:

Pisada en esta tierra no se ha dado
Que no haya sido por mis piés medida.

¿Queréis verla toda, como en lienzo panorámico? Subid á los picos de Sejos y especialmente al que la tradición llama Peña-labra (otro sinónimo de *Montaña del Ebro*) y yo llamo de los tres mares, porque en él acaba, como en cuchillo aguzado, el valle de este río, y empiezan los del Pisuerga y Nansa, que llevan sus aguas á Tortosa, Oporto y Tina-menor; es decir: al Mediterráneo, al Atlántico occidental y al del Norte ó Cantábrico. Desde allí, si quereis admirar la Naturaleza en todo su salvaje esplendor, teneis en frente las rocas siempre nevadas en que salta la gamuza, más abajo el verde oscuro de los robledos y des-

pues el claro de las hayas; en fin, el profundo oasis liebanense, donde la vid y el olivo vegetan al aire libre, como en Andalucía; como en Rioja y Aragón, cuyas cumbres divisáis por el otro lado, siguiendo la ondulante marcha del Ebro. Si miráis al Norte, no se detiene vuestra vista hasta nuestro mar, hasta el Cantábrico tremebundo, que también lame plácido algunos rincones en que el naranjo ostenta su dorado fruto, como en los vergeles de Valencia. En fin, si miráis al Mediodía, la inmensa y severa planicie de la Vieja Castilla parece en armonía con la abierta franqueza y constancia castellanas, sin límite alguno á sus empresas, como no le hallan los ojos á sus miradas.

Hermosa cátedra, para una lección de Historia montañesa; libro siempre abierto para el que le sabe leer. Aunque lejos, se distinguen la roca tajada que permite cerrar con una portilla el puerto de Aliba y el despeñadero en que vino á concluir la oleada mahometana rechazada de Covadonga. En esa hoyada montuosa se forjó el rayo de la resistencia que, asomando de Liébana á Pernia, dió principio en la peña de Tremaya á los castillos de los Beni-Gómez, de los Condes de Saldaña y Carrión, unas veces aliados, otras enemigos de los de Castilla; algunos, bien quistos de las hermanas de Alfonso el Casto y Alfonso el Bravo; otros no tanto, de las hijas del Cid. Y al cabo de muchos siglos, en este mismo que acaba, fué Liébana otra vez refugio de los montañeses independientes, y núcleo del 7.º ejército, que venció en San Marcial, y pagó en Tolosa la visita de Napoleón á Madrid; la presurosa marcha de su más hábil teniente Soult, por estos montes.

¿Veis al Este, después de Reinosa y de la pantanosa llanura de la Vilga, donde las aguas parece que estuvieron indecisas hacia donde habían de correr, una montaña bruscamente cortada como por la mano de un titán, dejando aislada una puntiaguda cumbre? Aquel es el cuerno de Bezana, y á su mismo pié hay otras dos maravillas naturales: la cueva de Sotos-cueva, cuyo fin nadie ha tocado, porque probablemente acaba en maravilla mayor; en inmensa bóveda y subterráneo lago, donde se hunden las aguas de todo aquel valle, al pié de la cueva, de un molino, y de la montaña, de donde las aguas parece que debían salir, en vez de entrar. Allí hubo otra batalla como la de Covadonga, y en aquel mismo siglo; aunque no fué tan celebrada, porque los moros cordobeses fueron vencedores y probablemente las profundidades de la cueva albergan multitud de mártires de nuestra independencia y fé, en cuya memoria y honor se celebra allí misa con frecuencia, se hacen todavía las Juntas de aquella antigua merindad, hoy municipio, y se congrega el 11 de junio una multitud, que á campo raso oye la misa, escucha un sermón, para el que se buscan pulmones más que ciencia, y después se traban otras lides más agradables, en ligereza y gracia, donde Pas y Espinosa de los Monteros, nombres gratos á la Montaña y conocidos en cabañas y palacios, manifiestan otras bellezas no menos admirables que

la cueva, donde con ellas quisiera verse cualquier pecador, como Eneas con Dido.

Al pié de esa otra sierra que se desprende hacia el Sur y vuelve al Este, encadenando al Ebro, está Brañosera y poco más abajo Aguilar de Campóo; la manida de osos y el nido de águilas, principio de otro raudal de hombres no menos fieros, que, después de asolar al mando de Alfonso I los campos Góticos, fueron repoblándolos lentamente de castellanos, como dijo Fernán González:

Villas y castillos tengo;
 Todos al mi mandar son;
 De ellos me dejó mi padre,
 De ellos me ganara yo.

Ese otro que se ve muy cerca, en el fondo del valle de Campóo, junto á la villa de Argüeso, ya no es de aquella época; es un castillo frontero de los Mendozas, dueños también de la *Torre de la Vega* y del castillejo de Potes, contra los Manriques, Marqueses de Aguilar. Unos y otros, descendientes de Reyes y rivales en su servicio y favores, derramaron su sangre juntos en Aljubarrota; tuvieron por abuela común á la hija del último Garci-Laso, y pelearon sobre su herencia.

Pero no toda belleza es natural, ó antigua, en este país; algunas hay modernas y debidas á la mano del hombre. Desde aquí se ve cruzar su espíritu de fuego tajando el cerro donde estuvo Julióbriga, horadando montañas como el rayo; y, siguiendo con la vista su penacho de humo, que ondula y desaparece por los valles como entre las olas del mar, se divisa en la playa el fin del viaje; el non plus ultra de la actividad humana, en aquellos altos palacios y mansiones flotantes que con ellos quieren competir. Es Santander, son las casas del Muelle y los vapores transatlán-

ticos. Cuando mi vista no se hallaba tan cansada de llorar, más que de escribir y leer, contaba, una por una, y me decía cuál era la casa del Pasiego, cuál la del Café Suizo, hoy de D. Claudio López, hermano del primer Marqués de Comillas; cuál la nave que, por contar á miles las toneladas, no podía pasar de los castillos; y, descollando sobre todas, la casa de Dios, la catedral. Aún más lejos divisaba los buques pequeños ó grandes que al puerto se dirigían, trayéndonos las producciones de todo el mundo y especialmente, del que descubrimos y civilizamos, el maíz y las patatas que remedian el hambre del pobre aldeano, y las bebidas aromáticas que despiertan la gula del rico, vigorizan el estómago del obrero encerrado en su taller, y entretienen la ociosidad del que no sabe que el trabajo es la mejor salsa y más pura diversión.

Con estas vistas soñaba yo cuando me cansaban las de la Plaza de Oriente y la Puerta del Sol, el teatro Real y los santuarios (¡con qué pocos santos!) de las leyes y ciencias; cuando me aburrían, sin el sol de España, los mentidos Campos Elíseos, los célebres bulevares entapizados de negro barro, y todas las bellezas artificiales de París; cuando me gustaban las orillas del Miño y del Nalón, pero no eran las del Saja y el Ebro. Con éstas soñaré cuando mis ojos ya no vean, y mi corazón dé el último latido y mi alma á Dios, como suspiró Lista:

Durmiendo, anciano, á la sombra
 Dó, pequenuelo, jugaba.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

Torre de Proaño, febrero de 1890.



AMÓS DE ESCALANTE (JUAN GARCIA)

Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es Salustio....

SAAVEDRA Y FAJARDO.—(República Literaria.)

SI ha de ser retrato, no ha de ser cuadro de otra especie, ni crítica literaria; y así más bien hablaré del hombre que del escritor, por más que, como hombre yo que no entiendo bien estas diferencias, incurra á veces en mezclarlos á ambos.

Témome además, de abrir sus libros, caer, si no en su enojo, que no ha de guardarle para desaciertos de principiantes, al menos en su desaprobación: y esto sentiría más que nada. La idea de que se roba á tales libros, de una belleza eterna, mucho del tiempo concedido á otros famosos por el momento, me llevaría ahora como otras veces, no á exagerar el concepto, pero acaso á impedir á las frases la seriedad y templanza que han de mostrar si quieren ser tenidas en cuenta.

Ya él lo ha reprendido: "Ellas le llevan al espejismo, á la hipérbole, que van lastimosamente inficionando la antigua seriedad y prudencia de los cántabros... Su fantasía... va á posar el vuelo en algo que la común opinión estima merecedor únicamente de *alto silencio y perdurable olvido.*"

Que bien podrá ser como él lo dice; pero convengamos en que no siendo la fantasía cosa nacida para llevar, sí para ser llevada, no es fácil enmendarle el vuelo después que acertó á rendirle sobre éste ó el otro campo escogido entre todos, y cuya hermosura realizada se aviene y casa también con las vagas aspiraciones que de aquella fantasía son alimento.

Yo, de todos modos, dejo ya al mundo que estime como quiera á este escritor cuya lectura es mi gloria, y me doy á leerle en voz baja. Cada día que pasa me persuado más de que éstas son defi-

ciencias del mundo y no del autor, del oído y no de la voz; pero á par que crece el concepto en que le tengo, mengua lastimosamente el en que me tengo á mí, y así hasta van perdiendo de su fuerza mis anhelos para llegar á escribir bien y á tener voto en tales materias para despertar la afición á mi poeta,

* *

No quisiera yo que fuera á resultar este retra-



to como algunos al óleo que yo he visto, en que era tanto de lienzo lo que ocupaba la firma, ó con tan poca oportunidad iba colocada, que alcanzaba á destruir mucho del efecto y hacía imposible la apreciación clara y precisa del conjunto.

Ya quizá he hablado demasiado de mí en esta ocasión, la menos oportuna para ello, la de tratar de un hombre que sobre todas las indiscreciones del escribir pone la de hablar el autor de sí mismo, é invita á no hacerlo mientras no haya tales cosas que decir á este respecto que puedan servir de lección y provecho á los demás, caso del que su modestia le excluye y en el cual mi

entusiasmo y la justicia le ponen.

* *

¡Qué ocasión de retrato para una pluma castiza y hábil, de las que de pluma saben pasar á pincel en cuanto la mano se lo manda! No acertó, en verdad, qué culpas hayan podido traer á varón tan exento de ellas á caer entre las puntas de la mía.

Mucho más cuando no ha menester nadie alcanzar su amenísimo trato ni la honra de visitar

su casa para saber de *Juan García* y, sabido, decir de él. Porque todo está en sus escritos.

Ya sé que al decir esto rompo con el juicio de muchos, que le creen avaro de sí, de su modo de sentir y pensar y espectador único del fondo de su espíritu. Le ven los más como á un hombre dueño de un talento finísimo, superior, y de una vasta erudición, de los que da de tiempo en tiempo gallarda muestra en un trabajo literario, insuperable en forma y dicción, para el cual elige el asunto que más se presta á juegos del ingenio y primores de la palabra y no el que más le calienta entonces el alma y le enciende el pensamiento.

Yo pienso, en contra de ellos, que *Juan García* ha dejado en sus libros lo mejor suyo, lo más íntimo y secreto, lo más difícil de dejar en palabras, la esencia entera de su alma nobilísima. No es ciertamente hombre aficionado á contar qué hace, cómo escribe, si va ó viene, si le aplauden ó le olvidan, ni es suya ninguna de esas páginas, hoy tan en uso en que, á las veces, disfrazada de modestia es la vanidad quien escribe. Ni se desprecia ni se encarece en papeles: se guarda de continuo, como aconsejan la prudencia y el buen gusto; y á la hora de salir en sus líneas, que á veces la traen necesidades del cuadro que traza, aparece lo menos que puede, velado y con disculpa, parecido á todos los demás no siéndolo, para que nadie con la comparación se duela de la inferioridad propia, que es discreción que muy pocos tienen. Pero si no habla de sí en esta forma externa y clara, ni de sus actos en la vida y en el mundo ¿qué no dicen sus brillantes páginas de las tendencias generales de su pensamiento, de su peculiar modo de ver y juzgar las cosas? ¿qué no cuentan de su corazón y sus preferencias?

Digo, pues, que se le ve en sus obras, y quisiera acertar á decir cómo se le ve.

Juan García es un caballero antiguo, en todo cuanto este adjetivo tenga de encomiástico. Español hasta el fondo de su alma, en ella guarda todas las energías y respetos de los españoles de antes—de los españoles, que se pudiera decir sin más aditamento;—su piedad profunda, su moral austera, su hondo amor y nunca quebrantada obediencia del hogar, aquella cortesía con los viejos y los sabios y rendimiento con las damas, rendimiento y cortesía llenos de respeto y que no nacen en los labios, sinó adentro, sin que hagan los labios otra cosa que vestirlos, al pasar afuera, con la dicción noble y correcta, tan lejana de la afectación cuanto de la vulgaridad.

Tanto como español es montañés. Apegado al solar como la idea al cerebro en que nace; pagado del alto linaje de que viene, no para otra cosa que para no oscurecerle y para probar con obras y pensamientos cómo se fundan en algo el respeto de las gentes á un apellido, á un escudo, á una casa; prendado de su tierra, no con amor irreflexivo y ciego, sinó avivador del alma y los ojos, que no lleva á escarnecer la ajena, sinó solo á

elogiar la propia y poner en su servicio lo mejor del pensamiento y del corazón... ¿Cómo hay quien piense que no está *Juan García* en sus libros?

En *Ave, Maris Stella*—el diamante negro de su corona de escritor,—que es al obra que por su labor de novela parece menos á propósito para que el autor se quede en sus páginas, acierta mi atención á verle todo entero. Todos sus personajes *claros*, todos los que quedan en la parte de luz del inimitable cuadro, tienen de él; que bien se conoce, creo yo, cuando los personajes tienen del autor, y qué cualidades, de entre las que los definen han ido á estudiarse fuera y cuáles estaban en casa. De casa son, á no dudar, la sabia caridad y prudencia de *Fray Rodrigo*, el alma enamorada de su hermano el soldado, la caballeridad y cortesía del hidalgo de Binueva, la lealtad de los que en las *Juntas* votan con su Rey y señor sin atender á que el mandato halague ó hiera, y hasta la actividad corporal y exacto conocimiento de la tierra puestos en el valiente *Rebezo*.

Flotando entre las nieblas que visten el paisaje allí pintado, vagando entre las ramas, sollozando con el arroyo, ardiendo con la lamparilla aquella de la Virgen que el *Rebezo* y don Alvaro ven por la «estrecha saetera», ha quedado, para quien quiera leer bien, el espíritu de *Juan García*.

Ya he dicho del amor de éste á su Montaña que no era ciego. Como amor noble y bien nacido, no le ha llevado á no poder dejarla cuando otros anhelos lo pedían, ni á celarla ni atarse á ella de por vida como el desconfiado á su prenda. Y, movido por necesidades de su educación de noble ó de sus ansias de artista, visitó tierras y admiró monumentos, anduvo en corte, ocupó largo tiempo preferente puesto en estrados y salones, ilustró empresas literarias y hasta sirvió, en labor de la misma índole, á su Estado.

Hoy vuelto á la tierra, como después de guerrear volvían los caballeros de otro tiempo á la suya, nunca olvidada ante las bellezas de otras ni entre el tráfigo y afanes de la vida, el insigne escritor vive alejado de la sociedad y casi ajeno á la parte activa de la literatura, dedicado en su venturoso hogar á la más noble empresa en que corazón y talento pueden emplearse, única ante la que no se puede pedir cuentas á autor ninguno, aún valiendo lo que éste, por su ausencia del campo literario: la educación de los que al heredar tan buen apellido han de heredar cuantas virtudes van á él anejas y el secreto de hacerle valer cuanto hasta ahora.

Y hoy como ayer hállale quien quiera cortés sin adulación, discreto sin igual ni aún imitador, agudísimo y grave á un tiempo; tan sutil en razones como claro y fácil en palabras; respetuoso hasta con quien menos nos parezca que hay obligación, olvidados de que en todo ser hay un alma, obra de Dios, que respetar; severo sin violencia con quien no es en eso en lo que funda derechos al respeto; economista sin rival en esto de impuestos literarios, perdonándoles toda la cuota á

los débiles y nuevos y exigiéndosela doble á los primeros y á los maestros.

Distingue igual al escritor que al caballero, lo mismo á *Juan García* que á Amós Escalante, un sello de perfección y originalidad, de superior en lo exquisito y lo noble, una marca especial que le define y determina con una rara exactitud. Hasta su peculiar modo de vestir, de una elegancia de siempre, desdeñosa de efímeros usos y formas, atildado y pulcro como todo en él, lleva ese sello que se dice.

Varón superior, en fin, gloria de la Montaña como escritor y honra suya como hombre, del cual quiero acabar diciendo lo que Fernando del Pulgar en su *Retrato del Marqués de Villena*: «No quisiera negar que como hombre humano este caballero no tuviese defectos como los otros hombres; pero puédesse bien creer que si la flaqueza de su humanidad no los podía resistir, la fuerza de su prudencia los podía disimular.»

ENRIQUE MENÉNDEZ,



El Deva en la Hermida.



Nace al pié de los encumbrados Picos de Europa: la fuente ó manantial de que proviene se llama Fuente Dé. El primer terreno que benefician sus aguas es el de una dilatada pradera llamada Naranco; siguen después su curso por el valle de Valdebaró; pasan por Potes donde se les unen las del Quivierza; un poco más abajo, reciben al Bullón ó río de Valdeprado; continuando su marcha por el valle de Cillorigo, atraviesan una cordillera de peñas de muchísima elevación y de más de tres leguas de distancia; se unen después al Cares, que baja de Asturias, por el concejo de Cabrales; continúa por el valle de Riva-Deva y entra en el mar por el puerto de Tina-mayor, conservando siempre su nombre.

Junto al Deva, en sus orígenes, hay un edificio ruinoso que dicen fué convento de templarios; sobre sus aguas hay 10 puentes de piedra, entre ellos el de Tama que se puede llamar magnífico; su cauce pasa rozando el conocido balneario de la Hermida, encajado en lo más estrecho de la garganta; su curso trae á la memoria las primeras hazañas de la Reconquista, puesto que en él quedó sepultado, cerca de Casegadia, el ejército moro que cayó sobre Liébana después del triunfo de Covadonga.



A LA AMISTAD

Tú que, abrasada en generoso celo,
Tierna Amistad, de las angustias mías
La reciedumbre mitigar solías
Con dulce labio en que escuchaba al cielo:

¿Á dónde, esquiva, dirigiste el vuelo
Que á solas ¡ay! con fieras agonías
Me dejas batallar noches y días,
Sorda á mi clamoroso desconsuelo?

¿Ya en tus entrañas compasión no existe?
¿Diste al olvido el platicar süave?
¿Ó de la tierra para siempre huiste?

¡Del dolor en las garras me abandonas!
¡Y luego ven, cuando esta muerte acabe,
Sobre mi tumba á suspender coronas!

G. LAVERDE.



PANOJUCA.

A mi joven y querido amigo *Pedro Sánchez*, escaso testimonio del entrañable afecto de su paisano

EL AUTOR.



I.

TRAVESANDO un montecito poblado de fresnos se sale á una calleja honda y llena de piedras, sombreada por endrinos que crecen tupidos y entrelazan sus

ramas á ambos bordes. La calleja es triste y medrosa, aunque no larga, pues apenas mide doscientos metros, interrumpiéndose cortada por una rápida elevación del terreno que la cierra la salida. Al llegar

allí, una tosca escalerilla de mano, formada por dos pequeños troncos partidos de un hachazo y unidos entre sí por travesaños, pedazos de ramas sin descortezar, de cuatro centímetros de diámetro, que forman tres banzos separado uno de otro más de treinta centímetros, permite, con cierta dificultad el acceso á una meseta cubierta de césped, de solos dos metros de ancha, desde la cual meseta se inicia la subida á pechos á la loma, que se eleva á buena altura sobre el nivel de la calleja.

Cuando se llega á la cumbre se siente verdadera fatiga, pero no pesa haber subido. El amplio horizonte que desde allí se descubre, la brisa fresca y perfumada que orea la frente, la plácida calma del paisaje, por donde quiera que se extienda la vista, remuneran del mal rato pasado en la ascensión. Al frente una ancha planicie tapizada de verdura, sembrada de esas hermosas florecillas campestres de cien colores y formas diversas, parece grandísima alfombra pérsica, sobre cuyo pintado fondo se alzan de trecho en trecho, como bordados á relieve, grupos de arbustos por entre

cuyas hojas se cierne la luz del sol ofreciendo á la vista mágicas reverberaciones. Á derecha é izquierda se ve cómo la colina va poco á poco descendiendo, alargando sus faldas en pendientes dulces y suaves que tanto contrastan con la agria y empinada por donde se ha subido. En el fondo de la llanura aparece, surgiendo de entre jaramago y zarzas florecidas, como si se levantara sobre una muy grande maceta de rosales enanos, una ermita solitaria, de poco fondo y poca altura, coronada por pequeño campanil cuya tronera, huérfana del esquilón que no sé si tuvo algún día, deja descubrir entrelazado de ramas que parecen cifra y rúbrica puestas al pié de la copa de un árbol, semejante á un gran paraguas, que protege á la ermita contra las injurias del tiempo. Y en mucho más lejanos fondos, la gallarda y gigante sierra cantábrica con sus altísimos picos desafiando á las nubes y sobrepujándolas en altura, con sus hermosas líneas ondulantes, con sus cumbres cubiertas de nieve y sus grandes laderas pobladas de bosques siempre verdes.

El sitio, aunque solitario, no infunde miedo: el paisaje, dulcemente melancólico, inspira ideas tiernas y consoladoras: esas ideas amigas del espíritu, acariciadoras del alma, que el espectáculo de la pura naturaleza despierta, aviva é impulsa á subir hacia lo alto, garantía de esperanza, refugio abierto siempre á todas las expansiones del sentimiento.

No es posible estar allí y no llegar hasta la ermita, que atrae con cierta curiosidad misteriosa; no meterse entre las zarzas hasta arrimarse á la puerta y mirar por el enrejado ventanillo, que apenas permite distinguir el arruinado altar en el interior obscuro; no dar una vuelta alrededor hasta llegar al tronco del árbol que la da sombra.

Al pié de aquel tronco ví la última vez á Panojuca.

El muchacho extrañó mi presencia en aquel sitio, y en cuanto me vió llegar, inclinó rápidamente sobre el pecho la cabeza, que tenía erguida mirando á la copa del árbol; pero no se movió de donde estaba. Entre las manos tenía un nido vacío: y sus ojos húmedos é hinchados y sus mejillas manchadas de chafarrinones cenicientos indicaban bien claramente que había llorado.

También á mí me extrañó encontrarle en aquella actitud.

—¿Qué tienes muchacho?—le pregunté con dulzura.

—Na más que el neal,—me contestó, dando un suspiro y levantando la cabeza para mirarme con sus dos grandes ojos, cuyas miradas humildes parecían estar siempre demandando caridad y expresando gratitud. Al mismo tiempo me mostraba el nido.

—¿Nada más que el neal...? ¿Pues y los pájaros?

—Cuando volví el sábado de la limosna habían volao tóos. Los esperé aquella noche y no vinieron. Eran colorines, señor; y por muy lejos que se hubían díó, lo que es la madre y Plim no dejaban ellos de venirse á despedir de mí. ¿Los habrán pescao en el bebederu? preguntaba gimoteando ya fuerte y saltándosele las lágrimas.

—Pero ¿dónde tenían el neal?

—Aquí en esti árbol. Yo se le ví hacer á los padres desde la primera paja que trajeron, y los ayudé buscándoles alguna bedija de las que dejan las ovejas trabás de las zarzas.

—¿Y por qué has dejado que vuelen y que se marchen? ¿Porqué no las cogiste tú?

—Porque yo no quería cogerlos; porque éramos amigos, y ellos de mí no se escapaban, que me lo habían dicho muchas veces.

—¿Qué te lo habían dicho...?

—Sí señor; porque me entendían y me contestaban.

—¿Qué te entendían y te contestaban...?

—Lo que es la madre y Plim hablaban conmigo como si fueran cristianos; y como no los hayan cogió en el bebederu ó los hayan matao, ellos volverán á despedirse de Panojuca.

—¿Y si han vuelto cuando tú no estabas aquí..?

—Sí yo no me he movió de aquí desde el sábado.

—Pero, muchacho, ¿sabes que día es hoy?

—No señor.

—Es miércoles.

—¿Y cuántos días van ya desde el sábado?

—Cinco.

—¡Ay Dios!—dijo Panojuca, dejando caer al suelo el nido y llevándose ambas manos á los ojos.—¡Los han pescao en el bebederu ó los han matao con el tira-gomas!

Y rompió á llorar fuerte, dejándose caer de bruces sobre el nido vacío y quejándose con verdadera amargura.

II.

Panojuca era un muchachillo como de once á

doce años, de corta talla, pero de constitución fuerte y robusta, de grandes ojos y simpático semblante.

A principios de primavera apareció una mañana en la villa, vestido de harapos y pidiendo limosna de puerta en puerta. Como es natural, nadie se fijó en él aquel día, ni al otro; pero á los cuatro ó cinco, como la villa no es grande ni ocurren en ella muchas novedades, empezóse ya á hablar del muchacho, que se presentaba todas las mañanas y desaparecía todas las tardes, en pasando la hora de la comida.

Por su rostro agradable y su aspecto humilde, en la primer semana logró atraerse simpatías y hasta ser solicitado para amigo de otros muchachos de su edad que no pordioseaban. Sin rechazar ni grosero ni orgulloso tales alhagos, se apartaba de chicos y grandes y, solo siempre, cruzaba las calles con el único objeto de pedir por el amor de Dios durante una parte de la mañana, sin que se le volviera á ver por la tarde.

Mostrábase melancólico y ensimismado; no pronunciaba nunca más palabras que las necesarias para implorar la caridad y contestar humildemente lo más preciso á lo que se le preguntara; gustábale más recibir de limosna un zoquete de pan que una moneda, y se había observado que, en cuanto reunía de éstas las suficientes para comprar una libreta, lo hacía en seguida guardando el panecillo en un zurroncito de pellejo que traía sujeto á la espalda. No pedía mucho, ni era importuno pidiendo; acogía con calma, sin que se notase el menor movimiento de desagrado en su fisonomía, los *¡Dios te ampare!* y *¡Dios te socorra!* de los que no le daban otra limosna; se satisfacía pronto cuando le socorrían; todas las mañanas procuraba llamar pidiendo á distintas puertas; y, cuando á la hora de la comida se acercaba á la de alguna casa en que le daban las sobras del puchero, las consumía con verdadera avidez, buscando en seguida la salida de la villa por el camino más corto.

¿A dónde iba? ¿Dónde pasaba las tardes y las noches?

Nadie lo sabía.

Cuando apareció, á principios de Abril, como hemos apuntado, pidió en las primeras casas del barrio por donde entró en la villa. Al día siguiente entró por otra parte, y pidió en otras. A los pocos días, cuando tuvo que volver á pedir por donde había empezado, ya era conocido.

Vino vestido de harapos, con unos pantalones de paño pardo, con culera y cuchillos grises, rozados y agujereados por las rodillas y deshinchados por abajo. Una especie de chaleco ó jubón hecho de una porción de trapos de diferentes colores, le tapaba el torso hasta no dejarle casi asomar las mezquinas puntas del cuello de una camisa súcia y arrugada, y por abajo le llegaba hasta ocultar el bramante con que se sujetaba los pantalones á la cintura. Una chaqueta corta, del mismo paño que el pantalon, pero más rota y menos remendada, completaba el terno de su traje, que con una gorrita de percal, sin forma ni

color definidos, unos borceguíes gastados de suelas y llenos de grietas, que de seguro se habían hecho para individuo de pies doblemente grandes que los suyos, y el zurrón de pellejo á la espalda, sujeto á los hombros á guisa de mochila con cintos de orillo de paño, constituían toda su indumentaria.

Aquellos girones envolvían un cuerpecito airoso y servían de marco á un agraciado rostro. Por las calles de la villa marchaba derecho, sin correr nunca, y llevaba la cabeza levantada sin engreimiento, dejando ver completamente libre y despejada una fisonomía cuyo principal atractivo eran sus grandes ojos garzos, profundos, de mirada triste, como si fueran espejos que nunca hubiesen reflejado sonrisas ni contentos. Tenía la boca pequeña y bien plegada, los labios frescos, las mejillas llenas y más bien manchadas que descoloridas, la frente alta y la cabeza coronada por ensortijada y revuelta cabellera rubia oscura, en la que un buen peine hubiera hecho prodigios. Sólo la nariz desarmónizaba aquel conjunto: era chata de puente y muy abultada y roja por la punta. Sin ella, la cabeza del pobrecito hubiera parecido la de uno de esos ángeles mofletudos de las glorias de Murillo.

Con ella y todo era muy agradable y simpático aquel chicuelo, á quien, sin ademanos hostiles, sinó muy de buenas, se acercaron cuatro ó cinco de la villa, á los dos ó tres días de andar pidiendo por ella, y le abordaron preguntándole:

—¿De ónde eres tú?

—De la Montaña de allá abajo.

—Bueno, pero ¿de qué pueblo?

—No lo sé.

—¡Ohi...! No sabe de qué pueblo es!

—¿Cómo se llama tu padre?

—No tengo padre.

—¿Y tu madre?

—Tampoco la tengo.

—Pero ¿cómo se llamaban cuando los tenías?

—No los he tenido nunca.

—¿Nunca...? Pos entónces,—dijo el que se la echaba de más avisado entre los que le abordaron;—sinó has tenido nunca padre y madre, ni eres de ningún pueblo, no estás bautizau y eres judíu.

—Yo no soy judíu,—contestó el pobre sin levantar la voz ni alzar la cabeza más de lo que acostumbraba.

—Bueno; pero no estás bautizau ¿verdá?

—No lo sé.

—Lo ves... ¿Cómo te llamas?

—En unos pueblos me llaman un mote y en otros otrú... ¿Qué más dá?

—Pos entónces... puesto que eres de la Montaña de allá abajo y eres roju, te vamos á llamar aquí Panoja.

—Eso, eso,—gritaron los demás muchachos:—Panoja, Panoja!

Y quedó decidido.

El no pensó en oponerse, los chicos le extendieron la fé de bautismo propagando el mote por

todo el pueblo, y desde aquel día nadie conoció en la villa al pobre más que con el nombre de Panoja.

III.

Ni grandes ni pequeños supieron nunca de Panoja mucho más de lo que queda dicho.

Pasaron tres meses sin accidente apreciable. Panoja no faltaba una sola mañana de la villa. Había logrado interesar á todo el pueblo y encontrar caridad en la mayor parte de las casas, estableciendo él mismo un turno para pedir limosna, de suerte que sólo cada ocho días llamaba á las mismas puertas, y ya contaban con él las familias. Los chicos de su edad, donde los había, eran los principalmente encargados de poner en sus manos, el pedazo de pan, la moneda de dos céntimos, ó la escudilla llena de cocido. Todos le querían y á porfía le daban limosna, oyéndose entre ellos con frecuencia diálogos como el siguiente:

—Hoy le toca á Panoja comer en mi casa.

—Yo le he dado esta mañana med' gallofa untada con manteca.

—En mi casa le damos dos céntimos tóos los lunes.

—En la mía le damos leche tóos los domingos.

—Pos á la mía va los jueves á mediudía, y me deja mi padre comer con él, y le damos postre.

En fin, que Panoja estaba bien mantenido, y parecía haber encontrado el mejor de los pueblos en que poder cubrir esa más apremiante necesidad.

De lo que se quejaban algo los chicos era de no encontrarle expansivo, ni hablador, ni alegre. Casi nunca se reía: nunca accedió á tomar parte en las distracciones y juegos con que muchas veces le habían brindado los otros muchachos. Parecía que una reflexión más razonada y madura de la que podía tener á su edad le obligaba á separarse voluntariamente de los que por caridad le socorrían; y él guardaba con cuidado la distancia, sin dejar por eso de mostrarse agradecido.

El chico en cuya casa comía los jueves le había incitado muchas veces á que se quedara acompañándole, y le tentaba con ofrecimientos de juguetes y golosinas.

—Mira,—solía decirle,—los jueves por la tarde no hay escuela. Después que comamos vamos á echar una cometa, y después jugamos á la pelota. ¿No tienes pelota tú?

—No.

—Yo te daré una ¿quieres?

—Yo no jugo: tengo que marcharme.

—Pues ¿á donde vas tu tóas las tardes cuando te marchas?

—Por ahí.

—¿Vas á algún pueblo?

—No.

—Pues ¿á donde vas?

—No te he dicho que por ahí...

Y no podía sacarle mejor respuesta. Pero, ¿dónde era *por ahí*?

Otro día se le acercó un muchacho algo mayor que él.

—Panojuca ¿tienes tu tira-gomas?

—¿Y que es eso?

—Mira.

Y le mostró el instrumento, especie de honda sujeta por medio de cordones de goma elástica á una armadura de alambre que tenía algo de ballesta.

—Pa matar pájaros.—Mira.

Y al mismo tiempo que hablaba, el chicuelo enarboló su arma con una piedra en la honda, apuntó al caño de hoja de lata que avanzaba del alero de un tejado, disparó la piedra, y un pajarillo, que jugueteaba saltando sobre el caño, cayó al suelo muerto de la pedrada que recibió en la cabeza.

—¿Porqué has matáo al pajaritu que no te hacía ná? dijo con voz lastimera Panojuca.

—Tóos los días mato muchos.

El pobre sintió que esta respuesta le hacía daño en el pecho, y se separó de aquel muchacho.

De sus grandes ojos se desprendieron dos lágrimas que rodaron por sus mejillas, en las cuales permanecían cuando le detuvo otro grupo de chicos.

—¿Quién te ha pegao, Panojuca?

—No me ha pegao naide.

—Pos ¿porqué lloras?

—Porque aquel ha matao un pajaritu, y dice que mata muchos.

—¿Na más que por eso?

—Los pajaritos no se matan. El que los mata no es bueno.

—¿No matas tú pajaritos?

—Yo no.

Y otras dos lágrimas salieron de sus ojos á acompañar á las anteriores, que todavía no se habían secado.

—Por que no tendrás tira-gomas...—le decían los chicos.

—Mas que le tuviera.

—¿Sí...? si le tuvieras, pobres pajaritos.

—O nó, que yo no los hago eso.

—¿Pos qué haces tú con los pajaritos?

—Cuidarlos y hablar con ellos.

—¡Ohi lo que dice...! Hablar con ellos...

—Y sí.

—¿Dónde hablas tú con los pájaros?

—En el neal.

—¿Sabes algún neal?

—Sí le sé.

—¿Dónde está?

—Por ahí.

Y se separó de los muchachos sin decirles más, como hacía siempre que no quería seguir hablando.

—¡Por ahí...!

¿Dónde era el *por ahí* de Panojuca?

Ya no sólo los chicos sino los grandes también se hallaban picados de curiosidad.

Por uno ú otro conducto se había preguntado en todas las aldeas cercanas á la villa. En pocas conocían á Panojuca, pero en todas aseguraban que allí no pernoctaba el pobre.

Al salir de la villa, cada ocho días por diferente sitio, solía vagar por los alrededores un rato más ó menos largo, según él creyese que le observaban; espiaba un momento oportuno; desaparecía detrás de alguna cerca ó alguna mata, y no se le volvía á ver. Parecía que le tragaba la tierra.

Sin embargo, algunos habían observado que, recién llegado, frecuentaba más las aldeas inmediatas, sobre todo las de la parte oriental, y se entretenía viendo la vuelta del ganado, hasta que le ahuyentaban los perros, que le ladraban amenazadores como ladran siempre á los pobres; y que posteriormente, desde principios de Junio, tendía más hacia el Norte y no se le veía en poblado ninguna tarde.

Sus costumbres públicas, es decir, las costumbres que se le conocían en la villa no habían variado. Únicamente se le había descubierto, hacía algunas semanas, una golosina que no tuvo al principio. De las pocas limosnas que recibía en metálico apartaba dos céntimos, y cuando iba á retirarse entraba en una confitería y solicitaba que le cambiasen los céntimos por bizcochos. Le daban tres ó cuatro de éstos, según la generosidad del confitero, y los sepultaba en el zurrón, sin que se le viese nunca llevarse uno á la boca. ¿Los guardaba para regalarse en su frugal cena, que no se supo nunca si la hacía, ni dónde la hacía...?

IV.

El *por ahí* de Panojuca le descubrí casualmente la tarde que le hallé al pié del árbol detrás de la ermita solitaria. Aquel retirado sitio era su *por ahí* de entónces, y allí se había desarrollado, durante más de un mes, el idilio tierno y sencillo cuyo relato me hizo con encantadora simplicidad, interrumpiéndole con frecuentes sollozos, suspiros hondos y arrebatos de llanto, que le obligaban á veces á hacer largas pausas.

Sin darse cuenta de sus aficiones ni ideas, Panojuca, que no sabía si era preciso haber tenido padres, pues él no había conocido á los suyos ni le habían hablado nunca de ellos, amaba la libertad por instinto y por la única experiencia que tenía de la vida; amándola con tanto ardor que todo lo hubiese hecho antes de renunciar á ella. No tenía idea de que se nace, ni noción de que en la infancia se necesitan cuidados ajenos, ni memoria de haber recibido nunca un beso de humanos labios. Ignorante en absoluto de cómo pasaron sus primeros años, sólo recordaba que cuando supo hablar habló para implorar la caridad pública, cuyos frutos tenía que entregar á una mujer fea, desarrapada y súcia, que los empleaba en aguardiente que él no probaba jamás, pero que ella apuraba con avidez poniéndose en seguida loca y zurrándole sin piedad hasta bañarle en sangre muchas veces. No sabía ni cómo se llama-

ba aquella mujer, ni en qué pueblo habían pasado aquellas tristes escenas; pero aseguraba que ella era el único ser malo que había conocido, y que se libró de su furia corriendo mucho, mucho, un día que la limosna había sido escasa, por cuyo motivo recibió él grandes golpes y arrojó gran cantidad de sangre por narices y boca hasta que, pasada una noche entera corriendo amaneció en otro pueblo de más casas que aquél en que había quedado su verdugo.

Como no sabía más que pedir, allí pidió y le dieron. Comió con el producto de lo recogido, y no se ocupó de más; porque ignoraba si había algo más de que ocuparse en el mundo. Y fué creciendo sin pena ni alegría, y sin que en su fantasía infantil se despertase otra ilusión que la de hallar limosna, ni más temor que el de caer en manos que le pegasen; enseñándole también instintivamente ambos sentimientos á trasladarse de un pueblo á otro, cuando en el primero empezaban á escasear las dádivas ó se hacía bastante conocido para que le ofreciesen protección permanente y estable y, sobre todo, hospitalidad donde quiera que hubiese una puerta que poder cerrar. Esto le atemorizaba hasta el último extremo. Para él la casa, la habitación humana no era más que un sitio donde daban limosna, pero en cuyos interiores no debía entrar nunca. El portal y las escaleras eran su terreno para pedir á la luz del día: de noche jamás pedía; y ni de noche ni de día franqueaba más puertas que, las que dando á la calle, permanecieran abiertas de par en par. A las que encontraba cerradas ó medio cerradas no llamaba, ni se detenía ante ellas... Temía encontrar detrás á la mujer fea, desarrapada y súcia que se emborrachaba con aguardiente y le bañaba en sangre la cara.

Preguntarle dónde pasaba la noche y dónde dormía, era excusado: no lo decía. Y cuando sospechaba que en algún pueblo se le espiaba ó temía que se descubriera su guarida, desaparecía de él una tarde y no se le volvía á ver.

Una de esas circunstancias le trajo á la villa, ya muchachuelo de doce años pasados viviendo al raso como los pajaritos, y como los pajaritos cambiando de lugar frecuentemente y estableciendo su nido donde le parecía más á propósito para ocultarse de los hombres.

Los primeros días fué siguiendo la corriente del río, y en la falda de una colina encontró una cueva, donde se refugió. Pero estaba cercana á la población, y una noche sintió ruido próximo de pasos y después una conversación sostenida á media voz á la misma boca del agujero que le cobijaba. Al día siguiente salió de la villa por el extremo opuesto y vagó por el campo hasta que, entrada la noche y rendido de fatiga, se guareció bajo un espino y durmió tan guapamente. Sin penas y sin cuidados, sin haber conocido mejor cosa, cualquier rincón era para él buena morada, cualquier suelo buen lecho. Mas una tarde entró en la calleja de los endrinos, subió á la loma, divisó la ermita, le encantó el sitio, y ya no pen-

só en tener más albergue que el que le prestaban las matas para ocultarse y el árbol para cubrirle con su ramaje.

Iba ya avanzada la primavera. Para él no tenían importancia variaciones de temperatura, humedades ni chubascos. La loma era despejada; la ermita protegía el escondite; observó que aquel paraje era poco frecuentado... no necesitaba más. Especie de hombrecillo primitivo, no le ligaba á la humanidad más lazo que el de la limosna, y ése porque se le habían enseñado desde pequeño: sinó hubiese aprendido á pedir, se hubiera mantenido de frutas silvestres, de tallos y de yerbas. Era, pues, completamente libre, absolutamente independiente, en el pleno goce de todo derecho y sin ninguna clase de obligaciones.

Daba envidia oírsele referir sencilla é ingenuamente, con muy pocas palabras, porque también palabras sabía muy pocas, pero las suficientes para expresar su dicha completa sinó volvía á encontrar en su camino á la mujer que le pegara: el único amargor de sus recuerdos.

V.

Hasta que *habitó* detrás de la ermita no había sentido afecciones de ninguna especie. Ni cariño, ni amistades, ni el verdadero sentimiento de gratitud. Para él, pedir era una necesidad impuesta por la naturaleza, como cualquiera de las necesidades corporales: encontrar quien le diera era cosa natural también, como dan hojas los árboles, yerbas los campos, agua las fuentes; y tampoco extrañaba hallar individuos que no dan limosna, porque también había visto árboles sin hojas, campos agostados, fuentes secas.

Pero desde que *vivió* en la loma empezó á experimentar emociones desconocidas. Desde luego le atrajo el sitio y le gustó el paisaje. Nunca le había sucedido eso: jamás tuvo predilección por un lugar determinado, ni recordaba haber visto un paisaje más hermoso que otro. Aquel sí le parecía mejor que todos los demás.

Así que, en cuanto hacía en la villa la comida cotidiana, sin detenerse ni vagar más que lo suficiente para despistar á los curiosos, que sospechaba ó temía que le observasen, se dirigía á la calleja, corría por ella como nunca se le había visto correr por parte alguna, subía la escalerilla de palo, trepaba por la cuesta y se dirigía á la ermita solitaria. Bajo la sombra fresca del árbol copudo y frondoso descansaba su cuerpo tendido sobre el césped: alfombra que le gustaba, más que por suave y blanda, por escogida por él oculta á miradas indiscretas. Tal vez por entre las hojas del árbol, especie de caprichosas mallas, red bordada con primor por la naturaleza tan espontánea, original y artística en sus dibujos primorosamente combinados, desesperación del hombre que aspira á imitarlos; tal vez entrevía el cielo: el cielo azul matizado de nubes blancas como copos de algodón á primera tarde, coloreado, al empezar el crepúsculo, de nubes de un rojo vivo como llamas

del tranquilo hogar que transmiten calor y alegría sin temor de incendio. Tal vez su espíritu virgen é inmaculado empezaba á sentir vagos efluvios, que envolvían su pensamiento en sombras grises obscuras sin determinación ni forma, como nebulosa de ideas cuya agitación y movimiento podía amanecer en su mente el concepto de la grandeza del cielo y del inmenso espacio de los mundos.

Pero de eso no sabía él darse cuenta. Lo que sí decía es que una tarde en las ramas del árbol andaban dos pajarillos muy inquietos. Sus miradas se fijaron en ellos indiferentemente, como pudieran haberse fijado en otro objeto cualquiera; pero continuó mirando. Los pajaritos eran poco mayores que canarios, lucían en sus alas algunas plumas de color amarillo vivo, adornaban su cabeza con capacete rojo carmesí y ostentaban en la moviente cola terciopelo negro subido: eran colorines. Mas no por esto llamaban la atención de Panojuca acostumbrado á ver muchos pájaros de todas clases y colores sin fijarse en ninguno. Lo que le interesó aquel día, ó por predisposición ignorada de su ánimo, ó por ser aquella tarde la aurora de la manifestación de su delicadeza de sentimientos, fué la movilidad asombrosa de aquellas dos florecillas voladoras y la especie de regularidad con que iban y venían al árbol posándose siempre en el mismo sitio de sus ramas más altas. A un mismo tiempo casi siempre volaban desde el árbol á algún espino, zarzal ó cardo próximo; volvían en seguida, llevando pajitas ó raicillas delgadas en sus picos, á la rama donde las depositaban, repitiendo la misma operación muchas veces. Dos ó tres píos repetidos por uno de ellos parecían ser la señal de aquellas continuas idas y venidas, que despertaron por primera vez la curiosidad del chicuelo. Los pajarillos estaban haciendo el nido y le hacían con mucha prisa.

Panojuca empezó por extrañarse de que hubiera en el mundo dos seres tan unidos ayudándose mutuamente. Admiróse también de que, habiendo no lejos montes en cuyos árboles pudieran anidar sin que nadie les viera, hubiesen venido á aquél que él vigilaba, haciendo el nido á su presencia. Le agradó aquella prueba de confianza, que aunque no sabía apreciar sintió á su manera; y poniéndose en pié poco á poco por temor de que algún movimiento súbito espantase á los pajarillos, se puso á curiosear como llevaban la obra, dando vuelta al rededor del árbol. Ni su curiosidad ni sus movimientos detuvieron un instante el afán con que los pajaritos trabajaban.

Algo extraordinario sintió dentro de sí mismo: algo que conmovió su sér y le pareció que salía de sí é invisiblemente flotaba hacia los colorines. Ignoraba por qué se dirigió, también muy poco á poco, á un espino donde había visto enredada borra, que él desenredó con esmero y puso sobre un cardo cercano al árbol. Una especie de arpeggio melodioso resonó en la rama donde construían el nido, é inmediatamente los dos pajarillos bajaron al cardo y recogieron la borra, á un paso de distancia de Panojuca que los contemplaba

embelesado. Cuando la hubieron colocado y entretreído con los otros materiales, los dos volvieron la cabecita al muchachuelo, y dando saltitos alrededor del nido y moviendo ligeramente sus negras colas, piaban como si le dieran gracias y le pidieran que siguiera prestándoles ayuda. Y así lo hizo el pobre, llegando los pajaritos hasta casi venir á tomar las bedijas de su mano.

El nido quedó pronto construído. Un verdadero edificio prodigio de arquitectura ornitológica. Los colorines se pusieron á dar saltitos piando en celebración de tener ya morada. Panojuca los miraba embebecido y sentía bienestar, placidez, alegrías tales como nunca hasta entonces había experimentado. A pié firme junto al árbol, con la cabeza levantada y la vista fija en el nido, seguía con atención todas las vueltas y revueltas, saltitos y jugueteos de los pintados pajarillos; y cuando de la garganta de uno de ellos surgía un trino sonoro como el que se produjera derramando moneditas de oro sobre mármol bruñido, el chicuelo sentía en el pecho emociones desconocidas, latidos frecuentes, algo como agitadora ansiedad, pero ansiedad tranquila (valga la paradoja), dulce, bienhechora, que le revelaba sensaciones nuevas acogidas con placer por el alma y con placer también por los sentidos.

No recordaba cuánto tiempo pasó así; pero á la siguiente mañana se despertó pensando en los pajaritos, con cuyo nido había soñado, y á él dirigió la primera mirada buscando con la vista á sus moradores, y no se separó del árbol ni se puso en marcha hacia la villa sin antes adquirir la creencia de que ellos también le miraban, le saludaban piando y entendían su promesa de que volvería pronto aquella tarde.

Volvió más pronto que nunca, pues, por primera vez también, sintió impaciencia de hallarse en determinado sitio. Encontró á uno de los colorines cantando desde una rama más alta que la otra en que estaba el nido. El cántico era gozoso, según la alegría que llevaba el ánimo del chicuelo, el cual daba saltitos hacia arriba, como queriendo subir á las ramas del árbol, y sonaba las palmas aplaudiendo aquel tenorcillo de plumas pintadas, de cuya menuda garganta surgían trinos primorosos que conmovieron á Panojuca como nunca le habían conmovido música alguna ni cantar de humanas voces. ¿Pero cómo estaba solo un colorín y cantaba tan contento? El chico echaba de menos al otro pájaro y sentía que, por eso, su alegría no era completa: ¿cómo era que el pajarillo no sentía pena por la ausencia de su compañero?...Casualidad sería, pero Panojuca creyó que los jilgueros adivinaron su curiosidad llena de delicado afecto, pues aseguraba el muchacho que en cuanto se apercibió de que la duda le molestaba, el colorín cantador saltó de la rama al nido, posó sus menudas patitas sobre los bordes de éste, inclinando la cabeza como para mirar adentro, y á saludarle sacó su pico el otro jilguero dando algunos píos débiles que, por los movimientos de cabeza que les acompañaron, cre-

yó el pobre que debían repartirse entre el pajarito y él.

Desde aquel día fué aprendiendo las costumbres de los dos colorines, cuya existencia empezó á parecerle complemento de su existencia. A sus píos y á sus trinos respondía con saltos y palmaditas y con algunas palabras de advertencia y de cariño, que espontáneamente había adivinado, y que afirmaba muy formal eran comprendidas por los pajaritos. Retardaba más que otras veces la hora de ir á la limosna y volvía de la villa mucho más pronto; pensando, cuando iba, en los pájaros que dejaba en el árbol, y agitando su paso á la vuelta, para encontrarlos cantando el uno alegremente en la rama más alta y escondido el otro en el nido.

No se le había ocurrido preguntarse el porqué de aquella diferencia, ni había notado siquiera si había diferencia en ello. Absolutamente ignorante de los misterios del amor y de las necesidades de la procreación, no podía pasársele por las mientes que, sobre una débil rama del árbol que daba sombra á la ermita solitaria y cobijaba el recóndito asilo que él había tomado á la naturaleza, se estaba cumpliendo uno de los fines más hermosos de la creación; se estaba llevando á cabo el acto misterioso y tierno, siempre conmovedor y grandioso, de traer á la vida por el amor nuevos seres, en cumplimiento de los designios de la Providencia que rige y perpetúa el mundo. Un pájaro cantaba de rama en rama; el otro se estaba quieto siempre metido en el nido... Panojuca creía que aquello debía ser así, pero ¿qué sabía él porqué era?

La revelación de aquellos misterios fué la aurora de un nuevo mundo de sentimientos y emociones para el pobre mendigo.

Un día vió muy intranquilo y agitado al jilguero cantador. Saltaba de una á otra rama con rapidez vertiginosa; soltaba al aire trinos agudos que recortaba apenas empezados y que volvía á tomar con notas agudísimas, estridentes, que al chicuelo le sonaban al mismo tiempo á gritos de intenso temor y de inefable alegría. Con frecuencia bajaba el colorín al nido y metía dentro su piquito, pero no asomaba, como otras veces, la cabeza del compañero. Panojuca, con la frente levantada, empinado sobre las puntas de los pies, sin atreverse á hacer movimiento alguno por no interrumpir al pajarillo, buscaba con la mirada la explicación de aquella agitada intranquilidad, que no sabía si era manifestación de escena luctuosa y siniestra ó de festejos de albricias. Y cuando más embelesado se hallaba, mirando saltar y mover la cabecita al colorín, desprendióse éste de la rama que le sostenía y cayó sobre el muchacho, posándose en su hombro con tan leve peso, que no lo hubiese notado á no seguir con la vista el rápido vuelo. Pío el pajarillo al mismo oído del chico; volvió éste la cabeza para pagar el saludo á su diminuto amigo, y al abrir su boca para decirle la más tierna expresión de cariño que le ocurriera en su vida, sintió entre sus labios jugar el piquito del colorín que le arrullaba, y en todo su cuerpo una sensación extraña, agradabilísima, como si

una corriente de dulce frescura suave circulase por todas sus venas, y despertase al placer todos sus nervios. Aquél fué el primer beso que recibió en el mundo Panojuca.

La nueva sensación le puso fuera de sí: tan fuera de sí que no supo nunca darse cuenta distinta de lo que había sentido, ni de cómo había terminado aquel agradabilísimo saludo que selló el contrato de su afecto para aquellos pajarillos que empezaban á ser su familia. Porque, aunque al día siguiente se renovó la escena, Panojuca aseguraba que no fué del mismo modo; pues recordaba que su avidez de goces no le había desvanecido como la vispera y su conocimiento se había conservado claro, pudiendo ver como el jilguero subió desde su hombro al nido y allí jugueteaba saltando y revoloteando, lanzando frecuentes gritos de desbordante alegría y sonorosísimos gorjeos como francas risotadas de jubiloso contento. Igual le sentía el ánimo del muchachuelo, é igualmente también le dejaba desbordarse en grandes carcajadas, como jamás las diera, y en gritos inarticulados y agudos con que en vano quería imitar los trinos del colorín. Pero Panojuca juraba que el pájaro los entendía y, que, por entenderlos, aquella tarde le hizo partícipe de la causa de su contento, invitándole á que mirase al nido y haciendo que asomaran al borde de éste la cabeza de su compañero y tres cabecitas más, informes y desprovistas de plumaje, que el chico miró asombrado y lleno de confusiones.

Imposible es repetir como Panojuca daba cuenta de lo que pensó y sintió al ver aquello. Su palabra era tarda, premiosa é insuficiente para decirlo; pero la expresión de su fisonomía, la movilidad de sus ojos que se humedecían con el recuerdo, el movimiento de sus manos y de todo su cuerpo, el levantar su cabeza hacia donde el nido estuvo colgado y bajarla rápidamente buscando donde le había tirado, hasta caer al suelo y besar con gran calor el derribado neal abandonado y frío, que intentaba volver á calentar con sus ardientes lágrimas, demostraban que se había operado en él una súbita y radicalísima revolución de sensaciones y afectos, cuya adivinación enternecía y hacía adorable la existencia de aquel sér abandonado y solo que tan naturalmente había llegado á los más intensos goces del espíritu.

Contaba él, á su manera, que había pedido licencia al colorín para subir hasta el nido, que el colorín se la había dado piándole afectuosamente, y que en menos de dos segundos había *esquilado* por el tronco del árbol llegando á la rama donde el nido se mecía. Y ni el colorín voló viéndole arriba, ni se asustaron los que ocupaban el nido, cuando asomó la cabeza y de una sola ojeada y en un solo golpe comprendió todo el misterio que se encerraba en aquel breve recinto tejido de borra y yerbecillas.

Comprendió todo el misterio por penetración espontánea, porque él, que no sabía que había tenido padres ni que era preciso tenerlos, sin

decir cómo lo aprendió, acaso sin darse cuenta de que lo había aprendido; ya no hablaba más que del padre y de la madre y de los hijuelos desnudos que ésta guarecía en el nido, mientras el padre los alegraba con sus cánticos desde las ramas más altas, ó les proporcionaba alimentos buscándoles cañamones en el campo.

Todo lo que después decía era delicadísimo por el candor que revelaba. Desde aquella hora vivió en constante comunicación con los pajarillos. La madre era para él un sér superior á todos: hablaba de ella con la misma efusión de afecto que si hubiese conocido á la suya, siendo buena. Afirmaba que los pajaritos le conocían y le hablaban, que se impacientaban con su tardanza en volver de la villa, y que, cuando volvía y repartía entre los cinco los tres bizcochos que para ellos compraba, le festejaban piando, riendo y enviándole besos que refrescaban su alma ennobleciendo su sér, útil ya á alguno más que á sí mismo.

¡Qué gran tormento sufrió, él que empezaba á gustar nuevos afectos de la vida, cuando vió al chico matar un pájaro con tira-gomas! ¡Qué temores le asaltaron cuando le dijeron que otros les cazaban con liga en el *bebederu!* Se lo avisó inmediatamente á los padres, y se lo repetía, recargándolo de negros colores, para infundir miedo á los pequeñuelos.

Entre éstos había uno muy listillo y juguetón que, cuando Panojuca subía al árbol con su presente de bizcochos, sacaba la cabecita del nido y se deshacía en chillidos abriendo desmesuradamente el pico.—«Atrás *Plim*,—le decía Panojuca;—primero la madre.»—Y empezaba á repartir migajitas de bizcocho á los pajarillos. *Plim*, que parecía de alguna más salida que sus hermanos y empezó primero que ellos á echar pluma, quería comerse la ración de éstos estirando su pescuecito hasta quitarla de los dedos de Panojuca. El muchacho se entretenía lindamente con aquello, y prorrumpía en amargo llanto cuando contaba que ponía un pedacito de bizcocho entre sus labios y aproximaba su boca al nido, para que *Plim* le diera besos al querer tomar el cebo.—«Tú que eres el mayor y el más valiente—dice que le decía,—tienes que estar ojo alerta para cuidar de tus hermanos. Nada de ir á la villa, *Plim*, ni posarse en los árboles cercanos donde llegan los muchachos con tira-gomas; y, cuando vayáis al *bebederu*, mira antes bien si han puesto varetas, y si las hay, no bajeis.... ¿Me entiendes?—*Pi... pi... pi*—le contestaba *Plim*, y Panojuca se daba por comprendido.

Haciéndome este relato el pobre mendigo se transformaba, adquiriendo su fisonomía la expresión de cuantos sentimientos quería revelar: alegría inefable, goces intensos, cariños tiernísimos, dulce placer de los sentidos, intranquilidad, miedo, sobresaltos.... Y sus grandes ojos garzos, aquellos ojos tristes de ordinario, profundos y oscuros de mirada, parecían transparentar una alma clarísima y gozosa que se deleitaba en los deliquios de las más puras emociones, ó temblaba llorando

francamente como agitada por el ábrego que trae las lluvias torrenciales.

Feliz, completamente feliz, como siempre que empieza á gustarse la felicidad tan poco duradera fué Panojuca desde que conoció á los colorines. Feliz, hasta el extremo de embriagarle la dicha causándole desvanecimientos de placer y mareos de alegría, desde el día que subió al árbol y asomó sus ojos al nido, sondeando su mirada el misterio de la procreación y revelándose en su espíritu desconocidos afectos....

Veía crecer los pajarillos, veía los cubrirse de plumas y se alegraba sin pena, porque ignoraba que aquellas plumas traían el vuelo y con el vuelo la emancipación y la libertad. Dos ó tres días, los últimos, había visto que las crías salían del nido, volaban por las ramas del árbol, y hasta se atrevían á lanzarse al espacio y bajar á los cardos en busca de cañamones. ¡Qué alegría le daba verlo! Ya sabían buscarse la comida; ya sólo por golosina acudían á sus hombros á picotear miguitas de bizcocho, y sólo por darle besos las tomaban de sus lábios. Pero aquello lo harían siempre, porque siempre vivirían juntos: ellos en la rama del árbol aprendiendo los trinos y gorjeos del padre, y él cobijado á la sombra escuchando las melodiosas alboradas de los pintados cantores. Y si algún día tenían que abandonar aquel misterioso asilo, juntos saldrían de detrás de la ermita solitaria para buscar otro sitio en que fijar su paraíso. Aquello duraría siempre.... Panojuca no se lo había preguntado á los pajaritos, porque ni siquiera le había ocurrido dudar de ello.

Un sábado por la tarde volvió de la villa con la misma ansiedad que todos los días agitaba su pecho cuando se acercaba á su familia de colorines. Al llegar al pié del árbol le pareció el sitio triste, como nunca le había parecido, y medroso como jamás lo había notado. Levantó su vista y creyó encontrar desmayado y lacio el árbol. El sol le pareció nublado: el espacio callado y obscuro. ¿Dónde estaban los colorines, que ni se les oía piar en el nido, ni volaban por los alrededores de espino en espino y de cardo en cardo? Tal vez los padres habían llevado á sus hijuelos á enseñarles el campo; pero ¿por qué no se lo habían dicho?.. Bah! no tardarían en volver á regalarle con sus trinos, reclamándole la diaria golosina de bizcochos, que también les llevaba aquel día.

Peró la tarde caía poco á poco, poco á poco.... ¡Qué tarde más larga!... Los colorines no volvían.

Cuando el sol transponía la sierra y sus últimos rayos pintaban las nubes de esos matices rojos, brillantes precursores de las sombras de la noche, Panojuca, que había recorrido todos los contornos de la ermita en busca de sus amiguitos, volvió al pié del árbol y se encaramó por su tronco todavía con la esperanza de encontrarles en el nido. El nido estaba desierto.... y frío. Hacía ya algunas horas que los pájaros le habían dejado.

Panojuca no durmió aquella noche—¡noche

interminable!—ni pudo moverse del pié del árbol al día siguiente, ni al otro. No se acordó de ir á la limosna, ni acaso de que en el zurrón guardaba pan para él y bizcochos para los pajaritos. Embobado y entumecido, pero vigilante y ayuno, pasó cinco días hasta que le encontré solo con el nido entre las manos.

VI.

Fueron vanos todos mis consuelos y caricias, todas mis instancias para separar á Panojuca de aquel lugar, que le había parecido tan hermoso, hasta que se marcharon los colorines, que desde entonces le daba miedo, según decía.

Vertiendo lágrimas á torrentes, llorando con sentimiento hondo y agudo, quedóse el chicuelo tumbado boca abajo, con el nido en las manos, cuando la proximidad de la noche me obligó á dejar aquellos sitios.

A la mañana siguiente Panojuca volvió á la villa. Los muchachos contaban que había recorrido todas las calles, sin pedir limosna, llevando un *neal* en las manos, y mirando con mucha atención á todos los balcones y ventanas, singularmente á aquellos en que había jaulas.

Algunas personas se acercaron á dirigirle preguntas. A nadie contestó nada.

Desapareció no se sabe cuando, como no se sabe si comió antes de desaparecer; pero desapareció definitivamente. No se le ha vuelto á ver más.

Aquella tarde fui á la ermita solitaria.

Panojuca no estaba allí.

Aunque yo conocía ya las costumbres del mendigo, no me avenía á perder la esperanza de volver á verle. Muchas tardes llegué á la ermita, puse señales al rededor del árbol, vagué por aquellos contornos... nada. Panojuca había cambiado de residencia: definitivamente se había marchado.

¿A dónde?

Por ahí, como él decía: para él todo el mundo era igual.

Pero ¡ah! ya llevaba en su pecho, con los nuevos sentimientos y afectos adquiridos, la herida que le produjo el desviamiento y abandono de los primeros seres en quienes puso su cariño: el germen y semillero de toda clase de pesares dispuestos á amargar su existencia, tan feliz cuando ignoraba que en el mundo se puede hacer algo más que pedir limosna.

D. DUQUE Y MERINO.

Reinosa, Agosto 1889.



EPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

Guerras Cántabro-Romanas.

Una de las épocas más famosas de la historia de la Montaña la forman las guerras que sostuvieron los cántabros con el emperador Augusto.

Independientes todavía aquéllos, libres del poder de Roma, el mismo emperador vino á someterlos, asentando sus reales en Sagesema (hoy Sasamón) y fatigándose inútilmente en batir, por tierra y por mar, á los heróicos cántabros.

Vuelto á Roma el César, enfermo de las peleas y disgustado de la resistencia de sus enemigos, queió al frente del ejército romano Cayo Antistio, que continuó la campaña á sangre y fuego: la primera batalla formal se dió bajo los muros de *Vellia* (hoy Fombellida, al Sur de Reinosa), en la cual fueron vencidos los cántabros, retirándose éstos al monte *Vinnicun*, donde, sitiados, perecieron todos de hambre.

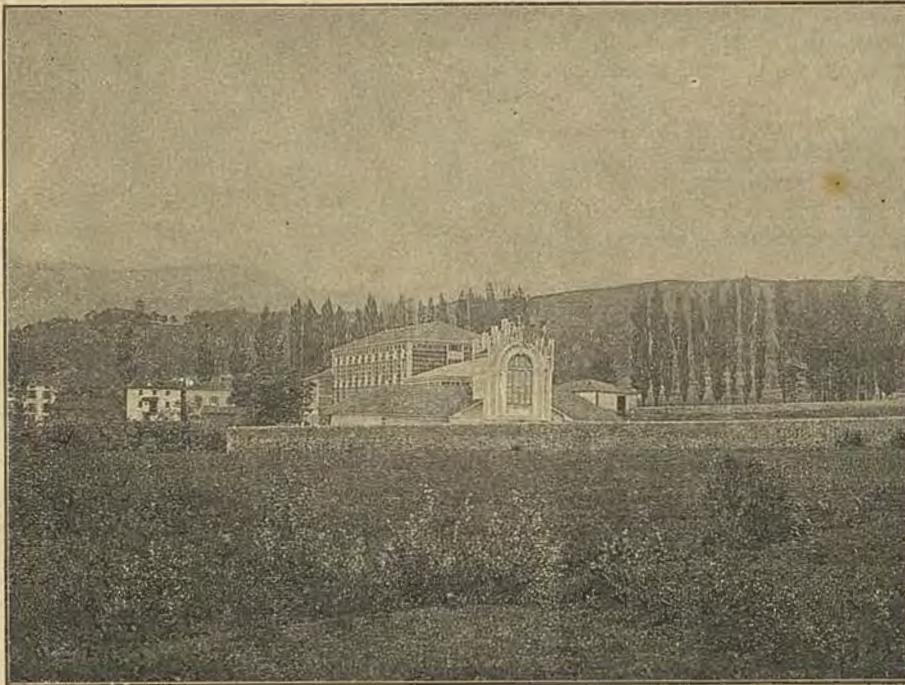
Destruída también la plaza fuerte de *Aracillum* (hoy Aradillos, cerca de Reinosa); vencidos aparte los astures, por traición de los *trigacinos*, obtuvo Roma al fin la *victoria cántabrica* al cabo de cinco años de lucha, durante la cual los cántabros pelearon denodadamente, en grado heróico, amedrentando las águilas romanas victoriosas en todo el mundo y á las que todavía no dejaron descansar después de terminada la gran campaña, puesto que posteriormente, en los años 730, 732 y 735 de la fundación de Roma tuvieron que sofocar nuestras rebeliones.

Según un párrafo de *La Cantabria* del P. Florez, copiado en la *Crónica de la provincia de Santander* del ilustre y erudito don Manuel de Assas.—Dión Casio refiere aquella guerra en el consulado nono de Augusto con Silano, que fué el año 25 a. de J. C.; Eusebio en su *Chronicon* señala el año 21 a. de J. C.; Paulo Orosio la fija en el año 726 de Roma que corresponde al 28 a. de J. C.—Lo indudable es que la guerra duró cinco años.



HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

LIÉRGANES.



De las aguas minerales de Liérganes y su probada eficacia curativa habla ya Simón Montero, maestro en Alcalá, en su libro titulado *Espejo cristalino de las aguas minerales de España*. El nombre de *Fuente Santa*, con que es designado uno de los manantiales que surten el hoy magnífico balneario, indica también ser conocidas de antiguo, serlo ya en días en que la piedad de los hombres refería con más cuidado que ahora los beneficios de la naturaleza á aquella causa primera, origen de todo bien y toda salud.

La fundación del balneario data de 1862, fecha en la que fué captado de nuevo el manantial de la *Fuente Santa*, abandonado desde hacía algún tiempo. Posteriormente, en 1879, un estudio más detenido y un análisis pericial de las aguas las restituyeron á su antigua fama, haciéndola más sólida y duradera, como fundada en científicas declaraciones y no en el empirismo y en la gratitud de algunos curados.

La *instalación*—como por tropo se llama, ha-

blando de aguas medicinales, la casa en que se sirven — no correspondía, sin embargo, á los merecimientos del agua, faltando al establecimiento, y á la hospedería á él aneja, no pocas condiciones de comodidad y aún modos de aplicación del remedio que ampliaran la eficacia de éste.

Un conocido capitalista de Santander, don José García Alvaro, proveyó largamente á aquellas necesidades modificando ventajosamente la casa de baños y edificando junto á ella el hermoso hotel que tan á gusto de todos aloja hoy á los bañistas.

Hecha historia, digamos ahora que el balneario de Liérganes se halla enclavado en el valle de este nombre, sobre la orilla izquierda del río Miera, cercano á éste y distante no más de medio kilómetro de las primeras casas del pueblo. Es una airosa fábrica de elegante y moderna construcción. En su centro muestra dos fuentes, por cada una de las cuales fluye agua de un manantial distinto, *Fuente Santa* y la *Nueva*. Una linda muchacha, servicial y callada, toca en los grifos niquelados y escancia el líquido á cuantos descienden por la amplia escalera de mármol que á las fuentes conduce.

En el espacioso cláustro ó galería que muestra la forma del edificio doblándose en sus cuatro ángulos, abren sus puertas los cuartos de baño, en número de doce, provistos cada uno de una ó dos pilas de blanco mármol y, en los muros, de tableros de mármol artificial que preserven de la humedad y contribuyan al buen aspecto de la habitación. Algunas de éstas contienen baños de forma y destino especiales, provistos de tubos de

ducha que hacen posible la aplicación limitada del agua á diferentes órganos de la economía.

Las grandes duchas—circular, dorsal, de regadera, escocesa.... etc.—muestran en un amplio departamento, ventilado y claro, sus extrañas formas de aparatos de tormento.

Es no menos digna de mención la sala de pulverizaciones é inhalaciones. Sobre mesas de mármol se hallan instalados los pulverizadores é inhaladores á los que potentes bombas conducen el agua de la *Fuente Santa*. Cuatro duchas, de las llamadas de Weber, satisfacen, instaladas allí mismo, las varias indicaciones del chorro capilar, el chorro nasal, ocular, auricular, facial,... etc.

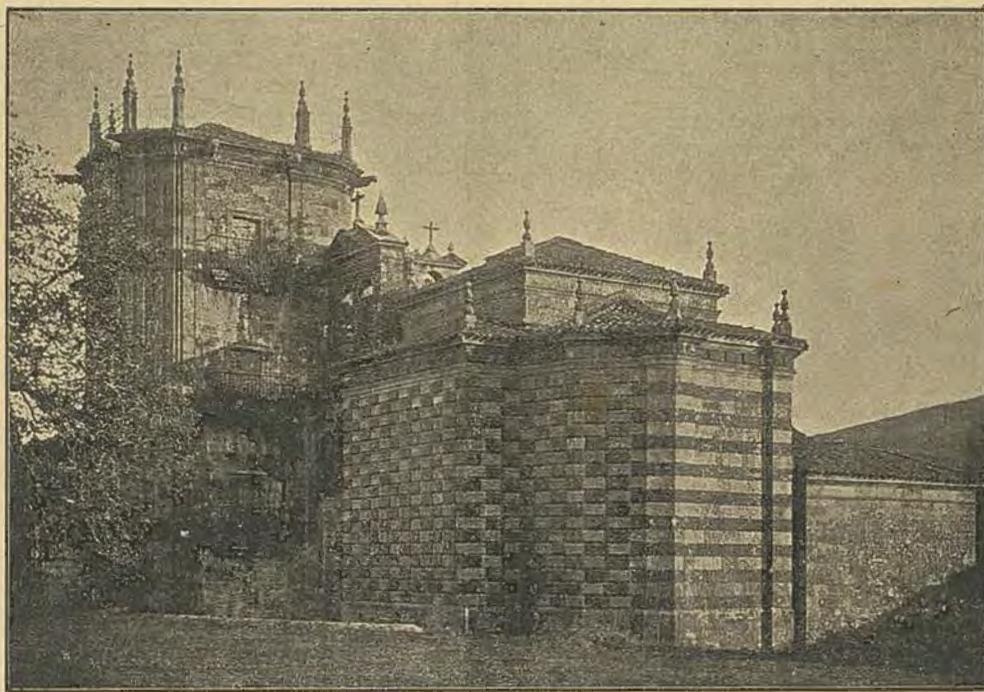
La ciencia médica—ó su auxiliar la Química, por mejor decir—califica las aguas minerales de Liérganes de *sulfuradas-cálcicas*, variedad *sulfhídricas-azoadas*. Este nombre dice, aún á los profanos, cuáles sean los elementos en que dichas aguas más abundan. De un análisis practicado en 1862 por el sábio químico montañés Dr. Rioz resulta que en 1.000 gramos contienen 0'036 de gas sulfhídrico y 0'023 de ázoe ó nitrógeno, y casi igual proporción de ambos componentes arroja la experiencia ultimamente hecha, el año pasado, por los doctos profesores Escalante y Cagigal, de Santander.

Don Cipriano Alonso, médico-director del bal-

neario, hace notar, en una muy completa Memoria sobre estas aguas, la superioridad que su proporción de sales—particularmente del cloruro sódico—les da sobre las más renombradas de la península, Elorrio, Arechavaleta, Santa Agueda, y, en Francia, sobre la de Aguas-Buenas, tan elogiada.

Según el autorizado parecer de este profesor, se combaten con éxito en Liérganes todas aquellas enfermedades á cuyo remedio proveen las demás aguas de esta clase, pero señala la especialidad de acción de éstas que nos ocupan en las afecciones de los órganos respiratorios, en las de la piel y en otras, especiales de la mujer.

Aún en procesos del pulmón verdaderamente consuntivos muestra su favorable influencia este remedio, siendo segura y pasmosa su acción como preventiva de los males tisiógenos. Recetado contra enfermedades de la piel, combate con éxito igual el elemento herpético y el escrofuloso, y aún modifica—en sus manifestaciones, al menos, cutáneas—algún otro vicio constitucional. Las metritis y endometritis, parciales ó generales, los infartos del órgano á que esos nombres técnicos hacen referencia, cúranse con el uso de estas aguas, que han logrado en no pocos casos vencer la esterilidad á que esas afecciones llevan á veces.



Si del agua, elemento esencial de curación, tanto y con tanta justicia debe esperarse, nada habrá de pedir el más exigente cuanto á los llamados *medios auxiliares*, á aquellos modificadores higiénicos que tan poderosamente ayudan al buen resultado del tratamiento hidrológico.

El alojamiento—incluído en dichos medios—que el bañista puede proporcionarse en Liérganes no cede en comodidad ni aún en lujo y *confort* al de los más visitados hoteles de baños. Gentes adineradas, para quienes son hábito la elegancia y esmero en el servicio de su casa y per-

sona, acuden en mayor número cada año, pagados tanto de estas condiciones de vivienda como de la virtud terapéutica de las aguas, de que no todas con igual necesidad hacen uso. En el nuevo *hotel*, alzado junto á la primitiva fonda—la cual también ha sido recientemente mejorada—las habitaciones son espaciosas, ricas de luz y de aire y alhajadas con buen gusto, si con veraniega sencillez, y en el amplio y suntuoso comedor pueden tomar plaza cómodamente doscientas personas.

A él sigue un elegante salón destinado á la tertulia de la noche; y para que en ningún orden de necesidades se note falta alguna, honrase la casa con una pequeña capilla, en la que se celebra los días festivos, abierta durante todos los demás á la devoción particular de los huéspedes, de quienes con singular esmero cuidan una hacendosa señora—la señora viuda de Carral—y sus hijos, ayudados de solícita servidumbre.

Ofrece Liérganes á la sed bucólica de quien veranea muchos deliciosos paisajes, y de aquí pueden hacerse varias amenísimas excursiones. Es la antigua merindad de Trasmiera una de las más hermosas porciones de la Montaña, y el adelanto de los tiempos la ha surcado de cómodos caminos, haciendo accesibles sus sitios más pintorescos ó memorables á la visita del menos habituado á jornadas y aún del mismo doliente. Subiendo carretera adelante, á pocos pasos andados, podrá admirar la llamada *Cruz de Ruwalcaba*, ocasión á una de las más lindas tablas del pintor

Gomar, y no lejos, en el pueblo de Pámanes, el curioso palacio de Elsedo, que este libro reproduce en el grabado de la página anterior. Siguiendo hacia abajo á par del río, que rueda aquí sonoro y espumoso sobre un cauce muy accidentado, llegará al real sitio de la Cavada, real en otros días, orgulloso todavía con sus memorias; en ella estuvo la primera fundición de objetos de guerra que se estableció en España y que, fundada por flamencos en el siglo XVII, fué adquirida por el Estado en tiempo de Carlos III...

Mas sería harta tarea señalar todos los puntos á donde el curioso venido á Liérganes puede dirigir su rumbo. De otros sitios no lejanos de éstos ha de hallarse mención páginas adelante, al describir otros balnearios.

Para completar la noticia de éste añadiremos que el viaje hasta él es muy agradable y fácil. Desde Boó, estación férrea, se parte en coches que hay siempre disponibles á la llegada de los trenes.

En el pueblo de Liérganes y también en las inmediaciones del balneario, y su hotel, sobre la misma carretera, vense otras diversas casas de hospedaje que pueden utilizar personas modestas, ó que, por uno ú otro concepto, deseen huir la concurrencia y hábitos de las grandes fondas.

Hay servicio telegráfico durante la temporada balnearia.

Abrense los baños oficialmente el día 10 de Junio, y termina la temporada en 25 de Septiembre.





DE ARTES Y LETRAS.

CARTA LARGA DIRIGIDA Á UN CRÍTICO EXTRANJERO.

DE seguro que se sorprenderá usted—ilustre colega y amigo mío—de recibir esta carta redactada como voy á redactarla, titulada como un artículo de periódico, con puntas y ribetes de trabajo literario;—pero es el caso,—y, verdaderamente, no me duele mucho—que, obligado á responder á usted en la cuestión que venimos discutiendo de amigo á amigo, y obligado á escribir *algo* para el libro *montañés* que tendré el gusto de remitirle en cuanto se publique, mi pereza—que no quiere concederle todo á mi conciencia—ha discurrido cumplir los dos deberes escribiendo á usted la carta prometida en tal estilo y de tal forma, que pudieran leerla, antes de fiarla al correo, mis muy benévolo paisanos, á los cuales, además, es conveniente enterar de nuestro asunto, de los reparos de usted y las afirmaciones mías—principalmente, por lo que tengan éstas de *canto*, de *crítica* y de *reclamo*.

Algo conocedor usted de la *Montaña artística y literaria* y justo admirador de lo que conoce, me tacha á mí—que, naturalmente, he podido estudiarla mejor—de iluso y de exagerado siempre que le digo que nuestro progreso intelectual es mayor que el que nos conceden los extraños, que van aumentando nuestras aficiones literarias al tiempo de los triunfos de los maestros, que sigue creciendo nuestra cultura artística, que algunos sueñan con una *escuela montañesa* de pintura, que hay muchos que probamos la existencia de propia *escuela literaria*, que hay otros tantos empeñados en *formalizar* el *regionalismo* que nos inspira á todos, á los antiguos y á los principiantes—y, permítame repetírselo, me tacha usted de exagerado y de iluso por que su calidad de extranjero, contrapeso, para estos estudios, de su talento y de su ilustración, le impide saber se-

riamente, en toda su extensión é intensidad, lo que todos sabemos aquí sin trabajo alguno, hasta los desheredados, como yo, que no gozan más que de buenos deseos.

Cierto y muy cierto es—entrando en materia—que hemos vivido apartados largo tiempo de la vida intelectual española, que en la historia literaria nacional apenas suenan cinco nombres montañeses y ellos como nombres poco famosos, que no tenemos, pues, en todo el rigor del concepto, tradición literaria y artística, contentándonos con el abolengo montañés de Quevedo, Calderón y Lope de Vega; mas estos hechos—ya se lo he escrito á usted otra vez—no se oponen á mis afirmaciones que, hijas del convencimiento más profundo, se refieren solo al presente, se desatienden del pasado esperando mucho de lo porvenir, no tienen el alcance que usted las atribuye, ni son vindicación ni protesta.

Hemos vivido alejados siglos y siglos de todo progreso y de la ciencia; los libros no venían á nuestras montañas, ni de éstas iban muchos á buscarlos; el de las letras era aquí oficio desconocido; otros eran los trabajos de nuestros abuelos; á las viejas Universidades asistían pocos montañeses; por regla general, de nuestras fronteras no pasaba el comercio de las ideas; pero un día—¡dichoso día aquel!—un día le he dicho á usted siempre—por causas que no he de investigar, por una ó más causas misteriosas, también por las mismas que hicieron español á Cervantes y francés á Victor Hugo, se hizo la luz y surgieron nuevos pensamientos, soplaron otros vientos bonancibles, nacieron uno y dos y tres escogidos; los demás seguimos su velo admirados, quisimos comprenderlos mejor y estudiamos mucho, por interés y por gusto alimentamos las nuevas aficiones; la pluma y el pincel vinieron á más manos que á las de los iniciadores inmortales, de acá llevó á otras regiones la fama hombres y obras; al fin comenzaron estas luchas del arte que nos glorifican y las victorias de la inteligencia.

Se publicaron libros, se exhibieron lienzos; la vida montañesa animó á aquéllos y á los lienzos

iluminó luz montañesa; la patria inspiró á todos sus artistas, les dictó las palabras y les combinó los colores;—historia y costumbres fueron apuntadas en papeles; líneas y figuras tomadas del natural pasaron á pinturas admirables;—lloró un poeta, Evaristo Silió, sus tristezas en el fondo del valle; cantó otro, Velarde, junto á las olas; su desgarradora despedida; arriba, en el puerto, copió nieblas, negruras, gigantescos picachos resquebrajados, aguas de nieve, un genio que se distingue entre los primeros paisajistas europeos, Casimiro Sainz;—enriscó la pluma de oro el maestro á quien Dios hizo novelista, el primero de los españoles contemporáneos, Pereda; resucitó hombres y cosas enterrados un ingenio del siglo XVII, Amós de Escalante, al tiempo de cantar á las flores y de sollozar en la marina; el buen caballero montañés D. Angel de los Rios, último de una clase y de una edad, probó ser heredero de La Canal y de Floranes, compañero dignísimo del cronista Assas;—sintió el romanticismo un expatriado, Collado, más tarde poeta descriptivo como muy pocos, amante entusiasmado de la naturaleza, tan clásico como Andrés Bello, maestro de la rima y de la palabra; explicó y defendió sanas doctrinas en revistas y libros un catedrático antiguo, enamorado de la filosofía española, Laverde Ruiz, el mismo poeta triste que expresaba en forma horaciana las quejas de su alma septentrional; asombró al mundo culto un mozo que merecía haber nacido en los tiempos del Renacimiento, Menéndez Pelayo, crítico, historiador, filósofo y poeta, el más artista de los eruditos y el más sabio de los artistas, quien demostró los méritos de un santanderino casi olvidado y cantó sus *cántabras montañas*;—otros dos, tres, cinco, Camino y Campuzano principalmente, montañeses felices, inspirados de verdad, retrataron fielmente, con los mejores colores de su paleta, los tipos y paisajes, la costa dura y el mar bravo que adoraban como propios, trabajando con las mismas ilusiones, el mismo amor y el mismo recóndito sentimiento que su paisano célebre, el gran violinista español, cuando dijo adios á la Alhambra en dulcísima melodía, recordando, quizás, su primera despedida del patrio suelo lebaniego.

Así, un escritor muy querido de todos nosotros, pero hijo ilustre de otra tierra, Galdós—el autor eximio de *Cuarenta leguas por Cantabria* y la *Marianela* de Reocín, de la *Gloria* de Laredo y del prólogo de *El Sabor*—en los albores de esa nueva era, cuando *La Tertulia* era su eco elocuentísimo, antes de que saliera á luz ese libro clásico que se llama *Ave, Maris Stella*, mucho antes de que *Sotileza* y *La Puchera*, la epopeya santanderina y la novela montañesa corrieran famosas por el mundo entre vitores y bendiciones—pudo decir con plausible sinceridad que los eminentes literatos montañeses habían explotado con singular destreza cuantos elementos atesora la provincia de Santander.

Y sí, los habían explotado, como usted sabe y llevo yo dicho en parte, igual que sus hermanos

los pintores, con delicadeza y maestría, con ciencia y arte, con pasión idolátrica, incansables, algunos sin temor al desvío, á la ingratitud y al desdén; sí, los habían aprovechado ya con ansias de avaro, con hambre artística, sin apartarse un punto de la patriótica labor; sí, habían escrito mucho y muy bien, casi sin dejar asuntos á los intrusos, con hondo cariño filial, popularizando nuestros anales, desentrañando nuestro pasado, representando nuestro presente, de modo tal, extenso y prodigioso, que aparentaba quedar agotada la materia, cerrada enteramente, inútil á los escudriñamientos del talento, por grande y privilegiado que fuera éste.

En unos libros, había quedado ya la *tierra* toda, su espíritu, el alma y los caracteres de la raza, las virtudes de ésta y sus vicios, sus empeños indomables, sus luchas generosas, su ingénita nobleza, los afanes y las desgracias; en otros se había mostrado su poesía bendita, resignada en sus tristezas, íntima é inefable, jamás escéptica, negada casi siempre á las quejas duras, voz del suspiro y las blandas lamentaciones; en muchos, se había formado su retrato *exterior*, lo que se dice *fotografía* artística, copia del monte, de la costa, del valle, de los puertos, del cielo entoldado, de los rios, del mar inmenso que se los traga; en bastantes, por último, se había contado ya lo más interesante de su vida y de la de sus hijos preclaros, mucho de las hazañas de todos, sus fortunas y sus desventuras, grandezas y decaimientos, las horas dichosas de laureles y los días nefastos de lutos....

No obstante, según usted sabe muy bien, por culpa de esa centralización absorbente que subyuga á las provincias españolas, á causa de ese desprecio inexplicable que sentían los gacetilleros madrileños por los literatos provincianos, nuestras letras eran casi desconocidas fuera de los lindes montañeses, de nuestros escritores, mal juzgados, apenas sabían más de mil españoles de otras regiones; nuestro progreso intelectual pasaba inadvertido hasta para los mismos que alborotaban y aplaudían rabiamente en la corte un drama disparatado de Cano ó versos infelices de Grilo, y necesitóse que otro día—día bendito también—nuestros grandes maestros hicieran el último esfuerzo, probaran de una vez á los extraños toda la fuerza de su inspiración y los grandes recursos de su arte maravilloso.

El padre de nuestra literatura regional comenzó entonces su trabajo gigantesco; novelas y novelas suyas empezaron á correr por España entre alabanzas y admiraciones; tipos arrancados de la realidad, de nuestra *madera montañesa*, asombraron á los hombres peritos y se grabaron en todas las memorias; el habla de nuestros aldeanos y el habla de nuestros mareantes se tradujeron á las lenguas extranjeras á costa de ímprobos esfuerzos; nombres imaginarios de villas y lugares se hicieron famosos y borraron los que había escrito la geografía; nuestras ideas, sentimientos y hábitos, lo que nos honra y lo que nos afea, se revelaron fielmente á todos los lectores, que adoraban des-

de lejos á la Montaña adorando las obras de su cantor inmortal; al fin se le hizo á éste cumplida justicia y á sus paisanos y compañeros, que no descansaban tampoco, trabajaban también con los mismos anhelos, uno coleccionaba sus versos en tierra lejana, otro seguía revolviendo papeles viejos y daba cuenta de sus hallazgos, otro publicaba una *novela histórica* excelentísima para ganancia del arte, de la lengua, de la erudición y de la Psicología, y el más joven, el sabio español por antonomasia, entre perfectos trabajos de crítica, grandes disquisiciones filosóficas, capítulo y capítulo de sus *Historias* monumentales, en discursos y escritos de gran resonancia ayudaba á la gloria de todos, examinando sus méritos y sus libros.

De todo lo cual,—que es rigurosamente exacto, como usted reconoce, sin añadido alguno de exageración,—de esos triunfos, esas obras y esa popularidad, de todos los estudios y aficiones á que aludí al principio, de las consideraciones que se ocurren al crítico más miope que venga acá y examine despacio el trabajo realizado y las ansias de seguir trabajando, resulta precisamente una satisfactoria consecuencia, la que escribí como tema de esta carta pesadísima, á prueba de la paciencia de usted y de los curiosos que se detengan á leerla, excesivamente indulgentes.

Hemos progresado mucho en poco tiempo —¡que Dios siga velando por nosotros!— tras largos años de abandono y de petrificación intelectual, hemos salido á la palestra, y en los nobles combates del pensamiento ganamos muchas palmas triunfales; vivimos alejados del arte, sordos á sus voces y rebeldes á sus llamadas, pero ya hemos vuelto al buen camino y nos aprovechamos de sus lecciones; vejetábamos apartados del comercio de las ideas, y ya llegaron éstas á nosotros, nos las trajeron miles de libros; sufríamos ignorados y oscurecidos, encerrados entre la mar y las montañas, y ya nos conoce todo el mundo, el que colocó á *Muergo* y á *Tremontorio* á la altura de los héroes de Víctor Hugo, como á *Fray Rodrigo de Ongayo*, casi casi á la del *Fray Cristóbal* de Manzoni... Los pueblos duermen como los individuos; pero también despiertan. ¡Loor al despertar de este mío!

Dentro de poco—¿por qué no?—si no de aquí á diez años, de hoy á veinte—dentro de poco, al paso que vamos, aumentará sin duda ese desarrollo intelectual y artístico; aumentará rico y vigoroso, seguirá protegido, y llegará á donde debe llegar, á formar en la primera fila de los de la patria española; los santanderinos imitarán á los barceloneses, sabrán todos que las Musas, el coro de Apolo, allá andaban por el Olimpo con Vulcano, el primer industrial, y Mercurio, el dios del comercio; se olvidará del todo la *politiquilla*, se estrechará el *regionalismo*, no se confiará en ningún extraño; el público se interesará más por el arte, le admirará más y se le mostrará más agradecido, reconocerá, al cabo, que gracias á él no han ovidado los extranjeros que Santander es puerto de mar, que sus reclamos han traído gen-

tes á nuestras playas, que él ha hecho hablar de la Montaña á millones de hombres; formarán, por fin, los privilegiados ese bendito núcleo artístico y literario que hoy se nota sólo en sus obras, que tanta falta hace y que viene imponiéndose—ese centro literario y artístico montañés, ambición de tantos, necesario para resistir á las torpes influencias opuestas, para continuar progresando, para que amanezca, cuanto antes, el día en que no se cuenten solo portentosos esfuerzos aislados.

Escuela literaria montañesa la hay hoy, y dicen que también escuela de pintura; hay propia, legítima, característica *literatura montañesa*, hecha aquí, en la tierra, lejos de Madrid, de la política y de las redacciones de los grandes periódicos; hija de la contemplación de la Naturaleza; canto del campo, del mar y de la flora; nacida de la observación del alma de los montañeses, compendio de sus sentimientos y costumbres, aficionada á lo popular, lo patriarcal y lo histórico; jamás pesimista ni blasfema, creyente como ninguna otra; enemiga de lo urbano y académico, en el sentido viciado de estas palabras, enérgica, varonil é independiente; herida de penas pero nunca de llagas gangrenosas, triste sí, como nuestro cielo y como él fuente de esperanzas, llena de serena melancolía como todas las literaturas septentrionales; libre como los montes que nos puso Dios de barreras y el Oceano que tendió á nuestras plantas al mismo objeto que los montes;—pero, habiéndola, conocida ya y popularizada, todavía no se ha llegado á aquel resultado beneficioso, aún no se han reunido sus cultivadores en apretado pelotón disciplinado que se ocupará en propagar sus ideas y todas sus obras, aún nadie ha tratado de constituir ese *centro* que sería la representación más alta de la Montaña, de su pensamiento, de su historia, de sus letras y de sus manifestaciones artísticas.

Hoy por hoy, ciertamente, no es necesario de toda necesidad: los trabajos individuales hacen perfectamente su camino y dejan sentir del todo su influencia; la Económica sirve bien á las exigencias actuales, casi convertida en Academia y en Ateneo sensato en vista de que no faltan en la provincia otras Sociedades consagradas al fomento de los intereses materiales...—Cuando sea imprescindible se fundará en la fecha citada arriba, cuando llegue ese porvenir glorioso que se acerca, cuando la montaña pueda rivalizar con Cataluña —y no se asombre usted, que mil veces más pujantes andan ahora nuestras letras que las catalanas en los primeros tiempos de Rubio y Ors y las gallegas en los días de Rosalía Castro—cuando nuestro *patriarca*, especie de Mistral montañés, haya publicado otras diez maravillas; cuando nuestro *sabio*, ya director de todas las Academias, haya concluido aquella obra interrumpida *Estudios críticos sobre escritores montañeses*; cuando nuestro poeta de Liendo nos haya regalado otra colección de sus producciones; cuando el tomo de *Marinas*, el de *Flores*, el de *Romances*, el de *Versos de Antaño* hayan colocado á Escalante en el concepto

de los demás españoles á la altura de Campoamor y de Núñez de Arce, y él haya escrito otro de *Leyendas Montañesas* y tres novelas históricas como *Ave, Maris Stella*; cuando el ilustre señor de Proaño haya editado sus muchos trabajos nuevos, principalmente los que se refieren á *navegantes montañeses*; cuando la esperanza de Cantabria, mi carísimo Enrique Menéndez, realidad ya, enemistado con Esculapio que quería robarle á las letras, haya dado á las librerías otro tomo de *Poesías*, dos de *Vocativos*, otro de *Historias Montañesas*, algunos del género histórico y popular que Juan Pidal ha cultivado en Asturias magistralmente; cuando el elegantísimo escritor de *Impresiones y Recuerdos* Adolfo de Aguirre, sea autor de otros *recuerdos* y de otras *impresiones*, y el inspirado traductor de las *Orientales* Adolfo de la Fuente, haya coleccionado sus obras laureadas; cuando un amigo nuestro, muy conocido en el Ateneo madrileño, aficionado á Historia y á Derecho Político, haya registrado con fruto los archivos municipales; nuestro otro amigo más conocido todavía, el patriota más entusiasta que ha nacido en mi tierra, haya terminado su *Diccionario bibliográfico montañés*; el buen colega reinosano, Demetrio Duque, sin dejar sus *Escenas Campurrianas*, haya escrito todo lo que sabe sobre la supuesta dominación romana en esta provincia; alguien que no ha aparecido todavía haya publicado unas cuantas obras sobre *Costumbres montañesas*, *Canciones montañesas*, *Etnologías montañesas* y otros asuntos análogos de esta importancia, y todos los demás que escriben hoy, Piedra, Agüero, Oláran, Madrazo,

Ortiz, Sierra, Gutiérrez, Quevedo, Jado,... veinte más, persistiendo, hayan llegado á donde sus méritos los empujan;—cuando nuestro gran paisajista haya curado, nuestros famosos marinistas hayan ganado más triunfos en el mundo artístico, y todos tengan tres docenas de buenos discípulos en la futura *Escuela Provincial de Bellas Artes*;—cuando un Rivadeneira montañés ó un *Centro editorial* cualquiera dirigido por Llera, nuestro humanista y ateneísta aplaudidísimo, haya impreso todas las obras que anunció la *Sociedad de Bibliófilos cantabros* más las de montañeses contemporáneos ya muertos y una *Antología de poetas montañeses* de segundo orden;—cuando haya, por último, *Archivo* y *Museo* provincial bajo la inspección de nuestro coleccionador incansable, el redactor principal del *Averiguador de Cantabria*; haya *Biblioteca pública* é *Iconoteca montañesa*; tenga ya muchos años de vida esa *Ilustración Cantábrica*, órgano de nuestras letras y nuestras artes, su defensa y su propaganda, la voz de la región montañesa, que dicen que muy pronto va á comenzar su campaña honrosísima,... en la cual—dicho así al final—yo confío mucho, confía del todo mi corazón, el que late en este momento febril y apasionado como nunca, el que me dice en estas ocasiones lo que no me dicta la inteligencia, el que me empuja y me empuja espoleándome sin descanso, y sería capaz—¡pobre Prometeo encadenado á ingénitos posibles!—de intentar robar él solo—¡oh! sueños de enfermo—un verde laurel más para la corona de mi patria.

Pedro Sánchez.



ICONOTECA MONTAÑESA.

ARQUITECTOS FAMOSOS.

Los arquitectos montañeses, que fueron muchos y los más ilustres de toda España, según se ha reconocido unánimemente, no han tenido todavía la fortuna de que algún escritor de esta tierra dedicara un libro á sus biografías, importantes é interesantísimas, dignas de competir con las de los montañeses más célebres.

Solo en las *Efemérides de la provincia de Santander*, libro de mérito como recolección de datos históricos, aunque algo desordenadas, aparecen las principales: de desear sería, y aún de esperar es que vea pronto la luz pública la obra destinada á insertarlas todas con el debido orden, la verdadera crítica y las comprobaciones necesarias.

Mientras ella llega, fuerza es remitir al curioso á aquellas *Efemérides*, por deficientes que sean, y limitarse á publicar aquí la lista de los arquitectos montañeses que deben figurar en la *Iconoteca* proyectada, que quiera Dios que sea realidad muy pronto.

Son los siguientes:

—*Juan de Herrera*, el gran arquitecto del Escorial, de la Lonja de Sevilla, del puente de Segovia y el arco de la Armería de Madrid; autor del plano de la Catedral de Valladolid y de tantas otras obras inmortales.

—*Rodrigo de la Cantera*, constructor del palacio de Lerma, del claustro del convento de la Merced en Valladolid y de otros edificios notables.

—*Juan Gil de Hontañón*, arquitecto de la Catedral nueva de Salamanca, director de la construcción del cimborrio de la de Sevilla, primer maestro de la Catedral de Segovia.

—*Rodrigo Gil de Hontañón*, arquitecto de la Catedral de Salamanca, después de la muerte de su padre, del colegio mayor del arzobispado de la universidad de aquella ciudad, de las últimas obras de la Catedral de Segovia, del Colegio mayor de Alcalá.

—*Fr. Bartolomé Bustamante*, autor del magnífico hospital de San Juan Bautista, llamado ordinariamente de *Tarera*, extramuros de Toledo.

—*Lucas de Escalante*, ayudante en las obras del Escorial, director de las de Aranjuez.

—*Juan de Albear*, arquitecto de la Catedral de Astorga.

—*Juan Miguel de Agüero*, director de la Catedral de Mérida (Yucatán), de las fortificaciones de la Habana y de otras obras importantes de América.

—*José de Sopena*, constructor del primer patio del Colegio mayor de San Ildefonso en Alcalá de Henares.

—*Francisco de Campo Agüero*, maestro mayor de la Catedral de Segovia.

—*Juan de la Sierra*, arquitecto de construcciones importantísimas en la Catedral de Burgos.

—*Francisco del Pontón*, compañero de Sierra en estas obras y de Juan Vélez de la Huerta y su hijo Pedro, también montañeses.

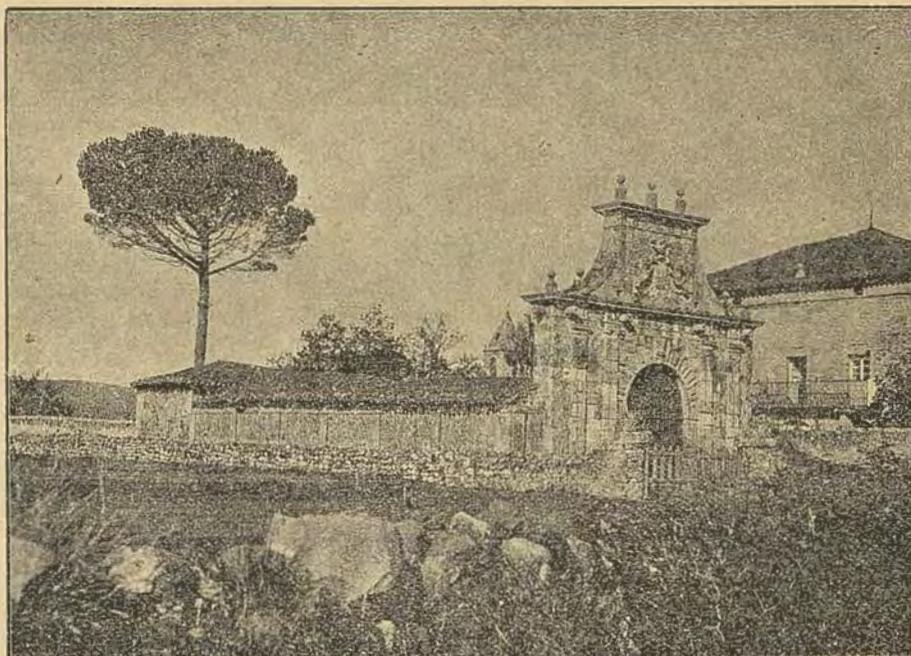
—*Pedro de Ezquerro*, arquitecto de la Catedral de Plasencia, de la iglesia de Malpartida, de la de San Mateo de Cáceres.

Una casa solariega.

De Norte á Sur, de Este á Oeste, por cualquier camino que se marche en esta Montaña, siempre encontrará el viajero casas semejantes á la que representa el grabado, de amplia solana y portalada ostentosa.

En los libros de Pereda, de Escalante, en todos los libros montañeses, aparecen descritas esas cosas, algunas de las cuales se van reedificando con dineros venidos de América.

Todos los blasones españoles campear en sus escudos, timbres de la nobleza de sus dueños timbres de la nobleza de su tierra... De ellas han salido en la historia frailes, militares, marinos, hombres de letras; las familias más ilustres del Reino, mudadas de hogar por las vicisitudes de la Reconquista y de las guerras posteriores.—Por eso se ha dicho, con razón, que no hay en España apellido famoso que no tenga en la Montaña su solar conocido.



Del riesgo vencedor y la distancia
que entre dos mundos pone el mar de Atlante,
á tí me acerco, valle de mi infancia,
de temor y esperanza palpitante.

Un siglo es cada instante.

¡Cuán ancho el río! El arenal ¡cuán largo!
Columbro al fin el somo del Candina.
¡Qué lento sube en el azul sereno!
Corro, vuelo, traspongo la colina.....
¡Feliz puedo espirar!.... Héme en tu seno.

Valle, donde benigna suerte quiso
cercaran mi niñez dicha y ternura,
cuando gocé tu paz de Paraíso,
no supe valorar tanta ventura.

Después, maestra dura,
enseñóme la ausencia entre zozobras
á comprender, á desear tu calma;
y vuelvo, como ves, de los extraños
con heridas de penas en el alma,
con la escarcha, en el rostro, de los años.

Tú también, valle amado, ¡cuán distinto!
víctima fué de la segur impia
la selva que en gracioso laberinto
las laderas del término vestía.

Las rocas á porfía
asoman, cual gigantes osamentas,
del pié de la montaña al horizonte;
rastrero abrojo al haya sustituye,
y la aridez conquista en cada monte
cuanto el avaro leñador destruye.

No ya, afianzada en sólidas raíces,
en vistosos rectángulos despliega,
rico marco de espléndidos maíces,
la viña sus verdores por la vega;
ni ya el rabel congrega
lucio rebaño en pasto redundante.

Pasó, cual plaga egipcia, insecto crudo:
y, con sorpresa amarga, ven los ojos
tronco de vid, de vástagos desnudo,
ganado ruín en míseros rastrosjos.

El membrudo garzón de la labranza

abandona el fecundo ministerio
á mujeres y ancianos sin pujanza:
de la codicia al riguroso imperio,
en el otro hemisferio
insegura riqueza solicita:
torna doliente, ó viejo, cuando vivo;
y, del caudal indiano en recompensa,
halla los patrios campos sin cultivo
y los paternos lares sin defensa.

De primavera á las sutiles auras,
al vivífico aliento del verano,
tu pristina beldad tal vez restauras,
tal vez recobras tu vigor lozano;
pero el otoño en vano
á disfrazar tu desnudez aspira
con restos de su regia vestidura:
y al contemplarte mísero, disциerno
cuanto cuadre mejor con tu tristura
la túnica severa del invierno.

¡Qué silenciosa soledad! Cuán honda
de tus risueños sotos la mudanza!
¿Porqué no suena por la alegre fronda
el tamboril de la festiva danza?

Diriase que avanza
de la discordia el ominoso espectro
espianando tus limpios horizontes:
del leñador el carro, con chirrido
áspero, finge en los lejanos montes
de venideros males el quejido.

Cesaron ya los plácidos cantares
del labrador que, trás la grave yunta,
retornaba al solaz de los hogares
do parca cena la familia junta.

Mi corazón pregunta
con ansia y miedo por amigos techos....
sació su rabia en unos el estrago:
de otros ya, en espiral, no se levanta
humo que figuró en el eter vago
de doméstica paz bandera santa.

Alzase en arco de maciza piedra
sobre el camino, al pié de la colina,

E PATERNO.

ar antiguo: junto al huerto aún medra,
bles cicatrices, vieja encina
al reina, domina
el mustio follaje del contorno;
como en brocal de peña dura,
y desborda cristalina fuente
arroyo vecino se apresura,
si melancólica ó riente.
ve, sacra mansión de mis mayores!
dos en lágrimas, mis ojos
nplan tus ruinosos miradores,
el ansiado umbral caigo de hinojos.
la muerte despojos
tiempo fueron ya cuantos mi infancia
ron de afección: ellos constantes
santuario de mi pecho viven;
mi propio solar fríos semblantes
omo advenedizo me reciben!
tiempo—¡ay breve!—la presencia mía
en estos muros despertaba:
re un amante labio sonreía;
re una mano amiga se alargaba.
jo corcel turbaba
egre relincho en el establo
niar sosegado de los bueyes;
daba el mastín, con noble ahinco,
cadena las tiranas leyes
abrazarme en turbulento brinco.
ro, subo, recorro cada estancia....
a aquí el abandono, aquí la inopia!
o inquirir, y en triste resonancia
lve el eco mi palabra propia.
abrumante copia
altan los recuerdos: allá miro
tre austero que al sumiso grupo
familia ejemplo fué admirable;
santa madre, que hacer supo
er fácil, la virtud amable.
los rudos patriarcas de la aldea,
ela, con los nietos consentidos,
noches de invierno se rodea,

al amor de la lumbre reunidos.

O suena en mis oídos,
la voz, entre severa y cariñosa,
del docto sacerdote á cuyo celo
debí entender los que el fecundo Lacio
dió á las humanas letras por modelo,
Marón y Livio, Cicerón y Horacio.

Tenaz repasa la memoria y nimia
escenas de campestres emociones;
el gozo de la siega y la vendimia,
el entrojarse mazorcas y vellones;
luego las impresiones
profundas de domésticos pesares;
la eterna ausencia, la partida amarga,
las ruinas que en mi mente reconstruyo....
me asfixia este aire: el vértigo me embarga;
no puedo más; salgo, descendo, huyo!....

Huyo hasta do la altiva pompa extiende
la encina de mis lares protectora.
Aquí mi horrible agitación suspende
la voz del sacro bronce, que á la hora
del crepúsculo llora:

voz que el pasado al alma restituye;
eco de aquella religión de antaño
que para todo mal tuvo un consuelo.
Noche y dolor conjúrense en mi daño:
fulgura en otra esfera el bien que anhelo!

Serenado el espíritu, ve clara
en el limpio cristal de la memoria
la imagen de los tiempos, y compara
la ventura real con la ilusoria.

¡Cuánta lúgubre historia!
¡Cuánto mártir sin nombre! «Oh, patria, exclamo,
«¡Qué necio quien se aleja, y sacrifica
«en extranjero altar á la fortuna!
«¡Cuán sabio quien su túmulo fabrica
«al pie del árbol que asombró su cuna!»

CASIMIRO DEL COLLADO.

TOMÁS CAMPUZANO.

Sea lámina el papel,
matiz la tinta, la pluma
pincel; quiera Dios que salga
parecida mi pintura.

CALDERÓN.

RECUERDO perfectamente el día y la ocasión en que conocí á Campuzano. Fué en el Sardinero y en una tarde de tormenta. Era día de huelga en el Casino, lo que quiere decir que aquella tarde no *tocaba* concierto. Había comenzado á llover y, con esto, refugiándose la gente que allí habitaba á sus hoteles y fondas. La de Santander, si alguna había ido en espera de que aquello *pasase*, debía de



huir en aquel tranvía que aún se veía humear hacia la estrecha garganta por donde se le traga la Magdalena.

Todo quedaba desierto: la galería, la avenida del pinar, el camino de la segunda playa... En el

pañuelo, cuyos bancos de madera relucían lavados por el aguacero, no había tampoco nadie... más que Campuzano.

Parecía el genio de la tormenta. De aquella tormenta de mentirigillas, por supuesto. Con su elevada estatura realizada entónces por un descomunal sombrero de paja de feroces diámetros, su barba de un raro color y osadamente traída hacia adelante, sus ojos salientes, sus modales resueltos, casi agresivos, tenía un aspecto cómicamente legendario. Diríase que esperaba á algún *Fausto* de la ciudad, hacia cuya parte miraba, para obligarle á enamorarse de alguna de aquellas lindas forasteras, amigas suyas.

Entre saber que era un artista notable y aquella extraña impresión que me hizo, ello es que yo no descansaba mientras no logré trabar amistad con él.

Tormenta me siguió pareciendo luego, pero tormenta de verano. Y es que, como ella, hace bien y refresca y anima. Cuando saturado uno del empaque y las *tranquilidades* de imaginación de algún serio, ó hastiado de las seriedades de sí propio—qué ¿quién es alegre consigo mismo?—acierta á encontrarse con Campuzano ¡con qué placer se recibe aquella lluvia de informalidades y de gracia en que su conversación envuelve á todos!

Nada de serenidad en ella, en serio ni en zumbaba. Campuzano va siempre derecho á la última exageración. Si le prohibieran la hipérbole, se moriría. Si cuando nació no hubiera encontrado en el mundo esa válvula para su imaginación exuberante, se hubiera vuelto á la nada.

—«Aquello era morirte ¿sabes?—habría dicho al volver allí.—Figúrate que en el mundo hay que contar las cosas como son...» Cuando habla, es todo el sugeto quien habla; no solamente la boca, los ojos, la barba, las guías del bigote, los brazos y las piernas, el hongo, hasta aquella *chalina* flotante para cuya colocación definitiva jamás ha tenido calma... todo toma parte en el discurso. Difícilmente se dará modo de decir más pintoresco que el de este pintor.

Modelo de nerviosos y primer ejemplo de ellos, sus nervios son de los de buena ley, de acero y no de ballena. No es de los exaltados que se desmayan, sinó de los que saltan. Es nervioso, al modo que debieron serlo Godofredo de Bouillon ó el Cid Campeador.

Se ríe, no ya de su sombra, que esto al fin fuera reírse de algo que no está en uno, mas de sí mismo, á obscuras. Con todo y con eso nunca ha tenido que mudar el rumbo á la conversaci3n al acercársele un nuevo individuo. Sus zumbas son cosquillas, que no pinchazos.

Hombre es de los que más jugo sacan á la vida. A esta vida tan mon3tona y tan seca para algunos la exprime él como á una naranja. Lejos de él esas vagas melancolías que para los menos son provechosas, y que á los demás les pudren poco á poco el humor y el ingenio. Su pensamiento, como las figuras de casi todos sus cuadros—uno de los cuales, hecho expresamente para este libro, y valga el paréntesis, puede admirar-abajo—nada en la luz meridiana, y el afamado artista vive y pinta, ama y piensa en pleno sol.

Lo bueno, lo noble, lo elevado y artístico, esté donde quiera, en el paisaje ó el libro, en los hombres ó las mujeres, instintivamente lo coge y lo guarda para sus buenos fines; lo otro lo recoge también y no le hiere; son parchazos que le ha-

cen reír, y un presumido ó un vicioso le hacen á él, destacándose en el cuadro del mundo, la misma gracia que esos barcos que pintan los chiquillos, con el capitán con sombrero de copa... Lo que no se presta á ser admirado, servirá para ser reído; pero este feliz ha encontrado manera de que nada le ponga de mal humor. ¡Hombre extraño, que viene á demostrar cómo se puede estar siempre alegre por mucho talento que se tenga!

Por esto es que, como dice la gente, en todas partes se encuentra bien; podría ser anacoreta y podría ser cortesano. Santander, Madrid, el Polo, todo le da lo mismo; su mundo va en él y le lleva consigo. Delicioso en plática con las damas, no se aburre entre marineros, ni ellos de él.

Ni nadie, porque en verdad os digo que no hay dinero con que pagar la compaía de este hombre, igual en su amistad, famoso en el arte, ingenioso y divertido... é inexorable con quien le elogie.

ENRIQUE MENÉNDEZ.



MARINAS.



Grandes masas de nubes acumuladas cerraban el horizonte. El mar y el cielo fundíanse en la misma tonalidad. Ni luna, ni estrellas, ni viento. Una atmósfera color de cinc oxidado envolvía el vapor que cortaba trabajosamente las ondas, desgarrando al paso la niebla con la perilla de los masteleros. A cualquier parte donde la vista se dirigiese, la mirada impaciente estrellábase contra un círculo brumoso que limitaba toda visión horizontal. El buque parecía un barco fantástico, navegando por un pozo inmenso, cuyas aguas negruzcas fueran hechas de tinta. El mar, como agobiado por la espesura del celaje, apenas si daba otras señales de vida que alguna que otra crispación que producía anchas é irregulares ondulaciones en su oscura superficie.

Se habían doblado las luces de señales. Eran las nueve de la noche y algunos pasajeros distribuidos por la toldilla de popa, sentados en los bancos ó recostados contra la obra muerta, fijaban la mirada en una enorme ponchera en combustión, colocada en medio de la cubierta, dejando escapar rizada y palpitante una lengua de fuego azulado, que proyectaba toda clase de reflejos y sombras, tocando con líneas movibles, que cambiaban bruscamente de posición, la arboladura del buque. Las luceras entreabiertas del salón permitían escuchar claros y distintos los acordes de un piano á cuyo compás algunas parejas ensayaban un tiempo de polka compatible con las recalçadas de popa. Los vestidos claros de las señoras, al pasar bajo la zona de luz, adquirían brillos fosfóricos, tonos espectrales, que saltaban de los cuerpos á las facciones y se arremolinaban un instante en los cabellos, para relampaguear en otro punto distinto, siguiendo los giros del baile, que á cierta distancia visto, antojábase de los muertos, rasgando la niebla con saltos macábricos, acusados en aquella lobreguez por el fósforo de las osamentas.

* * *

¡Luís!... Luís... ¿Dónde está mi primo Luís?... Quiero bailar con él—gritó Fernanda, abandonando la butaca de mimbre en que estaba sentada.

¡Presente!—contestó una voz bien timbrada, al mismo tiempo que por el tejadillo del timonel asomaba una cabeza varonil.—¡Un vals... que toquen un vals!...—dijo Fernanda, inclinándose sobre la lucera, para que la comprendiese el pianista.

—¿Cuál?...—preguntó éste.

El Beso...

El piano preludiaba. Ella abandonándose en brazos de su primo, comenzó á resbalar por la cubierta trazando grandes círculos. La luz del ponche parpadeaba más y más; los vestidos de Fernanda, henchidos por las corrientes de aire, sufrían inflamaciones súbitas, el cabello mal recogido descomponíase en negra catarata de rizos que se despeñaba por hombros y espalda; el compás precipitado y rápido marcaba giros vertiginosos: aquello no era un baile, era un remolino diabólico donde volteaban enlazados, pálido y descompuesto él, ella febril, la cabeza inclinada, la boca entreabierta y húmedos los labios, la mirada dormida, los párpados inclinados.... La luz del ponche se erguía, balanceábase, saltaba también, acompañando á los bailadores que parecían sombras empujadas por una brisa leve, que, de un momento á otro, podían desaparecer á través de la jarcia tragados por las sombras de la noche.

¡Bien!... ¡Bravo!... gritaban algunos, entusiasmados con la seguridad y resistencia de la pareja.

* * *

Mientras tanto yo no perdía de vista á Isabel. Desde el puentecillo donde me encontraba, distinguía perfectamente su sobreexcitación que se denunciaba por el fulgor de sus ojos y el movimiento del seno. Estaba muy pálida y sacudía nerviosamente el abanico contra sus rodillas. De repente abandonó su asiento, y, dirigiéndose á Luís, exclamó secamente:

—¡Tenemos que hablar!... Hágame usted el favor.....

El baile paró. Luís quedóse mirándola interrogativamente. Fernanda sorprendida en el primer momento, preguntó luego:

—¿Por qué?...

—Eso... no le importa á usted—replicó Isabel—y sonriendo desdeñosamente pasó su brazo por el de Luís, añadiendo—tiempo tiene usted de hablar con su... primo.... ¡Ahora me pertenece!... ¡Vamos!... y se alejaron en dirección á los pescantes que sostenían uno de los botes salvavidas.

La acción había sido tan rápida que ninguno se aperció de la maniobra.

Fernanda quedóse inmóvil, perpleja, cadavérica. Por un momento creí que se iba á desmayar, pero se rehizo y con paso firme descendió la escalerilla que conducía á su litera. Yo crucé el entrepuente y sigilosamente amparado por la mura de babor, me fuí aproximando al sitio donde se encontraban los interlocutores, que era el lado

contrario. Escoreme contra la casilla del timón y á mis oídos llegaron las siguientes palabras:

Desprecio profundamente á esa mujer.... Mi amor propio no consiente semejante indignidad... No sabría guardar más el secreto Luís... Le quiero á usted... Esta noche á las dos... En aquel instante el ruido de algunas personas que se acercaban, y una carcajada burlona de Fernanda, me hicieron comprender la situación equívoca en que se iban á encontrar los amantes. De un salto, y sin reparar en el riesgo que corría, gané la distancia que me separaba de ellos... Luís dirigióme una mirada colérica, Isabel una de reconocimiento.

Vámonos á la cámara, que aquí hace frío—dige. En aquel momento llegaba el grupo de pasajeros, maliciosamente conducidos por Fernanda.

Todos bajamos al salón.

Las luces se habían apagado, no quedando encendidas á bordo más que las de situación. La brisa refrescada mandaba de vez en cuando rachas de Nordeste, aumentando por momentos los balances. Nos acercábamos á las Terceras y el aire de tierra sacudíanos de firme. No se oía más que el ahullido del viento enroscándose por la jarcia, y los golpes secos del mar que comenzaba á agitarse. La campana de á bordo, marcando los cuartos, causaba una impresión desagradable, cada vez que mezclaba sus notas melancólicas en el concertante del viento y el oleage. La cubierta abandonada sin más luz que tal cual movible linterna, tenía un aspecto triste. El oficial de guardia, pasando y repasando como una sombra por el puente, parecía un fantasma con el impermeable puesto y la capucha calada, señal de mal tiempo. Un rompimiento de nubes iniciado por la proa, dejaba entrever retazos de un azul claro en los que brillaban algunas estrellas. La brisa seguía refrescando á medida que se aumentaba el cabrilleo de las olas, cada vez más cargadas de copos de espuma. Un ruido profundo y sordo, como el rodar de artillería á lo lejos, venía del horizonte. El mar que comenzaba á arbolarse, chocaba con rudeza, entrándose, colérico á ratos, por el saltillo de proa para desaguar sumiso por los imbornales. El personal del timón se había doblado. Dos ó tres veces bajeme al camarote con el objeto de conciliar el sueño y otras tantas había abandonado la litera preso el ánimo de un vago malestar. Pensaba en Luís, en Fernanda é Isabel, á quienes mi imaginación les suponía presos de un encarnizado combate de pensamientos. Comenzaron á invadirme atropelladamente un turbión de ideas á cual más extravagantes y por un momento olvidé el mal cariz que presentaba el tiempo, las rachas huracanadas y el sitio donde me encontraba; pero mi ensinamiento duró muy poco. Un ruido especial, que se diferenciaba de todos, vino á llamar mi atención. Era un ruido extraordinario, especie de frotación irregular, sorda, áspera, que cesaba un segundo para volver á empezar lenta ó precipitada, con intermitencias de choques violentos y silencios. Instintivamente alargué la cabeza

en aquella dirección y mi mano abandonó el cabo á que estaba agarrada, tratando de comprimir el corazón que me pulsaba con fuerza, y abriendo los ojos hasta sentir doloridos los párpados.

De pronto ví cruzar por la toldilla una sombra blanca, en la cual creí reconocer á Fernanda, que desaparecía por una escotilla.

Traté de dar un paso para salir al encuentro, pero los balances cada vez más fuertes, hicieron imposible mi propósito, arrojándome de bruces contra el trípode de la brújula. Cuando me levantaba un crugido tremendo, seguido de una sorda detonación, sembró la alarma á bordo. De todas partes surgían linternas encendidas; pasajeros á medio vestir, señoras en enaguas, hombres en mangas de camisa, formando grupos desordenados que contrastaban con la impasibilidad de los oficiales y de la tripulación que obedecía sus órdenes. El buque, falto de impulso, vagaba como una ballena muerta con fúnebres movimientos de babor á estribor, haciendo difícil conservar el equilibrio.

La tormenta se acercaba, llevando en la vanguardia el viento que silbaba como una culebra, haciendo gemir gabias y masteleros. Oíase la voz del capitán y del primer maquinista dando disposiciones á los fogoneros y tripulación, que corrían armados de martillos y otras herramientas hacia la máquina donde había estallado el tubo interior de alimentación á la caldera, denunciándose la avería, por la cantidad de vapor que muy pronto inundó el departamento de máquinas, causando por los primeros momento un pánico terrible.

Aún no se daban cuenta los pasajeros de lo que ocurría, cuando dos gritos de angustia, agudos, dilacerantes, que dominaron el fragor del oleage y del viento, acabaron de sembrar el terror á bordo.

¡Hombre al agua! se oyó.—Todos corrieron á los filaretos de popa por donde se supuso que había ocurrido la desgracia. Chalecos, cinturones de corcho, cabos, gallineros, todo lo que pudiese constituir un salvavidas fueron arrojados por la borda. En un momento se vieron picados los acolladores de las fajas, zafado el toldo y virados los pescantes donde se sostenía un bote, que fué enseguida arriado al mar, tripulado por el contra-maestre y tres marineros. Las luces de bengala, mandadas encender, proyectaban un fulgor siniestro sobre las ondas que tomaban tintes sanguinolentos.

Con muchas dificultades el vapor puesto al paíro, apenas podía sostener el embate de la mar que le cogía de través. Durante algunos momentos, temiéndose una catástrofe segura, dado el estado del mar, nadie dijo una palabra. Por fin, pasados diez minutos mortales, vimos marinar en demanda del vapor al bote que traía un tripulante más: era Luís.

Ni Fernanda ni Isabel estaban sobre cubierta.

Compuesta la avería y calmados los ánimos, los pasajeros fueron retirándose á sus camarotes á

conciliar el sueño tan bruscamente interrumpido. Yo preferí aguardar en pié la salida de la aurora. Cuando los primeros reflejos del día bañaban con una luz lívida el buque por entero, un acceso de curiosidad llevome inconscientemente al sitio por donde se suponía había caído Luís.

De uno de los pescantes colgaba un pedazo de cuerda. Distraídamente cogile entre las manos y me puse á reconocerlo. Sus filamentos, destrenzados y rotos de fresco, indicaban el paso de un corte cualquiera hecho con mano debil y poco segura. Eché la cuerda hacia afuera y desde en-

cima de la amura me puse á observar donde caía. Correspondía exactamente al ventanillo que daba luz á la litera de Isabel.

Entonces me di cuenta de lo sucedido. Del ruido extraño, del paso de Fernanda y del drama todo.

Cuarenta y ocho horas después entrábamos en puerto.

V. LASTRA Y JADO.

Madrid, 1890.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

Dominación visigoda en Cantabria.

En la historia de la antigua Cantabria marca época notable el principio de la dominación visigótica, ocurrido en el reinado de Eurico, el año 466 de Jesucristo.

Invadido por los bárbaros el imperio de Occidente, invadida por consecuencia España, ésta quedó dividida en cinco distintas naciones: la de los suevos, alanos, vándalos, romanos y visigodos.

Después de muchos años de lucha, proclamado rey de aquellos últimos Eurico, aprovechó la debilidad de sus reinos, atacó á los romanos en ambos lados del Pirineo, los expulsó de España y se apoderó de parte de Galicia y de Cantabria.— Esta región entró á formar porción desde entónces del reino visigótico que pereció en la batalla de Guadalete.



JESÚS MONASTERIO.

Si el trabajo del biógrafo es siempre agradable y grato, puesto que forzosamente á ensalzar y encarecer las virtudes y méritos del biografiado se dirige, lo es doblemente el mío en este momento por tratarse de una de las personalidades más salientes y simpáticas de la Montaña, del eminente violinista y notable compositor don Jesús Monasterio, al lado de cuyo talento y de cuya modestia resulta pálido todo elogio y menguada toda ponderación.

Porque hay en el arte, como en la política y aún en la misma ciencia, dos clases distintas de hombres eminentes. Unos que merced á su talento prodigioso y aún más al aura popular que les eleva y alienta, á todos se sobreponen, seducen y arrastran al vulgo cuyas pasiones lisongeán, cuyos caprichos adulan y cuyos extravíos y vicios tratan de ennoblecer y dignificar, y su fama se dilata y crece y se agiganta en breve tiempo; pero su efímera gloria, brillante y fascinadora cual cometa de fuego que cruza el espacio, se apaga sin dejar de su paso otra huella que leves chispas. Mientras los otros, muchas veces desapercibidos para los ojos miopes de la nebulosa vulgar, porque su brillo no ofusca, se elevan lentos y serenos al cielo de su gloria, donde brillan inmóviles con luz suave y perenne, constantemente, como la estrella polar á donde volvemos los ojos porque guíe nuestro incierto paso.

Tal es el lugar que recabamos para nuestro paisano el insigne Monasterio, cuya personalidad sobran á hacer resaltar sus grandes merecimientos; pero cuya trascendencia en el arte quisiéramos hacer notar, ya que nos faltan datos suficientes para una cumplida biografía y alientos bastantes para acometer una obra de verdadera crítica.

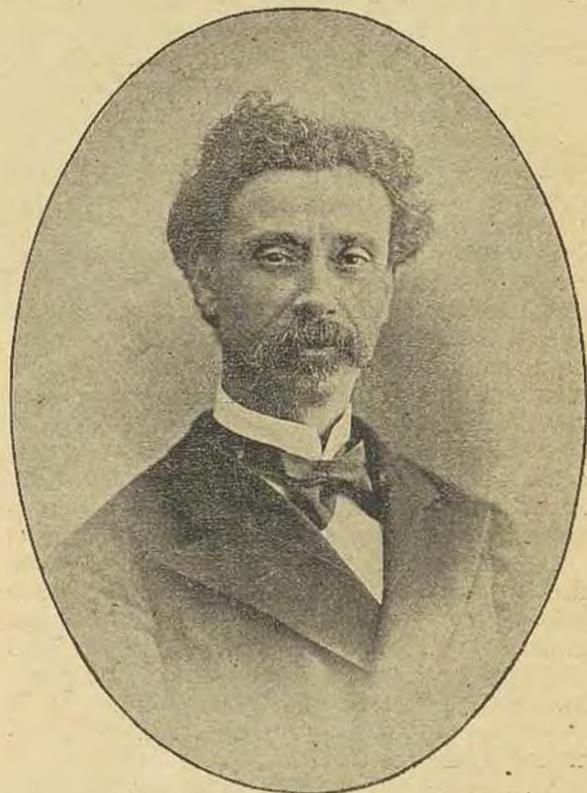
*
*
*

Nació Monasterio en 1836 en el pueblo de Potes,—que se representa en un grabado de una de estas páginas—en las montañas de Liébana.

¿Podría influir este detalle en la vida de tan grande artista? ¡Quién sabe!...

¿Quién sabe si el huracán que ruje con salvaje estruendo en las gargantas de la abrupta sierra, el talud que se desprende con estrépito espantoso desde el alto picacho, el viento que toca rústicas sinfonías en el bosque fragoso y el mar que muge en su impotente saña al embestir contra la tierra, contra aquella tierra vencida ya una vez, como dice Verdaguer en su gran poema, no fueron las

primeras notas que hirieron las fibras más íntimas en el alma ardiente del futuro artista y le iniciaron en el secreto de su arte maravilloso? ¿Quién sabe si aquellas armonías de la Naturaleza, con las que escribió el personaje de Becquer su extraño *Miserere*, no fueron las que abrieron para Monasterio un resquicio en este velo de nuestra pequeñez, y le dejaron entrever un rayo de luz de la eterna belleza?



¡Quién sabe!... ¡Pero cuántas veces, estoy seguro, allá lejos, muy lejos de su patria al herir con el arco las cuerdas de su *stradivarius*, arrancándoles cascadas de armonías, habrá recordado Monasterio aquel rincón querido de la tierra, donde se unen por suerte maravillosa el valle más frondoso, fresco y risueño, escondido entre los pliegues del manto magestuoso conque cubren sus cuerpos gigantescos de granito, los siempre canos Picos de Europa, como notas de amor, de alegre é inefable dulzura, perdidas entre las borrascosas armonías que preludia el metal en la *Sinfonía Heroica* de Beethoven ó en la *Marcha de la Coronación* de Meyerbeer.

Misterio es este que nadie podrá desentrañar, pero sí es cierto, según cuentan todos sus biógrafos, que apenas contaba cuatro años Monasterio, notó un día su padre,—gran aficionado y cultivador de la música instrumental,—que Jesús lloraba en un rincón del aposento donde aquél tocaba el violín:

—¿Porqué lloras muchacho?—le preguntó.

—Lloro, dijo el niño, porque esa música me hace llorar.

Hecho elocuente que demostraba el gran espíritu encerrado en aquel cuerpecito infantil y aquella aptitud tan extraordinaria para la música; como lo comprendió su padre que no vaciló un punto en dedicarle á tan hermosa carrera, comenzando por regalarle un violín de juguete en el que tocaba á los pocos meses Monasterio, como tocaba Mozart, para que bailasen los mozos de su pueblo.

En Palencia y Valladolid aprendió el niño Monasterio las primeras lecciones, adquiriendo los modestos pero sólidos fundamentos que habían de abrirle muy pronto, en el arte, glorioso y brillante porvenir.

En efecto, de aquella última ciudad pasó á perfeccionar sus estudios en Madrid bajo la dirección de los maestros más reputados que pronto conocieron sus dotes extraordinarias y con cuyas sabias y provechosas lecciones y la audición de la buena música maduró su ingenio precoz hasta el punto que, á los siete años de edad, llamó grandemente la atención en un concierto que ejecutó ante S. M. la Reina, tocando con tal aplomo y seguridad que le valió, á más de muchos plácemes, una pensión con objeto de que perfeccionara sus estudios.

El 6 de Junio de 1845 fué ungido ya con la sanción del público, que le aclamó como verdadero artista, aplaudiéndole entusiasmado en un concierto que tuvo lugar en el teatro del Príncipe.

La muerte de su padre y el atraso en el cobro de la pensión que se le había asignado, estuvieron á pique de cortar la carrera del joven artista; pero gracias á su asiduidad al trabajo y al generoso auxilio de su cariñoso tutor el señor Montoya, pudo en 1849 marchar á Bruselas, en cuyo Conservatorio fué admitido y donde recibió las lecciones del insigne Beriot.

Enseñanzas tan notables, en terreno tan fértil, hicieron desarrollar por completo todo el privilegiado talento de Monasterio, que alcanzó muy en breve una sólida y dilatada reputación.

El Conservatorio de Bruselas le concedió el premio de honor en el concurso de 1852 contra Mr. Beaumer; en Madrid, en París, en Londres y en Viena le aplaudieron calurosamente en muchísimos conciertos; viajó también por Rusia, Holanda y Bélgica, obteniendo en Gante, en Brujas y en Amberes ovaciones inmensas y en Leipzig alcanzó un éxito extraordinario en uno de los conciertos de *Gewandhaus* en que tomó parte.

De muchos de estos viajes podríamos dar detalles curiosos, si tuviéramos en este momento á

nuestra disposición una interesante correspondencia sostenida con cierta persona de Santander por el gran artista, donde relata, con una modestia que le hace doblemente simpático, los ruidosos triunfos que iba obteniendo en sus viajes, y las impresiones que causaban en su espíritu los países que visitaba.

En Alemania, en el propio país de la música clásica, alcanzó Monasterio sus mayores timbres de gloria, siendo aclamado no solo como un músico distinguidísimo, sino como el intérprete más fiel de las composiciones magnas de los grandes maestros.

Y sin embargo, ni le cegó un punto el humo de la gloria ni le desvaneció un instante el brillante oropel del aplauso popular; sereno é intrépido, con la modestia del verdadero genio, marchó sin vacilar por la segura y anchísima senda que le tenía trazado su destino.

Este era sin duda que el talento de Monasterio fuese aprovechado por su patria, y así sucedió.

Cuando la fama de Monasterio tocaba ya los confines de Europa y su nombre se pronunciaba con respeto por todos y en todas partes, un príncipe alemán, el Gran Duque de Weimar, famoso por su afición á las artes, ofreció á nuestro artista la dirección de su capilla con promesas tentadoras para un corazón menos patriota que el de Monasterio, quien no vaciló un instante en rechazarlas y aceptar el modesto nombramiento de profesor del Conservatorio de Madrid que le concedió la Reina y después el de primer violín de la Real Capilla y de la Música de Cámara.

Tal es la historia brillante de este gran maestro; cuatro detalles más acerca de su vida y de sus composiciones darían término á su biografía si tal cosa nos hubiéramos propuesto. Pero ni tal es nuestro propósito, ni haríamos otra cosa que narrar nuevos triunfos como los ya relatados; y nuestro propósito, como ya lo hemos indicado, no es otro que el señalar la trascendencia de Monasterio en la historia del arte español, lo que constituye, á nuestro entender, su mérito más grande.

Porque si Monasterio se hubiese reducido á ser un violinista insigne, un intérprete sin rival de las composiciones clásicas, si se hubiera limitado á recojer aplausos y cobrar sueldos fabulosos, bastaría eso tan solo para su gloria, pero no le haría acreedor á nuestra eterna gratitud como nos le hacen sus posteriores trabajos.

En efecto, Monasterio sacrificando en aras de su amor patrio las tentadoras y halagüeñas esperanzas que le brindaba la fortuna, lo hacía impulsado por un sentimiento grande, noble y generoso y tan hermoso sacrificio no podía resultar estéril.

Monasterio hasta entonces había trabajado para sí; desde entonces trabajó para los demás. Veamos como.

Las tertulias musicales que había inaugurado don Juan Guelbenzu allá por los años sesenta ó sesenta y uno, recibieron un esfuerzo valiosísimo con la llegada de Monasterio. Coronado de lau-

reles y rodeado de los prestigios que sus triunfos en Alemania le habían dado, fué desde luego objeto de grandes muestras de entusiasmo y cariño por parte de las poquísimas personas aficionadas por entonces á la música clásica.

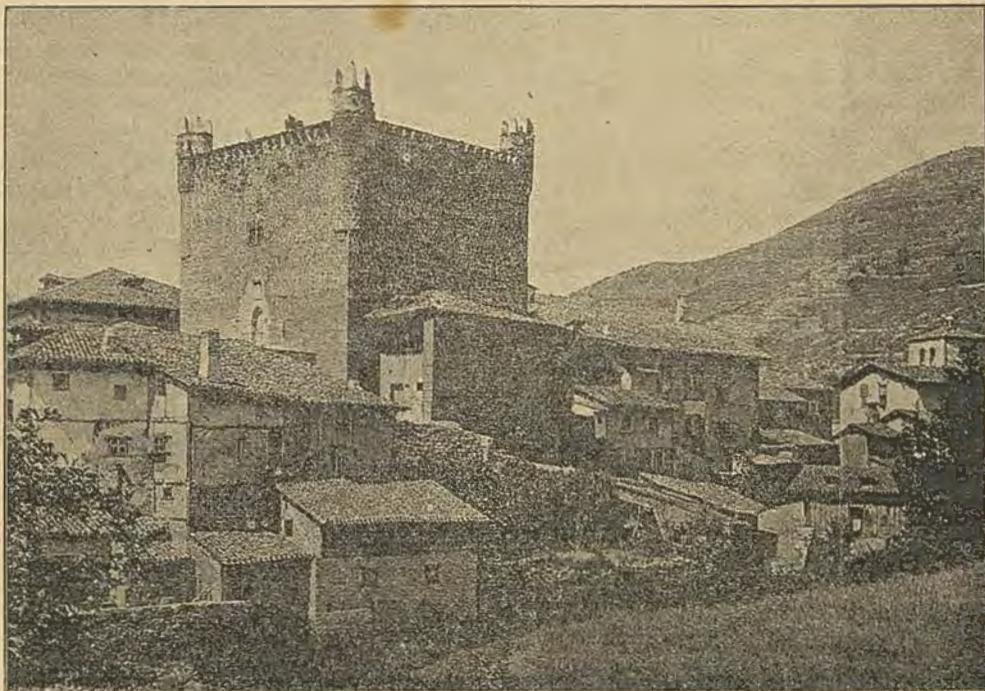
Aquellas modestas tertulias fueron ensanchando poco á poco su círculo hasta el extremo de ser necesario buscarlas un local más holgado, la música clásica iba abriéndose paso en el gusto del público, las enseñanzas de Castellano, de Guelbenzu, de Pérez, de Pló, con quienes compartía sus triunfos nuestro paisano, caían sobre el vulgo que las absorbía como embebe la tierra seca la lluvia menuda que la fertiliza, la *Sociedad de cuartetos* se organiza y se instala en local conveniente, la gente acude cada día en mayor número á escuchar y comprender á Haydn, á Mozart, á Weber y á Beethoven..... y está dado ya el paso más difícil.

Así lo comprendió Monasterio, é incansable en la ardua tarea que se había propuesto, á costa de mil dificultades y sacrificios, después de vencer obstáculos insuperables para quien no reuniera á su desprendimiento su amor ardiente por el arte y por la patria, funda la *Sociedad de conciertos* donde alcanza, manejando la batuta, los triunfos más colosales de su vida artística, hasta que herido en su salud tiene que abandonar aquel puesto de gloria, como el bravo general á quien retiran herido del campo de batalla.

Su obra no estaba perdida; Vazquez y hoy Bretón continúan las tradiciones gloriosas del maestro; la Sociedad de Conciertos adquiere cada día vida más robusta; hoy no basta el inmenso teatro del príncipe Alfonso para encerrar aquel público que acude entusiasmado á escuchar y aplaudir su orquesta incomparable; y el pueblo que consiguieron conmover Bellini, Donizetti, Rossini y Verdi con su genio, comprende hoy el de Meyerbeer, Beethoven y Mozart y comienza á vislumbrar toda la grandeza del incomparable talento de Ricardo Wagner.

¿Hay triunfo y recompensa comparable á los que Monasterio ha recogido? Pues Monasterio no se ha contentado aún con esto: y des-

de la Sociedad de cuartetos donde sigue ocupando su puesto, en la cátedra de *perfección* de violín que explica en el Conservatorio, en sus viajes frecuentes por la Península, en todas partes, pues en todas está siempre dispuesto á prestar su ayuda, desparrama valiosas enseñan-



zas, imbuje el gusto á la buena música, trabaja incansable en pro de su arte altamente educador, y contribuye á encauzar esa buena tendencia que hoy se inicia con bastante energía en nuestra patria.

Por digno remate á su empresa, hoy dirige sus esfuerzos hacia la música sagrada, el más alto concepto del arte, y conseguirá, no lo dudamos, que se conozca y sienta no solo á Handl, á Pergolesse, Bach y otros maestros extranjeros, sino á grandes compositores españoles que duermen entre el polvo el sueño de la ingratitud en los archivos de las capillas catedrales.

Difícil es aquilatar toda la parte que corresponde á Monasterio en este trabajo, pero creo que bien puede afirmarse que, si no toda, á él cabe la mayor parte de la gloria, pues él ha puesto de la suya el esfuerzo más costoso: el impulso primero y la constancia.

Por eso cuando le vemos rodeado de su cariñosa familia ocupando una modesta butaca en los conciertos, y unir su aplauso al frenético con que el público aclama á los profesores de la orquesta, casi todos sus discípulos comprendemos con qué orgullo más legítimo y con qué alegría más santa recoge Monasterio la recompensa debida á su grande y generosa proeza.

Pocas palabras hemos de añadir á modo de observación que no de juicio crítico de este simpático artista montañés, pues nos consideramos

demasiado pequeños é insignificantes para pretender juzgarle.

Como compositor, aunque no ha dedicado á estos trabajos principalmente su actividad, ha dado gallardas muestras de su ingenio: los notables *Estudios para violín*, la *Fiebre de amor* y *Tristeza* melodías tiernísimas é inspiradas, entre otras obras, bastan para crearle una reputación, pero donde ha demostrado con mayor evidencia su raro talento y toda la ternura de su corazón ha sido en su popular *Adios á la Alhambra*.

¿Quién no la conoce? ¿Quién no ha saboreado con deleite aquellas notas dulces, tristísimas como el plañido de la guzla morisca, aquel lamento que arranca del corazón de una gran raza vencida al volver sus ojos por última vez á la tierra nativa; y aquellas otras graves, duras y enconadas como el rencor y el odio amasados durante ocho siglos en corazones africanos y que brota en sus labios y en sus ojos al ver flotar el estandarte de Castilla sobre las torres de su alcázar sagrado? Ah! tan solo Zorrilla, en cuya poesía parece estar esta melodía inspirada, ha podido expresar en palabras tanto dolor y tanto odio; tan solo al pincel privilegiado de Pradilla está reservado expresar con colores momento tan solemne.

Como ejecutor, como músico: «Tiene una escuela original y delicada, una seguridad de ejecución pasmosa y un gusto admirable y exquisito...» dice Mr. F. J. Felis en su monumental *Diccionario de la Música*.

Otro de sus biógrafos, el profundo y erudito escritor don José de Castro y Serrano, se expresa en estos términos: «Desde el instante en que la coda del violín se posa bajo la barba de Monasterio..... exento de gesticulación, sobrio de movimientos, olvidado de toda pedantería volatinésca, anuncia antes de principiar que lo que va á oírse es serio y grave, ajustado á los preceptos de la ciencia, harmónico con las prescripciones del buen gusto.»

»Y en efecto, si el auditor no tuviera á la vista aquel Stradivarius de tres tablas, aquellas cuatro cuerdas de tripa, aquel arco de cerdas, simple como la misión que se ha confiado al instrumento, creería que una maquinaria oculta era quien producía los sonidos exactos, puros, serenos, intachables, que brotan sin esfuerzo de la pequeña caja apenas requerida de trabajo por su habil manipulador.»

»Porque Monasterio, que sabe mucho, sabe lo

»más difícil de todo que es respetar á los maestros. Y como su arte consiste en traducir los pensamientos de los que fueron, no en alterarlos ni discutirlos; como se *considera llamado á inculcar en el auditorio* las ideas que otros meditaron en el retiro de la inspiración.... por eso lo deja todo al oído y nada á la vista, por eso parece que no toca sinó que le salen natural y sencillamente los motivos, impresos en el papel por quien venció con su ingenio las dificultades del contrapunto.....»

En las mismas ideas que el eminente autor de *Los cuartetos del Conservatorio*, abunda el señor Esperanza y otros biógrafos de don Jesús Monasterio, juicios de autoridades competentes, á las que en este punto nos remitimos.

Demostrada queda cual ha sido la obra gigantesca intentada y llevada á feliz remate por don Jesús Monasterio; compárese con aquella otra que con noble deseo, pero por senda torcida, intentaron casi al mismo tiempo algunos ilusos músicos españoles con la creación de la zarzuela de un género híbrido, artificial, falto de realidad y consistencia, que después de arrastrar vida anémica viene al suelo con todo su artificio en nuestros días en una abyecta y decadente senectud, y se comprenderá que no exagerábamos ni un ápice cuando comenzábamos reclamando para nuestro paisano un lugar de preferencia en la historia del arte español.

Y es que Monasterio ha escrito ya en aquellas páginas brillantes su nombre que siempre permanecerá; porque su personalidad, su obra innovadora y trascendental en el progreso del arte español, como la de esos grandes astros perturbadores por su atracción en el orden cósmico, hay que estudiarla á larga distancia, pues confundidos nosotros mismos en este movimiento no podemos apreciarle bien en toda su magnitud.

Monasterio vive hoy, como siempre, retirado en el seno de su cariñosa familia, grande en su modestia, amante hasta el delirio de su querida *tierruca* y dedicado á sus dos grandes pasiones: la Música y la Pintura, en cuyo arte es peritísimo é inteligente.

Apurados todos los triunfos, ya no le falta más que el último; recibir en su propia tierra, donde se le adora, un público y solemne homenaje de respeto, de cariño y de agradecimiento.

ALFONSO ORTÍZ DE LA TORRE.



ÆGRI SOMNIA.

¡Con qué brío y fervor, con qué destreza
Pulsa la lira el grave Wolfanguito,
Erguida la cabeza
Y puesta la mirada en lo Infinito!

¿Qué alta visión en absorbente arrobó
Le atrae allá desde remota nube
Que, cual hinchado globo,
Del bajo suelo se desprende y sube?

Vedle crecer transfigurado!... Soles,
En la sombra sus ojos resplandecen...
Chinescos caracoles
Sus orejas magníficas parecen...

Sobre él—no lo dudeis—de lo Inconsciente
El fluído bajó; le hincha y eleva;
Elévale y potente
A los etéreos ámbitos le lleva,

Allí el vate respira en su elemento...
¡Cante allí, pues!... no sea
Que, por falta de válvula, violento
El vapor le reviente de la Idea.

¡Ah! si tal sucediese, el estampido
Formidable doquier resonaría
Y en noche eterna hundido
El fulgor de los cielos quedaría!

Mas no... ya canta... ¿oís?... ¡Cómo en la altura,
Dó entre cometas flota,
De la lira al compás trueno y fulgura
Y de armonía tempestades brota!

Al són de sus olímpicos acentos,
Que zumban en los vastos horizontes,
Callan mares y vientos,
Saltan ufanos los mayores montes.

Con ellos las pirámides del Nilo,
Magnas pelucas ostentando blondas,
Por altísimo estilo
Solemne rigodón danzan orondas.

Y las islas innúmeras del piélago
En ciclónico vals arrebatadas,
Girando en pos de colosal murciélagos,
Ríen á carcajadas...

¡Cuadro estupendo que de mil volcanes
Los fuegos sorprendentes,
Gloria de pirotécnicos Titanes,
Ciñen y alumbran coruscando ingentes!

¡Oh poder de la lira! ¡Oh Wolfanguito
Con quien ni el Dante á competir se atreve!
¡Oh cántico inaudito
Que holgorio tanto en el planeta mueve!

¡Con qué rimbombe desde polo á polo
Omnímodo campea!...
¡Cómo! ¿de él os burláis?...—*¡Ruido es tan sólo!*
¡Es el ruido sublime de la Idea!

—*¡Qué idea ni qué cuerno! ¿Hay por ventura
Quien discernirla pueda?*
¡Nuestro pobre magín no es la mensura
Del genio audaz que en el cenit se hospeda!

¿Cuándo seguir la urraca el vuelo supo
Del águila arrogante?
¿Cuándo en cerebro de pigmeos cupo
El concepto grandioso del gigante?

Mas, desfogado ya de lo Inconsciente,
A la tierra desciende el vate sumo,
Ondeando en su frente
Gran penacho simbólico de humo.

¡Con qué porte tan amplio y distinguido
Se acerca!... ¡Prosternaos!
Él de su canto nos dirá el sentido...
—*¿Dónde hay cosa más clara?... ¡Canté el Caos!*

G. LAVERDE.

San Vicente de la Barquera.

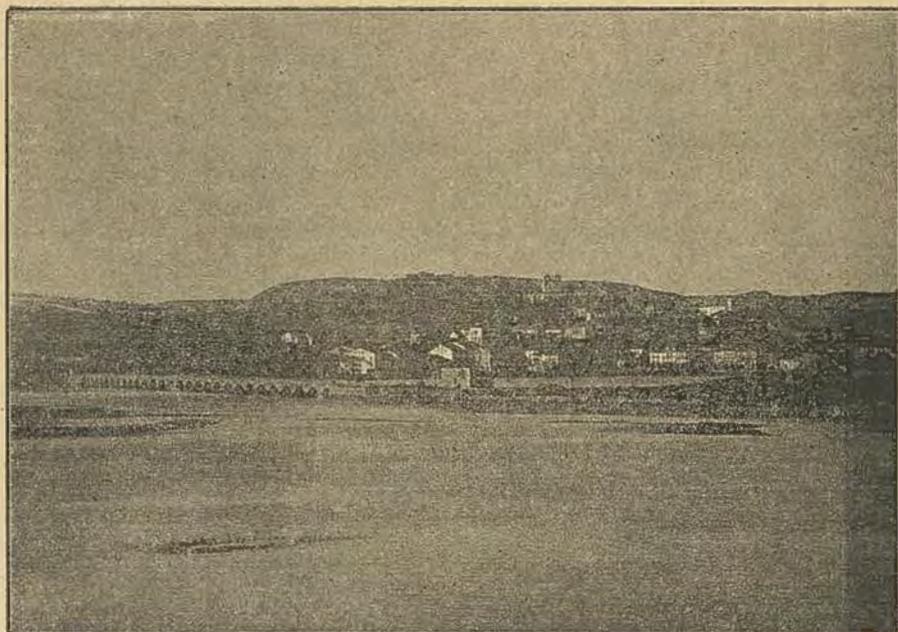
San Vicente, hoy villa importante de la provincia, cabeza de partido judicial, estación veraniega de las más concurridas del Cantábrico, fué una de las *Cuatro Villas de la Costa* de las que tanto se habla en la historia montañesa.

La situación de la villa es bellísima, de las más hermosas de esta tierra: partido el mar en dos brazos, ciñe un peñasco cuyo arenoso asiento ocupa la población, cuya cima corona la iglesia, y rodearon los muros del castillo.

Para entrar en aquélla, yendo de Torrelavega, hay que pasar la ría sobre un puente de treinta y dos arcos, que en el fotograbado se representa y que la tradición engañada bautizó de romano.

Al extremo de aquél, dominando el mar, se levanta un convento francisco, edificado de limosna hacia el siglo XV, y del cual tomó el patronato la casa de Guevara, poderosa en sus estados de Treceño.

Las casas de la villa, levantadas sobre solemnes pórticos, ennoblecidas con escudos y portaladas—hoy repartidas en



calles alineadas y limpias, abrigan el silencioso puerto, amparo de cientos de pescadores, refugio de media docena de pataches, escala también de los vaporcitos que van á Santander con carga de Llanes y Rivadesella.

La iglesia, en la cima de la colina, es una de las mejores y más artísticas de la Montaña, como podrá ver el curioso más adelante, en página que la fotografe y la describa.

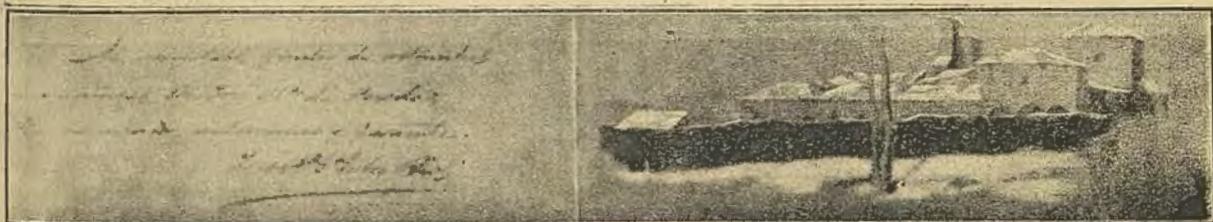
San Vicente, cuna de grandes hombres, floreciente en los siglos pasados, armadora de escuadrillas balleneras, cuna de algunos de los bajeles guiados por Bonifaz en la conquista de Sevilla, se ha compuesto y engalanado mucho últimamente, ha entrado de lleno en la vida moderna, y en verano ofrece comodidades y distracciones á sus huéspedes, á aquellos principalmente que buscan allí memorias del Emperador Carlos V, memorias de la hermana de Almanzor, la casa del inquisidor Corro, tantos otros recuerdos históricos y monumentos artísticos que conserva la villa para estudio y recreo de eruditos, pintores y arquitectos.





¡CETRES!

EL dibujo original, después de hecha por el fotógrafo la necesaria reducción para formar el grabado que puede contemplar el lector en esta misma página, acababa de llegar á mis manos, bastante bien encuadrado en una moldura de lo más al caso que había podido hallarse en el establecimiento en que se venden esas cosas. El dibujo era de mi pertenencia, por espontánea é inmerecida generosidad del artista, como constaba y consta en la dedicatoria al pié, de su puño y letra; lo cual, por sí solo, le daba ya, en mis adentros de hombre



agradecido, un valor excepcional. Pero, con ser este valor tan grande, aún me parecía mayor el que tenía en absoluto el cuadro, considerado como obra de arte y como primera y palpable revelación, á mis ojos, de los talentos del artista, mozo santanderino, en quien el delicado sentimiento de la tierra madre no se ha embotado ni se embotará jamás con el roce continuo de la jerga ramplona de los alegatos en papel de oficio; como no ahondarán los barnices de la vida madrileña en la epidermis de su cepa campurriana.

Me complacia yo en pensar esto del artista en presencia de su cuadro, y en creerlo á piés juntillas, porque, para mí, es innegable que ciertas delicadezas de estilo no pueden tenerse sin una exquisita afinación del sentimiento de la cosa tratada; inquiría, como lego, los procedimientos seguidos por el dibujante para lograr aquellos efectos de verdad y de hermosura en su obra; admiraba tan pronto lo acertado de la composición como la destreza de la mano ejecutora del pensamiento; regocijábame en hacer con el mío rápidas excursiones al campo del arte montañés, de cuyo florecimiento hay tantos y tan hermosos testimonios en este libro; contaba y clasificaba á los artistas por orden de géneros y hasta de edades; resultábame de tan varias, independientes y ricas manifestaciones, una tendencia común, una perfecta unidad final, como resulta en la fábrica del gallardo monumento con todas y cada una de las partes que le componen y que tan diferentes parecían entre sí, desparramadas y en manos de los artífices que iban dándoles la forma determinada por el arquitecto; colábanse por este resquicio la idea de la *escuela*, el esbozo de la *región*; algo de lo que puede haber en estas ideas de ilusorio, por espíritu de raza ó por embriaguez patriótica; mucho de lo que, aunque irrealizable, tiene de bueno el achaque, por lo fecundo que es en nobles empresas y en generosos esfuerzos *locales*, que, á la postre, lucen en beneficio y en gloria de la patria común.... en fin, hasta pesaba y medía el cuadro, que *ya era mío*, recordando sitios y espacios, para elegir el más conveniente para colgarle, cuando se me dijo que preguntaba por mí «un hombre de allá.»

Hay que advertir que estos «hombres de allá» siempre llegan á mi casa (y llegan cada día desde los de mi mocedad) á la hora y en las ocasiones menos á propósito para entender yo con paciencia en los roñosucos «particulares» que los sacan del lugar: por lo común «expedientes» que «no corren» en estas oficinas; diferencias sobre intereses con el vecino; juicios en apelación al juzgado de primera instancia: cartas de recomendación para el Preste Juan de las Indias, ó para el mismo Príncipe de los Apóstoles, portero de la Gloria celestial, «motivao al muchacho que anda por los mundos» y desea mejorar de fortuna, ó á «la defunta que fallició» la vispera y pudiera, «con un buen empeño,» verse libre de las penas del purgatorio; á menudo, porque la *cogecha* ha sido mala, el perdón de la renta ó el anticipo «pa salir

avante del mayor apuro á la presente;» la fianza para aquello ó el consejo para lo otro, y así, por este orden, hasta los pajaritos del aire ó los cuernos de la luna, porque, los benditos de Dios, no se paran en barras, puestos á pedir lo hacedero y lo imposible.

En todos estos casos, *relates* eternos y digresiones interminables; los puntos litigiosos, sacados á tenaza por mí; salivazos en el suelo, tres libras de barro molido y estirado á pisotones sobre el hule, mal herido, además, por las tachuelas de los blindados borceguíes, y una humera, densa y asfixiante, del tabaco más malo que puede suministrar la Dirección de Estancadas, puesta de intento á darlo de lo peor.... Vamos, que me cuestan un sentido, en todos conceptos, esas benditas gentes, que, por remate y «finiquito,» no me lo agradecen tanto así.... ¿Agradecer dijiste? ¡Buenas y gordas! Gracias que no se me responda lo que cierto compadre á quien yo ponderaba los sudores y congojas que, en dos meses de brega, me había costado poner en claro un derecho suyo desconocido en determinado centro oficial: «Si usted, al meterse en lo que no le importa, supiera teclear como es debido, más pronto.... y mejor quizaes, hubiera sido el resultante.» Y lo había ganado con costas, y yo le había servido á sus instancias y de balde.... y poniendo dinero encima De veras: hay para pegarlos, muy á menudo. Pues así y todo, sufro y estimo ¿qué estimar? amo á esos «hombres de allá,» por el más sarnoso de los cuales me lío la manta al brazo á cada hora, para habérmelas con el lobo mismo, como si la oveja fuera de mi rebaño, sangre de mis venas, ó fibra de mis propias carnes; y frecuente oficinas, y escribo cartas y molesto á los amigos, y aburro al más paciente y estimado de todos ellos, ¡yo que jamás he incoado un expediente propio en ningún *centro* del Estado, ni por asuntos de mi pertenencia he dado los buenos días, en todos los de mi vida, al más modesto funcionario!

Conste que no lo puedo remediar, y vamos al caso.

Pregunté qué hombre era el que me buscaba, y me respondieron que «uno muy *oscuro*» que se llamaba, no sabían si Blas ó si Juan, si Roque ó si Gómez, porque el hombre *no se dejaba* entender.

No caí en la cuenta por estas señales. Pedí algunas más, y á poco rato me dieron estas otras:

—Dice que es *Cutres*.

¡Cutres! ¡Cutres en la ciudad! Lo menos hacía veinte años que Cutres no ponía los piés en ella. ¿Qué río se había salido de madre, ó qué monte se había *desborregado* en el lugar? Por que, vistos los antecedentes de Cutres, y conocidos como yo los conocía, se necesitaba un verdadero cataclismo para hacerle salir de sus enroñecidos quiciales. De cualquier modo, con la visita anunciada había para que me temblaran las carnes; por que Cutres era de los hombres «de allá» que más me daban que hacer. Siempre tenía en tramitación dos ó tres expedientes; dos juicios de

faltas «para el sábado que viene», y otros tantos en apelación; y todo ello por ser Cutres el hombre más testarudo que ha nacido de madre; por el condenado empeño de hablárselo todo él solo, después de forjarse las cosas á su gusto en la empedernida mollera. Oía ó soñaba el agravio, la reclamación ó el consejo; bajaba la cabezona hirsuta, fruncía las cejas grises, cerraba los ojos mortecinos apretando mucho los párpados... y allá va esa descarga de sonidos broncos, desconcertados y feroces, intraducibles en ideas ni en palabras. Se le llamaba á la razón con templadas reflexiones para explicarle el caso, para que oyera, cuando menos. Peor. La interrupción le cegaba más, y el zumbir de su palabreo incesante y confuso, llegaba al mugido del torrente en el fondo de una sima. De tiempo en tiempo, un estampido, una detonación, como si estallara algo allá dentro. Era una interjección, ó una desvergüenza, ó una injuria: «¡Ajo!... ¡La tal de tu madre!... ¡Ladrón!... ¡Saca-mantas!» Lo único que se le entendía claro en sus tremendos desfuegos; y como había testigos, y él no escuchaba á nadie ni quería «volverse atrás de lo dicho», demanda «al consiguiente», y á juicio verbal «el sábado que viene.» Á este tenor, sus negocios con el municipio ó con la Hacienda; y expediente al canto... y á mí con el mochuelo al otro día, de palabra si me hallaba á la vera, ó, si en la ciudad, por el correo, en letras como perojos, que parecían hechas con la ahijada, sobre papel de hilo barbudo, y cerrada la carta con pan mascado.

¡Y este hombre había sido risueño y campechano, cantador y bailarín, la alegría del lugar!... hasta que se acabó «la carretería.» Desde entonces y por eso solo, se hizo esquivo, lúgubre y desapacible, y se declaró en guerra implacable con todo el género humano. El mundo ya no *andaba* para él, ni *las cosas* que pasaban eran valaderas ni producían derechos para nadie. Todo estaba fuera de la ley, incluso el tiempo, considerado por Cutres como una *suelta*, más ó menos larga, que tendría su fin más tarde ó más temprano, llegado el cual, volvería él á uncir... y hala con lo tuyo por el camino de siempre.

Pero la suelta duraba y duraba... y duraba, y el peso de los años que corrían, aunque ilegales, iba quebrantándole los bríos, arrugándole el pellejo y encorvándole los hombros. Él tenía fé ciega y tenaz en la vuelta de las aguas al abandonado cáuce; pero ¿cuándo sucedería eso? Al paso que iba desmoronándosele la armazón, que fué de encina brava en otro tiempo, cuando se tocara á uncir de nuevo y á preparar la *mostela* ¿tendría él agallas ya para subirla al carro?

Y esto le impacientaba y le consumía, y con ello iba haciéndose, de hora en hora, más feroz é inaguantable.

Á la sazón de preguntar por mí, tenía por acá tres expedientes *dormidos* en los respectivos centros; expedientes forjados á su manera sobre soñados atropellos del municipio de allá. Se habían dejado dormir de propio intento y por obra de caridad,

porque el menos impropio de todos ellos contenía descomedimientos y crudezas de sobra para dar que hacer en el asunto, por razón de desacato, al juez de primera instancia. Cutres no quería entenderlo así; y en su empeño obcecado de ver en Ceuta al alcalde, y en la cárcel al Gobernador que «le encubría,» me había puesto á mí para pelar cincuenta veces, de palabra y por escrito, suponiéndome primero tibio en ampararle á él, y, por último, cómplice y encubridor de «los otros,» por lo que se me *podiera pegar*, «si á mano viene.»

¿Había ó no para que me temblaran las carnes al saber que Cutres estaba en la Ciudad, y á la puerta de mi casa, resuelto á verse conmigo?

Mandé que le hicieran entrar; y entró, poco á poco, á paso de buey, marcando con dos golpes cada pisada de sus enormes borceguies; en la mano un palo corto, rayado á fuego; vestido de paño pardo y con camisa de estopilla, á la moda de treinta y cinco años atrás. Guardó en un bolsillo del chaleco la punta apagada del cigarro que traía entre los amoratados labios, para darme los buenos días, sin pensar en descubrirse la cabeza; y del modo que ya se le ha descrito, desde el vano mismo de la puerta, donde se quedó parado, me disparó la andanada; pero, en honor de la verdad, no con la artillería gruesa. Así y todo, se llenó el cuarto de ruidos, y temblaron dos cristales mal seguros en sus mortajas. No le entendí un palabra, porque no hubo injuria, ni interjección ni desvergüenza; lo cual era de agradecer, y se lo agradecí.

Mirándole y admirándole y gozándome en contemplar su estampa original y pintoresca, dejé que se desfagara á su gusto, y cuando ya abrió los ojos y pudo mirarme y verme, con señas y ademanes expresivos le invité á que pasara más adelante y se sentara cerca de mí. Pasó y sentóse, poco á poco, muy poco á poco, y al carel de la butaca arrimada á la pared, casi debajo de un aparato telefónico, por más señas. ¡Qué acabado estaba el pobre hombre! ¡qué viejo, qué acartonado y rugoso, y cómo olía á humo de cocina, de cuyo fuego eran señas las *cabras* que se le veían en las enjutas canillas por debajo de las campanas de sus perneras!

Estando así sentado, quedaba en frente de él, y muy cerca, el cuadro de que íbamos hablando, colocado sobre una silla, tal como yo le había puesto para contemplarle á mi gusto.

Pensando en la manera de conjurar aquella tormenta que se me había venido encima de repente, en el breve espacio de silencio durante el cual tuvo mi hombre clavados los ojos en el cuadro, y andaba yo con los míos del cuadro á él y de él al cuadro, acordéme de que en la naturaleza bravía é irracional de Cutres había una cuerda sensible y *entonable* con el sentido común y el lenguaje humano, y traté de herírsela, para distraerle un poco del asunto que le había sacado de casa, á pie y andando, por las señas del barro blanco de sus borceguies, y por constarme bien que no se mo-



vía su cuerpo de otro modo, ó en carro de bueyes... ¿El tren?... primero el coloño de espinos, «arrastra por las patas, ú la horca mesma.»

—¿Qué le parece á usted esto?—díjelo corriendo más hacia él la silla en que estaba el cuadro.

El hombre, que aunque le miraba no le veía, se encogió de hombros por toda respuesta. Contaba yo con ello, y le añadí:

—Mírele bien, que hay algo ahí que le interesa á usted.

—¿A mí?—exclamó entre admirado y desdenoso.

—A usted.

Volvió á encogerse de hombros, y volví yo á insistir en que mirara bien, metiéndole el cuadro por los ojos.

—A manera de puente cascao—dijo al fin, después de mirar el dibujo con la cabeza entornada, tan pronto á un lado como á otro, la boca muy abierta y haciendo embudos con los labios.—Y si no lo juere—añadió sombrío—que no lo sea. A mí ¿qué cutres me vá ni qué me viene en ello? ¡Ajo! En esas penturucas con que tiene apestá la casa de allá, y la de acá por lo que veo, gastará usted los dinerales que estarían mejor gastaos en sacar avante la hacienda ultrajá de un pobre como yo. ¡Cutres! A ver como anda eso vengo, ¡ajo! y no más que á eso.

Se me iba, se me iba el salvaje por los cerros de su gusto, si no me apresuraba á atajarle.

—Mire usted, Cutres de los demonios, cabezón y testarudo—díjelo apuntando al mismo tiempo con el dedo:—¿Vé usted esta figuruca de hombre, metida en una O grandona?

—Pué que la vea—respondió volviendo á mirar como antes.

—Pues es la estampa de un campurriano.

—¿Por ónde es campurriano eso, cutres?

—Por la cara, por la gorra de pelo, por la pipa, por la capa...

—Por el.... ¡ajo! ¿Ónde están los zajones? ¿Ónde están las albarcas de pico entornao? ¿Ónde los escarpines negros con botonaura?

—¡Otra te pego! ¿No vé usted que esto es un retrato de cintura arriba?

—Y ¿ónde se han visto campurrianos que no tengan ná de cintura abajo, cutres? ¡Y si habré visto yo campurrianos en mi vida!... ¡Ajo!

Ya estaba clavado mi hombre. Explíquele, como mejor pude, lo que era un retrato de medio cuerpo de un hombre que le tenía cabal, sin que Cutres cayera de su burro, por supuesto, y le señalé otro detalle del cuadro.

—Esto que usted cree un puente cascado, es un pedazo de una iglesia célebre que está en Cervatos: cerca de Reinosa.

—¡Reinosa!—exclamó estremeciéndose.

—Si, señor—añadí ahondando en la herida abierta—Reinosa: todos estos peñascos, y estos montes algo nublados, y este tronco viejo... y hasta estos patucos que se bañan en esta poza, son cosas de por allá, de Reinosa; y escondido en estos repliegues de los montes, irá el camino real que tanto ha trillado usted.

—Treinta y dos años hace—exclamó en un mugido que retumbó en toda la casa—días más que menos, que no le pisan los mis piés dende Corrales pallá.... ¿Se puede vivir así? ¿No es hora ya de que camben las cosas? ¡Ajo! ¡Ladrones dilapidaos!...

Templéle un tanto las iras, por que no me convenía tampoco que se dejara llevar de ellas en el terreno en que le tenía ya; y con la ayuda de ciertos toques cuyo buen efecto conocía yo por la experiencia de su trato, le encarrilé blandamente por donde me proponía, seguro de oírle lo que ya me había contado cien veces, pero también de apartarle con ello del negocio de los expedientes; y eso que no dejaba de interesarme el por qué de su venida á tratar de ellos pico á pico conmigo en la ciudad.

—Aquello era las Indias ¡las puras Indias, cutres!—llegó á decirme, echándose el sombrero atrás, animado el rostro sombrío y con las dos manos sobre el garrote chamuscado.—Yo espenché el trajín de mozo, con el carro de mi padre: le gané un platal diendo y viniendo.... ¡ajo! lo que se llama un platal. Me casé en su día: la mujer llevó algo de por sí, yo tenía otro poco por mi padre; jalleemos quien nos diera á renta lo demás, y como dos pepes, ¡ajo! como dos pepes caímos en la casería.... Dos vacas de vientre, una pareja tudanca de lo mejor de la feria.... ¡Cuarenta doblones pagó el amo por ellos! Había entonces con ese dinero pa mercar un navío de tres puentes. La pareja corriente, treinta doblones, menos que más. No se conocía el carro de rayos que anda ahora: la carreta de Penaos, que costaba una onza, ú el rodal de maera que no pasaba de cuatro duros: la carreta, por estrechuca de llanta, se comía las ganancias en potargos: el rodal de maera, con una llanta postiza, daba mejor cuenta, y eso se estilaba entre los que más, salvo los *marinos* de Bezana y por ahí; que se metieron en lujos de carros con galga, parejas dobles, mantas y atelajes que tenían que ver, pollos y chorizos en las sueltas; y así salieron ellos al finiquito, cutres, cuando la cosa paró: en cueros vivos y á la temperie del camino real, que ya no daba un *li*. Nusotros, pa un por si acaso, siempre guardemos el quinto pa el alma, como el otro que dijo.... A lo que iba: la mujer (que Dios haya perdonao) era un brazo de mar, lo mesmo con hijos que antes de tenerlos; de modo y manera que, al irme yo á porte, no se conocía la falta en casa, porque ella remaba por los dos y amenistraba por deciseis. Salíamos, de cada golpe, los ocho ú los doce carros del lugar, en ca compañía. Un sujeto de ellos, el más corriente y avisao de pluma, llevaba el gobierno, con voz y mando, pa la carga en Reinosa y el cobro de la guía en Santander. Siempre juí de estos, cutres, siempre, por sujeto leal y socorrió en cuentas de retaporción. Pues, señor, que dos días de repaso á la pértiga y al rodal; que amaña esta tuchoría, que pon este verdugo; que el encañao del toldo, y la jabonera en su punto; que llegó la hora, y el jabón

á la jabonera, y los garrotes del pienso colgaos de los armones traseros, y la saca de cebá aentro.... y halá pa llá, cutres, con la pareja enmantá, el eje bien enjabonao por la calentaera, pa que no cantara, porque si allegaba á cantar, multaban los camineros.... multaban ¡ajo! multaban.... y con mucha cuenta y razón ¡cutres! que á cantar cá carro de aquella senfinidá de ellos, cosa juera de no poderse vivir en los vecindarios transeuntes.... ¡Santísimo Cristo de mi padre, cómo estaba aquel camino real por aquellos estonces de la pompa de la carretería!

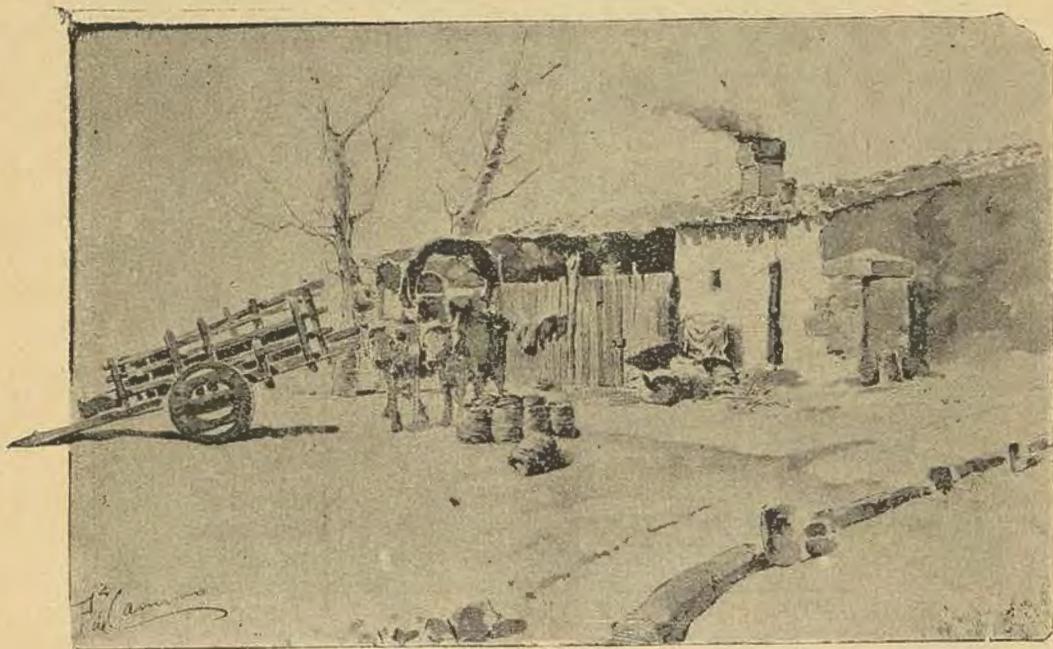
La repentina visión de ello debió deslumbrar á Cutres, porque al mencionarlo se llevó las dos manazas á los ojos, dejando caer el palo entre las piernas; y así se estuvo á oscuras un buen rato, bufando como un jabalí y balbuciendo palabras que yo no le entendía.

—Le digo á usted—continuó enderezándose y volviendo á empuñar el garrote—que había veces que no sabía uno como enrabarse en la ringlera al abajar al camino, ú al salir de la suelta, porque no se jallaba un claro por onde meterse. Aquello era el sinfinito de carros por las dos orillas, diendo el un rosario, y otro que tal golviendo. Lo que á mí me entraba al ver aquel trajín.... y al agolerle. ¡cutres, al agolerle tamién! si, señor; porque agolía; agolía el aire como á jabón recalentao, de tantísimos ejes, con su punto, además, de baho de las tabernas.... Lo que á mí me entraba estonces, no es pa dicho con palabras. Lo mismo era verme

allí, ya me tenía usted con la ahijá por los hombrales, los brazos por encima de ella, colgando después palante; y toná vá y toná viene, al andar de la pareja y á la vera misma del carro.... Un puro silguero, yaya, porque no cerraba boca en lo mejor del camino. Los otros compañeros, en escomenzando yo, se me iban arrimando poco á poco; y éste ahora y el otro después, acababan por entonar conmigo toos ellos. ¡Off! ¡Ajo!.... y sépase usted, por si no lo sabe, que siempre y en toas partes era yo estonces lo mismo. Yo nunca supe hasta después, lo que era la malencunía negra, como ésta que me viene consomiendo y acabando malamente, por culpa de las picardías de otros hombres que han güelto lo de arriba abajo en las cosas de la tierra.... ¡Mal rayo los parta, cutres! por la metá de los riñones, ¡ajo!

Viéndole temblar de ira y con los ojos casi cerrados ya, señales infalibles de sus malos propósitos de largarse otra vez por los cerros de su barbarie, atajéle de prisa, pero con sumo cuidado para no embravecerle más.

—Vamos—le dije—á lo que íbamos, y que tanto me gusta oír de boca de usted. En acabando con ello le ayudaré yo á echar un buen colofío de rayos y centellas sobre esos pícaros malhechores que lo merezcan. Ya estaba usted en el camino real, hecho unas tarrañuelas y cantando como un jilguero, entre dos filas de carros sin principio ni fin, oliendo á jabón recalentado y al baho de las tabernas. ¿Y qué más?



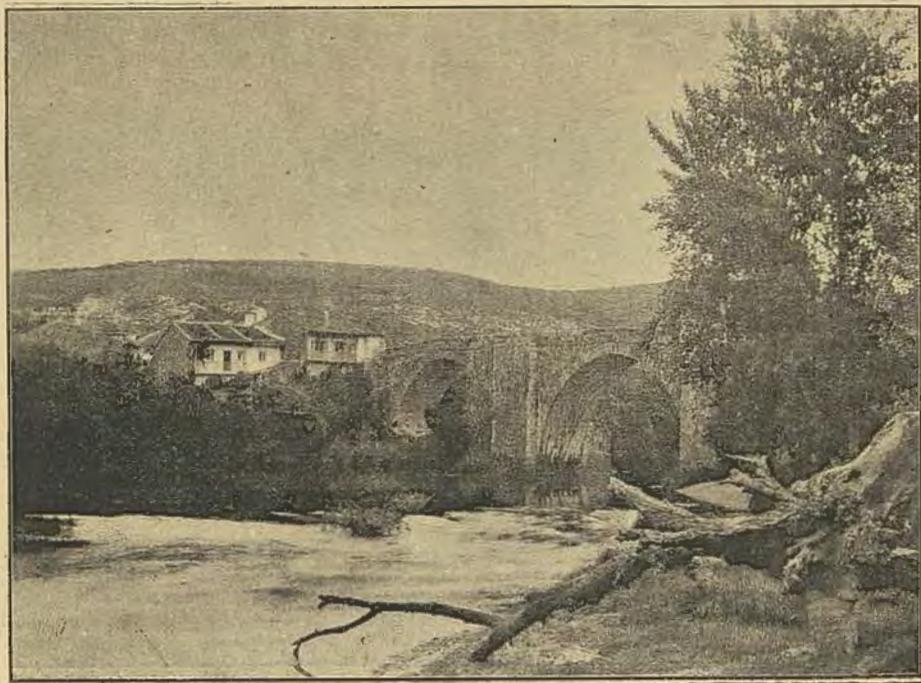
—La primera suelta—continuó Cutres volviendo dócil, como un buey, al camino hacia el cual le arreaba yo—era en Somahoz. Allí el pan y el vino pa acompañar al torrendo que usted llevaba de casa. El sueño, encima de la saca, La taberna del

portalón onde dejaba usted su hacienda arreglá, escripía de carreteros; los de la *Marina*, tratándose á cuerpo de rey; los demás, á lo probe; y el más cuerdo, amañándose la probeza en la sarten de su propiedá, en el mismo portalón, ó matando

el ujano del hambre á pan y navaja. Yo siempre fui de estos ¡ajo! siempre, salvo uno que otro caso y porque no se dijiera, en este compromiso ú en el de más allá... Porque motivos pa echase á perder el mejor de los hombres, los había á tanta allí... ¿Ónde no los hay, cutres? San Pedro pecó negando á Cristo, y el más justo cae siete veces, aunque se agarre bien.... Sobrando el tiempo y siendo las noches largas, había en las sueltas de too, hasta briscas de á peseta el partío, que era cuanto podía haber; y andando la baraja y el vino tan corrientes, no es mucho de extrañar que una vez que otra saltara el camorro entre los más vidrosos, y se alumbrara por remate dáque garrotazo... Pero repito que eran habas contás estos desgustos; y bien puede jurarse que nunca se vió en ellos una navaja. ¡Nunca de Dios! ¡Siempre la ahijá! Y en güena hora lo diga, que casqué más de cuatro en las costillas de unos y otros, por amparará algún compañero: en los jamases por culpa mía. Ahora, si al alcontrarse en el camino la carretería de nusotros, pinto el caso, con la de los *litos* de Güelna, que tenían lo que se llama vicio de apalea, le decían á uno dáque ultraje ú disvergüenza, ¡ajo! la cosa ya era diferente, porque no estaba en manos de uno el contenerse; y hasta la güena crianza le obligaba á uno á ven-

tear la ahijá antes con antes. Pero esto, por no buscao y muy pasajero de suyo, nõ lo cuento yo por males de la carretería.

—Ya subiendo las Hoces, la primera suelta del meodía era en *Santolaya*, y la segunda, de noche, en Lantueno. Al romper el alba siguiente, en Reinosa. A tiro hecho y á precio corriente, á cargar. Tantas arrobas en tantos carros; ochenta ó noventa de ellas el que más, de una pareja. Se estipulaba el montante en la *guía*, que me llevaba yo, como así mesmo el socorro de dinero entregao á cada uno de la compañía, pa el debido rebaje del total en Santander, y güelta varga abajo por los mismos pasos que se habían contao varga arriba. Sin más ¡ajo! sin más..... y jala, jala, como una seda hasta la puerta de casa, como el otro que dijo; vamos, hasta el Regato..... Allí una suelta, y la pareja á casa, pa que á los probes animales no les entrara *solengua*... ¡Ajo! porque son así de suyo: más sentíos y leales que los hombres mesmos. Con ese tente en pié y ese recreo, güelta al camino real: las bestias tan campantes, y yo detrás con la *mostela* á cuestras; la ración de los probes animales pa lo que les faltaba por bregar. A uncir al vuelo, y palante otra vez ¡cutres! siempre palante. Jala, jala, Pedroa y Puente Arce allá, una suelta en Bezana



por la noche, y al romper el día en Santander, pa descargar tan aína como se abrieran los almacenes. Ahí va la carga, esta es la *guía*, resultaba conforme, venga el sustipendio, que se me entregaba á mí solo, por el camino y andando se hacía el reparto en el aire, dábase á ca uno su porqué debido; y á prima noche en

casa, el carro en el portal, la pareja en la corte y bien trisná, y al pico del arca, por propia mano de la mujer, los tres y los cuatro napoliones de á decinueve que uno la entregaba por llegar, limpios y saneaos, como los mismos soles ¡ajo!... Sin más. En ¡veces salía carga en Santander pa algún punto de la güelta, como salía de *vena* en

Requejá pa las ferrerías de Portolín ó de Montesclaros al dir parriba; y esto más locía al resultante por mejora del peculio. Pero lo fijo era lo otro, que en sí mesmo podía beneficiarse mucho, como yo lo beneficié ¡ajo! lo beneficié, porque sabía el cómo; me empeñé en hacelo, y me salí con ella ¡cutres! Me salí con ella. Motivao á las vargas de acá que se subían de cargao, ninguna pareja arrastraba, sin quebranto, más de ochenta arrobas: á lo más noventa. Tres bestias, ya eran otro cuento. ¡Cutres! á buscar la tercera, decíame yo, dispierto y soñando. Y piensa que piensa y agorra que agorra, y pidiendo á reito el pico que me faltaba, compré el *sacaizo*. ¡Ajo! Dende aquel día, las ciento veinte, las ciento treinta y hasta las ciento cuarenta arrobas.... como una seda, y los siete y los ocho duros netos, al pico del arca, á cá güelta de viaje, de viaje corto... Corto digo ¡ajo! porque dende que tuve *sacaizo*, no me contentaba con Reinosa, y porteaaba dende el mesmo Alar. Nueve días viaje reondo, y doscientos riales libres, lo que menos. ¡Daba gusto, cutres, lo que se llama gusto, ajo!... Pero hombre: ¡lo que es una bestia sola delante de una yunta y jalando con ella varga arriba! Tiene más cuenta que otra pareja más con su carro correspondiente. ¡Y qué sacaizos tuve yo siempre, me valga la Virgen de la Soledá! El último de ellos en particular, el último de ellos ¡ajo! el último de ellos fué el pasmo de la carretería. *Tasugo* era de pelo, y un poco cerraio de gamas; pero ¡con una voluntad y unas anchuras, y una firmeza de remos!... Como este brazo se le ponían las cuerdas del pisquezo cuando jalaba cuesta arriba. ¡Qué jalar de bestia! ¡Ajo! á pico de pezuña y triscando las cadenillas ¡Las cadenillas, cutres! porque yo nunca quise los tirantes de cuartajo, que á lo mejor se podrecían y le dejaban á usté en blanco en la varga de más empeño.... ¡Ajo! siempre cadenillas, como hombre avisao; y por serlo, tuve yo siempre en su punto toos los avios de carretero....

—Una vez me tentó la cubicia y llegué hasta Palencia. Tardé quince días en dir y venir, me salió mal la cuenta, y no golví más. A lo tuyo tente, dice el refrán, y á lo mio me tuve, al camino trillao... A lo mio.... ¡Ajo! mio hasta que me lo bararon, cutres! esos ladrones de pelo rojo, amparaos por malos españoles de acá.... ¡Mal rayo los parta, cutres; mal rayo los parta, amén, y por los riñones, ¡ajo!... Lo digo y lo siento ¡cutres!

Y bien demostraba que no mentía el hombrazo, según lo que golpeaba el suelo con el garrote y encandilaba los ojos y se revolvió en la butaca. Dile la razón ántes que me diera él un disgusto serio; y después de calmar un poco sus iras, á mis nuevas instancias continuó refiriéndome sus desventuras en estos términos:

—Muerta la carretería en cuanto el tren anduvo de veras, cosa que ni viéndola podía yo creer, ná se me amañaba en casa, ni descurría ónde ganar una peseta.... la peseta ¡cutres! la peseta que hace falta en el arca del probe pa el tercio que cae, pa el vestío nuevo, pa la media

suela.... ¡ajo! pa lo que no dá la tierra de por sí, por mucho que se ajonde en ella Por remate de fiesta, las parejas de porte, como ya no los había, abajaron un espanto, y tuve que vender en ochenta lo que me había costao ciento y más. De esa proeza pagué los empeños en que estaba; y si no me quedé á esquina, como *los marinos*, jué porque nunca eché como ellos, de un solo golpe, too el tocino en la puchera. Pero quebrantao, eso, por la metá del eje, más que menos.... ¡Ajo! sacabó el cantar, sacabó el respingo y sacabó la vida alegre. Anochió de repente pa mí, y no ha güelto á amanecer hasta la hora presente... Ni amanecerá, cutres, ni amanecerá hasta que las cosas güelvan aonde deben golver.... Y golverán ¡ajo! porque es de ley, y pa hacer josticia está Dios en los cielos. (*Pausa larga*). El golpe jué de muerte, créalo usté, pa mí y pa muchos, ¡ajo! pa muchos que le lloraron y le lloran como le lloro yo. Hombre hubo de ellos....; eso es doler en lo vivo.... y eso es ser hombre, ajo!... campurriano era y amigo mio fué, gran carretero, aunque de llano: de Alar á Reinosa. *Neles* le llamaban, por llamarse Nel, como á mí Cutres por esta maña que siempre tuve de decirlo tan á menudo, sin saber por qué ni poderlo remediar. Digo que se llamaba Neles (1) y quizaes lo sepa usté, porque el caso hasta en papeles anduvo. Pos este campurriano cogió tal duda y tema al tren recién estrenao, que una noche le salió al encuentro allá en su tierra, y, ahijá en mano, se empeñó en *tichále* atrás. El hombre, es claro, quedó hecho una torta allí, lo que se llama una torta, ¡ajo! pero la voluntad jué vista, y la muerte con honra; cutres, con muchos hombres como él, á ver si nos entraban moscas á la presente... Pero ¡mi güela!... Los días pasaban, y de malo á pior. En estas jonduras negras, ná me salía por derecho y too lo juí viendo patas arriba, como Pateta me lo arreglaba, por remate de la obra de los herejes del tren. Murióseme la mujer, casáronseme los hijos y quedéme solo en casa, solo en el lugar, y aticuenta que solo en el mundo entero. ¿Qué me iba ni qué me venía ya en toas las cosas de él? Otros los pensares, otros los sentires de las gentes, otro el vestir, otro el calzar, otro el peso, otra la media... ¡ajo! hasta el dinero jué otro de la noche á la mañana. Ahí están esas *décimas*, que en los jamases pude entender. ¿Quién las trijo? ¿para qué sirven, sino es pa golveme loco en cá peseta que me cambean? ¡Ajo! á mi, á Cutres, que era un viento pa sacar las cuentas de cuartos-riales... Pos ya, ni riales, ni cuartos... ni cuentas que sacar ¡ajo! si no es la que han de dar á Dios los desalmaos que tienen la culpa de lo que pasa de estonces acá...

—Por esplayarme un poco, aunque me rebajara en ello, eché un porte el mes pasao con fierro pa los Corrales, cosa de un señor tocayo de usté, á lo que supe, bien trisnao de estampa y parcialo-

(1) Héroe de un hermoso cuadro de *costumbres campurrianas*, de don Demetrio Duque y Merino.

te de genial, la verdá sea dicha. Veinticinco años largos hacía ¡cutres! que yo no pisaba aquel camino, de la villa pa llá. ¡Ajo! ¡Nunca yo hubiera caído en la tentación de golver á pisale! ¡Qué soledá la suya! ¡Qué caserío aquel tan sin sustancia, que nunca se había visto allí! Y aquellos portales tan largos, de otras veces, viniéndose á tierra quebrantaos; y las tabernas pegantes, punto menos, con ortigas en la puerta cerrá, y bardas y jalechos en las rejas de la ventana podría... ¡cutres! ¡daba vergüenza miralo; y por no ver afrentas como ellas, me emboqué en el carro, cogí el sueño y no desperté hasta los Corrales... Estando allá, pasó él... él mismo ¡ajo! con un runflar, y una jumera y un tronío fantesioso... ¡ajo! lo mesmo que si fuera suya y no de nusotros la tierra que iba pisando... ¡Cutres! si le caeron la metá siquiera de las maldiciones que le eché, no llegó á Bárcena sin despeñarse, ¡ajo!... ¡Pos dígoté la ciudá! Yo conocía el Muelle canto á canto y casa á casa. De punta á punta no cabían los carros en él; los picos de los sacos de harina asomaban por las ventanas de los escritorios, y la mar se acanzaba con la mano en toas partes. ¡Ajo! vete á verle hoy; de puro largo, se pierde de vista; búscame el carro, búscame el almacén... búscame la mar, que no se acanza á ver por ningún lao, como si la hubieran sorbió los herejes del tren; y tómate portales como iglesias, y tómate trolepes de birlochos disparaos... Respetive á lo del pueblo, bien lo sabe usted. Yo soy allí el forastero. Ni caridá pa mis años, ni justicia pa la poca hacienda que me queda. ¡Ajo! esto es el evangelio. Jurga de acá, jurga de allá; quiero defenderme y defender lo que es mío, y luégo resulta, ¡cutres! que tampoco rije ya pa mí la ley que ampara á los demás. ¡Ajo!

—Pero hombre—díjele aquí, á riesgo de echarlo todo á perder—si desea usted vivir en paz con sus convecinos ¿por qué no toma como ellos, y como todo el mundo, las cosas conforme son y los tiempos como vienen? ¡Cuantísimas veces se lo tengo aconsejado á usted!

—¡Ajo!—me respondió dando en el suelo un tremendo garrotazo—tantas como he respondió yo que no puedo amañarme con esas cosas ni con esos tiempos; y que quiero que cuando guelvan los míos me alcuentren en el mesmo sér y estao en que me dejaron ¡cutres!... ¿Acabó usted de entendedelo?

—Sí, señor—le respondí para concluir de una vez aunque fuera á linternazos,—y porque lo tengo bien entendido, nõ me sorprende lo que le pasa á usted tan á menudo... por necio, por cabezón, por... Vamos á ver—añadí, sin pizca de temor á los visajes que hacía Cutres, picado ya de la barbarie ciega que le estaba acometiendo—¿á qué ha venido usted hoy?... digo, ¿por qué ha venido? ¿Cómo se ha resuelto usted á hacer hoy lo que no ha hecho en tantos años, sin que haya un motivo especial que lo justifique?

Se desbordó el hombrazo para responderme: se desbordó como en los accesos más ímpetuosos

de su atrabilis. Las primeras oleadas no fueron más que estruendo y algún ajo que otro perceptibles. Trasteándole con paciencia y con cuidado, logré averiguar que había venido porque, al decir de su vecino Güétagos, el alcalde no iba á Ceuta ni el Gobernador á la carcel, porque yo estaba pasterleando con los dos, y «quizaes» trabajando para comernos entre los tres «la probeza» que le quedaba á él, á Cutres. En otros tiempos me hubiera dado la queja por el correo, pero, tras de haberle llegado muy al alma la noticia, de día en día se iba encontrando «menos amañao pa el relate» por escrito y el manejo de la pluma. Además, le había asegurado Güétagos que eso del tren andaba de mal en peor, casi á punto de fenecer; y como yo tardaba en ir por allá, se había resuelto él á venir para «tomar lenguas antes con antes y según era debido», sobre cosa de tanto bulto.

Armándome de paciencia, comencé por afirmarle que todo «lo corrido» sobre el tren, era la pura verdad: no podía ya con el rabo, le consumían las deudas y las desazones; y á la hora menos pensada dejaría de rodar y volvería á imperar la carretería como en los tiempos de sus mayores pompas. Súpole como á gloria lo afirmado por mí, y á cuenta de este alegrón, le dí sobre el otro caso una recorrida de las buenas, por necio, por irracional y por desagradecido.

Me falló la cuenta, porque borrada la primera impresión con el escozor de la segunda, se puso que ardía; y ardiendo estaba, á su manera, cuando, por haber sonado de repente el timbre del teléfono, que estaba á media vara y casi á plomo de su cabeza, le ví enmudecer y contraerse todo, revolver los ojos azorados, hundir el pescuezo entre los hombros, y por último, esparrancarse y salir, hecho un ovillo, de la butaca, para mirar desde *afuera* hacia el punto en que se producía aquel estrépito, que continuaba á más y mejor, mientras yo me complacía en estudiar sus efectos de asombro, de sorpresa y hasta de pánico, en la naturaleza med'õ salvaje de Cutres.

Acerquéme al fin al aparato, y pregunté quién me llamaba. Respondieronme que del Gobierno civil. Un instante después se ponía al habla conmigo el amable funcionario que entendía en el expediente más agrio de los tres que tenía *durmiento* Cutres por acá.

—¿Que ocurre?—le pregunté.

—Que acabo de hojear otra vez el expediente de marras, y que cuanto más le examino, más me convenzo de que no basta con *dormirle*, sino que es preciso *matarle*.

—¿Por qué?

—Porque hay en él horrores de desacato; y si un día llega á moverle cualquiera, va á presidio esa bestia de hombre á quien usted llama Cutres, y tanto nos dá que hacer.

—Hágame usted el obsequio—repliqué al funcionario, por haberme asaltado de pronto una idea—de esperar unos instantes, sin apartarse del teléfono.

Dicho esto, me volví hacia Cutres que iba de asombro en asombro, y parecía un jabalí acosado por los perros. Mandéle que se acercara, y no quiso á la primera. Al cabo se acercó, recelosote y gruñendo.

—Tome usted esto—le dije descolgando el otro auditor—y póngasele al oído, como yo.

El hombre cogió *aquello*, como si quemara; lo sopesó, lo palpó y hasta lo olió, pero no acababa de arrimarlo á la oreja. Tuve que hacerlo yo por él; y cuando le dejé convenientemente colocado (con la boca en dirección opuesta al micrófono, por lo que pudiera *tronar*) llamé otra vez al funcionario; el cual me respondió al instante. Por rara casualidad, aquel día *andaba* el teléfono tan sutil, que se oían hasta las respiraciones.

—¿Tiene usted la bondad—le supliqué—de repetirme lo que me dijo antes sobre el expediente ese, y sobre el interesado?

—Con mucho gusto—me contestó, llegando el asombro de Cutres hasta el espanto convulsivo, al sentir el cosquilleo y el sonar de estas palabras en su oído.—Pues digo que cuando quiera que ese expediente se mueva, irá á presidio el irracional y testarudo causante, esa acémila llamada Cutres.

—Está bien—respondí—y ya me veré yo con usted. Entre tanto, adiós y muchísimas gracias.

Mientras yo hablaba así, había temblado el aparato al soltar Cutres, enfurecido, el auditor; retumbaban en el despacho sus mugidos y sus pataleos; y disparando por andanadas las interjecciones más crudas y soeces, paseaba la vista sanguinolenta por todos los rincones de la estancia.

—¡Ajo!—bramaba—¡que dé la cara ese pillo que me falta, y ha escondido usted por ahí!... ¡De mí no se burla él, cutres, ni la tal de su madre... ¡ajo!... Estos son los hombres, ¡cutres! estos los amigos, ¡ajo!...

Viéndole taladrar con los ojos la pared en que se colgaba el aparato telefónico, apresuréme á abrir la puerta falsa que hay en ella para comunicación con la pieza contigua.

—Vea usted. Aquí tampoco hay nadie escondido.

Asomó la cabezona un momento, y volvió á retirarla.

—No dude usted que esa voz venía de la oficina....

Y aquí traté de explicarle lo que era un teléfono. Como si se lo explicara á un adoquín. Volvió á meter la cabeza por el vano de la puerta falsa, temblándole todo el cuerpo y balbuciendo atrocidades.

—Entre usted más adentro, y se convencerá mejor—le dije empujándole un poco por los riñones.

—¡Ajo!—me respondió largándome una patada que no me alcanzó:—no es esta puerta la que yo busco.

—¿Cuál es la que usted busca?

—La del rey ¡ajo! la de la calle, porque me ajeugo en este ujero ¡onde me vilipendian cutres!..

—¡Ah! entónces, por aquí—le dije enseñándole el camino por el cual había venido.

Siguióme zumbando, como tormenta lejana; abrí la puerta de la escalera, y salió. Quise allí templarle un poco, desengañarle.... ¡Qué cosas dijo! ¡Cómo me puso mientras bajaba, con un estruendo de pisadas, de garrotazos y de palabrotas, como si rodara algo duro, pesado y hueco, de peldaño en peldaño:

¡Ajo!.. los pillos! (¡Pum!) el saqueo del probe... (¡pum, pum!) con zumba y vilipendio á más que más ¡cutres!... (¡Pum,... pum!) No me engañaba *Güetagos*, no, (¡Pum, pum!) ¡Ajo, qué razón tenía!... unos apañando.... otros encubridores ¡Pior que los del pelo rojo, esos herejes del tren! ¡Cutres, qué ladronera! (¡Pummm!) ¡Mal rayo... por los riñones! ¡Ajo! (¡Pummm!)

Hasta que salió á la calle no cerró boca ni yo dejé de oírle. Pero ¡con qué gusto mío porque se largaba y me dejaba en paz.... hasta la primera!

Estoy seguro de que en cuanto llegó á casa y se le pasó el berrinchín, se puso á armar otra. Pues verán ustedes como me *la consulta* en cuanto me coja «por allá,» y en la que me va metiendo poco á poco, por la obra caritativa de «sacarle avante» á él.

No lo *podemos* remediar.

J. M. DE PEREDA.

Santander, Marzo de 1890.



Bellas Artes.



El fotograbado de arriba es el de un dibujo á lapiz de otro paisajista montañés, D. Agustín Riancho, estimado desde hace años como buen artista.

El señor Riancho ha sido pensionado de la Diputación provincial de Santander, ha estudiado largo tiempo en los Países Bajos y ha pintado mucho y bueno, ganándose renombre en esta tierra.

Su dibujo de esta página, hecho expresamente para este libro, representa un lugar hermoso de la Montaña, un trozo de monte y de bosque de la parte meridional de la provincia, la cual le ha inspirado obras excelentes.

JUAN MANUEL DE MAZARRASA.

TIENE la ciencia del derecho aplicaciones tan varias, y se relaciona de tal modo—cuando se la contempla desde cierta altura—con todo lo que existe en la sociedad, que no es en verdad exajerada la conocida frase de Lerminier «le droit c'est la vie,» y así sucede que cuando el que cultiva aquella ciencia, además de tener un criterio robusto y notable inteligencia, la informa con pensamientos de orden moral de lo más puro y levantado, le eleva muy por encima de la generalidad de las gentes, y le marca con característica indeleble que retrata su personalidad.

Tal ocurre con Mazarrasa, que, á más de ser peritísimo en la ciencia del derecho positivo, y por ende abogado eminente, gloria, reconocida por Tirios y Troyanos, del foro montañés, en el que ha luchado por largos años, siendo tal vez el más correcto y ático, y el más profundo y sutil de los letrados montañeses, es moralista insigne, con moral práctica, ortodoxa y consciente que llena su personalidad entera y la rodea de una aureola de consideración y respeto que todos acatan y reconocen.

Brillan en don Juan Manuel de Mazarrasa las dotes del buen abogado, no tan solo por sus conocimientos profundos de las leyes escritas, de los principios en que se fundan, y de las reglas de la sana crítica precisas para interpretarlas y aplicarlas á los casos concretos que á la consideración del juriconsulto han de someterse, sino también, y tal vez principalmente, porque informando todos sus trabajos una fé nobilísima y un espíritu cristiano en grado eminente levantado y puro, sus opiniones revisten carácter de sentencias ya que se las vé siempre animadas y vivificadas por la luz que á todo trabajo intelectual infunde la fé en otra vida en la que el hombre ha de hallar el galardón de sus acciones que de él sean dignas, y que no han de permitirle, por lo mismo, aventurar juicios en materias arduas

sin consultar primero á su privilegiada inteligencia y á su rectitud probada, inteligencia y rectitud consejeras del abogado que quiera que la noble profesión del foro se levante de la postración en que, por falta de tantos, yace.

Y por aquellas condiciones tienen tal importancia los trabajos de Mazarrasa, no tan sólo como abogado sino como economista, de cuya ciencia es maestro acreditado. Saturado su espíritu por un sentimiento católico tan arraigado, era y es de ello consecuencia precisa que llevara á la Economía Política una serie de ideas y de pensamientos que le permitieran ver en esa ciencia más de lo que creen ver en ella la inmensa mayoría de los hombres, que la consideran como un algo apartado y profundamente separado de las aspiraciones espirituales de la humanidad, y llamada únicamente á dar reglas para mejor satisfacción de sus necesidades terrenas, creyéndola, por el contrario, indicada para demostrar cómo el hombre no es mera máquina, y cómo en el seno del Cristianismo, y en la fé que vivifica, y conforta y sostiene, en la resignación del pobre, y en la obligación que de la limosna, no parca, sino adecuada á sus medios, tiene el rico, debe buscarse el remedio á los males económicos de que hoy se resiente la sociedad entera, tan trabajada en sus cimientos por utopias, si bellas en su exterioridad, tan vacías en el fondo y de tan peligrosas tendencias.

Y no es sólo Mazarrasa abogado eminente y economista de reconocido mérito, sino que es también literato de valor muy alto. Sus escritos forenses son modelo de estilo y clasicismo; sus informes son la expresión más clara del aticismo y la corrección, y aún recuerdan con fruición las gentes sus artículos y versos latinos que vieron la luz en aquel famoso *Tío Cayetano*, de perdurable memoria como monumento literario.

Del hombre poco he de decir, pues es bien conocido. Montañés de corazón, ama á su tierra con amor profundo; católico por convicción profunda y arraigada, es modesto y caritativo en



grado sumo, jamás sale de sus labios la menor frase que sienta ordinariéz ó pedantería; padre amantísimo para con sus hijos, lo es también para con los pobres que á su puerta llaman, y es tan amigo de sus amigos, y tan afable é igual para con ellos, que todo el que se le acerca le quie-

re y respeta, como lo hace quien hoy pone sus manos pecadoras en esa hermosa figura, en la que parecen revivir todas las nobles tradiciones de la tierra cántabra.

JOSÉ ZUMELZU.



ICONOTECA MONTAÑESA.

PRELADOS MEMORABLES

En todo tiempo han salido de la Montaña Obispos ilustres, y en la actualidad forman parte del ilustre Episcopado español siete hijos preclaros de esta provincia.

Publicar aquí una lista de todos sería pesado, pero es preciso consignar en esta *Iconoteca*, aparte de los citados en otras páginas de este libro, los nombres siguientes:

- Don Fernando de Acevedo*, Obispo de Osma, 5.º Arzobispo de Burgos, Inquisidor de Sevilla.
- Don Juan Domingo González de la Reguera*, Obispo de Mizque, Arzobispo de Lima.
- Don Juan Bautista de Acevedo*, Obispo de Galipoli, Tortosa y Vallalolid, Patriarca de las Indias.
- Don Antonio del Corro*, famoso Inquisidor de Sevilla.
- Don Diego González de Lamadrid*, Obispo de Badajoz, Arzobispo de Lima.
- Don Juan Fernández de Isla*, Obispo de Cádiz, 13.º Arzobispo de Burgos.
- Don Ramón José de Arce Rebollar*, Arzobispo de Burgos y de Zaragoza, Inquisidor general, Consejero del Supremo de Castilla.
- Don Tomás Crespo Agüero*, Obispo de Ceuta, Arzobispo de Zaragoza, Consejero de S. M.
- Don José de los Ríos y La Madrid*, asesor del Arzobispado de Toledo, Vicario general de Alcalá, Obispo de Lugo.
- Don Luis de la Lastra y Cuesta*, Obispo de Orense, Cardenal y Arzobispo de Sevilla.
- Don Saturnino Fernández de Castro*, Obispo de León, Arzobispo de Burgos.



EL DOMINGO DE RAMOS.

ARTÍCULO DE MALAS COSTUMBRES.

Al Excmo. Sr. Marqués de Hazas.



CONTECE en Santander, como en otras partes, que las más arraigadas y tradicionales costumbres van poquito á poco modificándose de tal manera, que hoy no las conocerían nuestros antepasados, si levantarán la cabeza.

Recuerdos infantiles de esos que no se borran jamás de la memoria, y espectáculos que contemplé más tarde, me sugieren la consideración apuntada y no expuesta aquí por original ni nueva, sinó porque, aparte de que en tésis general es de las de clavo pasado, en el caso concreto de que voy á ocuparme, aspiro á que la acepten como exacta todos los santanderinos vivientes que han venido al mundo cuando yo, año más ó año ménos.

Me figuro que ninguno de estos habrá podido olvidar aquellos tiempos de nuestra niñez en que el Domingo de Ramos era para nosotros uno de esos días de gordo repicar, y cuando, á más del obligado estreno de traje, nos hacía temblar de gusto, desde que abríamos el ojo, la idea de que pocos momentos después íbamos á ser dueños y señores del apetecido ramo de laurel, ya comprado por nuestra madre, ya por la criada, ó ya por nosotros mismos directamente en cuyo caso no era ramo lo que se adquiría sinó árbol gigantesco, el cual casi siempre era adornado después con cintas de colores, y á las veces, según el rumbo de cada *quisque*, con algunas rosquillitas de yema, compradas *ad hoc* en casa del amable y cachazudo don Francisco Soto, ó en la de la siempre cariñosa doña Rita Galarra.

En descargo de mi conciencia debo declarar que yo casi nunca pude permitirme en mi ramo el aditamento de las rosquillas; lo más que hice muchas veces —á riesgo de recibir alguna *papuchada* por goloso —fué hincar el diente en las rosquillas de los amigos.

Provistos la mayoría de los muchachuelos del clásico laurel, nos lanzábamos á la calle, y no sé cómo nos las componíamos para que, sin previa cita en determinado paraje, á las nueve de la

mañana ya estuviéramos todos reunidos, unas veces en la Plaza Vieja, otras en la de Botín y otras en la de Becedo, y en seguida todo aquel enjambre de futuros hombres, pertenecientes á todas las clases de la sociedad, enderezábamos nuestros pasos hacia la iglesia de San Francisco, donde mientras eran benditos los laureles, sin preocuparnos gran cosa de la solemnidad, entablábamos empeñadas polémicas sobre si el borriquillo del Salvador, allí expuesto, era el auténtico —aunque embalsamado— que montó Jesús, como pretendían unos, ó era un *retrato* de cartón como asegurábamos otros.

Concluida la ceremonia, ó á medio concluir— pues se dieron casos de ello — las puertas del templo vomitaban chicos, los cuales al emprender bruscamente el movimiento de retirada, con empujones por aquí y pisotones por allá, eran el terror de las mujeres que no habían tenido la precaución de guarecerse en las capillas de la iglesia.

Una vez en la calle, los más forzudos de la comitiva, es decir; los que á *trompadas*, ó á *vuella*, nos *podían* siempre á los demás, formaban, con los ramos más récios, una á manera de angarilla, sobre la que colocaban al elegido por su capricho, y cuya suerte envidiábamos todos los demás. De tal guisa, aquel bosque ambulante de laureles corría luego las principales calles de la ciudad, cantando, con desafinación notable, aquello de

*Bendito sea el que viene
en el nombre del Señor, etc.*

causando desperfectos, como el de hacer rodar la *chistera* de tal cual acicalado *pinturín*, estropear con la hojarasca algún elegante tocado, cometer más de un desaguizado en bellos *palmitos* femeniles; pues por aquel entonces, no teníamos aún la perturbadora costumbre, adquirida con los años, de cotizar este artículo en nuestros corazones.

Después de haber dado un par de horas de jaqueca á los habitantes de Santander, con menos-

cabo de las ordenanzas municipales, de la seguridad personal etc.; y cuando el tiránico estómago nos recordaba los primores *de la olla*, cada mochuelo se retiraba á su olivo, tan contento y satisfecho como pueda estarlo el más vanidoso general en jefe después de reñida batalla en que la victoria corone sus esfuerzos.

—
¿Qué queda hoy de todo aquello?

El laurel para estos actos, como para otros muchos, se me antoja que ha venido muy á menos; constituye una verdadera vulgaridad, y todos los padres que no quieren ser tildados de vulgares, compran á sus hijos palmas, que, si hermosas tales y cómo la naturaleza las produce, con los tejidos y con los ringoragos que se las adereza, casi no lo parecen; y luego, por temor á que se las robe algún pillete, los pequeños se ven obligados á no salir de casa, si no es acompañados de *papá* de *mamá* ó de algún pariente ó criado de la confianza; y claro es que así no pueden formar parte de las laureadas y alborotadoras huestes.

Las mermadísimas que se vieron en uno de los últimos años que yo viví en mi tierra (1878) en todo pensaron menos en bendecir el ramico, y —muchos lo recordarán— habían sustituido la

tradicional canción con otra profana, oída por vez primera en el anterior Carnaval y una de cuyas estrofas es:

*Nosotros SEMOS
futuros concejales
de Ayuntamiento*

Dejando aparte otras consideraciones que no me competen, estos versos, estos precisamente, entonados, entonces (cuando había tantas borrascas en el consejo) por quienes empuñaban ramo de laurel, símbolo de gloria, hizo la casualidad que parecieran á muchos manifestación epigramática, algo atenuada, cierto es, por lo angelical de los manifestantes.

Ahora bien: ¿era mejor la edad de laurel, llamémosla así, que la edad de las palmas? Yo me inclino á negarlo, porque entiendo que la desaparición de ciertas demasías revela un progreso en las costumbres; pero, así y todo, por lo que á lo esencial se refiere, creo que los niños de las palmas cuando peinen canas, ó no tengan pelo que peinar, no conservarán, de seguro, tan gratos recuerdos del Domingo de Ramos como los de los idem con cintajos y rosquillas.

HONORIO TORCIDA.



HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

HOZNAYO (FUENTES DEL FRANCÉS).

Atribuye la fama el descubrimiento de este manantial curativo á cierto abate francés—de aquí el nombre con que aquél es designado—el cual, emigrado de su nación á raíz de los turbulentos sucesos que la agitaron á fines del último siglo, vino á refugiarse al pueblo de Término, en Trasmiera, cerca del cual brotan las fuentes de agua mineral.

De llorar ó de leer, el abate tenía malos los ojos, y, vinole en gana, un día que paseaba por estos sitios lavarse con el agua del manantial, cuya ablución repetida luego en los días sucesivos parece ser que hubo de curar ó aliviar al menos su padecimiento. Púsole en conocimiento de los naturales del país, sin que se sepa en virtud de qué raciocinios fué dando el buen señor, erigido en médico, nuevas aplicaciones medicinales á aquellas aguas, las cuales empleaba de preferencia en los padecimientos del estómago, intestinos y vejiga, obteniendo de su empleo numerosas curaciones.

Desaparecido el abate, la tradición fué la única encargada de traer hasta nuestros días su buena memoria y la fama de las aguas con que curaba.

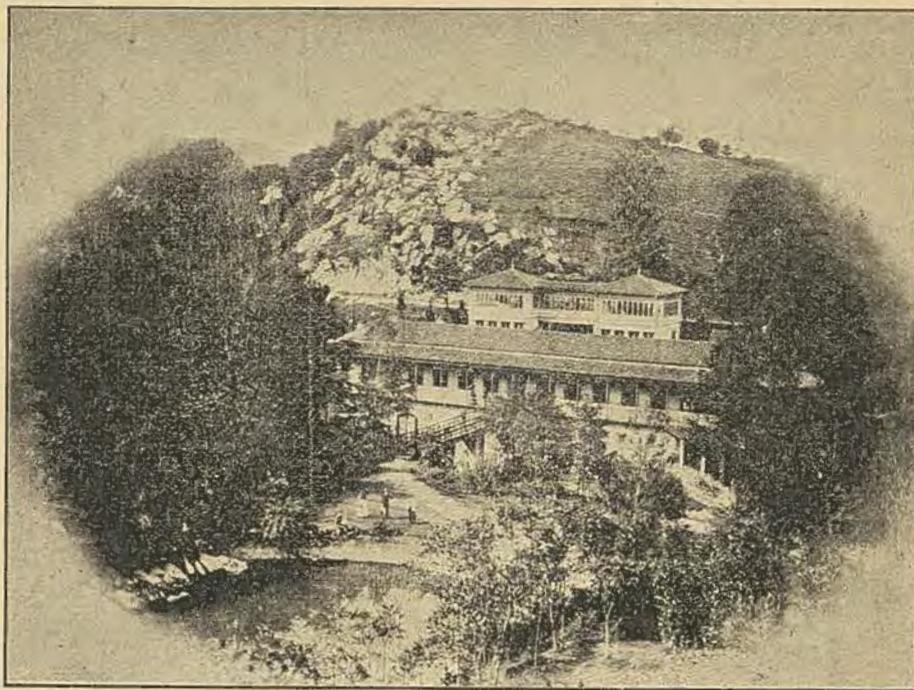
Hoy se administran éstas en un cómodo y bien montado establecimiento, y su virtud terapéutica parece tan positiva que ha merecido ser consignada en luminosa Memoria redactada por los ilustres doctores Martínez Pacheco, Camisón y Encinas.

Hállase aquél situado sobre la orilla izquierda del río Aguanáz—que nacido en Entrambasaguas va á desembocar al mar en el pueblo de Cubas—en el lugar de Término, distrito municipal de Entrambasaguas, á 200 metros de la carretera de Santander á Bilbao, 14 de la estación de Bóo y 24 de Santander.

La fama de hermosura que tan justamente dis-

fruta este paisaje de la Fuente del Francés ha volado ya tanto que debe excusarse el trabajo de extenderla al trazar estos apuntes, principalmente destinados á dar á conocer el valor médico de sus aguas. Una mano nada avara y un exquisito gusto que concurrieron en un hombre han dado hace algunos años á estos sitios lo poco que necesitaban para ser verdadero paraíso y para que ningún montañés sienta ya codicia de ir á la cantada Suiza.

La casa de baños es un magnífico edificio. En su planta baja tiene doce espaciosas habitaciones



provistas de buenas pilas de mármol y adornadas de mosaicos vistosos, que á la vez son adorno y aseo muy estimables. En estos mismos cuartos hay aparatos de ducha.

El baño general, capaz para diez personas, tiene entrada independiente.

Componen el piso principal un gran salón y otros departamentos menores, destinados á salas de duchas, gabinetes de inhalación y pulverización, habitaciones para los enfermos que necesitan descansar después del baño libres de la acción del aire exterior.

El piso segundo está ocupado por la Dirección,

la Administración y otras dependencias análogas, y en el último se guardan los diferentes efectos y utensilios necesarios para la aplicación de las aguas.

Una espaciosa galería corre á lo largo del primer piso y por su parte exterior. Un elegante puentecillo conduce á la fonda principal, lindo chalet provisto de todo cuanto pide un buen hotel para merecer este nombre.

Existen además, desparramados por el fantástico paisaje otros varios *chalets* de ligera y airosa construcción donde pueden alojarse los bañistas.

Cuatro son los manantiales que utiliza el establecimiento, llamados de la *Virgen de los Remedios*, de *Santa Lucía*, de la *Gruta* y de *San Roque*. Los dos primeros se hallan dentro de la galería del edificio, el de la *Gruta* junto á la fonda y el último á unos 300 metros de la galería.

El análisis pericial de estas aguas ha sido muy concienzudamente hecho por los reputados químicos don José M.^a Cajigal y don José Escalante, y de él resulta ser dicha agua incolora, transparente, inodora, de sabor algo salado cuando fría é insípida á su salida del manantial. Su temperatura es de 23° C. próximamente.

Las minuciosas experiencias practicadas por dichos señores han hallado en cantidad bastante notable nitrógeno, cloruro sódico, bicarbonatos de cal, sosa, magnesia y hierro y en menor propor-

ción algunas otras sales, por todo lo cual han sido calificadas estas aguas de *termales*, *clorurado-sódicas*, *bicarbonatadas*, *alcalinas*, *nitrogenadas*.

Según los reputados profesores médicos que antes se han citado, los efectos estimulantes y tónicos de este agente hidrológico están dulcificados por la presencia en él del ácido carbónico, de algunos sulfatos y del ázoe, haciendo esto que á un tiempo sean tónicas y sedantes.

Atribuyen á las aguas virtudes muy positivas en varias afecciones del aparato locomotor—enfermedades de los huesos y las articulaciones—en las cuales disminuyen los derrames purulentos y ayudan la regeneración de los tegidos. Afirman las fracturas mal consolidadas y las cicatrices viciosas, así como las falsas anquilosis.

Comprobando en esto el experimento primitivo del famoso abate, han obtenido los médicos notables resultados de las aguas de Hoznayo en las afecciones crónicas de los párpados y membranas externas de los ojos.

Iguales ventajas se consiguen en varias afecciones del estómago é intestinos, en todas las formas, sobre todo, de la dispepsia y en los catarras gastro-intestinales.

Por último, en la memoria citada se elogia mucho la acción del medicamento en las afecciones de las vías urinarias y en los trastornos nerviosos.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

El monasterio de Santo Toribio.

De los años 531 á 548 floreció Santo Toribio de Liébana, fundador del monasterio del mismo nombre, quizas establecido en el mismo año que el de Cardeña, en 537.

Santo Toribio fué de los primeros que recibieron en España el hábito de San Benito, dejando el siglo y las dignidades con que había sido honrado, cansado de la vida y de los cuidados populares.

Juntando varios compañeros—entre ellos, todos monjes y santos, Tolobeo, Sinabí, Eusebio, Esóstomo y Eufaro—se retiró á las montañas de Liébana, donde en lo más áspero de la sierra que está á una milla de Potes fundó el monasterio dedicándole á San Martín obispo.



LA RECLUSA.

LEYENDA

GLOSADA EN EL PRECIADO LIBRO «COSTAS Y MONTAÑAS», Y DEDICADA AL PRIMOROSO POETA
DON AMÓS DE ESCALANTE.

Ví unas letras que decían
en el tronco de la palma:
«Aquí se entierran los muertos
de perdidas esperanzas».

(Romancero).

I.

SUENA el campo de Revolgo
en libros de Santillana
é historias de los hidalgos
que en su recinto moraran
como arena de tenaces
no interrumpidas batallas
entre rivales familias,
entre enemigas prosapias.

Ornan hoy el ancho campo
pintorescas enramadas;
y la humilde mansa fuente
que en medio copiosa mana
parece puesta por Dios
para limpiar con sus aguas
la roja sangre vertida
en estériles campañas.

Sombra apacible y frescura,
rumor de corrientes y auras
reciben allí al viajero
que á sus arrullos descansa;
pues brindan con paz dulcísima
y ansiado reposo al alma
las frondosas alamedas
y sus brisas perfumadas.

Antes de llegar, costeano
alegre huerta, llamada
de *Regina-celi*, elévanse,
dentro de ella, y á la espalda
de un convento, dos cipreses;
arbol triste, cuyas ramas
de follaje inmarcesible
guardianes son de habitadas
y de desiertas clausuras
en pueblos de la Montaña;
arbol que junto á la fuente
flúida ó enjuta planta
quien más que en su vida, piensa
en quienes han de heredarla,
parco de alegres sonrisas,
de halagos y de esperanzas.

II.

VÁMONOS, lector amigo,
y de la humilde morada
que al lado de los cipreses
destácase solitaria,
aprendamos la leyenda;
pues, según cuenta la fama,
si, como poetas dicen,
brisas y árboles hablaran,
historias tristes oyera
el que su voz escuchara.

Vivióla pobre reclusa
que desde edad bien temprana,
dejando halagos del mundo,
desdeñando pompa y galas
de juventud y hermosura
por gloria más noble y alta,
cifró en el amor divino
dulces anhelos del alma,
en la oración su consuelo,
en el cielo su esperanza.....

Mas ¡ay!, que en las soledades
de su espíritu vagaban,
entre refulgentes luces,
esas tenebrosas ráfagas
con que la demencia nubla
la razón vívida y clara.
Y entre el férvido oleaje
de la tremenda borrasca
de sus ideas, flotando
quedó una sola en el alma,
como la bruma de un sueño....
Lamento acaso, ó plegaria,
desesperación de muerte,
gemido al Dios de sus ansias,
quizá súplica á la tierra,
ruego á la piedad humana,
voz de un amor imposible,
sollozo de una esperanza
ya para siempre perdida
y eternamente buscada....

Llegábase, pobre loca,
cautelosa á la campana
en las horas del reposo,
del misterio y de la calma,
deslizándose en la sombra
cual vaporoso fantasma,
y convulsa la tañía
la infeliz reclusa airada.

¡Qué tristemente en el valle,
qué tristemente sonaba!....

¿Acaso juzgaba debil
la voz con que allá en el alma
pedía á ese Dios que escucha
y que entiende la plegaria
aunque en deseo se forje
sin traducirse en palabras?

¿O era quizás que aquel ¡ay!
de su corazón ansiaba,
salvando en ondas sonoras
valles, lomas y montañas,
herir mortales oídos
con su voz descompasada?

¿Quería, triste lamento,
himno, gemido, ó plegaria,
la redención del espíritu,
ó en sus vagidos buscaba
de la libertad perdida
las dulzuras no alcanzadas?...

¿Era petición de muerte,
ó era de la vida instancia?...

¡Quién sabe las alegrías
del cenobita, que aguarda,
absorto en su amor extático,
las recompensas soñadas
en los santos sacrificios
de sus vigiliás y lágrimas!

¡Ni quién aprendió tampoco
de sus tristezas amargas,
cuando en horas del postrero
dolor, siente que le asalta
con pavores de impotencia
la fragilidad humana,
que busca el calor dulcísimo
del hogar, y en lucha vana
pugna por asir la mano
caríñosa y suspirada

que el sudor helado enjuga
y templá, suaviza, ablanda
el tránsito rigoroso
de la existencia á la nada!

III.

UNA noche de noviembre,
noche triste de las Anímas,
dicen que la pobre loca
fué corriendo desalada,
frenética y delirante,
calenturienta y sonámbula,
á asir la colgante cuerda
de la mística campana,
y al ir á tañer la esquila,
súbito exhaló de su alma
desgarrador, hondo grito,
el ¡ay! de quien deja humana
mansión, y vuela á la tumba
fría, obscura y solitaria.

De entonces, los que á la vera
del mudo cenobio pasan
y aprenden la historia triste
que las dulces brisas cantan
gimiendo entre los cipreses
y suspirando en las aguas,
doblan la rodilla y rezan
ferviente y tierna plegaria.

Y hay quien dice, lector pío,
que siempre, en la noche de Anímas,
cuando reinan las tinieblas
y el misterio en Santillana,
como si mano invisible
de moribundo tocara,
rompe el augusto silencio
el clamor de la campana,
y su tañer ténue y lúgubre
como gemido del alma
surca el aire, va cruzando
por valle y bosque, y se apagan
como ayes, lejos, muy lejos,
sus ecos en la montaña.

R. OLÁRAN.



ADOLFO DE LA FUENTE.

Kso de que la figura sea lo de menos en el hombre, es sentencia que hemos formulado algunos feos, y no ha de tenerse por acuerdo válido, siquiera ande escrito en adagios, pues que fué tomado en ausencia de gran parte de interesados y no ha sido aún sancionado por el visto bueno de las mujeres, consejo supremo en el asunto.

Bien le está al hombre ser, á su manera, hermoso, como le está bien á la mujer tener talento, también á su manera, que ni una ni otra excelencia piden ser iguales, ni adaptarse á un mismo ideal, en los dos sexos.

Quiere decirse que habrá hombre de tan supremas prendas morales y de intelecto que acierte á hacerse perdonar su ingrata facha material; mas todo perdón supone una deficiencia en quien le recibe, y siempre resultará que, á pesar de todas sus dulzuras, mejor es no tener que solicitarle, como es mejor estar sano que estar enfermo y remediarse.

A muchos feos con talento todo se les volverá desdeñar, delante de gentes, la gallarda planta de los que la tienen; pero que les proponga cualquiera de éstos, el de menos valía intelectual, venderles su apostura, y todos sus talentos han de parecerle al discreto poco precio para pagarla....

Las mujeres son siempre mujeres, y su blanda sonrisa el premio con más afán codiciado de todos, y más de los de alma más superior, quienes mejor que los otros saben estimar en su punto toda belleza y agradecer todo halago.

Hasta han querido despechados buscar una especie de antagonismo entre la gentil presencia y la valía de alma, errada observación que, sin necesidad de acudir á recordar lo que se lee de la varonil hermosura de Goethe ni de Byron y otros tantos, desmienten á cada paso muchos hombres de talento que hoy viven y que—sin ir más lejos

ni acordarse de la Cámara de los diputados á donde ninguna dama de gusto se excusa de ir en hablando Moret ó don Alejandro Pidal—desmiente en no menor grado el elegante poeta cuyo nombre queda escrito arriba.

Alto sin demasía y grueso en proporción, bella cabeza, la barba recortada en anchas patillas, frente despejada y serena como el camino de sus pensamientos, nariz recta que con gran decoro sostiene las áureas gafas, voz armoniosa é insinuante, frase siempre culta y pertinente, natural distinción en el traje y los modales. Es lo mejor

de esta gentil figura de hombre lo mucho que su distinción toma de la gallardía de su espíritu. Cuando aparece la Fuente en un salón ó teatro á leer versos, nadie, aunque no le conozca, puede ya, con solo verle, temer de esta lectura una vulgaridad ó un rasgo de mal gusto: sin que empiece á hablar, ya son del poeta la atención y el aplauso del concurso.

Poeta serio, á sus versos caracteriza siempre lo alto y honrado del asunto y el esmero de la forma; son siempre bien entonados y armoniosos como la voz con que los declama, limpios y tersos como van las prendas de su traje. La misma discreción y templanza del autor parece como que perjudican en oca-

siones al buen color de estas lindas estrofas, que se parecen á veces demasiado y caminan como temerosas de alguno de esos atrevimientos de forma ó de pensamiento que resultan muchas veces felices y de éxito, á despecho del miedo con que el poeta los escribió juzgándolos extravagancia suya.

Más aficionado á traducir en hermosos versos castellanos lo mejor de algunos poetas extranjeros que á escribir composiciones originales, apenas se emplea en este trabajo sinó á instancia de algún amigo ó corporación que van á llamar á su



amabilidad con uno ú otro motivo, sea con el de acreditar con tan simpático nombre una publicación naciente ó con el de dar esplendor á alguna solemne fiesta literaria. La voz de la caridad cuando llama á los generosos, la de la patria que reclama lauros para algún muerto ilustre, siempre encuentran eco en el corazón de este poeta, quien en tan buena amistad le tiene con el ingenio que puede presentarse á Adolfo de la Fuente como uno de los pocos á quienes estos versos llamados de circunstancias les salen buenos, y, más que buenos, excelentes. Hable por mí, sobre todo, la oda al marino Alsedo Bustamante.

Su bondad de alma y su fina educación jamás hallarán el elogio suficiente. Hay en la ciudad una casa que bien puede, sin agravio de nadie, calificarse de verdaderamente inhospitalaria para todo hombre templado y pacífico. No es tan suyo el defecto como del orden *arquitectónico* á que pertenece; pero á él se unen en este caso particular, extremando la dificultad de vivirla, la innata inquietud y suspicacia del carácter montañés, que allí impera como señor, condiciones que tales raíces tienen en él que el mejor criterio y la mayor cultura no aciertan siempre á extirpárselas ni impedir que dé el árbol frutos tan amargos ó poco sazonados como á cada hora se ve. Precisos han sido un carácter de angel, una discreción de sabio y un consejo tan claro que pueda con todo enojo y deshaga toda obcecación para que el secretario de nuestro Municipio, ha-

ya podido servirle, con tanta honra suya como provecho de los demás, durante tan dilatados años.

Obligado á cada paso á ello por su importante cargo, solicitado, cuando nó, de todo el mundo por su alto criterio é inagotable afabilidad, por sus múltiples y variados talentos, Adolfo de la Fuente es una de las figuras que más y con mejor derecho aparecen en cuantas muestras de cultura da Santander, y uno de los hijos de que, por cien conceptos, más orgullosa debe estar la madre Montaña.

Y allá vá, por remate, la mayor excelencia del sujeto. Adolfo de la Fuente, con todo lo que vale, no tiene ningún enemigo: nadie se le conoce, es más, nadie le concibe. ¿Qué ha hecho este hombre?

¿Qué hombre de talento no ha herido durante su vida á alguno, con su sola superioridad aunque no sea con otra cosa? De cuál no se ha querido en alguna ocasión rebajar el nombre y regatear la fama?...

Yo pienso si aquel perro que hasta no hace mucho tuvo don Adolfo, y le acompañaba en sus paseos, sería la envidia, que él había logrado materializar bajo la forma de perro flaco,—como que era un galgo—y á la cual había conseguido amansar y ponerle collar y manta.

ENRIQUE MENÉNDEZ.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

Sublevación cantábrica.

Apesar de haber quedado sometidos los cántabros á los visigodos en el reinado de Eurico, jamás, por espíritu de raza, soportaron pacientemente el imperio de los reyes, y en cuanto subió al trono Leovigildo en 572 inmediatamente se sublevaron.

Según el *Cronicón Emilaniense*, copiado en la *Crónica de Assas*, Leovigildo después de arrojar de la Bética á los imperiales se trasladó al Norte y apaciguó la insurrección, ocupando á Amaya y destruyendo sus fortificaciones.

Vencidos así de nuevo, los belicosos cántabros tuvieron que someterse incondicionalmente á los reyes visigodos.

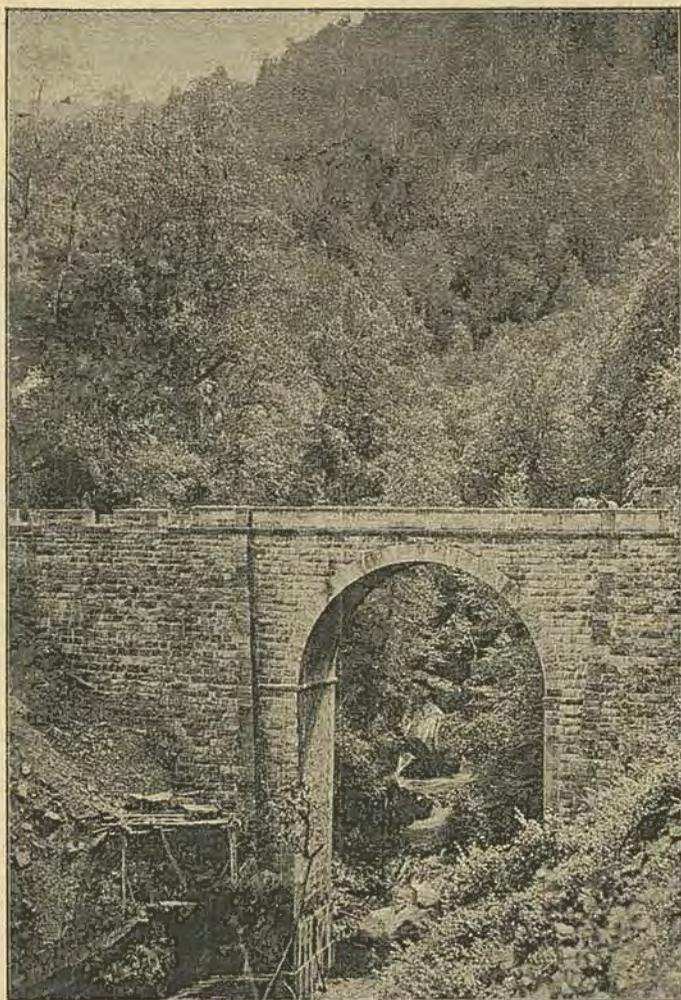


El pozo del Amo.

Como la vista que se ofrece en esta página, pudiera presentarse una colección innumera de fotografados, que demostrara al que no conoce la Montaña lo que son sus gargantas estrechas, sus cerros escarpados, sus picos altísimos y sus peligrosos desfiladeros.

El lugar que se representa aquí se halla situado en la carretera de Cabezón á Reinoso, á cuatro leguas de esta villa, y está elegido entre otros mil hermosos y bravíos que encuentra el caminante en aquel camino importantísimo, abierto entre grandes montañas y recubierto por vegetación salvaje.

El atrevido puente de un arco que se vé está tendido sobre el río Saja, el cual atraviesa la carretera muchas veces, en unos sitios escaso de



aguas y manso, en otros furioso y crecido.

A la derecha del puente, en la montaña, entre la enmarañada selva virgen que se distingue, brotan cascadas rabiosas que se precipitan en el Saja y forman en su cauce pozos grandes y peligrosos.

A uno de ellos, del cual toma nombre el lugar de 17 pies de profundo, se llama como queda dicho, el *pozo del amo*.— ¿Tendrá él su leyenda? ¿Responderá el nombre á alguna borrosa tradición?... No es difícil que así sea: abundan en esta tierra unas y otras; se encuentran en todas partes: día llegará en que algún escritor montañés las colecciona todas y ofrezca al público uno de los libros más curiosos de todos los montañeses.

TRADICIÓN SANTANDERINA.

Et acudieron en su ayuda pesádoles que tal Villa se partiese de la Corona Real.

(LOPE GARCÍA DE SALAZAR.)

I.

HRA una tarde de la primavera del año de gracia de 1466. El sol brillaba iluminando el limpio firmamento; los prados lucían sus galas, los árboles sus pompasas vestiduras, los pajarillos los primores de sus trinos y gorjeos; el aura suave besaba las corolas de las flores y las hojas de las plantas, aspirando los aromas que éstas guardan en sus tallos, cálices y láminas para esparcirlas enseguida por el espacio; y el mar, tranquilo y humilde, enviaba á la tierra mensaje de paz envuelto en blanca espuma.

Para aprovechar la hermosura de la tarde, los hidalgos y gente acomodada de la villa de Sanct-André ó Santander habían abandonado sus moradas y, traspasando la puerta de San Francisco, iban á solazarse entre las mieses del Oeste, situadas en el sitio denominado «El Valle», tomando para esto el camino carretero, á cuyos comienzos ó arranque estaba situado el convento de los hijos del Santo de Asís, los que por cierto habían convertido aquellos extramuros, antes incultos y cubiertos de abrojos y maleza, en amenos campos, fértiles mieses y pobladas huertas. Cielo, tierra, mar y hombres estaban alegres aquel día: y es que la primavera lo embellece todo, lo anima todo, lo alegra todo, y parece como que presta nueva vida á la naturaleza y á las criaturas. Mas existían otras razones para que los vecinos de Santander estuvieran gozosos: el año se presentaba abundante en pesca, los censos reales se habían satisfecho, la alcabala la recaudaría aquel año el Concejo, y por último, se aseguraba que el Abad cedería á la villa la parte del diezmo que le correspondía, y se susurraba que los Giles y Negretes se preparaban para una reconciliación, con lo cual se aseguraba el orden y la pública tranquilidad.

El Santander de entonces era muy reducido. Su población apenas si llegaba á mil vecinos, y estaba dividida en dos barriadas ó pueblas separadas por un canal marítimo: la una ocupaba la parte alta de la villa y era titulada «la Puebla Alta ó Vieja»; en ella estaba situado un castillo, desguarnecido de tropas regladas, la abadía ó colegiata—actual catedral—y la habitación abacial; á ésta seguía una calle ó rúa llamada la Mayor, sobre la cual se asentaban buen número de edificios, en cuyas fachadas de piedra, adornadas de repisas, volados balconajes, abiertas galerías, ferreas rejas y arcos de mezquina expansión, lucían los ostentosos blasones de los solariegos de más

alcurnia de la villa: paralela á la Rúa Mayor había otra, y más abajo de ésta, alineaban sus paredes varias modestas moradas. A la derecha orilla del barranco ó canal estaba la «Puebla Nueva», de mayor extensión que la Vieja, y compuesta de varias calles y una plaza, en la cual habitaban algunos hidalgos, mercaderes, plebeyos enriquecidos en las arriesgadas empresas de la pesca en los mares del Norte y en el tráfico costero, y gente de oficios ó menestrales. En la ribera existía amplia dársena, sobre cuyas aguas se balanceaban, en aquellos momentos, dos galeras castellanas y una más flamenca, tres balleneros y otros tantos leños de audaces marinos de la villa: á la orilla de la escollera estaban edificados almacenes, depósitos y astilleros embrionarios, y algo más hacia la boca del puerto, pero no muy lejos de la dársena, se apiñaban las humildes viviendas de los honrados pescadores.

Las dos pueblas se comunicaban por un puente de varios ojos, uno de cuyos extremos moría ó se asentaba al pié de la iglesia abacial; pasado este puente se hallaba la atarazana.

La villa estaba ceñida por un recio muro de piedra, flanqueado por cubos y coronado de almenas.

Tenemos que pasar el puente, cruzar parte de la Puebla Vieja y penetrar en uno de aquellos severos solares. Hagámoslo, pues, y subamos las recias escaleras de la morada del hidalgo don Fernando Fernández Alvarado; pero ante todo debemos tener presente que el tal Alvarado se hallaba inscrito en las listas del bando de los Negretes, cuya cuna era el solar de Solórzano en la Trasmiera, bando ó parcialidad por entonces en minoría, al menos en la villa, que se hallaba gobernada, dirigida y supeditada por los Giles, oriundos del solar de Agüero.

Era don Fernando un joven de 25 años de edad, huérfano, de arrogante presencia, vigorosa constitución y agradable semblante, fuera de cierta expresión siniestra que á veces tomaban sus ojos garzos, á los que servían de pabellones espesas y arqueadas cejas. Su patrimonio y mayorazgo no era ni muy corto ni muy largo; pero tenía lo suficiente para vivir con cierta holgura y vestir sayo de superior velarte, gabán de velludo finísimo y calzas ya de uno ya de dos colores; su bonete lucía gruesa perla fina, pendía de su cuello cadena de oro de ley y el talabarte de su espada toledana estaba fabricado en Córdoba.

II.

En una cámara que de referterio servía al hidalgo montañés, estaba éste dando vueltas como león enjaulado, y la expresión que de tarde en cuando desfiguraba su semblante se había fijado en los rasgos y trazos del varonil rostro. De súbito se paró ante la gran mesa de nogal; sus crispados puños se cerraron y como dos mazos de batán cayeron sobre el duro tablero á tiempo que de sus contraídos labios salió, como disparado por lombarda milanesa, un voto terrible. Rayos y centellas siguieron borbotando los labios del mancebo, concluyendo tal letanía con una frase más grata al sentimiento, con un ¡ay de mí! La tempestad de la cólera había pasado, y el dolor del alma aparecía.

Luego exclamó:

—¡Oh!, y en verdad, cuanto la amo!...

—¿Cómo no amarla si aquellos sus ojos, azules como el cielo siciliano, son imanes que atraen y encadenan mi albedrío?

—¿Cómo no amarla si aquellos sus purpurinos labios son cáliz de rubí en que quieren libar mis deseos el perfume, la ambrosía de amor que exhala su hermosura?

—¿Cómo no amarla si su gracia ha cautivado mi entendimiento y suspendido mi voluntad?... ¡Vive el cielo!, ¡a que fatal extremo ha reducido una mujer al hombre más insensible de la Montaña! ¡Cómo ella ha hecho despertar mi dormido corazón! ¡Con qué violencia, con qué terribles sacudidas se agita éste dentro de mi pecho!... ¡Ay!, ¡y que estas angustias del alma mía, y que estos delirios de mi espíritu, y que este desusado y atormentador anhelo, tenga por premio el desdén, quizás la burla!... ¡Poder de Dios!... ¡que fuera esto el pago de mi congoja y sufrimiento! Bálamo para las heridas del alma, agua que aplacara, ya que no extinguiera, el fuego que abrasa mi pecho y caldea mi cerebro; mano benéfica que arrancara la punzante espina que lacera mi corazón, sería para mí el saber que ningún mortal aspiraría la fragancia y aroma de esa espléndida rosa... Mas, ¡por el infierno!, que ni este triste consuelo me resta, porque esa mujer, que ha sabido enloquecerme con sus hechizos, será de otro hombre que la llamará suya, la estrechará entre sus brazos, jugará con su corazón... ¡Oh furor!... ese feliz mortal, ese odiado rival existe ya; y para mayor desesperación de mi alma es uno de los jefes de mi enemigo bando, es don Gonzalo de Salazar.

La tempestad de la cólera, producida por los celos, rugió de nuevo en aquel conturbado pecho; y así, más que con palabra articulada con bramido de monstruosa fiera, arrojó fuera de su garganta idea que en oleada de sangre subió de su corazón, ó en informe negrura bajó de su acalorado pensamiento:

—¡Me vengaré, y Blanca de Obregón nunca será de Gonzalo el encartado!

Pasos que se oyeron cerca del aposento hicie-

ron suspender los desahogos del atribulado hidalgo, el que trató de componer su semblante y dominar la excitación de sus desordenados nervios. Un hombre de procaz mirada é insolente ademán entró en el aposento diciendo:

—¿Qué es eso, qué es eso D. Fernando? ¿Qué mala espina te has clavado en la garganta?... Mas no, no necesitas contarme tus cuitas, pues toda la villa sabe la repulsa que ayer tarde te dió don Antonio de Obregón y el desaire y desprecio que has llevado de su hija Blanca. Pero hombre, no te desesperes por cosa tan baladí...: mujeres... ¡uf! sobran en el mundo, y en cuanto á desaires y desprecios... ¡quién sabe!... algún día podrás devolverlos con usura. Vaya, vaya, que nos traigan un jarro de aquello que guardas para las ocasiones y alegrémonos un poco, que yo también lo necesito, pues aquí donde me ves, á mi vez he sido despreciado, y no por una dama sinó por una... ¡pescadora!; y, lo que es más degradante y doloroso, mis espaldas han sido medidas por el duro palo de un bichero manejado por villana mano.

Y antes que el atribulado Fernández accediera á su petición, ya el desairado amante de la pescadora había atronado la casa con sus gritos llamando á los criados para que trajeran la bebida deseada.

Don Fernando concluyó por dar treguas á sus pesares y comenzó á hacer salvas al rico vino blanco que su amigo trasegaba con notable prontitud. Ya más alegre, Alvarado dijo á su amigo:

—Y bien, Gonzalo, hasme dicho que tú también tienes herido el corazón.

—No, querido, no; yo gracias á Dios no tengo herida ninguna parte vital de mi individuo; lo que dije fué que me había sucedido un lance parecido al tuyo, aunque en diverso grado. Escucha el resumen de mi historia:

—Hace algún tiempo había llamado mi atención y excitado mi codicia una arrogante mujer, erguida como el mástil de una nao, hermosa como una mañana de primavera: esta mujer es la hija única del viudo Juan Vear, el patrón y dueño de la mejor lancha de altura que fondea en nuestra ribera. Y aquí tienes explicada mi repentina afición á la pesca y á los mareantes, que tanto había llamado tu atención; sígo. Aprovechaba, como puedes suponer, todas las ocasiones que se me presentaban para rendir y apresar á mi enemiga nave, recurriendo hasta el medio que con tanto éxito se emplea, á la influencia del oro, que hacía correr entre mis nuevos amigos con no poco escándalo de nuestros hidalgos iguales...; pero la embarcación huía á toda vela, y mi posición iba siendo demasiado crítica.

—Las pocas doblas de mi escarcela mermaban de alarmante manera, los sencillos y confiados pescadores empezaban á recelar, el viejo Vear comenzó á temer por su honor, y María, mi prohibido fruto, se previno más de lo que ya estaba... ¿Y sabes el desenlace de esta aventura?

—Pues fué que me tendieron una celada; que

caí en ella; que la bella pescadora se burló de mí despiadadamente; que fui silbado, corrido por esos ratones del mar; que el duro palo de un bichero manejado por el fuerte brazo de Vear, brazo que parece tener por músculos acero y por carne modelado granito, cayó.... ¡Oh rabia!... sobre mis espaldas, y que salí del barrio de los pescadores con la hiel en los labios, cegados los ojos, oprimido el pecho, crispados los nervios y enroscada en mi corazón la víbora de la ira y de la venganza.... Y éste es mi cuento. ¿No te parece que vale más que tu historia? ¿Qué es en comparación del baldón por mí recibido el desaire y el desprecio que pudieron hacerte doña Blanca y su padre?

—Y sin embargo, aunque la venganza muere mi pecho, y le seguirá mordiendo hasta que no se vea satisfecha, estoy alegre y contento...

—Como mi lance ha trascendido por la villa, mi situación se hace algún tanto violenta, por no decir ridícula, y pienso alejarme de aquí por algún tiempo, hasta que pueda venir á desquitarme con creces de la pasada burla. Conque bebamos el alboroque y alégrate, que no es cosa que un caballero cual tú se muera de pesadumbre por desprecio más ó menos.

—Te concedo que quieras vengarte...

—¡Oh!, le interrumpió Alvarado—ese, ese es mi único deseo.

—Pues bien, discurremos un plan que á los dos nos satisfaga.

III.

Entre las varias personas que digimos en otro capítulo paseaban por las mieses de «El Valle,» se hallaban dos parejas, formadas, la una por dos preciosas jóvenes,—Blanca y una amiga—la otra por dos ancianos caballeros—el señor de Obregón y don Froilán Bustamante de Agüero, alcalde á la sazón de la villa.

Distintas eran, como consecuencia natural de tan diferentes condiciones físicas, las ideas y pensamientos de las dos parejas, y por consecuencia éranlo, también, los diálogos con que animaban el paseo. Blanca, que cogida del brazo de su amiga caminaba con esa languidez de cuerpo fruto de las obsesiones y luchas del espíritu, iba hablando así:

—Inés, bien grande ha sido el esfuerzo que he tenido que hacer para distanciar de una vez á don Fernando, para hacerle comprender lo inútil de su desaforado amor. Si, he recurrido á todos los medios para hacerle comprender que mi corazón no podía ser suyo, por la sencilla razón de que ya no me pertenecía; pero su obstinación era inconcebible.... Y la verdad, Inés, tengo que confesarlo, esto halagaba mi orgullo de mujer haciendo á la vez sufrir mi sentimiento por no poder recompensar el continuo penar del noble hidalgo. Mi padre veía y cerraba los ojos, oía y tapaba los oídos, pues el más leve choque podría resucitar los envenenados odios de nuestros bandos,

que hoy parecen dormidos. Así las cosas llegó ayer de madrugada un escudero de mi prometido don Gonzalo de Salazar, con un mensaje de su señor, en el que nos anunciaba su próxima venida. Entonces cruzó por mi pensamiento la idea de los peligros que su llegada acarrearía si don Fernando continuaba asediándome con sus rendimientos: tomé una resolución:

—Había ayer en San Francisco gran misa en celebración de no sé que triunfo alcanzado por Su Merced: acudí á la solemnidad. A la salida, junto á la pila del agua bendita se hallaba Alvarado: bien segura estaba yo de hallarle en aquel sitio. Presentóme el agua y yo en vez de recibirla, en presencia de varias damas y caballeros, le dije: don Fernando, de vos no admito ni el agua consagrada: por última vez os mando que no me asedieis con vuestros importunos rendimientos.

—Fuerte estuviésteis, Blanca amiga, y un tanto irrespetuosa, dada la santidad del lugar; y me parece que el remedio que empleásteis es peor que el mal, porque don Fernando, para lavar la herida que á su orgullo hicisteis, buscará á don Gonzalo....

—¡Oh!, no prosigais Inés.... Yo me dejé arrebatar de mi vehemencia, violenté mi apacible carácter, lo olvidé todo por mi amor.

—¿Y qué hizo el de Alvarado?

—Quedóse como herido de un rayo; tembló cual hoja azotada por el ábrego, y... vaciló... creí que caía desvanecido.

En tanto los dos ancianos hablaban y trataban de algo que hoy llamaríamos política:

—Sí, decía el Alcalde, por ahora gozamos de algún sosiego; pero, don Antonio, una densísima nube se presenta en nuestro horizonte cargada de vapores y preñada de rayos. ¿Descargará sobre nuestras cabezas? Mucho lo temo.

—Pero, ¿por qué esos temores, y de donde puede venirnos ese nublado que decís?

—De cerca nos vendrá, de muy cerca, de algunas leguas al Oeste; del marquesado de Santillana y del estado de la Torre de la Vega: vendrá, si Dios no lo remedia, aventado por la ambición de don Diego Hurtado de Mendoza, hijo, como sabéis, del primer marqués don Iñigo, galano trovero de la corte del rey don Juan II, que santa gloria haya.

—Haceis crecer mi ansiedad, bablad.

—Sabéis, señor Obregón, que antes de ayer recibió el Corregidor de Su Alteza la nueva del triunfo, que sin batallar, ha alcanzado nuestro señor rey don Enrique sobre los ambiciosos magnates rebelados; triunfo logrado mediante transacciones y pactos con los que, poco ha arrojaban su escarnecida estatua desde el tablado levantado en los campos de Avila y proclamaban al niño don Alonso; pero lo que ignorais es que casi al mismo tiempo que el real correo ponía sus despachos en manos del Corregidor, llegábase al abad un mensaje de parte de su tío el marqués de Santillana, y unido este detalle con la voz, que pocas horas después corría por las pueblas, de

que el diezmo correspondiente al Prelado no sería cobrado este año, hace sospechar que alguna negra intriga se está urdiendo.

—No veo en eso nada de particular, mi bueno y receloso amigo.

—Tampoco lo ven mis compañeros de concejo, á quienes he participado mis temores; únicamente el regidor de mar, el mareante maese Emeterio, rascándose su enmarañada cabellera, dijo: puede que tengáis razón; lo del diezmo me huele á queso puesto en trampa de ratón.

—¿No os fijáis en que el rey don Enrique es muy débil, en que con mercedes á costa de la corona y de los vasallos á ella afectos premia á sus leales y acalla, por un momento, á sus enemigos? ¿No teneis presente que en estas revueltas, don Diego ha servido al rey con 700 caballos y hombres de armas y numerosa banda de peones? ¿No conoceis la codicia que el Marqués siente por este Puerto, tan inmediato á sus estados, que tan bien le vendría para darlos extraordinaria importancia?

Obregón se paró, su noble rostro se cubrió de tristeza, é interrumpiendo á su amigo le dijo:

—Pero el Rey no puede hacer donación de nuestra villa al de Hurtado: tenemos fueros, tenemos un privilegio del santo y glorioso rey don Fernando, tenemos carta de libertad del valeroso abuelo de éste, don Alonso el de las Navas, y tenemos, por último, consignadas en el Becerro del rey don Pedro nuestras exenciones y nuestra inalienable unión á la Corona de Castilla.

—¡Ay! D. Juan—le replicó su amigo—que allá van leyes do quieren..... magnates ambiciosos.

—¿Y el desafuero, y la memoria veneranda de los ilustres monarcas que firmaron las cartas de nuestras libertades?

—¡Bah! Obregón, ¿en esas pequeñeces os paráis? Del Marqués seremos y él nos impondrá un merino, ó nos sujetará al Abad; él nos exigirá los pechos que mejor le plazcan, y hará desaparecer nuestro concejo y con él nuestras costumbres y... nuestra independencia. Omnipotente don Diego, dispondrá de nuestras vidas á su albedrío y de ellas se servirá en sus ambiciosas empresas, á la vez que el sudor de nuestros pobres conterráneos hará aumentar las doblas y cornados que guarda en sus inmensas arcas.....

—¡Bustamante!—exclamó con tal expresión de noble indignación el padre de Blanca, que su voz vibró como sonoro metal,—¿y los hidalgos y villanos de Santander serán tan cobardes que humillen sus cabezas ante el arrogante Mendoza? ¿Se resignarán á perder su libertad, sus venerados fueros? De mí sé decirlo que abandonaré la puebla é iré á refugiarme en las libres montañas de Vizcaya; pero si alguien osa subir á las almenas de nuestros muros y tremolar en ellos el viejo pendón de nuestro concejo, estoy dispuesto á teñir con mi sangre las negras piedras de aquéllos...; y esto es lo que nos ordena nuestro honor, lo que nos exige nuestra libertad, lo que nos manda la memoria sagrada de nuestros mayores. Sí, alcalde,

yo gritaría á despecho de mi cansada voz: ¡viva el Rey!, ¡vivan los fueros!, ¡muera el ambicioso!

Obregón estaba rejuvenecido; sus ojos despedían llamas de entusiasmo, su rostro se había coloreado y su cuerpo erguido como en sus mocedades; y es que el amor de la patria es fuego santo que vivifica al más caduco corazón y comunica nueva vida al alma que no envejece.

Bustamante, conmovido, estrechó la mano de su amigo diciéndole:

—Salvaremos nuestra villa; pero procedamos con cautela.

IV.

Dos días después, toda la villa estaba en movimiento. Había llegado un rey de armas portador de una orden de D. Enrique IV para el Corregidor y otra para el Concejo, en las cuales mandaba su merced se diera posesión, al de Santillana, del señorío de horca y cuchillo sobre la villa y sus términos rurales. Y por cierto que el de Mendoza no creía muy eficaz el mandato real, cuando, según noticias, su campo de guerra no había sido deshecho y su alférez tremolaba el pendón de la casa al frente de los ya aguerridos mesnaderos.

Reunido el pueblo santanderino bajo las ventanas del Concejo, se notaba en todos los semblantes la ira, la cólera, la indignación que bullía en sus pechos. Allí estaban confundidos los bandos y las clases aguardando impacientes á que saliera el heraldo del salón de sesiones, en donde había sido recibido por los representantes del pueblo.

Al fin, y cuando ya se oía entre la multitud ese ruido sordo y amenazante precursor de las tempestades populares, se abrieron las puertas del gran balcón central y en él apareció la enérgica figura del alcalde Bustamante, tras el cual estaban los regidores, ó cabildo en pleno, y los principales jefes de los dos bandos.

Un imponente silencio reinó entre el público. El Alcalde habló entonces con patriótica exaltación; tocó la sensible fibra de nuestro orgulloso individualismo; resucitó la memoria de los antiguos cántabros, que supieron luchar solos contra el colosal poder de Roma, para luego morir entre las ruinas de sus incendiadas chozas, ó colgados de una afrentosa cruz, entonando los himnos guerreros de su raza ó cantando las alabanzas de sus dioses, y concluyó diciendo que los representantes de Santander habían hecho el juramento de perder la vida antes que sus preciados fueros, juramento que estaban dispuestos á cumplir si el vecindario secundaba sus esfuerzos.

Una voz unánime le respondió:

—¡Fueros, ó muerte!

Minutos después partía el faraute, á uña de caballo, con dirección á Palencia, donde el monarca se hallaba: en su escarcela llevaba una altiva protesta de la villa en contra del acto tiránico del rey. El Corregidor había seguido al mensajero regio.

En la villa no se desperdició un solo momento. El Magistrado popular hizo sacar de la casa del Concejo el pendón de las pueblas; los vecinos,—dotados como todos los de los lugares realengos, desde los tiempos de Alfonso el Sábio, ó mejor dicho de su biznieto Alfonso Onceno, de cierta organización militar que á estas agrupaciones daban alguna apariencia de tropa reglada, conocida con el nombre de milicias concejiles ó hermandades—se armaron; los jefes de la villa y los cabezas de los bandos tomaron las medidas conducentes para hacer una desesperada defensa, y diligentes mensajeros partieron para Castro y Laredo—puertos coligados con la villa amenazada por el famoso pacto que tan poderosos les había hecho,—reclamando auxilio y socorro, al mismo tiempo que los hidalgos de la villa, individualmente, le pedían á los deudos y amigos que en los pueblos comarcanos tenían. El buen Vear pasó con su lancha á Vizcaya en busca del señor de las Encartaciones de Somorrostro, don Lope García de Salazar, con patética carta de Obregón, en la que éste imploraba su ayuda en favor del amenazado Santander.

V.

En la noche de este memorable día, un hombre joven, de luenga y rubia barba, vulgar presencia y vestido de morado traje talar, se paseaba agitadamente por un vasto aposento, cuyas paredes estaban revestidas de tapices representando su urdimbre escenas del Viejo y Nuevo Testamento. Los muebles que adornaban esta Cámara eran dorados trípticos, tallados sillones, consolas y mesillas, teniendo el suelo cubierto con rica y costosa alfombra: un magnífico Cristo de talla, colocado bajo soberbio dosel de grana y oro, dignificaba la estancia, y ante él ardía, en dos lámparas de bronce, perfumado aceite, esparciendo claridad tenue por los ámbitos del salón y haciendo colorear los vidrios policromos de las emplomadas ventanas y lucernas.

El preocupado personaje se paró ante el crucifijo y descubriendo su cabeza, amparada hasta entonces por un birrete de seda morada, exclamó:

—Bien ves, señor, la recta intención que me guía en este temporal negocio. Creo firmemente que, para la espiritual y temporal salud de estas mis ovejas, es indispensable que una mano poderosa las obligue á caminar por la buena senda: ¡tan lleno está de precipicios el camino que, á pesar de mis desvelos de pastor, han escogido!... ¿Y esta mano donde hallarla?... ¡Oh, gran Dios!, cerca pones el remedio cuando visitas á la criatura en días de tribulación. En este caso, el remedio es la diestra fuerte y suave á la vez de mi deudo el cristiano caballero don Diego Hurtado de Mendoza.... Además, ¿no nos tienes ordenado la ciega obediencia á tus representantes? ¿El rey don Enrique, no lo es en lo temporal?: si, luego yo debo no solo acatar los mandatos de mi soberano si que también hacer que sean acatados por estos mis hijos. El rey de Castilla ha hecho do-

nación de esta villa al marqués; ¿debo yo ayudar —Dios mío—para que tal donación sea un hecho. Pero, ¡ay de mí!, que los pueblos tienen ojos y no ven; se les alarga el cáliz de la vida y ellos le rechazan con ira; y esta mi grey, este mi pueblo se cuenta en el número de esos desventurados: armada tiene ya la diestra, no reconoce el absoluto poder de su Señor, rechaza el bienestar con que se le brinda, y ruge, y amenaza, y se revuelve airado y la sangre cristiana va á regar los viejos muros de esta villa y á encharcar sus rúas y plazas.... ¡Señor, Señor!, ¡que no vean esto mis entristecidos ojos!: ¡ayúdame en mi santa empresa de paz!

À continuar iba su oración el buen don García Lasso de Mendoza, cuando un criado le interrumpió anunciando á don Juan Gutiérrez Alvear, hidalgo vecino de la Puebla Vieja.

Don García tomó asiento, y mientras el visitante llegaba, murmuró:

—La causa es justa, el fin loable, ¿por qué repugna, pues, á mis labios el traducir con palabras las ideas que con gran trabajo elaboró mi mente?

La gruesa y tallada puerta de nogal se abrió de par en par y dió paso á un hombre de mediana edad, que venía envuelto en obscuro talar, de fisonomía entre raposo y lobo, acercándole al primero la astucia reflejada en sus ojillos redondos, grises y relucientes, en su rasgada boca, y en sus labios incoloros y delgados, y al segundo en las repulsivas líneas de su semblante imberbe, enjuto, saliente y parduzco, en el crespo y entrecano cabello y sobre todo en los grandes y amarillos caninos que su eterna y fría sonrisa dejaba siempre entrever. Tal como era en lo físico era Gutiérrez en lo moral.

El visitante se quitó su deslucida gorra, se acercó al mitrado abad y besó, con fingido ó verdadero respeto, la mano que este le tendía, con forzada sonrisa dibujada en sus labios.

La puerta del salón se había cerrado: el Prelado acercó su sitial al que ocupó D. Juan, y en voz baja, casi imperceptible, comenzó á hablar.

Media hora más tarde, salía de la casa abacial D. Juan, frotándose con fruición las manos, largas y flacas: sus ojillos brillaban en la obscuridad y sus labios, produciendo un sonido como el rozamiento de viejo pergamino, murmuraban:

—Buen negocio, á fé mía: arrendador de los censos de la villa si el Marqués no necesita de mi cooperación, y este lucrativo destino con más 50 doblas de oro si llega el caso, ¡hágalo Dios!, de tener que abrirle la poternilla del castillo, del cual seré uno de los defensores.

Otros dos personajes, envueltos en amplios mantos, entraban algo más tarde en la morada del Prelado; un rato después volvían á salir con cauteloso paso, y tomando por la Rúa Mayor penetraban en casa de D. Fernando Fernández Alvarado: estos dos hombres eran, el mismo don Fernando y su amigo D. Gonzalo de Solórzano. Los dos jóvenes tomaron asiento ante la mesa del refectorio y comenzaron á departir agitada-

mente trasegando á sus estómagos el dorado contenido de un azacán de vidrio, tratando, acaso, por este medio, de acallar el grito que su conciencia debía lanzar:

—Si,—decía Alvarado,—alcalde de la villa, dueño absoluto de sus habitantes, mi venganza será completa.... Pero, ¿no te parece, amigo, que es comprarla demasiado cara teniendo por precio mi honor y la libertad é independencia de mis convecinos?... ¡Oh! ¡cómo me temblaba la mano al estampar mi firma en el compromiso! ¡cómo ardía mi cabeza á la vez que frío glacial helaba la sangre en mis venas!.... Y, añade á esta traición, á este borrón que echo sobre mi limpio escudo, el juramento que he prestado á ese varón de Dios, de que, en el ejercicio de mi gobierno, he de obrar en justicia, he de olvidar injurias pasadas, y... dime, dime si no es fabuloso el precio de mi venganza.

La contestación de D. Gonzalo fué una soberbia carcajada y la siguiente burla:

—Pareces, en verdad, un franciscano descalzo ó un anacoreta de la Tebaida con tus miserables escrúpulos. Si tal piensas, valiérate más ir á llorar tus desdichas á un monasterio.... Pero, ¡qué diablo! pareceme que no es el remordimiento el que se retuerce en tu pecho, sino que es algo que bien pudiéramos llamar cobardía.

Como picado por un áspid se levantó don Fernando, y con destemplada voz exclamó:

—¿Yo cobarde? No lo repitas, ¡por tu vida! porque te arrancaré tu insultadora lengua y con ella azotaré tu rostro.

Solórzano le interrumpió:

—¡Oh!, así, así te quería. Venga esa mano, fuera escrúpulos, y brindemos por el gran prócer don Diego.

—Tú, gobernador, yo, tu lugarteniente, Vear bailará en la horca, Obregón saldrá desterrado, y ellas.... ellas caerán suplicantes á nuestros piés.

—¡Quiera el infierno que estos menguados villanos osen blandir sus enmohecidas armas contra el poderoso magnate que ha de ser nuestro protector!

VI.

Con celeridad portentosa llegó el faraute á la trashumante corte del monarca castellano, á quien hizo entrega de la protesta de la villa, informándole á la vez de la actitud decidida de sus habitantes.

Leyó el mensaje D. Enrique, y como este rey no era malo, sino débil, y como ningún monarca castellano ha sido tirano ni injusto por propia inclinación, llamó á Mendoza y le dijo que él nunca violentaría á sus fieles vasallos del Puerto. Atufose el prócer, se asustó el Soberano y buscó una componenda.

No bien salió el altivo don Diego de la real presencia, cuando hizo partir un escudero para Santillana con orden, para sus gentes, de que tomaran posesión de la villa costara lo que costara.

Al frente de las tropas mendocinas estaba un experto caudillo, don Ladrón de Guevara, señor de Escalante y deudo cercano del Marqués.

Más de mil combatientes, con varios ingenios de batir y dos lombardas enormes, se presentaron ante los muros de Santander.

Gama, el merino del Marqués, intimó la rendición á la villa, cuyas puertas se habían cerrado y cuyos muros estaban coronados de defensores. La intimación fué desechada, y, como don Ladrón temía que á los cercados les llegaran refuerzos, comenzó el ataque.

Tenía Santander siete puertas principales, y otros tantos hidalgos se habían ofrecido á defenderlas. La que daba acceso y salida á la Rúa Mayor—llamada de San Nicolás por haber á corta distancia de los muros una ermita dedicada á este Santo—quedó encomendada al esfuerzo de don Fernando Fernández Alvarado, al que acompañaban varios caballeros, entre otros su amigo Solórzano y un golpe de villanos menestrales.

El castillo, defensa más bien marítima que terrestre, se hallaba algo descuidado de guarnición y pertrechos: dentro de él estaba Gutiérrez de Alvear.

Comenzó la pelea: flechas, jaras y virotes, formando como espesa y mortífera nube de destructor poder caían, cual lluvia de hierro, sobre las almenas ó penetraban por los adarves arrancando la existencia á hombres, un instante antes, llenos de vida y arrogancia: moles de piedra lanzadas por manganillas y trabucos hacían estremecer la gruesa pared, y á su violento choque, se deshacían en mil fragmentos pedazos de muralla, ó se venían abajo lienzos enteros cayendo con temeroso estrépito á la profunda cava, cuyas aguas verdosas se elevaban formando enormes columnas coronadas de blanquecina espuma. Y por si esto no bastara para infundir temor á los más varoniles ánimos, enrojeadas pelotas de hierro vomitadas con retumbante estampido por las bocas de las lombardas, describían temibles parábolas. Pero el rostro de los defensores estaba sereno cual nautas que desafían impávidos la tempestad.

Horas después, tres columnas mendocinas emprendieron el asalto: bravo fué éste: los mesnaderos cegaron trozos del foso con zarzos y faginas, y, despreciando la muerte que sobre ellos se cernía, plantaron las escalas y comenzaron á trepar por los resbaladizos travesaños entre el silbar de las jaras, los ayes de los heridos, los lamentos de los moribundos, el choque de las armas, las granizadas de piedras y las cataratas de pez, alquitrán y aceite hirviendo que abrasaban cuanto en su descenso hallaban. En vano fué el ardimiento y valor de los asaltantes: las tres escuadras mendocinas fueron rechazadas. Las murallas se tiñeron de rojo, el foso se llenó de cadáveres y arriba, en los adarves, se oyeron los alegres gritos de victoria, gritos repetidos en su idioma por las lenguas metálicas de las campanas de la villa.

Y vino la noche, y en los puestos del combate

solo quedaron los centinelas y algunos fuertes retenes, retirándose á descansar los demás defensores sin temor al enemigo, pues creían imposible que D. Ladrón, sin recibir refuerzos, intentara otra acometida á escala franca; tal había sido el escarmiento por él sufrido.

Bien se había portado D. Fernando en la pelea y, aunque ligeramente herido, se empeñó en quedar al frente de la guardia situada en la puerta por él defendida.

Era la media noche. El joven hidalgo se paseaba por la muralla, llevando sus pasos precisamente hacia el sitio en que ésta formaba un ángulo con la cortina que ceñía la Puebla Vieja por el lado de la bahía, cuyas aguas, lamiendo sus cimientos, servían á aquélla de profundísima y segura cárcava.

Un criado de Alvarado estaba de centinela en las almenas, y D. Gonzalo entretenía alegremente á los hombres que guardaban la puerta.

El desdeñado amante de Blanca tenía contraídas las facciones y sus labios se movían sin cesar. De vez en cuando, miraba ya á la bahía ya á la iglesia de San Nicolás: el campo sitiador estaba tranquilo; en el puerto todo se hallaba en calma, hasta las aguas permanecían silenciosas.

El hidalgo daba señales de impaciencia.

De súbito su criado exclamó:

—Mirad, señor, un esquife que se separa de la cortina: juraría que ha partido de las ventanas de la casa abacial, y también juraría que, según el rumbo que sigue, va á tomar tierra á pocas varas de aquí, en el campo sitiador: ¿No os parece que puede esto ser una traición? Voy á dar la voz de alarma.

—Calla, menguado,—le dijo sordamente su amo—si no quieres que te arroje del muro abajo; y al mismo tiempo sus ojos lanzaban vivos relámpagos, que lo mismo podían ser de alegría que de desesperación.

Un minuto después, D. Fernando bajaba de la plataforma y llamando á su amigo habló con él algunas palabras. De nuevo subió á los adarves.

Entonces sus ojos se fijaron solo en el edificio religioso que se destacaba entre las sombras.

Poco rato transcurrió cuando á la deshilada, y arrastrándose por la orilla de la costa, comenzaron á dejarse ver movibles objetos. El centinela iba á gritar, ¡al arma!; mas antes que tal hiciera, Alvarado, poniéndole un puñal al pecho, le dijo:

—Si das un solo grito te parto el corazón: tu señor te ordena ser sordo, mudo y ciego. Y cogiéndole la ballesta se la arrojó al pozo, haciendo otro tanto con la media espada que tenía.

Enseguida amo y criado bajaron al arco de la puerta, en el cual dormitaban ocho ó diez hombres, mientras el atalaya, que vigilaba por las saeteras del interior del cubo, estaba cada vez más entretenido con los cuentos picarescos que le refería don Gonzalo.—La hora llegó—gritó don Fernando á su amigo con lúgubre voz.

El atalaya, hombre poco ducho en achaques militares, se apresuró á bajar de las saeteras cre-

yendo que se trataba de su relevo: pero al hacerlo le fué arrebatada de las manos la armada ballesta. Enseguida Alvarado le ordenó, con imperioso acento, que ayudase á su criado á bajar, con el menor ruido posible, el puente levadizo. En tanto los del retén, al darse cuenta de que algo extraordinario ocurría, se pusieron en pié; mas ya los dos felones caballeros estaban delante de ellos espada en mano imponiéndoles quietud y silencio: el estupor, asombro y sorpresa de los villanos fué completo; no comprendían lo que aquello significaba.

El puente estaba caído, el rastrillo levantado, la traición consumada. Veinte ó treinta hombres penetraron en el arco, saltando como gamos, al mismo tiempo que se oían sobre las murallas redoblados gritos de alarma, señal de que los cercanos centinelas se habían apercibido de la felonía cometida. En tanto, á través de la obscuridad, comenzaba á destacarse una línea negra, frente al campamento enemigo: era un fuerte escuadrón de mendocinos que acudían en ayuda de los que ya habían entrado en la villa.

Don Fernando, seguido de una docena de hombres del Marqués, atravesó á todo correr la Rúa Mayor y se presentó ante una poternilla que el castillo tenía inmediata á la iglesia de los Cuerpos Santos ó Colegiata. Al llegar á aquélla dió cierto número de golpes con el pomo de la daga, y la poterna se abrió, apareciendo en su dintel la sórdida figura de Gutiérrez Alvear.

Cinco minutos después la Colegiata era ocupada y el castillo guarnecido por un fuerte destacamento de soldados invasores: la parte alta de la población estaba en poder de los enemigos.

Al mismo tiempo que esto ocurría en la Puebla Alta, los gritos de alarma, los toques de trompetas y bocinas y el arrebato son de la campana de las clarisas ponían en conmoción á los habitantes de la Nueva.

—

Quando don Ladrón, reuniendo sus mesnaderos, quiso atravesar el puente para ocupar el resto de la villa, una lluvia de punzante hierro le detuvo; Guevara creyó oportuno aguardar al nuevo día para intentar la facción postrera.

Antes que el alba luciera entre las nubes del Oriente, ya los vecinos de la Puebla Nueva, con más los que de la Vieja pudieron salir, estaban preparados para sostener una nueva jornada en las mismas calles de la población; y al efecto barrearón el puente y colocaron fuertes destacamentos á lo largo del barranco y atarazanas hasta la misma muralla.

El punto estratégico era el puente: paso que el sitiador tenía que forzar y el sitiado defender con ardimiento. Con rabia le atacaron las tropas del Marqués y con valor sereno las rechazaron una y otra vez los santanderinos. Al propio tiempo, otras compañías de Guevara intentaban romper por las murallas y atarazanas, pero inútilmente.

El resultado de este combate alentó extraordinariamente á los de Santander, tanto que al siguiente día, animados por el Alcalde y principales vecinos, osaron tomar la ofensiva: los sitiadores quedaron sitiados en el castillo y colegiata.

En el ínterin comenzaron á llegar refuerzos á la villa por tierra y por mar, esperándose de un momento á otro el gran contingente de aliados de las Encartaciones y Vizcaya, «á los que pesaba que tal villa se partiese de la Corona Real.»

La situación de don Ladrón era poco halagüeña. Con gran trabajo había conseguido enviar un mensajero á don Diego dándole cuenta de su difícil estado.

La sangre seguía corriendo; mas el castillo y la Puebla Alta eran difíciles de ser tomados por asalto, máxime no contando los sitiados con ingenios de batir: entonces se acordó una tregua, estipulándose que si al terminar ésta don Ladrón no recibía refuerzos evacuaría la parte de la villa que sus tropas ocupaban y se retiraría con ellas á las tierras del Marqués.

Pero los refuerzos no les llegaban á los invasores, y en cambio penetraba en el puerto la flotilla que conducía algunos centenares de vizcainos, compañías de Laredo y Castro y un buen golpe de gentes de Somorrostro, viniendo al frente de estas últimas don Gonzalo de Salazar: la flota era comandada por el señor de Aramayama, don Alonso de Múxica y Buytrón. Horas después penetraba también en la villa don Juan de Agüero con sus trasmeranos.

VII.

Perfectamente discutido, se determinó, por los jefes de la villa y los capitanes auxiliares, formar dos grandes escuadrones de la gente armada que á sus órdenes tenían, y que uno de éstos tomara posiciones fuera de murallas para rechazar los auxilios que don Diego enviara á su adalid.

En tanto la tregua iba á espirar, y en vano los vigías y atalayas de don Ladrón echaban los ojos fuera de sus órbitas por vislumbrar en lontananza señales del suspirado socorro. Este no venía ni podía venir, porque el que conducía el primogénito del marqués no pudo, ó no se atrevió á forzar el paso defendido por los santanderinos y sus auxiliares, y el joven Mendoza se volvió á los estados de su padre con el disgusto de haber aprendido, por experiencia propia, que no siempre el poderoso es invencible y que lo es el pueblo que lucha con fé por su independencia.

El mismo día que terminó el armisticio, viendo los santanderinos que los sitiados no ponían diligencia en la evacuación de lo ocupado, atacaron, en tres columnas, la Puebla Vieja. La una la formaban los de Somorrostro acaudillados por el prometido de Blanca: las otras dos eran mandadas por el Vizcaino de Aramayana, por dos jefes de la villa, por el Alcalde y por el Síndico, que llevaba el pendón concejil: la escuadrilla atacaba de consuno por la marina. Los puntos objeto

de la bélica operación eran: el castillo, la colegiata, la calle baja de la Puebla Vieja y el extremo de las dos rúas.

Combate de furiosos fué el que aquel día presenció el sol esplendente que brillaba en el cenit. Como leones heridos atacaron la calle baja los de Santander, y, atravesando por entre las llamas de las abrasadas casas, arrojaron fuera de ellas á los obstinados mendocinos: tan cruda fué la lucha en este sitio, que dice, quien lo sabe, que desde entonces se denominó aquella calle del Infierno.

Los vizcainos y trasmeranos se apoderaron de las dos rúas.

En tanto Gonzalo de Salazar con la enseña de su casa en una mano y la espada en la otra, al frente de sus solariegos, arremetía por los glacies de la fortaleza. Sin importarle la muerte que en su derredor hacía estragos, subió intrépido por la escala de asalto, y el pendón de su casa ondeó en las almenas del castillo, al mismo tiempo que los vizcainos penetraban en la colegiata.

Recojidos en un torreón Guevara, los tres traidores y los restos de la gente del Marqués, hubiera continuado aún el combate si los frailes de San Francisco y los canónigos de la colegiata no hubieran hecho grandes esfuerzos para procurar una avenencia. Ésta al fin tuvo lugar: las tropas de D. Ladrón podrían salir libres con todos los honores de guerra. En virtud de esta capitulación, tres horas más tarde, abandonaban el castillo los invasores. En medio de las filas de los vencidos mesnaderos, atravesaron la Rúa Mayor los tres felones caballeros y el Abad, el cual, haciéndose cargo de su difícil situación, iba á buscar refugio en su otra iglesia de Santillana.

Apesar de las armas de los soldados, y de los cuidados de los jefes y sacerdotes de la villa, en poco estuvo que D. Fernando y sus compañeros fueran víctimas de la justa venganza del traicionado pueblo.

Cuando Alvarado oyó el terrible grito de «mueran los Júdas» «mueran los traidores» palideció, bajó los ojos y murmuró:

—Es verdad, yo debo morir; soy un infame.

Solórzano temblaba como un azogado, y el viejo Gutiérrez amenazó venirse al suelo como cuerpo inerte.

Algunas varas habían andado los tres traidores, cuando Gutiérrez dió un grito histórico, horrible, se bamboleó, su semblante cetrino se tornó violado y sus ojos se inyectaron de sangre: acababa de ver como demolían su casa.

Otro tanto hacían con las de sus compañeros; pero á éstos no les afectó el hecho en lo más mínimo: don Fernando tenía el espíritu demasiado conturbado para reparar en tal cosa, y Solórzano era hombre que tomaba las desdichas á buena cuenta, así pensó:—era de esperar; pero techo y mesa me dará el Marqués: peor le sucede á ese viejo raposo, que pierde en un momento los montones de oro que tantos años y bribonadas le han costado: de fijo que no resiste el golpe; ya parece su cara la de un ahorcado.

VIII.

Cuando el rey don Enrique tuvo noticia de la valiente defensa de Santander y de la derrota de su temido amigo, es fama que en sus adentros se alegró extraordinariamente, y aún hay algunos que aseguran exclamó:

—¡Bravo por los del Puerto!: así debían espantar los pueblos las moscas que los fatigan: ¡cuánto ganarían ellos y yo!

No se contentó el monarca con este desahogo, pues solemnemente revocó la donación y merced concedida á Hurtado de Mendoza, y pocos días después intitulaba á Santander con el adjetivo superlativo de *muy noble y leal*.

En tanto, en la villa se colmaba de atenciones y agasajos á los generosos auxiliares—aunque los maliciosos decían lo habían sido por propia conveniencia.—El héroe de la jornada postrera, el arrojado Salazar fué nombrado protector del pueblo, y con general contento se verificó, poco después, su casamiento con la bella Blanca de Obregón. De los traidores se supo, corriendo los días, que don Juan Gutiérrez Alvear había muerto, víctima de una congestión cerebral, al llegar á Santillana; y que Solórzano había sido socorrido por el Marqués como quien socorre á un agote—¡lepra asquerosa es la traición!,—con algunas tierras y una torre en Mioño, en la que murió al poco tiempo, á causa de sus fenomenales excesos en la bebida: de don Fernando nada se supo.

Años después de los sucesos referidos, llamaba á la portería del convento de San Francisco un fraile, en cuyo rostro demacrado, ojos sin luz y facciones afiladas, se veían impresas las tétricas señales de la muerte. Pocas horas después de la llegada de este fraile, se reunía, por súplica del padre Guardián del Convento, el Concejo de la villa, y momentos más tarde esta corporación penetraba en la morada de los buenos padres. En una pobre celda yacía, sobre dura tarima, y casi exánime, el fraile recién llegado.

Los representantes del pueblo se acercaron al agonizante.

Cuando éste se apercibió de su presencia, hizo un supremo esfuerzo, y brillando en sus ojos, ya vidriados, una chispa de luz, se puso de rodillas sobre la tarima, y alargando hacia ellos sus descarnadas, amarillas y temblorosas manos, dijo con medio extinguida voz:

—Un agonizante, un moribundo que quiere morir tranquilo, os pide, ¡por la sangre del que en la Cruz murió!, vuestro perdón y el del pueblo que representais.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas, y de su pecho, con las débiles entrecortadas palabras, salían roncós sonidos.—Dádselo, si para un infame traidor, si para el malvado don Fernando Fernández Alvarado le hay en la tierra.

Los circunstantes estaban profundamente emocionados; el lugar, la situación, y el motivo de aquella escena no era para menos. Se miraron unos á otros y sin hablar se entendieron: todos tenían en sus pechos corazones hidalgos. El Alcalde Bustamante—que aún empuñaba la vara—se aproximó al moribundo y abrazándole le dijo:

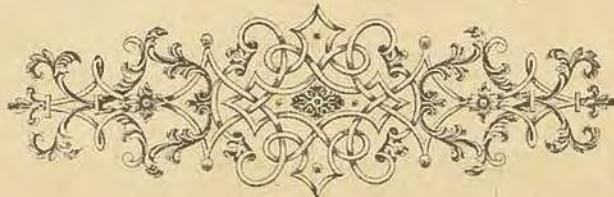
—Don Fernando, la villa os perdona: con lágrimas se borran los crímenes: morid, morid en paz, que la columna afrentosa que sobre vuestro yermo solar se alza desaparecerá.

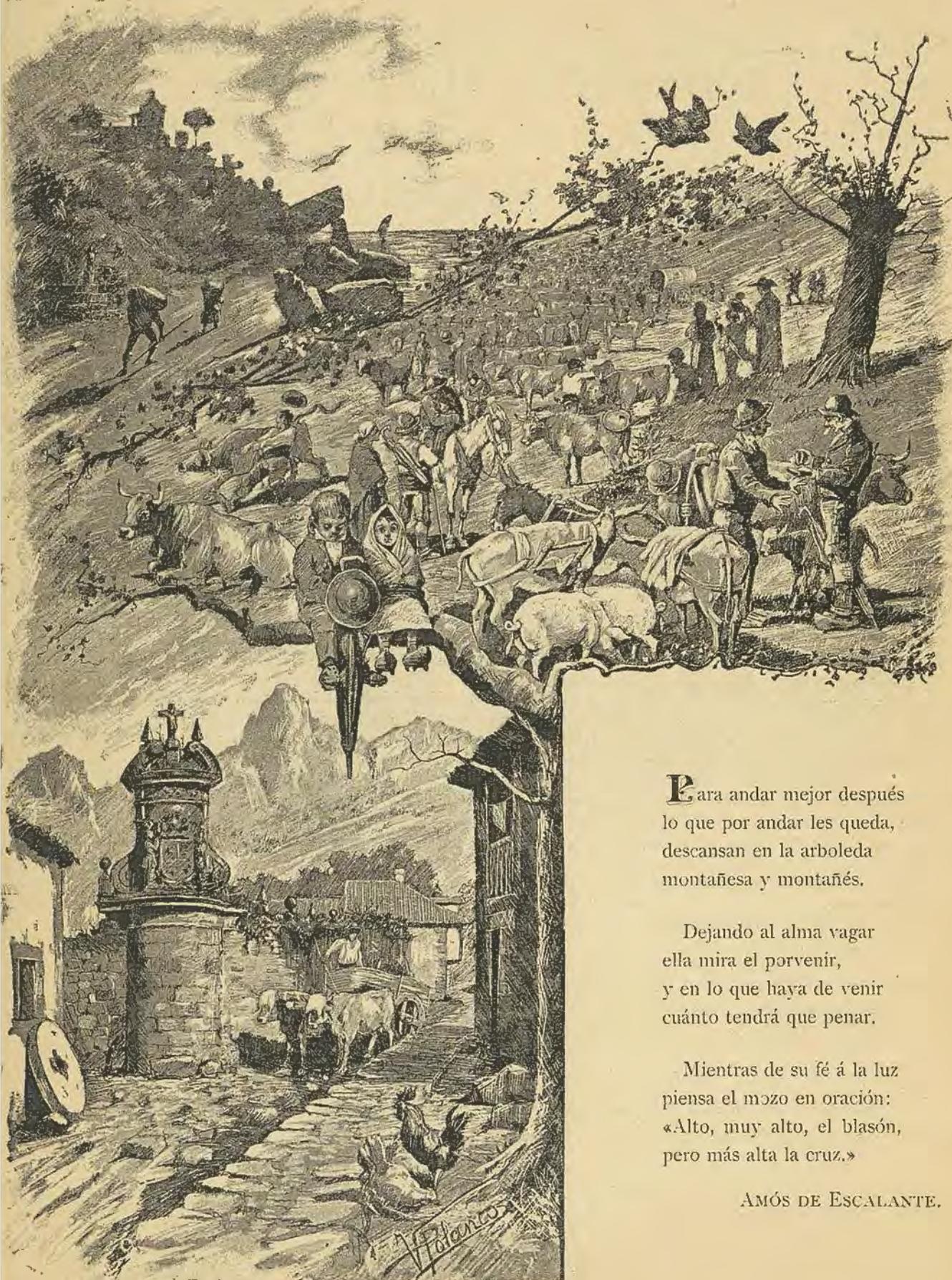
El agonizante sonrió con la tristísima, helada y dolorosa sonrisa del que muere, y murmuró estas palabras:

—¡Benditos seais, hombres generosos, y bendita la tierra que os sustenta!

Llevó en seguida á sus labios el crucifijo que colgado al cuello tenía y se dejó caer sobre la tarima. Un momento después se oyó un débil suspiro seguido de un ligero estremecimiento del ya frío cuerpo, y á esto sucedió un reposo absoluto: don Fernando Fernández de Alvarado era ya un cadáver.

EVARISTO RODRÍGUEZ DE BEDIA.





Eara andar mejor después
lo que por andar les queda,
descansan en la arboleda
montañesa y montañés.

Dejando al alma vagar
ella mira el porvenir,
y en lo que haya de venir
cuánto tendrá que penar.

Mientras de su fé á la luz
piensa el mozo en oración:
«Alto, muy alto, el blasón,
pero más alta la cruz.»

AMÓS DE ESCALANTE.

ICONOTECA MONTAÑESA.

MARINOS ILUSTRES.

Con este mismo título, *Marinos ilustres de la provincia de Santander*, anda por el mundo un libro muy estimable, que es de recomendar á nuestros conterráneos. En él se contienen las biografías de los marineros militares montañeses más distinguidos: en este lugar deben citarse los siguientes:

—*Francisco Cornejo y Vallejo*, Teniente general que guerreó en Ceuta, en Nápoles y en Gibraltar desde 1690 hasta 1704; fué en la expedición á Mallorca en 1715, navegó y peleó muchos años en América, y se le confió primeramente el mando naval de la expedición á Orán.

—*Luis Vicente de Velasco e Isla*, Capitán de navío, heróico defensor del castillo del Morro.

—*Juan Antonio de la Colina y Rasines*, Jefe de escuadra, que formó parte en la expedición á Orán, combatió bizarra é inteligentemente con los ingleses en Cuba, y contribuyó á la defensa de la Habana.

—*Blas de Barreda y Campuzano*, Teniente general, que peleó heróicamente en Cartagena de las Indias, se distinguió mucho en el combate de Calo Sicié y desempeñó celosamente muchos cargos importantes de su carrera.

—*Felipe González Haedo*, Jefe de Escuadra, llegado á este grado desde soldado por sus relevantes servicios en América, donde se distinguió en todas las campañas contra los ingleses.

—*El Márqués del Castañar*, Jefe de Escuadra, que tomó parte en todas las campañas y operaciones desde 1757 hasta 1810.

—*José Bustamante y Guerra*, Teniente general, que asistió al sitio de Gibraltar, peleó con los ingleses en América y se distinguió valientemente en todos los combates; promovedor de la suscripción que regaló á la patria el navío *Montañés*.

—*Francisco de Alsedo y Bustamante*, Capitán de Navío, comandante del *Montañés* en Trafalgar, donde murió heróicamente.

—*Ciriaco de Ceballos Neto y Bustillo*, Capitán de navío, militar bizarro en la campaña de Gibraltar y en América, compañero de Churrinca en las investigaciones practicadas en el Estrecho de Magallanes.

—*Juan Gutiérrez de la Concha y Mazón*, Brigadier, que alcanzó grandes lauros en las campañas de 1783 y 1784, defendió heróicamente á Buenos Aires en 1807 y fué sacrificado en aras de la integridad de la patria.

—*Francisco Montes Caloca y Pérez*, Teniente general, que guerreó desde 1763 hasta 1802, asistió á los combates más memorables de aquellos años, desempeñó altos cargos políticos y militares y fué capitán general en los vireinatos de América.

—*Felipe Jado y Cagigal*, Teniente general, que formó parte de la expedición contra Panzacola, se encontró en la toma de Tolón por la escuadra española, mandó el navío *San Agustín* en el combate de Trafalgar, peleó en la guerra de la Independencia y fué después Capitán General del Ferrol.

—*Miguel Ortiz y Otáñez*, Teniente general, que formó en la expedición á Argel, combatió en el cabo de San Vicente, mandó en jefe la marina corsaria de Filipinas, peleó en 1803 y 1807 con los ingleses y fué nombrado para altos cargos administrativos.

—*Melitón Pérez del Camino*, Jefe de Escuadra, que estuvo en la toma de las islas de San Pedro y San Antioco, asistió en el *San Juan Nepomuceno* á la de Tolón, combatió en América con los ingleses hasta 1802, peleó en el *Montañés* en el combate de Trafalgar, sirvió en el ejército del Centro durante la guerra de la Independencia, guerreó después en Chile en defensa de la integridad de la patria y fué inspector general de los tercios navales del Norte de España.

—*Joaquín Ibañez de Corbera*, Jefe de Escuadra, que navegó en la escuadra del general Borja durante la guerra de España con la república francesa, riñó con los ingleses en América hasta 1802, peleó en Trafalgar en el *San Juan Nepomuceno*, estuvo en el Callao de Lima, peleó en la batalla de Chiclana y prestó finalmente grandes servicios á la nación, ocupando cargos importantes en varios distritos militares y departamentos marítimos.



La Beneficencia en la Montaña.

ASÍ por ley ineludible de la naturaleza y en cumplimiento del castigo que á la humanidad acarrea la culpa primitiva, vense las familias obligadas á dividirse, y los hijos se separan de los padres y van á luegas tierras y á apartadas regiones para ver si allí, por medio del trabajo, logran crearse una posición mejor que la que tuvieron y hallan el medio de subvenir á sus necesidades, y de ayudar á los suyos á sobrellevarlas. Porque eso sí, podrán los hijos ir muy lejos, podrán estar apartados de los suyos; por el mar profundo y extensísimo, podrán durante mucho tiempo no dar signos de vida y parecer haber olvidado la choza humilde que abandonaron, y los pobres ancianos que ansiosos esperan sus noticias, mas no sucede así. Cuanto más lejos se hallen más vive en ellos el recuerdo de los suyos; cuanto más largo sea su silencio, más íntimo y concentrado es su deseo de volver al lado de los que dejaron; cuanto más humildes y pobres salieron de su casa, mayor es su ambición de ser útiles y de ayudar á los que en su posición se hallan, y por eso si logran enriquecer, si ven satisfechas sus aspiraciones, con mano pródiga reparten beneficios, y tratan de enjugar lágrimas, y procuran mejorar las condiciones de sus viviendas y de elevar la cultura de los que les rodean.

Y esto que ocurre en las familias bien acomodadas, ocurre en la Montaña á cada paso. Pobre y estéril la madre tierra, no puede subvenir á las necesidades de sus hijos, los sudores con que la riegan no la fecundan de modo bastante para que á todos pueda sustentarlos, y de ella se separan y marchan sin rumbo fijo á buscar mejor fortuna, y en todas partes, y en las más apartadas latitudes se halla algún montañés, que lucha sin descanso, que trabaja sin sosiego, animado y sostenido por el ansia de volver á la *tierruca* que nunca olvida, y en la que desea vivísimamente que descansen sus despojos mortuorios cuando deje la vida.

Y vuelven muchos, y otros no lo logran, pero todos la recuerdan y el que vuelve hace por sí algo en beneficio de la patria común, y el que no, deja órdenes para que se haga en su nom-

bre, y en todas partes, y en todas las villas, y en las más pobres aldeas, y en el más corto caserío se ven recuerdos del indiano, ó del jándalo, pero recuerdos útiles é imperecederos.

El que al salir de su casa no sabía leer ni escribir, y tuvo que luchar con las primeras nociones, para evitar idéntico trabajo á los que le sigan, funda una escuela; el que sufrió enfermedades y se sintió solo y desamparado y comprendió el dolor amarguísimo del pobre que se ve imposibilitado de atender á sus necesidades en trance tan amargo, levanta un hospital; aquél que á fuerza de fatigas y ya en edad más que juvenil se vió precisado á aprender teneduría de libros ó economía política ó lenguas extrañas á la suya, dejó mandado que en su pueblo se enseñen tales materias; quien, que vió á las pobres campesinas sin medios materiales ó pecuniarios, dota doncellas; uno deja dinero para misas, otro quiere que se paguen ciertos tributos de su cuenta, todos en fin, ansian y ambicionan dejar grato recuerdo suyo, todos procuran mejorar las condiciones de sus pueblos, todos quieren hacer un beneficio.

Por esto es tan rica la *tierruca* en fundaciones piadosas, por esto abundan tanto en ella las escuelas y hospitales; por esto, no hay en ella punto ninguno en que no pueda mostrarse un recuerdo del desprendimiento y abnegación de sus hijos.

Santander recuerda en Carvajal al que ambiciona la educación comercial, Ramales, en el Barón de Adzaneta, el que desea la misma cosa; Laredo en Fuente Fresnedo, á quien funda escuelas, hospitales y toda clase de obras piadosas; Maliaño mira en Juan de Herrera á uno de sus principales bienhechores; y en todas partes hay algún hijo predilecto, un bienhechor insigne en caridad y amor á sus conterráneos.

Y por esto, y debido solo á los particulares, existen en el partido judicial de Santander, 21 escuelas, y una de comercio; en el de Cabuérniga otras 21; 6 en el de Castro Urdiales; 9 en el de Laredo; 15 en el de Potes; en el de Ramales 19; 17 en el de Reinosa; 29 en Santoña y otras tantas en el de San Vicente de la Barquera; 27 en el de Torrelavega, y 28 en el de Villacarriedo.

Y no solo existen escuelas de instrucción pri-

maria, sinó que las hay también más importantes. Villacarriedo debe la existencia de su renombrado colegio de segunda enseñanza, dirigido por los padres Escolapios, á la caridad de su fundador D. Antonio Gutiérrez de la Huerta. Santoña ve levantarse el suntuoso edificio del suyo á expensas del desprendimiento de su hijo el Marqués de Manzanedo. Mazcuerras tiene cátedra de latinidad en su recinto, gracias á la fundación de uno de sus hijos, y en otros tres ó cuatro pueblos tienen el mismo origen.

Pero no bastaba á los buenos hijos de la Montaña procurar cultura á sus hermanos, querían aliviarlos en sus dolores, de aquí que en la provincia, existan ó deban existir 12 hospitales, todos debidos á la piedad de los montañeses, y más de 20 fundaciones para dotar doncellas, y más de 50 obras pías de otros órdenes, pero todas y muchas más que las dichas, y que ocultan rapacidades innobles, guiadas por fines nobles y levantados.

Lástima y lástima grande es en verdad, que todas esas fundaciones, cuyos capitales representan algunos millones de pesetas, y que bien administradas darían ópimos frutos, no los den tan grandes como fuera de esperar; pero los buenos deseos de sus fundadores no siempre se ven cumplidos,

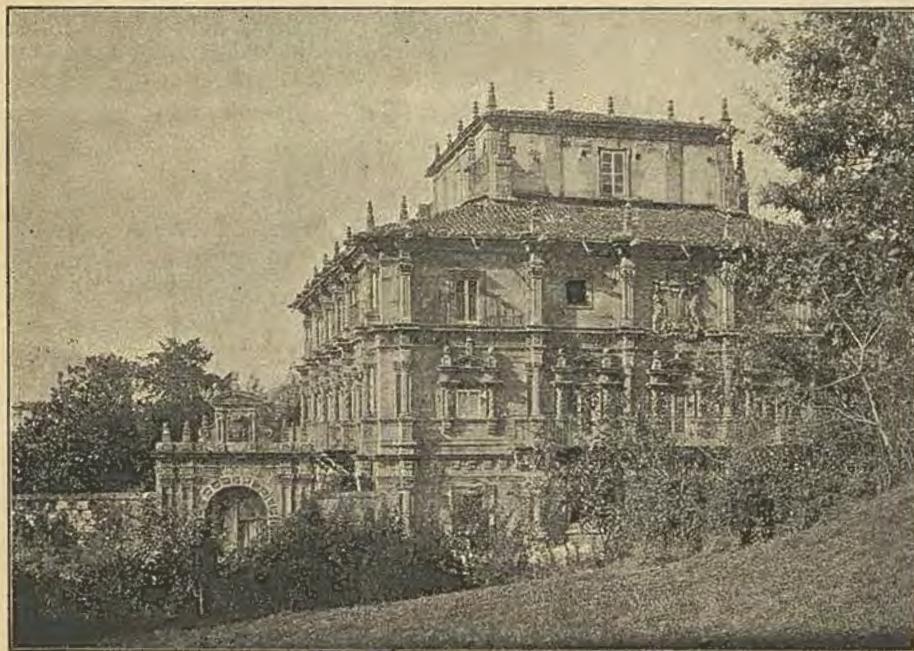
De un lado la rapacidad de los patronos, que con honrosas excepciones, administran bien para sus bolsillos, pero desastrosamente para los pobres; de otro el olvido en que muchos herederos dejan la voluntad de sus progenitores; de otro las rencillas y rencores de los opuestos bandos que en los pueblos se disputan las administraciones, señal de que con ellas se lucran, y de otro, por fin, el caciquismo, que, como cáncer, corroe todo lo que le rodea y que no deja libre ni aún siquiera el dinero de los desvalidos son dificultades é inconvenientes conque tienen que luchar los que desean ver normalizada la marcha de las obras pías.

Mucha energía, mucho de abnegación y amor á la tierra, y ningún temor al cacique del pueblo necesita quien se proponga ser fiel y honrado cumplidor de las voluntades de los muertos, pero de esperar es que los hijos sean dignos de sus padres y administren bien, aunque no sea más que para cumplir un deber de conciencia y honrar la memoria de aquellos que por su desprendimiento merecen ser honrados por sus conterráneos.

JOSÉ ZUMELZU.



Un palacio montañés.



Quizás debiera escribirse largo y tendido como explicación del grabado que adorna esta página, vista aquel del hermoso palacio que posee en Villacarriedo el señor don Fernando Fernández de Velasco, representante de una de las más ilustres familias montañesas; del espléndido asilo durante muchas temporadas de literatos y artistas eminentes.

No pudiendo consagrarse á la explicación todo el espacio debido, es preferible consignar aquí esta sencilla nota á hacer una descripción deficiente é imperfecta del palacio, cuyo mérito arquitectónico es muy grande, cuyas vistas son magníficas, cuya situación es inmejorable, en una villa importante de la provincia, cabeza de partido judicial, próxima á Selaya, asiento del afamado colegio de PP. Escolapios que ha contado entre sus discípulos á muchas ilustraciones de la patria.



UN PAR DE DOCUMENTOS.

PREFACIO.

El gorro frigio fué el gorro de dormir del siglo pasado, que buscando distracción á su vejez en la lectura de los enciclopedistas, se enfrascó en ella de tal modo, que, á fuerza de leer, consiguió pescar su última jaqueca.

Agravóse aquella indisposición con el estrépito de un famoso himno francés; y aunque el doctor Guillotín encontró un específico para curar radicalmente las cefalálgias, no hubo medio de aplicarle al siglo, el cual, convencido de que se las liaba, se caló el consabido gorro y se durmió en la eternidad, diciendo á sus testamentarios—*ahí queda eso*.

De los belenes que *eso* produjo en el mundo ¿quien no tiene noticia?

Pero de fijo son muy pocos los que saben como hubo de manifestarse en el valle en que escribo estos renglones, que es uno de los más escondidos de la Montaña; y para llenar ese lagunato histórico, voy á emberronar unas cuartillas, no sin advertir antes que nada habrá en ellas de mi invención, y que, por consiguiente, si el lector encuentra insípido lo que voy á contarle, no debe echarme á mí toda la culpa, sinó la parte de ella que pueda corresponderme por haber elegido mal y no haber narrado bien unos hechos que no he de desfigurar en lo más mínimo.

Sirven á maravilla para mi propósito un par de tipos cuya memoria se conserva vivita y coleando en las tradiciones del valle; petrificación de lo pasado el uno, y protoplasma del porvenir el otro; *documentos humanos* los dos (1) que pueden suplir, para mi objeto, la falta de archivos en este rincón del mundo.

A presentarlos al lector ha de reducirse mi tarea: él hará los comentarios; y que Dios nos perdone á él y á mí el tiempo que vamos á perder en escribir y comentar estas cosas.

(1) ¿Qué cara pondría el Comendador, si pudiera saber que le trato de *documentos*!

EL COMENDADOR.

Cuando más fuerte soplaba el huracán de la *marsellesa* al otro lado de los Pirineos, sin moverse en la *tierruca* ni la hoja de un aliso, vivía en el valle de R... un señor de humilde origen, pero de tantos humos semif feudales, que no hubiera bastado á darles salida la mayor de las imaginables chimeneas.

Del inventario de las condiciones que reunía nuestro Comendador resulta que no tuvo más que una que le recomendara—la de haber sido sobrino de su tío.

Fué éste uno de esos montañeses ilustres que han llenado de legítimo orgullo á la *tierruca* y á España; y de él heredó mi *documento* su fortuna y su encomienda.

Si encomienda y fortuna no alcanzaron á pagar los altos merecimientos del tío, sirvieron de estímulo más que suficiente á las vanidades del sobrino, quien, al poco tiempo de vivir en la Corte por su cuenta la dió de lo mejor del heredado caudal «en juego, en lid y en amores.»

En tan total carestía
hallándose de dineros,

fué y arregló la maleta y se refugió en el valle de R... y en la casa semiseñorial que aún conserva el primer oro de su escudo, á pesar de las celliscas de un siglo.

Retraído y huraño, como los jabalíes de los montes que rodean el valle, se dedicó el Comendador á la caza, tal vez para olvidar la que dieran á su bolsillo los tahures de Madrid, ó quizás por preferir al trato de los hombres el de los *documentos silvestres* que saltaban á cada paso en aquellas espesuras.

Ello es que dejó fama de cazador infatigable entre cazadores que no se fatigaban fácilmente, y de tirador certero entre tiradores que hacían prodigios con sus escopetas de chispa; aunque también la fama (que es chismosa, como hembra) dice que en muchas ocasiones abandonaba el Comendador la *demanda* del jabalí, ó la del corzo

para seguir la de alguna buena moza que se extraviaba entre los carrascos del monte.

Si pudieran hablar algunos robles centenarios que yo conozco, nos sacarían de dudas respecto á los amores selváticos de aquel caballero; pero sin que los robles digan una palabra, podemos creer piadosamente, que no amó él como los pastores de Garcilaso, y sí como los obreros de las minas de Zola.

Mas no fué en esta escabrosa materia de amores en la que se manifestó el más gordo pecado del Comendador.

Ese pecado gordo, que fué su *flaco* principal, consistió, como ya indiqué antes, en una vanidad como se han visto pocas, á pesar de ser tantas las del mundo.

Aquella torre, aquel escudo de armas, con un cuartel que parece un gallinero lleno de cornejas, y la humildad de la plebe que le saludaba desde lejos llamándole «señor Comendador,» hicieron un *montgolfier* de su cabeza; y tanto se elevó á sus propios ojos, que no hubo disparate, de los que la vanidad sugiere, en el que no incurriera, á la menor tentación, nuestro personaje.

Disparate sería también tratar de enumerarlos aquí todos, y para no cometerle, me contentaré con citar media docena de ellos.

I—Gozaba el Comendador el privilegio exclusivo de ocupar un asiento de piedra, al lado del Evangelio, en las gradas del altar mayor de la iglesia parroquial, privilegio heredado de su ilustre tío, á quien se otorgó por haber abierto liberalmente su bolsillo para embellecer y dar mayor capacidad al templo en que había sido bautizado.

Un pobre viejo, que poseía una calva como una plaza de toros, y, debajo de la calva, una tenacidad y una resignación tales como no han vuelto á existir desde aquella fecha bajo calva alguna, asistía puntualmente á misa todos los días de fiesta, y encontrando desocupado el asiento del Comendador, que siempre llegaba tarde, le ocupaba él, y se entregaba á sus rezos sin acordarse de que hubiera bastones en el mundo.

Llegaba el Comendador, atravesaba la iglesia por entre las mujeres arrodilladas, pisando fuerte y haciendo siete en sayas y refajos; y sin previa intimación, descargaba un batutazo con su caña de Indias sobre la calva del viejo, con tan poco miramiento, como si aquella calva hubiera sido el más insensible de los facistolos.

Levantábase el viejo, llevando su trémula mano á la parte dolorida, y dejaba su puesto al Comendador, no sin hacerle antes una reverencia, como diciendo:—«perdone su merced.»

Y esta escena, que hoy llenaría de indignación á cuantos la presenciaran, se repetía todos los domingos y fiestas de guardar, sin indignar á nadie, en aquellos venturosos tiempos.

II—Tenía el Comendador un famoso perro de presa, y poseía otro de la misma raza un Labrador del pueblo. Repetidas veces propuso mi *documento* al Labrador una riña entre aquellos dos animales; proposición que, no sin disgusto, hubo

de aceptar el otro por no incurrir en el desagrado de aquel déspota, cuya insistencia en que riñeran los perros era mayor cada día.

Riñeron al fin, y como observara el Comendador que empezaba á cejar el suyo, empezó él á hostilizar con su bastón al contrario.

—Señor Comendador—dijo tímidamente el labriego;—si á usted le parece, separaríamos los perros, ya que no quiere usted que luchen solos.

Oír esto el Comendador, montar en cólera, enarbolar su caña y emprenderla á bastonazos con el infeliz que se permitía hacerle observaciones, todo fué uno.

Huyó el Labrador, seguido de cerca por aquel energúmeno, y ya llegaban cerca de la casa del primero el apaleador y apaleado, cuando se encontraron con dos hijos de éste, que eran dos mozos como dos cagigas, los cuales, en lugar de tomar la defensa de su padre, corrieron con él, recibiendo sus correspondientes garrotazos, hasta que se metieron en la casa y cerraron tras ellos la puerta, en la que todavía siguió descargando palos un buen rato el terrible Comendador.

III—Solía éste pasear algunas veces con el cura del pueblo; pero no porque el trato del cura le fuese menos desagradable que el de los demás hombres, sino porque se complacía en poner á prueba la paciencia y la humildad de aquel santo varón, dejando caer á cada paso el pañuelo para darse el gusto de ver al buen sacerdote recogerlo del suelo y entregárselo haciendo un profundo saludo con su sombrero en la mano.

IV.... Pero ¿á qué seguir haciendo números romanos y contando *genialidades* del Comendador, si las expuestas bastan, y aún sobran, para que el lector reniegue de ellas, y hasta de mí, que he tenido el mal gusto de sacarlas á la vergüenza pública?

Doy, pues, por presentado mi primer *documento*, y paso á exhibir el segundo.

GASPARÓN.

Así le llamaban, aunque solo se lee *Gaspar* en su partida de bautismo, y á pesar de haber sido pequeño de cuerpo, si bien debía de retozar en él un espíritu más grande que el del Comendador, su contemporáneo.

¿Por qué rendija del muro pirenaico se colaría el diablillo revolucionario que insufló en la cabeza de Gasparón la manía igualitaria? Nadie lo sabe.

No tenía libros, ni recibía periódicos, ni pudieron llegar hasta él más que vagos rumores de haberse armado en Francia la gran *marimorena*. Era un pobre Labrador, sin instrucción alguna, y no había visto más horizontes que los que se descubren desde las montañas que hacen al valle de R... eterna centinela.

Si hubiera sido hombre de letras, y hubiera conocido lo que se había escrito sobre su tema de la igualdad algunos siglos antes, quizás habría alcanzado más justa celebridad que el famoso

Saint-Simón, que no fué más que un plagiaro, mientras que él, Gasparón, sin más libro que la pequeña sociedad encerrada en su valle, leyó todos los horrores de la desigualdad, y protestó contra ella en la única forma en que le era dable protestar: declarándose en huelga por toda su vida, y pregonando en chistosos aforismos, que corrían de boca en boca, la farsa de las gerarquías sociales y la ridiculez de los que las tomaban en serio.

Por lo demás, era Gasparón un creyente á ma-ja martillo en materias religiosas; y cuando el señor cura le amonestaba paternalmente, lamentando su pertinaz holgazanería, le escuchaba con humildad, y hasta con propósitos de enmienda, aunque en cierta ocasión, recordando á medias un texto evangélico, se permitió contestarle:

—¿No ve usted, señor cura, á los pájaros del cielo, que ni siembran ni siegan ni guardan sus cosechas, y, sin embargo, nuestro Padre celestial cuida de ellos?

Se sonrió el cura, y dijo para su sotana:

—¡Qué lástima que no tenga este Gaspar algo de lo que tiene el Comendador, y que el Comendador no tenga un poco de lo que tiene este Gaspar!

Si Gaspar lo hubiera oído, no hubiera dejado de arrimar el ascua á su sardina, fortificando sus teorías igualitarias con el parecer del señor cura.

Innecesario es decir que Gaspar no podía tragar al Comendador, y que el Comendador hubiera deseado, más de cuatro veces, poder tragarse á Gaspar.

¡Le miraba éste con una sonrisa tan burlesca!

Y vean ustedes lo que son las cosas. El Comendador, que tan fiero se mostraba con otros hombres de la humilde posición de Gaspar, se sentía desarmado por la sonrisita de éste; y en una de sus raras expansiones hizo esta confesión al cura:

—Ese Gasparón es un Voltaire que me ha salido en la punta de la nariz.

Sólo una vez se hablaron Gaspar y el Comendador. Iba éste á cazar, y volvía el otro del monte, adonde había ido á llevar sus cabras.

—¡Qué hay Gasparón?—dijo el Comendador al cruzarse con él, acentuando mucho la última sílaba.

—Mucho, y mal repartido, señor Comendador,—contestó Gaspar con su eterna sonrisa, y acentuando también el *dor* final con mucha sorna.

No hay memoria de que volvieran á decirse un monosílabo.

Sin embargo, siempre tuvo el Comendador *vivo en el cuerpo* á Gaspar, y siempre tuvo Gaspar un chiste en los labios para poner en solfa al Comendador.

Aunque declarado en huelga, no predicó Gasparón este medio de resistir á los abusos del capital, porque, según él decía, no todos los pobres contaban con un estómago *de tan buena conformidad* como el suyo; pero ya tenía el presentimiento de las huelgas colectivas; y cuando, después de haber comido á su gusto, se acostaba para no volver á comer ni levantarse en siete días, decía sentenciosamente:

—Si todos los pobres pudieran hacer esto, los ricos tendrían que venir á suplicar que nos levantáramos, y entonces no serían ellos los que nos pusieran condiciones.

Así era Gasparón.

Si levantara la cabeza, y viera que le he dedicado menos cuartillas que al otro *documento*, diría:

—Todavía no somos iguales.

Y se volvería á dormir en el seno de la muerte, después de haber dicho una verdad como un templo.

A. PIEDRA.



JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

El que, con la espada en la una mano y la pluma en la otra, no menos atemoriza con lo feroz á los enemigos, que con la elegancia á los que quisieren imitarle....

SAAVEDRA Y FAJARDO.—(República literaria.)



ALTA la frente, cargada de nubes... de verano; los ojos no grandes y algo velados, como para no inspirar recelo cuando miran y poder impúneamente llegar, como llegan, á donde les da la gana; la nariz afilada y alzada de ala, nariz de agudo; bigote poblado, con guías altas como Quevedo, y larga perilla, ancha y bifida á su fin, entrecanos como el cabello abundante, corto el de atrás y el de adelante con pluma, esto es, llevado allá por el peine constante de los dedos.

El gesto contraído, entre lo que le apuran los nervios y el cuidado de sostener en posición los lentes que el parpadeo incesante amenaza desmontar. Talla mediana, movimientos sueltos y naturales, la agudeza y la inquietud informándolo todo.

Viste cómodo y de oscuro, comunmente de americana, holgado y limpio, sombrero de ala ancha, al cual él, con abarquillársela maquinalmente y derribarle á un lado, le dá un aspecto de chambergo que dice admirablemente á su clásica fisonomía. En días de frío se le ve acoquinado y cobarde, envuelto el cuerpo en ancho gabán, las manos en guantes de lana, y de la lluvia, cuando cae, le preserva un impermeable, forma *milord*, que ya no llevamos los chicos, como diría el barbero de los *Tipos trashumantes*.

Fuma puro por la mañana y cigarrillos por la tarde, que casi nadie lo hace, y el puro le monta en una boquilla de madera de cerezo, de las que vendían en casa de Wünsch.

Viene todos los días paseando hasta la Alameda después de una breve detención en la librería de Luciano, y muchas tardes, ya al fin de ellas, anda por el *tablero* ó sea por el muelle de madera. Los domingos empieza mucho antes su pa-



sa-calles de la mañana, y con el acompañamiento de sus íntimos, especie algunos de ellos de Peredas *orales*, con los que pasea en ala, hasta que al cabo dan todos en la esquina de Lorenzo y paran un rato adheridos al dorado pasamanos que protege los escaparates.

No va al café ni al casino.

Tiene una casa en Polanco, otra aquí y otra en el Parnaso.

Recibe en un cuarto *alhajado de lo bueno*, con su mesaministro de rica madera y su mesa-secretario de lo mismo, sus buenos cuadros en los muros, inspirados casi todos en escenas de sus libros, un retrato suyo, que es aquél á quien dice Galdós que hay que darle el tratamiento de

usarcé, varias *seurucas* artísticas aquí y allá, y buena porción de volúmenes guardados en elegante estantería. Cámara, en fin, de príncipe aficionado á hacer versos.

Es el sujeto cristiano de los mejores, quiere atrocemente á su mujer y á sus hijos, y le tengo yo por uno de los hombres más formales de la tierra.

El corazón tiene sano como una manzana, el entendimiento más fino que una aguja, la explicación clara y sincera, franca y pintoresca, picando con frecuencia en cáustica, á veces sin cautela, jamás sin fundamento.

Padece una *neurosis*—allá vá eso—cuya *patogenia* hay que buscar en la hiper-agudeza de su ingenio que le come vivo y no le deja más momento de reposo que el del trabajo. Siente unas falsas sensaciones que es cosa de morir de risa: á veces le canta un pájaro dentro del pecho, y otras se le queda hueca una pierna, ó las dos.

Como hombre completo que es, tiene su alma en su *almario* y sitio para querer y cosa con que aborrecer, aborrecimiento pasivo, incapaz de daño, limitado solo á no elogiar por debilidad ó

conveniencia lo que no le es simpático. Más que á hombres aborrece sistemas y comuniones, y el aislamiento en que vive le roba acaso algo de esa ductilidad que, sin perjudicar á la firmeza, debe tener el buen acero.

Escribe de lo mejor, como Cervantes ó poco menos, y sin que nadie le lleve la mano ni vaya á escuela ninguna, salvo aquélla de los viejos maestros donde es obligación principal aprender á decir bien las cosas.

Su estilo tiene el vigor de estas montañas y la gracia y amenidad de estos valles, y huele, como ellos huelen al amanecer, á gloria pura.

Unos lectores dicen si son mejores sus libros montañeses; otros si los cortesanos. Yo pienso que todos son magníficos y que su autor escribiría lo mismo de los chinos: lo que no supiera lo adivinaría, porque el ingenio tiene también esto, y no se crea que es una simple máquina fotográfica. Lo que hay—esto es, lo que á mí me parece que hay—es que cuando estamos en la patria y hablamos con los nuestros, ponemos siempre en

la palabra algo más del alma, de lo exclusivamente nuestro, y más cuanto más aficionados seamos á la casa y á la tierra. Fuera de ellas andamos siempre con cierta tiesura y con algo de ese recelo que inspira lo poco conocido. Acaso pulimos más la frase, pero de seguro tomamos con menos calor los asuntos. Luego, allí oímos horrores de las gentes, que como pueden ser verdad, pueden no serlo del todo, y en último caso, siempre son más dulces de decir y oír alabanzas que censuras.

Un autor va acaso más allá cuanto más acá se queda; y cuanto más dé de su alma en el libro, tanto más le darán de la suya los lectores; sobre todo, cuando aquella alma es tan noble como la que anima al original de este retrato.

Y esta es la única novedad con que he acertado á justificar la publicación de estas líneas: el hacer, hablando de Pereda, un artículo corto.

ENRIQUE MENÉNDEZ.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

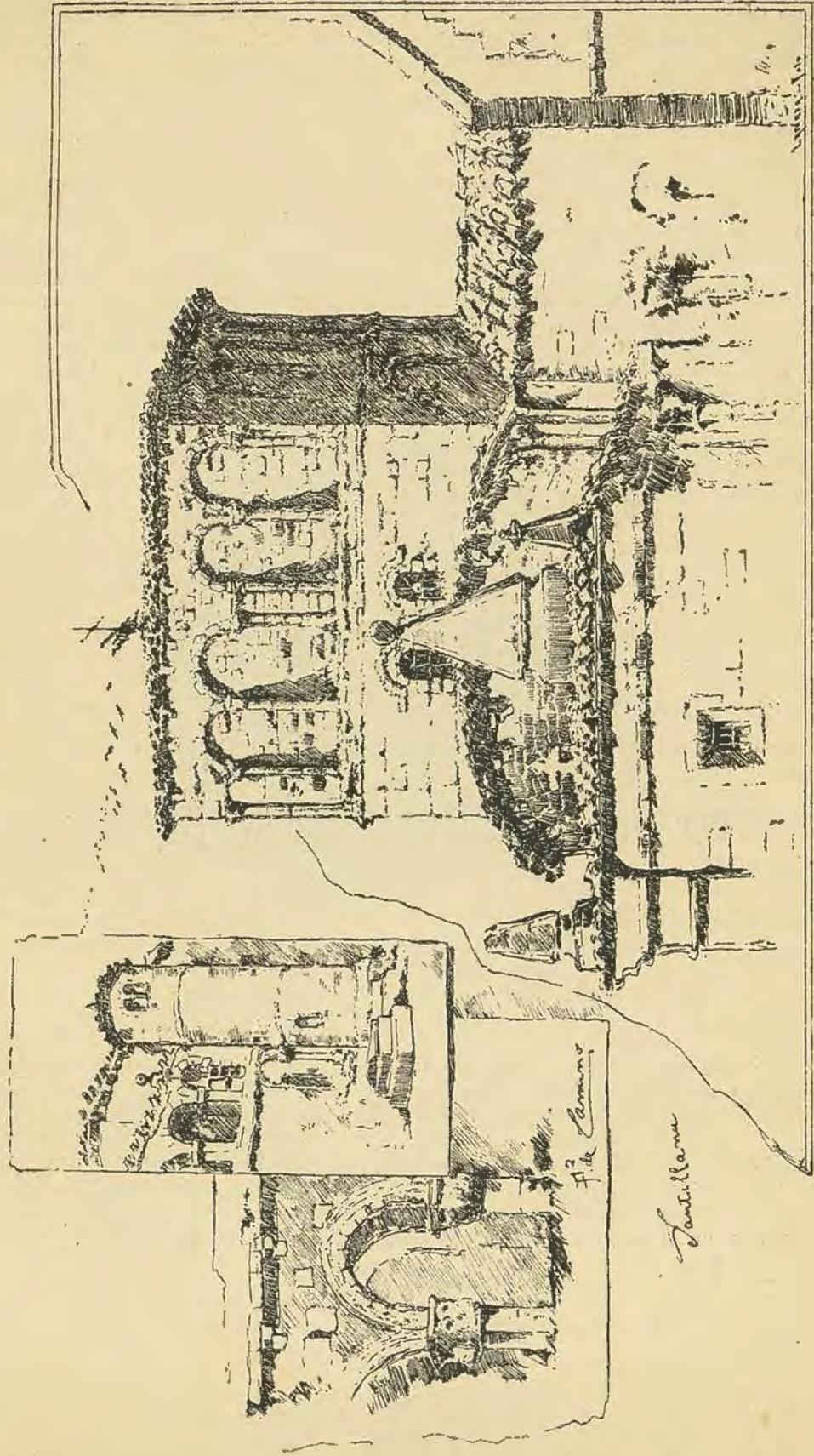
Las Villas de la Costa.

Muerto Favila, hijo y sucesor de Pelayo, fué elegido rey de Asturias Alfonso I el Católico, hijo del duque de Cantabria, y el cual se lanzó á las conquistas, penetrando en Galicia, en el Norte de Portugal, en León, en Astorga, en Salamanca, en Logroño, de donde se traía á sus montañas los pobladores, imposibilitado de conservar bajo su poder el terreno de sus glorias.

Con esos cristianos que transportaba á Asturias y Cantabria de las ciudades conquistadas, poblaba en el Norte nuevos lugares, y de este modo debieron fundarse las *Cuatro Villas de la Costa*, Castro, Laredo, Santander y San Vicente de la Barquera, sin que sea esto decir que antes estaban deshabitados estos sitios, pues se asegura que antes de la conquista romana fueron elegidos por los indígenas como lugares de refugio en casos de excursiones enemigas.



Bellas Artes.



APUNTES DE SANTILLANA.—Página fotografiada del album «La Montaña».

Dibujo á la pluma de Fernando Pérez del Camino.



GILETE.

LEYENDA MONTAÑESA.

I.

EN tiempos que ya pasaron,
pero á los de hoy parecidos,
fuera el Valle de Guriezo
de un triste drama testigo.

Vivía en aquel entonces,
del poblado en el recinto,
don Gil Sánchez Marroquín,
de una doña Ana marido.

Era esta mujer gallarda,
de sensuales atractivos,
y aunque no moza, á las mozas
superaba en tercio y quinto.

Vestía como quien viste
para lucir sus hechizos,
con el talle al descubierta
y la garganta lo mismo.

Muchos hombres codiciaban
de Gil Sánchez el dominio,
y entre ellos un mozalvete
de airado genio y arisco.

Gilete le nominaban
de aquel lugar los vecinos,
sin más que este nombre á secas,
de algún Gil diminutivo,
que si pudo darle vida
no pudo darle apellido.

En la familia de Sánchez
era el mozo muy bien quisto,
y á su mesa se sentaba
sobre todo los domingos;
y Gil le daba monedas
y le compraba vestidos.

Ana ignoraba, ó sabía,
de estos gajes el motivo,
á que estaba acostumbrada
desde que el mozo era chico,
y nunca puso reparos
á estos gastos repetidos,
tal vez porque así encontrara
disculpa á algún extravío.

Gilete á los dos tenía
respeto y al par cariño;
pero en el fondo de su alma
guardaba un deseo ilícito.

Era también comensal,
en aquella casa, asiduo,
don Fernando de Layseca,
alcalde del Valle dicho,
pariente de don Gil Sánchez
por el tronco consanguíneo.

La amistad era tan grande
que ligaba á los dos primos,
que ausente Gil se quedaba
Layseca en el domicilio.

No sé qué advirtió Gilete
en el trato aquel tan íntimo,
que el ver á Layseca le era
como ver al enemigo.

Y afirmó su antipatía
escuchar en los corrillos
del pueblo, sobre aquel trato,
propósitos muy ambigüos.

Daba este runrún creciente
apoyo á su mal prejuicio,
y al odio que en él nacía
serviera al par de incentivo.

Siempre que á Layseca hallaba,
lo que era muy de continuo,
su arisco genio más hosco
se mostraba y retraído.

En vano doña Ana al verle
tan cejijunto y mohino,
de aquel rencor concentrado
presintiendo un estallido,
del que su conciencia inquieta
parecía darla aviso,
le colmaba de agasajos
con manjares y con vinos.

Bebía el mozo sin tasa
para calmar su martirio,
y era echar nueva materia
al fuego de sus sentidos;
porque con mayor empuje
sentía hervir su apetito
y arder su celoso pecho
al rencor del odio inicuo.

Layseca le despreciaba,
considerándole un niño,
sin creer que su pecho fuese
de tan loca pasión nido.

Gil Sánchez, ó ciego ó mudo,
permanecía tranquilo;
ni del mozo se cuidaba,
ni se cuidaba del primo.

Tal era de aquellas gentes
el estado del espíritu
al comenzar el relato
que está en la crónica escrito.

II.

Pasaron algunos meses,
y un día de sobremesa,
en que á comer no tuvieron
persona alguna de fuera,
se entabló entre los esposos
esta plática secreta.

—Sabes, Ana, que en tí noto
ya inquietud ó ya tristeza;
y si tu mal ahora empieza
preciso es ponerle coto.

¿Qué tienes que te acongoja
y así te trae intranquila?

Si es grave la causa, dila.

—Nada tengo, dijo, roja
por la sorpresa y mohina
Ana á su esposo, y me extraña
el mucho interés que entraña
tu pregunta.

—Es que adivina
mi afán ajenos disgustos;
que, aunque no son graves duelos,
también tengo yo recelos
que me acibaran los gustos.

—Qué te pasa?

—Te concedo
que son sospechas recientes;
pero creo que las gentes
me señalan con el dedo.

Así, al menos, lo malicio
cuando, en mis diarios paseos,
noto ciertos cuchicheos
que han de ser en mi perjuicio.

—Es aprensión bien extraña.

¿Quién habrá que en mal te aluda?

—El gusano de la duda
me está royendo la entraña.

Y, en su mismo lazo envuelto,
Gilete, añadió, es buen mozo,
apenas le apunta el bozo
y es ya fornido y esbelto.

Mas Ana dijo de pronto,
y á Gil le puso en un brete;
¿qué tiene que ver Gilete
con nuestra plática, tonto?

Si esa tu extraña manía
puede tener fundamento,
será por el viejo cuento
aquél de la bastardía.

No tu conducta reprocho;
pero ya que de él hablamos,
veinte años ha nos casamos,
y el chico tiene diez y ocho.

Y temiendo continuar
le dijo Gil á su esposa
mira, hablemos de otra cosa
y pelillos á la mar.

III.

Si el diálogo no hizo mella
en la paz del matrimonio,
peores auspicios mostraba
de Gilete un soliloquio.

Tendido, la misma tarde,
bajo la sombra de un soto,
teatro de sus campañas
contra la liebre y el zorro,
con los puños apretados
y el gesto cual nunca torvo,
es necesario, decía,
concluir con uno y otro;
ahogar mi amor por infame,
matar al hombre y es poco,
porque el trance de la muerte
lleva tras de sí el reposo.

Vivir como vivo ahora
es para volverse loco:
amo, y el deber me veda
un amor que es licencioso;
debo respetar sin mancha
del que es mi amparo el decoro,
y tengo ya la evidencia
de que es aparente solo.

Su sangre en mis venas corre,
que así me lo han dicho todos;
y es doble razón que alienta
mi venganza contra el dolo.

Esta noche, ausente Gil
por uno de sus negocios,
irá Layseca á la casa,
cual siempre libre de estorbos;

y, cuando al salir la aurora,
salga él encubierto el rostro,
ha de topar con el hierro
que le prepara mi encono;
que si tal conducta el pueblo
condena en murmullos sordos,
el castigo de la culpa
no ha de ver con malos ojos.

Decidido así el mancebo,
su saña mayor que su odio,
del pueblo tomó el camino
la ballesta sobre el hombro.

IV.

Muy lluviosa está la noche,
la calle sin luz alguna
y sin persona importuna
que madrugue ó que trasnoche.

Solo cerca del umbral
de la casa de don Gil,
de muy confuso perfil,
se nota una sombra mal.

Inmóvil como una piedra,
ni el esperar la fatiga,
ni á guarecerse la obliga,
ni aquella lluvia la arredra.

Pasaron hora tras hora,
y hasta tres tuvo de espera;
pero al finar la postrera
empezó á rielar la aurora.

Por dentro en el mismo instante
se abrió una puerta sin ruido;
se adelantó el escondido
y se halló un hombre delante.

Y sin más preparación
que alzar el brazo que asesta,
con un tragaz de ballesta
le hizo dos el corazón,

Cayó Layseca en el suelo
lanzando un debil quejido,
y el otro, al mirar cumplido
ya su sanguinario anhelo,

Se embozó con mucha calma
y siguió calle adelante,
sin cuidarse un solo instante
ni del muerto, ni de su alma.

Cuando ya la luz del día
permitió ver los objetos
se acercaron dos sujetos
donde el cadáver yacía.

Y al reconocer que el muerto
era el alcalde Layseca,
con una expresiva mueca
significaron lo cierto.

Corrió la voz enseguida
y se alborotó la gente,
y vino el juez diligente
en busca del homicida.

Pero el vecindario mudo
ni dió indicios, ni señales,
y á falta de datos tales
emprendió un trabajo rudo.

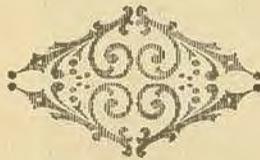
Y la justicia en total
dió un paso tras otro incierto,
y los parientes del muerto
callaron como otro tal.

Que fué para el pueblo aquel
piedra de escándalo el caso,
y nadie osó, ni de paso,
levantar la voz por él.

Y por doquier se escuchaba,
prueba del común sentido,
este adagio conocido:

«Quien mal anda, mal acaba».

ADOLFO DE LA FUENTE.



HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

LA HERMIDA.

En su camino desde Espinama, en Liébana—donde nace,—el río Deva, antes de salir al mar en Tinamayor, atraviesa un lóbrego y fantástico valle, el cual cierran gigantescas rocas cuyo rojizo lecho de barro es motivo al nombre de Peñarrubia con que dicho valle es designado. Le dan límites el de Peñamellera al Norte—ya en territorio de Asturias,—y en la Montaña el de Liébana, al Sur y Oeste, y el de Lamasón, al Este.

Desde la parte más alta de Peñarrubia, alcanzanse ya á ver las estribaciones de los famosos picos de Europa, amor de cazadores y *turistas*, y cae la vista sobre la fértil tierra de los lebaniegos.

En una hondonada, al Oeste del valle, escón-

dese el lugar de la Hermida, del cual, á no llegarse á su mismo recinto, solo distingue el viajero su ermita de San Pelayo, de tosca arquitectura, y á un kilómetro del pueblo y sobre la orilla izquierda del Deva, se hallan las Termas de su mismo nombre, por las cuales éste es famoso.

La Naturaleza fué tan pródiga en dotar de aguas termales á la Hermida, que, como muy bien dice su director señor Buylla, no parece sino que un nuevo río mineral inundó subterráneamente esta zona.

Los pozos principales son cuatro, dos de ellos conocidos de antiguo y situados uno en la orilla izquierda y otro en la derecha del Deva. Los otros dos aparecieron casualmente al hacer los desmontes que exigía la instalación del moderno balneario.

La composición química es la misma en el agua procedente de todos los manantiales, pero no así su temperatura, pues mientras que los dos manantiales modernos y el antiguo de la izquierda del río ofrecen la de 61° centígrados, el antiguo de la derecha solo hace subir la columna termométrica á 50°.

Las Termas de la Hermida no han tenido establecimiento digno de su importancia hasta el año 1880. Hasta el año 41, las fuentes eran arrendadas en pública subasta y se invertía el producto del arriendo en satisfacer las necesidades del valle, y—según relación del señor Seco y Fontecha, antiguo médico de estas aguas—la fuente estaba al descubierto (la de la derecha, que era entonces la única usada) y sin defensa contra las crecidas del río. A su lado existía una cueva, en la cual se bañaban los enfermos, y esto había por toda casa de baños. En 1841, á propuesta de dicho señor Seco, se construyó una muralla que impidiese la entrada del río en la fuente, y en el año siguiente edificóse, al fin, una casa dividida en dos pisos, el bajo destinado á los baños, y el alto á hospedería; pero, pequeña y defectuosa, no ofrecía comodidad para bañarse ni hospedarse, y la mayor parte de los enfermos continuaban hospedándose en el pueblo y bañándose en la *cueva*.



Así continuó el balneario de la Hermida hasta 1880, en cuyo año fué construída la magnífica galería de baños que hoy existe, reforma completada en 1881 con la edificación de la fonda.

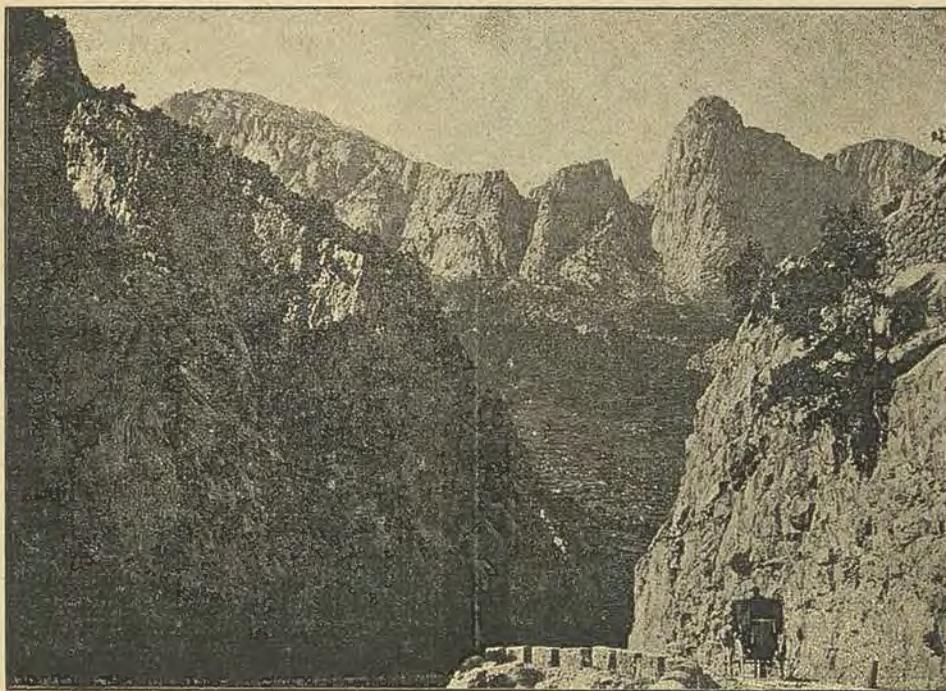
Se halla esta fonda situada en una explanada cerca de la orilla izquierda del río, que la separa de la carretera de Palencia, á la cual se pasa desde el establecimiento por un sólido puente de madera. Paisajes por el estilo de los aquí foto-

grabados se suceden hasta salir de la estrecha garganta siguiendo la citada carretera.

Uno de sus mayores ensanches guarda en los repliegues la antigua iglesia de Lebeña y un pueblecito del mismo nombre.

Si no puede calificarse de fastuoso el hospedaje que ahora ofrecen las Termas, nada en él ha de echar de menos el bañista.

Consta de hospedería de tres pisos, tiene espa-



cioso y claro comedor, alegre salón de recreo y anchas y ventiladas habitaciones, en algunas de las cuales hay baño con cañería propia desde el manantial.

Separada de la fonda por una especie de puente de cristales, vése la galería, provista de catorce gabinetes de baño. Las bañaderas son de mármol blanco y sobre cada una se encuentran dos grifos, por medio de los cuales se gradúa la temperatura del agua, y en alguna de ellas, uno más, con su correspondiente manga, á la cual se adaptan distintas boquillas de ducha.

En un extremo de la galería está la sala de hidroterapia, dotada de todos los aparatos necesarios, y enfrente de ella la de pulverizaciones, de no peores condiciones.

A la parte izquierda de la galería, ya fuera de ella, se hallan otros seis cuartos de baño, menos lujosos que los otros, y son los llamados de segunda clase.

Por último, un tercer edificio se levanta frente

á la puerta principal de la galería, destinado al uso del agua en bebida y á cuarto de estufa.

Respecto de las condiciones de estas aguas apuntaremos que ofrecen—como hemos dicho—una temperatura de 50 y de 61° centígrados, según el manantial de donde procedan, circunstancia que solo las hace inferiores, en termalidad, á las de Caldas de Mombuy entre todas las de España. De diferentes análisis periciales practicados ya con el agua, ya con los residuos obtenidos por evaporación de ella, resulta que contienen gran cantidad de cloruro sódico, de diferentes sulfatos y de sales de cal. En alguno de dichos análisis se han encontrado también indicios de iodo.

Estas aguas están clasificadas oficialmente entre las clorurado—sódicas—termales, y ya hoy gozan de gran fama.

En la extensa y luminosa *Memoria* sobre estas aguas, escrita por su director técnico Sr. Buylle y Alegre, se trata en muy razonados párrafos del gran valor terapéutico de este remedio, El ilustra-

do profesor sintetiza sus observaciones afirmando que se pueden satisfacer con la aplicación de estas

aguas cuatro medicinas bien definidas: la alterante, la excitante, la revulsiva y la sedante.

Recomienda su uso en todas las manifestaciones del escrofulismo, especialmente en las articulares; en las diversas formas y modos del reumatismo simple—muscular, articular, visceral—y en la gota en sus diversas variedades; en las parálisis y contracturas, ya sean reumáticas, neuropáticas ó dependientes de lesiones centrales; en los traumatismos y en las luxaciones antiguas; en varias formas de dispepsia; en algunas de la diátesis sifilítica, etc. etc.

La maravillosa situación de la Hermida ofrece al bañista ocasión de amenísimos paseos y de instructivas excursiones. A una hora de las Termas dará con el pueblo de Panes, asentado en pintoresca vega. Muy cerca también se halla Potes, la antigua capital de Liébana, interesante por mil conceptos, coronado por el histórico monasterio de Santo Toribio. Y, por último, en el mismo pueblo de la Hermida comienza la carretera que lleva á los Picos de Europa, hecha por la Compañía de minas *La Providencia* para la mejor explotación de sus productos.

Mas de los Picos de Europa y su soberbia poesía no hay lugar suficiente para hablar debidamente en estos rápidos apuntes.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

El Monasterio de Santillana.

Según cuenta Assas, por los años de 787 parece haberse fundado el monasterio, después colegiata de Santillana, hoy monumento nacional, cuya descripción puede verse en otro lugar de este libro.

Aunque en una lápida negra, colocada al lado derecho de la puerta, en la parte exterior, se dice haberse erigido la iglesia en la Era de CCCXXV, debe leerse, como opina nuestro ilustre cronista, Era DCCCXXV, fecha que tal vez se vería en alguna inscripción antigua y que en la hoy existente se copiaría convirtiendo el primer guarismo D en la partícula de.

Confirma esta opinión el convencimiento de la imposibilidad de que ahí se edificase iglesia en el siglo III en tiempos de persecuciones y la circunstancia de existir escrituras de donación á los abades y monasterio de Santa Juliana (Santa Illana) desde los años de 870.

Gil González Dávila en su *descripción del arzobispado de Burgos* expresa haber fundado esta abadía las infantas doña Fronilde y doña Biceta.



JOSÉ MARÍA DE COS.

RÓCAME á mí, por favores de la suerte, hablar en este sitio del Arzobispo de Santiago de Cuba, uno de mis conterráneos más ilustres, á quien conocí Magistral de la Catedral de Oviedo, á quien quiero y admiro desde entonces; elegido para este lugar en representación de la brillante pléyade de Prelados montañeses, honra de la tierra y honra del Episcopado Español—Excmos. é Ilmos. señores don Luis Felipe Ortiz, Obispo de Coria; don José Tomás de Mazarrasa, Obispo de Filipópolis; don Manuel Gómez Salazar, Obispo de León; don José Gómez Salazar, Arzobispo de Burgos; don F. Lagüera Menezo, Obispo de Osma; don Gaspar Zunuzegui, Ministro del Tribunal de la Rota—cuyos retratos debían también figurar en este libro, como montañeses ilustres que ellos son y de los que más dignifican á la patria.

Si en estas páginas cupieran biografías, pudiera escribir larga y detallada la de Cos, puesto que conozco muchas noticias de su vida, desde el día aquel que vino de un rincón de Cabuérniga al Seminario de Corbán hasta aquél otro en que se embarcó para Cuba, honrado con la más alta dignidad eclesiástica; pero como se desea que estos escritos sean *semblanzas, retratos*, suprimo la historia de su vida laboriosa, de sus grandes trabajos, de sus triunfos resonantes, de sus empresas literarias, por todos los cuales ha subido justamente de pobre aldeano montañés á esclarecido príncipe de la Iglesia, y digo solo á los que lean estos renglones y no conozcan á Cos, que él es *todo* lo que un fisionomista puede descifrar en el grabado adjunto, el cual pudiera pasar por el retrato de uno de aquellos Prelados apuestos y elegantes, sabios y elocuentes, de los tiempos de la Regencia.

Hombre de mundo, en el buen sentido de la frase; sacerdote virtuosísimo, hasta el mayor alcance de este superlativo; escritor docto, de los que lo son de verdad; historiador y epigrafista notabilísimo, laureado por Reales Academias, estos títulos le bastaran para ocupar un puesto principal entre los Obispos españoles, para hacerle digno de ser Arzobispo de Toledo, lo que sería como ninguno, por sus grandes dotes de habilidad, de moderación y de genio político, sin necesidad de

recurrir á su gran virtud y mérito extraordinario, los de orador sagrado incomparable, de la altura de Sanz y Forés, Sánchez de Castro ó Vinueza; orador como pocos, educado al gusto griego, de inspiración santa y de estilo clásico, limpio de frase y abundante de palabra, correctísimo, modelo de buen decir, artista de piés á cabeza, maestro de una oratoria especial, algo académica y algo batalladora, á la que suele servir de tópico habilísimo y, mejor dicho, de recurso invencible un *utilitarismo* extraño que ayuda á la persuasión y al convencimiento.



Hijo intelectual de su siglo, de cuyas flaquezas ha sabido librar el corazón; de espíritu expansivo, abierto á todo, limpio de exageraciones y fanatismos; propagandista ardiente y batallador incansable—sin salirse de la más cerrada ortodoxia,

sin hacer la más leve concesión á las ideas modernas, ha estudiado cuantos libros han inspirado éstas, ha analizado todas las filosofías alemanas, ha investigado, como pocos, el problema social contemporáneo, ha comparado en sus principios todos los sistemas políticos y ha conseguido disciplinarse, él, devoto entusiasta de los místicos españoles, lector apasionado y algo más de Nieremberg y Rivadeneira, en la disciplina científica de Balmes, cuya admirable lógica imita en todos sus trabajos como su portentosa dialéctica y su exposición clarísima.

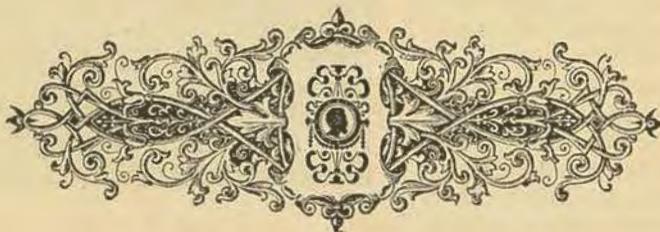
Amante del arte y de las glorias españolas, enamorado de nuestra Historia eclesiástica, en estos últimos años, cuando empezó á sentir en la garganta los estragos de las rudas batallas del púlpito, se ha dedicado preferentemente á ellos, á revisar crónicas y á revolver archivos, á descifrar inscripciones y á ordenar papeles, con tal ahinco y con tan grande fortuna, que si se publicaran, coleccionados, los apuntes que va reuniendo, relativos con especialidad á las iglesias de Asturias y León y á la vida eclesiástica en aquellos antiguos reinos, la publicación sería casi monumental, una de las mayores obras de nuestra Historia, sin duda alguna de las de mejor y más sana crítica.

De instinto diplomático y de caridad inagotable; conciliador como ninguno; amante de la paz; amigo de las buenas formas; decidido en los combates del mundo; parecido en las intenciones y en los nobles propósitos á aquel *Cura de aldea* que gozó fama un día, y en la perseverancia, en los talentos, en la *habilidad*, á Antonelli, de quien hubiera sido el primer discípulo, años y años enteros, ha dirigido hacia el bien á una ciudad entera, la ha manejado en lo posible á satisfacción de Dios, ha regido escuelas, asilos

y hogares, ha sido el consultor infalible de miles y miles de personas, y ello, sin faltar en un ápice á su cortesanía del siglo XVIII, sin exhibición alguna, sin mostrar su intervención más que en los ópimos frutos de ésta, sin ganarse más que bendiciones, trabajando heroicamente en el confesionario, en el púlpito, en las congregaciones, contra la propaganda protestante que llegó en los tiempos de la Revolución y contra la indiferencia religiosa que empezaba á dominar en uno de los pueblos más católicos de España.

Así, ni la calumnia se ha atrevido á mancharle nunca, ni la envidia ha osado oscurecer el más pequeño de sus méritos; amigos verdaderos, de corazón, capaces de ir por él hasta el sacrificio, los tiene á cientos, y admiradores, apasionados de su talento, en todos los que saben de él; la Montaña se muestra orgullosa de ser su madre, y Asturias de haberle conservado veintiocho años... El, modesto como todos los hombres superiores, no gustará de estas justicias ni gustará de que yo las publique de nuevo: que me perdone, sin embargo, esta grata labor, que ahora termino, en cuanto añadida á todo lo expuesto, que Cos es tan *montañés*, hijo tan entusiasta de la *tierruca*, que jamás logró el cariño idolátrico de los ovetenses entibiarse en lo más mínimo su amor patrio inmenso, que jamás evitó la ciudadanía moral que ellos le concedieron el que viniera todos los años á sus montañas nativas, á las cuales, recientemente, vino á descansar un mes, cuando Asturias entera, al subir él á la silla episcopal de Mondoñedo, le hizo la despedida más sincera, más solemne y más entusiástica que ha merecido allí hombre alguno.

Pedro Sánchez.





El espolique artista

HUÉ maestro mío de latín cierto capellán lector de libros viejos, buen arqueólogo, artista de afición y andador incansable; había corrido toda la provincia á pié y á buen paso, unos decían que por placer, otros que por higiene, muchos que, por ser su prebenda de las de media ración, no daba para caballería. En sus paseos se entraba en cuantas iglesias, ermitas ó santuarios se le ponían por delante, así sabía él de coro las que valían la pena de ser visitadas y como gustaba de enseñar á sus discípulos mucho de lo que sabía, aparte de lo que era su obligación y cargo, á todos hizo aprender algo de lo que constituía su devoción verdadera. Con él llegué yo á distinguir estilos de arquitectura, á dar valor á las piedras viejas de artístico significado, y, sobre todo, á no pasar indiferente por la puerta de tanta iglesia antigua como hay en esta tierra, sin sentir deseos de entrar á verlas ó de dar una vuelta á su alrededor.

Curiosidades llamativas son ahora para casi todo el mundo, puntos de mira y objeto de estudio para los artistas y los sabios, pero entonces no abundaban los que en tales pleitos se ocupasen; había quien consideraba tiempo perdido el empleado en descifrar letreros ó examinar monumentos y hasta cristianos compasivos que se lamentaban del consumo de ingenio desperdiciado en estas inocentadas. ¿Qué hacemos con piedras? —dijo una vez un señor de muchísimas campanas, cuando vió los famosos edificios de Toledo; pero nuestro buen capellán no hacía ningún caso de semejantes razones; trataba de meternos en la cabeza algo de lo que él sabía, que, andando el tiempo, había de valerlos cuando viniese la moda de hablar de todo, moda que, á Dios gracias, tardó poco en llegar. *El turismo* se ha hecho ocupación general, recreo de muchas gentes y hasta

materia especial de gomosos elegantes: con él ha venido la afición á visitar templos viejos; entre el sinnúmero de *turistas* al uso, hay mucha gente moza de uno y otro sexo, que en sus paseos y correrías buscan pretexto ó motivo para organizarlos de tal iglesia artística ó curiosa que dicen que tiene mucho que ver. Con tan alegre compañía pretendo yo meterme á *cicerone*, servirles de espolique complaciente, acompañarlos á ver algunas de aquellas, apuntarles nada más el objetivo para que luego, si les agrada la tarea, se entren á más profundo y detenido examen de lo que juntos veamos. En el hermoso paisaje montaños hay que admirar, además de los montes y las arboledas, las obras de nuestros mayores, no por humildes menos interesantes y curiosas.

Por suerte no va mi cuento con los conocedores del arte, ni con los instruídos ni con los sabios; cuanto supiera yo decir lo tienen olvidado: hablo con los novatos y menores, quiero decir, con los aficionados de menor cuantía, de pocos años, gente, por lo común, de buen genial, indulgente, generosa y..... de buen andar. Procuraré que nuestro camino sea breve todo lo posible, atajaré cuanto pueda, no los cansaré con descripciones eruditas; ni yo sabría hacerlas, ni faltan en libros de justa fama, donde pueden saborearlas los que las pidan y saciar su deseo. Será mi relación itinerario de cartera sin otra pretensión que la de haber andado antes el camino que hemos de recorrer en compañía y, antes que sea más tarde, vamos al grano, es decir, al tren que nos lleve á Reinosa desde donde llegaremos en poco tiempo á Santa María la de más lejos, siguiendo la antigua disciplina de muchas devotas.

Mas esta vez será San Pedro, advocación de la famosa colegiata de Cervatos; vamos pisando los mismos campos que pisaron las legiones de Octaviano Cesar cuando los Cántabros, nuestros progenitores, le daban bastante que hacer y al-

gunas desazones. La iglesia que vamos á ver pertenece al estilo románico usado en el siglo XI, así como otras varias que hemos de ver con ayuda de Dios: planta rectangular con ábside en semicírculo partido por columnas que suben hasta el



alfarge; canecillos, labrados las más veces, que corren todo el edificio; arquería de medio punto; impostas jaqueladas; arquivoltas de boceles. Estos son los caracteres que distinguen por regla general el estilo románico; pero en Cervatos es lo más curioso la escultura, sus canes y capiteles están adornados de bultos de un *naturalismo* tan singular, que ha dado ocasión á discusiones y conjeturas en las que no hemos nosotros de ocuparnos. Tampoco nos meteremos en estudios mayores; poco nos importa si proceden de templos paganos ó si el mismo que ahora estamos viendo fué dedicado en la antigüedad á divinidades gentílicas. No necesitamos dar crédito á ninguna de tales suposiciones para hallarle digno de toda atención y de todo respeto.

El que haya visto templos ó decoraciones del renacimiento, habrá podido observar tanto *naturalismo* y tal *frescura* en muchas cinceladas labores que los revisten; bástenos para formar nuestro juicio pensar que la sencilla y espontánea manera de sentir de los que las labraron, estuvo muy lejos de imaginar que, siglos andando, habían de venir generaciones malignas á sospechar de su buena fé y poner en concejo la limpieza de sus intenciones.

Ya en la era de 1149, que corresponde al año de 1111 esta iglesia era abadía; la reina doña Urraca daba en escritura de esta fecha al monasterio de Cervatos y á su abad don Munio, la villa de Quintana en Campó con sus anejos y servidumbres: el obispo de Burgos don Marino dedicó esta iglesia en la era de 1237 (año 1199) siendo abad de allí don Martín; según la inscripción que existía grabada en el muro principal. En el presbiterio, al lado del evangelio, hay una lápida sepulcral, con inscripción que dice: «Aquí yace el infante don Alonso hijo del conde don Sancho.» ¿Será este conde el último que lo fué de Castilla? Tiene Cervatos además su torre de campanas del mismo estilo que el resto de la fábrica.

Volvamos á tomar el ferrocarril en los páramos de Pozazal, por no volver atrás; veremos en Bárcena de Pié de Concha su iglesia románica dedi-

cada á San Cosme y San Damián; en Pujayo la ermita de San Lorenzo que fué consagrada por el obispo de Burgos don Simón á 9 de las Kalendas de Julio de la era de 1170 (año 1132) según la inscripción que se lee junto á la puerta: tiene esta ermita un pórtico románico flanqueado de dos columnas cortas de capitel grande. Desde aquí vamos á Silió, que no está muy lejos, allí nos espera una de las iglesias más interesantes del gusto románico que hay en nuestra tierra. Aparte la torre del crucero, de que ésta carece, podría competir en elegantes primores con Santillana y Castañeda. El ábside triple formado de dos cuerpos, la esmerada labor de sus adornos esculpidos, la profusión de ellos y la piedra gris de que está toda la fábrica construída, dan á la iglesia de San Facundo y San Primitivo de Silió carácter y riqueza artísticos que merecen estudio detallado y mejores pregoneros que nosotros.

Que vengan á Silió los artistas que buscan monumentos de dibujo y suaves tintas para vestir sus paisajes, que vengan los arqueólogos á penetrar los misterios del arte antiguo, aquí tendrán con qué satisfacer sus gustos y quedar pagados del trabajo de la visita.

Si sois amigos de poéticas ruinas, vamos á las de San Román de Moroso. Aún quedan en pié restos curiosos del antiguo monasterio que cedió doña Urraca al de Santo Domingo de Silos por escritura de 24 de Mayo de 1119, con todos sus anejos; eran estos los monasterios de San Jorge de Collantes, San Estevan de Arenas, San Lorenzo de Bárcena, Santa Ojalla de Villasuso, Santa Olalla ó Santa Leocadia de Bustronizo, San Pantaleón de Hoz, Santa Olalla de Carabeo y San Pantaleón de Celada; la mayor parte de ellos quedaron más tarde convertidos en parroquias, otros en ermitas, de otros... apenas quedan las señales.

Veremos en el convento de Padres Dominicos de Nuestra Señora de las Caldas su espaciosa iglesia greco romana. Nada de particular ofrece al artista, más ha de llamar su atención la bella perspectiva de los montes que desde su átrio se contempla. Desde aquí á Santa María de Yermo poco tenemos que andar. Dejando sobre la carretera á Río Corvo con sus casonas blasonadas de rica piedra y tonos calientes, tomando á mano izquierda, echemos cambera arriba hasta dar con la veneranda iglesia que todos hemos visto retratada con poética luz y vivísimos colores que pone en sus lienzos famosos ese cautivo de nuestras riveras, el valenciano Mosen Gomar, honra de paisajistas españoles.

Dos obispos andaluces fundaron la iglesia de Yermo, después de la pérdida de España; dieron su fundación á la de San Salvador de Oviedo en 853, mas de aquella primitiva iglesia queda solo la advocación y, acaso la planta, la cual es semejante á la de otras que se conservan de tan remotos tiempos. Parece hermana de la de Santiago, extramuros de la ciudad de Zamora, obra

según su traza, de fines del siglo XII. El que la levantó sirvió de materiales de la construcción primera y aprovechó buena parte de sus esculturas, algunos de los canecillos se adornan con bultos parecidos á los que hemos visto en Cervatos; el ábside es románico, la puerta de arcos apuntados sobre delgadas columnas adosadas al machón; en el tímpano hay un relieve que representa un caballero venciendo á un dragón, escena que se repite en su cara interior y también en otras muchas iglesias de aquella época. Acabóse la obra el año de 1203 por Pedro Quintana según la inscripción que se conserva en el ingreso. Volviendo á tomar la carretera pasaremos bajo el arco de los Manriques, en Cartes: si sois dibujante ó acuarelista ocasión teneis aquí de llenar algunas hojas de vuestros cartapacios con detalles preciosos del secular caserío y sus volados alerones de artística talla, sus escudos soberbios, balconajes historiados y tintas admirables. Es hora de descansar de nuestra primera jornada en la ilustre villa de Torrelavega; podemos cobrar allí las gastadas fuerzas y distraer el ánimo tratando de más positivas artes.

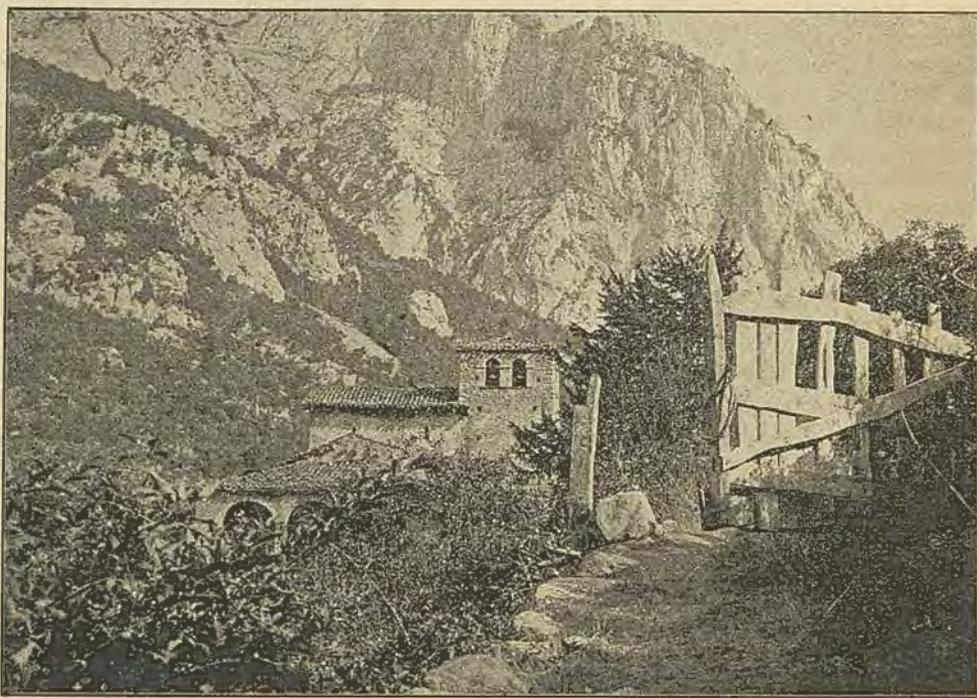
II.

También era consumado maestro mi capellán en artes de cocina, teórico de los hábiles capaz de ser graduado de mayores en las mismísimas aulas de Vatel. Es el fuste de la columna humana tan propenso á desplomes y quebrantos, que pide de continuo, para tenerse en pié sobre basa sólida y aguantar la pesadumbre de su capitel, puntalotes ó charranchas de sustancia asimilable, y en verdad, las piedras secas no las digieren más que las gallinas. Por eso aquí, olvidando nuestra primera obligación, busquemos que comer; aún en esta prosa puede haber arte.

Alguno ha de haber que pueda regalarnos con ostras de Cudón, lomos de la veguilla de Reocín, salmón del Saja, ó mejor si le hubiera del Nansa y ciertas capuchinas de huevos de gaviota que dieron nombre á los reposteros de la villa y les colmaron la bolsa. Como vamos á Liébana y es el camino largo, aquí tenemos de platicar sobre las excelencias

de sus tiernos y sabrosos jamones, no menos celebrados que los famosos de Westfalia; de sus cebadas aves, que sin plumaje, bien merecen llamarse del Paraíso; del vino de la tierra, de probada virtud; de aquellos marranillos en pañales que os servirán al estilo heroico del país, al modo patriarcal que se sirven los besugos en ciertas mesas entre gente vizcaína; quiero decir que os servirán á razón de uno por barba y más que esto os ha de pasmar como, después de semejante trato y conversación, hay quien se queda tan cumplido señor y tan expansivo de gazzate como si hubiera comido una aceituna.

Antes de penetrar en el corazón de Liébana, nos llama á un lado del camino la iglesia de Santa María de Lebeña, una de las famosísimas de aquella tierra de privilegio, tierra de santos, de señores, de leyendas y de históricas proezas. De una escritura del monasterio de Santo Toribio, conservada en un tumbo del siglo XIII allí existente consta que, á principios del siglo X, fundaron la iglesia de Lebeña el conde don Alonso y la condesa doña Justa su mujer con propósito de trasladar á ella el cuerpo del santo patriarca de Liébana Santo Toribio desde su monasterio de San Martín. No permitió Dios que se movieran las reliquias del bienaventurado obispo del lugar donde se guardaban y que él escogió para ser sepultado; al intentar la traslación cegaron cuantos estaban allí congregados para



la ceremonia, acudieron entonces á la eficaz intercesión del santo el cual obró el milagro de volverles la vista, y en acción de gracias por tan singular beneficio dieron la iglesia nuevamente edificada con todos sus bienes al monasterio por escritura de 4 de Diciembre del año de 915.

Reinaba ya en León Ordoño II; poco hacía que los reyes asturianos habían trasladado su corte de Oviedo; de las manos de don García acababa de pasar el cetro á las de su hermano y las fronteras cristianas se habían dilatado al empuje vigoroso de las huestes de Alonso el Magno. Los artistas de aquella edad remota seguían la tradición latino bizantina de ántes de la invasión musulmana: florecía ya entonces á orillas del Guadalquivir, á par de sus rosales y palmeras el arte oriental venido de Damasco á eclipsar en la grande aljama de Abderraman los esplendores de la cuna del profeta, bajo la dinastía venturosa de los Omeyas cordobeses. Su influencia tenía que sentirse por los artífices cristianos, sonaba por toda la península el rumor de aquellas magnificencias y no pocos las habían admirado, por eso mal podían borrarlas de su imaginación. Así en Lebeña á la traza del templo cristiano añadieron labores de casta infiel; en aquellos riquísimos capiteles de trabajo profuso trasciende el gusto oriental con dibujos y entrelazados; el arco romano adquiere proporción mayor y entrando en los arranques se abre después para venir á formar el arco de herradura.

Ofrece el interior del templo, vestido de pomposos ornamentos, contraste singular con la pobreza y sencillez exteriores; es verdad que tal su cede en otras iglesias de la misma cepa: dijérase que aplicaban galas del arte solo para cubrir los muros y pilares que habían de recoger las oraciones, servir de magnífico relicario á las ceremonias augustas; dejaban el muro exterior descarnado, su único destino era sostener y preservar las maravillas del santuario.

Contemplada Lebeña desde fuera nada dice al curioso de lo que tan avara guarda; reparaciones de tiempos modernos ó conveniencias de otro orden dan á esta iglesia aspecto de construcción sin importancia artística ni arqueológica; muestra no obstante en el tercio superior del imafrente restos de friso, greca ó festón de gusto bizantino como timbre señero de su nobilísimo linage. Estos son los caracteres que presenta á nuestros ojos el templo de Santa María de Lebeña; ejemplar único, sin duda, en nuestra tierra, merecedor del estudio de los eruditos, trabajo que han de darnos acabado los verdaderos entendidos; admirémos nosotros su original belleza, su claro abolengo y sigamos el camino, que harto hemos de andar si llegamos al fin que nos hemos propuesto.

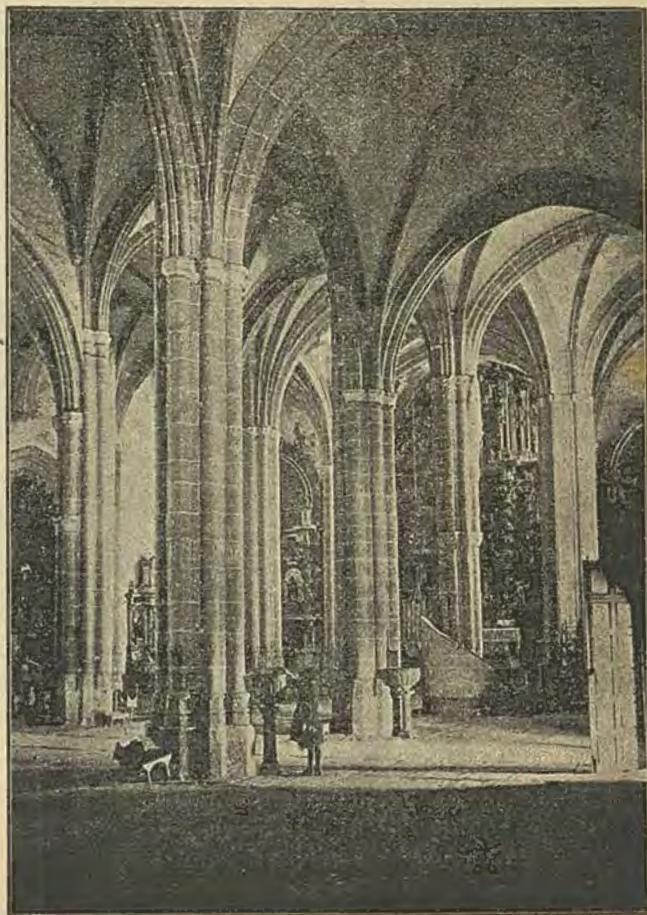
Vamos á Santo Toribio, el antiquísimo monasterio dedicado en su origen á San Martín. Asegura la tradición que fundó la primitiva iglesia aquel gran siervo de Dios, obispo de Astorga, campeón de la doctrina católica en el siglo V contra las herejías de Prisciliano; aquí fué trasladado su cuerpo, con las preciosas reliquias que había traído de Jerusalén.

Translatum est ad ecclesiam sancti Martini montis Liebanæ a se constructam dice el breviario español confirmando la piadosa tradición.

El templo de hoy no parece de tan remotos días; su construcción románica acusa fecha muy posterior: según la traza, del siglo XII cuando fué este monasterio incorporado al insigne de Oña en 1173 por donación de la viuda del conde de Cantabria don Gomez Diez.

El camarín de las reliquias es obra posterior de gusto decadente. De la importancia de este monasterio dan testimonio las muchas iglesias de la comarca que le pertenecían y la profunda devoción de todos los lebaniegos y asturianos de la región oriental.

Santa María de Piasca, antiguo monasterio de la orden de San Benito, es digno también de una visita; ya sonaban sus monges y priores en el siglo IX: incorporado más tarde, entrado el siglo XI, al célebre de Sahagún, siempre conservó lugar preferente en la orden; sus abades solían ir á presidir esta famosa casa primera de los benedictinos en el reino de León. Obra del siglo XII es la iglesia actual, restaurada ó mejor reformada en el siglo XIV; fué consagrada en 1172 por el obispo de León don Juan siendo prior don Pedro y Covaterio maestro de las obras; se acabó la reforma en 1401 siendo Prior don Pedro y maestros Fernando de Aniego y Toribio de Cambarco; así lo aseguran dos inscripciones grabadas en sus muros según las leyó el P. Escalona historiador del monasterio de Sahagún. El ábside románico



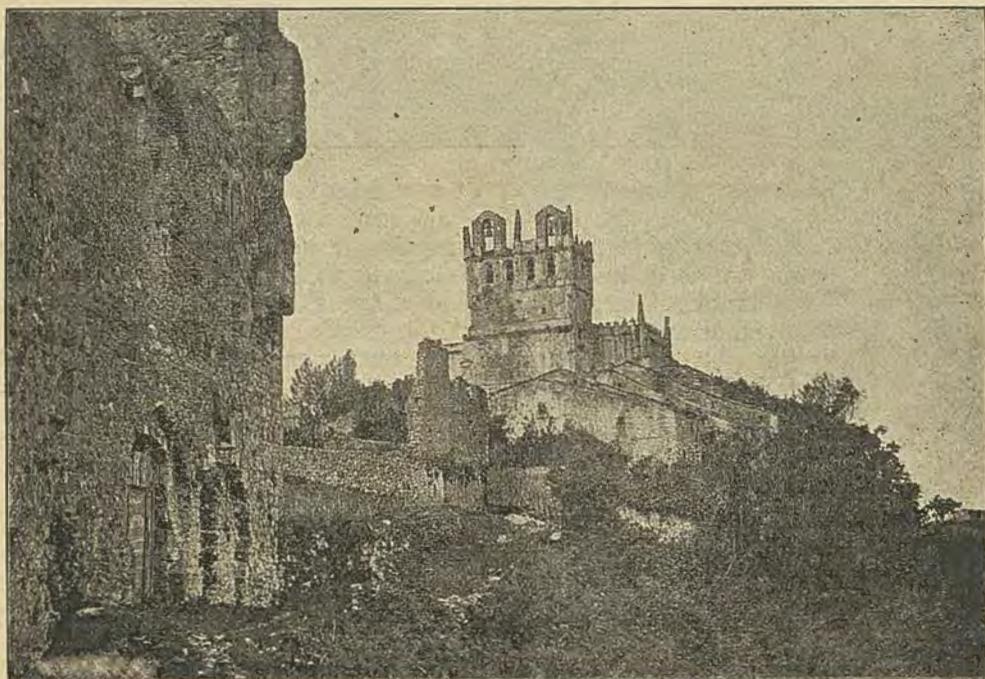
presenta en el primer cuerpo ventanas ojivales de floreadas arquivoltas; la puerta es elegante muestra de aquellas labores historiadas del siglo XIV cuando imperaba floreciente el arte ojival, y también la decoración á manera de tríptico abierto en el muro: divididas por columnas de capitel de hojarasca, se abren tres hornacinas de arco trebolado; la central, que es mayor, ocupa un bulto de la virgen madre, en las laterales los de San Pedro y San Pablo. Es este conjunto de graciosa disposición y buena perspectiva.

Dejemos á Liébana con sus incomparables peñas de Europa, sus nobles monumentos y sus bosques sombríos; hagamos rumbo á la costa del mar; que nos aguarda bañándose en sus aguas la noble villa de San Vicente de la Barquera.

Pasando el puente que la popular tradición hizo romano, tomando á pechos la subida por entre la muralla y el castillo, vamos á la iglesia; á dos pasos de ella nos detienen antes de llegar, las soberbias ruinas de la casa de Corro. Quédanle las paredes cerrando el noble solar con su fachada elegante. Obra del renacimiento llamado imperial, labrada de ese riquísimo asperón jalde

de esta tierra la iluminaron los siglos con esmaltes y reflejos áureos de sorprendente belleza. La iglesia de Santa María de los Angeles mandaron construir en 1248 el rey de Castilla don Alfonso VIII y la reina doña Leonor. No es de su época toda la fábrica, lo serán sus cabeceras y crugías principales; el resto parece más bien obra de fines del siglo XV cuando decaía el gusto ojival: nervios y aristas brotan del zócalo y corren sin solución á encontrarse en las claves; á veces livianas vegetaciones de poco relieve vienen á remplazar el capitel, pero sin prestar majestad ni realce á la obra. En la capilla de Corro, llama la atención un hermoso sepulcro de mármol blanco bien trabajado: su estilo es el del renacimiento, tiene estatua yacente del inquisidor de los reyes católicos don Antonio del Corro. Al lado hay otro sepulcro más antiguo, de labor más modesta; sobre una tumba común dos bultos, el uno de un caballero armado de todas armas, el otro de una señora con toca y brial: por estar deteriorados se pierden muchos detalles del cincel en plegados y partidos de paños.

El exterior de la iglesia es de perfil gracioso



con varios salientes pináculos y crestería que adornan el cuerpo de las campanas cortando la monotonía horizontal de la línea de sus vertientes y tejados. Desde San Vicente á Santillana pasando por Comillas con sus magnificencias contemporáneas que no son nuestra ocupación.

III.

Entremos en la insigne abadía, otra de las joyas de la arquitectura montañesa, hoy, gracias á

las gestiones de la Junta provincial de monumentos, declarada, con su claustro, por real orden de 12 de marzo de 1889, monumento nacional. Pidamos todos los entusiastas que pronto surta efectos la disposición porque si tardan en acudir á reparar el ultraje de los años, no tardará en hundirse su mejor parte del claustro, único de su clase en esta tierra y de los contados que aún viven en España. Descrito está con minuciosos detalles por quienes saben hacerlo, todos los montañeses conocen su importancia, muchísimos

le han visitado, quédanos á nosotros el recordar ante sus primores y esculturas lo que todos hemos oído, lo que alguno de nosotros sabrá de memoria. La iglesia de estilo románico del siglo XI tiene ábside triple semejante al de Silió que

andar; además no son nuestros pascos escuela de doctores sino vuelo de aficionados corredores.

A dos pasos de Santillana está Viveda con su iglesia de San Salvador; en una piedra vieja junto á la puerta pueden leer los epigrafistas una inscripción que dice:

«Era de 910 fué consagrada esta iglesia por Oveco obispo». Corresponde al año de 872. No es la iglesia de hoy tan antigua al parecer.

Al pié de la torre de Villanueva pasaremos la barca sobre el Besaya. En esta torre, según la tradición, hizo noche San Francisco de Asís. En Barreda tomamos el camino de Castañeda por los altos de Tanos y la cuesta de la montaña, bajando por las Presillas á Vargas. Cerca está el barrio de Socobio y allí escondida entre castaños y cajigales, la



hemos visto, torre del crucero y torre de campanas. Parece obra de algún discípulo de aquel Pedro de Dios que levantó en León la famosa colegiata de San Isidro por orden de los reyes don Fernando I y doña Sancha; quizás luego que trabajó en aquella fábrica monumental, montañés y artista, vino á labrar digna casa que guardara el cuerpo de Santa Juliana, desde remotos tiempos venerado en esta antiquísima abadía.

El retablo gótico del siglo XV es obra de valor inestimable; en esta tierra, sobre todo, donde es único ejemplar. Sus tablas del gusto flamenco se hallan divididas por fajas de repisas, doseletes y crestería del estilo que llamaron florido; en el zócalo hay cuatro relieves de los evangelistas; el templete central, obra moderna y aditamento de mal gusto, pide á voces que le den de baja en el sagrado lugar.

El claustro bien puede competir con el tan celebrado de Santo Domingo de Silos. Su apuntada arquería muestra que ya acababa el siglo XII cuando se construía; la variedad y profusión de esculpidos capiteles que ofrecen rico museo de historias, leyendas, pasajes bíblicos, lacerías y dibujos, pertenecen por completo á la más florida edad del arte románico: cada uno de estos capiteles merecería una descripción artística, una estudiada relación de todos sus particulares y mínimos detalles.

Santillana nos detendría mucho tiempo, si tiempo nos sobrase, pero aún nos queda mucho que

bio y allí escondida entre castaños y cajigales, la antiquísima colegiata de Santa Cruz. Obra románica de lo más acabado y exquisito, tiene el privilegio de conservar entera, sin adherencias nuevas, porción considerable de la fábrica primera: triple ábside como en Silió y Santillana, esbeltas columnas y capiteles labrados, impostas que voltean sobre las arquerías del ventanaje y curiosos canecillos; algunos de éstos, por la inclemencia del cielo y labor de los años, son masa informe de carcomido asperón.

La cuadrada torre del crucero, aligerada con impostas, capiteles ricos en las ventanas y canes de variado dibujo, da elegante aspecto al edificio. La puerta abocinada es de arquería ojival; visten las arquivoltas sencillos bocetes sobre columnas adheridas al machón y capiteles de hojas y animales.

Dentro veremos curiosas lápidas sepulcrales, sus leyendas no son para interpretadas de buenas á primeras; la de más apariencia han leído varios eruditos como sigue: «Aquí yace Munio Gonzalez..... de Castañeda que Dios perdone: en la era de 1369, otros leyeron, después del patronímico, la palabra abad. No olvidaré los cirios que gastamos mi capellán y yo queriendo leer las demás; gracias que andaban abundantes por los rincones del templo y sin dueño aparente. No lejos de aquí podemos visitar la iglesia de San Jorge en el valle de Toranzo: conserva su ábside románico en buen estado, el resto de la

fábrica es obra sin importancia ni carácter; fué esta iglesia de los caballeros de San Juan. La graciosa torre del convento del Soto llamará la atención del artista y aficionado por su traza original tan distinta de la general dominante en este país. Las ligeras columnas que, en el cuerpo superior, flanquean los lados, su planta poligonal recuerdan obras del renacimiento tan escasas en la Montaña.

Desde el Soto á Cayón á ver su iglesia de Santa María y la de San Andrés de Argomilla, ambas románicas, salidas, al parecer, de las propias manos. Era esta última patronato del antiguo linage de Ceballos según lo autoriza el blasón labrado sobre el pórtico: muchas lápidas curiosas y enterramientos hay en el cementerio de esta iglesia, mas aquí no tenemos quien nos lea lo grabado, ni cirios que gastar para alumbrarnos como antes. Ahora, siguiendo el ameno valle de Villaescusa por Villanueva y la Concha vamos á Santander. Hemos andado la parte occidental de la tierra que se llamó otro tiempo Asturias de Santillana. Aquí se encuentran los mejores y casi todos los templos montañeses del estilo románico: no pocas iglesias, que no hemos visitado, conservan en sus portadas y cabeceras restos expresivos de aquel arte francés traído á Castilla en el siglo XI por los monges de Cluni, los cuales venían á implantar su famosa reforma en nuestros monasterios; á esos monges franceses debemos los primores decorativos, las formas elegantes de ese orden singular tan bello y tan cristiano, objeto principal del estudio de arqueólogos eruditos. Caro pagamos el favor, porque, si á aquellos sábios monges debimos adelantos en el arte, ellos contribuyeron á arrancarnos una de las más puras glorias de la iglesia española, el rito visigótico de San Leandro y de San Isidoro. Franceses, paisanos de aquellos vinieron 800 años después á llevarse las coronas de Guarrazar, completando la obra, y en el que fué monasterio de Cluni las ven hoy los castellanos; Dios se lo perdone y á nosotros el agudo lamento que sale del pecho al sentir hondo dolor aún de las más leves heridas de la madre patria.

«La iglesia de Santander, dice el benedictino Sota, es de la más extraordinaria arquitectura que se conoce en la cristiandad porque consta de tres templos uno sobre otro perpendicularmente y de igual longitud, y latitud, el ínfimo no se frecuenta por ser tan oscuro que en él no se ve sin luces y el de enmedio es de suerte que se puede celebrar en sus capillas, como en efecto se hace muchas veces, y en una piedra de él está grabado un letrero de antiquísima letra que contiene estas palabras *«multa corpora sanctorum hic sepulta sunt.»* Mal podemos nosotros explicarnos esta disposición de nuestra iglesia mayor: solo conocemos la del Cristo y la de la Catedral, tampoco creemos que exista la inscripción que cita; sin duda estaba en el Cristo que debe ser la iglesia intermedia de que nos habla; sea lo que fuere, esta construcción es un templo románico del siglo XII, según su traza. Su disposición es como

sigue: pilares en forma de cruz sobre zócalos poligonales, en los paramentos mayores dos columnas pareadas con sus capiteles de hojas sobre un plinto común y bajo un ábaco, de donde arrancan las arquivoltas de bocelos gemelos formando los arcos de medio punto: en las caras menores una columna al igual de las otras y de ellas brota el arco de crucería que sostiene la bó-



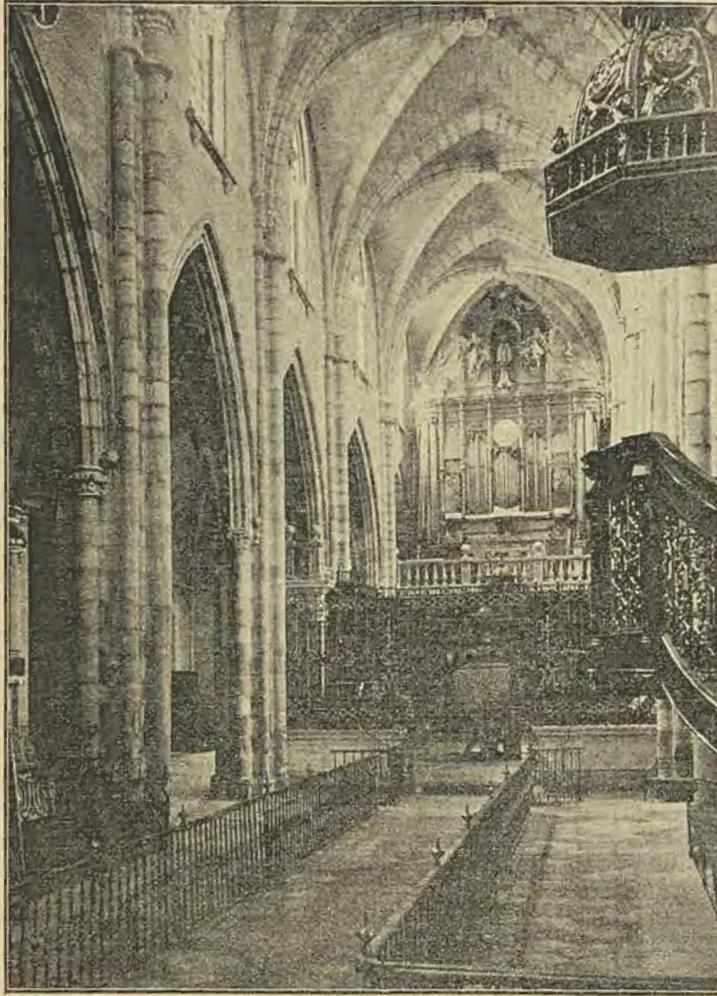
veda. Cada una de las tres naves tiene su cabecera de tallados nervios y claves esculpidas; no hace mucho tiempo fueron descubiertas y destinadas á su primitivo destino en la restauración esmerada del templo que se llevó á cabo, siendo su párroco el señor don Amalio Cereceda actual

canónigo de la Catedral. En la nave del evangelio, arimada al arco ojival de una puerta condenada veremos la lápida de Pedro de Corbán con los atributos abaciales: es buena labra del siglo XIII, la fecha grabada: ERA DE 1287.

La catedral carece del ábside ojivo que hubo de tener en su principio; al añadir, en el último siglo lo que hoy es presbiterio perdió esa gala para no ganar ni en proporciones ni en belleza; no faltan á nuestra iglesia aditamentos y sobrepuestos que la agobian; ahora se ven al descubierto todas las ojivas de la nave central y lucen su curiosísimo dibujo, pero quedan, y quedarán ya siempre, huellas de generaciones que vinieron después de los primeros alarifes á desfigurar ó destruir la labor primera. Las variadas esculturas de sus capiteles, algunos de ellos ultrajados por la edad ó por la piqueta, son interesante galería de enigmáticas figuras ó bellos ejemplares de imitación fidelísima de la flora montañesa; excusado trabajo considero meternos en descripciones ahora que las tenemos frescas y galanas de nuestra querida y venerada sede de Cantabria.

Nos llama el monasterio de Santa Catalina de

Monte Corbán: su iglesia es de aquel gusto ojival tan esmerado del siglo XV; lleva el sello de otras iglesias monacales sus contemporáneas. Recuerda, en esfera modesta, las cartujas de Miraflores y el Paular. Sostenidos por ángeles forman capitel los escudos de los patronos ó fundadores, de los escudos brotan con perfiles graciosos los nervios de la arquería. El claustro viejo es obra interesante del estilo del renacimiento que se llamó imperial por haber florecido en España bajo el cetro del augusto Cesar Carlos V: levantóse de planta en



el primer tercio del siglo XVI siendo prior de aquella casa Fray Juan de Hinojedo, del linage de los Díaz y Herrera, gente principal de la tierra: sobre un sencillo zócalo se alzan «dos cuerpos de arquería, el bajo dórico, el alto compuesto, adornados de bichas, florones, escudos y ruedas de Santa Catalina que les dan variedad y hermosura» dice el P. Francisco de los Santos, Cronista de la orden gerónima. Lástima que las necesidades del servicio actual del Seminario hayan hecho preciso cortar el zócalo por algunas partes con lo que el claustro ha perdido de su proporción y belleza primitivas. El agradable conjunto de esta obra recuerda aquellas soberbias construcciones de Salamanca y de Toledo que labraban Pedro

de Ibarra y Alonso de Covarrubias; pobre y reducido, porque desde su cuna fueron pobreza y estrechez timbres de esta casa: lucharon siempre sus monjes con la pobreza según dice el P. Sigüenza; pero si pobres de oro, no lo eran de virtudes y de santidad. Abundaban en este monasterio de San Gerónimo escogidos siervos de Dios; era entonces bien conocida la humildad ejemplar de sus moradores. Por eso, hallándose en Santander la hermana del Cesar doña Leonor, reina de Francia, no pudiendo conseguir, como lo deseaba, llevar consigo de confesor al P. Hinojedo prior de Monte Corbán, pidióle uno de sus monjes que el prior la dió de buena gana y él mismo acompañó á la reina hasta las fronteras. Siguiéron después la buena amistad y devoción de la piadosa señora á esta casa y desde Francia escribía á menudo y en cierta ocasión mandó de regalo á los monges una caja de plata llena de reliquias. De este modo hablan de Corbán las crónicas de su orden.

A un lado del claustro, en su crujía del Norte, veremos la lápida sepulcral de Fray Pedro de Hoznayo canónigo de Santander, arcipreste de Lata, que fundó el otro monasterio de Santa Marina agregado después al de Corbán: la lápida es obra del siglo XV, tiene el relieve del piadoso fundador y por orla la inscripción en buenos caracteres de letra bien labrada.

IV.

Quédanos por andar nuestra postrera jornada. Vamos á Laredo: en el camino veremos al pasar el arco conopial de la portada de Santiago de Eras: no es frecuente encontrar arquitectura de esta traza en el país.

La iglesia de Ambrosero nos recordará la madre de don Juan de Austria: hay tradición de que regaló á esta iglesia ciertos tapices: no sabemos que existan, ni nuestro capellán los vió: mejor será no detenernos á averiguarlo. No hace muchos años andaban por acá ingleses ó franceses, herejes casi siempre, según las comadres de mi lugar, los cuales ofrecían tanto y cuanto por muchas cosas que veían olvidadas dentro de nuestras iglesias: de alguno decía mi capellán que vistió su casa despojando la de Dios; al cabo propia labor de gentes impías y enemigas de la fé. Hoy muchos cristianos viejos sin mezcla de judíos, al parecer, andan tan enamorados del arte divino que en topando bulto, tela ó alhaja con olor á incienso no se separan de ello á la primera: así está de espigada la miés de los tesoros de la Iglesia.

En Laredo veremos Santa María, iglesia del siglo XIII del mismo estilo ojival que la de Santander: al medio día tiene un pórtico de fecha

algo posterior. Espaciosa y de buenas proporciones, uniforme y entera en su total apariencia no presenta labores ni dibujos que la separen de aquella. Aquí oraron príncipes y reyes poderosos: uno de ellos, el emperador Carlos V, parece que regaló los facistoles de bronce que lucen en el presbiterio. Otra iglesia tiene Laredo en la parte más alta de la villa y fuera ya del caserío, que es la de Santa Catalina: fué monasterio de benedictinos cedido al de Santa María de Puerto en la era de 1079: su fábrica de gusto románico ofrece de curioso el ábside semicircular liso y canecillos en lo alto.

La anchurosa bahía y la suave ventolina del Nordeste convidan á un paseo marítimo, vamos pues al muelle, no faltará entre nosotros diestro patrón que gobierne. A embarcar en una trainera: ¡larga el trinquetel! ¡amura á estribor! la escota en banda, que tome viento la vela; rumbo al Oeste y de una empopada, antes que sientan los más endebles el mareo, ya estamos en Santoña.

Tenemos que ver aquí la iglesia de Santa María de Puerto, como se llamaba en lo antiguo cuando fué monasterio de benitos. Ya en la era de 901 existía, fué luego incorporado al de Santa María la real de Nájera: su fábrica de estilo ojival de la primera época en su conjunto fué restaurada hace poco tiempo con esmero.

Quédanos ahora por ver Santa María de Castro. Vista desde la mar, encallada sobre las altas rocas de su asiento, parecen escritas para ella las palabras del texto sagrado *bene fundata est supra firmam petram*. Destaca airosa sobre el azul del cielo en sus agujas pináculos y botareles; y su graciosa torre sin chapiteles coronada de crestería: á sus piés baten con incesante rumor las olas, los duros temporales del Noroeste las levantan hasta besar sus sillares. Obra del siglo XIII en su parte principal, adornan su fábrica labores de época más moderna, pero de gusto refinado: tiene galería ó *triforium* que corre la nave central que la viste y enriquece. Piérdese sin embargo el efecto de perspectiva interior porque, en el promedio de sus alzados, sin duda para contrarrestar el empuje de

las bóvedas labraron unos arcos transversales suplementarios, cortando el vuelo de la primera traza y construcción. La puerta abocinada se compone de columnas con capiteles historiados y arquivoltas ojivales.

Hemos llegado al fin de nuestras correrías, hemos visto las principales iglesias de nuestra patria montañesa, que merecen la atención de artistas y curiosos: muchas más quedan por ver; ignoro si, entre ellas, las hay del valor arqueológico y artístico de las que nosotros hemos recorrido: ahora, haciendo inventario en nuestra memoria, recopilemos lo visto antes de despedirnos.

El arte románico prevalece en occidente de la provincia cántabra y allí muestra con pródigas manos bellísimos ejemplares de rica ornamentación y traza primitiva. El arte llamado gótico germánico, hoy más propiamente llamado ojival, prevalece en las iglesias de la costa, casi todas ellas nacidas en la época primera de su pujante desarrollo. Contados son los edificios del renacimiento que poseemos y los hemos visitado. Del gusto greco romano hay muchas iglesias pero pocas de tal importancia ni por su grandiosidad, ni por su riqueza ornamental, que llamen al turista pasajero.

Nuestro propósito de andar y de ver le hemos realizado, no lo negareis: si ha sido con fruto otros lo han de decir. El premio mayor del que anduvo mucho, es el descanso: descansad pues, compañeros de tanta fatiga y que haya después entre vosotros, quien de estos apuntes, que juntos hemos borrajado, logre en día no lejano sacar materia propia de que labrar sólido monumento, ara nueva en que ofrecer laureles á la tierra bendita de nuestros mayores. De sus iglesias viejas, de los sagrados muros, de la historia de tantas fundaciones y de sus vicisitudes habrán de salir algún día claros y precisos los anales de Cantabria.

Arremiendos.

Santander 24 de Abril de 1890.

~~Agustín de Escalante~~
Agustín de Escalante



FRAGMENTOS.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma,
alternativa infiel de paz y guerra,
rebelión de la carne contra el alma,
lucha eterna del cielo y de la tierra!

CAMPOAMOR.

I.

EN las negruras de la noche luce
el macilento rayo de la luna,
que por el hondo piélagos conduce
al bajel, de las sirtes enemigo.

Quando ennegrece pérfida fortuna
el pecho humano, entre la sombra avanza,
para llevar al triste al blando abrigo
del codiciado puerto, la esperanza.
Al náufrago en el golfo de la vida
abre su seno, del dolor amigo,
y muéstrale amorosa en lontananza
las playas de la tierra prometida.

¿Quién que lloró desvíos de la suerte
no halló en sus brazos celestial dulzura?
¿Quién no sintióse resignado y fuerte
para beber el cáliz de amargura?...

¡Oh esperanza, consuelo sin segundo!
¡El genio sin tu luz se postra inerte!
¡Sólo al impulso de tu ardor fecundo
pudo Colón engrandecer el mundo!
Indigno es de vivir el que no espera,
el que, alzando los ojos á la altura,
sólo ve nubes en la azul esfera,
tinieblas ve donde la luz fulgura,
sin vislumbrar tras el nubloso velo
la rutilante radiación del cielo,
que es del mortal la patria verdadera.

¿Dónde el que gime desterrado alcanza
sus sueños de delicia y de consuelo?
¿Dónde, sinó en el bien de la esperanza?

Ella al cristiano en el martirio alienta;
ella excita á los héroes al combate;
ella en las venas del vencido late,
cuando soporta la brutal afrenta
del arrogante vencedor, que insano
se confía á una dicha transitoria....
Ese que hora á sus piés gime impotente
¡pronto quizá el laurel de la victoria
arrancará á las sienes del tirano,
para con él enaltecer su frente!

¿No es acaso la vida lucha ingente,
lucha feroz de hermano contra hermano,
donde el triunfante ayer es hoy caído,
mañana vencedor el que hoy vencido?
¡Ay! Condenado á fraticida guerra
el mísero mortal al mundo viene!...
¿Quién sinó la esperanza le sostiene
en las rudas batallas de la tierra?

Dios en la mente del que nace escribe:
«Ser, luchar y vencer.»—¿Qué ánimo fuerte,
sometido al baldón de la derrota,
dilata las heridas que recibe
y el amparo demanda de la muerte
para el dolor que sin piedad le azota?

Entre las nieblas de la adversa suerte
la dulce voz de la esperanza escucha

el ánimo abatido y paz espera,
paz, cual todo lo humano, pasajera,
pues vivir es luchar... ¿Mas quién no lucha?

Dura es la lid, artero el enemigo;
más recio cada vez el odio estalla;
pero ¿quién, si la fé lleva consigo,
no se arroja animoso á la batalla?
¡Dios es su defensor, Dios su testigo!
¡El señala la víctima, Él pelea
como en los días de Israel potente!
¡No vaciles, mortal, alza la frente
y tu mirada en derredor pasea!
Mas no con la acritud de los enojos,
pugna con el halago de la idea,
porque esta lucha sorda y gigantéa
no se nutre de sangre y de despojos.

Si en la contienda tu valor decrece,
si, por tu mal, el corazón marchito
ó desgarrado tiembla y desfallece,
los tristes ojos alza á lo infinito
y aspira á bien mayor, más noble alteza
que la que el mundo al vencedor ofrece.
¡Toda grandeza humana es vil grandeza!
¡El hombre con sus glorias desaparece...
y allí do el hombre acaba, Dios empieza!

Cansado de luchar, mas no vencido,
mi espíritu en tus brazos adormece,
¡oh plácida esperanza!, y del rúido
marcial le aleja, que en tu blando seno
quiero aplacerme en deleitoso olvido.

A la tranquila soledad me lleva,
donde podré con ánimo sereno,
á la luz de la fé, que al hombre eleva
del mundo y de sus males sobre el cieno,
contemplar la verdad inmaculada,
en pos de ella cruzar el hondo espacio,
subir del sol hasta el azul palacio
y asomarme al abismo de la nada.

No, no me arredra el porvenir incierto,
ni huyo en tí del trabajo la inclemente
ley, porque sé que el hombre que indolente
vive en la ociosidad, no vive, ha muerto.

Ni es que pretenda la servil cadena
romper, que humilla en el dolor mi frente:
es que al abrigo del ansiado puerto
reposar quiere mi ánima, serena
en medio del mundano desconcierto:
es que ansío, saltando incuas vallas
que al bien y á la virtud cierran el paso,
vivir sin goce, por morir sin pena;
henchir el pecho, de ventura escaso,
con nuevo aliento; en la candente arena
luchar después enardecido y fuerte,
y, avanzando hasta el pie de las murallas,
afrontar impertérrito la muerte,
¡la batalla mayor de las batallas!

II.

¡Oh monte, oh fuente, oh río!
Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
á vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.
FR. LUIS DE LEÓN.

DESPLIÉGASE triste, más bello el paisaje.
Sinuosa garganta que, entre ásperas peñas
á trechos orladas de intonso follaje,
partidas á trechos en ramblas y breñas,
en torno guarnece bravío bosqueaje.

Borrando horizontes, en breve circuito
altivas se yerguen montañas fragosas,
cual mudos titanes de arcilla y granito
que, erguidas al cielo las frentes musgosas,
absortos exploran el hondo infinito.

Errátil la niebla corona las cimas
de acuosos vapores con ténues cendales,
y el viento en las faldas, rozando las *quimas*
de escuálidos chopos y agrestes frutales,
endechas remeda y harmónicas rimas.

Aquí y allá manchan la verde ladera
negruzcos peñascos: á trechos reposa,
cual blanca paloma, cabaña rastrera
que el límite marca de senda tortuosa
tendida en los bordes de inculca pradera.

Tajada en las peñas, angosta hoz se tiende
mordiendo la vasta raíz de los montes,
y luego, cual sierpe que audaz se defiende
del pié que la huella, buscando horizontes,
por sitios opuestos los brazos extiende.

Veloz, desgredada la negra guedeja,
silbando, el tren cruza de la hoz por la espalda
que al paso del monstruo retiembla y se queja;
mas él sigue.... y presto del monte á la falda
se pára, respira, resopla y se aleja.

¡Coloso de hierro, mi voz te saluda!...
¡Adiós!... ¡Ve á la noble ciudad donde mora
el sér que en los días de asfixia y de duda
infunde en mi seno la paz bienhechora
y amante en sus brazos me alienta y me escuda!
¡Adiós!.. ¡Corre, corre y avanza y no pares....
No lejos te espera mi suelo nativo:...
tu agudo silbido resuena en mis lares,
allí donde un tiempo, de amores cautivo,
los ecos hiriera con tristes cantares!

De la hoz en el fondo, sereno y luciente,
por cuencas de roca desliza el Besaya,
de frondas ceñido, su mansa corriente,
que á veces se angosta y á veces se explaya,
lamiendo las lindes de abrupta pendiente.

Asómanse al margen del lánguido río,
por verse en sus aguas, alisos y chopos;
y entre ellos se agrupa gentil caserío,
suntuosas mansiones que, blancas cual copos
de nieve, tachonan el césped sombrío.

Entrambas orillas benéfico enlaza
en suave declive, vestido de hiedra,
un puente labrado con rústica traza
y, hundiendo en el cauce sus brazos de piedra,
las frías ondas reparte y desplaza.

Oh! ¡Cuántos le hollaron con pié vacilante,
salud y reposo dolientes pidiendo
al cálido chorro del monte manante....

y cuántos tornaron por él, bendiciendo
su fé, sano el cuerpo y alegre el semblante!

En largas hileras, bordando el camino
que corre á la margen siniestra, pasean
el rígido chopo y el álamo albino
que, luego apiñados, la barga sombrean,
trepando á la cumbre del monte vecino.

En sombra y frescura bañado, se esconde
torcido sendero so el verde follaje,
la senda mil veces trillada por donde
se afana el romero que en místico viaje
á voces del alma devoto responde.

Allá, en el promedio de la árida cuesta,
los muros negrean de vasto convento,
que en pétreo rellano su mole recuesta
é, hincando en la roca su ingente cimiento,
de hojosa arboleda cercado se enhiesta.

De nieblas le arropan flotantes jirones:
por su ventanaje la luz motecina
se filtra, ó se espacia por toscos balcones,
do cuelga en estío la fiel golondrina
su nido de plumas, arcilla y granzones.

Adusto eremita simula que, osando
subir á la cumbre, postróse rendido
en la amplia meseta y, alientos cobrando,
el tronco á los mudos espacios erguido,
allí permanece de hinojos rezando.

Colgada en la torre, la esquila sonora
constante habla al hombre de Dios y del cielo.
Si es voz que se ríe, si voz es que llora
no sé; mas al triste la paz y el consuelo
le brinda al amparo de cruz redentora.

¡Oh cruz sacrosanta, por tí defendido,
del mundo las iras impávido arrostro:
tú endulzas mis penas; tú mi ánimo herido
confortas y alivias!... ¡Oh cruz, yo me postro
y humilde á tus plantas te adoro rendido!

Aquí, cuando ruge voraz la tormenta
y el trueno en las cumbres horrísono estalla
y el Noto en la hondura ciclónico alienta
y el río, del cauce saltando la valla,
en sotos y prados su furia apacienta;

En medio del hondo fragor que estremece
la cóncava sima, la cárdena cumbre,
y cuando el espacio de horror palidece....
cual astro de fuego, del rayo á la lumbre
¡serena en la torre la cruz resplandece!

Así fulgurando con plácida calma,
si en horas de lucha febril desconfía,
batida de recias pasiones, el alma,
la cruz al creyente le sirve de guía....
y toda tormenta se humilla y se encalma.

¡Oh Dios, que pusiste tan cerca del duelo
la dulce esperanza; la cruz en la altura,
brindando á los tristes amor y consuelo;
la fé en los mortales, y sobre la obscura
planicie del mundo las luces del cielo!

¡Benigno sofoca la angustia inclemente
que muerde mi pecho: desgarras el impuro
cendal de la culpa que mancha mi frente,
y en este apacible *secreto seguro*
á ver tus grandezas alcance mi menté!

GABINO GUTIÉRREZ GÓMEZ.

UN POGO DE MINERÍA MONTAÑESA.

... de todo se puede hablar con señoras, por aburridas que estén, hasta del *Teorema de Sturm*, que es la materia más desabrida que yo conozco; por que el peligro de cansar al prójimo no está en lo que se le cuente, sino en el modo de contárselo;

(La Montalvez).



MAÑACE ya algunos años, antes de publicarse *Sotileza*, que el autor de los renglones precedentes me preguntaba para qué servían las *raíces negativas* del Teorema en ellas citado; á lo cual le respondía: Por el pronto para desesperación del pobre estudiante; después..... para maldita la cosa, á no ser que, quien con ellas entable relaciones serias, se dedique á resolver las cuestiones de tejas arriba (siguiendo para esto á Sechi mejor que á Flammarión) ó difíciles problemas de construcción de tejas abajo, esto es, desde las agujas de la catedral de Colonia (1) hasta mil metros por bajo de la superficie terrestre, que es la mayor profundidad hasta donde el hombre tiene actualmente medios para descender.

¡Cuánto quisiera al presente, el que esto escribe, que, las tales *raíces negativas* sirviesen también para sacarle á él del atolladero en que le ha medido el compromiso de escribir un artículo sobre minería de la provincia, y hacerlo de modo tan ameno, que no desentonase mucho del conjunto de cuadros en que renombrados literatos describen la misma rejión bajo otros distintos puntos de vista!

Mas, como, ni las équis tienen esta aplicación, ni al autor de «La Montalvez» le es dado prestar á sus amigos algo de esa difícil facilidad que el cielo le concedió por toneladas, saldremos del paso como Dios nos dé á entender; y ya que otra cosa no pueda ser, procuraremos al menos no ser pesados.

Reocín—Picos de Europa—He aquí los nombres que tratándose en Santander de minas acuden á la imaginación de todo el mundo. Y, coincidencia grande, en ambos puntos han demostrado su gran saber, sus extraordinarias condiciones, dos notables Ingenieros, hijos de la provincia: D. Pio Jusué y Barreda y D. Benigno de Arce.

Al señor Jusué, tan ilustrado jurisconsulto, como sabio Ingeniero, se debe la primera noticia sobre

existencia de la calamina en esta costa. Esto sucedía en 1852. Poco más tarde se registraba todo el término de Comillas; un año después el de Reocín y daba entonces comienzo aquella era de verdadero vértigo minero, y con éste el sinnúmero de litigios, que tan famosa hicieron la provincia en los estrados de Burgos y Madrid. Afortunadamente lo último pasó ya por completo y han dejado de ser sinónimas las palabras *mina* y *pleito*.

Siendo Reocín—Comillas—la base por decirlo así del grandísimo movimiento industrial, éste fué con el tiempo ensanchando sus límites á Levante y á Occidente, no parando en el primer sentido hasta Navarra, subiendo en el opuesto á Picos de Europa, rebasándolos é internándose en Asturias hasta Cabrales, y en León hasta Riaño.

Sería demasiado larga la lista de todos los puntos donde el minero se puso á trabajar, buscando y explotando criaderos de Zinc y creemos más sencillo para sin cansar, dar una idea de la gran riqueza minera de *la tierra* el exponer en cuatro cifras la producción total que á cada grupo se puede asignar en los 34 años transcurridos desde 1856 á fines de 1889, según datos meditados:

Reocín.	1.080.000 toneladas
Comillas (con Udías, Oreña, Ruiloba, Cabanzón, etc.).	370.000
Mercadal.	76.000
Picos de Europa.	160.000
Otras varias minas.	10.000

Total. . . . 1.696.000

de las cuales 27.000 son de blenda y el resto de calamina en crudo, y que, juntas, representan un valor creado de más de 120 millones de pesetas, esto solamente en minerales de zinc (1).

De Santander, pues, hay que decir, que, no

(1) En el ejercicio económico 1888 89 las minas de la Provincia pagaron al Estado de contribuciones: por derechos de superficie, 45.977'90 pesetas; por el 1 por 100 sobre el producto bruto, 21.309'81. Total pesetas 67.287'21.

(1) Desde la cúspide de la torre Eiffel diríamos hoy.

solo es la primera provincia de España en minerales de este género, (el 75 por ciento de la producción nacional) sino que, en el mundo hay pocos puntos que la igualen. Debido á ella, España entera está abastecida por completo y además es exportadora en grande escala de dichos productos y sus derivados. La magnífica fábrica de la Real Compañía Asturiana en Arnao funde nuestras calaminas y blendas en la cantidad suficiente para todo el consumo interior y envía además al extranjero grandes partidas de metal en lingote, chapas, tubos, clavos etc. Ni un kilogramo de este metal importa hoy la Nación.

Región tan rica en minerales debía presentar buenos talleres para la preparación mecánica de los mismos, y así ha sucedido. Reocín y Mercadal, (1) cada uno en su respectiva escala, son dos establecimientos modelo á la altura de los más renombrados del extranjero. En ambos funcionan los aparatos más modernos; en los dos se halla establecida la separación del hierro de la calamina por medio de la corriente eléctrica. Reocín es un establecimiento tan vasto, tan admirablemente montado, tan estudiado en sus menores detalles que puede competir con cualquiera de sus similares en la nación más adelantada. De los dos sistemas de aparatos eléctricos que en él se emplean, uno es invención del Ingeniero director de Arnao, don Martín Flathe, quien, no queriendo tomar la patente para sí, la cedió á la casa Siemens y Halske de Berlín, constructora del aparato.

Don Pío Jusú, que desde la cátedra de cálculos de la escuela de Madrid vino á ponerse al frente de la dirección de Reocín, debe ser considerado como el fundador del establecimiento. Tanto él como los demás Ingenieros señores Collignon, los hermanos Rasquinet, Malgor, y el nuevo director don Federico Bushe, que, siguiendo los progresos científicos que de día en día se suceden, ha logrado implantar en Reocín lo más moderno, más bueno y más útil, todos pueden estar orgullosos de su obra, todos se han hecho acreedores á la justa admiración que tan hermoso establecimiento despierta en cuantos le visitan. No es posible descender á detalles, diremos solamente que dentro de él hay 27 kilómetros de vía férrea estrecha con más otros 9 de ferro-carril de 1^m ancho hasta el puerto, y que las 18 máquinas de vapor que en el mismo funcionan suman 190 caballos; que tiene alumbrado eléctrico y servicio telefónico y que los aparatos más modernos de la preparación mecánica se han perfeccionado y ampliado allí de modo notable.

Así como la fundición de Arnao tiene uno de los mayores volantes conocidos, tanto que, cuando se encargó su construcción á una famosa casa extranjera, pidieron de ella explicaciones sobre las medidas mandadas, creyendo existía en ellas algún error; así Reocín presenta, á la vista del in-

teligente, las dos mesas sistema Linkenbach más grandes que hasta hoy se han construido en parte alguna; de 12^m de diámetro, cuando la dimensión frecuente está entre 6 á 8, y lo notable es que se hayan logrado vencer las dificultades inherentes á tal magnitud, y que marchen con tan felices resultados.

En las explotaciones de Reocín se han encontrado monedas, candiles de barro y otros varios útiles del tiempo de la dominación Romana y antiguas y profundas galerías en las cuales, el roble de la entibación se ha impregnado, con el transcurso de los años, del tannato de hierro, ó tinta, formado por el tanino de la madera y el óxido de hierro, que en abundancia contienen las arcillas cretáceas de la comarca. Tal es el origen de esos bastones, que parecen de ébano, y que vemos por aquí con frecuencia.

De estas monedas, candiles y demás, deducen personas competentes, que la apertura de dichas antiguas galerías romanas (en que se buscaba plomo) data del siglo tercero ó cuarto de nuestra era.

En las de Comillas de la misma compañía, que se hallan bajo la acertada dirección de nuestro especial amigo don José M.^a de Torres, también se han encontrado monedas romanas, hachas de piedra y otros efectos, como igualmente una lápida romana que hoy se halla en la comisión provincial de monumentos, cuya inscripción, muy bien conservada por cierto, dice:

IOVI · OP · MA
PO§ · FLAV§ *

Quien esta reseña escribe mandó á la comisión del mapa geológico un molar de Elefante hallado entre la calamina blanca en la mina «Cartesiana»; y, procedentes de la «Angel» el señor Torres entregó otros tres al Ingeniero de provincia don Francisco Gáscue, que los mandó á Madrid á la misma comisión. También se han encontrado dos molares del género Rhynóceros extinguido hace mucho. Es imposible hallar en parte alguna ejemplares de calamina más variados ni más bonitos que los de Comillas, y en el Museo de Historia Natural Madrileño lucen algunos verdaderamente admirables.

Esto mismo sucede con las blendas resinoides de Picos de Europa, transparentes, de preciosos colores de ambar, con irisaciones variadísimas y que tan estimadas son en el Extranjero, pues, en su clase, no se conocen en punto alguno como las de Andara y Áliva. Son cadmíferas y, por consiguiente, de ellas extraen en Arnao alguna cantidad del metal cádmio que hoy se vende á 10 pesetas kilogramo.

También contienen estas curiosas blendas de Picos de Europa el nuevo metal Gallium, descubierto por Boisbaudrán, aunque en pequeña dosis, en mayor que en ningún otro mineral (unos 50 gramos de Gallium por cada 100 kilogramos de blanda.)

El Gallium que tiene un brillo hermoso, supe-

(1) Mercadal—que pertenece á varios particulares—está dirigido hace muchos años por nuestro amigo Mr. Vial inteligente Ingeniero—á quien aquellas minas y talleres deben cuanto han sido y son.

rior al del mercurio, se funde á tan baja temperatura, que basta el calor de la mano para hacerle pasar de sólido á líquido. (1)

Los famosos Picos de Europa pertenecen á tres provincias, Santander, Oviedo y León, pero la parte que en ellos ocupa la industria minera es casi toda de Santander. Como por otro lado, solo por la provincia de Santander hay acceso á sus cumbres, con relativa comodidad, ó con menores trabajos mejor dicho, como todos sus productos vienen á embarcarse por Tinamayor, que es de Santander, y como de Santander han sido los que, con valor de titanes, se han atrevido á luchar allí contra todos los elementos reunidos y han triunfado; como montañés es el enérgico é inteligente Ingeniero que nombramos al principio, y que allí tremola la bandera del *Gluck-auf* á más de 2.000 metros de altura en el punto más alto que el minero español trabaja, de aquí que siempre se consideren como montañeses tan renombrados picos.

Estos se hallan constituidos por una roca *caliza* denominada «de montaña» y también «metalífera», por los Geólogos. Bien puede asegurarse que nunca con más propiedad que en Picos lleva esos nombres. Según Prado, en ninguna parte del mundo se presenta con tanto grueso ó potencia, llegando á 1.200 metros; y respecto á la segunda denominación la creemos plenamente confirmada con solo exponer que, además del zinc, en Picos se explota plomo, manganeso, cobre, níquel, cobalto y antimonio y hay también cinabrio y mercurio nativo.

La altitud de los puntos culminantes de Picos de Europa fué determinada en 1856 por el renombrado Geólogo don Casiano de Prado, antes citado, según el cual, la *Torre de Cerredo* se halla á 2.678 metros sobre el nivel del mar, y es, por consiguiente, la tercera altura de España, pues sabido es que, Mulahacén en Sierra Nevada mide 3.554 y el pico Aneto (Nethou de los franceses) en los Pirineos 3.404.

Tratar de describir, de dar una ligera idea siquiera, del espléndido panorama que desde Picos de Europa disfruta el viajero que tal ascensión haga,

(1) El descubrimiento del Gallium durante la guerra Franco-Prusiana, y el haberle asignado nombre tan patriótico, ha hecho poner de moda esta nueva nomenclatura, y así es que hoy tenemos ya: El «Germanium» hallado por Winkler; el «Austrium» por Linneman; el «Indium» por Wibsky; el «Noruegium» por Dahil, y no sabemos si alguno más.

No estará de más consignar aquí, dada la índole de esta nota, que el «Wolfram», de que tanto se habla actualmente, por que Alemania está haciéndole entrar en una aleación especial destinada á ciertos proyectiles, fué descubierto en 1826 por el eminente Elhuyar (Logroñés) padre de la minería española moderna, el mismo que edificó en Méjico para escuela de minas el suntuoso palacio que hoy habita el Presidente y que aún se conoce con el nombre de La Minería.

Elhuyar quiso llamar al metal por él hallado Wolfram, porque le extrajo de la Wolfranita, pero los químicos de entonces se empeñaron en llamarle «Tungsteno», y así se le ha nombrado hasta hoy que, al cabo de 64 años, se le vuelve á denominar como quería el sabio español.

es tarea superior á lo poco que nuestra pluma puede expresar. El que allí haya presenciado, en algún día del caluroso Agosto, la salida ó la puesta del sol no lo podrá olvidar nunca y contará aquellos momentos entre los más gratos de su vida. Estas impresiones se sienten pero no hay modo de describirlas.

Saliendo de la casa de la «Sociedad Providencia» (que verdaderamente es la ídem del Turista) cerca de la cual se vé el pequeño lagode Andara,



consuelo del turista culto que en él suele bañarse, algo antes de amanecer y situándose en algún punto elevado de las inmediaciones se ve toda la parte de tierra baja como cubierta por un mar de algodón cardado y blanquísimo, (las nieblas) que va hasta los límites del verdadero Oceano sobresaliendo por encima de aquél algunos picos que imitan perfectamente islotes en el mar de niebla que, á juzgar por su quietud, se diría estaba en reposo absoluto.

A tales horas el silencio es allí grandísimo, puesto que rara vez se oye por aquellas alturas el canto del ave, y como la vegetación falta también, nada

turba, según decimos, aquel majestuoso silencio. Cuando el sol empieza á elevarse, sus primeros rayos atraviesan las capas de niebla, descomponiéndose en mil colores, formando los cambiantes más admirables y coronado todo por el azul más puro que puede verse, la admiración causada es tan grande que, (seguros estamos de ello) por muchos espectadores que allí se vean reunidos, ninguno habla, todos, absortos, miran atentamente; todos parece tratan de retener para siempre, fotografiado en su memoria, tan esplendoroso cuadro.

Con el ocaso sucede otro tanto, y aún, si cabe, es más grande la admiración del espectador, por la circunstancia de que ve ocultarse el sol por la parte del Oceano, que no parece sino que es en éste donde se sumerge; y los minutos que transcurren, entre el momento en que el astro deja de estar sobre el horizonte y aquél en que llega á nuestro ojo el último rayo de luz por él emitido, la especie de Aurora boreal que presenta el cielo sobre el fondo azul oscuro del mar es tan magnífica, que no puede nadie darse cuenta de ella sino viéndola.

Entonces si que el hombre, casi instintivamente, dirige su pensamiento al Supremo Hacedor y (como exclamó un queridísimo amigo nuestro en lo más alto del Pirineo) (1) «reconoce, humillado, que solo El es grande, solo El alto, solo Él magnífico.»

Por esto se explica perfectamente que el malogrado Alfonso XII subiese dos veranos seguidos á Picos de Europa y que desease pasar allí ocho días, aislado del mundo, contemplando solo las maravillas de la naturaleza. Ningún rey de España ha habitado á tan gran altura.

Para reseñar bien Picos de Europa, esa región á que puede denominarse la Suiza Española, con sus lagos Enol y de Andara—sus cascadas, sus neveros—sus inmensos anfiteatros y las mil curiosidades naturales que á cada paso se hallan en tan agreste comarca, se precisan las páginas de un libro;—para escribir este es necesario otro Saussour, con los conocimientos, el talento y la grandísima laboriosidad de «el viajero de los Alpes»;—para ilustrar la obra, los apuntes que durante algunos veranos tomó en la localidad Haes, en compañía de sus discípulos predilectos Shardy—Entrala y otros,—apuntes que han servido para componer algunos de esos cuadros que á tan alto precio se han pagado al famoso paisagista.

Como ligerísimo detalle citaremos los arcos naturales ó aberturas que atraviesan las montañas de parte á parte y de los cuales, solo en el camino de Potes á Tinamayor—puede fácilmente ver el viajero hasta seis. Dos de estos se hallan cerca de Urdon—en la misma montaña uno sobre otro á grandísima altura.—Cerca de allí hay otro por el cual, en el solsticio de invierno penetra la poca luz solar directa que en tales días disfrutan los habitantes de Cuñaba, pueblo en el que no puede

decirse entonces que «el sol sale para todos,» ni que las sombras caminan, puesto que allí lo que cambia de lugar es la parte iluminada por el haz de rayos solares que atraviesa el agujero en cuestión.

Después del zinc, el hierro ocupa en Santander el lugar inmediato. Esta provincia es la tercera de España como productora de hierro; solo Vizcaya y Málaga producen más. Según la Estadística minera de 1886, última publicada, en dicho año se arrancaron 147.620 toneladas. Sus principales criaderos están situados desde Muzquiz y Saltacaballo, límite con Vizcaya, hasta Cabezón de la Sal, siendo los primeros continuación de los de Somorrostro; formando después otro gran grupo en Cabarga, Solares y sus inmediaciones y por fin en Camargo otro muy importante, con derivaciones á Occidente.

La producción del hierro tiene que ir aquí en aumento á medida que en Somorrostro vaya vislumbrándose el fin más ó menos próximo de aquella fenomenal explotación. Por eso el ferrocarril de Solares es de grandísimo porvenir y creemos fundadamente que el día en que Santander se vea unido con Bilbao y con Oviedo, por medio de carriles, empezará el renacimiento de la ciudad y de la provincia toda.

Para ese día, con los criaderos de hierro que tiene por explotar, algunos de reconocida importancia, y pudiendo traer económicamente los carbones asturianos, Santander debe pensar en fabricar *acero* y en emplearle en todo género de construcciones.

En la Cabada se hicieron á fines del siglo pasado los Altos Hornos, coetáneos del de Sargadelos, primero que se elevó en España. Allí estuvo una de las fundiciones más notables de su época, con Academia cuyas cátedras se vieron regentadas por célebres profesores. Y, si en la industria existe, como para la historia, la ley llamada periodicidad ¿por qué no esperar que los martillos de aquella saluden dignamente en la hermosa bahía de Santander la aurora del siglo XX?

Al que leyendo las precedentes líneas juzgue que nos metemos á profetas le diremos que esto no es profetizar; es, sencillamente, presentir.

Detenemos para detallar los demás minerales que Santander produce sería cansar al lector faltando á nuestro propósito.

Conste solamente, que también se extraen:

El cobre en Soto.

El lignito (carbón de piedra cretáceo) en Las Rozas.

La sal común en Cabezón y Cabiedes.

La barita y el mármol en las Caldas.

Y que, otros criaderos de substancias, al parecer secundarias, pero que darán con el tiempo beneficios seguros, como el grafito, las pizarras betuminosas, el kaolín, etc., se trabajarán en su día, á medida que vayan abriéndose las muchas vías de comunicación que aún nos faltan. Y eso que Santander es acaso la única provincia que expresa con dos cifras el número de kilómetros de carreteras de todo

(1) Mallada.—Descripción física y geológica de la provincia de Huesca.

género por Miriámetro cuadrado.—Pero hay que tener en cuenta su muy accidentada topografía y así no se extrañará nadie de que pidamos más comunicaciones; por ejemplo, la que ha de unirnos con León, desde Potes á Riaño pasando por Remoña, carretera provincial que las importantes minas de aquella comarca piden, con justicia sobrada, se termine. Y Valderredible, ese extenso ayuntamiento limítrofe con la provincia de Burgos tampoco tiene un kilómetro de carretera.

La industria metalúrgica tiene en la actualidad en la provincia el alto horno más antiguo que en España funciona, el de Guriezo, construido en 1832 por los señores Ibarra y que desde entonces está marchando al carbón vegetal con excelentes productos.

Las fundiciones y talleres de Santander de los señores Dóriga, Colongues, Corcho, Thomassin, Conce, son conocidas de todos; y públicos son el esmero é inteligencia con que están dirigidas por sus respectivos dueños. Los vapores, las lanchas y turbinas de ellos salidos prueban mejor que nada la opinión expuesta.

Otras industrias dignas de mención, y también muy conocidas por sus excelentes productos, son las de vidrio plano y hueco en las Rozas y Reinosa y la de puntas de París, alambre de telégrafo, soportes para aisladores, cadenas, etc., de las «Forjas de los Corrales.» Este último establecimiento que cuenta pocos años de existencia, es hoy uno de los más importantes de España en su género. En él funcionan cuatro magníficas turbinas, construidas en los talleres de Dóriga, de 170, 120, 80 y 80 caballos respectivamente, con más tres máquinas de vapor, una de 150 caballos y otras dos más pequeñas. El número de operarios que en ella trabajan se eleva á 300 y la cantidad de *acero* y *hierro* que anualmente laborea llega á 4.000 toneladas.

Habiendo citado la fábrica de Las Rozas no

podemos pasar en silencio que sus fundadores don Antonio y don Luís Collantes, hijos de Reinosa, fueron para la industria nacional dos adelantes de los más entusiastas de este siglo.

Con solo nombrar además de las minas y fábrica de Las Rozas, el establecimiento de Barruelo en Palencia, el de Cerezo de Río Tirón en Burgos (sulfato de sosa), y las minas de Aller en Asturias (hoy pertenecientes al Marqués de Comillas) queda bien demostrado nuestro aserto. Y téngase presente que los hermanos Collantes solo se ocupaban de asuntos industriales cuando las vicisitudes de la política les alejaban del poder. ¡Acaso la política perdiera; pero la industria hubiese ganado mucho conque siempre hubiesen vivido en la oposición!

No podemos terminar estos renglones de minería montañesa sin dedicar un recuerdo á otro hijo de la Montaña, al Ingeniero don Eloy Cosío y Cos, á quien se deben profundos estudios sobre Río Tinto, criadero al que, puede decirse, dedicó su vida. La memoria y planos que sobre las minas de Río Tinto publicó en colaboración con el señor Anciola, unida á los especiales trabajos que sobre las fábricas del mismo establecimiento hizo Rua Figueroa, fueron la base para la tasación de aquel famoso centro minero nacional, que uno de nuestros primeros economistas quiso *regalar* y que más tarde, gracias á los trabajos que hemos citado, valió en pública subasta al Estado noventa y tantos millones de pesetas.

MARCIAL DE OLAVARRÍA.

Unquera, (Santander) Mayo de 1890.



FERNANDO PÉREZ DE CAMINO.

LELO castaño, ojos del color del mar, barba poblada, estatura mediana, entendimiento agudo, pocas palabras, pero acertadas y oportunas, hermosa voz de barítono atenorado. Con su gorra blanca y sus quevedos ahumados, parecía uno de esos ingenieros que van por esos montes y valles haciendo estudios de líneas férreas. Es—¡parece mentira!— licenciado en Medicina; pero ha abandonado el pulso por los pinceles y pinta paisajes, y, sobre todo, marinas que dan gana de navegar....»

De esta manera pinta su físico y toca en algunas de las prendas morales del celebrado artista quien con él anduvo tierras, pero le trató poco. Acaso una mayor amistad con el sujeto logre suplir deficiencias de aquel retrato y consiga yo una prueba más clara, si menos artística.

En verdad que es un extraño personaje este Camino. Quien oiga de él sin conocerle, se figurará al cabo un carácter aventurero y desaplomado, porque él, además de pintor, es médico, ha sido soldado y..... sabe griego. ¿Quién sabe hoy griego?

Y nada más lejos de la verdad que semejante juicio. Mentira parece, á través del cristal con que suelen mirarse estas cosas, que aquel hombre tan sesudo y pacífico, tan nada perezoso, tan discreto y tan escaso de pelo, sea un artista, y de los mejores—como dijo en otra ocasión otro ingenioso y joven pintor montañés cuando un importuno le preguntó si era artista.—Nada de melena en la cabeza, ni de descuido ó extravagancia en el traje: podría ser, cuanto á esto, un abogado de los tribunales del reino, un *attaché* de embajada, un médico en acción.

Pero también está muy lejos de ser un hombre

serio, en cuanto esto significa poco ameno y nada divertido. No osaré yo colocarle aquí ni allá como pintor: hablen de esto sus tablas y sus lienzos y quien de lienzos y tablas entienda más, que yo me contento con saber que le dan gran fama y con dejarme encantar por sus pinturas; pero respecto á ser hombre de ingenio reclamo para él uno de los primeros puestos, porque ese

es el suyo. Saben esto menos gentes de las que debieran, porque entre desconocidos Camino se calla, ó habla poco—como señala Avilés, autor del apunte transcrito—y tan á tiempo y discretamente que los más no se fijan en él.

Es que Fernando Camino es uno de esos seres afortunados que no han menester, para regalar su ánimo, del ruido del mundo y que en sí mismos encuentran todo, sin acertar jamás á ver los horizontes de este otro mundo que cada cual lleva dentro, ni, en su consecuencia, á haziarse de él y querer salir fuera. Su hogar dichoso, que esto es de adentro, sus pinceles y sus apuntes, sus selectas lecturas, sus proyectos de nuevos

cuadros... hé aquí lo que le basta.

De tal modo llega á penetrarse de ello quien le trata, que, no ya á las horas de trabajo, sino cuando, al caer el día, se le divisa á través de las ventanas del Suizo, embutido en uno de sus divanes, el cigarro en la mano y la copa de cerveza delante, apenas se atreve, aun siendo Camino de los hombres más corteses del mundo, á llegar á saludarle. De mí, al menos, sé decir que penetro siempre en su atención con algo de aquel temor y respeto con que se entra en sagrado, que tiene uno miedo de que el ruido de sus pasos distraiga á los fieles de alguna grave ceremonia.

Pero todo debe afrontarse ante la perspectiva



de una plática con Camino. Figúrense los que no le conozcan una conversación en que ni por casualidad se habla mal de nadie y se aprovecha, en cambio, toda ocasión de elogiar á los buenos, á la que informa á menudo el entusiasmo por todo lo noble, en donde jamás se reniega de la vida ni de los hombres, y en que de tal modo se facilitan por sutilísimos medios la palabra y el concepto al interlocutor más premioso que éste deje al fin aquélla, convencido de que habla muy bien. (Ya tenía yo hecha de tiempos atrás esta observación: que los hombres menos necesitados de conversar con los demás suelen ser los que mejor conversan.)

Cultiva Camino su arte con entusiasmo jamás apagado y con una honradez artística digna de todo encomio. Haciendo á su inspiración que apoye el pié en la realidad, no la cierra por arriba el cielo, ni la prohíbe recibir de lleno la luz de la fantasía y respirar el aire de lo ideal; su inspiración da para todo y es bastante alta para llegar de la tierra á las nubes.

Y más que de la tierra, del mar. Del mar, en efecto, parece ser antes que de ningún otro asunto la atención artística de Camino, y, en paz ó en

tormenta, que le inunde ardoroso el sol ó mansamente le platee la luna, jamás el mar se ve olvidado de los ojos y la mente del artista montañés, como no le olvidan nunca el viento que le riza ni la gaviota que sobre él se mece.

El privilegiado espíritu de Camino dá muestra de sí en otras mil ocasiones además de la de sus trabajos pictóricos. Es inteligentísimo *dilletanti* de todas las demás artes bellas, sin que para enriquecer su memoria ni nutrir su curiosidad tome solo de ellas lo que á la hora de vivir él anda de sobra por las calles y lo sabe todo el mundo. Y así, en horas melancólicas que los pintores de ingenio tienen, no recita los últimos versos leídos en *La Ilustración*, sinó que recuerda una copla del marqués de Santillana ó descabeza una silva de Rioja ó una égloga de Garcilaso y hasta una elegía de Ovidio. Tiene excelente gusto poético y finísimo oído músico, el cual le consiente recordar óperas enteras. Y no es, en suma, otra cosa que esto: un poeta en acción, no ya hablado, sinó *vivido*.

ENRIQUE MENÉNDEZ.



REPRODUCCIÓN DE UN CUADRO AL CLEO DE FERNANDO PÉREZ DE CAMINO, propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Comillas y que se halla en el palacio que dicho señor posee en la villa de su título.



EL CUENTO DE LA PASTORCITA.

(PRIMERA COMUNIÓN.)

.....
.....

Oid, oid, pastores
De mi dicha la historia, más sabrosa
Que la fruta jugosa,
Más rica que del sol los resplandores;
Y si lo excelso, y nuevo, y peregrino
De mi cuento divino
Incrédulos oís, sea testigo
El gozo en que me veís de lo que digo.
Hay un Rey excelente
Cuyo extenso dominio tanto avanza,
Que con su luz fulgente
Ni el mismo sol á dominar alcanza.
¡Tan grande es su poder! Los otros reyes
Para dictar sus leyes
Venía y sanción le piden humillados,
Como á propio señor de sus estados.
Su corte soberana
¿Quién pintarla podrá? A ella junto,
Nuestra ciudad cercana
Do las natas llevais, solo es un punto;
Y las que el pastor Nelmo ha referido
De cuentos que ha leído
De Babilón y Méfis celebrada,
Son como tiendas de pastores, nada.
Allí los moradores
Todos príncipes son de sangre pura,
Que hicieron de bravura
Alta muestra en la liza triunfadores,

Y alcázares habitan esplendentes,
Y al sumo Rey presentes
Hacen corte, gozando la ventura
Colmada á sus antojos y segura.
Del solio do el Rey mora,
Su colosal imperio dominando,
Como en perenne aurora
Purísima luz fluye, transformando
La gran ciudad en claro reverbero.
¿No visteis por Enero
Que sobre limpia nieve el sol caía
Y en infinita luz se deshacía?
Mirábalo el ganado,
Y como que del pasto se olvidaba,
Y á paso sosegado,
Recelando, hacia allá se aproximaba,
Y Nelmo del engaño se reía:
Pues más es la alegría
Y el encanto de aquellos resplandores
Do tiene el Rey su corte y sus primores.
Allí paso vedado
Tienen miedo y dolor, y humilde esclava
Del pueblo afortunado
Es la felicidad, que en dar no acaba
El regalado bien con larga mano,
Y el goce soberano
Que el Rey en anchas arcas atesora,
Abiertas por su mano bienhechora.
Rico, potente y bueno
Es el Rey de mi historia, mis amigos;
Su airada vista el seno

Enciende de los fieros enemigos
Y en pavesas los torna, que es tan fuerte
En abatir la suerte
Del altivo rebelde, como le hallo
Rico en amores para el fiel vasallo.

Es caso averiguado,
Con ser su imperio de sin par vasteza,
Que en él no se ha encontrado
Quien le iguale en beldad y en gentileza;
Proclámale su pueblo de consuno
Donoso cual ninguno;
Ni sér hubo que sepa cuanto él sabe,
Porque es su lengua del saber la llave.

Es fama que lucieron
Cuando él nació más claras las estrellas,
Y que los hombres vieron
Lucir su imagen esplendente en ellas;
Y que una vez, al refrescar su frente
De un río en la corriente,
A su puro contacto se agitaron
Las aguas y virtud grande lograron.

De su pueblo dichoso
Los hijos van de entonces á lavarse
Al río maravilloso,
Con esperanza cierta de tornarse
Semejantes al Rey en hermosura,
Que á cuantos la honda pura
Alcanza, con la imagen enriquece
De aquel hermoso Rey que no envejece.

Ay! ¡quien le oró un instante
Que su imagen olvide placentera,
Si halló gozo bastante
Para alegre tornar la vida entera!
Y por que no digais que estoy soñando,
O cuentos inventando
Raros más que los de Nelmo el sabio,
Que Dinida lo diga y sello el labio.

Ella fué la primera
Que este sublime Rey me revelara;
Mas como historia rara,
No sé si invento suyo harto ligera
Lo juzgue, que por tenerme asida
Y á sus faldas cosida
Me contaba, pues yo, verdad notoria,
Más quería jugar que oír la historia.

Tales cosas decía
Tan bellas, y su acento era tan blando,
Que al fin de su porfía
Me fui á la dulce historia aficionando.
May ¡ay! lo que excitó mi atención llena
Y aún aquí me enajena
Recordándolo yo, fué lo siguiente,
Que, á la sombra del álamo en la fuente,
Vino á decirme un día:

—«Abre, zagala, el pecho generoso,
Me dijo, y la voz mía
Penétrele y conmueva: el poderoso
Dulce Rey que tu sabes, te conoce,
Y amarte á tí es su goce,
Que en tí pensando está, feliz pastora,
En medio de la corte que le adora.»

A latir tan de prisa
Se dió mi corazón, que yo anhelosa

Con cándida sonrisa
Exclamaba—«¿será verdad tal cosa?»
Zagala—replicó:—«si yo te engaño,
Que el lobo en mi rebaño
Se cebe sin dejar vivo un cordero,
Y no perdone al pinto á quien más quiero.»

Después, ¡ay vida mía!
Excesos me contó de su ternura,
Que yo no los diría
Y encubierta guardara mi ventura:
Mas si lo quiere así mi excelso amado,
Pues que él ha revelado
Sus amores, bien puedo yo decirlos,
Si de ellos no fallezco al referirlos.

Con ruego y atractivo
Pedirme amor pensó, cuando él pudiera,
Como suyo, cautivo
Mi corazón llevar, y yo lo diera
Por bien hecho. Buscarme con terneza
Quiso, y la su grandeza
Por encubrir, disfraz le dió su Madre
Que al amoroso intento mejor cuadre.

Sin séquito ni honores,
Lejos ya de su corte soberana,
Viéronle unos pastores
Rendido de fatiga una mañana
Y reclinado al tronco de una encina:
Mas ¡ah! tan peregrina
Figura de pastor cuando ellos vieron,
Más que pastor hermoso le creyeron.

Sus ojos levantando,
Más claros y más dulces parecían
Que el alba, y en el blando
Rostro suyo agraciado relucían
De suavísimo albor los resplandores
Y los rojos colores
Que con prolijo andar acelerado
En sus megillas hubo acrecentado.

—«Pastores que haís venido,
Templad mi afán, ¿no visteis á mi amada?»
Dijo, y al suave ruido
De su lengua, paróse en la enramada
El céfiro á escuchar mudo, encantado.

—«Zagal enamorado,
Que enriqueces la selva con tu vista,
¿quién será ingrata que á tu voz resista?»

—«Zagala es candorosa,
Mansa como el mirar de la paloma,
Y modesta y graciosa
Como violeta que en el cespe asoma.»
Esto dijo y se fué, blandiendo airoso
El cayado nudoso,
Y en su veste, al andar, el sol rielaba
Sobre la escarcha de que lleno estaba.

Sus piés ¡oh amor! deshechos
Iban sangre dejando en la vereda,
Porque ellos á la seda
Aventajan por blandos, ni son hechos
A andar por la aspereza de tal vía.
Todo esto en aquel día
Dinida me contó, por mis mejillas
Largo llanto cayendo en sus rodillas.

Unos malos pastores

Dieron con él en hora desdichada...
 ¡Ayme, desventurada,
 Que en amargura tanta sus amores
 Me cupo conocer!... y persiguiendo
 Monte arriba corriendo
 Fueron tras él, hasta que guarecido
 Sobre un árbol quedó desfallecido.
 Allí de sus heridas
 La sangre destiló mi dulce amado,
 Como flores perdidas
 Que el enemigo viento hubo arrancado;
 Y memoria dejó de su quebranto
 Al duro tronco escrita,
 Donde con sangre puso:—«¡cuánto, cuánto
 Me cuestas hoy, oh cara Margarita!...»
 Pastores que háis oído,
 Al dejar sin su madre al corderuelo
 Cerrado en el egido,
 Balar prolijo en triste desconsuelo;
 Los que el nido á su rama devolvísteis
 Porque apenados visteis
 Los padres, que su prole os demandaban
 Y con mísero piar os imploraban.
 ¿Adivináis siquiera
 La acerba pena de mi pecho herido
 Cuando á Dinida oyera
 De tan doliente amor hondo gemido?
 No pude escuchar más; en su regazo,
 Con apretado abrazo,
 Lloré, gemí, inconsolable estaba,
 Y de Dinida misma me quejaba.
 ¿Por qué, por qué viniste,
 Oh magnífico Rey enamorado?
 ¿Por qué, dí, no trajiste
 Tu luciente armadura de soldado
 En vez del sayo nuestro? ¿por qué ocioso
 El séquito glorioso
 De los robustos príncipes dejaste?
 O mejor, dulce bien, ¿por qué me amaste?
 ¿Qué dársete podía
 Del amor de una rústica zagala
 Que no te conocía?
 ¿Ibate tanto en ello, que la gala
 De tu frente abatieras magestuosa
 Porque te amé gustosa?
 ¡Ah si nunca lo hicieras! que sin eso
 Te amara yo, suavísimo embeleso.
 Así gemí, á tal punto
 Que me estaba en el llanto consumiendo
 De amor y pena junto.
 Mas Dinida miróme sonriendo
 Y con ojos de alegre regocijo
 —Pues bien, ¿no quieres, dijo,
 Verle?—«Sí, sí; por una vez siquiera;
 ¡Verle una vez, oh amor, qué dicha fuera!»
 —«Muy grande, soberana
 Será cuando le estreches á tu seno,
 Y de caricias lleno
 El suyo te ha de abrir.»—¿Cuándo?—«Mañana.»
 —«¡Oh cuánto bien! ¿Podré yo revelarle
 Que mi dicha es amarle,
 Y tenerle delicia más que humana?
 ¿Se lo podré decir?»—«Sí, sí; mañana.»

—«Que toda soy despojos
 De su triunfante amor y su atractivo;
 Que ya sin él no vivo;
 Que entristezco sin él, que él con sus ojos
 Regocijarme puede si me mira,
 Porque del hondo abismo
 De mi ruindad por él mi alma suspira...
 ¿Se lo podré decir?»—«Mañana mismo.»
 Pastores, aquel día
 Libre el ganado á su sabor erraba,
 Que yo de él no curaba,
 Ni guiarlo pudiera ni sabría.
 De la beldad del Rey y sus amores
 Hablabanme las flores,
 Y el arroyo, y el ave canorosa,
 Ni yo misma pensar pude otra cosa.
 No madrugó otro día
 La aurora más que yo; á un mismo instante
 Vestimos á porfía
 Sus rosas ella, yo cendal brillante
 De nieve, con guirnalda de jazmines
 Y celestes chapines;
 Y si ella, me aventajó en esplendorosa,
 Gané yo por ruseña y jubilosa.
 Allá monte lejano
 Aún velaba del sol los resplandores,
 Y en pos de mis amores
 Marchaba yo de Dinida á la mano:
 Aún reinaba doquier la paz tranquila;
 Solo lejana esquila
 De alguna res perdida despertaba
 A Feroz, que escuchándolo ladraba.
 Y pensé que natura
 Con silenciosa envidia me veía
 Correr tras mi ventura;
 Que respetuoso paso el bosque abría
 Á mi ligera planta, y que la fuente
 Su límpida corriente
 Detuvo por guardarse reflejada
 La imagen de la niña afortunada.
 Al fin di en el vallado
 De apacible vergel y floreciente
 Do mora desvelado
 En mi espera sufriendo complaciente
 El Rey enamorado á quien yo quiero;
 Y al instante primero
 De gusto estremecíme cuando entraba,
 Ni alzar los ojos á mirar osaba.
 May ¡ay! llegué yo apenas,
 Y como el ciervo huyó, y en la espesura
 De blancas azucenas
 Ligero se escondió: por la ralura
 El me miraba á mí, yo no le vía,
 Aunque bien percibía
 La huella de sus piés apetecidos
 Y el suavísimo olor de sus vestidos.
 Quejéme enternecida
 De aquel rigor y trato tan pesado
 A mi alma, enflaquecida
 Del anheloso afán enamorado;
 Y dígele: si es caso atrevido,
 O mi amor escondido,
 Que te ame esta humilde pastorcita

¿Porqué tú me pusistes en tal cuita?
 Y si esto exceso fuera,
 ¿No fué mayor el tuyo en lo que has hecho,
 Pues con doliente pecho
 Me amaste sin que yo te conociera?
 Déjate ver, mi amor. Si á la majada
 Me vuelvo con tal cuita
 Que la vista me niegues ¡desdichada!
 ¿Qué hará sin tí, mi bien, la pastorcita?
 Ya sé que no eres ido,
 Que aquí aspirando estoy la rica esencia
 Que exhalas, y el sentido
 Desfallece sintiendo tu presencia.
 Si oculto así deleitas mi deseo,
 Qué será si te veo?
 Pues si han de cegar los ojos que tal miren,
 Déjate ver, aunque los míos espiren.
 Entonces blanca pella
 De entre las azucenas desprendióse
 Como luciente estrella,
 Y hasta mis labios trémulos llegóse,
 Y una voz en el pecho resonóme
 Que dijo.—Toma y come,—
 Y recogí en mi lengua temblorosa
 De mi amado la pella misteriosa.
 ¡Oh que sabor divino
 Mis fáuces regaló! Pastor sediento
 No halló en el cristalino
 Arroyo tal deleite ni contento.
 Ni el libar es tan dulce blandas flores;
 Ni los suaves licores
 De leche ó miel, como era dulce y blando
 El deleitoso pan que iba gustando.
 Sentí que en mis oídos
 Mágico son de música sonaba,
 Y como que eran idos
 Los objetos y el sitio donde estaba;
 En ternura y deleite sumergida,
 Y en mí misma metida,
 Vi como albórea luz dentro encenderse
 Y mi pecho lucir y esclarecerse.
 Y vi ¡dicha inefable!
 Ah tiernísimo engaño de mi amado!...
 Magnífico, admirable,
 De espléndida hermosura coronado,
 Vile en mi corazón, vile, y él era,

Que mi alma no pudiera
 Tan sublime visión sentir en vano,
 Ni jamás tanto vió sentido humano.
 Risueño y complacido
 Reclinado en mi seno le tenía,
 Y palpar sentía
 Su dulce corazón al mío unido.
 Con infinito amor me sonreía,
 Y dijo:—Ya eres mía,»
 —Ay, si! repuse, toda á tí me fío,
 Porque toda soy tuya, y tú eres mío.»—
 Y después, tales cosas
 Me dijo con amor su lengua suave,
 Tan gratas y sabrosas,
 Que humana lengua repetir no sabe.
 —Conmigo estás, no temas ni á la muerte,
 Pues el que de esta suerte
 Se une á mí, como tú me estás unida,
 Yo, que soy inmortal, seré su vida.
 Hoy de humilde pastora
 Llevas tú por los campos la figura,
 Mas dentro á tí fulgura
 La sublime riqueza que atesora
 En tu seno mi amor; y otros vestidos
 De gloria bien cumplidos
 Has de tener en cuanto yo te siente
 Coronada en mi trono réfulgente.
 Nunca mi amor olvides,
 Ni le cambies incauta por engaño,
 Que tuyo será el daño
 Si perjura me dejas ó despides.
 Yo los lirios depuro con mi aliento,
 Y las rosas sustento:
 Tú, que gustas mi esencia y mis amores,
 Pura debes crecer como las flores.—
 Esto y más él me dijo
 Suavisimo y amable en tal manera,
 Que gustosa le oyera
 Con oído por siempre atento y fijo.
 Después, cuando á mí misma yo tornaba,
 Sentí que suspiraba
 Dinida, y estrechándome decía:
 «Oh bendita, bendita niña mía!»

✠ LUIS FELIPE ORTIZ.



Como explicación.

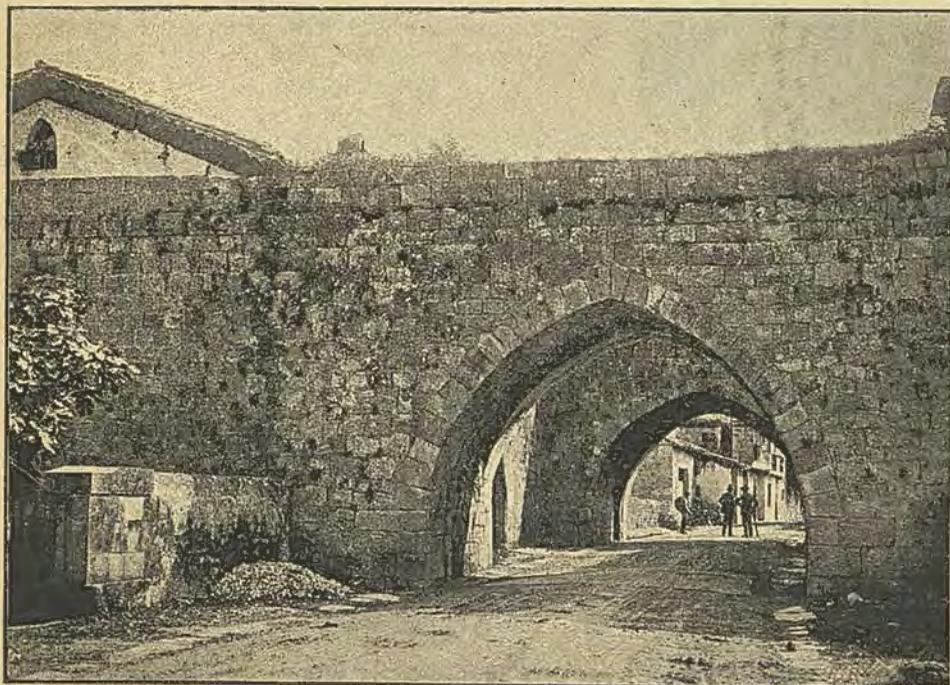
Los dos fotograbados que se ofrecen al lector en esta página corresponden los dos á la misma parte de la provincia, á la parte occidental, que antiguamente se llamó Asturias de Santillana.

El uno representa un paisaje, un sitio muy conocido de todos los montañeses, un accidente del terreno áspero y bravío de esta provincia, y el otro es la fotografía de un edificio casi famoso, muestra de los restos de antiguas grandezas.

Hace años, al publicar *La Ilustración Española y Americana* en sus columnas una vista de la *peña de Carranceja*, parecida á la que se ve aquí, decía que se en-



contraba en Asturias, con notoria equivocación: la peña, que sirve de vereda á treinta ó cuarenta metros del camino de Torrelavega á Oviedo está en la provincia de Santander, en el ayuntamiento de Reocín, cerca de la villa citada.



El *torreón de Cartes*, que es la vista de abajo, está en la villa de ese nombre, importantísima antiguamente, hoy casi despoblada, digna de ser visitada por los artistas en consideración al carácter que conserva en las calles y en los edificios, los cuales pueden competir con los de Santillana, tan conocidos de todos.

Fué erigido por los Manriques, después Marqueses de Aguilar y Condes de Castañeda, cuyo

señorío se extendió largos años por esta parte de la Montaña y por el valle de Toranzo, y de él no queda ya más que lo que se reproduce en esta hoja, una parte pequeña de tan antigua torre.

AUGUSTO G. DE LINARES.

Es, por regla general, el entusiasmo algo irreflexivo, y suele por ende herir las susceptibilidades y modestia de su objeto, máxime si éste es realmente digno de excitarle, ya que la verdadera modestia fué siempre cualidad innata en los hombres de verdadero mérito. Seguro estoy de que estas líneas y las que han de seguirlas, aunque no sean ni con mucho dignas de aquél á quien pretenden cantar himno de admiración, han de parecerle hiperbólicas, pero no importa. Sé que Linares no



es apreciado en todo lo que vale porque ha vivido poco con nosotros, y yo estoy persuadido de que es el montañés que comparte con Menéndez Pelayo el imperio de la inteligencia científica; abrigo la certidumbre de que es hombre meritísimo, de valer extraordinario, y como á una de las glorias más puras y hermosas de la Montaña, he de retratarle aquí en esta galería en la que figuran dignamente tantos hijos ilustres de la tierra cántabra.

Apenas se mira á Linares, por la generalidad de las gentes, más que como á un naturalista eminente; y aunque los hechos parezcan venir en apoyo de semejante idea, pregonando su extraordinario mérito,—porque las gentes le ven en su casa del Sardinero engolfado en sus estudios de biología marina, manejando sin cesar el microscopio para indagar hasta el menor detalle del organismo de un molusco, ó metido en el agua para arrancar de su fondo aquellos soberbios y extraños ejemplares, de espléndidas formas y rutilantes colores, que muestra luego á los amigos que á visitarle llegan, con el orgullo del que ve cumplido el fin de sus tareas de cada día,—es Linares más, mucho más, que un naturalista.

El hijo del escondido valle de Cabuérniga es más que nada un filósofo. Es el hombre que teniendo la facultad de ver todas las cosas, aún los conocimientos de detalle, en su relación con la ciencia primera y una, posee esa ventaja de trabajar en cada ciencia particular con entendimiento superior á cuanto de ella encuentra revelado, y con esa alta inspiración que se llama genio. Piensa, y lo piensa con razón sobrada, que todo pensamiento que no ha sido pensado con ese espíritu de unidad y universalidad, es en sí vacío; cree que lo que no es susceptible de ser visto armónicamente en ese conjunto organizado y vivo, es una substancia inerte, que con arreglo á las leyes orgánicas será expulsado ó abandonado más tarde ó más temprano, y de este modo no es una de esas abejas estériles que existen en el campo de la ciencia, que, porque les está rehusado el producir, gozan en acumular materias inorgánicas, con lo que revelan tan sólo su incapacidad.

Cree nuestro paisano que la preparación á una especialidad debe ir precedida del conocimiento del todo orgánico que forman entre sí las ciencias, y que aquél que se dedica al estudio de una ciencia especial debe aprender á conocer el lugar que élla ocupa en ese todo y el espíritu particular que la anima, así como el modo de desarrollo por el que se une á la construcción armónica del conjunto, sin cuyo enlace el hecho experimental más ó menos aislado es inductivo de error seguro; y como Linares practica lo que cree que es lo cierto, sabe y conoce la manera de tratarlas para concebirlas, no como esclavo sinó como hombre libre y en su espíritu general.

Y en esto reside el valor inmenso de la personalidad de Augusto Linares. Filósofo, y filósofo.

verdadero, lleva á las ciencias naturales caudal inmensurable de ideas generales, netas, claras y precisas, lo que le permite reconstruir por manera eminentemente filosófica las ideas al parecer más apartadas y llevarlas hacia el centro de unidad en que todas las cosas se tocan, en que cada conmoción que se produce se comunica rápidamente á todas las partes, en que un nuevo órgano de la inteligencia se desarrolla, se generaliza y se aplica á casi todos los objetos.

Y por esto mismo tiene tantos atractivos y encantos la hermosa palabra de Linares. Idealista en grado sumo, todo lo engrandece y eleva, amoldando el pensamiento á la forma más bella y adecuada, y aún cuando trate del sér más ínfimo de la naturaleza, y aún cuando explique la cosa al parecer más corriente y sencilla, con estilo acomodado á su llaneza, brotan de aquellos labios tal cúmulo de ideas, nunca difusas, y tal séquito de grandes pensamientos y magistrales enseñanzas, que arrastra en pos de su viril elocuencia las voluntades todas de sus oyentes, que le escuchan con verdadera fruición é íntimo contentamiento. ¡Cuántas y cuántas noches, en la redacción de EL ATLÁNTICO, suspendimos embelesados el trabajo y pasamos las horas muertas escuchando sus espontáneas peroraciones sobre las ciencias con cualquier motivo que se ofreciera ó que de propósito suscitara el más ocioso de nosotros. Y cuántos y cuán extensos horizontes abrió con su palabra á nuestras inteligencias, por desgracia

cerradas á ese movimiento de cultura general tan extendido por otras regiones de Europa!

Pero no es en Linares sólo digno de admiración el sabio; lo es también el hombre. Modesto hasta el olvido de sí mismo, cariñoso, genio igual y afable, goza en el gozo de sus amigos y aún de los extraños, comparte con ellos sus penas, sintiendo aquél y éstas con la vehemencia de un alma generosa. Pulcro y limpio de corazón tanto por carácter como por educación esmeradísima y convencimiento profundo, no soporta con frialdad nada que sea ó parezca bajo ó grosero, lamentando bien sinceramente el trivial envilecimiento en que cae la usual conversación de las gentes por indebida tolerancia y complicidad de todos; siente enardecidas aspiraciones á ver elevada la cultura general á regiones de la más alta y abstracta idealidad, donde no se conturbe y padezca el ánimo al contemplar las luchas puramente humanas á que los hombres vulgares se entregan en cuerpo y alma.

Razón sobrada tuvo para abandonar la carrera de Abogado; espíritus como el de Linares viven en regiones demasiado abstractas é ideales para poder descender sin gran sacrificio á entablar una demanda de reconocimiento de una servidumbre, ó para defender, por obligación de oficio, á un raquero ó un timador que se apoderaron de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

JOSÉ ZUMELZU.

ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

Fuero de Santander.

Sin duda alguna, una de las más importantes épocas que hay que registrar aquí es la concesión de aquél, hecho por Alfonso VIII, en unión de su mujer doña Leonor, el día 11 de Julio de 1187, al Concejo de la Villa, denominándole de San Emeterio.

Por dicho fuero se concedía á los moradores de Santander vivir todos bajo un solo y mismo fuero; no reconocer por Señor más que al Abad del Monasterio; que cualquier noble ó dignatario habitante en la villa tuviese el mismo fuero, y no otro alguno, que los demás vecinos, estableciéndose además varios privilegios y exenciones de tributos importantes.

En el notable libro *Costas y Montañas* está copiado íntegramente el documento, tomado de la escritura número 1 del libro de los Privilegios y donaciones de la iglesia de Santander.



Bellas Artes.

Los fotografados que están á la vista son reproducciones de dos obras hechas expresamente para este libro por dos reputados artistas montañeses, los señores don Ramiro Santa Cruz y don Luís C. Mons, adiestrados desde muy jóvenes en la pintura.

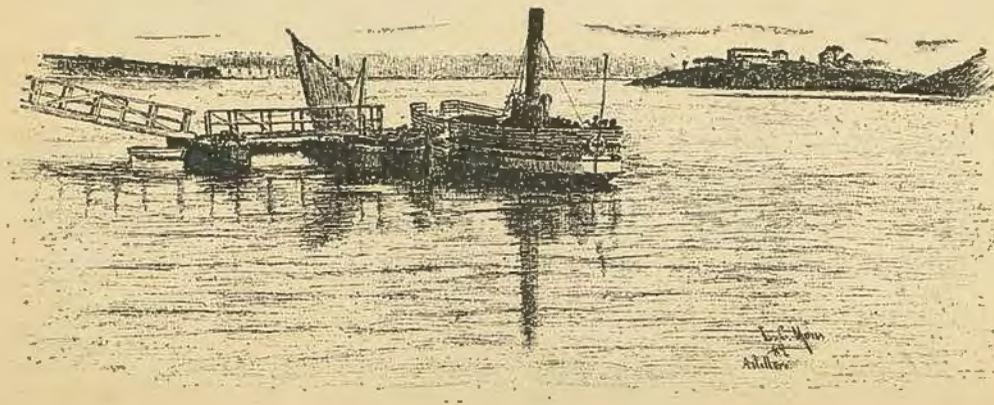
El mérito de los dos dibujos puede juzgarle quien hojee este libro, y para ello se publican aquí solos, sin que sirvan de ilustración á ningún escrito, como sirven otros que concluyeron sus autores de acuerdo con los literatos amigos suyos.

La pasiega, el dibujo de Santa Cruz, es una copia de su album, colección de tipos y lugares montañeses; *retrato* artístico de una de esas hijas de Pas,

La Pasiega.



En la bahía.



tan laboriosas y honradas, que alguien se ha entretenido en calumniar confundiéndolas con las que visten su traje sin haber nacido en estos montes.

El dibujo de Mons fué hecho en el Astillero—en aquel célebre astillero del tiempo del rey don Carlos III donde se construyeron los más famosos navios españoles— encantadora residencia de verano que aprovechan muchas familias madrileñas, y representa, como se vé, un trozo de la ría, el muelle embarcadero y un vaporcito *La Corconera* que transporta á diario cientos de viajeros, muchas docenas de *pasiegas*, del Astillero á Santander y viceversa.

En la bahía y La Pasiega son dos obras bellísimas, dignas del nombre de sus autores que reunimos aquí como buenos artistas y por la relación que guardan las *pasiegas* con los *Corconeras*.





EL CANTO DEL DALLE



Oír entre los rumores de la villa una voz campestre, ver el mar, por ilusión del deseo, en las lontananzas del horizonte castellano, sentir en pleno invierno aromas primaverales, prestigios son que obran, siquiera para la imaginación, siempre afanosa por romper las prisiones de la realidad, maravillosas mutaciones de lugar y de tiempo.

Supongamos que se vive, de grado ó por fuerza, en una capital populosa. Harto lo pregona el bullicio de las calles: rodar de carruajes, gritos de buhoneros, desfilar de tropas, música de organillos, rumor de gente... cien ruidos discordantes y nada bucólicos.—Pues bien, si de pronto canta un gallo—cosa que al cabo, sucede alguna vez en la ciudad,—aquel rústico canto produce para quien de nostalgia campesina trabajado le oye, súbita transformación: casas, calles y palacios vuelan por el aire como decoración de teatro á una señal del tramoyista; desvanécese cual niebla en girones la muchedumbre callejera, suce-

den á la corte el cortijo, al bullicioso hervir de la multitud silencio y soledad apacibles, á la plaza pública el corral. Cuadro tranquilizador: la paz de la aldea.

El hijo de la costa vive, tierra adentro, como barco encallado en arenal, de donde se han retirado las alegres olas en que gallardamente se mecía, que ya ni se alcanzan á ver—tierra por todas partes—¿No habrá marea tan viva y pujante que llegase hasta él? ¡Quién sabe!... Reparad en aquella tendida y borrosa línea del horizonte. Dicen que es la planicie transfigurada por el aire, la distancia y la luz. Pero la transparente neblina tiñe de azul tan suave aquella escotadura de colinas, que parece el fondo de una ensenada entre dos promontorios.—Halagüeño espejismo. El mar, es el mar. Ya cree sentir el rostro las

caricias de la brisa oceánica, y al ánimo acuden vivamente imágenes y recuerdos de la playa bañada por la resaca murmurante.... Un rayo de luz, el vaporoso matiz de lejana colina han bastado á operar el prodigio de anegar el desierto con las ondas de un golfo transportado por encantamiento á tantas leguas de la costa.

Qué mucho, si mayores distancias se acortan y otras imposibles, acaso más irrealizables se realizan por obra, no ya del diablo, que con licencia del Todopoderoso, según refiere el poeta alemán, transformó—él sabría para qué—al Doctor Fausto, viejo, hipocondriaco y achacoso en mancebo gallardo y enamorado, sinó del inocente perfume de una flor, que al ser sumido en la tristeza del invierno y de los años sugiere á deshora consoladores ensueños de primavera y de juventud.—Oscuro el cielo, frío el ambiente, mortecino el hogar, como los tizones parece que se va apagando la vida... ¿Qué espíritu inesperadamente la reanima? La flor temprana del almendro, la

fragante violeta han esparcido su aroma delicioso. —Y vuelve á brillar la luz en el cielo, la vida en el corazón. Con el sutil perfume han brotado de aquellas flores enjambres de genjecillos luminosos que por escala de oro subliman el pensamiento desde la oscura realidad desengañada al resplandeciente cielo azul de las risueñas fantasías.

No es menester medios más poderosos para producir alucinaciones semejantes; bastan á veces con un poco de buena voluntad, los más sencillos, cuando son inesperados y súbitos. ¿Qué cosa más nueva que tropezar de pronto en un paseo cortésano con repentina aparición de la vida montañesa? Diferencia va del seco, tostado terruño castellano, á la húmeda frescura de las praderas cántabras. En el ardiente suelo de estos campos arenosos, nada más raro que la yerba, tan raro, que más fácil es hallar una onza de oro que un tallo verde en lo que llaman aquí, por excelencia, *el prado*.—Pues figúrense ustedes ahora la sorpresa de un montañés, ausente tiempo hace de su tierra, que al recorrer las alamedas del Retiro, pobladas por el concurso elegante de la gente de pro, á la vera misma del paseo de coches, oye de pronto—no es ilusión—aquel repetido y metálico batir tan familiar á sus oídos: oye picar el dalle.

No hay duda: allá en la orilla de la verde alfombra formada por el *raigrass* municipal—empeñado en poner campo de sinople al oso y el madroño del blasón de la villa—al pié de un pino un segador, reclinado en la yerba, colodra al cinto, cargando el cuerpo sobre el brazo izquierdo, en cuya mano hace resbalar la hoja de la guadaña sobre el yunque portatil clavado en tierra, á golpe del martillo, que maneja su diestra, va cuidadosamente afinando el corte, embotado por la resistencia de los duros tallos.

Suena tan conocido para el admirado paseante aquel vibrante martilleo, le habla tan claramente de su tierra que, tomando cuerpo los evocados recuerdos, á través de la escena real desvanecida va apareciendo á sus ojos la Montaña.

Alzanse en derredor altos montes abriendo entre ellos sinuoso valle, á lo largo del cual corre un río de cristalinas aguas, que van de prisa buscando las del mar, no muy lejano, aunque oculto á la vista por las cumbres que levantan al norte poderosa barrera. No tan elevadas sin embargo como la sierra que forma, en el opuesto lado, el primero de los escalones gigantes que suben á las mesetas de Castilla. Del monte al río bajan en pliegues desiguales cuevas y ribazos, cubiertos á trozos de castaños y robles, y entre las manchas de arbolado recortan caprichosamente sus matices pajizos ó verdes cuadros irregulares de mieses y praderas. Guardiana del valle, cubierta cima peñascosa levanta al medio día su pico dominador; y enfrente, aunque menos altiva, dibuja su airoso perfil á la vista del mar, otra cumbre, atalaya de la costa.

Antiquísima calzada, que se descuelga del monte por entre su arboleda hasta llegar al llano, crúzalo por medio de hermosos prados á los que sirven de graciosos festones los linderos del bosque y de la ribera; y para salvar la adusta peña que se mete en el río, como para cerrarle el paso, no teme arrimarse á su base y aún socavarla, á riesgo de que le caigan encima los costrones de aquel peligroso colgadizo que amenaza desplomarse; como tiempos atrás cayeron otros, que en informe montón han ido formando, entreverados con árboles que demuestran los largos intervalos del derrumbamiento, tosca y robusta presa, contra la cual se estrella espumoso el precipitado *rabión*. Entre ella y la alta roca, coronada por verde cabellera de arbustos y plantas silvestres, deslízase el áspero camino, que hace siglos recorren los naturales del valle, despreciando la posible ruina de la peña y las amenazas del río, que en sus formidables avenidas se convierte de mansa corriente montaraz en desbordado mar asolador.

Hay en su orilla, no lejos de la peñona, un grupo de altos y frondosos robles que á la vera del camino dan sombra al césped y al transeunte ganas de sentarse á disfrutar de la paz de aquellos árboles.—Allí, cuando, mediada la mañana, ha bebido el sol las gotas de rocío que abrillanta la yerba, óyese con frecuencia el característico martilleo que arranca al hierro sonidos tan familiares á los ecos montañeses.

—Ya está picando el dalle tío Andrés—dicen los que pasan por la miés frontera ó bajan al molino. Porque es tan conocido y popular en el valle, tan unidos están él y su guadaña en el concepto de todos, que así como á otros seres los caracteriza su voz ó su canto, á él se le conoce por aquel metálico repicar, que anuncia su presencia.

Es lo cierto que tiene tanto amor á los prados, de tal modo se apegó á ellos desde niño al empujar el rudo aprendizaje de labrador por guardar ganado en el monte, que en tierra sin praderás le mataría la nostalgia. Vence á cada cual su inclinación.—No se halla un marinero lejos de un barco y del salobre ambiente de las olas; en el sosiego campesino muérese de tedio el habitante de la ciudad; al labriego le aturde el bullicio urbano; y tío Andrés opina, ó mejor dicho siente—porque sus ideas confusas no vienen á ser más que sensaciones—que no hay en el mundo cosa como cuidar vacas y segar yerba.

Que él no podía hacer otra cosa lo demostró hace años de un modo digno de memoria. Nacido en una de esas antiguas torres, de las que aún se ven algunas en la Montaña, convertidas en caseríos, y cuyos cimientos hondamente agarrados al suelo parecen ser como raíces que comunican á la vetusta vivienda entrañable apego á la tierra, aprendió de su padre, hombre formal y laborioso, de quien todavía se hacen lenguas los viejos del valle, á ser buen labrador y ser honrado. Hízose mozo; y repartidas las funciones

agrícolas entre los hermanos, tocóle á él la ahijada, para que rigiese, uncidos al carro, los bueyes que desde chico había aprendido á cuidar. Y cataben ustedes á Andrés hecho carretero. Prosperaba por aquel entonces—no construído todavía el ferrocarril de Alar—la carretería que transportaba harinas de Castilla á Santander; y atraído por el cebo de los portes y quizá por su afán de ver mundo, camino de Reinosa fué también él con su carro. Esto del viajar se parece al rascar y al comer: no quiere más que empezar. Habiendo arrancado de su valle, creyóse capaz de correr la ceca y la meca y hasta de pasar el charco y hacerse indiano; que es tentación á que nacían y aún quizá nacen expuestos los montañeses. Si será general, cuando la sintió Andrés. Y no podía decirse que fuera un desatino; pues tenía en la Isla de Cuba un hermano mayor bien acomodado, que le brindaba con su protección. Aceptóla el muchacho y quedó el viaje decidido. Pero cuando llegó el momento de despedirse de la casa paterna, de su valle.... sintióse amarrado por vínculos cuya fuerza no había sentido bien hasta entonces. Al romperlos se le partía el corazón. No desmayó por eso. El hombre ha de ser hombre; qué diantre! y si puede ser indiano, mejor. Con esta resolución y esta esperanza echó resueltamente el pecho al agua. Se embarcó. Pero de sus sentimientos al dejar la Montaña y de sus ideas respecto á la vida que le aguardaba en América pudieron formar cabal juicio los que vieron con asombro que con su modesto equipage llevaba: dos dalles nuevos, varios cencerros de ganado y butrones para la pesca de río. Pobre Andrés! No pudiendo transportar con él sus vacas, sus prados, el río de su valle natal, creía llevar en aquellos objetos, para consolar su destierro, el perfume de la yerba, las esquilas sonoras, los rumores del agua que habían alegrado su juventud. Y como no tenía cabal idea de la variedad de los climas y las tierras, imaginábase que iba á poder continuar en las Antillas su vida montañesa.

Con estos antecedentes y preparativos ¿qué indiano había de resultar de nuestro viagero? Tanto valdría empeñarse en que prosperase un castaño transplantado desde las frescas laderas montañesas á las ardientes orillas del Almendares. Sería curioso conocer la vida y los pensamientos de aquel hombre en región tan contraria á su naturaleza, sus gustos y aptitudes. Estarían de oír sus diálogos con los guajiros y los negros. Y vaya un comerciante que haría.... Realizó, no obstante, un buen negocio, que no han sabido redondear otros que presumen de listos, y fué conocerse á tiempo y renunciar á la fortuna. Estaba visto que las Indias no se habían descubierto para él. Conque desistió de hacerse indiano, vana aspiración que no representaba para él sino las amarguras del destierro, que volvió cuerdamente á la Montaña, á sus vacas, sus butrones y su dalle. ¡Quién podrá decir lo que experimentó aquella alma sencilla al saborear de nuevo en su

valle el aroma vivificante del heno y los rumores del río que habían arrullado su niñez! No menos dichoso—diga lo que quiera un poeta—que

*el que nunca ha visto
más río que el de su patria*

pues al conocer las extrañas le ha hecho apreciar mejor el suyo; á cuyo tranquilizador murmullo, acalladas en su ánimo las voces de la codicia, como quien acepta su suerte resignado y hasta contento, volvió á cargar con el cuévano henchido de retoño recién segado y á picar el dalle, como en tiempos pasados, al pié de las veteranas cagigas.

La humildad de su índole y su buen contentar le habían granjeado la benevolencia de don Antonio, el cura del pueblo, quien no le tropezaba una vez que no gastara con él alguna de aquellas bromas inocentes, en que se complacía su carácter bondadoso, tan llano y cordial con sus feligreses, que para todos tenía palabras confortantes y joviales. A las cuales prestaban singular agrado la natural nobleza de su persona, alta y enjuta, envuelta en severa sotana, su hablar reposado y sencillo, la gracia de su sonrisa, expresión de la indulgencia que la vida y su mucha discreción le habían enseñado, y el respeto que inspiraban sus virtudes y sus canas, que hablaban apacibles debajo del antiguo sombrero redondo, tan marchito ya como su rostro.

—Pero hombre, Andrés, ¿en qué piensas—le decía—que mientras picas el dalle dejas que los del Puente te pesquen todos los salmones?

Decirle esto era propiamente darle en la matadura. Porque es de saber que no hay en todas las riberas de aquel río pescador más constante ni más desdichado. No pasa día sin que, á ratos perdidos—pues nadie le gana á diligente y laborioso—no se ocupe en preparar ó tender, en sitios escogidos cuidadosamente, butrones, pasadejos ú otras armanzas. Saca *ujanas*, monda caracoles, compone redes, no descansa. Si la constancia lograrse en este mundo la recompensa que merece, la pesca de Andrés debería ser tan abundante como la pesca milagrosa. Pero las truchas y las anguilas se rien de él. Le comen el cebo, le rompen los butrones, y sólo de tarde en tarde se deja aprisionar algún incauto pez de mala muerte. —De salmones no se hable.—El salmón es su pío, su eterno suspirar, su sueño dorado se podría decir, si no fuera plateado. Y para más irritar sus ansias le había referido don Pablo, veterano pescador de caña, maestro en el oficio, quien se divertía mucho con las poco fructuosas tentativas del aprendiz chambón—que en otros tiempos abundaban tanto los salmones en aquel río, que los criados de casas principales ponían por condición que no habían de comer salmón todos los días. «Mucho tiempo hará de eso—replicaba Andrés, incrédulo y socarrón, aunque engolosinado con la idea de tal abundancia:—allá cuando ataban los perros con longanizas.»—Pero como fue-

se muy cierto que, sinó tantos como antaño, también ahora se coge alguno que otro, y él pensaba—sin saber que esto lo había dicho el gran Duque de Alba—que «un buen salmón vale por cien ranas,» no aguantaba con paciencia que los peces gordos fueran para otros y la morralla para él.

Por eso le llevaba pateta cuando don Antonio le pinchaba hablándole de lo que pescaban los del Puente.—Y suspendiendo su trabajo y echando atrás el fieltro que sombreaba su faz curtida por la intemperie, alzaba la cabeza y con ahinco que aún hacía más premioso su hablar, de suyo tardo, contestaba muy quemado, como quien respira por la herida, separando y acentuado algunas sílabas.

—Esos ya lo creo que pescarán: no hacen en too el día de Dios otra cosa. Pa ellos es la pesca, que ya no pasa de ahí lante, dende que aquel señorón, aburrío de Madrid, se vino á vivir al su molino y levantó el camarao ¡Ave María! Que no hay salmón que suba aquí riba. A más que en este temporal la lóndriga no los deja parar. Lo cual que anoche me rompió un butrón nuevo pa sacar daque trucha que tenía drento.

—Nada, nada, Andrés, replicaba don Antonio para apurarle la paciencia—no valen excusas; que si te dieras tanta maña para pescar como para hacer yerba y atroparla, otra cosa sería.

Y el cura seguía su camino y Andrés volvía mormojeando á la interrumpida labor.

Han pasado los años. Al segador mozo, al Andrés de antaño, que ha ido ascendiendo por rigurosa antigüedad, le llaman ya en el valle *tiu Andrés*. Hebras de plata van brillando en sus antes negros aladães; más lentas resuenan en las piedras de la cambera sus almadreñas, y la guadafia no tiende la yerba en torno del segador con el aire que solía. Pero él sigue cuidando sus vacas y segando y pescando á ratos perdidos—¡y tan perdidos!—y haciendo expediciones con el carro á la estación del ferrocarril ó á la cantera, en memoria de las carreterías de su mocedad.

Y no se ha de casar. Y eso que él en sus momentos de expansión, sentado á la puerta del establo al anochecer de un día de verano, ó al amor de la lumbre en la ahumada cocina durante las veladas de invierno, dá á entender que si él quisiera..., no había de quedar soltero por falta de novia. Y verdaderamente, todavía está de buen ver cuando se asea un poco y se pone los trapitos de cristianar para ir á la función de San Benito ó á la romería de la Virgen del Milagro, armado de su gran paraguas, solemne acompañante de todo buen montañés en ocasiones en que repican

recio. Hasta parece que recobra atrevimientos y bríos juveniles, por aquello de que no hay hombre cuerdo á caballo, las mañanitas en que, sirviéndole de látigo rústica vara, encogido de piernas y arremangado de calzones, aunque no presuma de cabalgar á la gineta, monta la jaca torda haciendo tijeras por aquellos andurriales para ir á buscar al señor cura que viene á decir misa en una capilla particular.

Pero estas bizarrías no deben causar celos á su amada, aquella antigua tierra montañesa, la cual ha sido y seguirá siendo sus únicos amores. Ella es, por el contrario, la que ha empezado á dar algunas señales de mudanza, que al buen Andrés le tienen ahora perplejo y pensativo. La cosa no es para menos. Una mañana aparecieron en aquel valle varios hombres activos que lo recorrían mirándolo todo, plantando jalones, midiendo, cantando el terreno, nivelando; y por la linea que seguían iban dejando clavadas de trecho en trecho unas varas altas con sendos banderines de papel, que marcaban su dirección. Curiosidad vivísima suscitó entre las gentes de la comarca aquella novedad; que pronto explicó un indiano, diligente averiguador, que está siempre enterado de todo, diciendo que eran, los de los palos, un ingeniero y sus ayudantes que iban trazando el ferrocarril que ha de cruzar el valle.

¡Un ferrocarril por aquellos prados y apartadas riberas! Pues entonces—piensa tío Andrés—¿de qué le ha valido á él volver de Cuba y huir del mundo, si el mundo se le mete en casa con su fragor y sus endiablados inventos y amenaza dar al traste con la paz de su apacible valle, tan solitario y silencioso? Su instinto le dice que la vida de pastor, el retoño y el dalle van bien con el monte apartado y la antigua cambera. Pero si ésta se convierte en vía ferrea y en raudito tren estrepitoso el lento carro de bueyes, auguran estos cambios vida nueva, para la cual no puede ya, á sus años, transformarse el veterano carretero, el segador enamorado de la *herba*, para quien una de las más bellas invenciones de la industria humana es el dalle.

Por eso, al afilarlo, suspende á menudo el martillar para seguir con los ojos la dirección marcada por los jalones del ingeniero, como si vieran ya cruzar un tren fantasma, anuncio de nuevos tiempos.

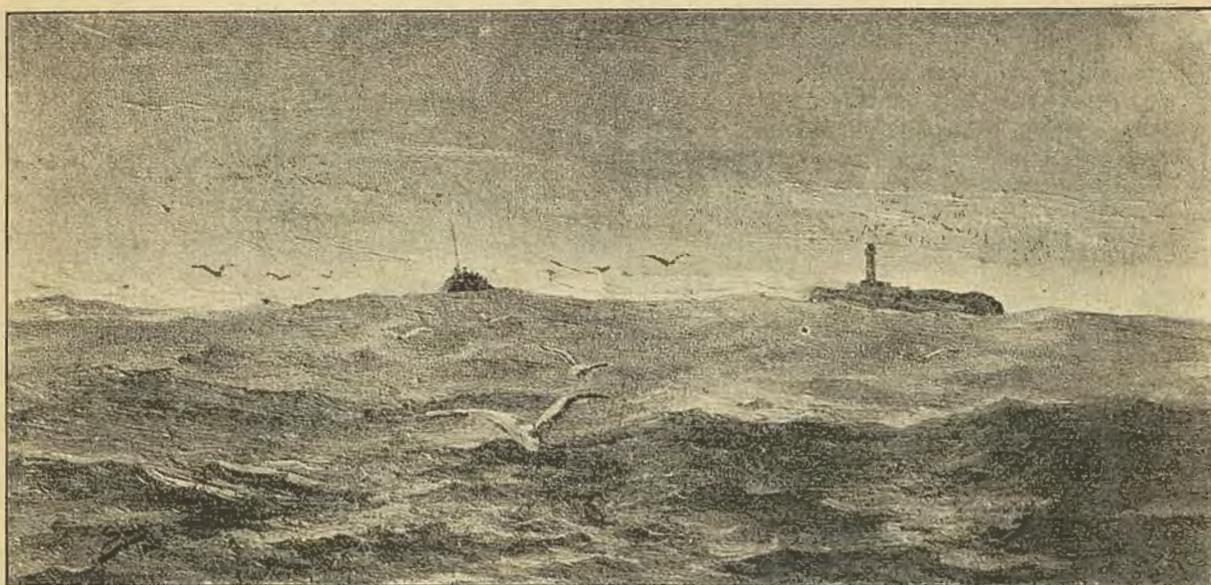
Y cuando vuelve caviloso á su tarea parece que resuena menos alegre el canto del dalle.

ADOLFO DE AGUIRRE.

Madrid, Abril de 1890.



LAS OLAS



LA OLA.—Cuadro de Salis.

¿De donde vienen? Súbito,
en medio los espacios
del anchuroso piélago
resurgen sin cesar,
como gigantes cúpulas
de líquidos palacios
que alzó el concurso armónico
del viento y de la mar.

Su inagotable génesis
—como el del pensamiento—
no deja en ellas límite
preciso definir:
ya en carcajada gárrula
convierten su lamento,
ya en ébano negrísimo
el ópalo y zafir.

Extiéndense en pirámides
que se hunden y se encumbran,
en revoltosos círculos,
en línea desigual;
sus crestas y sus vértices
destácanse y deslumbran
con los destellos vívidos
de eléctrico fanal.

En prismas van quebrándose
con ruido de hojas secas
y brillan cual relámpagos
de pronto en puntos mil;
y espúmanse en las márgenes
formando raras grecas
y en estruendosas cuádrigas
escalan el cantil.

Allí, bajo los nítidos
encajes de la espuma,
de ondinas y de sílfides
el bando bullirá;
quizá, en el ház, sus hábitos
engendren esa bruma,
sus juegos y sus cánticos
ese rumor quizá.

Acaso la vorágine
é indómita marea
serán sañudos ímpetus
del réprobo Luzbel;
del mundo en lo recóndito
rugiendo forcejea
y ese medroso estrépito
el eco será de él.

¿Mansas la débil góndola
hoy besan? pues mañana
con ansiedad famélica
la harán desaparecer;
traidoras son y pérfidas
como la suerte humana
que sume en bajo légamo
á quien alzara ayer.

Mientras retraten fúlgidas
la diamantina esfera
y arrullen como cítaras
que un angel acordó,
¿quién pensará en el náufrago
y en la feroz quimera
oculta en onda diáfana
que el ampo coronó?

Todo á fatal espíritu
parece dar tributo;
cabe la rosa plácida
la espina del dolor;
marchítanse los pétalos
para formarse el fruto,
y hasta del astro espléndido
manchado está el claror.

Todo en unión tiránica

y en lucha, al par, se advierte:
entre los torpes crímenes
la angélica virtud;
lo inmenso con lo atónico,
la vida con la muerte,
lo eterno con lo efímero,
la sombras con la luz.

Y todo así: ¡Cuán mísero
¡oh sér! fué tu destino!
¿Quién al *poder benéfico*
pretende esclavizar?
¿quién borra á sus imájenes
ese perfil divino
y amortiguó las lámparas
de su sagrado altar?

Por eso con los móviles
de vuestro altivo anhelo
generaciones múltiples
pasando van también:
por eso vuela el *ánimo*
buscando siempre el cielo
de la belleza incógnita
y el absoluto bien;
que aquí por breves órbitas
como vosotros gira,
cegado del estímulo
ignora donde vá;
ignora el aura ó ráfaga
que empújale en su gira,
la playa en que por último
su rota cesará.

Y así con rudo vértigo
y en torpe calma rueda,
cayendo del pináculo
dónde el afán le alzó;
y así le quedan lágrimas,
y así amargor le queda:
¡todo en espumas tórnase
que en realidades no!

ANTONIO GARCÍA DE QUEVEDO.



ANGEL DE LOS RÍOS Y RÍOS.

DON Angel de los Ríos es un señor —pocos tanto como él— alto y seco, de venerables y canas melena y barba, que encuadran el rostro arrugado y noble como orla de papel reciente puesta á una rancia ejecutoria de pergamino; de mirada concentrada, como de espíritu más empleado en mirar al cielo y en sí mismo que en andar asomado á las ventanas de los ojos viendo pasar las vanidades del mundo; brioso portador de sus muchos años y largos pesares, los cuales aún no le encorvan el tronco, ni hacen flaquear las piernas, ni temblar á las manos. Sobre el marcado entrecejo, que quizá le acusa de mal sufrido y pronto en el enojo, luego se espacia la frente despejada, por la que parece no haber cruzado jamás una idea ruin.

Solo vive, allá arriba en la montaña, en la única torre todavía habitada de esta tierra de ellas; y verdaderamente que toda otra vivienda pareciera mezquina para alojar su noble independencia, su altivez de señor que la funda, ántes que en nada, en un honrado estilo de vivir y un ánimo fuerte.

Allí retarda su venganza á la edad, no con mimos, llevándola blandamente á pasear en coche ni á reposar en plumas, sinó á sangre y fuego, retándola cara á cara en el monte, sin rendirla nunca tributo de miedoso. Allí reparte sus serenas horas entre cuidar su hacienda de labrador, como en su Castañar García, en labrarla por sí mismo si fuere preciso, antes que bajar al llano y á logrero, y el cultivo provechoso de las letras.

Desde aquel alto de Proaño ve—según su frase—impertérrito pasar los huracanes, hasta que alguno le desarraigue y tienda inerte, atento con todo á los ruidos que traen, de los que no pierden ninguno los oídos de su alma, tan despiertos en él y sutiles como quiso la suerte que estuvieran cerrados sus corporales oídos.

Cuando de alguno de los huracanes sabe algún mal ó fortuna que le aviene á la patria, á España ó á su tierra montañesa, es motivo á que baje su voz, ruda y sana como viento de montaña, desde ella al llano, más que á llorar de poeta el mal, á buscarle, como fuerte, remedio que le cure ó precaución que evite su vuelta, á cantar viriles himnos á la patria, á recordar viejas glorias suyas porque muevan y turben á los que la afrentan.

Cuéntale por estas letras la Montaña entre sus famas, y le tienen en ella y fuera por doctísimo en toda especie de ciencias históricas, erudito geógrafo, diligente aclarador de puntos oscuros y de controversia de la Historia española. Como quien busca letra de su amada, va don Angel entre los papeles viejos, *Relaciones* y *Cartas*, buscando á los montañeses, proezas suyas olvidadas, su intervención en las famosas empresas, convidándonos incansable á las mejores fiestas de la gloria y el renombre.



En su estilo y ánimo de escritor, mirados sobre todo en sus escritos recientes, éstas á modo de *cartas familiares* con que favorece á *El Atlántico*, menos á menudo de lo que éste quisiera, trae á la memoria á aquel otro montañés glorioso á quien oyeron príncipes y señores, reyes y prelados, y al cual no siempre quisieran haber oído según era de amargo lo que les decía. Como Guevara, escribe don Angel duro y al caso, con ele-

gancias de guerrero más que de cortesano, á cortar en cuanto no sea preciso seguir; y, como el docto obispo, si chancea, Dios sabe que no hace cosquillas. No menos se le parece en hablar de casos de la Historia, trayéndolos por ejemplo, con la misma familiaridad y frescura de recuerdo que si se tratara de la última conversación en el Salón de conferencias.

Paran á menudo á muchos lectores de sus artículos ciertas extravagancias de solitario; y yo también pienso que es extravagante, defecto, con todo, en que todavía á estas horas no ha incurrido ningún tonto.

El es, en fin, subido en aquel alto, como viejo patriarca que llora, sin llorar, sobre muchas cosas muertas ó que tal se le antojan, el vivo amor de la patria, el celo por su gloria y el valor para

continuarla; y, sin que de esto diga él nada, parece también último resto de algo que formó en otros días el carácter castellano: fè inquebrantable en el cielo, ánimo, con ésto, nunca desmayado ante la adversidad y la desdicha, justo orgullo del linaje y la casa, una inquebrantada cortesía y mezclados á ella un tesón indomable y el peli-groso puntillo.

Á roble añoso se comparó él mismo, y del roble tiene lo alto y lo incommovible, el sano corazón y la arrugada corteza. De abajo le mira con respeto la playa, pidiendo á Dios que retrase por muchos años aquel huracán que en todo tronco hiere y ha de derribarle en tierra.

ENRIQUE MENÉNDEZ.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

Concesiones de Fernando III.

Conquistada Sevilla por el Rey Santo con auxilio de la escuadra cantábrica, en la cual formaban principalmente las galeras de las Cuatro villas de la Costa—Castro, Laredo, Santander y San Vicente de la Barquera,—y agradecido San Fernando á Santander, una de cuyas naves destruyó las cadenas ó ataduras de hierro del puente de Triana, dió á la villa el honroso blasón que aún conserva, y consiste en una embarcación á toda vela, embistiendo á una cadena que, asegurada por un extremo en una *Torre de Oro* y por el otro á un barrio (el de Triana) corta el paso de un río.

Según añade Assas, mandó además el glorioso rey que Sevilla pagase á Santander algunos maravedises en reconocimiento de ser fundataria de ésta, cantidad que se asegura no haberse dejado de pagar hasta tiempos modernos, y no contento aún con otorgarla tantas mercedes, hizo reedificar su iglesia de San Emeterio, hoy catedral.



HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

CALDAS DE BESAYA.

Al lado de salientes y pintorescas montañas, entre la carretera de Palencia á Santander y el ferrocarril del Norte, en la estrecha garganta que limita los Valles de Buelna y Torrelavega y ya en la margen izquierda del río Besaya, aparecen como orgullosas las tan renombradas termas de Caldas de Besaya. Y no es que su fama obedezca en manera alguna á ridículas exigencias de la moda, que su probada eficacia curativa en los múltiples y variados grupos de enfermedades que cada año disfrutan de sus beneficios son de ellas buen justo tributo.

Caudalosos, y no en escaso número, son los manantiales que brotan de la caliza carbónica en las márgenes del río Besaya por más que solamente se utilizan cuatro en las termas y uno para el baño general ó piscina.

El manantial número 1 cuya temperatura es de 36°,6 toma su origen en la antigua galería, y es tan abundante que de él se surtían antiguamente todas las pilas balnearias como de actualidad se proveen un gran número de ellas.

El del número 2, de 35° de temperatura, brota en la nueva galería y sirve de alimento á tres bañeras.

El del número 3, con temperatura de 36°,5, no es nada escaso y ha sido recogido en las inmediaciones del muro exterior de la fábrica.

El número 4, que fué tan difícil como gravoso recoger, brota dentro del mismo río, mide 37° y es de tal abundancia que despidе dos litros por segundo, sirviendo para alimentar los baños de la alta galería, chorros calientes, pulverizaciones é inhalaciones. La temperatura del que se utiliza para la piscina es de 34°,5, siendo de advertir que ésta, lo mismo que la de los demás manantiales son constantes, sin que para nada influya en ella la temperatura exterior, la estación ni la hora en que se disfruten las aguas. Tienen éstas un sabor ligeramente salado, son claras, transparentes, incoloras é inodoras.

Fuerza era hacer una minuciosa descripción

del análisis químico que los ilustrados profesores señores Escalante y Cajigal con tanta precisión hicieron de estas aguas; mas pareciéndonos poco pertinente este trabajo al espíritu que nos guía, y siendo ya aquél de todos conocido, habremos de limitarnos á decir que, por virtud á su composición química, estas aguas fueron clasificadas de clorurado-sódicas-bicarbonatadas-nitrogenadas y termales con cinco manantiales de 34 á 37° C. conteniendo en disolución los manantiales números 1 y 2 60 cc.: el del número 3, 56 cc. y el de la piscina 62; en tanto que llama en gran manera la atención la cantidad de gas nitrógeno que espontáneamente se desprende de los manantiales números 1 y 4 que miden 95'320 y 98'045 cc. por 1000 respectivamente, contribuyendo esta circunstancia á colocar á estas aguas al nivel de las tan ponderadas de Panticosa y Ubilla, y como para completar sin duda las indicaciones



que demandan cierta clase de dolencias, la naturaleza, nunca escasa en prodigar atenciones, ofrece como á unos 300 metros del establecimiento una fuente ferruginosa que, si de escaso caudal, no deja de ser importante ya por ser la única de esta índole que se muestra en España, ya también por ser de tanta utilidad para atender á los estados anémicos y cloróticos, puesto que por su composición está clasificada en el grupo de las aguas ferruginosas crenatadas.

Antes de dar por terminada esta sucinta des-

cripción y entrar en otra clase de consideraciones que cumplen el objeto, permítansenos llamar ligeramente la atención acerca de los altos vuelos que las teorías microbianas han venido tomando en la medicina moderna; vuelos que casi hoy día hacen tan importante la fauna y flora de las aguas minerales como de interés sin disputa es el análisis químico de las mismas.

El análisis micro-biológico, cada vez con mayores medios de investigación, está cada día enriqueciéndose con nuevas adquisiciones la fauna y flora de la hidrología médica sin poder nosotros, ya por la índole de este trabajo, cuanto por lo prematuro que sería emitir opinión decisiva en esta serie de adelantos, (aún todavía en sus albores) mezclarnos en disquisiciones científicas sobre la mayor ó menor participación de tales seres microscópicos en la influencia terapéutica que ejerza el agua mineral á que pertenezca máxime siendo tan calurosamente defendidas como lo son las nuevas teorías por eminencias profusamente dedicadas á esta especialidad.

La fauna y flora de las termas de Caldas de Besaya, por lo mismo que de ellas nos hemos ocupado, bien merecen siquiera una ligera descripción y comenzaremos por tanto consignando que dos algas correspondientes á la familia de las *esquizofitaceas* de la clasificación de Cohn se encuentran en estas aguas; una de las especies está constituida por tubos de color amarillo verdoso, en el interior de los cuales se observan pequeñas granulaciones. La otra especie está formada por tubos más gruesos rellenos de materia colorante de un verde esmeralda y rodeados de *nostochs comunis*; unas y otras se forman con bastante rapidez y frecuencia en las paredes y techos de las salas de inhalación así como en las galerías del balneario y contienen en su interior cristallitos de cloruro de sodio y sulfato de cal.

Adheridos á las paredes véense además algunos hongos de fibrosa estructura y color blanco amarillento un tanto sucio formando una red entre cuyas mallas se dejan ver los esporangios que encierran los esporos, perteneciendo estas plantas al genero de los ascomicetos y familia de las tuberaceas de Cohn.

No dejan de existir además algunas otras especies, pero como sean éstas de menor importancia relativa deberemos hacer caso omiso de ellas en esta ocasión.

Dada la importancia de las aguas de referencia sus efectos, por sana lógica, habrán de ser correlativos pues aunque es verdad que hasta hace no mucho tiempo no se empleaban sino al exterior ya en sus manifestaciones se franqueaba ostensiblemente su acción excitante sobre la piel aumentando la circulación periférica por intermedio de la actividad vaso motora en virtud del contacto con los principios salinos que contienen y de la presión de la temperatura que auxiliada del correspondiente abrigo provoca necesariamente el sudor sostenible á voluntad á medida de las exigencias ó indicaciones de los estados pa-

tológicos y ya una vez conformes en el aumento de la circulación necesariamente habremos de convenir también en el aumento de las corrientes de dentro á fuera y viceversa favoreciendo la eliminación de ciertos principios dañinos de la economía y activando á su vez las funciones de la nutrición.

De muchos y variados medios dispone á la sazón la hidroterapia para ver de localizar sus efectos en órganos determinados y á este fin se vale de los chorros pulverizadores etc.

En cuanto á su uso interno, por su condición clorurado-sódicas-bicarbonatadas, disuelven y arrastran en pos de sí el moco más ó menos concreto que recubre la mucosa del aparato gastro-intestinal en algunos estados patológicos; regulariza y modifica las secreciones de los jugos gástricos é intestinales así como la circulación local de estos órganos dando ocasión á ligeras astricciones de vientre. Una vez absorbidas excitan la secreción de la orina al paso que la alcalinizan. Como consecuencia de sus efectos fisiológicos sobre la circulación y las funciones de nutrición se eliminan ciertos principios de desasimilación, causa principal de las dialesis reumáticas y gotosas, y de aquí los éxitos tan numerosos y cumplidos que se obtienen con el uso de las termas de Caldas de Besaya en mencionadas afecciones las cuales constituyen su especialización. Los reumatismos musculares y nerviosos solo con el uso del baño general á temperatura conveniente se curan por completo y los muy pocos que, por circunstancias especiales, no hubieren llegado á este término es bien seguro que se habrán beneficiado considerablemente. Los reumatismos articulares, con mayor ó menor inflamación en las articulaciones, responden satisfactoriamente á los efectos de las aguas siendo los menos los que no curan radicalmente: en tanto que los nudosos ó deformantes obtienen con aquéllos favorables resultados. Las parálisis de origen periférico responden maravillosamente á su acción y tampoco son indiferentes en ocasiones á las que reconocen un origen central.

Por virtud de los resultados obtenidos con el uso de estas aguas en bebida sugirió la idea de hacer extensiva su aplicación á las afecciones del aparato digestivo de carácter crónico, y fueron grandes las ventajas conquistadas en catarros gastro-intestinales y dispepsias de diferente naturaleza, tanto que el ilustrado médico director de baños Sr. Hernández, en una erudita Memoria, cita á este propósito numerosos casos de bañistas que, después de hacer uso de estas aguas, con el propósito de combatir afecciones reumáticas distintas, fueron sorprendidos al verse curados de catarros gastro-intestinales antiguos.

Deliberadamente habíamos hecho especial mención al ocuparnos del análisis químico, de la extraordinaria proporción de nitrógeno que espontáneamente se desprendía de los manantiales números 1 y 4, porque no podía pasar desapercibido para nosotros un agente terapéutico de

tanto poderío y de tan probada eficacia ya hoy en las termas de Besaya, gracias al infatigable celo del distinguido director de baños señor Hernandez, que en sus múltiples aplicaciones en los catarrros laríngeos y bronquiales, y en una palabra, en los graves procesos patológicos del sistema respiratorio nos ha comprobado una vez más que aquellas termas, cuando menos al nivel de las de Panticosa y Urberuaga, constituyen ya hoy una especialización en las afecciones de las vías respiratorias (en manera alguna sustituibles por las artificiales), pudiendo, en virtud de esta especial condición, decirse con orgullo que Caldas de Besaya está á la altura de los primeros establecimientos de España.

Tan vastas aplicaciones terapéuticas habrían de demandar una costosa y completa instalación de baños, aparatos de hidroterapia, pulverizaciones, etc.; y á este fin la antigua ermita y venta fueron sustituidas por un suntuoso establecimiento de baños, cuyo aspecto exterior de grandes proporciones nada deja que desear al buen gusto y en cuya entrada resalta á primera vista un espacioso salón de espera de pavimento baldosín y cuyas paredes bien entendidas forman caprichosos dibujos de azulejos: sobre la izquierda, una cómoda escalera da acceso á la galería baja, que aunque de forma un tanto irregular, su suelo de marmol blanco unido á los azulejos que del mismo color revisten las paredes, facilitan á este departamento un aspecto claro y limpio tan necesario en todas ocasiones: esta galería se halla provista de diez cómodas bañeras de marmol blanco y en ella se instala el gabinete hidroterápico que atesora el caudal de las duchas de lluvia, dorsal, circular, móvil, uterina, perineal, y otras que la colocan al nivel de los adelantos modernos: en comunicación con la galería, tenemos la destinada á clases menos acomodadas que abriga también diez departamentos de baños cuyas pilas revestidas de azulejos, la diferencian únicamente de las anteriores. Del fondo del citado salón de espera, parte una escalera que comunica con la llamada galería alta y en la cual, y amparado de una antesala para evitar las corrientes de aire, se encuentra el gabinete de inhalaciones, en cuyo centro parte una fuente de marmol provista de un surtidor que deja caer sin interrupción el agua bastante dividida y permite escapar los gases que espontáneamente se desprenden.

Contiguo á la anterior y en un saloncito perfectamente ventilado, se instalan tres aparatos pulverizadores niquelados de diferentes formas y también en duchas oculares, faríngeas, capilares y auriculares; en esta galería hay además seis gabinetes con pilas de marmol y piedra, destinadas á bañarse á temperatura conveniente y con su correspondiente manga para chorro movable.

En la planta baja de la hospedería de Santo

Domingo, está el baño general ó piscina, de cabida para seis personas y de tanta utilidad para la clase menesterosa.

El bañista para auxiliar los beneficios de las aguas, tiene necesidad de facilitarse una cómoda, confortable y bien ventilada habitación, y disfrutar de la acción de un clima cuanto más beneficioso; y á este propósito las Caldas cuenta hoy con el *Gran Hotel* distante unos dos minutos de la estación, con habitaciones en número de más de ciento, distribuidas en los pisos principal y segundo perfectamente ventiladas, claras y amuebladas con gusto y separadas unas de otras por hermosas galerías: tiene un comedor general ó de primera, muy capaz y con gusto decorado, antecomedor, comedores particulares, comedores de segunda, buena cocina y servicio de retretes provistos de agua corriente. Al extremo de esta edificación se ha levantado una capillita destinada al culto católico y á cargo de los PP. dominicos del convento inmediato y en comunicación con la fonda una tribuna á disposición de los bañistas, á las horas en que se celebra el culto, así como un gran casino, punto de reunión, al que se pasa por un puente cubierto, desde el *Gran Hotel* y se compone de salón con piano y armonium, sala de billar, juegos variados y un pequeño teatro. Del salón principal se pasa al jardín que no es sinó un hermoso parque adornado de escogidos árboles, juego de bolos, tiro de ballesta, trapacio, columpio, etc.

Del otro lado, y á la distancia de unos tres minutos de la estación se ostenta la antigua y justamente concurrida fonda del señor Terán, con habitaciones susceptibles á la holgura de unos ochenta á noventa personas, claras, ventiladas, alegres, y con medios de distracción y servicio que nada dejan que desear al bañista. Para comodidad de sus huéspedes tiene esta fonda servicio de coches que desde la casa ponen al bañista en comunicación con el balneario. Más inmediato, y en el centro de ambos, hay la conocida con el nombre de *Hospedería de Santo Domingo*, donde generalmente se albergan familias poco acomodadas, con habitaciones para bastante número de bañistas.

Existen además otras muchas posadas y fondas que no dejan de llenar las necesidades de los bañistas.

Para que nada tengan que envidiar las termas de Caldas de Besaya, además de la frondosidad y lozanía del valle reúne la bondad del clima que aunque húmedo, como la generalidad de los pueblos de la provincia, es muy sano y templado, pues en el verano reúne la temperatura media de 18 á 20.º C, la presión atmosférica de 758 á 760 milímetros y la altitud de unos 56^m sobre el nivel del mar con suaves paseos de comunicación á los inmediatos pueblos de Riocorbo, Cartes, Barros y los Corrales y abundantes y riquísimas aguas.

ICONOTECA MONTAÑESA.

ESCRITORES ILUSTRES.

No hay para que negar que los estudios no florecieron tanto en la Montaña como en otras regiones y que no puede presentar nuestra provincia un número de escritores comparable al de otras tierras superiores á ella hasta en extensión material.

Causas bien sabidas de todos produjeron ese resultado en lo antiguo, y así en las altas glorias literarias nacionales la Montaña no puede reclamar más parte que la de engendradora de las razas de que procedieron el Marqués de Santillana, Garcilaso, Lope de Vega, Calderón y Quevedo, cuyos padres eran montañeses y cuyos solares radicaban en esta tierra.

De todas suertes, aún reconocida esa verdad, tampoco es cierto que esté falta de abolengo literario, pues fué madre de escritores notables, de los cuales los siguientes deben figurar en la futura *Iconoteca*:

—*Beato de Liébana*, gloria de la Iglesia Española, comentador del *Apocalipsis* y hábil contradictor de las heregías del siglo VIII.

—*Fr. Antonio de Guevara*, prosista eximio, autor de libros que corrieron famosos por Europa, autor de cartas notabilísimas coleccionadas en el *Epistolario Español*.

—*Jorje de Bustamante*, traductor de la *Historia* de Justino y de las *Metamorfosis* de Ovidio.

—*Bernardino de Escalante*, autor de libros de prodigioso éxito como los *Diálogos de arte militar* y el *Discurso de la navegación de Oriente y noticias de la China*.

—*Sebastián de Guevara*, recopilador de la *Flor de romances*.

—*P. Martín del Río*, portento de erudición y doctrina, comentador de la Escritura y de varios autores de la antigüedad clásica, autor de las *Disquisitiones Magicae*, libro famoso y curiosísimo.

—*Juan de la Espina*, autor de notables tratados contra la Compañía de Jesús.

—*Francisco de la Barreda*, crítico eximio, traductor del *Panegirico de Plinio*.

—*Félix de Vega*, poeta ilustre que alabó mucho su celeberrimo hijo Lope.

—*Antonio de Mendoza*, poeta felicísimo, autor de muchas y muy buenas obras dramáticas, puestas á contribución por muchos maestros extranjeros y hasta por el mismo Molière.

—*Fr. Francisco Sota*, sabio benedictino, celoso investigador de antigüedades, cronista ilustre.

—*Francisco Manuel de la Huerta y Vega*, autor de una *Historia de la España Antigua* y colaborador del *Diario de los Literatos*.

—*José Cobo de la Torre*, autor de buenas obras de Jurisprudencia.

—*El P. Rábago*, confesor de Fernando VI, teólogo egregio, literato insigne, autor de muchos libros gloriosos.

—*P. Esteban Terreros y Pando*, autor de un *Diccionario universal de ciencias y artes*.

—*Rafael Floranes*, preclaro historiador, gloria de la España del siglo XVIII, autor de notabilísimas obras de historia política, legislativa y literaria.

—*José Martínez Mazas*, cronista infatigable, autor del manuscrito *Memorias antiguas y modernas de la iglesia y Obispado de Santander*.

—*Fr. José de la Canal*, autor ilustre, colaborador de la *España Sagrada*.

—*José La Serna Santander*, bibliófilo insigne, autor de un *Diccionario de incunables*, del *Catálogo* de su biblioteca y de memorables monografías.

—*Tomás Antonio Sánchez*, académico ilustre, crítico notable, autor de importantísimos estudios sobre la poesía española del siglo XV.

—*Fr. Ignacio de Bío Hanero*, autor del notable manuscrito *Memorias á Santander y expresiones á Cantabria*.

—*Telesforo de Trueba y Costo*, literato eximio, novelista, poeta, autor dramático.

—*J. Trueba y Costo*, autor de preciosas poesías francesas.

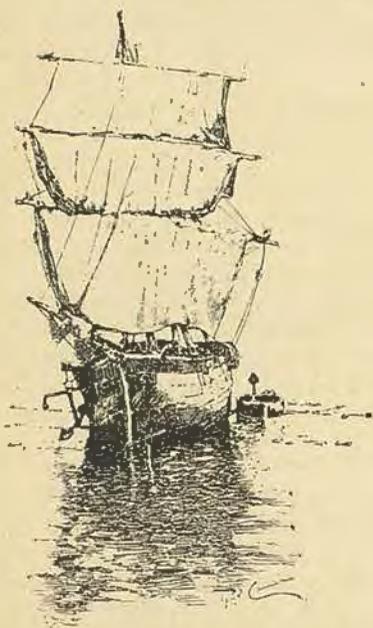
—*Manuel de Assas*, crítico y arqueólogo preclaro, ilustre cronista de la provincia.



ETAPAS DE UN MARINO.

«Allá va con Dios, en buena hora.....»

HE alcanzé en la primera etapa, corriéndola con los náuticos de su pollada, vestido de *agregado*, gorra azul de bisera chiquitina con galón y ancla de hilo de oro, chaquetón de *paño-piloto*, pantalón de lo más pardo de Munilla, y botas de las que hacía el maestro Villalabeitia, con lo cual dicho está que eran de *agua*, porque el maestro Villalabeitia no sabía hacer otras. Así vestían los *agregados* por aquellas Kalendas, después del primer viaje á las Antillas.



Dos había dado en el *Trasmerano Chiquito*, bergantin de trescientos barriles de carga, es decir, del tamaño de un patache. ¡Vaya un barco el *Trasmerano Chiquito*! Había que echarse el

alma á la espalda para atreverse á correr en aquella masera los temporales del Atlántico, durante los dos y tres meses de travesía, comiendo galleta con gusanos, frijoles y bacalao, bebiendo agua corrompida, amaneciendo doscientas millas más atrás del punto donde habían anochecido, desandando veinte veces lo andado y sin saber jamás cuándo fondearían en el puerto de su destino.

Pues en barcos por el estilo, y jugándose á todas horas la vida, navegaban los marinos de entonces, y por tal camino subían de *agregado*, por la comida, á *tercero*, con ocho duros al mes, navegando á meses; que cuando iban á la parte, era lo corriente no ganar ni para los víveres que se habían comido. De *tercero* ascendían á *piloto*, mediante el durísimo examen y los tres viajes de ordenanza, y de *piloto* á *capitán*, después de un par de docenas de travesías, no sin haber naufragado en alguna y visto llenar los bolsillos de arena á sus infelices compañeros. Así llegaban, vivos por milagro, á mandar un buque como el *Trasmerano* ó peor, si había quien se lo diera, que no solía faltar un don *Frutos Coloniales*, por la divina misericordia.

No sé cómo, siendo yo un pipiolo insignificante, un mal estudiantillo de latín, y él un hombre de barba muy cerrada, habíamos pegado tan bien la hebra. Quizá me arrimaba á él y á todos los de su beta mi afición á lo marítimo, que la tenía muy acentuada; quizá algo grande que veía en las gentes de mar y no lo veía en las de tierra; no sé en fin, lo que ello fué; lo cierto es que entre Mariano Lastra—hora es decir su nombre—y yo se trabó una amistad que no se entibió en toda la vida.

Me gustaba andar con él, ir al *Trasmerano* á tomar un *pote* de café con galleta y *caña*, y acompañarle hasta fuera de la barra cuando salía á viaje. Me divertía mucho verle con sus íntimos, los otros *agregados*, y seguirles—á respetable distancia, por si había trompadas y me tocaba alguna—en sus diabluras nocturnas. Gozaba lo inde-

cible oyéndoles cantar, al pie del balcón de Nerín, el célebre *Trisagio*, inventado por Senties, y aquella copla: «San Genaro bendito,—dame qué hacer,—que nos morimos de hambre—yo y mi mujer.» ¿Y cuando les daba por cambiar letreros, poniendo en la botica de al lado el del zapatero de la esquina? ¿Y lo que me hacían reír cuando se encontraban con el sereno y les amenazaba con el señor Alcalde? Era cosa de echar los ijares de risa al ver aquellos hombres-niños cantar á las barbas del pobre vigilante: «síguela que es buena —síguela que es mala,» sin que pudiera ponerse serio, porque tras de esta aleluya le soltaban otra, capaz de hacer perder la seriedad á un guarda-cantón.

Ignoro como eran los otros marinos españoles de entonces. Supongo que el parecido era grande, porque en barcos semejantes navegaban, los mismos trabajos sufrían y tan dura vida arrastraban, y parecía natural que, al juntarse en tierra, se vengasen de las privaciones, trabajos y sobresaltos de la mar, si es que para el corazón de aquellos valientes había sobresaltos, ni trabajos, ni privaciones capaces de hincarles el diente ni durar en su memoria una hora después de sufridos.

Ocasión he tenido de conocer de cerca á los de otras matrículas y no he dejado de encontrar bastantes puntos de semejanza con los nuestros, pero notables diferencias en otros muchos. Cada país tiene lo suyo, y este rincón de Cantabria tuvo la especialidad de sus marinos, seres de una raza que se acabó años hace. Si alguno queda para muestra, está relegado al museo de antigüedades. El vapor concluyó con los hombres de mar, convirtiendo los marineros en cuadrillas de carga y descarga y en mozos de limpieza, y los oficiales en caballeros particulares, salvas pocas excepciones, y éstas de los que navegaron en buques de vela. El viejo capitán Saráchaga, muy conocido en Santander, hablando de las tripulaciones, solía decir, no sin gracia: «*marineros de agora, marineros cagas; mejor andar en labranza*», y debía saberlo á fondo.

Mariano Lastra fué corriendo la suerte de sus compañeros.

De agregado del *Trasmerano* pasó á *tercero* de la *Tránsito*, corbeta mandada por el célebre capitán, con vitola de diplomático (*rara avis* en los del oficio), don Carlos Sierra, de quien Lastra tomó aquel aire y aquella finura *sui generis*, que tan bien le caían, y fueron cimiento de su fama cuando llegó á tomar el mando de un buque.

Examinóse de lo más temible, de piloto de derrotas; y con este cargo se trasbordó á la *Perla* en compañía del mismo capitán, y en este paquete navegó hasta que fué construída para él la *Hermosa de Trasmiera*.

Aquí empieza para el nuevo capitán la segunda etapa de su vida marinera.

Para el mando del buque que se le había confiado, dedicado casi exclusivamente á pasajeros, hacían falta condiciones especiales, y Lastra las tenía. Siempre, en medio de las locuras de la mocedad, se distinguió de sus colegas en las maneras, en la figura, en el decir y hasta en la ropa. Reunía todas las de la ley para hacerse querer, y tanto le querían los pasajeros, lo mismo los de popa que los de proa, que no sabían cómo agasajarle cuando en la Habana le encontraban. Era natural. Había sido en la travesía el padre de todos; para todos había habido atenciones, consuelos y esperanzas; y no sólo en la Habana, aquí también era queridísimo en toda la Montaña, por ser la Providencia de las pobres familias que esperaban la onza del hijo ausente, y la carta, y la cajita de dulces, y el pañuelo para la madre; y ésto y más lo traía Lastra y lo entregaba á la familia entre bromas, chistes y noticias del indiano en infusión, que colmaban de gozo y hacían llorar de gusto á las pobres gentes. Era de ver—lo presencié muchas veces—cómo entraba en los establecimientos de la Habana, llamaba á los muchachos, colocados por él en aquellos establecimientos, y entablaba diálogos como el siguiente:

—Oye, tú, Calzonucos, ¿cuánto has enviado á tu madre?

—Pus, don Mariano, como dice el amo que el giro está muy alto, no hai mandao nada entavía.

—¿Cuánto tienes ahorrado?

—No hai sacao la cuenta, pero no puei ser mucho, porque en los ocho meses que hace que usté me trujo, y con la media onza al mes y pague usté la ropa y dos pares de *espargatas*, ya vei usté.

—¿Cuántas cartas has escrito?

—Pus la llegada y otra con uno del pueblo, que iba medio defunto de *digarreas* y se murió en la mar. A más, como está uno tan ocupao en estas bodegucas, que ni tiempo hay, como en esos almacenes, pa sentarse por las noches un ratuco á la puerta, ni tan siquiera le dejan á uno media hora pa dir á misa los domingos, que dicen que aquí no se usa, y le hacen á uno burla si habla de ello, y le tiran por la ventana el escapulario y la bula y la estampa de San Rafael, y se comen las nueces y las avillanas, que trugimos en *larca*, ¡pañño! se le quita á uno el humor hasta pa escribir una carta.

—Llama á Escajeras (Escajeras era el amo de la bodega) y dile que traiga tu libreta.

Sale de la trastienda Escajeras, en mangas de camisa, las zapatillas en chancleta, sudando chapote, con la libreta de Calzonucos en la mano zurda, la pluma en la oreja derecha, y armando un griterío de mil demonios.

—Don Mariano, ¿usté por aquí? ¿cuándo se ha llegado?—Muchacho, la cerveza buena con nieve y dos copas grandes.—¿Quiere un bull ó cerveza pura? Y la señora ¿cómo la dejó?

—Sentada y de cuatro meses.... Mira, Escajeras, déjate la cerveza para otro día y basta de matemáticas. Vamos á ver cuanto tiene ahorrado Calzonucos.

—Ahora verá:

«Un catre, veinte fuertes.

«Seis camisas, seis pesos.

«Dos pares de alpargatas, doce fuertes.

«Lavao, fregao y pelao, cuatro pesos.

«Total: cuarenta pesos, salvo error de suma ó pluma.

—Alto, paisano, que los veinte y los doce son reales y los metes en la casilla de los pesos.

—Perdone, don Mariano; fué un *equivoco*. ¡Con este *temperamento!*...

—Bien, hombre, bien; ya veo que sobra un pico, porque Calzonucos no ha gastado más que lo justo para no andar en cueros y descalzo. Arría una onza para que el padre pague la contribución, y un peso para que coja una chispa, y cárgaselo en su cuenta. Para no equivocarte otra vez, mucho ojo con *el temperamento*; apunta por la mañana, que hay más fresco, y cuenta con que he de mirar la libreta todos los viajes, por estarme muy recomendado ese muchacho. Ah, se me pasaba; arría otro doblón para la torre y el reloj de la iglesia de Cueto, que ya me falta poco.

—Y tú, sinvergüenza, ponte á escribir ahora mismo y lleva la carta á la *Trasmiera*, que está en el muelle de Caballería. Como á vuelta de viaje sepa que no has escrito todos los meses, se lo cuento al Capitán general y vas á aclimatarte al depósito de *Cimarrones*, sin perjuicio de la pifia que yo te atice.

Esta escena, con ligeras variantes, pero con el mismo resultado de la onza, el peso y la carta, se repetía en cuantas bodegas y almacenes entraba Lastra, que eran la mayor parte de los que hallaba al paso por el rumbo que iba.

Era entonces muy joven y, á pesar de la formalidad de capitán de un buque de tanto ruido como la *Trasmiera*, se acordaba de que no era viejo y que, atracados al mismo muelle, había una docena de barcos de la matrícula de Santander y en ellos más de media de paisanos.

—A ver, Felipe,—decía al mayordomo—avisa á la tropa de esos barcos, díles que hoy es domingo y que en la despensa hay chorizos, chacolí de Cueto y queso de pasiegas.

Horas antes de la comida estaban á bordo de la *Trasmiera* los avisados por el mayordomo, Madruga, Silverio, Layo, Bitadura, Eusebio Sierra (padre del hoy celebrado autor de *La Romería de Miera*) y cuantos montañeses había á la mano.

Un *chincotel* con nieve era lo primero que allí se servía á los convidados, debajo del toldo y á la brisa, que no solía faltar, y lo servía pronto, abundante y bien el buen Felipe Ceballos, mayordomo incomparable, que así sacaba á un *luciano* vivo las espinas como hacía una limonada de Champagne ó una *sangría* de chacolí con agua del fregadero, ó alijaba una caja de azúcar llena

de libretas de tabaco, (por su cuenta, no por la del capitán) con un par de *canecos* de ginebra de *La Campana*, que regalaba á los raqueros. Se hacía hora de comer contando cuentos ó historias tan verídicas como verduscas, ó cantando algo nuevo de lo de la tierra, ejemplo: á Nerín le metieron en un portal,—ha llamado á la guardia y á don Juan del Val,—y, *hala*, á comer, allí mismo, al fresco, en una mesa improvisada sobre dos caballetes y un tablero, que la cámara era un horno.

La comida era buena, como dada á bordo del mejor barco de pasajeros; pero mejor que la comida eran las pullas y las frescas que se soltaban á bocajarro aquellos tunantes.

Era piloto de la *Trasmiera* Modesto, y allí estaba muy callado, atizando á los chorizos, como los demás. Gustábale rezar y hablar de Religión —y sigue gustándole,—sin perjuicio de ser tan peine como los otros cuando llegaba el caso. ¡Había él mamado mala leche de la señora Luciana, su madre, educada por doña Petronila, la de Escalante! Tenía un geniázo de mil rayos y unos puños de *patente*, lo cual hará bueno su hermano Sama, hoy inteligente sobrecargo de la *Trasatlántica*, que los probó tres veces al día, siendo chiquillo, y todavía le duelen los porrazos.

El bueno de Modesto se atrevía á meter baza, hostigado por un coquetazo del capitán, y saltaba muy hosco:

—Bien se conoce que no os habeis confesado esta cuaresma, cuando tan desvergonzados estáis. A ver quien de vosotros presenta la cédula de Comunión, como la puedo yo presentar al *Sursuncorda*.

—Pues mira, hijo, échala al puchero, verás que sustancia tiene el caldo, contestaba Sierra. En seguida, dirigiéndose á los comensales, en tono y ademán declamatorio, cortaba el mismo Sierra la conversación con un discurso del tenor siguiente:

—Señores: las faltas deben callarse cuando no están á la vista, y vosotros, congrio, estáis sacando al sol lo que solo debe saber la sombra. Siempre habeis de decir de dónde séis y..... yo siete. El que quiera reñir, que venga conmigo al prado *Tantín*; yo me voy ahoritica á tomar café en esa mecedora desfondada que tiene junto al timón el cochino del capitán.

Largaban todos las servilletas, daban un puntapié á los taburetes de lona y gritaban á una:—eh, Mariano, la guitarra y á bailar.

Cogía Mariano la guitarra, que tocaba bien, y con aquella hermosa voz de barítono, entraba cantando la guaracha «Chinita ¿qué estás *hiciendo?*», le acompañaba á duo Sierra; hacían el coro los otros, apareábanse Madruga y Silverio, éste de hombre y aquél de señorita, y bailaban el *danzón* lo mismo que el negro más *catedrático*. Mataba la culebra Layo, bailaba Sama el *Cocuyé*, remataban con la *Caringa* y, sudando azufre cantadores y danzantes, —¡largo!,—gritaba Lastra, al parque, á tomar fresco y echar un párrafo con

los paisanos en el *Louvre*,—y allá iban todos, desempedrando las calles en media docena de *volantas*. Desde allí cada mochuelo á su olivo. No sé á donde irían los demás; me consta que Lastra iba á su barco, según costumbre, á las diez de la noche.

A los pocos días, salía por la boca del *Morro* la *Trasmiera*, gallarda, hermosísima, con todo el aparejo largo, despedida por cientos de amigos, que agitaban desde la *Punta* sus pañuelos, dejándose oír la voz de alguno que decía:—Mariano, da un abrazo á mi madre; ó esta otra:—Mariano, un beso á la Sandalia. Iba abarrotada de indianos, moribundos los unos, aplatanados los otros y tristes todos, á pesar de volver á su tierra, no menos risueña y algo más *colorada* que la que dejaban para siempre. A los treinta fondeaban en Santander y, al mirar la ciudad y el campo, comenzaba el asombro, enseguida la animación y á la postre la alegría de aquéllos que tan macilentos salieron de la Habana y vieron que, al vestirse de prisa para saltar en tierra, no les cabía el cuerpo en los calzones.

Tal concepto de capitán probado para el pasaje había ganado Lastra en la *Trasmiera*, que el muy digno comillano, honra de la Montaña, don Antonio López, al fundar su empresa de vapores correos, pensó en él antes que en otro para darle el mando de uno de ellos. Ni Lastra ni ninguno de los de esta matrícula, en quienes D. Antonio tenía puestos los ojos, susceptibles como buenos montañeses, aceptaban la plaza de subalternos (así entraban en la empresa), siendo antiguos capitanes. Sin embargo, nuestro marino, bien aconsejado, aceptó el cargo de la derrota del *Santo Domingo*, á calidad de ascender á capitán al rendir el primer viaje. Y ascendió; que López estimaba en mucho su palabra para faltar á ella, y tomó á vuelta de viaje el mando del *Santo Domingo*, del cual vapor pasó al *Guipúzcoa*.



No voy á hablar por cuenta propia, de *las cosas* de Lastra en esta nueva etapa. Me ahorran el trabajo las memorias de un capellán, que dió con él bastantes viajes. Véanlas ustedes.

«Me embarqué á bordo del *Guipúzcoa* el quince de Marzo de mil ochocientos setenta y uno.

»Fuí recibido por el capitán, don Mariano Lastra, con la cariñosa confianza que á cualquiera »dispensaba, y un poco más por ser yo quien era.

»Preguntéle por mis obligaciones y me contestó sonriendo:

—»Los días de trabajo no dice usted misa, si »no le da la gana. Si quiere decirla, le ayudaré »yo, que me gusta oirla todos los días.

»A las seis tocan al desayuno y va usted al salón, si no quiere que se lo sirvan en el camarote. »Véale usted; éste es.

»A las nueve oirá otra vez la campana; se viste y asea para almorzar.

»A las nueve y media se toca otra vez; coge usted el cuerpo y le arrima á la mesa.

»Después de almorzar hace usted la digestión »paseando conmigo en el puente ó solo, donde le »acomode. En seguida á echar la *canónica*, y á la »una le despertará la campana que llama al refresco ó al *lunch*, lo que más le guste. Yo nunca »tomo nada á esas horas, nile aconsejo que lo tome, por ser mala costumbre, ni tampoco le »aconsejo que ande mucho con el *pasaje*, que »trae disgustos.

»A las cuatro el toque de preparación para la »comida; á las cuatro y media se repite la sonata »para sentarse á la mesa.

»A las ocho y media vuelta á tocar para el »*lunch* y el refresco, y cuando tenga sueño, al »camarote, á dormir, ó se pasea hasta las once en »la toldilla. A esta hora se apagan las luces y »cada cual se tumba en su litera á mirar para »adentro.

»Los domingos se celebra la misa á la hora »que disponga el capitán. Lo corriente es á las »ocho y media, si no hay grandes balances; si los »hay no se dice la misa.

»Si le llaman para administrar algún enfermo, »va usted á escape y cumple su obligación. A los »muertos se les reza el oficio de sepultura y se les »entierra en la mar á media noche, para que el »pasaje no lo vea, y sanseacabó.

»—Y por no hacer más que eso me dan cuarenta duros al mes, barba hecha y botas limpias?

»—Y alguna misa que otra, aunque no muchas. »Antes estaban ustedes en grande. Capellán he »tenido yo en este barco, que ha celebrado misa »de tres mil reales, recogidos por mí entre el »pasaje.

»Y por el estilo y con mucho cariño siguió hablando un buen rato, notando en él un gran fondo de piedad y una fé acendrada en la Virgen del Cármen, cuya imagen tenía en el pecho, en un relicario pendiente del reloj, en el camarote, rodeada de los retratos de su familia, y en el cuarto de la derrota. Entónces ví que el sentimiento religioso no estaba refido con la vida azarosa y brava de aquellos hombres; porque todos los de á bordo eran devotos de la Virgen del Cármen y no había uno que no llevara su santo escapulario colgado del cuello y no la

»rezase todas las noches, pidiendo su amparo.
 »Empátame usted la punta de estos cabos: por
 »una parte, apariencia feroz y desalmada, por
 »otra, un sentimiento de piedad tal, que les hacía
 »capaces de ir al martirio. Contradiciones de la
 »flaca humanidad.

»Tenía don Mariano dos rarezas á bordo: Una
 »mona muy chiquita y un carnero manchego,
 »mayor que cualquier burro de vitola corriente.

»La mona era de las llamadas *Titi* y tenía los
 »demonios en el cuerpo; alguna vez quise con-
 »jurarla.

»Estaba amarrada á proa con una cadena fuer-
 »te; pero se daba maña y la rompía cuando se le
 »antojaba, y en cuanto se veía suelta tomaba la
 »tabla de jarcia, subía á la cofa, abría una caja
 »que estaba allí con herramientas, y se divertía
 »arrojando á la cabeza de los marineros un mar-
 »tillo, un hacha, lo primero que cogía. En una
 »de estas descalabró á un pasajero, mandó el ca-
 »pitán que la botasen al agua y así se hizo, aho-
 »gándose la condenada en menos que se santigua
 »un cura loco.

»El carnero se llamaba *Perico*, comía chicotes
 »y puntas de cigarro y embestia como un toro
 »de Veragua.

»Con él se daban corridas á bordo. Se dió una
 »famosa, la última, anunciada en grandes carte-
 »les colocados en todos los departamentos del
 »barco, tan bien hechos, que yo creí que había á
 »bordo alguna imprenta. Resultaron obra de un
 »peine, licenciado del presidio de Alcalá, donde
 »había cumplido diez años de condena por ase-
 »sino y falsificador. Entre los pasajeros nunca
 »faltaba algún apunte que sabía de todo bas-
 »tante bien.

»La corrida se celebró el día de San Pedro.

»Por disposición del capitán presidieron la
 »plaza dos *señoritas* muy guapas, consignadas á
 »la órden de un tal Putierrez de la calle de la
 »Lamparilla, de la Habana. Los toreros eran ca-
 »mareros andaluces, vestidos en toda regla: nunca
 »supe de donde diablo sacaron los trajes. A las
 »seis de la tarde se presentaron en el redondel,
 »en los carritos que entonces se estilaban para
 »llevar la loza desde el comedor al fregadero.
 »Iban arrastrados por un buey, famoso por ha-
 »ber nacido á bordo, llamado *Paredes*, no sé por
 »qué. Hicieron con mucha gracia el saludo á la
 »Presidencia y al numeroso público, y comenzó
 »la brega.

»A la primera embestida quedaron fuera de
 »combate tres de los seis toreros, porque *Perico*,
 »que conocía tan bien como ellos la entrada y
 »salida de los burladeros, metía el testúz por to-
 »dos los escapes y al que no machacaba le mordía;
 »que el maldito tenía esa maña. Los burladeros
 »eran cuatro mangueras que había sobre cubierta.
 »A dos de los diestros les arrancó media libra de
 »carne de la parte trasera y al otro le hizo perder
 »los dientes, que valían un dineral, como fabrica-
 »dos en New-York. La fiesta acabó como el Ro-
 »sario de la Aurora, á testerazos de *Perico*.

»Ocurrió, al empezar, un incidente gracioso,
 »que se me olvidaba.

»Presentóse en el ruedo un tal Cubría, fogo-
 »nero y trasmerano, muy *corvo*, con sombrero
 »de copa—de los que el difunto Esteban, cuñado
 »de Lastra, compraba á los aldeanos para los días
 »de Carnaval,—levitón larguísimo y paraguas de
 »percal encarnado debajo del brazo.

»Mostraba á las presidentas un billete de gra-
 »da, que le había costado un peso, según decía—
 »era una lista del *menú* de la comida,—y como
 »todas las localidades, hasta las crucetas, estaban
 »ocupadas, el capitán, muerto de risa al ver
 »aquel tipo, le mandó sentar entre las *señoritas*
 »de la Presidencia.

»Aquello se celebró mucho.

»Terminada la corrida se armó la gorda.

»Mandó el capitán subir el piano á la toldilla
 »y que tocase una gallega, que lo hacía tal cual,
 »las *Ventas de Cárdenas*, bien cantadas por él, y
 »después el *Negro bueno*, con güiro y todo, que
 »nunca le faltaban un par de ellos con los cuales
 »acompañaba las guarachas y el *tango*, con la
 »perfección del negro de mejor oído.

»Para fin de fiesta, el *pardo no Canuto Ra-*
 »*pañra*, marmitón de la cocina, bailó, por todo
 »lo alto, el zapateo cubano con la pasajera *Chu-*
 »*scha Caimito*, de Remanganaguas (no hay que
 »reirse, en Cuba está este pueblo), *cuarterona*,
 »que viajaba, por gusto, en tercera preferente,
 »con Botafumeiro, *su marido*, el cual Botafu-
 »meiro no tenía precio para cocinar un *quimbombó*
 »lo mismo que un *ajiaco* ó un *caldo gallego*. El
 »baile estuvo ¿sabe usted cómo?... *De Candela*.

»Tengo tan presentes estas menudencias, y las
 »apunto, por la gracia que me hizo el zapateo, y
 »los pelos y señales de los personajes citados
 »también: me los dió el sobrecargo, que estaba
 »sentado á mi vera.

»Todo ello no vale una *guayaba*; así y todo,
 »quiero que conste.

»Camprodón, autor de *Marina*, iba en aquel
 »viaje, hecho una cataplasma, mareado, sin salir
 »de la litera hasta que llegamos á la Habana.

»Lastra se asomaba todas las madrugadas, á
 »las cuatro (que era la hora en que se retiraba á
 »dormir), á la puerta del camarote á darle sere-
 »nata con el güiro, cantando: «Dichoso aquél que
 »tiene—su casa á flote,» y diciéndole:—aquí,
 »aquí debían ustedes venir á escribir zarzuelas,
 »no en los garitos de Madrid, grandísimos pillos.
 »—Al pobre Camprodón le llevaban los demo-
 »nios, le llenaba de improprios y le tiraba con
 »las botas y hasta con el orimal.

»Atracados un día á Casa-blanca, haciendo
 »carbón, nos dió el carnero un buen disgusto, y
 »lo voy á apuntar porque lo merece, aunque pa-
 »rezca una niñada.

»Estaba yo hablando en el portalón con un
 »paisano muy rico, pero muy cursi, *meleno* con
 »ropa de señor, tan inflado y tan cargante, que
 »nos reventaba al capitán y á mí; un *Gonzalera*
 »en pasta.

»Tenía la espalda hacia proa, y *Perico* estaba allí en su jaula.

»Don Mariano le sacó, metiéndole entre las piernas, mirando á la espalda del *meleno*, le azuzó al soltarle, *Perico* tomó carrera como un cohete y le alumbró tal topetazo, que cayó al suelo cuan largo era. Quiso levantarse y, cuando estaba en veinte años, le atizó otro golpe, le hizo dar la vuelta de campana y quedó patas arriba. »Levantose como pudo sujetando yo á *Perico*, y sin pensar en recoger el sombrero, el bastón y los papeles de un pleito que en el sombrero llevaba, tomó, perdiendo las nalgas, la plancha, saltó al muelle y desde allí nos puso de pillos, granujas, indecentes, que ni con tenazas podía cogérsenos. »Murió sin volver á saludarnos.

»A Lastra le apestaban los versos, y, sin embargo, los hacía con espontaneidad y gracia, por supuesto, siempre inclinado á la caricatura. En un cuaderno, que andaba rodando por la mesa del cuarto de la derrota, dejó algunos bastante buenos, entre ellos una *Loa* chistosísima para introducción de un sainete que había de representarse por los comediantes de Cueto. No sé á qué manos fué á parar el cuaderno. Yo le he buscado con empeño y no he podido dar con él. Contenía otros muchos de buena sombra y algo en prosa digno de haberse conservado, todo ello escrito por la cáfila de pillastres bohemios que dieron viaje en el *Guipúzcoa*.»

Hasta aquí llega el capellán en sus memorias.

Debió de escribir más y parece que se traspelaron algunas hojas. Lo presumo porque en la época á que hace referencia hubo episodios que merecieron apuntarse. Yo sé algunos que no constan en ellas y los saben también varios capitanes y oficiales de los correos; pero no voy á cansar la paciencia de los que la tengan para leer estos apuntes, porque, aunque á mí me parezcan graciosísimos, á muchos (de los de ahora), acaso parezcan de mal gusto. Estamos en la última etapa del inolvidable marino.

Del *Guipúzcoa* fué trasbordado al nuevo *Santander*, hoy el *Vizcaya*.

Navegó poco tiempo, con la suerte de siempre, y acompañado del capellán su amigo.

Este se iba cansando, como nos cansamos de todo, aunque sea bueno.

Empezó á parecerle que la mar era excelente para los tiburones y la merluza y magnífica para mirarla desde tierra. Labró en él este parecer y se retiró al agujero de casa y en ella vive, algo

averiado, haciendo jaulas. Por la ciudad se le ve de higos á brevas, leyendo los letreros, algo pasado, como los *quintos*.

Lastra, que no se hallaba sin él, harto de ir y venir durante cuarenta años, avinagrado el genio, apergaminada la piel y empezando á hacer agua el casco de su cuerpo, pensó lo mismo y se retiró también. Pero le pasó lo que á la mayor parte de los marinos. Separado de golpe y porrazo de cuanto olía á alquitrán y aceite de la máquina, rotos en un día los hábitos de tantos años, dió en entristecerse, metióse en la cabeza que nadie le respetaba ni quería como cuando mandaba un vapor-correo y quiso volver á la mar. Negóse don Antonio López, con la mira de darle en la Empresa un destino que oliese á brea y le permitiera descansar y educar sus hijos. Le impresionó la negativa, crecieron las cavilaciones (era muy caviloso), y, á los pocos meses, una fiebre maligna acabó con él en cuatro días. Murió cristianamente en mis brazos, cumpliéndose el deseo tantas veces manifestado en aquella temporada, como presintiendo el próximo fin, de tenerme á su lado á la hora de la muerte.

De muerte la sentí yo, y procuré hacerlo ver en un articulejo, tan sin fuste como todo lo mío; pero ¡vive dios! que me salió de bien adentro. Han pasado bastantes años y no recuerdo lo que dije en él, aunque tengo muy presente la última línea. Voy á repetirla, por parecerme adecuado remate de esta historia. Ahora, mejor que entonces, que estaba más distante del sepulcro, puedo decir: «Adios, Mariano; hasta luego.»

Sardinero.

Post scriptum.

Lo que antecede alcanzará larga vida, no por lo que valga, sino por lo demás que llena este libro.

Va entre ello con la honrada intención de hacer duradera la memoria de un amigo: júzguenlo así los leyentes.

A Mariano Lastra debo, en primer término, el pedazo de pan que me alimenta y la vida que llevo, lejos de los ruidos del mundo, *cogitando dies antiquos et annos aternos*.

Sean testimonio de gratitud estas cuartillas y vaya unido á su nombre el mío, no el de guerra, sino el de pila, ya que en la misma fuimos bautizados.

AMBROSIO MENJÓN.





À UN ÁRBOL.

Camino de la Montaña,
de memoria os aprendí...

ANÓN DE ESCALANTE.



Pudo tronco; recia fibra;
vejéz que aumenta el vigor;
las hojas, que son el alma,
lozanas, si el tronco nó;

asperezas de leal,
á quien la ofensa mayor
tal vez endurece el gesto,
pero nunca el corazón;

árbol nacido á servir,
no á quien al azar pasó
y acaso en injurias paga
de la alta sombra el favor,

sino á quien sepa estimarte
como es justicia y razón,
dentro del huerto plantado
de mano de su señor,

y de tan linda aldeana
mimado por la afición
que, no ya á troncos, á hombres
envidia tu tronco dió...

Bien con verte se conoce
que has de ser buen servidor:
¡en casa que le merece
nunca uno bueno faltó!

¡Vida dichosa la tuya,
venturosa ocupación
la que á la paz de ese muro
piadosa mano te dió

de cantar á quien le habita,
oh incansable trovador,
de las brisas y los árboles
la no aprendida canción!

—*Mi árbol*—la niña dice
mostrando tu rama en flor...
A esa dicha de ser suyo
¿cuál otra dicha igualó?

No cuantos quieren la alcanzan,
que hubo más de un corazón
que penando por ser suyo
solo fué de su rigor,

y que, obstinado en su empeño,
á tan mal punto llegó
que hoy, fuera de ella y de sí,
no halla en el mundo señor.

Dichoso no se le llame
á quien á verla llegó
si es el dolor de perderla
inconsolable dolor.

¡Dichoso á tí, que la pierdes
á cada puesta de sol,
bien seguro de ganarla
en cuanto amanezca Dios!

Pues esa gloria alcanzaste,
mira si será razón
que ojos envidien tus hojas
y envidien labios tu voz.

Mas bien es que á tí te escuche,
ya que solo en tu rumor
cabe lo que en lengua humana
lengua ni acento encontró...

Como ella á tus hojas mira
en saliendo á ese balcón
bien pueden decir tus hojas
que siempre las besa el sol.

¿Qué se te da que las nubes
le tiendan negro crespón
mientras tu dueña no aparte
sus ojos de tu verdor?

Aire tú le das en pago
y le robas el calor,
viniendo á la par á ser
abanico y quitasol.

No temas, nó, con quitársele
y prohibirle su fulgor
dejar en sombra la casa
que arrimo y vida te dió,

que esto es lo que la hace ser

de este valle la mejor:
el tener dentro y á mano,
como otras agua, ella sol...

¡Vida dichosa la tuya,
venturosa ocupación
la que á la paz de ese muro
la suerte te señaló!

De agradecido la cumple,
pues viste ya que es favor
que ni con vidas se paga
el que tu dueña te dió.

En lo que vale la estima:
no pienses que puso Dios
una hortelana como esa
por cada árbol que plantó.

De rudo viento la guarda
cuanto de estival calor;
á sus castos pensamientos
arrullo sea tu voz;

no haya en su pecho inocente
angustia, duda ó dolor,
que á vista de tus encantos
no deje su corazón;

ni abrigue loca alegría
que en tu sereno rumor
no se temple y aconseje
porque no pase á aflicción.

Como ese ruído del mar,
que allá suena aterrador,
en pasando por tus hojas
ya es música y suave voz,

así el bramar de la vida
que loca hierva en redor
lleva á la cándida niña
convertido en grato són.....

Y cuando en la mansa tarde,
cansado el paso velóz,
mientras sus dedos de nieve
deshojan la mustia flor,

pensativa se detenga
bajo el verde pabellón
conque enlazadas tus ramas
burlan injurias del sol,

¡árbol, pues á tí te escucha,
háblala de un corazón
que penando por ser suyo
no halla en el mundo señor!

ENRIQUE MENÉNDEZ.

CASIMIRO SAINZ. (1)

Si Casimiro Sáinz—que nació en 1853 y en 1855 sufrió ya el ataque del cólera, empezando la serie de sus enfermedades desde que empezó su infancia;—si Casimiro Sáinz no hubiese adolecido de una pierna, al cumplir los quince años, tal vez no hubiese sido pintor, á pesar de su decidida y, desde niño, demostrada afición á la pintura. Cuando enfermó de la pierna hacia ya tres años que estaba colocado en Madrid detrás del mostrador de una tienda de ultramarinos, como otros tantos campurrianos. Su porvenir material se dirigía, por senderos trillados, á término de resultados más *positivos*, aunque no tan brillantes ni gloriosos como los que le ha proporcionado el arte, ni de tan generalizadas y unánimes simpatías como las que le acompañan en su desgracia.



La enfermedad de la pierna le volvió á Matamorosa, y el vagar necesario á que le sujetaba su intentada curación le permitió satisfacer á toda hora su avasalladora vocación á dibujar.

Por aquella época y con motivo de haberse hecho en él pasión que arrastra la afición á la pintura, tuve yo conocimiento de su existencia.

Me enseñaron unos dibujos rudimentarios, tos-

cos, hechos con lapiceros duros de dos cuartos en papeles ordinarios: dibujos incorrectos en los que se advertía completa carencia de dirección artística y de medios de trabajo, de conocimientos técnicos, preparación, ordenado ejercicio. Sin embargo, me los enseñaban porque cuantos los veían encontraban en ellos algo notable, extraordinario; muy diferente y mejor de lo que suele verse en esos despreciables ensayos que todos hemos hecho de muchachos emborronando papeles y queriendo poner en caricatura al maestro de la escuela que nos daba palmetazos á cuenta de holgazanerías y travesuras, ó al vecino panzudo y coloradote que nos tiraba de las orejas cuando rompíamos algún cristal de las vidrieras de su casa, jugando á la birla.

No eran de esa miserable casta los dibujos del cojito de Matamorosa—que ya le llamaban así. Los que yo ví entónces, con su tosquedad espontánea, con sus incorrecciones y faltas, revelaban ya la existencia de un artista de rumbos fijos.—Rincones de los alrededores de su lugar natal, que se reconocían perfectamente en cuanto se miraba al dibujo; perfiles de líneas duras, pero perfectos retratos de paisanos que veíamos todas las semanas; grupos de ovejitas—sobre todo éstos muy hermosos—paciendo en las laderas de collados y de montes conocidos; una línea sola para indicar la cordillera que cierra el horizonte á la vista del contemplador de este paisaje, pero una línea verdad en la que cualquiera campurriano señalaba, sin equivocarse, el portillo de Somahoz, y la Sierra de Hijar, y los altos picos...; la naturaleza, en fin, reproducida y diseñada con malos instrumentos por mano todavía inexperta, pero por inteligencia que la veía, abarcaba y concebía prodigiosamente, como la ven y conciben los inspirados.

En aquellos dibujos, además, se veía latente el dominio de la línea y parecía adivinarse los esfuerzos de un espíritu que pedía lecciones al arte por medio de las manifestaciones del arte mismo.

Desgracia de hombre que ha tenido tantas, y acaso fortuna para el arte, fué que ni los aires de la tierra natal, ni la quietud de la casa y el cariñoso esmero con que le cuidaban sus hermanas, ni las olas del Cantábrico—el mar nuestro—pudieron aliviarle en la enfermedad de la pierna.

* * *

(1) Nació el día 4 de Marzo de 1853 en Matamorosa, hoy capital del Ayuntamiento de Campóo de Enmedio, á menos de tres kilómetros de Reinosá.

Casimiro Sáinz revelaba con pruebas irrecusables, con insistente firmeza, las dos primeras

condiciones que hacen artistas: vocación é inspiración. Le faltaba cultura.

Sus dolencias físicas le estorbaban para volver al comercio. Su familia se decidió á proteger las otras disposiciones.

Volvió á Madrid en busca de cultura artística.

Ya tenía cerca de diez y siete años cuando cambió los lapiceros duros de á dos cuartos, que usaba en Matamorosa, por el lápiz de dibujo de la Academia.

* * *

Los primeros años de esta segunda etapa de Casimiro en Madrid fueron años de trabajo constante y continuado estudio. Trabajó mucho y dibujó bién muy pronto, sin cansarse de trabajar ni satisfacerse por dibujar bien.

En la Academia admiraban su aplicación y aprovechamiento. Se saltó por encima del reglamento para abreviar plazos y pasarle, dentro de un mismo curso, de la clase de principios y extremos á la de cabezas, de ésta á la de figuras. Pero sus triunfos no le satisfacían.

Diarias y largas visitas al Museo de Pinturas ocupaban todas sus potencias en la contemplación de las obras de los grandes maestros, aguijoneando sus aspiraciones.

El aventajadísimo alumno de la Escuela de dibujo quería ser pintor.

* * *

En el verano de 1872 la exaltación de su imaginación perturbó su mente.

¡Primer chispazo apreciado de la terrible enfermedad que después le ha vencido!

¡Una nota más en la série de dolencias de su cuerpo y de su espíritu!

Tuvo que interrumpir sus estudios, que no pudo volver á reanudar hasta el otoño de 1873. Pero, como si aquella fantasía exaltada tuviese ya noticias de lo corto que era el porvenir y lo necesario que era aprovechar los días, los reanudó de tan brillante manera, que cursó en un solo año las seis asignaturas de la Escuela de Bellas Artes.

Ahora fué cuando el pintor empezó á hallarse en su centro. Ahora cuando, sin duda, la fuerza de su voluntad dominó los extravíos de la razón que quería escapársele, porque le hacía falta juicio para dar forma á sus inspiraciones antes que agigantándose en su espíritu se desvaneciesen confusas, atropelladas y perturbadoras; antes que la fiebre creadora exaltase el alma, dominase el cuerpo é inutilizase el brazo necesario para ejecutar.

No fué gran contrariedad para Casimiro descubrir diferencias radicales de apreciación y criterio entre sus ideas y gustos y las ideas y gustos estéticos del profesor don Carlos Haes, su catedrático oficial. Alhagóle el hallazgo que le revelaba carácter personal y le auguraba y pro-

metía fisonomía propia, suya, original, distinta, como la apetece el génio, enemigo de toda imitación y plagio.

Ganó relaciones artísticas con el ya entonces afamado Palmaroli, á quien oí referir entusiasmado el asombro que le causó ver la seguridad con que Sáinz puso el color el primer día que pintó. Relacionóse también con Gisbert. Fué pintor.

* * *

El año 1876, este traqueteado oficio de escribir para el público y los alardes de la juventud, que á todo se atreve, me llevaban casi todas las tardes de Mayo al pabellón de Indo, donde entónces se celebraba la Exposición nacional de Bellas Artes. Catálogo y lapicero en mano recorría salas, contemplaba estatuas, cuadros y dibujos, tomaba notas y apuntaba impresiones, que después, en la redacción, se convertían en algo á manera de crítica de las obras de aquel concurso, ruín muestra, á la verdad, del estado de nuestras artes.

Una de las tardes de pago, que por serlo había poca gente en la Exposición, descansaba de la tarea de ver obras mediocres y apuntar defectos, sentado en un diván conversando con D. Federico Balart, maestro de la crítica y hombre de esquisito y muy cultivado gusto, capaz de sorprender al génio de un solo rasgo y de descubrir el efecto más oculto. Ya le había preguntado yo su opinión acerca de dos cuadritos, diferentes en asunto y aún en género, cuya suerte me interesaba vivamente. La opinión del Sr. Balart les era muy favorable. Sin necesidad de mirar al catálogo ni consultar sus apuntes, les recordó perfectamente, les describió con minuciosidad y les aplaudió mucho. Habían logrado fijar su atención.

Andábale yo dando noticias de su autor, á quien no conocía y de quien nadie le había hablado, cuando penetró, en la sala donde nos hallábamos, don Francisco de Paula Canalejas, mi catedrático de Literatura española, cuya influencia hegeliana no había sacudido yo todavía por entero, hombre de veras docto, gran aficionado á las artes plásticas, que frecuentemente condensaba en una sola palabra onomatópica un juicio entero. Acercóse á nosotros antes de conocernos, porque veía ya muy poco, y después de saludarnos con una ligera inclinación de cabeza, cuando nos pusimos en pié para contestarle y supo con quienes hablaba, sin preámbulo nos expuso, sus impresiones, condensadas en estas palabras: —«*En esta Exposición los pequeños son los grandes,*» — que aproveché yo para arrimar el ascua á mi sardina, es decir, para ponderar y hacer ponderar *mis cuadritos*.

Los tres nos fuimos á contemplarles de cerca; y allí, frente á ellos, mirándoles en su conjunto y analizándoles minuciosamente, gocé lo indecible oyendo á los dos maestros elogiar aquellas obras,

cada una de las cuales gustaba más á uno de ellos, y augurar perfeccionamientos y éxitos á su autor.

Al separarnos abrí mi ejemplar del catálogo—que conservo y saco ahora para refrescar—por la página 73.

—«SÁINZ Y SÁINZ (*don Casimiro*), natural de Matamorosa, provincia de Santander, discípulo de don Vicente Palmaroli y de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado.

391.—*El descanso.—Estudio del pintor.—¿Qué pensará?*

—Alto 62 centímetros.—Ancho 52 centímetros. (Entre líneas encuentro escrito por mí con lápiz):

«Le gusta á Balart, que vé un artista genial, observador y sincero reproductor de la verdad.»

392.—*La calle de Tetuán, á espaldas de la Iglesia del Cármen (Madrid).*

Alto 59 centímetros.—Ancho 57 centímetros. (Yo había apuntado):

«Le gusta más á don Francisco, que dice que aquí el pintor está ya hecho y derecho, que tiene lo genial y lo aportado por el estudio del natural tan fielmente tratado, que *esa calle en día de lluvia embarra al contemplador.*»

Aquella noche, en la redacción, me ocupé en desarrollar esas dos notas, que con algunas noticias del autor formaron el artículo correspondiente del periódico: el artículo que con más gusto he escrito sobre pintura y pintores.

* * *

Al día siguiente conocí personalmente á Casimiro.

Es decir, al día siguiente nos acercamos, nos hablamos por primera vez y nos dijimos lo muy amigos que hacía tiempo éramos el uno del otro.

Casimiro hablaba ya de pintura y de historia de la pintura como un erudito; hablaba también de técnica del arte, de teorías de estética, de historia griega y romana... de todo menos de sus cuadros; con tal delicadeza y tal modestia que había que rendirse á él y renunciar á aplaudirle.

Su espíritu de artista descubría fácilmente sus dos grandes amores. Se hallaba enamorado de la naturaleza y de los grandes genios de la humanidad. Como hombre amaba la independencia individual hasta el delirio: una independencia primitiva, casi insociable, y recordaba á cada momento los lugares solitarios de sus nativas montañas, por donde había vagado sin testigos absorbiendo inspiraciones y dejando extenderse y crecer su fantasía bañada en esas luces suaves, simpáticas, que se pegan al corazón adormeciéndole dulcemente en la soñolencia de deliquios, que acaso valgan poco para contados, pero que para sentidos y gozados no tienen iguales en los imaginados bajo el ardoroso sol y la luz brillantísima del Oriente.

* * *

De los dos cuadritos de Casimiro, el *¿Qué pensará?* obtuvo premio, con su gemelo fué adquirido por el Estado y figura en la sala de contemporáneos del Museo Nacional.

La modestia del pintor, que es uno de sus más pronunciados rasgos fisionómicos, no demostró los alhagos de aquella brillante iniciación. Después de aquél y otros mayores créditos bien ganados se matriculó, como principiante sin iniciativas y hombre sin fama, en la clase de Dibujo artístico de la Escuela de Artes y Oficios.

¿Qué actividad y entusiasmo, qué trabajo de coloso siguió á aquel día! Estudios brillantísimos; paisajes notables de Toledo, de Avila, de los alrededores de Madrid; cuadros primorosos que hoy adornan museos públicos y particulares de Francia é Inglaterra; algo de lo más excelente de su pincel, *Recuerdos del Manzanares*, que figura en las colecciones de Mr. Grevy, ex-presidente de la vecina República, y en las del banquero Rosthschild; una verdadera exhuberancia de obras le ocuparon aquellos años, pasando sin acudir á la Exposición de 1879, porque la mucha y honda labor artística no le dejaba, para ocuparse de formalismos reglamentarios, el tiempo que necesitaba para el estudio sério y sincero de la naturaleza, la amada de su espíritu.

Y apuntemos aquí, porque es su sitio, otra nota muy digna de tener en cuenta en la vida artística de Sáinz. Cuando tantos pintores españoles, y tantos otros que ni eran pintores ni lo han sido aunque entónces lo presumieran, marchaban á Roma, más impacientes de emigrar que ávidos de aprender, Casimiro resistió el impulso, si es que le sintió, y se quedó acá en España, penetrándose y hartándose de la naturaleza en que había nacido á la vida y al arte.

Muchas tardes le encontré cruzando solitario las alamedas del Retiro, dirigiéndose hácia la esplanada del Observatorio, la caja de pinturas colgada al hombro, apoyándose firmemente en su bastón-muleta, hablándose á sí mismo—síntoma que siempre me alarmó, conocidos sus antecedentes y observada aquella brillantez de mirada que á fuerza de querer abarcarlo todo con todo y en todo se distraía,—no deteniéndose con nadie más que lo preciso para contestar categóricamente á alguna pregunta, contestándome también casi siempre de igual modo.

—¿Vas á pintar, Casimiro?

—Sí, á ver si se hace algo.

Aquel *algo* ¡qué serie de apuntes más hermosos! ¡Qué colección incomparable se podría formar con ellos!

¡De cuántas obras lindísimas fueron gérmen y principio!

Otras veces se repetían esos encuentros en la Cuesta de la Vega, camino del Manzanares,—¡qué sobresaliente cuadro hizo de las lavanderas!—Y un día que cruzaba yo la Cava baja y seguía distraído la acera de la izquierda, donde hay todavía portales de posadas antiguas, le distinguí detrás de una portada tomando el grupo de un

mozo de paja y cebada que retozaba á la complaciente maritornes hasta dejarla sonoro beso sobre la fresca y colorada mejilla. Haciéndolo al natural les había sorprendido el pintor y, con un par de puros á él y un par de pesetas á ella, les convenció para que lo repitiesen mientras él lo copiaba en la tabla.

No me ha sido posible averiguar dónde pára aquel cuadro, que yo ví concluido, ni muchos de los que en aquel periodo pintó Casimiro y vendía. Nunca le pareció bien que le preguntasen á quién y en cuanto cedía sus obras.

* * *

En la Exposición de 1881 presentó aquella prodigiosa y bellísima pareja de lienzos que adornaban las puertas de ingreso al salón central, *vistas de un jardín invernadero*, motivo de entusiasmo en el público, de admiración en los inteligentes, de aplauso unánime y espontáneo en la crítica. Las realidades de color y de verdad ostentadas en aquellos cuadros no fueron logradas nunca ni por Gomar ni por Rico. Parecía que Sáinz, exhibiendo aquellas obras, se presentaba como un maestro que daba la nota exacta del realismo artístico en el paisaje. Era algo como el fundador de una escuela, yo creo que no bien comprendido, ó acaso envidiado en el sentido miserable y dañino de la ruin pasión que le hería cuando más podían enconarse las heridas en su alma.

Ello es que aquellos cuadros, y los que poseen Grevy y Rosthschild, según dejó apuntado, marcan la cima de las obras de empeño de Casimiro: que aquella época recuerda en la historia del hombre un periodo de ironías finísimas, profundas, punzantes, que salían con abundancia y con delectación de sus labios. Buscaba con avidez quien le escuchara, procuraba tener público de cualquier clase que fuera; repentinamente cambió sus aficiones á la soledad por una especie de deseo de aturdimiento entre las gentes.

Ya no gozó del escaso premio que alcanzaron aquellos cuadros,—á juicio de todos rebajados en el galardón,—ni pasaron muchos meses antes que se declarase franca y terrible la invasión perturbadora del extravío mental que hoy le tiene recluido.

* * *

Causas de esa dolencia, antecedentes, progresos... no los creo propios de este sitio, ni sé si me atreveré á abordarlos en otro estudio.

Una larga serie de incoherencias, de veleidades, que predominan en las diversas fases por que ha pasado su enfermedad, determinan, sin intermitencias de salud, su estado patológico, durante el cual revela con mayor energía que nunca dos características de que ya hemos hablado: el apasionado amor á la independencia, que sintió siempre, y el placer de la ironía, más recientemente adquirido.

¡Pobre Casimiro!... No pintaré yo su vida de demencias, cuyos detalles torcieron y exajeraron gacetilleros é impresionistas mal avenidos con la reflexión: no llamaré yo ni siquiera demencia á su vida en esos seis ú ocho años durante los cuales el pintor parece rechazar sistemáticamente lo grandes lienzos, pero se apodera con delirio febril de la tablita angosta y pinta en momentos, que los profanos solían llamar de relativa lucidez, que yo consideré siempre de inspiración firmísima y sincera, de artista en sus cabales; esa abundancia de pequeños paisajes, de tablitas hermosas, que reunidas formarían la más exacta y bella reproducción artística de los paisajes de la Montaña.

Tengo yo mala mano para echar pollos, es decir, para recomendar formación de museos. Propuse el juliobrigense, que reclaman la historia y la honra de Cantabria, y aunque quise apoyarme en nuestra Academia de la Historia y me apoyé de hecho en el nombre respetable, respetado y querido de nuestro don Angel de los Ríos, el museo no se hizo. Procuré contribuir generosamente, dando más de lo que puede dar un pobre á un opulento mesócrata que ofrecía formar otro en su casa, y tampoco lleva trazas el millonario de ofrecer cosa de provecho á los que profesamos el estudio y el amor á las tradiciones y recuerdos de nuestra tierra. No me atrevo hoy á iniciar el *museo montañés de Casimiro Sáinz*; pero afirmo que hay elementos con qué hacerle, que existe numerosa colección de cuadros, los más de ellos en poder de montañeses, que serían bastantes á constituir el más simpático de todos los museos cántabros.

Había de tener gran resonancia en España y habían de venir á visitarle extranjeros. Porque, como si Casimiro hubiese muerto al *distanciar* de los que nos creemos ¡vanidosos! con más firme juicio que él, como si hubiese pasado ya esos humbrales donde empieza la fama perpétua y la inmortalidad del nombre del artista, en estos últimos años, desde 1885, sobre todo, que se volvió ya á Campóo, la justicia empezó á hacerse alrededor de su apellido, las alabanzas y elogios se esparcieron, y acá en la pátria ibérica, como en las naciones europeas que conocen sus obras, fué proclamado el pintor como uno de los más geniales artistas contemporáneos. Papel alemán he leído en que no se le pone en segunda fila entre los paisajistas que hoy conoce el mundo.

En este último periodo sus cuadros de más empeño son *El nacimiento del Ebro* y la *Vista general de Remosa*.

Este, un prodigio de verdad, un soberbio alarde de ambiente, salió de aquí, si bien llevado por montañés cariñoso que le aprecia como joya de valor subido.

El otro, *El Nacimiento del Ebro*, que por voluntad del pintor no debe salir de la provincia, cuya copia reproduce el grabado que va con este escrito que encabeza el retrato del pintor, le posee nuestra Diputación provincial, y es obra

tan excelente, y tanto vale, y tanto puede, que con ella ha hecho Casimiro, como pintor, lo que

te le ha deparado en el establecimiento del doctor Ezquerdo.



cuentan que hizo el Cid como guerrero: ganar victorias después de muerto.

* * *

Tal es el artista campurriano.

Mayores méritos, más grandes glorias, más lamentable infortunio no recuerdo quien les haya reunido en tan pocos años.

Léanse ahora las últimas noticias que me comunican del pobre enfermo.

Así me describen una reciente visita que le han hecho los suyos en el triste asilo que la suer-

—«Allí está satisfecho y alegre sin recordar siquiera su profesión de artista. Notable fenómeno este y el de no solicitar útiles de dibujo ni de echar de menos circunstancias siempre deseadas por él para trasladar al lienzo los rientes paisajes de esa Montaña, que hoy olvida entre la monotonía aridez de Carambachel ó los delirios de su extraviada fantasía, que creo atrofiada por la reglamentaria vida del establecimiento y las suspicacias y celos de la ciencia de curar.»

«Entre los mil detalles de su tristemente ingeniosa conversación, recuerdo el relativo á la visita de los estudiantes portugueses al manicomio.—*Aquí vinieron*—nos decía—*á saludar á los emperadores, reyes, príncipes, artifices y á ocho pontífices que hay aquí.*

En seguida nos explicaba un completo sistema cosmogónico del más puro antropomorfismo, relacionando la vida y manifestaciones del universo con la del hombre.—*Veis la luna, es la hembra del cosmos. La delicadeza de sus formas, la placidez de su luz, la falta de manifestaciones propias indican su representación femenina. El sol, en cambio, le hice fuerte, ardiente y poderoso como el hombre que todo lo enardece y á veces lo quema, como á Babilonia....*

«Abordando el asunto principal de la visita, lo relativo á sus cuadros que figuran en la Exposición, decía:—*El de la Diputación es bueno, pero no debe salir de donde está: en aquel convento hay armonía con el cuadro; si sale vendrá la destrucción. La tabla de la procesión de Montes Claros es de una puerta de Toledo y tiene que volver allí cuando haga falta el día de la conquista. La de la Colegiata de Cervatos no tocarla ni una piedra porque está completa, y allí sólo don Sancho y yo podemos andar....»*

A que copiar más...
¡Pobre Casimiro!

D. DUQUE Y MERINO.

Reinosa, Mayo 1890.





Bellas Artes. — Fotografado del Album La Montaña, dibujo de Victoriano Solanco.



Montañeses célebres en Filipinas.

No es aquí oportuno, al trazar rápida y compendiosamente algunos rasgos de las notables figuras montañesas que, en el cuadro de la cultura y civilización de Filipinas, se destacan, tratar detenidamente de lo que constituye esa civilización y cultura en lo que tienen de verdadero y legítimo.

No estará demás, sin embargo, para que á más clara luz se contemplen las indicadas figuras, y se vea la razón de ser (como hoy suele decirse) de las mismas, hacer notar que la civilización y cultura tiene por base la religión, y por núcleo la moralidad y la justicia; y que tomadas en su concepto más comprensivo, no son otra cosa que la encarnación de la justicia y la moralidad en todos los actos de la vida humana, sea cual fuere la esfera y el orden á que pertenezcan. Que por eso es un error notorio limitar la civilización y la cultura, como desgraciadamente suelen hacerlo muchos, al solo orden material, prescindiendo, ó lo que es peor aún, eliminando positivamente el orden religioso y moral; Dios mismo nos tiene dicho, y lo alcanza además muy bien la razón natural, que la «justicia levanta á las gentes, mas el pecado hace miserables á los pueblos.»

A la luz de estos principios ¿Quién duda que deben contarse entre los hombres distinguidos que han cooperado á la civilización y cultura de los indígenas de Filipinas, los religiosos montañeses, que como otros conterráneos suyos que lo han verificado en el orden material, han contribuído notablemente y de una manera eficaz á esa tan benéfica y laudable obra, no solo en el orden moral y religioso, sinó también en el material y literario?

Son los indicados religiosos, los PP. Fr. Domingo Pérez, Fr. Pedro Bustamante de Santa Teresa, Fr. Francisco de la Maza, Fr. Ramón Fernández, Fr. Benito Rivas, Fr. Francisco Rivas, é Ilmo. Sr. don Fr. Manuel Riaño.

Fr. Domingo Pérez, fué natural de Ubiarco,

(a) Santa Justa, á una legua de Santillana de la Mar, en la costa del Cantábrico; vistió el hábito de Santo Domingo en el célebre convento de Santa María de Trianos. Ordenado de Sacerdote, y después de haber desempeñado á toda satisfacción varios oficios de su orden en el mencionado convento, se alistó para las misiones de Filipinas. Destinado al arduo ministerio de la cura de almas en Orión, provincia de Bataán y posteriormente á la evangelización y reducción de los Indios Zambales, desplegó las alas de su ardiente celo en el desempeño de su misión apostólica, y empleó sin reserva alguna en la ejecución de tan santa empresa, las nada vulgares dotes de que le había adornado la Naturaleza, y los tesoros de virtud con que le había enriquecido la Gracia. No es, en verdad, tarea sencilla expresar en compendioso relato, sus trabajos apostólicos en este periodo de su vida, y los copiosos frutos que de ellos se siguieron. ¿Cómo en efecto, encerrar en la estrechez de un artículo sus frecuentes correrías á lo más áspero y abrupto de la cordillera de Zambales, su predicación continua á aquellos salvajes, sus raras industrias para hacerles más respetables los sagrados deberes del cristiano, y palpables las ventajas de la vida civil á la sombra y bajo la protección del estandarte de Castilla? Y claro está que no pudo realizar esto sin grandes y frecuentes penalidades y privaciones de todo género, viviendo como vivía entre infieles de raza feroz y salvaje, sin vías de comunicación, haciendo largas jornadas á todas las inclemencias del cielo y de la tierra, privado frecuentemente del alimento necesario para reparar sus perdidas fuerzas. Alma de gran temple henchida de los sentimientos que la religión y la patria inspiran en pró de nuestros semejantes: olvidábase de sí mismo, atento únicamente á llenar su misión, allegando el mayor número posible de aquellos salvajes al culto del verdadero Dios, y al yugo benéfico y suave de la dominación es-

pañola. Tal celo y actividad en la evangelización y reducción de los Zambales irritaron grandemente el ánimo de algunos de los principales de éstos; y para verse libres de las reprensiones que de sus extravíos y abusos les hacía el P. Fr. Domingo y continuar explotando á sus esclavos, que éste y no otro es el nombre que debe darse á la casi totalidad de los salvajes de Filipinas, despótica y tiránicamente dominados por algunos de los más atrevidos entre ellos, determinaron darle muerte, lo que llevaron á cabo atravesándole con saetas. Acaeció aquella el día 15 de Noviembre de 1683.

Entre varios cargos honoríficos que desempeñó en su Orden, fué uno de ellos el de Vicario Provincial del mencionado distrito de Bataán.

El P. Fr. Pedro Bustamante de Santa Teresa, nació en Yermo, barrio del concejo de Cohicillos. Tomó el hábito dominicano en el observantísimo convento de Nuestra Señora de las Caldas; y pasó después de haber profesado, á Santa María de Trianos para hacer allí sus estudios. Ansioso de ganar almas para el cielo, se trasladó á Filipinas en la misión de 1694. Atraído por la fama que iba ya cobrando entonces la misión dominicana de Tunquín, pidió y obtuvo de sus superiores el ser destinado á ella. Treinta años trabajó con infatigable celo en aquella célebre viña de Jesucristo, regada con la sangre de tantos mártires. Hombre de nada comunes dotes el P. Pedro Bustamante, no se limitó á la predicación del evangelio y administración de sacramentos; tarea principal de su vida en aquella apartada región, sufriendo las inclemencias del tiempo, el cansancio de las jornadas, el hambre y la sed, juntamente con los sustos y sobresaltos causados por la persecución contra los cristianos iniciada ya entonces, sinó que extendió también su acción á otra esfera, escribiendo una historia de Tunquín, cuyo original manuscrito, se conserva en el archivo de Santo Domingo de Manila. Desempeñó los honoríficos cargos de Vicario Provincial y cronista de su corporación.

Fr. Francisco de la Maza, nació en un pueblo (cuyo nombre no nos dice la historia) de las montañas de Burgos, como entonces se llamaban, las que hoy conocemos con el nombre de montañas de Santander. Vistió el hábito dominicano en el convento de Nuestra Señora de Atocha, en las afueras de Madrid. Incorporado á las misiones de Filipinas, se empleó muchos años en la evangelización de los infieles que habitaban en la cordillera que divide á Pangasinan de Nueva Vizcaya. Dotado de un gran carácter, venció las muchas y graves dificultades que, al feliz éxito de su misión, le oponía de un lado la ferocidad de aquella raza, y lo áspero y abrupto del terreno, de otro. Sirvióle mucho para ganar la voluntad de aquellos salvajes, y hacerles doblar la cerviz al suave yugo de la religión y de la patria, la jovialidad y la dulzura de su trato; así es que fueron numerosas las conquistas que realizó. Tradujo en lengua Isanay el texto de la doctrina

cristiana y su explicación; y escribió en el mismo idioma un libro en que se refería la historia de la creación del mundo hasta la salida de los Israelitas de Egipto, á la vez que los castigos de Dios á los idólatras, sus misericordias con los buenos, su justicia con los malos, y otras muchas cosas enderezadas á la mayor instrucción de aquellos naturales; libro que pereció en un incendio. Murió este P. en el pueblo de Burubur en Febrero de 1703.

Fr. Ramón Fernández, natural de Camargo, tomó el hábito dominicano y profesó en el convento de San Pablo, de Burgos. Pasó á Filipinas en la misión de 1828, siendo á la sazón de 22 años de edad. Fué destinado allí al ministerio parroquial, que desempeñó en varios pueblos de la provincia de Pangasinan; se distinguió notablemente por sus vastos conocimientos en la medicina, ciencia que estudió por sí solo, y cuyo ejercicio le hizo tan afamado, por las muchas y extraordinarias curas que hacía, que de todas las provincias de Luzón acudían á él enfermos en busca de remedio á sus dolencias, inútilmente procurados en otros. Fué definidor de un capítulo provincial. Murió en Manila en 1870.

Fr. Benito Rivas, nació en 21 de Marzo de 1810, en Bielva, vistió el hábito de Santo Domingo en el convento de Nuestra Señora de las Caldas de Besaya, en donde profesó en 22 de Julio de 1828. Comenzó sus estudios en Santa María de Trianos, y los terminó en Manila, á donde fué en la misión de 1832. Ejerció el cargo parroquial en varios pueblos de Tagalos, principalmente en Balanga cabeza de Bataán, en donde residió por espacio de muchos años. Celosísimo por el bien espiritual y temporal de sus feligreses, procuró siempre por todos los medios hábiles. Llevó á cabo notables mejoras en la fábrica y ornamentación de la Iglesia del mencionado pueblo de Balanga, á la cual enriqueció con valiosas vestiduras sagradas y otros objetos del culto. Construyó un muy capaz cementerio. Y no contento con realizar estas mejoras propias de su sagrado ministerio, extendió también su acción al orden material, formando cerca de Balanga, en la ribera del mar, un populoso barrio, que del apellido de su fundador, le fué puesto el nombre de Rivas, por el señor Alcalde don Inigo Azaola, de perdurable memoria en la provincia de Bataán. Introdujo con los trapiches máquinas de vapor para la elaboración del azúcar, y construyó en los últimos años de su residencia en Balanga un espacioso y cómodo mercado. Tradujo al tagalo las obras predicables de Claus, versión que impresa repetidas veces en Santo Tomás de Manila, es grandemente apreciada por los Ministros de tagalos, que se valen de ella para su predicación ordinaria. Desempeñó durante muchos años el cargo de Vicario Provincial y Vicario foráneo. Fué también definidor en un capítulo provincial; Prior de Santo Domingo de Manila; y últimamente le otorgó los honores de Provincial el actual General de la Orden de Santo Domingo,

Fr. José M. Larroca. Murió santamente, como siempre había vivido, en Santo Domingo de Manila en 1884.

Fr. Francisco Rivas, hermano del anterior, nació en San Vicente de la Barquera en 10 de Octubre de 1816. Ingresó en la orden, profesó é hizo parte de sus estudios en Trianos. Alcanzó la exclaustación general de los religiosos; y tocándole la suerte de soldado, hubo de seguir la de las armas durante la primera guerra civil. Terminada ésta, pasó á Filipinas, y en Manila concluyó sus estudios y recibió los Sagrados Ordenes; desempeñó sucesivamente los cargos de Catedrático de Humanidades, de Filosofía y Teología en la Universidad de la mencionada capital.

Hallóse en la expedición franco española de Cochinchina en calidad de capellán de la misma. Fué posteriormente Procurador en Hong-Kong y Rector de la universidad de Manila.

El año 67 regresó á la Península, en donde desempeñó sucesivamente los cargos de lector de Teología en Santo Domingo de Ocaña, Procurador general en Madrid, Vicario Provincial y últimamente Rector en el real seminario de Vergara, al ser éste confiado á los dominicos, en el cual murió santamente en 1884. Poseyó varios idiomas así semíticos como neolatinos; y escribió, además de algunos discursos impresos en Santo Tomás de Manila, una historia eclesiástica general, que dió á luz en tres tomos en cuarto mayor, la cual es muy apreciada en los seminarios, habiéndose ya hecho de ella dos ediciones.

El Ilmo. Sr. Fr. Manuel Riaño, nació en Coo, el 31 de Julio de 1829.

Tomó el hábito dominicano en Santo Domingo de Ocaña, en donde profesó en 26 de Septiembre de 1848. Pasó á Filipinas en la misión de 1852, y poco después á Ong-King, en cuyas misiones trabajó por espacio de unos treinta años. Decir en breves palabras lo mucho que padeció este célebre misionero en el ejercicio de su sagrado ministerio, especialmente durante la persecución del 57 al 62, es asunto imposible. Solo por espacio de algunos meses, á causa de haberse retirado á Macao los demás misioneros europeos á fin de no sucumbir todos en la fiera y atroz persecución que sobre el Tong-King se desencadenaba por los años mencionados, fácilmente se comprende lo mucho que bajo todos conceptos sufriría el entonces joven P. Riaño. Sus multiplicadas tareas en el ministerio, animando aquellos neófitos á permanecer fieles y constantes en su fé, aún en medio de los tormentos, y á pesar de la muerte misma, y administrando los Santos Sacramentos. Para llevar á cabo esto último, érale preciso hacer muchas y largas jornadas de noche, rodeado por todas partes de enemigos que le buscaban para prenderle y presentarle á los mandarines; añadióse, para mayor sufrimiento suyo, la falta de salud; y vez hubo que acababa de recibir la extremaunción, y se vió precisado á esconderse en una cueva mediada de agua,

para librarse de los esbirros que iban á prenderle.

El año 68, fué consagrado Obispo Coadjutor *cum jure sucesionis*, y con el título de Tau-macense, del señor Vicario Apostólico del Central P. Fr. Bernabé García Zezón, y once años después, habiendo renunciado este último el Vicariato, quedó por sucesor suyo. Las muchas y grandes fatigas del ministerio, minaron profundamente la salud del señor Riaño, y de tal suerte le debilitaron, que á los 55 años de su edad, se vió incapacitado de proseguir en la misión á causa de un reblandecimiento cerebral que le sobrevino. A fin de hallar remedio á tan gravísima dolencia, se trasladó á Europa en 1884; y después de haber ensayado inútilmente varios remedios, falleció en Santo Tomás de Avila, recibidos los Santos Sacramentos, el 26 de Noviembre de 1885, siendo sepultado en el crucero de la Iglesia del indicado Colegio al lado del evangelio.

Por lo que contribuyó mediatamente á la obra evangélica de Filipinas, aunque no estuvo en ellas, bien merece figurar con los anteriores el P. Fray Félix Fernández de Castro. Nació en Cos, valle de Cabezón de la Sal, en 1810. Vistió el hábito dominicano, en el celeberrimo convento de San Pablo de Valladolid en donde profesó en 1826. Su claro talento, unido á una sólida y ejemplar virtud, le merecieron el ser destinado al insigne colegio de San Gregorio de la mencionada ciudad para estudiar en él la Teología. Terminada su carrera, le dedicaron sus superiores al Profesorado, en cuyo ejercicio le cogió la exclaustación. Desempeñó por varios años el espinoso cargo de párroco en su pueblo con tal celo y aprovechamiento espiritual de sus feligreses, que hasta hoy, después de más de 40 años, se conserva viva la memoria del *Fraile* (que así le llamaban y siguen llamándole) como ejemplar y modelo de un celoso pastor. No era el ministerio parroquial, árduo y penoso, el género de vida que más se acomodaba al carácter y afición del P. Felix. Amante del retiro y de la soledad, profundamente humilde y temeroso de sí mismo, todas sus aspiraciones eran por el claustro y la vida regular: vida «escondida en Jesucristo.» Por eso se retiró á Santo Domingo de Ocaña para satisfacer así su constante anhelo de cumplir con toda exactitud lo que había profesado. Era el Padre Félix de un talento claro y muy aplicado al estudio.

De aquí su nada común instrucción en las ciencias teológicas y filosóficas, cuya fase racional dominaba, sobre todo según se expone en el sistema escolástico de Santo Tomás de Aquino y sus comentaristas. Teniendo esto en cuenta, le destinaron los superiores á la enseñanza de las dos mencionadas facultades, que desempeñó él durante muchos años con no escaso aprovechamiento de sus discípulos; muchos de los cuales aún viven. Como tan encendido en el amor de Dios, Nuestro Señor, hallábase muy vivo en su alma el amor del prógimo. Por eso no se limitaba á la cátedra su



trabajo, sinó que se extendió al púlpito y al confesionario, para cuyo último ministerio habíale dotado Dios Nuestro Señor de un espíritu y gracia particulares; así es que eran muchos los que le confiaban la dirección de sus conciencias. Con ser de carácter naturalmente serio y algún tanto seco, sólo en el confesionario se despojaba de estas condiciones, revistiéndose en él de esa mansedumbre, paciencia y dulzura que, más que ninguna otra cualidad, nos muestran al Divino Maestro de las almas Nuestro Señor Jesucristo. Además de los oficios mencionados, desempeñó con igual exactitud y celo el de Vice-Rector del colegio de Santo Domingo de Ocaña, en donde acabó sus días, llenos sin duda en la presencia de Dios Nuestro Señor, el 29 de Septiembre de 1867.

Al lado de estas figuras religiosas, cuyos rudimentarios bocetos acabamos de bosquejar, y que tan notable y eficazmente influyeron en la verdadera civilización y cultura de los indios de Filipinas, en el orden moral y religioso principalmente, levántase noble y gallarda la del ilustre patricio P. Francisco de Carriedo, natural de Ganzo. Arribó á las playas de Manila en los comienzos del siglo XVIII mandando uno de los galeones de Acapulco. Prescindiendo de lo que debió influir naturalmente en la cultura de los filipinos por razón de los altos puestos que ocupó en la capital mencionada, la obra que más realza la distinguida figura de Carriedo y más imperecedera ha hecho su memoria, es la de haber legado en su testamento una considerable suma de dinero para proveer de aguas potables á Manila. En efecto; dejó en su testamento una cláusula en la cual disponía que se entregasen al corregimiento de Manila diez mil pesos de su peculio para que comerciando con ellos se reuniese cantidad bastante para el referido abastecimiento de aguas. Fiel administrador el municipio de Manila del capital mencionado, hallóse por fin con recursos suficientes para llevar á cabo la obra de Carriedo; y el 23 de Enero de 1878, debido al impulso efi-

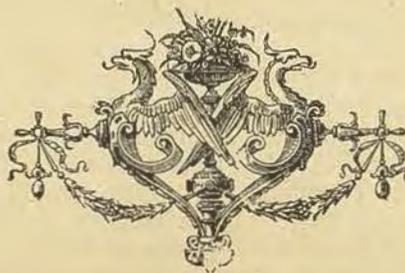
cacísimo, que, juntamente con el Ayuntamiento manilano, dió á la empresa el ilustre general Moriones, de imperecedera memoria en los fastos de los gobernadores generales de Filipinas, se inauguró la traída de aguas potables á Manila en medio de un numerosísimo concurso de todas las clases de la sociedad, que, á la vez que tan notable acontecimiento, celebraba alborozado los días del natalicio de Alfonso XII y su matrimonio con la virtuosa y simpática infanta (Reina desde entonces) Mercedes. Puesta la obra bajo la dirección inteligente del ingeniero don Genaro Palacios, fué felizmente terminada en 1882; contando Manila desde esta memorable fecha con abundante surtido de aguas potables, merced á la generosidad de don Francisco de Carriedo, como fundador de tan importante obra y al acendrado interés por el bien público del inolvidable general Moriones y del Municipio de Manila, como ejecutores de la voluntad del primero.

Algunos montañeses más podríamos agregar á los ya mencionados, si, por una parte, nos permitiese el tiempo, y no temiéramos, por otra, incurrir en la nota de aduladores mencionando á los Balbás y Castro de Comillas, á los Muñoz de Castillo Pedroso, en el Valle de Toranzo, y á los hermanos Gutiérrez de Udías, residentes hoy en Carrejo: todos los cuales con su talento y actividad mercantil, unidos á una honradez intachable, han contribuído, y siguen contribuyendo, al bienestar de Manila y otros puntos de Filipinas, desarrollando con su cooperación y con su ejemplo algunos de los más ricos elementos de prosperidad material del archipiélago Filipino.

Queda á la vista. Las montañas de Santander, que jamás han sido las últimas ni en la Religión, ni en las letras, ni en las armas, ni en la industria, han llevado también, mediante sus esclarecidos hijos, su acción benéfica y civilizadora á las apartadas regiones de la Oceanía.

Fr. JOSÉ CUETO.

(Del Sagrado O. de Predicadores).



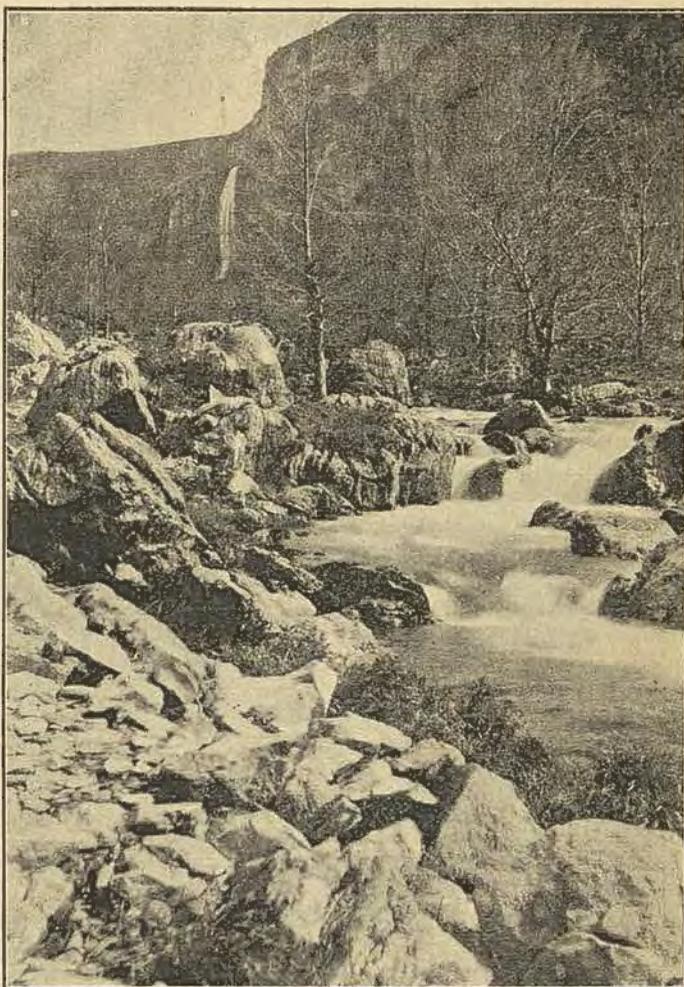
La Cascada de Asón.

En lo más alto, abrupto y escarpado de la parte oriental y meridional de la provincia, en el partido judicial de Ramales, tiene origen á media legua del pueblo de su nombre el río Asón, saliendo de una cueva en la eminencia de una peña llamada Moncrespo.

De ella se despeña á los sesenta y cinco piés de su nacimiento desde una altura de treinta y seis, formando una hermosa cascada: á los setenta cae de la considerable elevacion de 342 piés, por una peña de granito, en una palangana hecha por la naturaleza.

La catarata que de este modo resulta es bastante curiosa y admirable: el torrente de agua que de esta montaña se desprende forma una vista maravillosa, particularmente cuando reina el viento S. muy frecuente en el Otoño: lo vivo y variado de sus colores, más que los vistos al través de un prisma; las altísimas montañas que se encuentran en sus alrededores, á muchas de las cuales no ha llegado la planta humana; la hermosura de los paisajes que se contemplan desde allí, de los más bellos de la provincia, hacen de aquél uno de los sitios más deliciosos y pintorescos del N. de la Península, digno, por lo tanto, de ser visitado por los curiosos observadores.

Artistas y viajeros suben allí frecuentemente; los pintores, uno Gomar, han escogido allí muchos asuntos de sus cuadros, y todos han seguido admirados desde la cascada el curso del río, atravesando lo más alegre y risueño de la Montaña, tendido á los piés de aquellos picos escarpados habitados por los rebecos y los buitres — el valle de Ruesga, Arredondo, Riva, Ogarrio, Valle, Ramales, Gibaja, Rasines, Udalla, Marrón, Ampuero, Limpias; la tierra montañesa de los viñedos y de los olivos, que la ría iguala á los encantadores paisajes de Pontevedra.



LA INUNDACION

.....profundum
Pontum aspectabant flentes.

VIRGILIO.

Vén, musa del dolor, presta á mi canto
Sello perenne de inmortal tristeza
Como la voz de antigua profecía;
Ruede copioso el llanto
Y á la humana flaqueza
Sea epitafio mísera elegía.
Fatal engendro de la ruda suerte,
¿Quién pudo de la muerte
Los pasos atajar, si nos espía
Desde el primer momento
Que late el corazón, y ora callada
Invisible cabalga en la saeta,
Ora en alas del viento,
Ó en la soberbia mar alborotada,
Ni al tierno infante, ni al doncel respeta?
¡Triste destino de la vida humana!
Muere la flor temprana,
Fresco aún en su cáliz el rocío
Que vierte la mañana,
Él ave peregrina
Que entona una canción en primavera
Con lengua lisonjera;
Mas, ay! ¿por qué de la materia inerte
El mísero mortal no se despoja
Para dormir el sueño de la muerte
Sin lloro amargo, sin tenaz congoja,
Como cae el follaje desprendido
Al leve soplo de la brisa errante,
Cual desvanece el éter ondulante
Flébil clamor de un pecho dolorido?

Ruge la tempestad; la noche oscura,
Sombra le presta con su negro manto;
El corazón, exento de pavora,
Yace tranquilo en prolongado sueño;
Tocados los sentidos
De mágico beleño,
Que algún génio del mal sembró en hartura,
En el lecho reposan adormidos.
¡Despierta, corazón! ¿No oyes el lloro
Del címbalo sonoro
Que con lengua de bronce al cielo sube?
Vé que se acerca la preñada nube
De estrago y horfandad, y la tormenta
Su furor acrecienta.
¡Despierta corazón! alma, vigila;
Que es hora de bregar con la corriente!
Jóven audaz, ó virgen cuya frente

Con sus rosas besó la primavera,
Y tú, anciano infeliz, que á la postrera
Etapa del vivir, tan solo aspiras
A eterna paz en visitada tumba,
Tus miembros destrozados
Yacerán insepultos, por la fiera
Corriente arrebatados!....

Rompen el cauce turbulentas aguas
Y en mar transforman los extensos llanos;
Puéblase el aire de clamores vanos
De la angustiada madre, que al infante
Oprime contra el seno y anhelante
Con sollozar prolijo,
A un ángel llama, que la salve el hijo.
«¡Piedad, piedad, oh Dios!—clama el anciano—
»Aplaca tu furor; dulce convierte
»Tu poder soberano
»Al que buscaba en el nocturno arcano
»Sueño reparador y halla la muerte!»
Como la caña trémula se agita
Al recio vendabal que la sacude,
Así medroso el corazón palpita,
¡Acerbo padecer!... hondos lamentos
Que arrastraron las aguas y los vientos
En el espacio lúgubres resuenan
Y el alma de pavor y angustia llenan,
¡Así lloró Babel; así Pompeya,
Reliquias de la trágica epopeya
Del humano destino!...

¡Tierra de bendición, la de Levante,
Edén florido del hispano suelo;
Colmo ayer de hermosura,
Hoy te verá asombrado el caminante
¡Cuán mustia y asolada!
Y en vez de mieses de eternal frescura,
Al errar la mirada
Por el tendido llano y la colina
Contemplan los ojos,
Cual míseros despojos,
Estéril soledad, y espanto y ruina!
Ay!... nunca tornará la luz del día
A iluminar hogares bendecidos
Por el trabajo y el amor; el cielo
Quiso probarte con amargo duelo;
Sueño fué tu alegría,
Eternos tus gemidos!...
¡Génio del mal, venciste!... ¡esa es tu gloria:
Bañar en luto el campo de la historia!

V. FERNÁNDEZ LLERA.

LA INDUSTRIA

EN LA PROVINCIA DE SANTANDER.



HACE días me pidió un apreciable redactor de *El Atlántico*, que escribiera unas cuartillas sobre el asunto que indica el epígrafe; me comprometí, por deseo de complacer al amigo, y ahora toco los graves inconvenientes de haber ofrecido lo que tan mal he de cumplir.

Y conste que no digo esto por modestia ni pidiendo indulgencia al pacientísimo lector; lo digo porque, si hubiera de hacer una revista, no podría ocuparme más que de unos cuantos casos aislados, ejemplares de primer orden sin duda ninguna, pero tan pocos en número, que la síntesis del artículo podría ser ésta: «la Industria en la provincia de Santander está muy atrasada.»

Dicho está que, al hablar de industria, no hemos de tomar la acepción de la palabra en su sentido más lato, porque claro es que allí donde una primera materia se transforma en producto comercial hay industria, pero hemos de prescindir de las pequeñas industrias, ó mejor dicho, de las que no producen más que para el consumo local, en las que por otra parte tampoco encontraríamos mucho de notable.

Pudiera yo salir de este mal paso refiriéndome á una estadística que se formó hace pocos años de orden del gobierno, después de haber contestado todos los alcaldes á un interrogatorio sobre las fábricas que había en sus respectivos distritos municipales, producto de las mismas y motores empleados, mas tampoco llenaría el objeto ese cuadro, nada satisfactorio. Por cierto que una de las contestaciones, la que dió un alcalde, célebre ya en Santander en sus campañas como compro-

misario, es tan maliciosamente sencilla, permítase la frase, tan ingeniosa, tan filosófica, que no quiero privar de ella al benévolo lector, porque será lo único bueno que encuentre en este artículo. Decía nuestro hombre: *En este pueblo no hay más fábrica que la de la Iglesia, cuyo motor es el cura.* ¡Qué epígrama más sangriento contra nuestro espíritu de asociación; contra la protección de que *estamos siendo víctimas* por parte de nuestros gobernantes; contra las empresas ferroviarias; contra las colectividades que formamos oficialmente, ó por elección, ó de los dos modos; contra nuestro modo de ser; contra lo que es la industria en esta provincia!

Y ahora tiraré la pluma, porque el aspecto del asunto no me seduce con sus atractivos, si en la industria no tuviéramos también aquí nuestros génios, nuestros mártires y nuestros héroes. Cante el simpático *Pedro Sánchez* la excelencia de los sabios montañeses, filósofos, novelistas, poetas, músicos, pintores, etc. etc.; yo seré el primero en tributarles el homenaje más rendido, que todo y mucho más merecen ellos, pero, «*cuidado con el Ebro*», como decía el aragonés del cuento,—por que, aunque yo no pueda en justicia ponderar el adelantamiento de nuestra industria, génios industriales hay aquí que son bien dignos de estudio, y de otra pluma menos ramplona que la que tuvo el mal gusto de elegir el desorientado redactor de *El Atlántico*. Cante, cante mi querido tocayo las glorias de sus ídolos, y pida para ellos todas las bendiciones del Cielo y de la Tierra; no he de intentar yo rebajar ni discutir, que fuera vano intento, sus relevantes méritos, ni aún de hacer comparación de ninguna clase, y hasta olvidaré, para todos los efectos, la máxima del sabio filósofo, *primum vivere deinde philosophari*, que al fin y al cabo, aunque estemos tan pobres, muchas alabanzas merecen los que procuran elevar el nivel intelectual de su pueblo; pero dígame querido (que á pesar de todas mis protestas no puedo menos de hacerle esta pregunta): ¿si nuestros novelistas, y nuestros

poetas, y nuestros músicos y nuestros pintores encontrarán en su camino los obstáculos que encontraron Parra, Quijano, Castañeda, Meng, Valle y otros tantos, ¿qué libros, qué partituras, qué cuadros hubieran producido? ¡Ah! Los señores Pérez y Odriozola serían ídolos de V., si se hubieran dedicado al cultivo de las Bellas Artes, suponiendo que en este terreno hubieran valido tanto como valían para industriales, y sin embargo no prosperó su industria por las injusticias de un gobierno doctrinario y débil. Los ídolos de V. no tienen que luchar más que con ellos mismos, y pedir recursos á su imaginación y á su inteligencia; y el pobre industrial, no libre de esa lucha, tiene que emprenderla contra el gobierno, contra el ferrocarril, contra el obrero, contra la competencia, contra la mala fé, contra los elementos, contra todo.

Lo que produce el artista sale de su despacho sin que una mirada envidiosa, ni un aire viciado hayan influido en lo más mínimo; lo que produce el industrial va casi siempre impregnado de gotas de sudor de afán y desaliento, de miedos y esperanzas. ¡Pobres industriales! Tienen que ser á un tiempo autores y actores, como Molière, mientras los otros, con una placidez encantadora, copian de la naturaleza un paisaje ó un cuadro de costumbres, ó despiden á la loca de la casa en busca de materiales para una oda.

II.

Nuestra industria puede decirse que no tiene historia; la poca industria que conocemos hoy ha nacido ayer. Guerreros, pastores, agricultores nuestros antepasados, no disfrutaban de la paz necesaria para crear y desarrollar la industria, en el sentido que hemos convenido dar á la palabra, á los efectos de este artículo. Esas ventajas son inherentes á la civilización moderna, tenga ella todos los defectos que ustedes quieran.

Sebastián de Salamanca dice de Alfonso I, después de referir las muchas ciudades y villas que tomó á los moros: «*Omnes quoque arabes occupatores supradictarum civitatum interficiens christianos secum at patriam duxit*», añadiendo enseguida que en este tiempo se poblaron Liébana, Trasmiera, Sopuerta, Carranza, Burgos y las marismas de Galicia. De aquellos tiempos no tenemos un vestigio ligero, ni de otros muy posteriores; el arquitecto y el legislador podrán tal vez hallar algún rastro que les ilustre; el que quiera reunir datos para la historia de la industria excusarse molestarse.

Los árabes ya tenían sábios, como Geber, que conocían no pocos procedimientos industriales, y habían *arabizado* las palabras «alcohol», «alkali», «borax», «elixir», «laca», y otras, tomadas de los Caldeos, lo que demuestra que estaban familiarizados con lo que significaban, pero creo que aquellos cristianos aprendieron más de don Alfonso que de Geber: «no mimar ni al vencido ni á la ciencia».

Pasemos por alto unos cuantos siglos, bastantes, por que no encontraríamos en ellos nada mejor para nuestro objeto que en el octavo, y ven-gamos á la época en que se amontonaban las escorias de las ferrerías, ricas aún algunas en metal y de las que se han pedido recientemente concesiones.

¿De qué tiempo datan esas ferrerías ó herre-rías, que á tantos pueblos, barrios y sitios han da-do nombre? ¿Constituían una verdadera indus-tria, es decir, vendían el hierro que fabricaban por el procedimiento primitivo, ó poniendo los dueños el carbón (que siempre abundaba la leña junto á las herrerías) devolvían la azada, la laya ó la reja, mediante una retribución en metálico ó en especie á cambio de mineral, cosa análoga á la que sucedía con los telares, que todos hemos conocido, cuando se cultivaba aquí el cáñamo y el lino, y á lo que ocurre en muchos batanes, co-munes unos y otros particulares, que tenemos en pueblos próximos, á los que lleva cada vecino la lana hilada de su rebaño para confeccionar des-pués chaquetas, sayas, capas, etc? Sé que un apreciable bibliófilo montañés posee una Memo-ria antigua en que se habla de estas ferrerías, pe-ro por desgracia está ausente y ahora no puede contestar á la pregunta: no sé nada más.

Aunque las ferrerías tuvieran alguna vida, que no sería muy larga, bien podemos considerarlas casi contemporáneas de las reales fábricas de ca-ñones de La Cavada y Liérganes, y no debieron alcanzar gran prosperidad, por que en todos los sitios donde ellos estuvieron nos han dejado res-



tos de edificios pobres y raquíticos. Esto se expli-ca perfectamente; el hierro, aún producido para la venta, lo sería sólo para el consumo local, muy reducido, y el acarreo del mineral debía ofrecer grandes dificultades.

En los siglos XVII y XVIII sostuvo la muy noble y siempre leal Merindad de Trasmiera di-ferentes pleitos contra Lerma, Castro, Laredo y Pesués por intentar hacerla contribuir para la

construcción ó reparación de muelles, puentes ó calzadas fuera de su jurisdicción, y todos los ganó Trasmiera (aunque supongo que no de valde porque ya había escribanos etc.) conservando la exención que para el caso disfrutaba, consignada y reproducida en diferentes reales cédulas, mediante el gravámen de reparar 62 puentes y puentes de su distrito; abrir nuevos caminos para bajar de los montes más de 80.000 cargas de carbón que eran conducidas á las fábricas de artillería; tener centinelas en la costa y defenderlas contra las sorpresas de los ingleses; conservar los muelles de Treto y de Pedrefia y el camino y muelle de Tijero, para el embarque de cañones y desembarque de *venas de fierro de Somorrostro*, así como el camino para la conducción *de las de Cábarga y Vizmaya*.

Este era el mineral que se empleaba en la Cavada y Liérganes, y probablemente en la mayor parte de las ferrerías; mineral que debía resultar á un precio carísimo, incompatible con la prosperidad de las industrias.

De todas estas ferrerías casi sólo las de Guriezo han alcanzado nuestros días; allí montó el señor Marqués de Miravalles la gran fundición de la Merced, tres años antes de la guerra civil, con un alto horno de grandes dimensiones, no sé si el primero que se estableció en España, otro de reverbero, calentador, dos afinerías y dos juegos de cilindros. Esta industria hubiera progresado notablemente si los benditos carlistas no se apoderaran de ella, funden unos cuantos cañones y morteros y prenden fuego á todo lo que era combustible, cuando se acercaba el ejército liberal después de la victoria de Ramales. Los cañones de La Cavada y de Liérganes, aunque se talaron los montes, mucha gloria nos dieron; los de los carlistas me parece que nos dieron..... menos.

Luego vino la compañía francesa de Dubourg, Alem y Dupont arrendó por doce años los restos de la fábrica y después de las reparaciones necesarias obtuvo unos seis mil quintales de hierro. Disuelta la sociedad, se hicieron cargo de ella los señores Ibarra, Villalonga y Dupont y montaron la industria como la tenía el fundador, agregando muchos moldes para ollas, cacerolas, etcétera. Produjeron hierro muy apreciado para ciertos usos como todo el que se obtiene con carbón vegetal, pero éste escasea hoy hasta el punto de hacer casi imposible la fabricación.

III.

La Montañesa.—En el pueblo de La Cavada, á cuatro leguas y media de esta ciudad y tres de la estación de Boó, en la carretera de Santander á Bilbao por Balmaseda, se encuentra esta magnífica fábrica de tejidos, que podemos considerar como un monumento de la industria montañesa, no sólo por su relativa antigüedad sino por la importancia que tiene actualmente. Ya cuenta cuarenta años de fecha, pero allí nada es viejo,

todo se repone cuando la conveniencia lo aconseja; recientemente ha hecho el director varios viajes, acompañado de uno de los dueños, por Inglaterra, Francia, Barcelona, etc. á ver si encontraban algo nuevo y útil.

Fundó esta fábrica el señor D. Juan de la Pedraja Escudero en 1850, y fué pasto de las llamas dos veces, una de las cuales se dijo entonces si había sido ó no había sido intencional el incendio, por perjudicar á alguien el crédito de sus productos, y hasta conservo yo, de mis recuerdos de chiquillo, como una sombra vaga de sospechas en cierto catalán. Afortunadamente no pudo quemarse la presa, magnífica obra, toda de sillería, que costó más de veinticinco mil duros (en aquellos tiempos) y que produce á la vista un efecto sorprendente cuando el río trae gran caudal de agua.

Se reconstruyó de hierro y mampostería, sin que sea fácil que vuelva á quemarse, y allí tenemos en un gran edificio de tres pisos los espaciosos salones de telares, cardas, selfatinas, batanes, urdidores, escritorio, habitación del director y depósito de géneros elaborados; en otros edificios secundarios están el taller de reparaciones, las calderas y máquinas de vapor, las máquinas de apresto, habitaciones del administrador y operarios, taller de teñir, etc., etc.

Casi todas las máquinas son modernas, y todas procedentes de las fábricas más acreditadas, y últimamente se han renovado los batanes y selfatinas, se ha traído una soberbia caldera, sistema Lancashire, para la máquina de vapor, y se ha instalado una turbina de 100 caballos con su regulador, sistema Planas, habiéndose resuelto así el problema de trabajar con el agua del río la mayor parte del año, ventaja muy apreciable, pues el día que se enciende la caldera hay que contar un gasto de 125 á 150 pesetas por este concepto. Hay además otras máquinas de vapor de menos potencia para el apresto y otros usos, y un gasómetro que provee de luz clara é intensa todas las dependencias de la fábrica.

Se puede comprender por esta ligerísima revista que la instalación de «La Montañesa,» honra de la provincia, es de las mejores en su género; y si á esto se agrega que los algodones, traídos directamente de los Estados Unidos ó de Liverpool, se escojen con el mayor esmero, no debe sorprender á nadie que las tres clases de género crudo que fabrica, y el mahon azul hayan obtenido los primeros premios en las Exposiciones de París, Viena y Filadelfia; que se haya imitado en más de una ocasión su marca de fábrica; que se vendan anualmente de 25 á 30.000 piezas de 47 á 49 metros con un ancho de 28 á 50 pulgadas, y que reconozcan todos los almacenistas que estos géneros pueden competir con los mejores de su clase.

«La Montañesa,» verdadera providencia de aquellos pueblos, emplea de 250 á 300 operarios; todos son del país, á pesar de las dificultades con que tropieza el que quiere implantar hábitos de

la industria donde sólo hay agricultores. El director, que sabe serlo como pocos, es del país también, y empezó su carrera como el último de los obreros.

Resúmen: Un gran capital en manos dignas de él, manejado con gran inteligencia, y una aplicación lucrativa y humanitaria; que si por el primer concepto debe servir de estímulo al empleo de otros capitales, bien merece por el segundo el aplauso más cordial y más entusiasta.

El vidrio en Reinosa.—Hace cincuenta años instaló en las Rozas la fábrica de vidrio plano «La Luisiana» la sociedad de Madrid, Collantes, Murga y Compañía; otros varios ejercieron allí la misma industria, y por último adquirió parte de la propiedad el Senador por esta provincia don Telesforo Fernández Castañeda, quien ha seguido trabajando en uno ó dos hornos y con ochenta ó cien operarios, según las necesidades de la demanda.

El señor Castañeda instaló también «La Cantábrica», de vidrio plano, como «La Luisiana», y la dedicó á escuela práctica de obreros españoles, magnífico pensamiento, que desgraciadamente no dió, por diferentes causas, todo el resultado que su autor tenía derecho á esperar.

Por último en 1872 instaló la «Santa Clara», para fabricación de vidrio hueco, con un horno para el plano, y ha sostenido siempre en todas ellas el personal necesario, obteniendo los productos gran aceptación. Sin embargo, esta industria no alcanza, como merecía, una prosperidad envidiable, por diversas causas que indicaremos más tarde, pero conste desde luego, para nuestro objeto, que las primeras materias han podido adquirirse en buenas condiciones, que el lignito procedía de minas propias, en las que se daba ocupación á bastantes obreros, ó de otras muy próximas, y que al señor Castañeda, postrado hoy en cama, rendido á las fatigas de su penosísimo trabajo, podrá citársele siempre como modelo de industriales inteligentes en lo que la actividad solo puede ser comparada á su resistencia en la lucha frente á todas las contrariedades.

Forjas de los Corrales de Buelna.—Yo la vi nacer; cuenta muy pocos años. Allí hizo sus primeros ensayos el señor don José María Quijano, el gran Pereda de nuestros industriales, con tres maquinillas de puntas de París, que instaló en un molino harinero de su propiedad. Le esperaba en el foro un gran porvenir pero cambió la toga por la blusa, los pleitos, que consumen, por la industria, que produce. Quijano en su fábrica es el general en jefe de un numeroso ejército al frente del enemigo, que como conoce el arte militar, y tiene más talento organizador que casi todos nuestros hombres de guerra, y abarca de una sola mirada lo que pasa en el campo contrario, hace siempre su esclava la victoria. Está en la plenitud de la vida y, sin embargo, me decía hace pocos días hablando de industria, que es su sueño y es el mío, de cada uno en la respectiva esfera, que si le mandaran empezar hoy, conociendo las as-

perezas del camino, no se atrevería, no por falta de voluntad, sino por temor de que le faltaran la energía y la actividad necesarias; yo creo que volvería á empezar cincuenta veces, por que en los espíritus tan bien templados los inconvenientes y las contrariedades son las causas productoras, casi en primer término, de la actividad y la energía.

Quisiera hacer una reseña detallada, pero he recibido la primera intimación; el tiempo apremia y el espacio es corto. En las tres fábricas, ó en las tres grandes secciones de una misma, si se quiere así, por más que yo me atengo á lo primero, toda vez que pueden gozar de la independencia necesaria, se fabrica en caliente el alambre; se estira éste en frío y se le da la forma y calidad adecuadas á sus diferentes clases de brillante, cobrizo, recocido y galvanizado: y por último, se hacen las puntas de París, tachuelas, cadenas, etc., etc., utilizando el hierro preparado en las secciones anteriores. Allí todo está previsto; la maquinaria es excelente; los edificios brotan del suelo como por encanto; no hay adelanto que no se utilice; dos grandes máquinas de vapor y cuatro turbinas, con una fuerza éstas de 350 caballos, imprimen á todas las secciones el movimiento necesario; los productos se venden casi sin competencia, y los alambres galvanizados para telégrafos apenas la encuentran en el extranjero.

Recientemente se ha mejorado y ensanchado el taller de construcción y reparación de máquinas; se ha agregado el de fundición de hierro y bronce, en el cual se hacen ya todas las piezas que antes no podían hacerse, y se preparan los modelos en el taller de carpintería, que también se ha mejorado considerablemente.

La producción diaria de alambres es de 16 á 20 toneladas y de 6 la de puntas, para cuya sola fabricación hay montadas hoy 70 máquinas. No puede pedirse mayor fecundidad á las tres de que hablábamos al principio.

Para concluir, pasan de 15.000 pesetas las que se distribuyen mensualmente entre los operarios que tal vez á esta fecha tengan su caja de ahorros y monte de piedad. ¡Cuánto podrían aprender nuestros economistas, nuestro patronos y muchos industriales en la fábrica de los Corrales!

La Refinería Montañesa.—Establecida en San Martín, bajo la razón social «Puig hermanos y Compañía,» tiene en una de las puertas un rótulo que dice «se prohíbe la entrada.» Esta circunstancia, mi amistad íntima con unos y falta de trato con otros de los dueños fueron causa, sin que entre ahora en más explicaciones, de que yo no intentara traspasar aquellos encantados muros y así hubiera trascurrido el tiempo sino hubiera tenido la fortuna de adquirir el compromiso de hacer este artículo y hubiera pedido por tal motivo algunos datos.

Hace pocas horas que he salido de la fábrica, y tal admiración me causó, tan agradables sorpresas recibí, que luego me he dado cuenta de la temperatura á que estuve sometido algunos ratos en aquellas estufas, junto á las enormes calderas,

sin que allí me apercibiera del baño de sudor ni se me ocurriera darme aire con un periódico ó con el sombrero. Confieso que es la primera instalación que he visto de esta clase, y he comprendido ya que no exajeran los que nos hablan de millones gastados en los ingenios, porque también están allí en un espacio relativamente pequeño. Pero esto, en último término, no tendría nada de particular; lo admirable es aquel tegido de correas de transmisión, aquella red de tubos que se cruzan en todas direcciones, por encima, por debajo, al lado de las calderas gigantes, de la multitud de evaporaderas, algebres, bombas, filtros, estufas etc., etc.; lo admirable es aquel conjunto tan armónico, que parece un cuerpo humano, en que si falta alguna víscera viene inevitablemente la muerte; lo admirable son aquellos pedazos de hierro, con voluntad propia, que agarran un vagón, le llevan á una altura enorme, le vuelcan y le bajan otra vez, para repetir ciento la misma operación; lo admirable es aquella inteligencia que hay entre las bombas, los depósitos y las calderas todas; cuando una necesita jarabe, disolución más ó menos concentrada de azúcar, hace sonar un pito, es contestada al punto y recibe lo que ha pedido, ya esté en los sótanos, ya esté en la parte más alta del edificio. A mí me parecía, en aquel *maremagnun*, que el cobre y el hierro formaban seres vivos, inteligentes y bien educados, porque creía uno que se separaban al paso del espectador, con toda la urbanidad posible, para no molestarle, y que no había más seres inanimados, otras máquinas que los hombres.

Tres generadores de vapor con 430 caballos de fuerza y uno pequeño auxiliar de seis; siete máquinas motrices con 130; cinco bombas para elevar 280 metros cúbicos de líquido por hora; calderas de fundición, clarificación y depuración por diferentes sistemas, con sus secciones anejas para la actividad de los depuradores, y diversos aparatos hasta llegar á la refinación y manufactura de los azúcares brutos, de los que se pueden fundir doce toneladas en las horas reglamentarias de trabajo al día, constituyen en primer término el alma de la fábrica, para producir las diversas clases de blanquillo, florete, granulado y aglomerado ó cuadradillo, premiados con medalla de oro en Barcelona. Luego vienen los departamentos de fermentación de las mieles y destilación, todo perfectamente instalado; los talleres de reparación y construcciones, de lavado y secaderos; la sección de alumbrado con excelentes dinamos; el laboratorio con los indispensables polarímetros, etc., etc., y otras cosas de que no quiero acordarme en este momento, porque cada detalle merecía un artículo.

No hay más residuo que un abono excelente, rico en fosfatos, del que ya hacen buen uso los agricultores que le conocen.

Me parece que huelgan mi felicitación más entusiasta y la expresión de mis deseos.

La Cruz Blanca.—Apenas me queda tiempo

para ocuparme de esta importantísima fábrica, la más importante sin duda ninguna de cuantas hay en España de su género, y buena prueba de ello son los vagones especiales que continuamente vemos en los trenes para transportar la cerveza; el diploma de Mérito Extraordinario que ganó en 1889 en Londres; la medalla de oro en la última Exposición de Paris, y los premios en todos aquellos certámenes á que ha concurrido.

En industrias de esta naturaleza, cuya antigüedad es tan remota, y en las que, por consiguiente, el empirismo y la rutina han sido los únicos maestros hasta nuestros días, parece extraño en cierto modo que se siga en la fabricación un procedimiento tan racional como el que se sigue en la «Cruz Blanca», conciliando de una manera admirable las exigencias de la ciencia con las conveniencias del comercio; pero encontrará una explicación muy sencilla el que conozca á don Enrique Meng, director co-propietario, personificación de la fábrica desde que en 1878 se construyeron los edificios de la calle de San Fernando; el que haya leído sus escritos sobre fabricación de la cerveza, y el interesante folleto que publicó hace algunos meses sobre cultivo del lúpulo, con datos adquiridos en sus jardines y de los que debieran sacar gran partido nuestros agricultores; y por último, el que haya visto el laboratorio biológico para el cultivo de la levadura pura por el método Hausen, lo que constituye el mayor elogio que puede hacerse en España de un fabricante de cerveza.

Meng se eclipsa con mucha frecuencia, y cuando reaparece ya trae algo nuevo para su fábrica, algún adelanto observado sobre el terreno en los principales puntos productores; cada vez que se visita la fábrica se encuentra algo que no se había visto anteriormente.

La Cruz Blanca empezó con una elaboración de 100.000 litros anuales; hoy vende 2.000.000 en España, América y Asia, y está preparada para fabricar 9.000.000.

Las primeras materias son cebada del país y lúpulo de Bohemia; aquella se hace germinar y se tuesta en la maltería mecánica, y pasa, después de la lixiviación al vapor en dos grandes calderas que pueden producir al día 240 hectólitros, á las grandes bodegas de fermentación y conserva, en las que entra el aire filtrado y libre de microorganismos. Dos generadores de vapor de 85 caballos, dos máquinas de 50 y otras dos para producir diariamente 12 toneladas de hielo constituyen en primer término la maquinaria.

En los talleres de tonelería y reparaciones; en la fabricación de las bebidas gaseosas y jarabes; en la instalación de la luz eléctrica para alumbrado interior y de los jardines; en los secaderos del bagazo, y en las cuadras, donde siempre se ven muchos ejemplares preciosos de ganado vacuno, hay siempre algo que admirar y que aprender, y en todas partes se ve la mano del activo é ilustrado director, al que hay que desear la prosperidad que tanto merece.

Señores, conste que no es mía la culpa; me duele en el alma no poder hablar de todas las industrias de la provincia y elogiarlas lo que es justo, único favor que les podía hacer, pero la tiranía, racional algunas veces, no consiente que se cumpla una más el refrán «de lo malo mucho», y me niegan el espacio y el tiempo para recoger datos y emborronar cuartillas.

Ya no puedo hablar de los grandes talleres de don Eduardo L. Dóriga en San Martín, donde se construyen motores y transmisiones de todas clases con una perfección notable y, sobre todo, las turbinas, que nada tienen que envidiar á las mejores del extranjero; donde se han exhibido ejemplares de construcción naval que dejaban entrever para Santander días de gloria y de provecho; donde todo ha de ser bueno y grande, estando al frente el ilustradísimo ingeniero señor Dóriga y el que lo es también muy inteligente y práctico don Francisco Barón; donde se estarían construyendo buques del mayor porte para la armada nacional sinó fuera por... Pero hemos convenido en que en este libro no vayan más que flores; dejemos las miserias.

—Ya no puedo hablar de la magnífica fábrica «La Rosario», de los señores Pereda y compañía, de que tanto nos hemos ocupado en Santander, cuya preciosa instalación tanto admiramos en la Exposición de 1888 y cuyos jabones y perfumes recorren toda España con grandes ventajas en la competencia.

—Nada puedo decir de la fábrica de bisagras de chapa de acero, bisagras especiales para buques y para muebles; pernos, hembrillas para marcos, cuadros, colgadores, etc.; agarradores para puertas-vidrieras, baules, cajas; escarpías para vías de ferrocarril etc., etc., que los señores ingenieros Huidobro y Dóriga, han establecido recientemente en el ensanche de Maliaño, sobre la línea de los muelles al S. E. de la Dársena en construcción, ocupando un espacio de 1262 metros; con su elegante máquina horizontal de 12 caballos; quince máquinas para fabricación de las bisagras; tres fraguas con un ventilador sistema Root, quinqués y accesorios; taller de reparaciones; ascensor para el servicio de los talleres; teléfono para el de la fábrica; alumbrado por gas, que va á sustituirse ahora por luz eléctrica; 35 operarios, y una fabricación actual de 1.500.000 bisagras al año, todo lo que da una ligera idea de la importancia que ya tiene esta industria y el incremento que está llamada á adquirir en breve plazo, del cual son una garantía los nombres de los dos apreciabilísimos ingenieros.

He tenido el gusto de admirar la fábrica de sacos de yute y estopa de San Martín, acompañado de su atentísimo dueño Sr. González. Es muy digna de mención la fábrica de yutes, retortas y lienzos que el Sr. Pérez, antiguo y honrado liencero al pormenor, tiene en Renedo con sus numerosos telares para esas fabricaciones y en situación admirable.

Quisiera disponer de unas cuartillas para ha-

blar de la fábrica de cervezas *La Austriaca* y á ser posible, contando con la tolerancia del señor Marqués de Balbuena, hablar de su propietario, del simpático aristócrata que sabe justificar sus títulos nobiliarios y darles mucho brillo y realce.

También hablaría de las fábricas de cervezas y gaseosas que los apreciables industriales señores Apraiz tienen establecidas en esta ciudad y en Torrelavega, pero no me es posible.

Diría las mejores cosas de los célebres talleres de los señores hijos de Corcho, tan conocidos en toda España por sus trabajos; y de los del malogrado señor Roviralta; y de los del señor Colongues, cuya importancia pone bien de manifiesto el haber construido las lanchas de vapor que acaban de botar al agua para las direcciones de Sanidad y lazaretos; y de los del animoso y emprendedor señor Conce; de los de carruajes del señor Rodríguez, donde siempre se pueden ver más de cien coches completamente concluidos y en construcción en sus espaciosos almacenes, y de otros varios que no recuerdo en este momento.

Yo hablaría de la fábrica de quesos de Reinosa, ya tan acreditada; y de la de vinos que los señores Corral instalaron en el mismo punto; y de la utilísima de guano de pescado que el señor Arco estableció en Castro Urdiales; y de las de conservas que tenemos en todos los puertos de la provincia; y de la de betunes y cajas de hojalata que tantos operarios ocupa y á quien tanto debe agradecer Santander; y de la de refino de petróleo que los señores Deustch y compañía poseen en el Astillero, y de otras muchas de las que no tengo tiempo de acordarme.

Dos palabras antes de terminar este capítulo. Un célebre político nos trajo la teoría de las dos personalidades, y á ella me atengo, recordando además que «el hábito es una segunda naturaleza.» Como amigo soy siempre de mis amigos, pero en el laboratorio, á todas las personas interesadas en los reconocimientos oficiales las veo representadas por números, y siempre lo mismo. En esta ligera reseña no he visto á los amigos; el escritor (pasad este rasgo de inmodestia) no ha escrito más por que no se lo han permitido, y en todo lo escrito cree retratada la imájen de la justicia. No hay exageraciones, hay deficiencias; y por que las conozco y las veo, adquiero espontáneamente y con el mayor gusto el compromiso de continuar esta materia cuando las circunstancias sean favorables, por que sería para mí la mayor tortura la idea de tener descontento á cualquier industrial.

IV.

Crean algunos que esta provincia está destinada por la naturaleza á ser un centro de riqueza industrial; véase lo que hay de cierto en el asunto, si esos pronósticos se apoyan en la observación desinteresada y justa, ó solo en los buenos deseos.

Tenemos grandes minas de hierro más que las suficientes para alimentar Altos hornos en Ma-

liao, en Castro y en otros sitios; hay mucho hierro sin azufre ni fósforo, y el carbón debemos adquirirle á precios más bajos que en Bilbao. Yo no permitiría embarcar un átomo de mineral si estuviéramos constituidos en cantón.

Lo mismo diría del zinc, una vez que nuestras minas proveen en gran escala de minerales el mercado; y lo mismo diría del cobre, aunque sin hacerlo cuestión de gabinete, y otro tanto, respecto de otros varios metales.

Claro está que á estas industrias seguirían otras como anejas, como dependientes, como utilizando de aquéllas las primeras materias; y es aquí tan extenso el campo de la mecánica y de la química que no hay para qué descender á detalles.

Tenemos en nuestro subsuelo grandes yacimientos de pirita de hierro y hay quien asegura, porque.... lo ha visto, que pequeñas exploraciones pondrían á la vista capas espesísimas de este precioso mineral y: ¿comprenden ustedes que no tengamos una fábrica de ácido sulfúrico, y que no obtengamos el azufre que baste para nuestro comercio? Se ha venido hablando con cierto misterio de una nueva fábrica que iba á instalarse en el Astillero, y como no se sabía qué iba á producir, temía yo por ciertos amigos míos que se anticipara á proyectos en gérmen; ¡Aún nos dejan algo los extranjeros!

Y como el cloruro sódico hemos de tenerle siempre á un precio barato, así nos resultarán el sulfato de sosa y el ácido clorhídrico. El primero le destinaremos á las fábricas de vidrio y á convertirle en carbonato, con carbón y carbonato de cal; y el segundo, con los manganesos que mandamos á Inglaterra (al precio que nos lo quieren pagar) nos servirá para preparar los cloruros de colorantes, el de cal sobre todo, si es que encontramos calizas que se puedan descarboxar.

Tuve yo por afición, porque los mimados de la fortuna nos complacemos alguna vez, aunque pocas, en transmitir ese favor al prójimo, cierto empeño en ver lo que daban de sí nuestras margas calizas; hice muchos análisis y muchas pruebas, y encontré esta solución: podemos producir cemento de fraguado rápido, más barato que en Zumaya, y cemento de fraguado lento en mejores condiciones que donde utilizan las cretas de Londres y los limos del Támesis.

La cerámica está entre nosotros bastante atrasadilla, pero conste que no es por falta de buenas arcillas; no hemos sabido conservar las tradiciones gloriosas de la fábrica de Galizano, que hacía las jarras monumentales y era en sus tiempos la admiración de propios y extraños, y hemos dejado que la sepulte el peso de la edad, sin haberla procurado la sustitución correspondiente.

Podríamos obtener varias sales de potasa; y el bromo y el yodo, y el amoniaco y sales amoniales; y muchas materias colorantes, entre ellas las que proceden de la brea, el azul de ultramar y otras muchas.

Dejamos de utilizar una gran cantidad de ma-

terias nitrogenadas, sin convertirlas en cianuros, cuando la sal amarilla de Gmelin y el azul de Prusia se venden á buen precio.

Da grima y vergüenza que en nuestro puerto se embarquen tantos cargamentos de huesos, cuando no tenemos una fábrica de fósforo, ni de negro animal, ni de abonos químicos, ni de cola, ni de nada.

Trapo viejo, paja de maíz ó de otra clase, maderas diversas, otras sustancias vegetales; vean ustedes las primeras materias para fabricar el papel, y sin embargo ¡no le fabricamos!

Son tan numerosas y tan importantes las industrias que podían y debían plantearse y explotarse en la provincia, que casi me arrepiento de haber hecho á vuela pluma el anterior ligerísimo bosquejo, por las mil deficiencias imprescindibles en esta clase de trabajos; pero más me apura no disponer de tiempo y de espacio para el capítulo siguiente.

V.

La prosperidad de un pueblo ó de una región se ha debido algunas veces á un hombre, otras al esfuerzo común; otras á las condiciones naturales, y otras á circunstancias mixtas. No hablemos del hombre, ni le pidamos, por que en estos tiempos no nos serviría; no hablemos tampoco de lo pródigo que ha sido con nosotros la naturaleza, por que hay que cerrar los ojos para no ver el derroche de fortuna que ha puesto á nuestro alcance; hablemos pues de las colectividades, del esfuerzo común, de lo que hace falta para que la iniciativa particular salga de su marasmo, confíe y se manifieste.

¡El hombre! En nuestro antiguo sistema político el rey era todo, y él solo imprimía carácter á la sociedad en que vivía; si era galanteador lo eran todos sus súbditos; si era guerrero y conquistador, allá iban sus legiones de fiercitas sedientas de sangre, de matanza... y de botín, por llevar la religión y todas las bendiciones celestiales á los pueblos que dominaban; si era humano y verdaderamente amante de sus pueblos, como Carlos III, la industria adquiría desarrollo notable, las artes progresaban y la prosperidad se abría camino. Pero para esto hacía falta que el rey, caso raro, oyera á los varones eminentes de su Consejo, y se declarara en una real cédula famosa que los oficios de curtidor, herrero, sastre, zapatero y otros eran honestos y honrados, que envilecieran á la persona ni á la familia, que les inhabilitara para obtener empleos municipales, ni para el goce de hidalguías, todo en medio de las rancias y especiales preocupaciones de aquel tiempo; y se premiaran todas las industrias, ya eximiendo al Conde de Guevara del pago de Lanzas mientras subsistieran sus fábricas de tejidos de seda en el puerto de Santa María, ya gratificando mensualmente al gaditano Fabre por

la gran maestría con que fabricaba tigas, cuchillos é instrumentos de cirugía; y se abrieran muchas nuevas vías de comunicación, concediendo privilegio á Roca para que estableciese los primeros coches-diligencias de España; y se diera gran impulso á las Sociedades Económicas, que tanto han degenerado; y se fomentara todo lo que era noble y grande, bien removiendo obstáculos, bien por el estímulo.

Ya sé yo que hoy tendríamos aquí hombres que valieran tanto como nuestro gran rey, el que ilustró, con tonos dorados las páginas de su historia; para mí el más grande, el mejor de todos; y yo votaría (mi amigo *Pedro Sánchez* votaría en contra) por semestres á Quijano en Corrales; á Ocháran en Castro; á Valle, á Meng, Dóriga y otros en Santander; á otros dignísimos, aquí y en otras partes; pero aquellos tiempos pasaron para no volver y debemos contemplar el presente, tomarle el pulso, y hacer el diagnóstico y el pronóstico á guisa de médicos modernos, que suelen dar más importancia al microbio que al mal de ojo, al desinfectante que al exorcismo.

Dejémonos de política, meta de abogados sin pleitos ó ambiciosos, sueño de tontos, brillo de necios afortunados, y desgranador de vergüenzas; pozo negro en que el digno encuentra su muerte y flota el hábil; maldita exposición permanente de debilidades humanas, en que los primeros premios son para la deslealtad y la inconsecuencia; ara de sombras tristes ante la cual todos tenemos obligación de prestar nuestro honrado sacrificio, sin la seguridad de que el ídolo que adoramos deje de ser de barro.....

Quiero decir, dejándonos de filosofías, que estamos frescos si pedimos hoy al Estado protección en favor de nuestras industrias, el talismán precioso para darles calor y vida. Si todas las provincias castellanas se unieran para defender sus recíprocos intereses, algo tal vez conseguirían directa ó indirectamente, por uno de los mil modos que conducen á este fin.

Más podríamos esperar de nuestra Diputación, que debía ser el amparo y refugio de todos los intereses provinciales; pero no hay en esa corporación la armonía, la iniciativa que debiera; no se persigue un ideal fijo; cada uno es diputado de su distrito y procura recabar para él las mayores ventajas, pero sin cuidarse del provecho general.

Dada la existencia de primeras materias y lo accidentado del terreno, por cuyo motivo tanto abundan los saltos de agua. ¿Se ha cuidado la Diputación de poner todos los medios que están á su alcance para facilitar la instalación de industrias? Ya sabemos que las vías de comunicación son muy convenientes, y sobre todo las vías férreas que unen entre sí las provincias, pero ¿Intenta la Diputación que esas vías se aproximen todo lo posible al curso de los ríos de rápida pendiente, ó que atraviesen las comarcas, no ya donde haya industria instalada, sinó donde pudiera establecerse? ¡Cuánto podíamos esperar si

se abandonara esa rutina fatal que nos mata y esteriliza todo lo que puede insinuarse cuerdo y progresivo! Y no se diga que nuestra Diputación es pobre; todas las colectividades del mismo género cuentan con recursos sobrados siempre que su empleo vaya precedido de la iniciativa que entusiasma y de la formalidad que inspira confianza. La Diputación de Santander puede hacer los mayores sacrificios para que se construya el ferrocarril del Meridiano, bien segura de que no merecerá la menor censura, pero las vías de carácter secundario debe estudiarlas mucho y procurar que respondan siempre al interés general, no del comercio en primer término, sinó de la industria.

Se habla mucho del ferrocarril de Vizcaya á la Robla como de un hecho próximo á realizarse. ¿Se ha preocupado nuestra Diputación del trazado que dentro de poco contará con la aprobación del Gobierno? ¿No se ha tomado la molestia de ver que las riquísimas capas de hulla de las provincias de León y Palencia pasarán por la de Santander á dar vida á industrias de otra limitrofe, sin que tengamos derecho á ningún beneficio? ¿Ha intentado siquiera que se aproxime á nuestro puerto? Cuestión es ésta importantísima, tanto como descuidada; Y, luego alzaremos el grito porque la nueva empresa trate á Santander como la del Norte! Modernos Quijotes, nos desahogamos llamando follones y malandrines á los que nos trituraron las costillas, sin fijarnos en que todo, y más, merecemos, por ser holgazanes como somos hidalgos y flojos de mollera, por alimentarla con libros de caballería.

Nuestros ayuntamientos son tan pobres en general que solo pueden ayudarnos con lo que vale la buena voluntad del que no tiene otra cosa. Son en el terreno civil la primera rueda, la piedra angular, casi todo, pero no harán cosas de mucho provecho mientras los pajarracos de ala extensa y potente garra dominan las alturas. Dejémosles en paz, que si algo pudieran y algo vieran factible contaríamos con su concurso, porque ellos deben ser y son, dígame lo que se quiera, la verdadera representación del pueblo.

Nos faltan otras colectividades de índole secundaria. Prescindamos de las sociedades de recreo, casi siempre muy útiles, aunque algunas veces no muy bien dirigidas, y otras no muy bien vigiladas, y vengamos á las que ostentan pomposos títulos oficiales. La Cámara de Comercio, la Liga de Contribuyentes, la... (no sé que más hay, porque tengo muy mala memoria para estas cosas) son la reunión de cuatro distinguidas personas, siempre las mismas, que trabajan con celo y con inteligencia, van en comisión á Madrid y consiguen muy poco en favor del contribuyente y del comerciante, y por ende, nada ó casi nada en favor de la industria.

Y para terminar este ya larguísimo artículo, remordimiento justo del que me le pidió, diré cuatro palabras á otra sociedad de regia estirpe, cuyos blasones hemos saludado siempre con el

mayor respeto, á la *Real Sociedad Económica Cantábrica de Amigos del País*, que aún pudiera ser nuestra esperanza, nuestra salvación. Y como quiero que oigan los socios lo que voy á decir, antes que otras personas, permitidme agradirles con un discurso.

Señores socios de la *Económica Cantábrica de Amigos del País*: Todos sabeis, mucho mejor que yo, que don Melchor Rafael de Macanaz, lamentando los males que causaban la despoblación de España, aconsejó en una de sus representaciones al señor rey don Felipe V que estableciera *Sociedades patrióticas* en los pueblos de bastantes vecinos, y á proporción de los frutos de cada uno, se establecieran fábricas para enriquecerlos. Todos sabeis, mejor que yo también, y eso que lo estoy leyendo, porque mi erudición no llega más allá, que el célebre don Pedro Rodríguez Campomanes decía el año 1774 en su discurso sobre la industria popular: «Siendo regla general con la experiencia que las empresas más fáciles y menos complicadas están sujetas á menores riesgos, dicta la prudencia que la aplicación popular á las manufacturas groseras sea el primer fundamento y piedra angular de la industria española. No es accesible á ningún gobierno, velar inmediatamente en cosas tan extendidas que abrazan todo el reino, y esa reflexión obliga á pensar en *Sociedades Económicas*, que, sobre estas máximas vean lo que conviene á cada provincia, cuales impedimentos lo retardan, y los medios seguros de removerlos y establecer los medios sólidos que han de regir en este género de industrias.»

Todos sabeis, mejor que yo, que desde entonces, siguiendo el ejemplo que nueve años antes les diera Vergara, donde la amistad y el sentimiento de separarse los que se habían reunido en la villa con motivo de unas fiestas, echaron los cimientos de la *Real Sociedad Vascongada*, Valencia, Sevilla y Zaragoza, y otras provincias fundaron *Sociedades Económicas*. ¡Cuánto patriotismo! ¡Cuánta abnegación! ¡Cuánta actividad se acumularon en esos centros! Allí todo era grande; no se conocían las pequeñas envidias y el deseo de exhibirse; el Arzobispo de Valencia tenía á honor sentarse junto á un maestro de taller, y los nobles y los grandes todos formaban parte de la asociación, sin otro objeto que fomentar la industria, ya estableciendo academias y escuelas industriales, ya premiando el mérito, ya publicando memorias para ilustrar á los ignorantes, ya de otras diversas maneras. Ese es vuestro origen, señores socios de la *Económica Cantábrica de Amigos del País*, y vuestra historia, digna de letras de oro, no puede dejar de corresponder á él. ¡Cuánto habeis degenerado! El árbol frondoso, cubierto en Abril y Mayo de flores, y de sabrosos frutos en Agosto, vive hoy, si eso es vivir, en perpétuo Diciembre, sin savia, sin hojas, sin darnos otra fruta que un senador de cuando en cuando, como si eso constituyera nuestra felicidad y como si supiérais justificar el derecho moral de la

elección. Hace año y medio parecía que iba á revivir, merced á un cultivo inteligente y solícito, pero la ilusión se desvaneció, la muerte es inevitable, si Dios no hace un milagro.

Tan poco es hoy la *Sociedad*, que cualquiera, valga lo que valga, puede deciros, invirtiendo términos en una frase célebre: «cada uno de vosotros vale cincuenta veces más que yo: todos juntos no valeis la cuarta parte;» por respeto á las tradiciones gloriosas, buscadle honrada sepultura si es que como otras instituciones cumplió ya su misión, si creéis que la industria anda floreciente y próspera por estos vuestros dominios.

Dispensadme, señores, si ofendo, sin quererlo, vuestra *Sociedad*, para mí hoy tan venerable como decrépita é inútil; ajeno á ella, tal vez no alcance á descubrir los tesoros de iniciativa y de protección que hay en sus entrañas; pero si no los hay, si está juzgada como ella merece, suponed que en este momento represento al público que os observa, y suponed que ese público se ha declarado en huelga, en todo lo que se refiere á tributaros un aplauso; lo está deseando, sí, con toda su alma, pero os impone condiciones justísimas, que debeis meditar.

Ese público os pide que no olvideis vuestra historia, os pide que abraís un concurso permanente donde puedan presentarse, *anónimos*, mil proyectos de nuevas industrias, *con* datos minuciosos, y que una comisión de vuestro seno, compuesta de personas que inspiren *verdadera confianza*, después de comprobar todos aquellos datos, informe como le dicte su conciencia. Bien se os alcanza, señores respetables, lo justo que sería reservar algunos derechos á los autores de los proyectos aceptados; y bien se os alcanza también que los proyectos que lo fueran se traducirían al momento en hechos prácticos, por que los capitales, hoy tan retraídos, acudirían solícitos en busca de interés seguro.

Bien se os alcanza que muchos particulares, y, no pocos Ayuntamientos encomendarían á los ingenieros industriales, ú otras personas de su confianza, estudios de esta índole, y que la Diputación pondría de su parte cuantos medios pudiera y que el Estado os apoyaría por que hay justicias que se imponen.

—

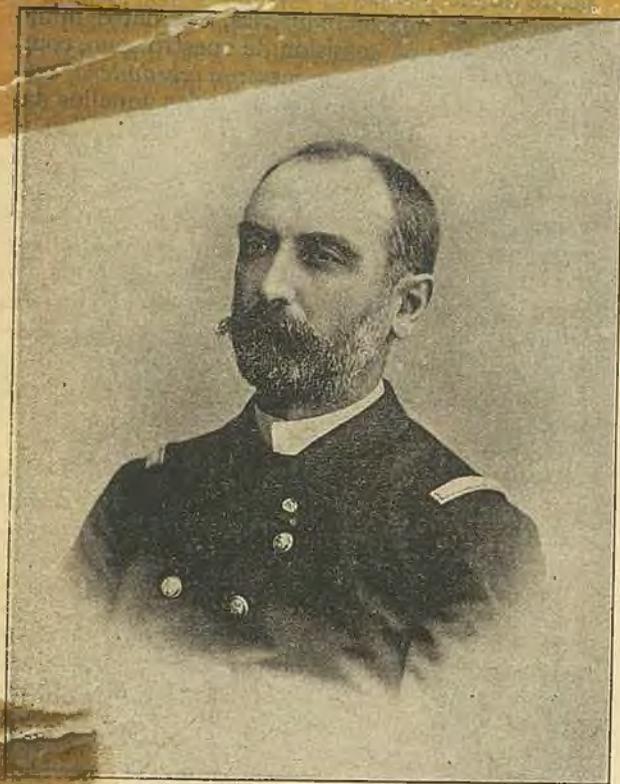
He concluído: Mi pluma perezosa, siguiendo la ley inflexible de la inercia no quiere ahora separarse del papel; pero descanse el fatigado lector, ayúdeme á tributar un aplauso entusiasta y cariñoso á nuestros industriales y confío en que si quereis, y aunque no queramos, la *plumita* de Santander será industrial y será rica en brevísimo plazo, porque la naturaleza ha de sobreponerse á nuestra rutina, á nuestro abandono y á nuestras miserias.

JOSÉ MARÍA CAGIGAL.

JOAQUÍN BUSTAMANTE Y QUEVEDO.

CORRÍA el año 1865 y la Escuadra española en el Pacífico llevaba tres años de gloriosa campaña sin tener un puerto amigo donde guarecerse y á 3.000 leguas de la Patria.

La goleta «Covadonga» pequeño buque, de escaso andar, armado con dos cañones y que recorría la costa entre Valparaiso y Coquimbo, se encontró al amanecer del 26 de Noviembre, con la corbeta chilena «Esmeralda» de 22 cañones y con doble tripulación que la española. Tras heroico y encarnizado combate perdiendo la goleta la tercera parte de su dotación, entre muertos y heridos, se apoderaron de ella los chilenos, y allí aparece entre los segundos, el entonces guardia-marina don Joaquín Bustamante,



que, desde los 14 años, navegaba en los buques de la Escuadra.

Diez y ocho meses duró su triste cautiverio, cangeándose al fin, en virtud de un tratado, al terminar la guerra y regresando el 22 de Mayo de 1867 en un buque francés que le condujo al

Hayre. El Gobierno le condecoró con la medalla del Sufrimiento por la Patria.

Ascendido á oficial, navegó en la Costa Cantábrica en diferentes buques y después en el Mediterráneo en la Escuadra de Instrucción.

En 1872 embarcó para Filipinas donde, formando parte de la Comisión Hidrográfica, levantó los planos de una porción de aquellas costas, hasta que nombrado Comandante del cañonero «Mindoro» hizo la campaña de Joló, asistiendo á los principales combates y operaciones que dieron por resultado nuestra completa dominación en aquel Archipiélago. Por estos hechos obtuvo la cruz roja del Mérito Militar y la medalla de Joló.

Gravemente enfermo regresó en 1876 á España y apenas repuesto en su salud, emprendió con entusiasmo los estudios sobre electricidad y otros ramos que atañen á la Marina, dedicándose con preferencia á los torpedos.

De su talento, constancia y feliz ingenio, tenemos una prueba en el siguiente suceso ocurrido en 1883.

El Teniente de Navío austriaco señor Pietruski, ofreció en aquella época á nuestro Gobierno el secreto de un torpedo fijo automático que decía tener enormes ventajas sobre todos los hasta entonces conocidos. Exigía por su invento la suma de 40.000 duros y la obligación de firmar el contrato de adquisición *antes* de ver el torpedo.

Nuestro Gobierno sabía que este aparato lo habían adquirido ya Francia, Alemania, Suecia, Noruega, Grecia é Italia, siendo además reglamentario en Austria desde 1881. Era pues evidente su bondad y sobre el esquilmo presupuesto de la Marina Española, iba á cargar un nuevo gasto de 200.000 pesetas.

Bustamante vió en este asunto, campo para ejercitar su ingenio y resuelto á trabajar y estudiar hasta conseguir las mismas ventajas, *por lo menos*, que las enumeradas en el folleto del oficial austriaco, consiguió que se aplazase la adquisición, *ya acordada*, del torpedo Pietruski, logrando un pequeño crédito para hacer las experiencias y el auxilio del Arsenal de Cartagena.

El éxito obtenido fué completo y Bustamante realizó todas las cualidades del torpedo Pietruski, siendo superior en algunos detalles, por lo que después de repetidas experiencias y con informe muy prolijo y favorable de la Junta Consultora de Torpedos, fué declarado reglamentario en la Marina Española, con el nombre de su inventor.

La Nación se ahorró pagar á un extranjero una fuerte suma y Bustamante, que aún no ha sido recompensado, dió mucha honra á la Marina y principalmente á su Montaña querida.

Pero eso, no fué más que el principio de su actividad y febril laboriosidad. Profesor de la Escuela de Torpedos, dotó á ésta de un «Curso de Electricidad» declarado de texto y que ha merecido una medalla de oro en Barcelona, brillantes informes en diferentes revistas científicas extranjeras, y por último, han solicitado ejemplares de ella en Italia, Francia é Inglaterra, siendo declarada de texto en Chile. Ha publicado además en diferentes épocas las siguientes obras:

—Torpedos eléctricos.

—Notas referentes al material de torpedos y alumbrado eléctrico.

—Descripción del aparato de punterías para el lanzamiento del torpedo Whitehead.

—El torpedo mecánico (Reservado).

—Apuntes sobre el torpedo Whitehead (Reservado).

—Apuntes sobre material de Marina y otros referentes al material adquirido por él en Inglaterra cuando los sucesos de las Carolinas.

Por último se han declarado reglamentarios los aparatos siguientes inventados por él y experimentados con favorable resultado:

—Torpedo mecánico.

—Torpedo de fondo.

—Torpedo eléctrico flotante.

—Y el aparato de punterías, (en unión del Teniente de Navío señor Balseyro).

Entre las distintas comisiones desempeñadas por este brillante Jefe de nuestra Armada, es muy honrosa para él la que le confió el General Pezuela Ministro de Marina cuando los sucesos de las Carolinas.

Ante la eventualidad muy probable de un conflicto con Alemania, y encontrándose desprovistos nuestros arsenales y puertos principales de defensas eficaces para impedir á una Escuadra enemiga que se apoderasen de ellos, comisionó á Bustamante para que, solo, sin formalidades de Administración adquiriese en el Extranjero, todo el material que juzgase necesario para establecer unas defensas submarinas que cubriesen de un golpe de mano á los tres Departamentos y los Apostaderos de Cuba y Filipinas. Con carta blanca para los gastos, y sin perder un día, salió para Inglaterra donde visitó los principales constructores y fabricantes, se informó de otros y en pocas semanas con una actividad poco común entre

nosotros, pero que constituye la base esencial del carácter de este distinguido marino; embarcó para España torpedos, cables, explosivos, ametralladoras, máquinas para la luz eléctrica y toda la variedad de aparatos que constituyen una completa red de líneas submarinas para defender los puertos de Ferrol, Cádiz, Cartagena, Habana y Manila.

¡Qué orgullo para el Ministro y para el cuerpo que tiene Jefes tan idóneos, entusiastas y celosos en el cumplimiento de su deber!

Bustamante es incansable. Dejó el profesorado de la Escuela de Torpedos para mandar el cañonero «Pilar» y enseguida empezó á estudiar la modificación del actual torpedo auto-movil, que sobre resultar enormemente caro, es tan complicado y delicado su manejo que no podemos garantizar que en la práctica resulte todo lo eficaz que se desea.

Su proyecto está ya en vías de ensayo y el resultado favorable no se hará esperar.

Entre tanto y reconocida por todos su competencia en estos asuntos, fué nombrado Vocal de la Comisión que ha de informar sobre el submarino «Peral» cuyo destino hubo de dejar por seguir á las atenciones de la Escuela de Torpedos de la que es actualmente Director.

Además de las mencionadas tiene la Cruz de San Hermenegildo y tres cruces blancas del Mérito Naval.

Distínguese el carácter de nuestro patriota por la modestia de sus costumbres y de sus gustos. La naturalidad y sencillez de su conversacion y trato le hacen muy estimado entre sus jefes, compañeros y subordinados.

Enemigo de las farsas y apariencias, juzga y discurre buscando siempre el lado práctico de los asuntos y su criterio se ajusta á la realidad, tal cual él la concibe, prescindiendo de la impresión que sus aseveraciones puedan producir.

Como buen montañés es muy amante de su provincia é idolatra el pueblo que le vió nacer. Allí en Santa Cruz de Iguña, en aquella pintoresca aldea, rodeada de altísimos montes, entre los murmullos de sus profundos ríos que todos los años se desbordan por el periódico deshielo de la nieve acumulada en sus alturas y á la sombra de los frondosos bosques que la cercan, allí está la casa solariega de Bustamante, allí yacen sus mayores y allí tiene él la especial satisfacción de que nazcan sus queridos hijos.

VICTORIANO L. DÓRIGA.

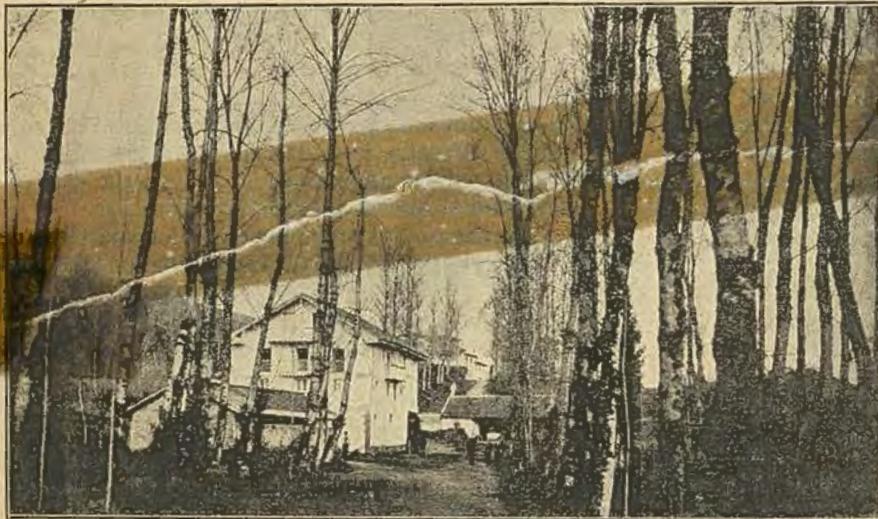


HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

SOLARES.

A 21 kilómetros de Santander y 12 de la estación de Boó, perteneciente al ferrocarril del Norte, está situada la pequeña aldea ó pueblo de Solares que da su nombre á las aguas minerales que en él alumbran. Lo encantador de aquel paisaje, y el hallarse situado el pueblo en una encrucijada de caminos que facilitan grandemente las comunicaciones en todos sentidos, son motivo, más que suficiente, para que esta estación

informa, de la santidad de nuestro credo, y manifestación éste de las pompas y vanidades humanas, pompas y vanidades por el tiempo reducidas á polvo; Solares con estos dos centinelas ó atalayas que parecen destinados á vigilar su sueño tranquilo; con sus vegas y montecillos, alfombradas aquéllas con el verde musgo, el tupido retoño y el espigado maizal, y coronados éstos con espesa cabellera de zarzales, madroños y avellanos; con sus arroyos que serpean en la mies y dibujan bosques de espadañas, de sauces y de alisas; con su río Miera de sombríos remansos en los que la sabrosa trucha al saltar para coger su presa forma círculos concéntricos de pequeñas olas que se agrandan más y más para desvanecerse hasta morir á la orilla, como se desvanecen y mueren esperanzas fundadas en grandezas y vanidades humanas; sus rápidos de rodados cantos y sauces á medio arraigar; sus presas y sus molinos cubiertos de musgo y sombreados por



balnearia, aparte de las cualidades de sus salutíferas aguas, sea elegida de preferencia por los que desean pasar cómodamente, y lejos del bullicio de los grandes pueblos, los calurosos y enervadores días del estío.

Si pródiga fué la naturaleza al dotar con sus incomparables encantos la localidad que á grandes rasgos pretendemos describir, no se puede decir otro tanto del arte, que en realidad de verdad, si algo hizo, fué todo lo contrario de lo que debiera hacer, pues cuanto allí existe implantado por la mano del hombre, riñe ruda batalla con los preceptos de la estética, del buen gusto y del sentido común. ¡Verdad es, que es éste, defecto del que adolecen la mayor parte de nuestros establecimientos de baños!

Sin embargo, y apesar de la mano del hombre empeñado en combatir á la naturaleza en sus espléndidas manifestaciones; Solares, con su San Pedruco humilde coronando la cima de empinado vericuetto cuyas faldas decoran la encina, el laurel y el avellano; su panteón, que levanta erguido la cabeza y apoya su planta en apuesta colina, recuerdo aquél humilde, como la idea que le

frondosos cagigales; todo esto que en su pequeño radio reúne Solares, es, y será hermoso siempre y siempre digno de la paleta de los reputados paisagistas que honran á la Montaña con sus producciones.

Entre las dos colinas que sirven de asiento, á San Pedro la una y la otra al Panteón de Pozas, en honda y profunda depresión del terreno, se levantan el pueblo y el balneario, alimentado éste por dos poderosos manantiales, uno de los cuales pierde sus aguas cristalinas en sucio arroyo, sirviendo el otro para atender á las necesidades del establecimiento que medio avergonzado se destaca entre las sombras de una potente vegetación. Crecen allí á porfía los álamos de temblonas hojas cuyos piés aprisionan y sujetan raquíticos rosales amarrados con rústico belorto, raquitismo y falta de vida que hace contraste con la vida exuberante del rosal silvestre que á corta distancia lanza sus vigorosos y dentados tallos á través de enmarañado bardal en el que crecen á porfía, disputándose la luz y el aire, la zarza trepadora con sus racimos de negras moras, la ortiga con sus hojas de dardos envenenados, el he'echo

festionado, el sauce que se desmaya é inclina sus tallos para beber el agua cristalina que se desliza silenciosa á sus plantas; el aliso de verde y fresco follage, el avellano de tostada nuez, el añoso y corpulento encinal y el escajo que muerde y al que cubre elegante penacho de amarillas flores. En lucha el arte con la naturaleza, ésta sale victoriosa; prospera el rosal silvestre y muere el cultivado rosal avergonzado de verse atado y prisionero al tronco de frondoso chopo; ¡verdad es que el arte puso tan poco de su parte!

Como punto cómodo para pasar los meses de verano, pocos habrá tan bien situados como el pueblo de Solares, pocos tan amenos y pintorescos, y si hoy no ocupa el lugar que se merece, debido es, indudablemente, á errores que debemos olvidar, estimulando el celo de todos los que en él tienen creados intereses, para que procuren mejorar lo que ya en sí reúne condiciones naturales que muchos de más fama y renombre desearían obtener.

El ferrocarril, casi concluido, que de la capital de la provincia ha de conducir en pocos minutos al viajero, ávido de gozar los atractivos del campo, será motivo nuevo que dé importancia y valor á esta estación balnearia tan exuberante de atractivos naturales como necesitada de comodidades y medios de entretenimiento.

Si Solares, apesar de sus defectos, reúne en sí tan buenas condiciones, éstas aumentan más y más teniendo en cuenta sus alrededores, hermosos como todo lo que constituye este rincón de la tierra española que ha sabido inmortalizar el imponderable autor de la *Tierruca*, *Sotileza*, *La Montalvez*, y *La Puchera*.

La Cavada con sus derruidos monumentos recuerdo de pasadas grandezas; Liérganes, célebre por su hombre pez y por el magnífico balneario de salutíferas y concurridas aguas. Por su monumental Cruz de Rubalcaba, digna de visitarse y situada formando cubo, en la tapia de la finca que allí posee don Belisario de la Cárcova; sus empinados picachos y profundas encañadas que sirven de cauce á las cristalinas aguas del Miera; Torre Anaz con sus praderas alfombradas, sus bosques y sus palacios; Pámanes con su cruz y su palacio memorable, el más bello, quizá, entre los muchos que adornan esta histórica región cantábrica: empezóle á fabricar en 1710 don Francisco de Hermosa y Revilla, primer Conde de Torrehermosa, Caballero de la orden de Calatrava, gentil hombre de Cámara de S. M., tesorero del Consejo de Cruzada, *veinticuatro de la ciudad de Sevilla* y natural de Pámanes; las obras se hicieron sobre la casa solariega de los Avellanos cuyo vínculo poseía y cuyas armas se ostentan aún en la portada; el poseedor actual es don Raimundo del Neto Salamanca Hermosa, Conde de Castroponce y Torrehermosa; sus prados y sus bosques; Puente Agüero, el Bosque y Hoznayo con sus casas solariegas de nobles, hidalgos é infanzones, abrumadas con el peso de heráldicos y bien tallados escudos, páginas arrancadas á la historia de

esta montaña querida; la Fuente del Francés con su puente del diablo, su gruta cuajada de estalactitas, su magnífica galería de baños acreedora á mejores destinos; sus cascadas por las que se despeña el Cubas en hirviente catarata que forma contraste con la lisa y tersa superficie del lago artificial, sus bosques de eucaliptus, de magnolias y de pinos, huéspedes exóticos de follage perenne aclimatados en este rincón encantador por los pródigos cuidados de hábil jardinero que supo hermanarlos, formando contraste con el berrugoso roble de caducas hojas que crece espontáneo y da sombra y frescura al encantador paisaje son asuntos dignos de ser vistos y reproducidos, para que no solo sirvan de deleite al *turista* afortunado, sino que pueda contemplarlos, también, el que, menos dichoso, está imposibilitado de abandonar sus reducidos domicilios y recrear su vista con la perspectiva de tan encantadores sitios.

Pero volvamos á nuestro asunto y de regreso de nuestra expedición á través de prados, de montes y de ríos, fijemos de nuevo la mirada en el objetivo principal de nuestro asuntos procurando dar una idea de lo que es Solares considerado como estación de baños.

Las aguas son riquísimas, el establecimiento pobre, muy pobre; tan pobre, tan contrahecho y tan reñido con las leyes de la estética, que no puedo olvidar la impresión que á un extranjero produjera su vista; impresión tan desagradable, que le hizo retroceder sin visitar el balneario, pues no quería, dijo, quedarse saboreando las amarguras de la decepción, después de haber gustado las dulzuras de tantas y tantas bellezas como las que el país atesora por todas partes. Y sin embargo, apesar de tanto malo, algunas cosas buenas hay en el establecimiento, no pudiendo menos de citarse, entre otras, sus espaciosas piscinas en las que el bañista puede entregarse á las delicias de la natación en un agua corriente, tibia y cristalina que vigoriza nuestros músculos al par que mitiga los dolores que acibaran los momentos de nuestra vida.

Brotan estas saludables aguas en un terreno cretaceo, y su caudal de 107 litros por minuto y 30° c. de temperatura sale en dirección ascendente, desprendiéndose de los manantiales, numerosas burbujas que les dán el aspecto de verdaderos hervideros.

El agua de Solares es diáfana, insípida é inodora con un peso específico de 1.0013.

Los gases que espontáneamente se desprenden del manantial están constituidos por una mezcla de ácido carbónico, oxígeno y ázoe ó nitrógeno en la proporción de

5,58 partes de ácido carbónico.
2,60 id. de oxígeno.
91,82 id. de ázoe.

100,00 en junto.

Por ebullición se desprenden de un litro de agua:

3,48 partes de ácido carbónico.
0,12 id. de oxígeno.
13,51 id. de ázoe.

17,11 en junto, de las que tomando la parte proporción á 100 corresponden:

20,34 al ácido carbónico.
0,70 al oxígeno.
78,96 al ázoe.

100,00

Estos datos están tomados de la memoria oficial publicada en 1876 por don Agustín Lacort, Director-Médico del establecimiento.

Las sustancias sólidas contenidas en un libro de líquido son las siguientes:

	Gramos.
Cloruro sódico.	0'2541
— cálcico.	0'0202
— magnésico.	0'0163
Carbonato de cal.. . . .	0'0630
— magnesia.	0'0221
Sulfato de sosa.	0'0300
Sílice..	0'0071
Total.	0'4128

Con arreglo á este análisis, único que conozco y que fué practicado en 1828 por el señor Moreno, pueden y deben incluirse estas aguas entre las cloruradas sódicas, así algunos las hayan querido comprender entre las bicarbonatadas cálcicas, para lo cual, en mi concepto, no hay razones suficientemente abonadas, por más que el carbonato de cal siga en importancia al cloruro sódico y el ácido carbónico ocupe el segundo lugar entre los gases que tanto espontáneamente como por ebullición, se desprenden de estas aguas. Pero sinó hay verdadera razón para incluirlas entre las bicarbonatadas cálcicas, pues las mismas razones tendríamos para llamarlas sulfatado-sódicas, no sucede lo mismo si tenemos en cuenta los elementos gaseosos que entran en su composición, pues en este caso, veremos que el ázoe equivale á 91—82 por 100 de los que se desprenden espontáneamente de estas aguas y al 78—96 de los que se desprenden por ebullición; por lo cual, creo yo que pueden y deben figurar entre las azoadas, siendo, más que probable, que á este agente deban sus principales propiedades terapéuticas.

INDICACIONES TERAPÉUTICAS.

No entraremos á hacer un estudio de las propiedades fisiológicas de estas aguas para de ellas deducir sus indicaciones terapéuticas; este asunto requeriría más extensión, mayor suma de datos y estudios más profundos de los que convienen á un trabajo de esta índole; limitaréme, por lo tanto, á señalar simplemente aquellos casos patológicos en que las creo más indicadas. Conviene, en general, siempre que haya necesidad de determinar una sedación en aquellos órganos cuyas funciones están bajo la dependencia del sistema nervioso del gran simpático. Las dispepsias, sobre todo las que reconocen por causa una hipersecreción del jugo gástrico con predominio de la acidez, (hipercloridia) se tratarán ventajosamente con el uso, en bebida, del agua de Solares, como se tratarán también ventajosamente algunas formas de histerismo, las gastralgias, enteralgias etc.

Los enfermos afertos de infartos hepáticos y esplénicos, de colelitiasis y policolía, reportarán, indudablemente, grandes beneficios con el uso de estas aguas, como reportarán beneficio los afectos de cistitis catarra!, nefritis calculosa, litiasis úrica, reumáticos y gotosos.

Estarán, por fin, indicadas en todos aquellos casos en que estén indicadas las aguas nitrogenadas, pudiendo afirmarse que ésta es su verdadera especialización.

Con efecto, hemos visto que de los gases que en gran cantidad se desprenden de los manantiales, el 91'82 por 100 está constituido por el ázoe ó nitrógeno y esto, ya por sí, es bastante para que se fije nuestra atención en esta cualidad de las aguas y nos la haga incluir entre las azoadas, variedad, que como todo el mundo sabe, está recomendada, no solo en las afecciones que acabamos de indicar y en las que obra como sedante de los nervios de la vida orgánica, sinó también, y muy principalmente, en las afecciones pulmonares, en aquéllas, sobre todo en que predominan los fenómenos de excitación ó ertismo.

Tampoco es asunto para tratado en este lugar el modo de obrar estas aguas en los males que tienen su asiento en el aparato respiratorio; este asunto es hoy día, aún, motivo de controversia y así yo tenga sobre él mis ideas propias, y ya expuestas en otro lugar, he de limitarme á consignar los hechos observados, y los hechos observados y repetidos nos dicen que las aguas azoadas, tanto las naturales como las artificiales, satisfacen indicaciones preciosas en los padecimientos de las vías respiratorias.



EL SEMINARIO DE COMILLAS.



SOBRE elevada colina que á ratos se esconde bajo mullido cesped y á ratos se engalana con florida madreSelva, rodeada de un pintoresco y anchuroso paisaje que tiene por límites, de un lado el mar y de otro los renombrados picos de Europa, álzase magestuoso el elegante edificio que levantó la piedad para que sirviera de centro de instrucción al mismo tiempo que de centinela avanzado de la fé.

Nada más hermoso, entre los lindos países de la Montaña que el que rodea á este nuevo monumento del arte cristiano.

Contrastando artísticamente se divisan en derredor soberbios palacios y caseríos de labranza, frondosos bosques y escuetos peñascos, mieses doradas y espléndidos jardines, graciosas cordilleras y deliciosos valles de perenne verdura: en lo alto de una cantera la capilla-panteón de los Marqueses de Comillas, joya del arte y admiración del viajero y allá abajo, tendido á la larga, el pueblo de tradicional memoria.

El edificio, cuyo nombre encabeza estas líneas, fué empezado á construir hace siete años, á expensas del Excmo. Sr. D. Antonio López y López, primer Marqués de Comillas.

La ceremonia de poner la primera piedra, con que habían de inaugurarse las obras, fué un acontecimiento que tarde olvidarán los comillanos que á ella concurrieron.

Aquel día (era un domingo) notábase en la villa extraordinaria animación.

Los balcones de la plaza hallábanse engalanados con vistosas colgaduras y las gentes, ataviadas con sus mejores trapos, formaban grupos al rededor de la Iglesia.

Más de cuatro *tiucas*, en cuyo rostro se pintaban las impresiones que lo inusitado de la fiesta

les producía, iban y venían, plaza arriba y abajo comentando el suceso á su manera, con grandes aspavientos y célebres ocurrencias.

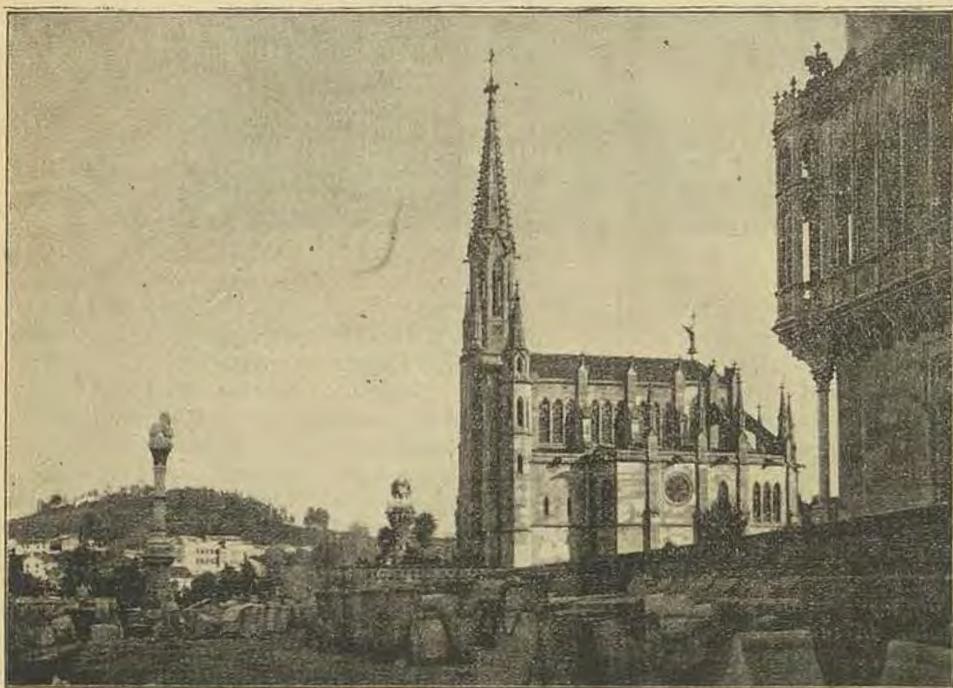
Se hallaba á la sazón en Comillas uno de sus más preclaros hijos; el Sr. D. Saturnino Fernández de Castro, varón de ejemplares virtudes y méritos tan altos, que llegó, por ellos, á ocupar con ejemplar celo, la Sede Metropolitana de Burgos. La llegada del Prelado, que siempre era recibida con demostraciones de grande regocijo, por lo mucho que le querían los comillanos, tenía en esta ocasión doble atractivo, por venir á inaugurar las obras de construcción del Seminario.

Terminaba la misa mayor, y el arzobispo dirigía la bendición á sus paisanos que la recibieron con visible emoción y actitud devota. El oficiante masculaba el evangelio de San Juan y mientras tanto, el organista, que también quiso aquel día repicar gordo, sacaba todos los registros del magnífico organo y tocaba un paso doble bullanguero, de esos que no hay más que echar á andar. ¡Qué trompetería la de aquella mañana! ¡Y cómo gozaban los pacíficos habitantes de la villa con las marciales *improvisaciones* del músico.

Casi marcando el compás salió la gente del templo, quedándose, en actitud expectante, ocupando la anchurosa plaza.

Allí el rudo marinero, tipo clásico del Cantábrico mar, se confundía con la señorita del pueblo, acicalada y compuesta; el aristócrata madrileño y el elegante bañista se codeaban con la ruborosa lugareña del Tejo ó de Trásvia; el dómine del lugar, excitado verdaderamente, hablaba en latín con el Secretario del Ayuntamiento; las *tiucas* antes dichas evocaban algún recuerdo á tal ó cual señorito que yo conozco; los chicos de la escuela, mal reprimidos, corrían en todas direcciones gesticulando animosamente; un *hom-*

bruco soplabá en un rincón la mecha con que luego había de lanzar al aire los primeros cohetes; y las vendedoras de frutas y hortalizas, que en la plaza quedaban, recogían afanosas sus cestos para presenciar más á sus anchas el desfile de la procesión. En medio de aquella baraunda multicolor, alzábase, agitándose, *el bastón de mando* del alguacil del Ayuntamiento, un buen tipo de Comillas, el cual, con su antiquísima *chistera* que se ponía solo en las grandes solemnidades y su raída levita, que años atrás colgaba de hombros de más alto linaje, trataba, aunque en vano,



de poner orden entre aquella gente, repartiendo palos á diestro y siniestro, no sin fuertes protestas de los unos y grandes risotadas de los otros.

En esto empezaron á tocar las campanas con alegre repique; el *hombruco* lanzaba al espacio el primer volador; movióse, ensanchándose, la compacta masa; asomaron por la puerta del templo los ciriales que habían de preceder á la comitiva y al verlos, echaron á correr los chiquillos, dando brinco y haciendo contorsiones por una de las calles que desembocan en la plaza.

Tras ellos fué la procesión y tras ella el Arzobispo, y las autoridades de Comillas y el pueblo entero, que pocos momentos después, cruzaba las mieses y emprendía la ascensión á la pintoresca colina, descrita, á duras penas, al principio de este artículo.

Desde lo alto de ella, se divisaba perfectamente el extraño aspecto que ofrecía la llanura con aquella mancha negra que formaba la gente del cortejo, la cual canturreaba monotonamente el *ora pro nobis* de las letanías. Esa mancha se movía ensanchándose unas veces, y encogiéndose y alar-

gándose otras, y despedía, en ocasiones, brillantes matices de color y relucientes reflejos.

Llegó, por fin, la comitiva á lo más alto del cerro, y allí la esperaban los arquitectos y operarios que, juntos, habían de comenzar bien pronto á levantar aquellos muros. Y empezó la ceremonia, que fué tan conmovedora, como sencilla.

El Arzobispo, después de colocar la primera piedra, primorosamente tallada, valiéndose para ello de preciosas herramientas, construídas exclusivamente para aquel acto, y con la cual se enterraron medallas y monedas y un pergamino

con notable inscripción latina descriptiva de la fundación, dirigió sentidísimas palabras á los comillanos recordándoles los tiempos en que con ellos corría por aquellos prados, bien ageno entonces de que había de llegar un tiempo en que revestido con tan sagradas vestiduras presenciara y dirigiera aquella solemnidad. Hizo un cumplido elogio de las virtudes y talentos de D. Antonio López, verdadero padre amantísimo de todos sus paisanos, que con las obras que, en beneficio de Comillas, em-

prendía, prestaba al mismo tiempo un grande servicio á la nación y había de dar venturosos y gloriosos días á la Iglesia Católica.

Hubo su poco de gimoteo durante la plática y aquello terminó entre las bendiciones de todo el pueblo y las naturales expansiones de plácida alegría.

Desde entonces acá, surgieron los espesos muros, las esbeltas torres y los elegantes ventanales de estilo ojival; cambió la configuración del terreno con desmontes atrevidos y rellenos dificultosos; desaparecieron las malezas dejando campo á bien cuidadas huertas y exuberante arbolado y en lo más alto del edificio dando vista al mar, é iluminándole con vívidos destellos de luz se elevó victoriosa, abarcándolo todo con su piadosa mirada, la imagen de la Virgen Sacratísima, que es hoy el faro del navegante y el punto de mira del pescador comillano.

El edificio está construído y es, á la vez, soberbia manifestación del saber humano y prueba elocuentísima del poderío de la fé.

De hoy en adelante, y con el concurso de

todos los prelados españoles, acudirán á este gran centro de instrucción religiosa multitud de jóvenes escogidos por su caracter y especiales aptitudes, entre las clases menesterosas de la Nación entera; en él recibirán gratuitamente sólida ciencia y vasta ilustración, y preparados convenientemente durante una larga carrera de doce ó catorce años, se difundirán por toda España, convertidos en sabios sacerdotes, en celosos párrocos y ¡quién sabe si en ilustres apóstoles de la Iglesia Católica!

Si es cierto que el sacerdocio necesita hoy de estímulos y de protección para que florezca; si es cierto que apenas existen vocaciones por las dificultades que, hasta llegar á la Sagrada Orde-

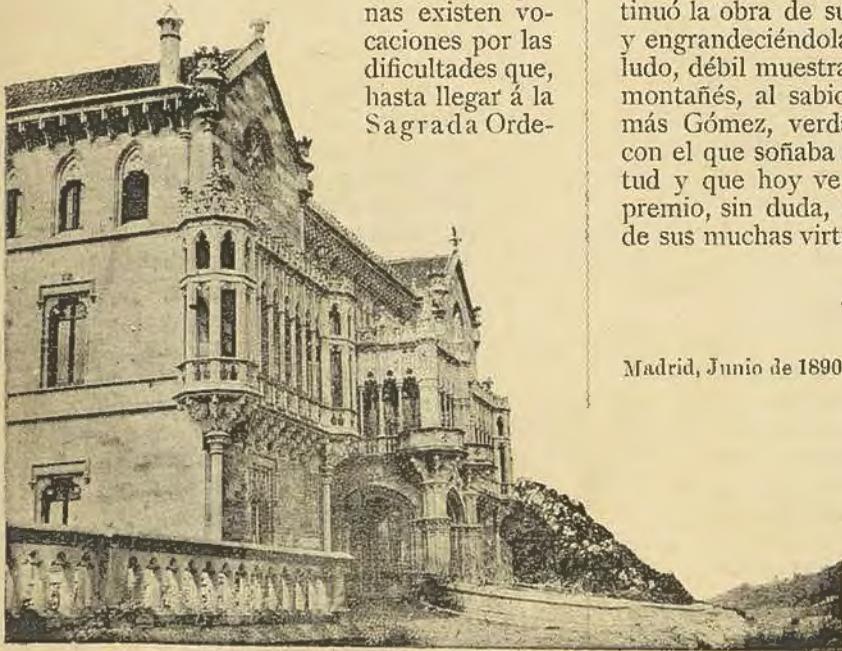
nación, surgen á cada paso; si es cierto que el clero español está muy necesitado, por unas ó por otras causas, de verdadera ilustración y saber, el Seminario de Comillas, gracias al ilustre montañés don Antonio López, será una grande obra, patriótica en extremo y altamente favorecedora de la Iglesia.

Por eso el Soberano Pontífice León XIII, presta á este Seminario singularísima atención prodigiándole toda suerte de bendiciones.

No he de terminar este artículo sin rendir un tributo de admiración y cariño, al actual Marqués de Comillas, el Excmo. Sr. D. Claudio López y Brú, que con desprendimiento no imaginado continuó la obra de su ilustre padre, ensanchándola y engrandeciéndola, y sin dirigir un afectuoso saludo, débil muestra de estimación, á otro ilustre montañés, al sabio y modesto jesuita el P. Tomás Gómez, verdadero iniciador del proyecto, con el que soñaba desde los tiempos de su juventud y que hoy ve convertido en realidad como premio, sin duda, que Dios le otorga, en gracia de sus muchas virtudes y de su fé inquebrantable.

JOSÉ DÍAZ DE QUIJANO.

Madrid, Junio de 1890.



ÉPOCAS CELEBRES MONTAÑESAS.

Tratado de Londres.

Por los años de 1292, y siguientes, los marinos de las *Cuatro villas de la Costa* hostilizaban á los súbditos de Inglaterra, menudeando por ello las guerras entre españoles é ingleses.

A causa de ello y de los daños que causaban aquellos marinos al rey de Inglaterra, se ajustaron entre él y el de Castilla varios tratados que no consiguieron terminar las proezas de los españoles.

Al fin, con el objeto de concluir las intrépidas correrías é incursiones de los marinos de la costa cantábrica, se firmó el tratado de Londres de 1.º de Agosto de 1351, por el monarca Eduardo III de Inglaterra de una parte y de otra los diputados de las marismas de la costa de Castilla y del condado de Vizcaya.

EL TORGO DE LOS ENAMORADOS.

LEYENDA MONTAÑESA.

I.

EN el valle de Herrerías,
cuyos amenos contornos
fertiliza el raudal Nansa
y cercan montes fragosos,
una casa solariega,
con sus torres y ancho foso,
en una suave colina
se alzaba en tiempos remotos;
pero de ella no hay recuerdo,
ni quedan rastros ni escombros.

Habitábala un magnate
de su prosapia orgulloso,
como del tren de su casa
y su extenso territorio.

El más joven de sus hijos
le quedaba ya tan solo;
que la muerte despiadada
llevó en tierna edad los otros.

Se educaba aquel mancebo
para ulteriores propósitos
de su padre, como entonces
era común regla á todos.

Pocas letras, mucho empeño
en ejercicios corpóreos,
fuerte en manejar las armas,
diestro en domeñar un potro.

Tenía el anciano en su hijo
puestos el alma y los ojos,
como que de él esperaba
de nueva fortuna el colmo,
mayor lustre de su alcurnia
y un enlace ventajoso
con que de antiguos agravios
pudiese lograr el cobro.

Era el mancebo sencillo,
de talle esbelto y buen rostro,
de sentimientos honrados,
de corazón animoso,
y las pasiones dormían
de su alma noble en el fondo.

Su afición era la caza;
y ya la liebre en el soto,
como la garza en el aire,

como en los bosques el corzo,
como en las espesas bardas
los jabalíes cerdosos,
al tragaz de su ballesta,
ó con su venablo corto,
ó por sus diestros halcones
de garra y de pico corvos,
lograba ver á sus plantas
de sus campañas despojos.

Casi una mañana entera
del canicular Agosto
siguió las trochas en balde
tras las huellas de un raposo.

Desatinados los perros,
y él sin esperar el logro,
á buscar fuera del monte
fué á su cansancio reposo.

Hacia una angosta meseta,
á la que robles y chopos
daban agradable sombra;
como rumor sonoro,
saltando entre gruesas raices
y sobre cantos redondos,
las aguas, precipitadas
desde lo alto de un arroyo,
de caudal pobre en estío,
fiero torrente en otoño,
dirigió el joven sus pasos
por ser el sitio más cómodo.

En aquel lugar tranquilo
pensaba encontrarse solo;
pero se halló á una pastora
que, sentada sobre un tronco,
veía pastar sus cabras
y vigilaba sus chotos.

No fué por sí aquel encuentro
causa en el joven de asombro;
pero lo fué el rostro de ella,
en que lucían hermosos
los encantos naturales,
sin ningún postizo adorno.

Eran las facciones todas,
que componían el óvalo
de su cara, tan perfectas
como era su talle airoso.

Blanca era su frente pura,
sus cabellos como el oro
de rubios, y en sus espaldas
se mecían ondulosos;
sus ojos eran azules
con los cambiantes del ópalo,
y eran sus húmedos labios
como las cerezas rojos.

Había en su continente
tanto pudor y decoro,
que fuera el respeto guarda
del sentimiento amoroso.

Al ver llegar al mancebo
en pié se puso de pronto,
con el rubor en la frente,
fijos en tierra los ojos.

El tan solo en contemplarla
los suyos tenía absortos,
y el corazón conmovido
sintió por latidos sordos;
que en sus juveniles años
labran los impulsos todos
leves huellas en la mente
ó en el pecho surcos hondos.

Dieron al fin á su encanto
las palabras desahogo,
y con la linda pastora
sostuvo un largo coloquio.

De esta entrevista primera
la tradición dice poco;
pero que fué interesante
en convenir es forzoso,
porque, sin que dé motivo
á suponer un sonrojo,
es de notar que se fueron,
al despedirse uno de otro,
pensativa la doncella,
el mancebo casi loco.

II.

PASARON días y días
y el mancebo y la zagala
al sitio en que fué su encuentro
iban todas las mañanas.

Tal era el afán de entrambos
que, apenas rompía el alba,
aquel camino emprendían
en alas de su esperanza.

Y tan rápidos progresos
hizo el amor en sus almas
que no veían más mundo
que el objeto de sus ansias.

Cambiaban los juramentos
con las más tiernas palabras,
y, como era la pureza
de su pasión salvaguardia,
jamás hubo en sus halagos
el asomo de una mancha.

Uno de otro—se decían—
por siempre en coyunda santa,
ó de la muerte acogidos

debajo las negras alas.

En tan amantes coloquios
las horas pasaban raudas,
sin presentir la tormenta
que en su redor se fraguaba.

Llamó la atención del padre
que en tantos días de caza
siempre volviera su hijo
sin una pieza cobrada.

Hizo seguirle los pasos,
y, sabedor de la causa,
encerrado con el joven
le apostrofó así en su estancia.

—Torpe te has vuelto sin duda,
cuando uno tras otro día
los pasas de cacería
sin que una pieza te acuda.

Y noto al fin con recelo
el ver tu lebrél tan manso,
y en la alcándara en descanso
tu neblí de mejor vuelo.

No sé que vagos antojos
me dan de acusarte gana;
y que la causa es liviana
lo estoy leyendo en tus ojos.

¿Qué es, dime, lo que te has hecho
de unos días á esta parte?

—Señor, debo confesarte
que ocupa el amor mi pecho.

—¡El amor! ¿Pues qué infanzona
puede haber en la comarca,
en todo lo que ella abarca,
cuyo amor el tuyo abona?

—No es mujer de ilustre cuna
la dueña de mi albedrío;
pero hermosa, padre mío,
no hay como ella otra ninguna.

—Y por motivo tan fútil,
de atractivo pasajero,
¿puede hacer un caballero
toda su existencia inútil?

Vas á romper esos lazos
que tejer el azar quiso.

—Para eso fuera preciso
hacerme el alma pedazos.

—El obedecer es ley
que al noble y al hijo obliga.

Y ahora es tiempo que te diga
que irás á ofrecerte al rey.

—¡Yo!

—Sí: solo aguardo un deudo
que en breve á Castilla parte
y puede al rey presentarte
como heredero del feudo.

Además, con voz severa
añadió, desde este instante
irás conmigo delante
á caza ó por donde quiera.

Y, á propósito de caza,
de monte y de cetrería
habrá uno en cercano día;
con que á ver si te das traza
de demostrar tu destreza,

que mi deudo en todo quiero
que vea en tí un caballero
y aprecie tu gentileza.

Y hagamos punto redondo
en lo otro, sin más alardes,
que es mejor que te lo guardes
de tu pecho en lo más hondo.

Y á la vez, con duro gesto,
señaló á su hijo la puerta,
dando como cosa cierta
que estaba á todo dispuesto.

III.

DESPUÉS de muy pocos días
que el diálogo tuvo efecto,
cuando apenas la alborada
era de la luz remedo,
la morada del magnate
toda era voces y estruendo.

Circulaban por los patios
de uno á otro departamento,
poniéndolo todo á punto,
los criados y escuderos.

Por su instinto estimulados
los alanos y sabuesos
aullaban en las perreras
á las traíllas sujetos;
y sacaban de la alcándara
en mano los halconeros
neblíes y gerifaltes
con los capirotes puestos.

Formaban grupo en un patio
armados los ballesteros,
y la vistosa libréa,
que era de la casa arreo,
lucían como los otros
ojeadores y monteros.

Bajaron á poco rato
los señores y su deudo,
y se puso al punto en marcha
tan numeroso cortejo.

Iban todos animados,
cabízbajo iba el mancebo,
con expresión el semblante
más que de fiesta de duelo.

Se dirigieron del monte
hacia el sitio más espeso;
y los hombres repartidos,
libres del dogal los perros,
comenzó la montería
con los gritos del ojeo,
agrijo sonido de trompas
y el ronco son de los cuernos,
que en breñales y cañadas
repetía pronto el eco.

Cobradas ya algunas piezas,
la mejor de ellas un ciervo
que en las puntas de sus astas
llevaba la fé de viejo;
y como al temor nacido
del atronador estrépito,

alzáran dos garzas reales
á las alturas el vuelo,
gerifaltes y neblíes
soltaron al aire presto,
y á los giros de la caza
dió el lance atractivo nuevo.

Era de interés la lucha,
que en los primeros momentos
poner las garzas lograron
bastante espacio por medio.

Al sentirse perseguidos
los pájaros zahareños
hasta esconderse en las nubes
quisieran seguir subiendo.

Sus veloces enemigos
se remontaron derechos,
para ganarles la altura
y caer después sobre ellos.

Ya guiadas de su instinto,
ó azoradas por el miedo,
en distintas direcciones
las garzas se dividieron;
y absortos los cazadores
en seguir el doble juego,
ojos tan solo tenían
para recorrer el cielo.

El joven fijo en su idea
y á tal interés ageno,
al amparo que le daban
los matorrales extensos,
se alejó con breve paso
de su pastora al encuentro,
sin que su padre ni nadie
notasen su alejamiento.

IV.

MEDITABUNDA y llorosa
se encontraba la doncella
sentada en el mismo tronco
que ocupó la vez primera;
del cuidado de sus cabras
y de sus chotos ajena,
que de tristes sentimientos
su amante pecho era presa;
porque al pasar, cada día
aumentaba su tristeza,
y hace muchos que no ha visto
al que entregó el alma entera;
el alma hasta entonces libre
de amorosas exigencias,
tan pura como las brisas
que aquellos montes olean,
tan firme como el asiento
de aquellas ingentes breñas,
en la soledad criada,
tan sensible como ingenua.

Llegó el joven desalado,
y al entrar en la meseta,
de sus esperanzas cuna,
albergue de sus quimeras,
con el acento del alma

á que atribulan las penas,
del coloquio con su padre
y de su orden la dió cuenta.

¿En su dolor receloso
la pintó con tintas negras
los daños que á un pecho amante
la larga ausencia acarrea;
los peligros de la Corte;
lo inseguro de la vuelta;
de la dicha que soñaron
la ya no dudosa pérdida?

¿La habló de aquel juramento
de encender la nupcial tea,
ó hallar en la muerte amparo
contra la fortuna adversa?

¿En su arrebato la dijo
su resolución extrema
de privarse de la vida
una vez privado de ella?

¿Tan suyo fué el albedrío
de la amante montañesa
que pudo á su amor rendida
acoger la misma idea?

Nada se sabe de cierto
de esta desdichada escena,
que al pié de los altos robles
quedó por siempre secreta.

Pero ello fué que, en la lucha
las garzas reales apenas
fueron vencidas, el padre
notó de su hijo la ausencia.

Irritado y temeroso
de que alguna acción ligera
saber hiciese á su deudo
lo que él ocultar desea,
mandó suspender la caza
y buscar por donde quiera
al mancebo, que extraviado
suponía en las veredas.

Todos por varios caminos
emprendieron la faena,
sin dar en muy largo tiempo
del ausente con las huellas.

Bien por instinto de padre,
bien que el temor le aconseja,
él y su deudo tomaron
por una escabrosa senda,
que de peligrosa sima
se desarrollaba cerca.

Ya próximos á este sitio,
oyeron con extrañeza
los aullidos que un sabueso
daba al aire en son de queja,
y al acercarse notaron
desgarrada la maleza,
que coronaba la boca
de aquella profunda cueva.

Con triste presentimiento
fijaron la vista en ella,
y en el fondo de aquel antro
vieron dos cuerpos en tierra.

Facil fué reconocerlos;
y agoviado por la pena
al mirar su hijo cadáver,
sus esperanzas deshechas,
y en aquel tronco sin vida
muerta ya su descendencia,
consternado el viejo prócer
dió hacia su casa la vuelta,
ahogando entre sus pesares
saña y rencillas afejas.

.....

Desde entonces, en memoria
de aquellas muertes funestas,
la sima, que llaman torco
en todas nuestras aldeas,
de gente en gente llevado
el mismo nombre conserva,
que de epígrafe ha servido
á esta sucinta leyenda.

ADOLFO DE LA FUENTE.



MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Tengo yo, y siento ganas de decirlo, una colección de papeles titulada *Montañeses ilustres*, en la cual voy ordenando la biografía, el retrato, la crítica de cada uno de mis conterráneos famosos, y con mucho gusto, hasta por pereza, copiaría aquí todo lo que llevo escrito de Marcelino Menéndez, el sabio de hoy por antonomasia, á quien, familiarmente, como buen santanderino, llamo Marcelino á secas con poco respeto muy cariñoso.

Consideraciones tipográficas y exigencias editoriales me privan de esa satisfacción, obligándome á tarea más difícil, á la de hablar poco hablando del ilustre escritor, á cuyo elogio han sudado tantas veces las prensas, y que ha motivado con frecuencia entusiásticas alabanzas, que, aún repetidas todos los días, no llegarían á premiar algunos de los altos méritos, incomparables, del eximio académico de todas las Reales Academias españolas. Lo cual, escrito á conciencia, como gracias á Dios escribo siempre, no podrá parecer exagerado á ninguno, á nadie que le conozca un poco más que de fama; lector de cualquiera de sus libros admirables—*La Ciencia Española*, la *Historia de los Heterodoxos españoles* ó la *Historia de las ideas estéticas en España*,—de cualquiera de sus discursos elocuentísimos—los de su recepción en la Academia de la Lengua y en la de la Historia, el del Instituto de Baleares ó el del Congreso católico de Madrid,—de cualquiera de sus muchos trabajos, prólogos, disertaciones críticas, unos coleccionados ya en la Biblioteca de Catalina, otros todavía dispersos por periódicos y revistas nacionales.

El es—¿holgará repetirlo, como escribir que Cervantes fué un gran novelista?—asombro de todo el mundo culto, portento de su siglo; el crítico más genial, más libre y más independiente que ha nacido jamás en España, crítico artista y

de corazón que penetra hasta el fondo de los grandes libros y los desentraña como nadie; historiador doctísimo, valiente, de la escuela de Melo, rival de Taine y de Macauley; poeta pagano por el fondo estético y la forma limpia, como Andrés Chenier y Cavanyes; polemista habilísimo, más sabio que ninguno otro, tan convincente como el que más; escritor de facilidad pasmosa y de corrección envidiable, amenísimo á pesar de todas las arideces, rico de vigor y de colorido, pintor de hombres y pintor de épocas tan inspirado como

Castelar y mucho más sobrio, más veráz y más profundo; catedrático de provechosas enseñanzas, de las que son lecciones útiles y no disertaciones huecas, pedantescas, más propias del Liceo, donde el conferenciante prueba sus méritos, que de las aulas, donde el maestro quiere hacer entender su ciencia.

Aquí, en la Montaña, se le adora como á Pereda, en Madrid se le admira, en el Extranjero le aplauden y le respetan los hombres célebres como una de las glorias de estos tiempos; se buscan acá y allá sus obras como las de Zola ó las de Max Muller, como un poema de Victor Hugo, y se estudian y se traducen á todos los idiomas; todos los que le leen

jurán en su palabra, creen en lo que dice como se cree en el Evangelio, por fé científica, hasta por imposibilidad de comprobar las inúmeras citas que presenta; nadie se le atreve, ni los escritores desvergonzados, imitadores malos de buenos escritores, que atacan todos los días el *Diccionario* y los trabajos académicos; las prensas se han fatigado cien veces con biografías y apologías suyas, con críticas de sus libros y elogios de todos sus estudios, para un intento ú otro, para artículos ó folletos; ninguno tiene como él más *popularidad ilustrada*, renombre inmenso en la Universidad y en el Seminario, en el Ateneo y en todos los círculos literarios, donde se abomina del pro-



greso y donde el progreso es la idea, entre los pesimistas que niegan la ciencia española y los ilusos que se engañan juzgándola la primera.

De su memoria se han dicho prodigios, y de sus rápidas lecturas se han contado dos mil anécdotas; la fantasía ha exagerado sus distracciones de hombre superior, y hasta hay muchos que piensan que habla de Averroes y de Arias Montano á los amigos que beben café en su compañía; el vulgo le creó *sabio* á todas horas, como á cualquier pedante de Ateneo, hasta cuando pasea por el Sardinero ó distrae media hora en la *Cervecería inglesa*; excepción hecha de tres ó cuatrocientos, los demás españoles desconocen al *hombre*, no saben de lo que es éste capaz, ignoran que Menéndez el mismo día que critica á Quevedo en la cátedra y escribe en tres horas un estudio de la filosofía *luliana* y examina cartas autógrafas de D'Alembert, va al Círculo Conservador con Gonzalo Cedrún; come alegremente en Fornos como un estudiante cualquiera el día primero de mes, ó en casa de Cánovas, de don Aureliano ó de la señora marquesa de Viluma; se muda tres veces de piés á cabeza y cambia dos veces de corbata; asiste al Español ó al Real, al palco de la Medinaceli; pasea un rato los salones

de Larios sirviendo galantemente de caballero á la dama más hermosa; sorbe después una taza de té en la tertulia de Guaqui, y todavía le sobra tiempo para leer medio libro antes de dormirse y para enseñar antes de comer á su hermano Enrique (!) que *ya no se llevan los guantes puestos á los salones* y para preguntarme á mí, si nos encontramos, el motivo de la última *pateadura* de Eslava.

Y así, con estas cualidades bellísimas y aquellas dotes maravillosas, sabio, hombre y niño, es como le tengo yo siempre fotografiado en la memoria, mal retratado en las pobres cuartillas á que aludí arriba—así, orgullo de la Montaña, honra nacional y gigante de nuestras letras; espíritu griego en alma católica y española; sabio del Renacimiento traído á la cultura de este siglo y á su vida agitada;... como se presenta siempre á mi conciencia, y más hoy, que las últimas gratas impresiones me indujeron á escribir este artículo nada nuevo; creído, como en tantas otras ocasiones, de que vuelven á soplar los vientos del Septentrion, según dice con tanta gracia nuestro famoso *marinista*, mi carísimo Fernando Camino.

Pedro Sánchez.



ICONOTECA MONTAÑESA.

MILITARES ILUSTRES.

Con menos pretensiones de acierto que en otras páginas, vamos á insertar en ésta la lista, deficiente, de los militares montañeses, cuyos retratos deben figurar en la futura colección con los de los generales muertos recientemente.

—*Angel Fernández de Peredo y Villa*, biografiado por don Enrique Leguina en su estimable libro *Hijos ilustres de la provincia de Santander*.

—*Fernando de la Riva Agüero*, Maestre de Campo, Presidente gobernador capitán general que fué del reino de Tierra Firme en la América.

—*Francisco Güemes y Horcasitas*, primer Conde de Revillagigedo, capitán general, virey afamadísimo de Méjico.

—*Roque Francisco de Herrera y Sota*, primer Marqués de Conquista Real, Teniente general, militar de los más ilustres.

—*Francisco Cagigal de la Vega*, Teniente general, virey de Méjico.

—*Antonio de la Vega*, tío del anterior, teniente general, que desempeñó en América altos empleos y comisiones militares.

—*El marqués de la Vega*, su hijo, teniente general, que sirvió en Italia y en América.

—*Francisco Cagigal*, primer Marqués de Casa Cagigal, Teniente general.

—*Manuel de Negrete y de la Torre*, Conde de Campo Alanje, Capitán general de los reales ejércitos, ministro de la Guerra en 1790.

—*Toribio Montes de la Caloca*, hermano del ilustre marino de este apellido, Teniente general, gobernador famoso en América.

—*Pedro Velarde*, capitán de artillería, héroe de la Independencia española.

—*Benigno de la Vega Inclán y Enriquez*, soldado de la guerra de la Independencia, Mariscal de Campo, Ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

—*Antonio Quintanilla*, Mariscal de campo, gobernador en Chile, defensor de Chiloe cuando la independencia chilena.



La estatua de Velarde.

El fotgrabado que se vé en esta página, igual al que poseen en sus *álbumes* muchos montañeses, representa la plaza de Velarde de Santander, antigua plazuela de la Dársena, situada al principio de la parte nueva de la ciudad, en la que la provincia erigió la estatua del heroico capitán de artillería don Pedro Velarde, natural de Muriedas, de donde salió—según ha dicho un ilustre escritor montañés—miembro



de una familia ilustre, para escribir su nombre en aquella epopeya de un minuto que fué la triste cuanto gloriosa jornada del *Dos de Mayo*.

Después del viaje que hizo á esta provincia en 1858 la Reina doña Isabel II, con motivo de una visita á la casa del héroe, renació el entusiasmo que sintieron por él los montañeses y se proyectó la estatua dicha: trás muchos años de trabajo y muchos de espera la estatua se inauguró el 2 de Mayo de 1880 con extraordinaria solemnidad, satisfaciéndose al fin los deseos de los patriotas, los cuales ya desesperaban con razón de que el pedestal levantado anticipadamente llegaría á sostener algún día aquellas memorias de bronce.

Sostiénela desde aquella fecha, como se ve, con orgullo noble de todos los hijos de esta tierra, que tiene también más de otros seis dignos de igual gloria que aquel mártir de nuestra independéncia.



LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN LA PROVINCIA DE SANTANDER.



VERDAD axiomática es ya para todas las personas de regular criterio que la instrucción pública, en sus diferentes grados, constituye la base más firme y sólida de la civilización de los pueblos y el fundamento de su bienestar moral y material. De ahí los esfuerzos constantes de los gobiernos para procurar por todos los medios posibles su

desarrollo y propagación, especialmente por lo que se refiere á la primera enseñanza, ya imponiendo á los Municipios la obligación de sostener por su cuenta cierto número de escuelas en relación con el de habitantes que cada uno cuenta, ya señalando penas más ó menos rigurosas para los padres que por abandono y negligencia no cuidan de proporcionar á sus hijos los medios necesarios para que en su día puedan llegar á ser ciudadanos honrados y útiles á su patria.

Algo se nos ofrecería decir acerca de la organización actual de este importantísimo ramo de la Administración en España, no exenta por desgracia de defectos; pero ni es este lugar oportuno para ello, ni cumpliríamos así la misión que se nos ha confiado, que, más humilde y modesta, se reduce á dar una noticia general del estado de la instrucción pública en la provincia, según resulta de los datos estadísticos que hemos podido proporcionarlos.

Concretándonos pues á este objeto y siguiendo el orden establecido por la ley de 9 de Septiembre de 1857 nos ocuparemos sucesivamente de la primera y segunda enseñanza, de la enseñanza profesional, y por último, de las enseñanzas especiales establecidas en la provincia, no sin advertir antes que con el fin de no hacer interminable este artículo, nos limitamos á exponer aquellos datos que hemos considerado de mayor importancia é interés.

PRIMERA ENSEÑANZA.

En 31 de Diciembre de 1885 (1) existían en esta provincia 478 escuelas públicas y 86 priva-

(1) No habiéndonos sido posible recojer en el cortísimo tiempo de que hemos dispuesto para hacer este artículo los datos necesarios para que esta pequeña estadística comprendiese hasta el 31 de Diciembre último, nos vemos precisados á referirnos al estado de la primera enseñanza en igual fecha del año 85. Apesar de esto, como la Dirección

das cuya clase y categoría se expresan á continuación:

		Públicas.	Privadas.
De niños.	Superiores.....	2	9
	Elementales completas.....	115	20
	= incompletas.....	5	2
De niñas.	Superiores.....	1	12
	Elementales completas.....	107	25
	= incompletas.....	2	1
De niños sección.	De temporada.....	»	1
	Elementales completas.....	55	4
	= incompletas.....	180	3
	De temporada.....	8	1
	De párvulos.....	2	6
	De adultos.....	1	»
Domi- nicales.	Para hombres.....	»	»
	= mujeres.....	»	2
TOTAL.....		478	86

Recibían la enseñanza en las mismas 31.710 alumnos y alumnas de los cuales corresponden 26.385 á las escuelas públicas y 5.325 á las privadas en la siguiente forma:

	Escuelas públicas.		Escuelas privadas.	
	Alumnos.	Alumnas.	Alumnos	Alumnas
Superiores.....	144	121	710	616
Element. comp. ^{as}	10.862	7.711	1.295	2.062
= incomp. ^{as}	4.614	2.294	158	21
De temporada.....	184	90	20	10
De párvulos.....	130	90	76	152
De adultos.....	145	»	»	»
Dominicales.....	»	»	»	205
TOTAL.....	16.079	10.306	2.259	3.066

Las cantidades incluídas en los presupuestos municipales y el provincial para el año económico de 1885-86 con destino al pago de estas obligaciones ascendían á 365.926 pesetas distribuidas en los siguientes conceptos:

general del ramo no ha hecho públicos todavía los resultados de la estadística correspondiente al quinquenio de 1881-85 y como por otra parte si bien las variaciones habidas durante el quinquenio que terminará en 31 de Diciembre de este año acusan un aumento progresivo, no han de alterar de una manera notable los resultados anteriores, creemos que estos datos no dejarán de tener novedad y que pueden servir para formar un juicio bastante aproximado sobre el estado de la primera enseñanza.

		Pesetas.
Sueldos de Maestros y Maestras de las escuelas.	De niños.....	114.189
	De niñas.....	73.451
	De ambos sexos.....	55.265
	De párvulos.....	1.925
	De adultos.....	792
Gastos de los Auxiliares.	De niños.....	7.282
	De niñas.....	7.020
	De ambos sexos.....	»
	De párvulos.....	963
	De adultos.....	300
Por el aumento gradual de sueldo.....	6.825	
Indemnización de retribuciones por convenio celebrado con los Ayuntam. ^{tos}	9.989	
Obligaciones del material comprendiendo las cantidades destinadas para pago de alquileres de edificios de escuela y casa habitación de los Maestros y para premios á los niños.....	87.925	
TOTAL.....	365.926	

Comparados los anteriores datos con el número de habitantes de la provincia según el censo de 1877, entonces vigente, resulta que hay establecida una escuela pública por cada 492 habitantes y una privada por cada 2.736 y sumando el número de escuelas públicas con el de privadas, resulta una escuela por cada 417 habitantes.

Concurren á las escuelas públicas un alumno por cada 8'92 habitantes y á las privadas uno por cada 44'18 lo cual dá un término medio general de un alumno por cada 7'42 habitantes.

El sostenimiento de la primera enseñanza cuesta á cada habitante una peseta 56 céntimos anuales.

Si comparamos ahora estos datos con los que se consignan en la estadística de 1880 observaremos que la primera enseñanza aunque lenta y paulatinamente vá siguiendo una marcha progresiva en esta provincia.

En efecto, había en 31 de Diciembre de 1889 431 escuelas públicas de todas clases y grados, mientras que en igual fecha de 1885 este número aumentó á 478. Creáronse por consiguiente durante el quinquenio 47 escuelas, pero no basta eso para formar juicio de los adelantos que en esta parte ha habido en la instrucción, sinó que además es preciso tener en cuenta que de las 431 escuelas existentes en 1880 sólo había 79 completas de niños y 63 de niñas, mientras que en 1885 este número se elevó á 115 y 107 respectivamente, ya por creación de nuevas escuelas, ya por variación de categoría de las existentes.

Así mismo el número de alumnos concurrentes á las escuelas públicas en Diciembre de 1880 era el de 24.456 y á la conclusión del quinquenio de 1884-85 acudían á las mismas 26.385 alumnos de los dos sexos.

Igual aumento se nota en las cantidades destinadas al pago de los gastos de primera enseñanza. De 317.168 pesetas á que ascendían aque-

llas en 1880 se han elevado á 365.926 en el ejercicio económico de 1885-86.

Como corroboración de lo expuesto, ponemos á continuación una nota del número de habitantes de la provincia que saben leer y escribir, sacada de los datos que contienen los censos de población publicados desde el año de 1860.

	Que saben leer y no escribir.	Que saben leer y escribir.	Que no saben leer ni escribir.	TOTAL.
Censo de 1860	18.546	78.340	123.080	219.966
— de 1877	17.567	102.420	115.312	235.299
Resultados probables del	»	»	»	»
de 1887 (1)	14.164	120.072	109.816	244.052

SEGUNDA ENSEÑANZA.

Además del Instituto provincial del ramo, hay cuatro colegios incorporados al mismo donde los alumnos que residen fuera de la capital pueden seguir los estudios de segunda enseñanza con notables ventajas, tanto económicas como de otros órdenes, para sus respectivas familias.

Dichos colegios son: El de Escuelas Pías en Villacarriedo dirigido por los PP. Escolapios; el de San Juan Bautista en Santoña fundado el año 1871 por nuestro ilustre paisano el Excmo. señor don Juan Manuel de Manzanedo y González primer marqués de Manzanedo; el de San Sebastián en la villa de Reinosa y el de San José en la de Torrelavega.

El número de alumnos matriculados durante el curso de 1888-89 en estos establecimientos es el siguiente:

En el Instituto provincial.....	294
En el Colegio de PP. Escolapios de Villacarriedo.....	220
En el de San Juan Bautista de Santoña.....	64
En el de San Sebastián de Reinosa.	32
En el de San José de Torrelavega.	54
Total.....	664

Los resultados de la enseñanza son en general satisfactorios, como lo prueban los datos que por nemos á continuación relativos al número de exámenes celebrados durante los meses de Junio y Septiembre y á las calificaciones obtenidas por los alumnos; debiendo de añadir, por nuestra parte, que si aquellos no son aún más brillantes, débese al injustificado afán y censurable conducta de los padres que ponen á sus hijos á estudiar la segunda enseñanza en edad en que las facultades

(1) Todavía no se ha publicado por la Dirección General del Instituto geográfico y estadístico el censo definitivo, en que constarán oficialmente estos datos; pero creemos que ha de haber en todo caso pequeñísimas diferencias con los que nosotros ponemos.

intelectuales de éstos están poco desarrolladas é imposibilitadas por tanto para desplegar su actividad y energía:

Sobresalientes.....	107
Notables.....	154
Buenos.....	215
Aprobados.....	815
Suspensos.....	169
<hr/>	
Total.....	1.460

Aspiraron al grado de Bachiller 73 alumnos, habiendo sido aprobados en los dos ejercicios 63 y quedando suspensos los restantes.

ENSEÑANZA PROFESIONAL.

Escuela de comercio.—La escuela oficial de comercio que desde hace más de un siglo existía en la capital fué suprimida por Real decreto de 11 de Agosto de 1887. No discutiremos nosotros la oportunidad de esta medida ni las razones que pudo tener presente el legislador para suprimir de un plumazo un establecimiento de tanta importancia para Santander, ciudad esencialmente mercantil: tócanos sólo hacer constar el hecho. Inútiles han sido hasta ahora las gestiones practicadas por la Cámara de Comercio y demás corporaciones para conseguir un restablecimiento y si hoy la tenemos, aunque sin carácter oficial, débese á la generosidad del Excmo. señor Marqués de Comillas que se prestó á sostenerla durante el primer año y á los esfuerzos de la Excma. Diputación y de la Cámara de Comercio que son las que en la actualidad sufragan los gastos que origina su sostenimiento.

A pesar de la situación en que se encuentra esta escuela, que como ya hemos dicho no tiene carácter oficial, lo cual hace que algunos se retraigan de seguir en ella sus estudios, asciende á 45 el número de alumnos matriculados durante el último curso y según nuestras noticias éste es el año en que más discípulos ha contado la escuela desde su fundación. No parece sino que los hechos tratan de protestar con su muda pero elocuente voz contra el Real decreto que suprimió la Escuela.

Para dar validez académica á los estudios se ha conseguido, hasta el presente, que venga una comisión de profesores de la Escuela Superior establecida en Valladolid, y de que aquéllos nada dejan que desear es buena prueba el resultado de los últimos exámenes verificados que es como sigue:

Sobresalientes.....	15
Notables.....	13
Buenos.....	22
Aprobados.....	39
Suspensos.....	4
<hr/>	
Total.....	93

Escuela Normal Superior de Maestros.—El 1.º de Diciembre de 1844 se instaló en esta capital la Escuela Normal Superior de Maestros creada en virtud de lo dispuesto por R. O. de 13 de Diciembre de 1840. Durante el último curso académico estuvieron matriculados 45 alumnos en las diferentes asignaturas que comprende la enseñanza. De ellos 2 practicaron y fueron aprobados en los ejercicios de reválida para el título de Maestros de primera enseñanza Superior y 24 hicieron los correspondientes al título elemental, habiendo sido aprobados 22 y suspensos los restantes. El sostenimiento de la escuela cuesta al Estado, á cuyo cargo corren hoy estos establecimientos, pesetas 11.250 por personal y 3.028 por material.

Escuela de Náutica.—Esta Escuela agregada desde hace años al Instituto provincial de segunda enseñanza, ha contado siempre con un corto número de alumnos, cosa á la verdad, extraña siendo como es Santander puerto de mar, 10 eran los matriculados durante el último curso.

ENSEÑANZAS ESPECIALES.

Instituto de Carbajal.—La generosidad y esplendidez de nuestro paisano el señor Carbajal dotó á Santander de este utilísimo Instituto, donde los jóvenes pueden estudiar gratuitamente la Economía política, dibujo y los idiomas francés é inglés.

Conocidos son de todos los beneficios que este establecimiento reporta proporcionando á los jóvenes que carecen de medios de fortuna, la adquisición de conocimientos sumamente útiles que, unidos á la constancia y laboriosidad, pueden servirles de punto de apoyo para crearse un porvenir independiente; por lo cual solo he de añadir que cuenta siempre con un número elevado de alumnos y que los resultados obtenidos hasta ahora en la enseñanza son satisfactorios.

Escuela de Artes y Oficios.—A espensas de la Excma. Diputación provincial se sostiene en la capital una Escuela de Artes y Oficios donde el obrero estudioso puede adquirir conocimientos aplicados á las artes de Dibujo, Matemáticas, Física industrial, Química orgánica é inorgánica y Mecánica.

Grandísimas son las ventajas que este establecimiento reporta á la clase obrera y lo serán más aún, el día que el estado de sus fondos permita á la Excma. Diputación subsanar algunas deficiencias que se observan en el plan de estudios y que la han sido ya indicadas por el dignísimo director de la Escuela señor Escalera.

A 476 asciende el número de alumnos matriculados durante el último curso y estamos seguros que á pesar de ser ya tan respetable ha de ir en aumento progresivo á medida que la clase obrera se convenza más y más de la utilidad y ventajas de la Escuela.

Como se ve, pues, el estado de la Instrucción pública en la provincia, si bien en general es satisfactorio, no llega ni con mucho á lo que fundamentalmente podíamos esperar.

Concretándonos á la primera enseñanza que es sin duda la más importante de todas, ya por que sirve de base á las demás, ya por que generalmente es la única que reciben la mayor parte de los habitantes, obsérvase desde luego que es en alto grado excesivo el número de los que actualmente no saben leer ni escribir y aunque comparado con el de épocas anteriores, acusa indudablemente un progreso lento pero continuado, no es por eso menos cierto que aún queda mucho para que la provincia de Santander ocupe el lugar que por sus condiciones y por la disposición natural de sus habitantes la corresponde entre las más adelantadas de España.

No se nos ocultan los obstáculos materiales que en esta provincia más que en otras se oponen á la propagación y desarrollo de la primera enseñanza, tales como lo diseminado de la población y el mal estado de los caminos vecinales que comunican unos pueblos con otros, pero también es verdad que estos inconvenientes insuperables hasta cierto punto, pueden obviarse en su mayor parte con la formación de acertados distritos escolares y sobre todo con la aplicación rigurosa de las penalidades que la ley establece para los padres que dejan de mandar sus hijos á la Escuela por abandono y negligencia.

No temo equivocarme al asegurar que si pasásemos revista á los registros de multas que deben llevarse en todos los Ayuntamientos no encontraríamos una que haya sido impuesta por este motivo.

Contribuiría también á que se extendiese más la instrucción el que se dispensase á los padres del pago de las retribuciones escolares pasando á ser esta obligación de los municipios, porque si bien se mira, por insignificantes que aquéllas sean, constituyen una carga pesada para la mayoría de los mismos, en casi su totalidad labradores que no cuentan con más recursos para atender á su subsistencia que los inseguros que su penosa profesión les ofrece. En otras provincias está generalizándose tal costumbre, pero en la nuestra son muy contados los Ayuntamientos que la siguen.

Otro medio á la vez directo é indirecto de propagar la instrucción es fomentar por todos los medios posibles la educación de la mujer, descuidadísima por regla general en esta provincia. De los 109.816 habitantes que no saben leer y escribir 73.142 son mujeres, y aunque de este número se deduzcan las menores de seis años, queda toda todavía un buen contingente que denota la indiferencia y apatía con que se mira la educación de estos seres.

Cada niña que se instruye, ha dicho un notable

escritor, se convierte luego que llega á ser madre en el preceptor nato de su familia. No hay ejemplo de una madre que sepa leer y escribir, cuyos hijos no sepan otro tanto.

Este juicio que la experiencia se encarga de confirmar, resume cuanto pudiéramos decir acerca de la conveniencia y utilidad de la enseñanza de la mujer, si fuese hoy necesario entrar en demostraciones de lo que es ya una verdad proclamada por todos.

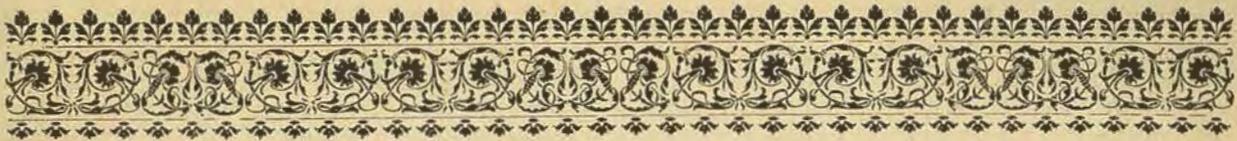
Y ya que de la enseñanza de la mujer se trata no hemos de concluir este artículo sin enviar una sincera felicitación á la Real Sociedad Económica Cantábrica de Amigos del País que fija siempre en su lema: «*Fomentar enseñando*» y por iniciativa de su dignísimo exdirector el Excelentísimo señor don José Ramón López Doriga, trata de establecer á sus expensas cátedras para que las jóvenes puedan adquirir conocimientos de teneduría de libros y de telefonía que les permita, á semejanza de lo que ocurre en el extranjero y aún en algunos puntos de España, ganarse decorosamente un sustento en los trabajos de escritorio.

No se harían menos acreedores á los aplausos de las personas amantes de la instrucción, nuestros representantes en Cortes el día que consiguiesen del Estado la creación de una Escuela Normal de Maestras. Pasan seguramente de cincuenta las jóvenes que en la actualidad siguen esta carrera y que se ven precisadas, para dar validez académica á sus estudios, á hacer gastos de consideración yendo á examinarse á las establecidas en Valladolid, Zamora y otros puntos. El día que en Santander se crease aquel establecimiento no considero exagerado calcular que este número se aumentaría considerablemente con otra porción de jóvenes que por carencia de recursos no pueden seguir esta carrera en la forma en que hoy tienen necesidad de hacerlo.

Pero antes que nada es preciso que la mujer reciba la instrucción primaria para lo cual es necesario excitar el celo de los Municipios con el fin de crear el número de Escuelas de niñas que les corresponde sostener con arreglo á su número de almas y al mismo tiempo compeler á los padres para que las manden á la escuela.

Solo empleando los medios que dejo ligeramente expuestos y teniendo siempre presente que los gastos y sacrificios que los pueblos se impongan para mejorar la instrucción tienen por fuerza que redundar en beneficio de los mismos, es como la provincia de Santander llegará á ocupar el puesto preferente que como antes decimos la corresponde entre los demás de España, por sus condiciones especiales y por la natural disposición de sus habitantes.

F. GUTIÉRREZ POLANCO.



EL BARDO DE RÓBREÑA.

(FANTASÍA CANTÁBRICA.)

L casita donde yo nací, estaba situada en lo más espeso del encinar de Róbreña. Muchos años hace que desaparecieron casa y encinar, y su recuerdo está sin embargo tan claro y perenne en mi memoria, que podría describirlos tan minuciosamente como si ante mí los tuviera en este instante. Pero ¿a qué recordar las desvencijadas paredes y el pobrísimo ajuar de mi casa, si reminiscencias dolorosas traen solo á mi mente?

¡Desgraciado aquél á quien punzan el alma los recuerdos de los días tranquilos y descuidados de la niñez. ¿Dónde encontrará la dicha en el erial del mundo?

El darme la vida le costó la suya á mi pobre madre. A mi padre le recuerdo siempre como un hombre viejo ó avejentado, pues no sé si los años ó las penas habían dejado en su rostro las huellas de su paso. Sin embargo, el *tío Coloños*, así le llamaban en el país, sin duda por su oficio de leñador, todavía conservaba robusto el brazo, y manejaba el hacha, aquella hacha que, como él decía, era mi patrimonio, con mayor soltura y agilidad que el mozo más fornido de la comarca.

Bien lo recuerdo, cuando remangado el brazo venoso como manojo de mimbres, descubierto el velludo pecho como espeso matorral y goteándole el sudor por la rugosa cara, hendía el tronco ó desmochaba la copa de una encina, con tanto ardor y bríos como el guerrero ataca á la falange enemiga. Me llevaba siempre con él, para que presenciara sus proezas y me fuera imponiendo en su oficio; y yo, sentado sobre el mullido cesped, le miraba absorto cortar, rajar, desmenuzar árboles y arbustos, envuelto en una nube de astillas, ramas y hojas, como nimbo de gloria, mientras entonaba al compás de su hacha una canturreo ó salmodía, entre canto llano y recitado de romance.

Y cuanto más se animaba y enardecía, y crecía su fiebre destructora, yo me preguntaba en silencio porqué maltrataba así aquellos hermosos



árboles que ningún daño nos hacían, antes bien nos prestaban fresca sombra, y refugio á los lindos pajarillos para colgar sus nidos.

Una vez me atreví á pedirle gracia para un tierno arbolillo, en cuya copa había anidado una familia de gorriones: la infeliz gorriona lanzaba agudos chillidos al ver su casa amena-

zada, los hijuelos curioseaban asomando por el borde del nido sus cabecitas calvas aún; el *tío Coloños*, sin decir una palabra, me dirigió una mirada indefinible y amenazadora, afirmó el mango del hacha en su mano, la hizo voltear sobre su cabeza, y de un solo tajo dió en el suelo con árbol y nido, del cual huyó la infeliz *gorriona* dejando á sus pequeñuelos sepultados entre las ruínas de su hogar.

¡Como nos horripila la vista del verdugo, me horripiló la vista del *tío Coloños!* y desde aquel día, cuando hacha al hombro subía él á su cotidiana refriega con los árboles del bosque, yo me escapaba por lo más enmarañado á excursiones más agradables para mis aficiones: á cazar las mariposas que robaban á las flores su dulce jugo; á comer *metas* y fresas silvestres rojas y encendidas; á dormir bajo el hojoso toldo de las copudas *cagigas*, que apenas dejaba filtrar una luz tenue y suave; á respirar aquel ambiente aromatizado por el tomillo y la malva, mezclado á la emanación de los resinosos pinos y al perfume delicado de las violetas y madreselvas, á sorprender al tordo y al malvis en su escondida vivienda; á buscar en el fondo del bosque, entre las negruras de la zarza-mora, sus frutos agridulces que relumbran negros, negros, como los ojos de las driadas escondidas entre el ramaje... ¡Aquél era mi centro, mi mundo: el bosque, el espeso encinar, digno templo de los drúidicos días!

Y subiendo, subiendo, más allá de la ermita del Amparo, fuera de las lindes del encinar, sobre lo alto del cabo que se hunde en las aguas del Cantábrico, están las ruínas del castillo, del cual se cuentan en la comarca, al amor de la lumbre en las noches crudas de invierno, narraciones espeluznantes, cuentos de fantasmas y aparecidos, la historia horrenda de la castellana despeñada por su propio marido, del amante degollado en la poterna, que conserva frescas las manchas de la sangre; pero que yace hoy todo cubierto de la yedra trepadora, del espeso matorral de escajos y hortigas, como yacen los recuerdos en el fondo de la memoria borrosos y cubiertos de la yedra de los años. ¡Qué importan á la madre naturaleza nuestras ruínas pasiones y querellas! Impávida é indiferente ve sucederse generaciones tras generaciones, movidas por sus sentimientos tras ideales que jamás alcanzan, para volver otra vez al seno cariñoso de la tierra á dormir el sueño del olvido; y en vez de vestir por su duelo luctuosos paños, cubre su tumba con espléndido tapiz de flores y de hojas!

Allí en aquélla altura, donde contrastaban las negras ruínas del castillo, mudos testigos de tantos sucesos, con el fresco y frondoso encinar, tendida á los piés de la loma cual hermosa alfombra de verdura: allí me tendía yo á contemplar el gran mar preñado de misterios, que se extendía hasta el horizonte, donde cielos y aguas se confundían en largo beso de amor, llave que encierra el *más allá*, barrera impuesta al infinito de sus aguas, donde parece terminar todo, y sin embar-

go, tras del cual soñaba yo mundos desconocidos poblados de árboles y flores de aromas embriagadores, llenos de placeres y delicias inefables, donde las horas transcurrían dulces y tranquilas entre goces soñados ó presentidos...

Desde allí me descolgaba por aquellas rocas escarpadas que forman la espalda del cabo, como torso de atleta musculoso, hasta llegar á sus piés bañados por las aguas, donde las olas furiosas y rugientes se estrellan noche y día, ó donde llegan dulces y mansas á besar la tierra, cuando el mar reposa con sueño sosegado y tranquilo, como niño mecido en la cuna. Y allí sentado ó tendido horas y horas, viendo las olas espumosas perseguirse y chocar entre sí levantando crestones de espuma, como blanquísimas plumas mecidas por la brisa, ó venir á estrellarse contra las carcomidas rocas de la costa, cayendo después en lluvia menuda é impalpable en cuyas gotas se descomponía la luz en mil cambiantes colores; ora meciéndose las aguas en lento vaivén, como inmenso lago de mercurio, donde reflejaban las nubes sus faces descoloridas é informes; ya cuando hirviente y rugidor, cual mónstruo gigantesco impulsado por rabia frenética, hinchadas y abiertas sus fauces como simas negras, profundas y frías, amenazaba tragarse la tierra; y tan horrible visión helaba la sangre en mis venas, producía el vértigo en mi cerebro, vértigo del abismo que atrae, como si un pulmón disforme aspirase el aire con tal violencia que me arrollase en sus giros; zumbaban mis oídos con el bramido ensordecedor, flaqueaban mis piernas, desfallecía mi pecho... y entonces cerraba los espantados ojos, agarrándome con las manos crispadas por el miedo, á las rocas, para no ser absorbido por el mónstruo...

Entonces quiso el *tío Coloños* corregir mi indole vagabunda por medio de la reprensión, no siempre verbal, escrita alguna vez con el mango de su hacha en mis espaldas. Tarea inútil. Púsome después en mano del maestro del lugar, para que modificara con sus consejos sapientísimos mi naturaleza indómita. Vano empeño; la paleta y las correas del *tío Gerundio*, fueron menos eficaces, si cabe, que el mango de la hacha paterna. No había nacido yo indudablemente para grabar en mi memoria aquellos signos y garabatos con que se entienden los hombres, y mucho menos para trazarlos sobre el terso papel con aquel *paluco* que se quebraba entre mis dedos callosos: ni toda la ciencia del seco y amarillo *tío Gerundio* era capaz de apagar aquella sed de saber que yo sentía; le espantaban mis dudas filosóficas y metafísicas, se encontraba perplejo é indeciso para contestar aquellas extrañas preguntas mías, sobre el alma del mar, la voz humana del encinar, la trasmigración de las almas á las rocas de la costa, los lamentos de los sillares del castillo: cosas que yo había oído y visto miles de veces... ¡Qué espanto le producían! Me anatematizó por hereje y judío indigno de cristiana sepultura; y la voz popular se alzó iracunda contra mí; me señalaron con el dedo, me negaron

todo trato con los muchachos á quienes podía contaminar mi herética doctrina, y no faltó quien oliera azufre cuando pasaba á mi lado.

Desde entonces se agrió más mi carácter, rompí toda comunicación con el mundo, y volví gozoso y contento á mi reino solitario de la costa, á mi trono de piedra, aquel recio peñón á quien legué mi apodo: «*el peñón del Renegado.*»

Libre ya de toda traba, me entregué por completo á mi vida agreste y contemplativa, deserté de mi hogar apagado y frío; y las peñas de la costa me dieron, como á las gaviotas, abrigo entre sus grietas. Tan solo en los días crudos del invierno, cuando silbaba el viento y azotaba la lluvia torrencial, bajaba á la casa paterna en busca de abrigo y alimento; pero apenas el tiempo mejoraba, cuando olvidaba yo el regalo de la vida civilizada por aquella otra inculta y semi-salvaje, llena de peligros y fatigas y de emociones fuertes y extraordinarias.

Comencé de nuevo y con mayor ardor mis correrías por el bosque, desollando mis piés entre las ortigas y desgarrando el cuerpo con las agudas espinas del zarzal, sesteando bajo la arboleda fresca y rumorosa, cuyo tupido toldo de hojarasca quebraba el fuego de los rayos caniculares, que caían desde el alto cielo como hebras de oro, inundando de color, de luz y de alegría valles y colinas, reverberando en el mar terso como lámina de metal bruñido. Transcurrían así las horas tranquilas y serenas en que cielos y aguas descansaban en profunda calma, en la calma serena del sueño, no en la fría y aterradora de la muerte; el calor estival infiltraba en el cerebro un narcótico que hacía caer en dulce sopor, produciendo sueños deleitosos; las apiñadas copas de las *cagigas* mecidas por la brisa marina, perfumada y suave como hálito de niño dormido, producían rumores dulces y armoniosos como blandos acordes de arpas celestes, como el cantar rítmico y acompasado con que nos duerme la nodriza; voces, sin duda de ese mundo que entrevemos en los sueños, voces lejanas de espíritus desconocidos, pero simpáticos al nuestro; quizá de gentes que vivieron, á quien atrae la amenidad del lugar; rumores de un mundo ignoto, que no descubren los ojos y percibe la fantasía, de seres incorpóreos que viven y se agitan en nuestro derredor, que se esconden y habitan en los troncos de los árboles, en el cáliz de las flores, en el hueco de las peñas ó en las nieblas espesas y tupidas; espíritus impalpables que vagan entre las ruínas ó en lo más sombrío de los bosques, que flotan en los aires ó entre las espumas del mar; espíritus de los seres que creemos inanimados y sin embargo sienten y perciben y lo hablan después en el dulce susurro de las arboledas, en el bronco baladró del mar ó en el agudo silbo de los vientos, á quien dejando vagar libre su espíritu por los mundos del ideal, se desprende en lo posible del lazo corporeo que nos ata á esta vida terrena. Así me contaron á mí sus historias, en aquellas tardes estivas, cuando dormido, ale-

targado como la culebra en su agujero, sesteaba yo á la sombra del encinar. ¡Felices momentos!

Y cuando fatigado el sol en su carrera, descendía apagando su lumbre en las aguas del Cantábrico, bajaba yo á sus riberas á recoger el último ¡adios! que me enviaba envuelto en nubes de nácar y rosa, y polvo de oro, como aureola de gloria, hundiéndose allá tras la línea de fuego del lejano horizonte.

Sentado en aquel brusco peñón, precipicio colgado sobre la mar, el *peñón del Renegado*, como le llamaban en Róbreña, sentado allí horas y horas, veía deslizarse á mis piés las aguas movilizadas, imagen del paso lento pero incesante del tiempo; y aquella inmensidad del mar despertaba en mi pecho sentimientos que yacían dormidos en lo más recóndito de mi alma, afectos extraños é inexplicables para la pluma; amor á las bulliciosas espumas porque eran blancas y tenues; amor á las aguas porque eran verdes y transparentes, viéndose á través de su cristal las rubias arenas, como tras el cristal de los ojos de una hermosa se leen los pensamientos de su alma; amor hacia aquel mar inmenso, como el infinito, por el que suspira eternamente el espíritu: ¡aquel mar siempre hermoso, ya cuando tranquilo y sosegado tinte sus aguas el reflejo azul de los cielos; ya cuando juguetero y revoltoso las riza la brisa en espumosos surcos, ó cuando rugiente y amenazador, como demonio de celos y venganzas, lanza sus olas furiosas contra la costa, pretendiendo escalarla cual lucha gigantesca y heroica de Titanes contra inmortales!...

Y en esta muda contemplación, en éxtasis delicioso, pasaban insensibles mis horas, clavado siempre en aquel peñón. Como si se hubiera paralizado el reloj del tiempo, se borraban para mí los sucesos que marcan su paso, y me parecía que mi pensamiento se había petrificado, que mi cuerpo se había convertido en roca, formando parte de aquel cabo hacía muchos siglos, y mi espíritu era el que animaba sus entrañas de granito; y allí años y años, mudo, pero sensible, había visto pasar generaciones tras generaciones, sucesos tras sucesos, y como las ruínas renegridas del castillo, conservaba grabadas en mi memoria de piedra las tradiciones seculares, olvidadas hoy para relatarlas mañana cuando los hombres del futuro evocarlas mi olvidado nombre.

Y del mismo modo pasaron para mí los años, forjándome para mí solo un mundo nuevo y extraño, distinto de aquél otro terrenal, que yo no conocía ni de nombre, ni más allá de los horizontes de Róbreña.

Y sin embargo, un afán incesante y eterno sentía en mi alma, una sed de algo infinito que no comprendía, pero que presentía tal vez, que encendía mi pensamiento con esa sed devoradora de escudriñar el misterio, de buscar el *más allá*, perpetuo torcedor de nuestro mortal espíritu; yo esperaba algo para mí incomprensible, mezcla de mi mundo increado y de la belleza real de mi mar y de mi tierra, algo que había de calmar mis

ánimas.... ¡visión que yo había visto atravesar en mis sueños, y se había desvanecido entre las brumas del recuerdo, como se deshacen los fantasmas en la noche profunda!...

¡Una mujer!... ¡Yo la esperaba allí, surgiendo de mi mar al rasgarse en la mañana las tupidas nieblas; formándose su cuerpo de nieve, como el de Afrodita de las blancas espumas; quebrando el limpio cristal de las aguas en líquidas hebras; refulgiendo sus cabellos de oro á los rayos del sol, que palidecía á su vista; envuelta en girones de niebla tenue é impalpable, mirándome dulcemente sus ojos azules y profundos como el cielo, ó verdes y serenos como las aguas del mar tranquilo!

¡Oh, amor de mi alma, en tus labios está la dicha desconocida, en tus ojos se lee la inmensidad, tu aliento es la existencia del universo, tu frente refulge como el firmamento bañado por la luz del mediodía, tu alma debe ser inmortal, tu eres hija del Cantábrico, encarnación de su espíritu infinito!...

¡Ven, ven y seca con la orla de tu manto el sudor que baña mi frente ardorosa, cíñeme con tus brazos y duérmeme sobre tu pecho, que quiero conocer lo que siente tu alma; prodígame esas caricias que jamás causan hastío, ¡placeres inmortales! llévame allá al profundo mar de donde has venido, al seno insondable de tu padre Cantábrico, donde las aguas serenas no se enturbian jamás, ni llega el más leve rumor de sus olas! ¡Ven!... ó arráncame del corazón con tu mano de nieve ese eterno sentir que me devora; barre de mi frente este pensamiento audaz que me roba el sosiego; arranca de mi fantasía esas alas que se quiebran cuando pretenden tender su vuelo, y me sumen en abismo de negras dudas!...

Allí te esperé yo, amor mío, años y años, en aquel duro peñón olvidado el cuerpo, mientras volaba el alma por espacios fantásticos; y fijos los ojos en las brumas del Norte, espiondo el instante que habías de surgir ante mi vista.

Solo allí, en presencia de ese mar, vibraban en mi pecho fibras recónditas, que producían sonidos tan armoniosos como la estatua de Memnon al despertar su madre la Aurora: entonces me sentía inflamado por un fuego misterioso y divino que transformaba mi sér inmortal, y abría ante mis ojos espacios infinitos y desconocidos; entonces hubiera pulsado mi mano la lira y entonado mi voz cánticos melancólicos y tiernos, llenos de un sentimiento que no puede expresar hoy mi lenguaje áspero y rudo.

¡Pero en vano te esperé tantos años! no aparecistes, no; siempre te desvanecías en el momento que tendía mis manos para tocar tu flotante túnica; como se funde la niebla cuando la tocan los rayos del sol. Y yo continué encadenado en aquel duro peñón, devorado por las ansias crueles de mis locas quimeras.

¡No apareciste! porque no eras tú aquella hija del fuego que llegó á mis riberas en alas del ábre-go abrasador. No eras tú, sueño mío; yo te espe-

raba del misterioso septentrion donde se forjan las brumas, y ella vino de la región remota donde el sol enciende su lumbre; tú eras para mí hija de las aguas, encarnación del espíritu del mar, y ella era engendro del fuego asolador. Ni tenía tus cabellos de oro, ni tus ojos azules, ni tu ropaje de nieve; ¡aunque era hermosa también! con la hermosura tentadora del pecado, hermosa como la llama, que abraza á quien la toca imprudente; pero su belleza era mortal, como la del placer terreno; sus pupilas eran negras y profundas como noche sin luna, y en su fondo, como lejana estrella, brillaban los deseos; sus cabellos eran negros también, negros como el ala del cuervo, pero no los llevaba flotantes como tú, sinó recogidos en apretadas trenzas sobre su cabeza; tampoco venía envuelta en tu amplio ropaje de niebla, sinó aprisionado el cuerpo en ceñido y ajustado vestido de rica tela, que marcaba sus líneas engendradoras de impuros deseos. ¡Hermosa era también, como es bella la noche tenebrosa!

Y no era como tú engendro de mi fantasía, delirio de mis sueños, sinó realidad corpórea y tangible, hija de este mundo mortal, donde llevaba un nombre que se pronunciaba con respeto; ni flotaba como tú entre las nieblas ó las espumas; que mil veces, escondido en el matorral, la vieron pasar mis ojos, montada en potro volador, descolorido el rostro por la veloz carrera, jadeante el pecho, dilatada la nariz hebréa, y velado el fuego de sus negros ojos por la celosía de sus pestañas, pasar cual revuelto torbellino entre los árboles del bosque, imagen de las pasiones desencadenadas tras el placer apetecido; y también imprudente y temeraria la ví arrojarle entre las revueltas olas, y aún más hermosa, hender las aguas con su bello cuerpo, tentadora é incitante cual sirena engañosa que atrae con su canto.

¡Ay! los dardos de sus ojos se clavaron en mi corazón, el fuego de sus pupilas prendió en mis entrañas volcán abrasador que me consumía lentamente... ¿Porqué no acudiste, virgen mía, á tenderme tu mano cuando yo rodaba el despeñadero de mis desdichas?

Si; un vértigo enloquecedor me arrastraba tras de aquella hermosa señora de los ojos negros; yo la seguía al bosque donde ella acudía, no á recojer flores, ni á embriagarse en aromas, ni á escuchar el rumor de las encinas; sinó á perseguir al ligero cervato ó al ágil rebeco, á saltar en su bravo corcel setos y zarzales; siempre sola, errante, tentando el peligro, como queriendo ahogar en la fatiga la voz del inquieto pensamiento. Y yo la seguía siempre, espiondo el momento de hacerla mía, cojerla entre mis brazos membrudos y arrastrarla al hueco de mis peñas, aquel reino solitario donde mi voluntad era la ley; y ¿quién osará disputármela allí?

Al fin amaneció aquel día, que fué el primero de mis desdichas. No se asomó la mañana á su dorado ajimez colgado de grana y de púrpura, pues entre la espesa cortina de nubes que entoldaba el cielo, apenas enviaba el sol una luz inde-

cisa; silbaba el huracán levantando con sus alas nubes de polvo y arrastrando en furioso torbellino hojas y ramas del alto bosque; revolvía el mar sus aguas, furioso y bramador como toro herido, azotando con sus olas las rocas de la costa. ¡Hermoso espectáculo! Arrastrado por mis entusiasmos, ó quizá por la mano misteriosa del destino que nos lleva por la senda de la vida, di muy pronto en aquel peñón que lleva mi nombre que se alza enhiesto como tajado á pico sobre las aguas.

Y allí contemplando aquel cielo ceniciento y plomizo que teñía el mar con su pardo reflejo, como hirviente lago de tinta desleída; escuchando aquella salvaje sinfonía de silbos y rugidos mezclados con el graznido de las gaviotas, que en vertiginoso giro volteaban entre las olas, nació mi espíritu soñador, volviéndose á fingir las imágenes confusas de mis pasados sueños, abstraído de cuanto á mi rededor acontecía.

De pronto, y dominando los demás ruidos, un grito humano, desgarrador, angustioso, y revuelta gritería en la playa, me arrancaron de mi profunda meditación; y al buscar con mis ojos la causa del suceso, vi un espectáculo que hizo, sólo un segundo, palpar mi pecho; sólo un segundo pues era realización para mí de un acontecimiento largamente esperado; allá entre las hirvientes aguas, levantada unas veces en las crestas de las olas, otras hundida en sus entrañas líquidas, vi aquella hermosa mujer de los ojos negros arrastrada por la corriente, cual hoja seca arrebatada por furiosa ráfaga del huracán; y allá en la playa bañeros y gentes aterradas que pretendían darla un socorro imposible. ¡Sí, yo la esperaba! Imprudente y loca en su afán de buscar delirante la emoción del peligro, había retado al mar, y el mar recojía su reto; y ahora que la tenía asida con sus brazos de coloso, jugaba con su presa, antes de arrastrarla á sus antros profundos para devorarla tranquilo.

Así, revuelta en la sábana de espuma, transida de terror, con la angustia en el pecho y la agonía en los ojos, pasó enfrente del peñón cual flecha disparada: sus ojos me enviaron una muda, elocuente demanda de socorro y sus brazos se tendieron hacia mí suplicantes, pues el terror helaba la voz en su garganta... la vi un instante, y no sé si mi voluntad me impulsó ó me atrajeron sus brazos, pues todo fué rápido como un parpadeo; pero yo me encontré á su lado entre las revueltas aguas, ciñendo con mi brazo su cintura y luchando con todas mis fuerzas contra las olas furiosas.

Era una lucha á muerte entre el Cantábrico y yo, lucha de un gigante contra un pigmeo; él feroz y rugiente, yo animoso y tenaz, disputándonos en combate singular tan hermosa presa.

Y así, en apretado abrazo unidos nuestros cuerpos, el mar nos sacudía y volteaba como el jugador á la pelota; nos lanzaba rabioso á los aires sobre el lomo espumoso de las hinchadas olas, nos absorbía hasta sus líquidas entrañas, como profundas simas abiertas á nuestros piés, que to-

caban á veces las arenas de su lecho; nos golpeaba iracundo con enormes masas de agua; nos estrujaba furioso queriendo ahogarnos entre sus brazos de hierro; y yo perdía inútilmente mis fuerzas contra tanto poder, y ella desmayada de terror cerrados los hermosos ojos, pálido el rostro; se abrazaba, crispada de espanto, contra mi cuerpo.

Y atacado de aquella locura que me dominaba, olvidé por completo el sitio y el momento y solo vi que tenía á mi lado aquella ansiada prenda de mis deseos, ceñida su cintura por mis brazos, reclinada su cabeza en mi pecho; que el destino me la entregaba allí, en aquel horrible lecho de amores colgado sobre el abismo; y entonces, sin acordarme del peligro ni de la vida, uní mis labios á los suyos en dulce beso de amor largo y ardiente, como si hubiera depositado en ellos todo el fuego que había abrasado mi alma años enteros....

¡Entonces se agitó el mar más irritado que nunca, bramó airado, colérico, con un rugido de arrebatados celos, é impetuoso y terrible estrelló sus aguas con mayor furia sobre nosotros! ¡Ante aquella ira imponente sentí helarse la sangre de mis venas, sentí que se agotaban mis energías y se paralizaban mis miembros, sentí que el vértigo trastornaba mi cerebro flaqueando mi voluntad indomable; vi abrirse ante mí un abismo, negro, negro y profundo, y allá en el fondo, entre las turbias aguas y las revueltas arenas.... vi el rostro de aquel pálido fantasma de mis sueños, pero su bello rostro no era plácido y tranquilo sinó colérico y amenazador, y sus verdes pupilas, que brillaban airadas y fosforescentes como las olas, clavaron en mí una mirada que me espantó... cerré los ojos desmayado de terror, un resto de energía crispó mis brazos al rededor de la cintura de la virgen negra; y así unidos los cuerpos en estrechísimo abrazo, los espíritus vagando en otros espacios, desmayados por el vértigo y ateridos por el frío, nos recogieron en la playa, donde nos arrojaron las olas, como pecio que el mar escupe á la costa

Rudo había sido el choque, pero mi robusta naturaleza fué venciendo lentamente la debilidad. Atado en aquel lecho de dolor trascurrieron para mí, lentos y pesados, como losa de plomo, más de veinte días; al principio no pude darme cuenta de lo que había acontecido; parecía que había pasado una esponja por mi memoria, borrando las huellas que dejan marcados los sucesos; pero poco á poco fué recobrando su imperio y reproduciendo las escenas pasadas: el mar rugiente y bramador, las furiosas olas, el viento impetuoso, la dama de los ojos negros desmayada en mis brazos, mi lucha contra el imponente Cantábrico, sus cóncavos senos profundos y sombríos, el rostro de mi rubia visión, pálido y colérico... ¡sus verdes pupilas centelleando de ira!... todo, todo lo recordé en un instante, volviendo á sentir todas las emociones de aquella mañana de horrores.

Al fin pude salir del lecho, á respirar la brisa

balsámica del bosque, donde las flores abrían sus broches exhalando perfumes embriagadores, mecidas sobre su tallo por el céfiro que llegaba blandamente á besar sus corolas, tocando entre las hojas melodías tiernas mezcladas con el alegre trinar de los pájaros; todo parecía volver á la vida alegre y bulliciosa, devolviéndome las fuerzas perdidas en el rudo combate con el mar.

Y con el vigor del cuerpo renacieron en mi mente los sueños de la fantasía, y volví á ver aquella dama de negros ojos galopando en su bravo corcel, arrastrándome en el torbellino de su carrera ¡siempre detrás sin poder alcanzarla nunca! y cuando se desvanecía entre la espesura desapareciendo de mi vista, veía las pupilas verdes de mi pálida visión, fijas en mí, centelleantes y amenazadoras, fulminando airadas un anatema terrible, que hacía brotar en mi frente un sudor frío... Y en tanto el mar seguía resbalando mansamente sobre las arenas de la playa y besando con sus espumas las rocas seculares de la costa.

Ensimismado en tales pensamientos me sorprendió esta tarde un criado del palacio; traía un mensaje para mí de su señorita: me llamaba á su lado, quería dar las gracias á quien salvó su vida del furor de las olas.

No la hice esperar un solo instante; con mi burdo chaquetón, mis destrozados calzones, enmarañado el pelo y descalzo el calloso pié, me presenté á su vista. ¡Bastante entendía yo de etiquetas ni cumplidos!

Sentada en el jardín á la sombra de los espesos castaños estaba aquella singular mujer, pálida pero hermosísima, envuelta en elegante vestidura, recogidos los negros cabellos en airoso tocado sobre su linda cabeza, que parecía envuelta en cerco sombrío. También en ella había vencido la juventud en la lucha por la vida y apenas quedaban en su rostro huellas de la pasada borrasca: tan solo su mirada no era ya ardiente y voluptuosa como antes, sino melancólica y fría, como si el agua del Cantábrico hubiera apagado el fuego de sus pupilas negras.

Al verme en su presencia sentí en mi interior una sensación profunda y extraña para mí, mezcla de encogimiento y respeto, que me contuvo un momento; pero instantánea, pasajera: á su

vista volvieron á encenderse los dormidos deseos, revivió en mi pecho la amortiguada llama de la pasión, se alzaron más vehementes los callados apetitos, y recordé que en aquellos labios rojos y tentadores había puesto los míos sedientos de amor, que había sentido en mi rostro el hálito abrasador de su boca, los latidos de su corazón junto á mi pecho palpitante cuando mis brazos servían de ceñidor á su cintura; sentí que una ola de fuego estallaba en mi frente golpeando mis sienas... lanzando un grito rudo y salvaje, me arrojé delirante y loco, con la locura del vértigo, hacia ella, la cojí en mis brazos musculosos, la apreté contra mi pecho, ahogando sus gritos de terror, y cuando parientes y criados acudieron en su auxilio, yo corría llevándola abrazada y gritando con el furor de un poseído.

—¡Eres mía! mía, lo fuiste en medio de las aguas y no pudo el mar arrancarte de mis brazos ¿quién podrá intentarlo ahora? ¡Eres mía, eres mía!... y tan solo después de larga y desesperada lucha, consiguieron separarla de mí.

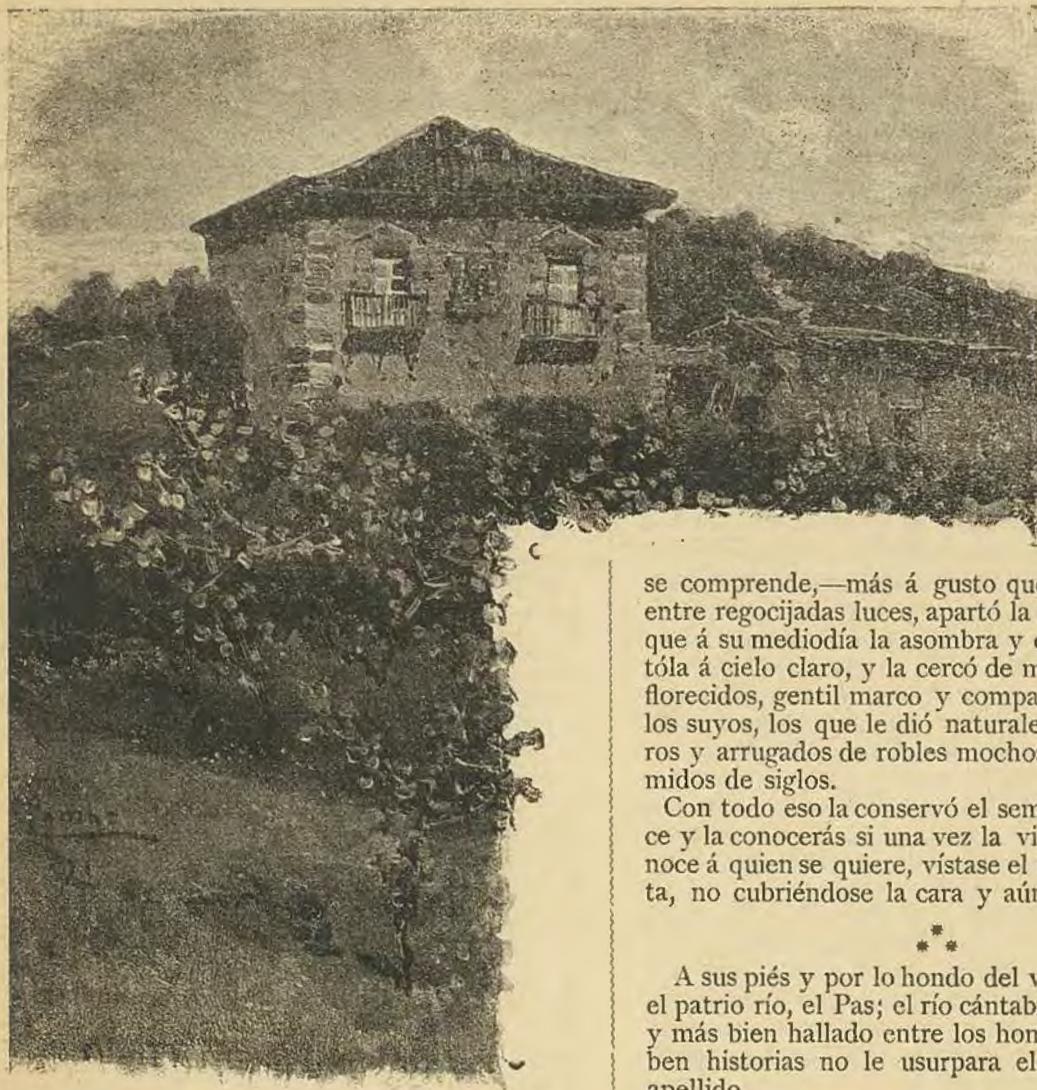
.
.
.

Cuando pocos meses después, apoyado en la borda de un transatlántico, surcaba yo los mares en busca de la *fortuna* que se había encargado de labrarme el señor del palacio; al cruzar ante la costa de Róbreña, fija mi vista en aquel peñón, trono de mi reino fantástico, donde tanto y tanto soñé, con espantados ojos vi, sentada en su cumbre y envuelta en aureola de niebla, aquella blanca visión de ojos azules y cabellos de oro, mirándome dulce y amorosa, enviándome un tierno ¡adios! y haciéndome señales de que allí esperaba mi regreso.

Y en tanto el misterioso Cantábrico seguía resbalando mansamente sobre las arenas de la playa y besando la costa con la espuma de sus aguas, y el infeliz *tío Colonos*, envejecido por los años y las penas, canturriaba en el bosque llevando el lento compás con los golpes de su hacha destructora.

ALFONSO ORTÍZ DE LA TORRE.





À LAS PUERTAS DE UN SOLAR.

HSTA que ves, lector, cuadrada torre y robusta, grave de gesto, cenefia de pisos, calada de techos, con fierros de señor y esquiveces de pobre, abiertos á Oriente sus férreos balcones, guardianes del escudo que entre ambos campea, aplomada y firme sobre los lomos de un verde cerrejón, retrato es de otras á cuyas puertas ha de llamar quien quisiere bien saber la historia de la tierra, ó para guardarla sabida, ó para contarla á otro.

Las caídas del cerro, rasgadas á trechos por el aluvión, á trechos vestidas de helecho, madre-

selva y zarza, manchadas entre una y otra quiebra de hierba apretada y lozanas boronas, no son las que te ofrece la pintura, obra al cabo de mozo más tentado de blanduras que de asperezas, aunque otra cosa parezca á ratos. El cuál, hallándose,—y bien

se comprende,—más á gusto que en otra parte entre regocijadas luces, apartó la torre del monte que á su mediodía la asombra y entristece, plantóla á cielo claro, y la cercó de matas y vástagos florecidos, gentil marco y compañía, que no son los suyos, los que le dió naturaleza, troncos duros y arrugados de robles mochos y castaños comidos de siglos.

Con todo eso la conservó el semblante; se parece y la conocerás si una vez la viste, como se conoce á quien se quiere, vistase el traje que se vista, no cubriéndose la cara y aún cubriéndosela.

* * *

A sus piés y por lo hondo del valle mira correr el patrio río, el Pas; el río cántabro, si por mayor y más bien hallado entre los hombres que escriben historias no le usurpara el padre Ebro su apellido.

Vió el gran río las postreras batallas de la independencia cántabra; á sus riberas se agarraban tenaces y sin cejar las plantas de los feroces guerreros montañeses; en ellas iban quedando desesperados y muertos los mejores. Pero al cabo el Ebro, después de pagada su deuda á la comarca de sus orígenes, abandona la patria. El valor no ciega en él la razón ni la codicia de mejor suerte. Coge aguas en la honrada Castilla y en la generosa Celtiberia, y ya enriquecido pasa á regiones de más vivo sol y más fecundo suelo.

Cuando se esparce vecino á los fértiles campos y risueñas playas de la Edetania ya no se acuerda del nubloso y escarpado Hajar donde están sus fuentes.

Bien que no puede extrañarse ver desertor de la patria á quien antes lo fué de su apellido, trocándose por otro más lleno y sonoro, y dejando de llamarse Hajar, como debiera, para llamarse Ebro.

El Pas, en tanto, no sale de la patria: dentro de ella nace y muere.

Si tiene comienzo en los enhiestos castros de Valnera, en los manantiales de Yera y de Pandillo, donde más trata con nieblas que con soles y más tropieza en guijarros duros que se huelga en-

tre sezonadas mieses, acaba en la ceñuda costa entre Liencres y Miengo, negándose á sí propio el paso por negarle entrada al mar hinchado, amontonando arenas, tendiendo barras por cima de las cuales se encuentran y luchan sin ventaja unas y otras aguas; resistiéndose á puerto, rehusando vida y perdiendo antes la propia, si han de traérsela muelles que le estrechen los brazos y le prohiban desahogos, barcos que le opriman las espaldas ó le desgarran el seno con anclas y cadenas. ¡Acérrimo aborrecimiento á lo prepotente y extranjero!

No hicieron más los antiguos Cántabros en su pátrio Gelboé, en el Aradillos y el Vindio, «cuyas breñas gimen» como las del monte de Palestina «y cuyas cimas lloran»: morir antes que vivir holgados y pacíficos sometidos á extraña ley y obedientes á Roma.

Dentro de sus valles montañoses halla el rudo é indomable río descansos serenos y amorosas voces y en su cauce registra huellas de sus luchas y furoros; caídos puentes, rasgadas presas, mullones arrasados. Tanta es su fuerza cuando crecido por las lluvias y el desnive atropella, rinde cuanto le resiste y con gigante ruido y estrago sumerge y vuelca peñascos. Riada montañesa parece la descrita por Lucrecio en sus versos soberanos:

Nec validei possunt pontes venientis aquae
vim subitam tolerare; ita, magno turbidus imbris,
molibus incurrit validis cum viribus annis;
dat sonitu magno stragem; volvitque sub undis
grandia saxa; ruit qua quidquam fluctibus obstat. (1)

* * *

Perdóname, lector, si eres, como muchos de ahora, enemigo de griegos y latinos, y salta lo que te enoje de mi discurso. No vá éste, aunque lo parezca, distraído por la corriente del Pas y alejado del lugar donde le comenzamos; las letras humanas hallaron allí más hondos afectos que la vulgar curiosidad del aficionado.

Fué el sitio solar de uno de los apellidos viejos de la Montaña, nacido en este valle de Piélagos, abajo en la miés, entre la torre y el río. La miés olvidó el nombre, pero le conserva la iglesia levantada entre los maíces, San Martín de Ceballos. Llamóse el solar la Rueda, no sé de donde, y guardó el título, pero mudó dueño. Si sabes de blason los veros del escudo te dirán que el fundador de la torre se llamó Velasco, y la espada de Santiago sobre que los veros están puestos, que el caballero la llevaba de trapo rojo cosida á la toga ó al manteo, cuando no de acero puesta al cinto.

Vivió la torre, si no la levantó sobre cimientos de otra heredada, un segundón de familia hidalga, el cual habiendo de escoger entre la gola militar, el alzacuello y la golilla, salidas de los segundones montañoses al mundo y á la vida fuera de sus montañas, escogió la golilla y los libros en que la golilla se realza á sí propia y se acredita con los extraños.

(1) *De natura rerum*—I, v. 286, 290.

Salió, pues de la casa de la Rueda en el valle de Piélagos, y en los primeros años del siglo XVIII don Fernando José de Velasco y Ceballos, á estudiar en uno de aquellos Colegios mayores,—el del arzobispo en Salamanca—ricos viveros mantenidos á expensas de nuestros grandes Prelados españoles para escuela y asilo de la nobleza ó necesitada ó deseosa de saber, sacándola de ellos á florecer después y fructificar en Cabildos, Audiencias y Chancillerías.

A la de Zaragoza fué como Alcalde del Crimen; de allí vino Oidor á la Real Chancillería de Valladolid. Aquí tuvo amistad con el grande historiógrafo P. Enrique Florez, á quien sirvió con lo que alcanzaba en las materias que el insigne agustino perseguía.—«No solo se esmeró»—dice del oidor el religioso en el prólogo ó razon de su excelente libro sobre *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*,—«no solo se esmeró en comunicarme catálogo y dibujos de su copioso gabinete, sino algunas (monedas) de las más raras é inéditas, cuando le fuí á reconocer personalmente.» Era pues erudito, y erudito mano abierta, el magistrado; lo cual, y asentado por quien lo asienta, prueba cuanto estaba en él el corazón á par del entendimiento.

Presidente luego en la Real Chancillería de Granada, hubo en élla de continuar sus aficiones á las ciencias auxiliares de la Historia y á la Historia misma, y el consiguiente trato con los hombres de iguales gustos y profesión. Ello explica que años adelante, en 1774 un anticuario meritísimo, el agustino Fr. Sebastián Sánchez Sobrino, del convento de San Antón de aquella ciudad le dedicase su *Viaje topográfico desde Granada á Lisboa*, impreso más tarde aún, con el seudónimo anagramático de Anastasio Franco y Brebinsaez.

Era ya entonces don Fernando, Consejero de S. M. en el Supremo de Castilla. Eralo á la vez en los de la Guerra y la Santa Inquisición; á donde habia subido desde la Presidencia de Granada en 1773. En los días de su toma de posesión hacían ruido grande en Madrid entre literatos y curiosos las célebres quintillas de don Nicolás Fernández Moratín, tituladas *Fiesta de toros*. Oídas por el venerable Consejero, húbolas de aplaudir y juzgar en guisa que el poeta le ofreció copia esmerada de ellas.

A un maestro en toda erudición, el señor don Aureliano Fernández Guerra y Orbe, debemos esta noticia. El cual en su *Lección poética*, añade: «Era don Fernando un montañés aficionadísimo á libros y manuscritos, que supo reunir la más selecta biblioteca de su tiempo y á quien no menos que un códice gótico importaba un autógrafo de inspirado ingenio contemporáneo... Hizo encuadrar juntas varias obras manuscritas de Moratín y de sus adversarios... Poseo yo este códice.»

¡Oh si en manos parecidas hubieran ido á dar los despojos todos y reliquias de la librería y archivo del ilustre juriconsulto montañés!

Por que no se satisfacía con recojer y aceptar

libros famosos, obras dedicadas en honor suyo que alagasen el propio amor y la alteza de sus pensamientos. Recogía también y ordenaba papeles sueltos, escrituras, privilegios, ejecutorias, genealogías y sus copias, elementos de algo más trascendente y sustancial que la inerte, y en casos vana, curiosidad de un bibliófilo; materiales de provecho en manos que saben emplearlos; de quien piensa que en Historia no hay desperdicio, por más que ciertos de ellos parezcan cosa baladí y poco al caso á quien de alto y de lejos mira la materia erudita.

Así recogió copia de la escritura de donación de Santa María de Yermo en Cohicillos á San Salvador de Oviedo; interesantísima para la geografía eclesiástica de la Montaña, donde como práctico y familiar con la tierra pudo aclarar y reducir tantos nombres de lugares é iglesias viciados ú oscuros en el original ovetense.

Y el curioso privilegio de reconocimiento de fuero á favor de laserrerías montañesas dado por el rey don Alfonso oncenno.

Y otros papeles que en esta hora no recuerdo, con tantos más de que yo no he sabido y sabrán sin duda más diligentes aficionados de esta tierra ó de fuera de ella.

Por último, él salvó, acaso de pérdida ó destrucción, al historiador más antiguo que de cosas nuestras conocemos, Juan de Castañeda, que á fines del siglo XVI, componía su *Memorial de algunas antigüedades de la villa de Santander*; cuyo manuscrito, original en opinión de entendidos, acopió don Fernando en una de sus varias colecciones de papeles.

Algunos de los suyos pararon en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Carta hay entre ellos, fecha á 4 de Diciembre de 1758, copia que no repite el lugar ni la firma de su original, manifestando, sin embargo, ser de uno de sus hermanos.

Participale en ella haberse hallado en Burgos noticia de un privilegio antiquísimo, exención de tributos otorgada por los primeros reyes de Castilla al lugar de Hijas en Toranzo, confirmado por los reyes sucesores hasta don Felipe V, en recompensa «de haber derrotado con sus mujeres é hijas»—¿de aquí el nombre?—«á una manga de moros que llegó á dicho lugar muy á los principios de la pérdida general de España.» É insistiendo en ciertos particulares de compulsu y crítica dimanados del propio instrumento, sin tocar en su validez, añade el corresponsal: «y aún le contemplo útil para tus obras y la que está dando á la prensa el principado de Asturias...»

Esta obra asturiana ¿sería la de Trelles, *Asturias ilustrada*, que prometidos tres tomos había impreso ya en 1739 el segundo en el cual menciona á don Fernando, Oidor en Valladolid, sin que el tercero llegara que sepamos á imprimirse?

Otras nos importan más á nosotros, y son aquéllas en que dice ocupado á don Fernando su hermano. En ellas pudieron serle de utilidad documentos montañeses, luego no será temerario

suponer que cuando no fueran en esencia única y exclusivamente montañesas, de cosas montañesas trataban. ¿Llegaron á término esas obras? ¿quedaron en plan? Concluídas ó comenzadas, en borrón ó en notas, ¿á donde pararon?

* * *

Mira, lector, si hay preguntas que hacer á las puertas de la casa de la Rueda, como á las de tantas otras casas montañesas; tanto más ahora que la Historia no se escribe de Estados sino de gentes. Atiéndese en ella sobre todo argumento al hombre, y se dejan los actos para tratar de los actores. Ya no tienes porqué acobardarte y retroceder ante un título severo y henchido de riesgos, *Historia de la Montaña*; ahora, si te pones á ello puedes escribir en tu primera página: *Historia de los Montañeses*. Será más desahogado para tí y mejor recibido de los historiados.

No nos separemos, ya, sin un consejo; achaque de los años. Cuando tomes este camino de tentar puertas y llamar á paredes lleva el ánimo preparado á hallar paredes sordas y puertas cerradas. Y otro tanto á no ver de las puertas sino entornada una hoja. No te ofendas del silencio, y en vez de sentirle estúdiale, que también el silencio es elocuente. Un hombre agudísimo y experto en la vida lo dijo siglos hace. (1) Y cuenta que la curiosidad es agresión y no hay contra sus puntas rodela como la del silencio; si hablas, aún siendo de soslayo, á poco hábil que el curioso sea luego ha de traerte á decir lo que más pensaste guardar callado.

¿Donde está la obligación de abrir la puerta á quien no queremos por huésped, ó el bolsillo á quien no tanto como nosotros necesita de lo que el bolsillo tenga? Y pretender entrarse por el pensamiento ó el saber ageno algo tiene de intentarlo en el ageno hogar y la agena bolsa. Piensa también que si el callar es á veces disimulo, á veces avaricia, más á menudo es confesión implícita de no saber.

En esta materia; espanta de tí, cuando por desventura las sintieras llegar, dos malas tentaciones: la de procurar saber únicamente para estar un punto más alto que el vecino: la de callar lo que hubieres aprendido para que en puntos de saber no sea el vecino tanto como tú. Luces que Dios dá, bien aprendido lo tienes del libro santo, no son para escondidas sinó para manifestadas. Y de esto entendía hablar sin duda el más sano filósofo de la antigüedad griega cuando escribía á un amigo: «no somos nacidos exclusivamente para nosotros: parte de nuestro sér pertenece á la patria, parte á la familia, parte á los amigos.» (2)

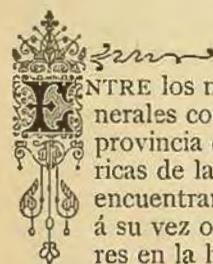
Juan García.

(1) Accipienim nom minus interdum oratorium esse tacere quam dicere.—PLIN JUN. lib. VII, lit. 6.

(2) ...non nobis solum nati sumus ortusque nostri partem patria vindicat, partem parentes, partem amici. PLATON, en carta á Archytas de Tarento.—CICER. de officiis.—1 7.

HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

PUENTE DE VIESGO.



ENTRE los numerosos veneros de aguas minerales con que la naturaleza favorece á la provincia de Santander, una de las más ricas de la Península en este género, se encuentran las de Puente de Viesgo, que á su vez ocupa uno de los primeros lugares en la hidrología médica. Pertenecientes al pueblo de Viesgo que está situado en el hermoso y pintoresco Valle de Toranzo, que es recorrido en su extensión por el río Pas, á la derecha de éste y en medio de una roca, al extremo de un antiguo puente que le pone en comunicación con el pueblo, brota un abundante manantial de aguas termales de no muy alta temperatura, pero que además de ser eficacísimas para ciertas enfermedades, son las únicas que se pueden emplear sin temor, y con grandes resultados, en un grupo de enfermedades que ya expresaremos en el curso de estos apuntes, y que eran el *noli me tangere* de la terapéutica hidrológica.

Estas aguas minerales, dotadas por la naturaleza de virtudes medicinales tan notables, son *clorurado sódicas, bicarbonatadas cálcico-magnésicas nitrogenadas*; tienen una temperatura de 35°, son incoloras, inodoras y sin tener sabor apreciable en el momento de emergencia, adquieren un ligero sabor salado despues de algún tiempo. Por su suave mineralización y por su no muy alta temperatura pueden y deben usarse según los casos, en bebida, baño, ducha, etc. En el primer caso resultan de un sabor no desagradable, no son purgantes y sin producir fuertes estimulaciones en el estómago, favorecen las funciones de la digestión aumentando el apetito; favorecen también la excreción del ácido úrico y aumentan la diaforesis. Aplicadas en baño producen la calma en el sistema nervioso en general y en el peculiar de cada órgano ó aparato sin perturbar el sistema circulatorio, que por el contrario, si funciona irregularmente se modifica de una manera favorable; la piel se reblandece y se suaviza dando al tacto una sensación untuosa. Como consecuencia de estos efectos se produce en el individuo una tendencia grande al reposo y al sueño, que sobreviene si el baño se prolonga. Al respirar la atmósfera de un gabinete de baño, ó mejor de una estufa, se siente una calma y sedación con tendencia también al sueño, y si es un

enfermo que padece de disnea ésta se modifica ó desaparece.

Empleadas estas aguas, con los diferentes aparatos mecánicos de la hidroterapia, producen efectos más ó mehos estimulantes según el procedimiento ó forma en que se empleen.

Estas son las acciones fisiológicas más sobresalientes de estas aguas, debiendo advertir que del tercero al sexto baño, suele á veces producirse una exacerbación de la enfermedad, pero sin brotes y sin fiebre termal.

Hecha esta ligera reseña, pasemos á ver, en qué clase de enfermedades, en virtud de tales efectos, están indicadas. El reumatismo y la gota son las dos enfermedades que constituyen la especialización de estas aguas, pero en estas enfermedades, como casi todas, la forma que adoptan, su sitio y el éxito del tratamiento, depende mucho de un conjunto de condiciones individuales y del medio que rodea al enfermo, constituyendo el tipo clínico. De ahí que estas aguas, aunque de resultados favorables en todas las afecciones reumáticas, tienen un efecto mucho más sobresaliente en los reumáticos que clasifica el ilustrado Dr. Enriquez, médico-director de estas aguas hasta este año, en la forma siguiente:

«1.º Todo individuo nervioso y más ó menos impresionable afectado de reumatismo sea cualquiera su forma, á quien los climas secos y calientes le molestan, aún estando sano, y las medicaciones estimulantes le mortifican ó le debilitan estando enfermo.

«2.º Todo reumático que aparezca con manifiesta tendencia retro-pulsa (y entre estas formas está el cutaneo), para fijarse en los aparatos respiratorio y circulatorio, como éstos no deben usar modificaciones estimulantes poderosas, les está indicado las aguas sedantes.»

«3.º El viejo reumático, en quien, por orden regular hay que vigilar su predisposición conjetiva visceral ó su corazón ateromatoso.

«4.º El reumatismo de la primera edad también debe ser tratado con esta clase de aguas, dada la impresionabilidad de estos organismos y aún la movilidad de sus manifestaciones reumáticas; de igual manera tienen indicación para estas aguas el reumatismo en la mujer aún estando embarazada y siendo púérpera reciente, etc.»

Ahora bien, el reumatismo ya sabemos las simpatías que por razón de estructura este tiene des-

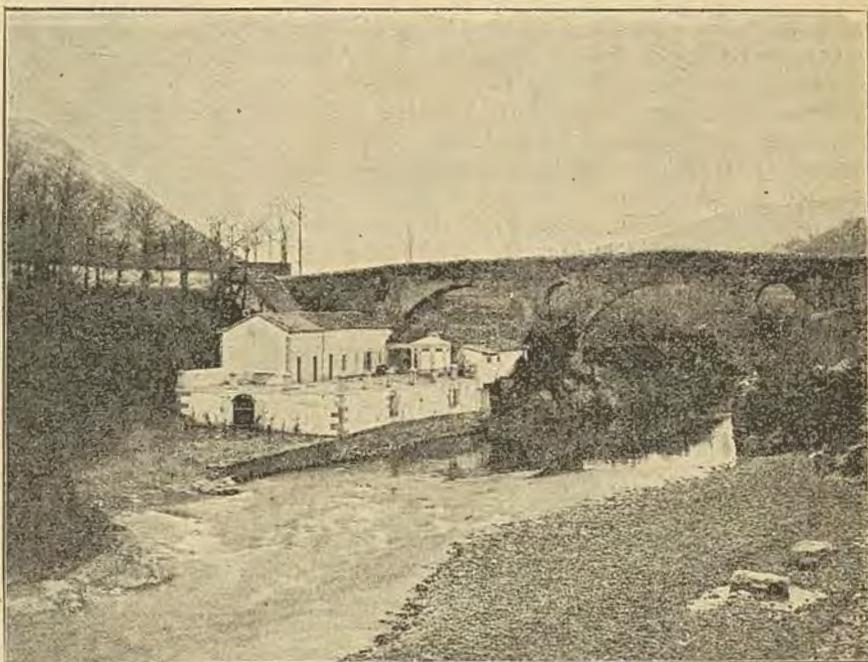
graciadamente, por el corazón y su asiento en tan noble órgano lo hace bajo dos formas, bien temporalmente sin producir exudados, bien ya de una manera más persistente produciendo exudados, neoformación, degeneraciones, etc.

En el primer grupo entran las hiperkinesias neurosis, ajesinesias, etc, en el segundo grupo vemos como consecuencia de los exudados, neoformaciones, etc, los obstáculos mecánicos en los orificios constituyéndose las lesiones oricas. En todas las alteraciones citadas del corazón la lógica dicta, que cuando el reumatismo es su causa productora el tratamiento hidromineral de tales afecciones ha de ser el correspondiente á esta enfermedad; pero como quiera que el grupo de aguas correspondientes á las que producen efectos curativos ó están indicadas en

el reumatismo, siempre tienen una termalidad elevada y una composición química más ó menos fuerte, y por lo tanto más ó menos perturbadora, producen desequilibrios en el sistema circulatorio que exigen desde el momento que empiezan á usarse un funcionamiento normal del corazón, y que de no haberle, son dadas á ocasionar serios trastornos. Mas las aguas de Viesgo por su suave mineralización y moderada termalidad producen en el organismo ese efecto sedante mencionado anteriormente y sin dejar de ser eficacísimas en el reumatismo, no puede haber temor á los indicados peligros con su empleo racional en los cardiacos. Los hechos prácticos vienen á corroborar tales ideas y ya los naturales del país desde tiempo inmemorial lo venían usando con grande éxito en las cardiopatías, cuyas observaciones le sirvieron al Dr. Enriquez por su espíritu de observación nada común para hacer llamar la atención científicamente sobre asunto tan importante y de tanta trascendencia, haciendo que la concurrencia á este balneario de enfermos con hiperkinesias endocarditis lesiones mitrales y aortuas fuera muy numerosa. Los resultados obtenidos en tales enfermos son muy brillantes y en la erudita memoria del citado doctor Enriquez constan de una manera detallada. Para conseguir tan beneficiosos resultados es necesario tener en cuenta que se ha de hacer uso de ellas antes de que el corazón esté degenerado.

Siendo tan poderosos auxiliares de la acción terapéutica de las aguas minerales, la buena instalación del balneario con todos los aparatos de la hidroterapia que tan múltiples aplicaciones llenan, el balneario de Viesgo desde sus primitivos tiempos en que su instalación era de lo más elemental

y rudimentaria, ha sufrido dos reformas fundamentales segun lo ha ido exigiendo la concurrencia de bañistas cada vez más creciente. La primera de estas reformas consistió en la instalación del balneario que existió hasta el verano pasado y que constaba de lo siguiente: emplazado en la misma roca en que brotan las aguas, tenía de unos sesenta metros de largo por quince de ancho, estaba formado por dos pabellones que formaban la parte alta del edificio, y ambos comunicaban con una espaciosa y bonita azotea que daba al río, circunvalada por un enrejado de hierro. En el pabellón de la derecha estaba instalada la administración, el telégrafo, el despacho de la dirección, que comenzaba con una sala de espera de la que partía una escalera que la ponía en comunicación con



la planta baja, donde estaban instalados los gabinetes de baños, duchas, inhalaciones, etc; eran estos gabinetes de bastante capacidad con pilas de mármol la mayoría y de azulejos otra porción más reducidos. En el pabellón de la izquierda, mucho más pequeño, estaban instalados los aparatos de bombas que surtían de agua á las galerías de baños y además el inhalador, comunicando por medio de una escalera con otra galería. Se comunicaba el balneario por medio de una larga galería con una de las fondas, que tenía bastante buenas habitaciones existiendo otras en el pueblo. A pesar de estas importantes reformas que constituían una mediana instalación, la concurrencia balnearia tan numerosa, que venía á este establecimiento para recuperar su quebrantada salud, le hicieron insuficiente y comprendiéndolo así su actual propietario Sr. Corcho no omitió sacrificio ni medio alguno para colocarle á la altura de los primeros de España. Tal como hoy se halla instalado el nuevo balneario está emplazado sobre el antiguo, y por tanto sobre la roca de don-

de brotan las aguas. De figura rectangular, y de unos setenta metros de largo por veinte de ancho, consta de dos pisos. En el primero están el despacho de la dirección, de la administración, las salas de espera, el depósito de aguas para duchas, dando vista todos estos departamentos á una elegante y espaciosa terraza. De una de las indicadas salas de espera nace una escalera que evita la antigua galería que era una gran molestia para los enfermos, poniéndoles en comunicación directa con el Hotel nuevo que reúne todas las condiciones que se pueden exigir á un edificio de esta clase; habitaciones espaciosas con gran ventilación, buenos salones de tertulia, de billar, etcétera, y un bonito parque para las horas de más calor. De la parte opuesta de la sala, que hemos dicho comunica con el Hotel, parte otra escalera que la pone en comunicación con la galería de baños, que consta de dos ramas, una que es tan larga como el mismo edificio, tiene á derecha é izquierda espaciosos gabinetes de baño de techo abovedado y pavimento de mármol: en todos ellos existen pilas de mármol. La segunda rama se dirige en sentido opuesto formando ángulo con la primera, y está en ella la estufa para calentar ropa, el gabinete de pulverizaciones y de baños de

vapor, y además un gran baño de preferencia, que contiene toda clase de aparatos balneoterápicos, sillico con agua corriente, aparato para enemas, silla americana para sudar el baño, etcétera. Como accesorio hay una galería en buenas condiciones para pobres de solemnidad, en la que existen también una serie completa de aparatos de hidroterapia. Además del Hotel hay en el pueblo varias fondas que reúnen buenas condiciones de hospedaje.

De la ligera descripción del balneario se comprende desde luego, que por su perfección, sin olvidar el menor detalle, la instalación de estas aguas corresponda á su gran importancia terapéutica, lo que unido á su apacible clima, lo pintoresco y accidentado del valle con su vejetación verdaderamente lujuriosa y sus fáciles y cómodas comunicaciones con la capital de la provincia á una hora escasa de la estación de Renedo en el ferrocarril del Norte y pueblos inmediatos de alguna importancia que hacen fáciles las escursiones veraniegas y sus cómodos hospedajes, no dudamos por un momento que Viesgo colocado ya en primera fila desde hace algunos años ha de ir cada vez en aumento, pues difícil es encontrar aguas de propiedades terapéuticas tan especiales.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

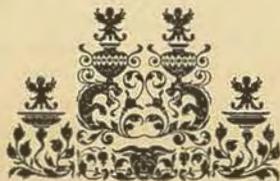
El marquesado de Santillana y el de Santander.

Don Juan II otorgó al célebre don Iñigo López de Mendoza la merced del marquesado de Santillana de la Mar, y su hijo primogénito y sucesor don Diego fué hecho por Enrique IV marqués de Santander.

Los habitantes de esta villa en cuanto tuvieron noticia de tal concesión suplicaron al rey que la revocara, fundándose en los privilegios de San Fernando, y no habiéndolo conseguido resistieron heroicamente durante tres días contra la hueste del marqués, que, valiéndose de la traición, pudo apoderarse del castillo.

Auxiliados los sitiados por gentes de Trasmiera y del resto de la parte oriental de la provincia, todavía se sostuvieron valientemente, ajustaron un armisticio con sus adversarios y lograron derrotar en Puente Arce al pequeño ejército que venía en auxilio de los sitiadores.

Enrique IV, agradecido á la lealtad de los santanderinos revocó en 8 de Mayo de 1467 la merced dispensada al marqués de Santillana y confirmó esta revocación en otra carta real fechada en Segovia á 18 de Diciembre de 1469, habiendo antes concedido á Santander los dietados de *Noble* y *Leal*.





HOMENAJE DE AUSENTE.

À MIS ILUSTRES CONTERRÁNEOS

DR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Y

D. JOSÉ MARIA DE PEREDA.

*Cantaber ante omnes, hiemisq̄ue aestusq̄ue famisque
invictus, palmanq̄ue ex omni ferre labore.*

SILIO ITÁLICO.—Púnica III.

*Servit Hispanæ vetus hosiis oræ
Cantaber, será domitus catena.*

HORACIO, lib. 3.^o, Oda, 8.^a

Desde el abismo de la edad rugosa
la yerta fantasía tal vez sube
al Edén juvenil; región gloriosa
en que jamás el Sol recela nube.

Entonces se difunde el pensamiento
por aquellas riberas apartadas
en que volaron, como el humo al viento,
de mi niñez las horas mal logradas.

Entonces de aquel golfo me estremecen
las olas que los ciezos atormentan;
valles do poco pingües mieses cuajan;
riscos que niveas cúspides ostentan;
montes que de Pirene se desgajan
hasta hundirse en el túrbido oceáno
y resguardan la tierra, que ennoblecen,
irguiendo escollos de granito y hielo
como barrera al turbulento golfo,
como amenaza al conturbado cielo.

No embargante lo estéril de la tierra
y las marinas furias,
aquel ángulo pobre, que se encierra
entre el término vasco y el de Asturias.
acoge y manda por los anchos mares
náos soberbias, tráfico atrevido;
y prefiriendo á los seguros lares
de crespas ondas áspero bramido,
sus hijos van con pertinaz constancia
llevando por do quier—¡Oh, noble orgullo!—
su misión de trabajo sin jactancia,
el pesar de la ausencia sin murmullo.

Antaño aquellos ámbitos poblaba
en llano y monte, aldea y espelunca,
gente indomable que vivir esclava,
de extranjero poder, no quiso nunca.
En su valor y fuerza se estrellaba
astucia ó brío de invasor extraño.
Del mundo la soberbia vencedora
clavar no pudo en las agrestes peñas
sus gloriosas enseñas,
señal do quier de triunfos y dominio:
que al escuchar su voz, anunciadora
de incendio y exterminio,
cada Cántabro, en bélico arrebató,
cabalgando ó rompiendo por las breñas,
era un segundo Anibal, un Viriato.

Mas ¡ay! que la Fortuna,
voluble cortesana,
traiciona á las cantábricas falanges,
y brinda con sarcasmo
coronas de martirio
de la intrépida raza al entusiasmo.

Cegados de patriótico delirio,
alcanzan sus campeones que la sangre
romana, al tanto que la propia, fluya;
y al par, en hecatombes lastimosas,
verdugos de sí mismos, dán la suya
niños, ancianos, vírgenes y esposas.

¡Así menguó la indómita ralea!
De aquel montón de escombros
la conquista feral se enseñoa
entre orgullo y asombros;
y puede el grande Augusto,
libre de hispano susto,
cerrar el templo del bifronte Jano:
aquel diós de faz doble
que, con justicia, representa, inmoble
en rostro y alma, al vencedor romano.

¡De la cantábria libertad la ruína
asi se consumó! La tierra hispana,
á rapaces Pretores fácil mina,
los destinos siguió de la romana.
El cetro de los mónstruos nauseabundos,
del diós—gran comediante—sucesores,
de asombro y de terror llenó los mundos,
y ardió Hesperia en escándalos y horrores.

Mas ¡cuán noble venganza cupo en suerte
á la heróica nación!... allí nacieron,
ó de española estirpe procedieron,
los pocos que el fracaso estrepitoso
del romano coloso,
con puntales de gloria detuvieron.

La ley de expiación al fin cumpliósse;
y vió Cantábria, entre placer y susto,
que en Roma el cáliz de amargor rebose,
que Augústulo derribe obra de Augusto!

II

En los altores cántabros encinas
y robles brindan con fecunda sombra.
La conquista feroz—madre de ruínas—
con despiadado hierro los descombra.

Cuando repone lenta la Natura,
bien que no con la prístina grandeza,
del vegetal prodigio la hermosura,
nueva segur nuevo destrozó empieza.

Mas la Gran Madre en reparar constante,
como tenaz en destruir el hombre,
áun preserva, trás lucha devorante,
de la ubérrima fronda un resto... ¡el nombre!

Así domina el triunfador romano.
Cuando él sucumbe, á vacilante trono
uno tras otro régulo se encumbra,
mas sin que aplaque el sanguinario encono
ni el nuevo altar que el Cristianismo alumbró.

Trás siglos de dominio turbulento,
goda venganza y moro fanatismo
estréchanse en adúltero consorcio.
Cuando salaz monarca vé el abismo
que de casta virtud cavó el divorcio,
al campo del honor tardío llega
en áureo, ebúrneo carro.....

Impasibles miraron cinco soles
de africanos guerreros y españoles
soberbio arranque y contender bizarro:
su red, al sexto, la traición despliega,
y en diluvio de sangre á España anega.

Mas falange de rudos montañeses,
al Godo unida, el batallar prolonga;
despues que—dálle en abundantes mieses—
cuellos de moros siega en Covadonga.

Más tarde, cuando al orbe hispanas huestes
vencen y asombran por audacia y brío,
en ellas de los cántabros agrestes
lucen la astucia, el ímpetu bravío.

¡Cuántos en tierra y mares
el esfuerzo español lauros apaña!
No adivinó, entre bélicos azares,
que aquel Sol, sin ocaso para España,

fuese origen de sombras seculares!

Desde el César romano al gáula César,
de la ambición de mando los colosos,
en la arrogante Iberia fértil rádio
eligieron—¡mal haya!—para estádio
de combates y triunfos portentosos.
Medros rindió al extraño la Victoria:
á España el sacrificio... humo de gloria!

III

¡Oh, Cantábria! ¡Oh, mi amor! Cuando mis ojos
tu luz acarició, de infandas guerras
lástimas resentías y despojos.
Cuando después, por valles y por sierras,
de fraticida lucha los arrojos,
odios, estragos contempló mi mente,
en vengarlos soñé... Madre cristiana,
¡ay! con dolor, cual su piedad, profundo,
designa—cura á mi ambición insana—
allende ponto amargo, el Nuevo Mundo.

¡Cuántos más como yo! Mares salobres,
costas insanas, rípidos desiertos
unos, luchando recorrieron pobres
hasta encontrar reposo... cuando muertos!

A otros, labor asidua, ingenio ó suerte
fueron en campo ó en ciudad propicios....
Premio de afanes, fin de sacrificios,
tumba extranjera bríndales la muerte!

Menos áun los que, por verdes ondas,
salud, reposo, honores anhelando,
en riqueza y otoños abundando,
al fin saludan las nativas frondas.

Trojes vacías y talados montes,
mieses por hembras débiles labradas,
sorpéndenles; y á indianos horizontes
tornan con llanto inútil sus miradas.

¡De la prosperidad fácil contagio!
Huyendo de miserias el herrumbre,
afrontan las familias el naufragio,
la enfermedad, la horrible incertidumbre;
y dejan, como lúgubre presagio,
eriazó el huerto y el hogar sin lumbré.

Si, al menos, la fortuna con que torne,
viejo ó doliente, el que garzón emigra,
lógrese que mediana holgura adorne
el tugurio ó la gleba del villano,
que ser escombros ó espinar peligra,
¡cómo atajara el opulento indiano
el torrente fatal del ostracismo!

¡cómo con franca mano
del hambre cegaría el hondo abismo!

¡No! Como antepusieron sus mayores
derrota y exterminio
á extranjero dominio,
así los de Cantábria moradores
ó, escapando de hambrienta servidumbre,
truecan acaso por quimera indiana
su rústica techumbre,
ó maldiciendo—¡origen de sus daños!—
hondos disturbios en que tanto medran
de ambición y codicia los amaños,

cuanto el decoro y la virtud se arredran,
legítima al destierro hallan excusa
demandando á las índicas regiones
«Paz y pan,» que su patria les rehusa,
esclava de sangrientas conmociones.

No de otra suerte flor que asombraría
de hermosura benéfica en el trono,
muere, si á la porfía
del invernial encono,
la libra, bostezando, el abandono:
mientras confiada al vigilante esmero
de dispierto cultor, ó en clima blando,
vive, crece, prospera del viajero
el olfato y la vista recreando.

IV

Si es fatal disyuntiva que peligre
en sus hogares cántabra familia
ó al Nuevo Mundo emigre,
á Dios, siquiera plegue
que venciendo, tenaz, vicisitudes,
en los campos de América despliegue
toda planta de Iberia
sus ínclitas virtudes;
y que en robustos vástagos fecunda,
libre de la opresión de la miseria,
ejemplos de honra y bienestar difunda.

Si inexorable fuere
decreto, del Criador en los arcanos,
que última hecatombe redimiere
triumfos, errores, crímenes hispanos,
¡cuántos, hoy del destierro en la aspereza,
del holocausto vieran en las aras
no cruento suplicio,
sino santa proeza;
triunfo de patrio amor, no sacrificio!

Cúmplase del Juez Santo
la justiciera ley! No, empero, tanto
la visigoda Hesperia
por sus morenas hijas se desangre,
que esqueleto se torne de laceria.
Estreche mutuo amor lazos de sangre,
vínculos de interés: que, con mesura,
de recíprocos bienes correr puede
el raudal, sin que en sima de amargura
tanta amorosa madre hundida quede.

Así América en brío y gentileza
con la sangre de España medraría;
y allá del Orbe Nuevo la largueza
de bendición en frutos sobraría.

Así de ambas con gloria,
para ejemplo y asombro de naciones,
el Hosanna de Paz y de Victoria
esparcieran del mundo en las regiones,
los bronces resonantes de la Historia.

C. DEL COLLADO.

UN EPISODIO DE LOS BANDOS DE LA MONTAÑA

EN EL SIGLO XV.

*Mila urtè igarota
Ura vere videan.* (Refrán vascoence.)



I.

PIDENME
para
un libro

Montañés, que vá á publicarse, un artículo, que comprenda: «en síntesis brevísima, el *pasado político, civil*, etc. de la Montaña, en contraste con su *presente*.»

Y, como nadie puede dar más de lo que tiene, ni nada retrata mejor el *presente* y el *pasado* que los documentos y edificios contemporáneos, envío, por de pronto, la vista fotográfica de una torre del siglo XIII, junto á una casa de campo reformada este año; en la que tuve la honra de nacer, he tenido el gusto de vivir y espero tener el consuelo de lanzar mi último suspiro. Luego,

á las noticias dadas por *El Atlántico*, de Santander, sobre hallarse este último hijo y habitante de la Torre de Proaño, citado á comparecer ante el Jurado, (establecido este año mismo) sobre una acusación de homicidio frustrado, casi en las mismas condiciones jurídicas que compareció Alfonso VI *el Bravo* en Santa Gadea, para sincerarse de la muerte de su hermano D. Sancho *el Fuerte*, (1) voy á unir otros documentos del siglo XV donde consta el décimo abuelo del acusado de hoy, algo más que acusado, y no menos firme en sus derechos, hasta de matar en justa defensa. Esto en cuanto á lo *político*. En cuanto á lo *civil* y *social*, también se verá en otro artículo, si no cabe en éste, lo que tenía, en qué se ocupaba y cómo vivía el abuelo, en contraste con lo nada que tiene el nieto, que ya se va viendo como vive y se ocupa: nacidos los dos para combatir, el uno con la espada, el otro con la pluma, y ambas entorpecidas y enredadas en las telarañas judiciales. Tendremos por colaboradores de esta obra nada menos que á los Reyes Católicos; al primer Duque del Infantado, á quien dijeron en la misma merced de este título, otorgado al frente de Toro y del ejército portugués, que le debían la corona, ó poco menos; y al Condestable de Castilla, Duque de Frias, que mereció casarse con una hija natural del mismo Rey Católico. (Que hasta en esto se parecían Reyes y vasallos á los de ahora, por mis pecados.) Dejemos, pues, la palabra á tan altos personajes, que dicen así:

«Don Fernando y doña Isabel, Rey é Reyna de Castilla, de Leon, de Aragon», etc., etc. «á los del nuestro Consejo, Presidentes, Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles,» etc. «é á los Corregidores, Alcaldes, Jueces, é Justicias, ansi de la Merindad de Campóo é Marquesado de Santillana, como de todas las otras Ciudades,» etc., «salud é gracia. *Sepades*: que, en la nuestra Corte é Chancilleria, (2) ante los nuestros Alcal-

(1) Y no menos sincerado por sus doce Jurados y la Audiencia de Santander.

(2) No había entonces más que la de Valladolid, ni después más que ésta y la de Granada.

des de ella, se ha tratado é trató pleito entre partes, conviene á saber: Juan de Teran, vecino del lugar de Orzales, fijo de Diego de Teran, ya difunto, actor acusador, de la una parte; y Juan de Mier, vecino de Cahuérniga; (1) é Fernando de Mier, Alcayde de Argüeso, vecino de Proañó; (2) é Ruy Sanchez de Cos, vecino de Cabezon, (3) reos acusados, de la otra; sobre la muerte del dicho Diego de Teran, é de Fernando de Cares, vecino del dicho lugar de Cahuérniga (4) é sobre las otras causas é razones en el proceso del dicho pleito contenidas, de cual se comenzara primeramente ante los dichos maestros Alcaldes, por via de acusacion criminal que el dicho Juan de Teran puso é intentó contra los dichos etc. «é contra los otros sus consortes, contenidos en la dicha acusacion; en qué en efecto dijera: *que en un dia del mes de Diciembre del año pasado de mil é cuatrocientos é noventa años*, diz que veniéndose el dicho Diego de Teran, su padre, é el dicho Fernando de Cares, su primo, é él, é otros sus hermanos é parientes é amigos, salvos é seguros, pasando por el lugar de Oreña, viniendo de un perdon; (5) no haciendo, ni diciendo; ni habiendo fecho ni dicho, por qué, mal é daño debiese rescebir, ni sus personas y bienes; é diz que, estando los dichos Juan de Mier é Fernando de Mier é Rui Sanchez de Cos é todos los otros reos acusados, sus consortes, en el dicho lugar de Orenna, sobre asechanza é aviso, con gente apercebida é armada, con espías, para ferir é matar á él é á los dichos su padre é primo é á los otros sus consortes, que con ellos venian, los llamaran sobre seguro é les convidaran á comer é beber; é recudieron contra ellos con las dichas armas de fuste é de fierro, espadas, é lanzas, é azconas, é ballestas, é otras armas ofensivas é defensivas; é les ferieron é mataron á los dichos Diego de Teran é Fernando de Cares, é los desbarataron fasta tanto que diz los dichos Juan de Terán é sus consortes non los pudieran sufrir, é fuyeran; é los dichos acusados los seguieran fasta dos ó tres leguas, é á los alcancaes diz que mataran á los susodichos, (6) é firieron otros quince ó veinte de ellos; por lo cual diz que los dichos Juan de Mier» etc. «diz que cayeron é incurrieron en grandes y graves penas, criminales, capitales; en mal caso de traicion é aleve; las cuales dichas penas diz que debian padecer en su persona é bienes; é que, si otro ó mas petimiento fuese necesario, que los dichos nuestros Alcaldes por su sentencia definitiva pronunciasen é declarasen ser, lo susodicho, é

(1) Primogénito 1.^{er} llamado al mayorazgo de la Casa de Terán, fundado por sus padres Gutierre Pérez de Mier y Teran y doña Catalina de Cossio.

(2) Hermano 2.^o del anterior.

(3) Primo de los anteriores y dueño de la Casa de Cos, que hoy posee el Marqués de Casa Mena.

(4) Todo el valle de ídem no se tenia entonces por más de un lugar, con su única parroquia de Santa Eulalia.

(5) Romería.

(6) Si ya los habían matado, como antes se dice, mal pudo ser esto sinó un encuentro de baulos, que cada cual vistió á su manera.

haber pasado así; é por su misma sentencia, condenasen á los susodichos reos acusados á *pena de muerte natural*, é en la pena del aleve, é homecillo, é *los diese por enemigos* (1) del dicho Juan de Teran é todos sus parientes dentro del cuarto grado; segun que más largamente lo dijera é contara.»

«Despues de lo cual, en seguimiento del dicho emplazamiento, parecieron dos de los dichos acusados, é respondieron, por sí é en nombre de todos los susodichos acusados, diciendo que no habia lugar la dicha acusacion, interpuesta por el dicho Juan de Teran, por las razones siguientes: Lo uno, porque diz que la dicha acusacion no habia seido puesta por parte, ni en tiempo, ni en forma, ni debia ser admitida en juicio, ni los dichos nuestros Alcaldes debieran conoser de la dicha causa; por haber acaecido el dicho delito en la dicha tierra é jurisdiccion del dicho Marquesado de Santillana (2) é aun porque ante las Justicias de él estaba el dicho pleito pendiente... por ende declinaron jurisdiccion... é, de aquello no partiéndose, caso que lugar no hobiese, dixeron que no debian facer cosa alguna de las que pedia é demandaba el dicho Juan de Teran, ni á ello eran obligados, por las razones siguientes: Lo uno por cuanto el dicho Juan de Teran no era parte para los poder acusar, é estaba él acusado sobre aquella misma causa; é diz que estaba condenado á pena de muerte.... é la sentencia contra él dada, ante todas cosas, en su persona ó bienes se debia ejecutar. (3) Lo otro que, si el dicho Diego de Teran fué muerto, é Fernando de Cares, ellos serian muertos por su culpa é causa, en ruido é pelea que ellos diz que revolviéron.—Lo otro porque, si sus partes alguna cosa ficeran de las que son acusados, diz que la ficeran lícitamente, y en defender sus personas, seyendo insultadas y acometidas por el dicho Diego de Teran, é por el dicho Juan de Terán, su fijo; é los cuales, como agresores é causadores de los dichos ruidos é questionnes, lo merecieran. Lo otro porque, estando ellos é sus partes reposados é seguros, teniendo las mesas puestas para cenar, el dicho Diego de Teran, é Juan de Teran, é los otros que con ellos venian, que diz que eran cuarenta y cinco hom-

(1) Valía tanto como autorizar á matarlos, sin pena y de cualquier modo, conforme al Fuero Viejo de Castilla, ó Fuero de los Hijosdalgo; y como ya dijo el romance antiguo de los Infantes de Lara, en boca de su hermano natural Mudarra, adoptado por la madre de los Infantes:

*Aquí morirás traidor,
Enemigo de doña Sancha.*

(2) Otra prueba de que fué en Oreña. Todavía en el mapa de la provincia por Coello (1862) se designa una ermita, ó convento, notable en las inmediaciones de Oreña, hacia el mar, donde es posible se hiciese la romería, ó perdón, de donde venian todos los contrincantes.

(3) Lo dicho, dicho: encuentro de bandos, que castigaban los Reyes Católicos segando cabezas por igual. Y confiscando bienes, asáz despóticamente, como á mí se me ha quitado el pan y la leche que debo á mi familia.

bres, é más, todos armados de ballestas, lanzas y espadas, é azconas, é otras diversas armas; (1) habiéndolos convidado á beber é habiendo bebido algunos de ellos, (2) diz que recudieron contra ellos, para los ferir é matar; é diz que, sin los más decir, los tiraron con las ballestas, é con las armas que ellos traian; é diz que ferieran al dicho Fernando de Renedo (3) de una azconada, de que llegara á punto de muerte; é asi diz que los encerraran en una casa, para los ferir é matar; de manera que, si algo fuera fecho contra el dicho Diego de Teran é Fernando de Cares, é contra los que venian con ellos, aquello se pudiera bien hacer. «(Sigue la réplica y contra réplica donde solo es de notar que se exigia» pareciesen personalmente Juan de Celis é Fernan de Mier;» (4) y las probanzas, tan contradictorias y sospechosas como los alegatos; sobre lo cual insistieron los Alcaldes y Oidores en que parecieran personalmente los gefes, y estos en declinar jurisdiccion y llamarse andana. Por lo cual:) «FALLARON: que, como quiera que los dichos Juan de Mier, é Fernando de Mier, é Rui Sanchez de Cos fueran citados é llamados por nuestra corte é mandado... para que pareciesen personalmente dentro de treinta dias, por tres plazos de diez en diez, dentro de lo cuales no vinieron ni parecieron, é fuéranles acusadas sus rebeldias, en tiempo é forma, y fueron atendidos (5) é pregonados segun estilo de la dicha nuestra Corte é Chancilleria, (6) por ende, que los debian pronunciar é pronunciáronlos por rebeldes é contumaces; é, por quanto no pareciesen al primer plazo é término, que los debian condenar é condenáronlos en la pena de los desprecos; é, por no haber parecido al segundo plazo é término, que los debian condenar é condenáronlos en la pena del homecillo; é, por no haber parecido en el tercer plazo é término, que los debian pronunciar é pronunciáronlos por fechores é perpetradores de las dichas muertes é feridas de los dichos Diego de Teran é Fernando de Cares; (7) por ende, atento lo susodicho é las probanzas ante ellos fechas é presentadas por el dicho Juan de Teran, (8) en el dicho pleito; é todos los otros autos é méritos de él, que, dando á los dichos Juan de Mier é Fernando de Mier é Rui Sanchez de Cos pena, por el delito que cometieran; é porque á

ellos fuese castigo, é á otros exemplo, é no se atreviesen á cometer ni facer semejantes delitos, que los debian condenar é condenáronlos á *pena de muerte natural*; la cual mandaron que padeciesen de esta manera: *que por quanto son homes fijosdalgo, que fuesen degollados por las gargantas con un cuchillo agudo, de manera que les saliesen las ánimas de las carnes é muriesen naturalmente*, en la plaza pública de la ciudad, villa, ó lugar, donde fueren fallados; é en quanto á la pena del perdimiento de sus bienes, que lo debian reservar é reservaron la declaracion de ello adelante, en la causa é proceso principal; (1) é en quanto á las costas fechas en prosecucion de la dicha causa, por parte del dicho Juan de Teran, que los debian condenar é condenáronlos en ellas...»

De esta sentencia suplicaron los condenados y pidió confirmacion y recargos el acusador.

«Despues de lo qual en *rebeldia* de los dichos Juan de Mier,» etc. «fuera el dicho pleito concluso, é, por los dichos nuestros Alcaldes visto, dieran en él sentencia, en que *fallaron*: la sentencia dada por ellos... fuera y era buena, justa é derechamente dada; é que, sin embargo de las razones, á manera de agravios contra ella alegadas, que la debian confirmar é *confirmáronla en grado de revista, con este aditamento: por ser como fuera el dicho debate ó muertes entre homes fijosdalgo, é sin hacer desafio* (2) é sobre la amistad antigua, que les debian condenar é condenaron á que perdiesen, los dichos Juan de Mier é Fernando de Mier é Rui Sanchez de Cos, *la mitad de todos sus bienes, aplicados á nuestra Cámara é Fisco*; é diéronlos é pronunciáronlos por *enemigos* del dicho Juan de Teran, é de todos sus parientes dentro del cuarto grado, segun é como é en la manera que en tal caso la ley lo disponia; (3) é por su sentencia, en grado de revista, asi lo pronunciaron é mandaron...»

«Dada (la ejecutoria) en la muy noble villa de Valladolid, á *veinticinco dias del mes de Mayo, año del nascimiento del Ntro. Salvador Jesuchristo de mil é cuatrocientos é noventa é dos años*. Los licenciados Diego Martinez de Alarcon, é Alonso Arias de Valencia é Luis de Polanco, Alcaldes de sus Altezas. =Escribano, Castillo.»

II

En Barrio á veinte y cuatro dias del mes de Enero, año del Señor de mill é cuatrocientos é noventa é cuatro años, y en presencia de mí Juan García de Soto, Escribano de Cámara de los Reys

(1) ¡Caracoles! pues si el incidente era de cortar el garguero ¿que sería lo principal?

(2) Aquí se ve aún vigente el Fuero Viejo de Castilla, ó de los Hijosdalgo, que lo ordena, con referencia el Ordenamiento de las Cortes de Nájera de 1188.

(3) Aún debía durar esta enemiga, muchos años despues, cuando otro Fernando de Mier, nieto del condenado, (y no ejecutado como adelante se verá) Alcayde tambien de Argüeso, logró licencia del Principe, despues Rey Felipe II, para armarse, con objeto de guardarse de sus enemigos. Existe la licencia original.

(1) A la cuenta eran caras todavía las de fuego, cuando no se nombran.

(2) Se puede creer sin juramento, y que *sobrevino...* la pendencia.

(3) Uno de los dos comparecientes y contestantes.

(4) Sin duda fueron los que despacharon á los muertos, y primos-hermanos entre si, por la mujer de Hernando, nieta de «Fernan Gutiérrez de Celis, que *de los Ríos* se nombraba, según otro expediente judicial.

(5) Esperados.

(6) Esto es por *bandos*, escritos y voceados, de donde vino llamar *bandidos* á los que no hacian caso de la Justicia, con razón ó sin ella.

(7) La prueba es magnífica y ahorra otras. Asi llegó á inspirar tal terror la Justicia, que se dijo *ajusticiar* al degollar y ahorcar.

(8) Es decir por la parte acusadora.

nuestros Señores, é de los testigos de yuso escritos, pareció presente Antonio de Orenes, criado de la Sra. Condesa de Haro; (1) así como procurador sustituido, que mostró ser, del muy magnífico señor el Señor Condestable de Castilla, Duque de Frias, según por un poder signado de Escribano público se contiene, su tenor del cual es este que se sigue:»

«Sepan cuantos esta carta de poder vieren como yo D. Bernaldino Fernz de Velasco, Condestable de Castilla, Duque de Frias, Conde de Haro, Señor de la Casa de los Infantes de Lara é de la villa de Pedraza de la Sierra, Camarero mayor del Rey é de la Reyna, nuestros Señores, é su Justicia mayor de Castilla la Vieja, otorgo é conozco, por esta mi carta, é digo: que, por cuanto el Rey é la Reyna nuestros Señores me hicieron merced de los bienes é penas pecuniarias é fisco, á la Cámara de sus Altezas pertenecientes, en que fueron condenados, por los Sres. Presidente y Oidores de la su Audiencia é Chancillería, Juan de Mier, vecino del valle de Cahuérniga; é Fernando de Mier, Alcaide de Argueso, vecino de Proañó; é Rui Sanchez de Cos, vecino de Cabezon, por las muertes de Diego de Teran é de Fernando de Cares, para que pueda facer de los dichos bienes é (destacado) é fisco, como de cosas mías propias, ó quien mi poder oviere..... Por tanto, por la presente, doy é otorgo todo mi poder cumplido, llenero, bastante, segund que lo yo hé é tengo de sus Altezas, para lo que dicho es, á vos Gutierre de Mier, criado é Camarero de mi Señora (2) la Señora Condesa de Haro, que estades presente, para que, por mí é en mi nombre, Vos ó quien vuestro poder en mi nombre para ello oviere, podades parecer é parescades ante los dichos Señores Presidente é Oidores é Fiscal de sus Altezas, ó ante otros cualesquiera Juéces é Justicias que del caso deban entender é conocer, é presentar la dicha carta de sus Altezas, é pedir desembargo..... de lo susodicho, é pedir ser entregado en ello todo.» etc, etc., «E porque todo sea firme otorgué esta carta ante el Escribano público é testigos de yuso escritos, é firmé en ella mi nombre. Qué fué fecha é otorgada en la cibdad de Barcelona, á trece dias del mes de Abril, año del nascimiento del Nuestro Salvador Jesuchristo de mill é cuatrocientos é noventa é tres años, estando en la dicha ciudad el Rey é la Reyna nuestros Señores, é su Corte é Consejo. (3) = El Condestable é Duque = Testigos que fueron presentes é vieron firmar al dicho Señor Condestable é Duque, en esta carta de poder, su nombre é otorgarlo susodicho, Frey Fernan Bravo, Comendador de la Orden de Ca-

latrava, é Alonso Perez Churron, é Diego de Campos, Camareros del dicho Señor Condestable é Duque.»

(Sigue la sustitucion del poder á favor de Antonio de Orenes, que presentó la Real carta)

«E así presentada, el dicho Antonio de Orenes dijo: que pedía..... á Juan Fernandez Camino, Alcalde en el Marquesado de Campó de Suso, por el muy magnífico Señor el Señor Duque del Infantado, en lugar del Señor Gobernador, que presente estaba, en aquella mejor via é forma é manera que podía é de derecho debía, le diese é entregase la mitad de todos los bienes muebles é raíces de Fernando de Mier, Alcayde del Castillo de Argüeso, atento que el tenor é forma de la dicha cédula así no lo prohibe (1) E luego el dicho Alcalde tomó la dicha cédula en las manos é besóla, é púsola sobre su cabeza, é dijo que *la obedecía*, como á carta é mandado de sus Reyes é Señores naturales, (2) a quien Dios deje vivir por muchos tiempos, con acrecentamiento de sus Reinos é Señoríos é vengamiento de sus enemigos; é, *cuanto al cumplimento de ella*, (3) dijo que estaba cierto é presto de lo cumplir en todo, segun que en ella se contenía, tanto quanto él podiese é de derecho debiese; é que esto daba por su respuesta, no consentiendo en sus protestaciones, nin en algunas de ellas; testigos los susodichos.»

«E por mayor abondamiento dixo que mandaba dar é dió su mandamiento, para el dicho Fernando de Mier, é para *Doña Juana* de los Rios, (4) su mujer, la que tenía é poseía muchos de los bienes del dicho su marido; su tenor del cual es este que se sigue;

«Yo Juan Fernandez de Camino, Alcalde en el Señorío de Campó de Suso, por mi Señor el Duque del Infantado, en lugar del señor Gobernador *Furtado* de la Vega, (5) fago saber á vos Fernando de Mier, Alcayde del castillo de Argüeso; é á doña Juana de los Rios, vuestra mujer; é á cada uno é cualquiera de vos, por lo que atañe ó atañer puede en cualquier manera, que ante mi pareció Antonio de Orenes» (etc. repetición de lo antecedente) «E yo visto su pedimiento, mandéle dar este mi mandamiento, por el cual mando á vos el dicho Fernando de Mier que, del día que con él fuédes requerido, podien-

(1) Y probablemente por ahorrarse de cuestiones con la mujer, sobre la dote ó gananciales.

(2) Hé aquí como las palabras «el Rey nuestro Señor» no significaban ningún déspota, sino que era Señor por su nacimiento, á la manera que en los lugares de behetría lo eran ciertas familias, acaso desde que la tierra fué poblada.

(3) Hé aquí la famosa distinción entre *obedecer* y *cumplir* los mandatos Reales. El *obedecer* no admitía excusa: el *cumplir* era, como se dice más adelante, *cuanto de derecho se debiese*.

(4) Siempre la antigua costumbre y galantería cántabra de dar mejor lugar á los viejos y mujeres.

(5) Tengo idea de haber visto que fué hijo natural de Gonzalo Ruiz, hermano de don Iñigo Lopez de Mendoza, primer Marqués de Santillana; y esto mismo indica el *Furtado* como nombre. Como apellido era el patronímico de *Fortun*.

(1) Doña Mencia de Mendoza, Viuda ya del buen Conde de Haro y madre del primer duque de Frias, que adelante se nombra.

(2) Con esta ceremonia nombraba á su madre, como aún hoy los montañeses apegados á las antiguas costumbres.

(3) Y en los mismos días que recibieron allí á Cristóbal Colón, de vuelta del descubrimiento de América.

do ser habido en vuestra persona, (1) y sino ante las puertas de vuestras moradas, fasta tercero dia primero siguiente, dédes y entreguedes al dicho Antonio de Orenes la dicha mitad de todos vuestros bienes muebles é raices, é lededes y entreguedes la posesion de ellos; para que inmediatamente, ó dentro de dicho término, enviades un inventario jurado, é firmado de vuestro nombre, de todos los bienes que tenedes é habiades é teniades, al tiempo que por los Alcaldes de la Corte é Chancilleria de Sus Altezas fuistes condenado; poniendo, como pongo á salvo al dicho Antonio de Orenes, en el dicho nombre, su derecho para que, si más podiere probar, más pruebe; é así mismo mando á vos, la dicha doña Juana de los Rios, que dedes y entreguedes la mitad de los bienes que así del dicho Alcayde tenedes, al dicho Antonio de Orenes; ó parescades ante mí, dentro del dicho término, á alegar é alegando de vuestro derecho, ó mostrando razones é causas porque non lo debais facer; é mostrando cualesquier bienes que os pertenescan; que yo estoy presto de os cumplir de justicia. Lo que vos mando que así fagades, só pena de cada diez mill mrs para la Cámara é fisco de Sus Altezas. E si contra lo susodicho, Vos, ó alguno de Vos, algunas razones teneis por qué non lo debais facer, paresced ante mí dentro del dicho término, é oirvos hé é guardarvos vuestro derecho. Fecho en Barrio, á veinte é cuatro dias del mes de Enero de mill é cuatrocientos é noventa é cuatro años. — Juan Fernandez—Juan Garcia Soto.»

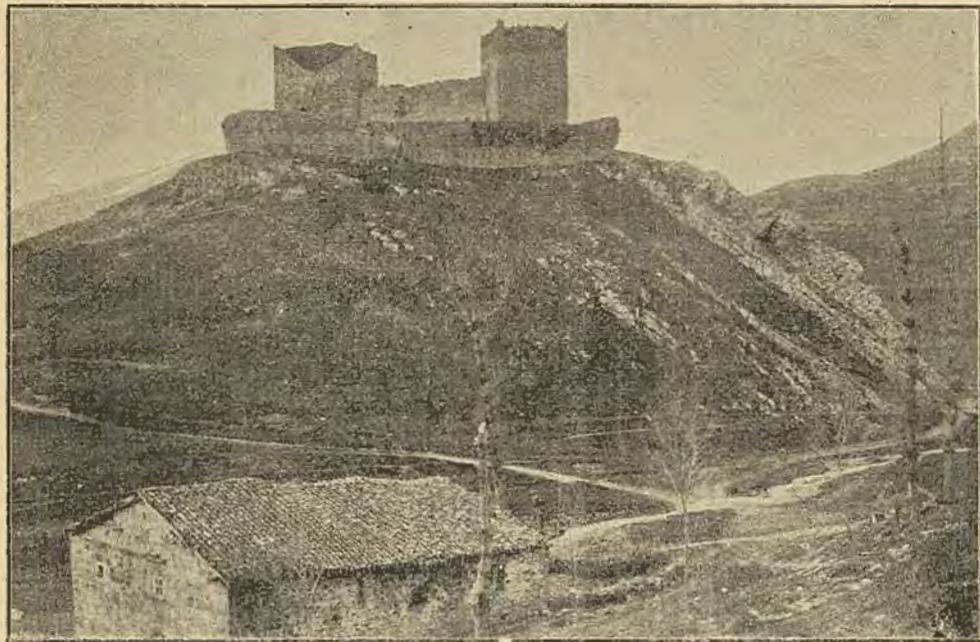
«En la casa de Argüeso, (2) á veinte é cinco

dias del mes de Enero, de dicho año, fué notificado este mandamiento ante las puertas de la casa, (1) testigos que estaban presentes Juan Rodriguez, é Pedro de la Llosa, é Fernando de Célada, vecinos de Argüeso.»

«En Pruaño, dia, mes é año susodichos, fué notificado este mandamiento á la dicha doña Juana de los Rios, mujer del dicho Fernando de Mier, Alcayde de Argüeso; testigos Fernando Perez del Rio la Hesa, é Alonso de San Miguel, é Juan Fernandez de Naveda.

«E despues de esto, á veintisiete dias del dicho mes de Enero del dicho año, la dicha doña Juana de los Rios dió la respuesta que sigue.»

«Yo doña Juana de los Rios, vecina que soy de Pruaño, é mujer de Fernando de Mier, Alcayde de Argüeso, respondiéndolo á un mandamiento dado por Juan Fernandez de Barrio, Alcalde en el Marquesado de Campó de Suso, por el señor Duque del Infantado, segund que en él se contiene, el tenor de él habido aquí por repetido, digo, por lo que á mi toca é atañe ó atañer pueda en cualquier manera, que yo estoy cierta é presta de los bienes todos, asi muebles, como raices, que yo tenga é pertenescan al dicho Fernando de Mier, mi marido; con qué quiero é me place haber é ser entregada en todos los bienes á mi pertenescentes; señaladamente al dote é casamiento que conmigo realmente el dicho Alcayde rescibió, que fueron cuarenta cabezas de ganado bacuno; é así mismo todos los bienes raices que yo hube y heredé de Juan García de la Mata, mi Señor é padre, que Dios haya; (2) é cuarenta mill mrs. que me fueron mandados en arras, por el dicho mi marido, al tiempo que conmigo casó; é para ello me hipotecó todos los bienes que él habia é le pertenescan en Abiada é sus términos; é más la mitad de todos los bienes muebles é raices que en uno habemos comprado hé mejorado, durante el matrimonio comun entre mí é el dicho mi marido. E esto digo y respondo al dicho requerimiento, no consintiendo en vuestras protestaciones, nin en algunas de ellas; é pidovos en todo complimien-



(1) *Hoc opus, hic labor.*

(2) Es decir en el castillo, ya existente entonces cual hoy, segun su arquitectura; y en el sentido que el Poema del Cid dice en su boca y á su mujer. «Entrad conmigo en Valencia la casa» esto es, la fortaleza, que se reservó en la capitulación. Este sentido viene del árabe *al kasr*, de que nosotros hicimos *alcazar*.

(1) Que no estaría de humor el Alcayde para que entrasen dentro los que le pedían la mitad de sus bienes, y el pescuezo.

(2) No dice nada de su madre doña María de los Rios, que era propietaria de la torre de Pruaño, porque aún vivía.

to de justicia, y, en lo necesario, imploro vuestro oficio.—Presentada esta respuesta día mes é año susosichos; testigos presentes Juan é García de la Miña, vecinos de Hormas, é Garcia de Argüeso, vecino de Pruaño.»

(Siguen varias diligencias y pruebas)

«E despues de esto, luego la dicha doña Juana presentó un contrato signado de arras, su tenor del cual es este que se sigue:»

«Sepan cuantos esta carta vieren como yo Fernando de Mier, Alcayde que soy del castillo de Argüeso, (1) otorgo é conosco, que, por cuanto vos doña Juana de los Ríos, fija de Juan García de la Mata, mi mujer que sois, habeis conmigo celebrado el matrimonio en faz de la Madre Santa Iglesia, é yo con vos rescibí dote é casamiento suficiente; que, por aumentacion de vuestro dote, é honra de vuestra virginidad, (2) en aquella mejor forma é manera que puedo, é de derecho debo, vos doy en donacion *propter nuptias*, que vulgarmente son dichas arras, cuarenta mill mrs, para que los hayades é tengades por aquella mejor via é forma é manera que podedes, é de derecho debedes; é en lo mejor parado de mis bienes, que yo hé é tengo en cualquier manera en el lugar de Abiada, que es en Campó de Suso, é en sus términos; así en prados, como en tierras é casas é otros cualesquier heredamientos que yo en el dicho lugar de Abiada é sus términos tengo. E por esta carta, é por la tradicion de ella que vos doy en señal de posesion, quito y aparto de mi la tenencia é posesion de los dichos bienes» etc (siguen las fórmulas y renunciaciones de costumbre) Fué fecha y otorgada en la casa de Pruaño, que es en Campó de Suso, á quince dias del mes de Enero, año del Señor de mill é cuatrocientos é setenta é nueve años; testigos que estaban presentes (3) Juan de Rabago, vecino de Rábago, Rui Sanchez de Cos, vecino de Cabezon, é Garcia Fernandez de la Vega, vecino de la Vega, é Garcia de Mier, vecino de Ruente. E yo Fernando Garcia de la Hoz, Escribano é Notario del Rey Nuestro Señor, que presente fuí, en uno con los susodichos testigos; é por ruego é otorgamiento del dicho Fernando de Mier, Alcayde, esta carta escribí é fiz escribir. E por ende fiz aqui este mio signo atal.—En testimonio de verdad.—Fernando Garcia.»

«E despues de esto el dicho Alcayde envió un memorial firmado de su nombre é jurado de los bienes que tenia, su tenor del cual es este que sigue:»

«Estos son los bienes que yo Fernando de Mier tengo é me pertenescen:»

(1) Hé aquí como se le daba ya el nombre que le pertenece.

(2) Ya podía hablar de esto sobre seguro, y acaso en ello pensó el Fuero Viejo de Castilla, al permitir estas donaciones antes y después del matrimonio. Ni extrañe nadie esta precaucion cuando Isabel la Católica sacaba á pública luz sus trapos de la noche de bodas.

(3) Y parientes, según toda probabilidad, convidados á la boda.

(Sigue larga lista de prados y ninguna tierra: prueba de lo poco que entonces se labraba; luego dice.)

«Item mas la casa que yo fice en Proaño; (1) el suelo de ella es de doña Maria de la Mata (2) y de Garcia Gomez de Cossio.—Item mas: la casa que yo fice en la Cespедера. (3) Item mas: la mitad de la venta de Mostajo, que compré á doña Maria de Naveda.—Item mas: tengo ciento é sesenta cabezas de ganada vacuno. (4) Item mas: tengo cuatro bueys duendos.—Item mas: tengo una taza de plata que pesa marco y medio. (5) Item mas: tengo veinte é cinco ó treinta cabezas de puercos é puercas. (6) Item mas tengo ballestas y escudos, arcas, mesas, hierros de trasfuego é camas de ropa, escaños é otros ajuares, según uso é costumbre de la tierra, que pueden valer doce ó quince mil mrs.; é juro á Dios é á Santa Maria é á esta señal de cruz, † que con mi mano propia toco corporalmente, que por el presente á mi noticia no viene que mas bienes muebles, ni raíces, ni semovientes, en mi hacienda hay, de los suso declarados.»

(Sigue una declaración de deudas, empezando por una de ciento y cincuenta mil mrs., á su primo Gutierre de Mier, camarero de la Condesa de Haro, á cuyo favor dió el Duque de Frias el poder para esta reclamación; y según cuenta formada por el mismo Antonio de Orenes, que la hizo y se cargó con la mitad de dichos bienes, según la partición con que acaba el documento, fecha en cinco de Febrero siguiente y autorizada por el citado escribano Juan García de Soto.)

Alguien echará de menos en el Memorial de bienes del Alcayde, el caballo y las armas propias de su cargo; pero esto no era embargable, y además sería propio del duque del Infantado dar á sus criados las armas y caballo con que le servían, según el Fuero Viejo de Castilla, ó Fuero de los Hijosdalgo; mucho más cuando eran parientes, como este, por doña Mayor Díaz de Cevallos, abuela de su mujer. Uno de los títulos que usaba el primer Marqués de Santillana era el de pariente mayor de la casa de Cevallos, que á mi entender era la misma de la Vega; y aún *Zaballos*, como se escribía antiguamente, creo es voz vascongada, ó cántabra, equivalente á llanura, ó Vega.

ANGEL DE LOS RÍOS Y RÍOS

Pruaño, Junio de 1890.

(1) Debe ser, con muchas modificaciones posteriores la que está al frente de la torre y con solana.

(2) Suegra del otorgante y cuyo apellido era de los Ríos, llamándola de la Mata porque vivió y murió en la Mata de Hoz, donde su marido tenía otra torre y hacienda.

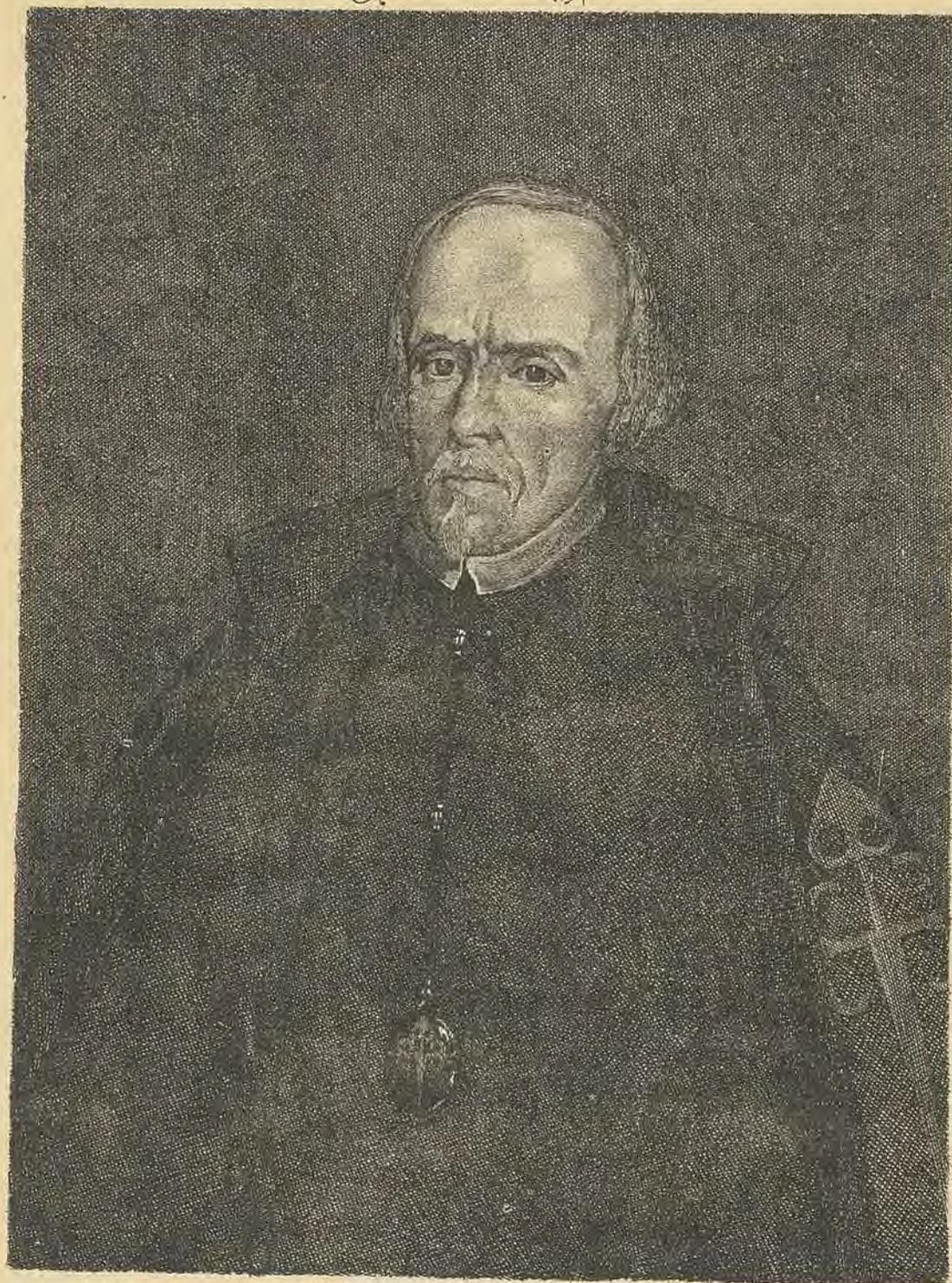
(3) Poco hace la compró y demolió mi amigo don Carlos Morante, de otro mayorazgo de este apellido.

(4) Ni la mitad cabía en todas sus casas; pero invernarla, según costumbre, hacia la costa, como suben aún hoy ganados de la costa á los puertos de Campó, por el verano: restos de la vida cántabra.

(5) No cabría mal trago.

(6) Conservando la tradicion de los famosos perniles de Cantabria, que vendrían, como dijo Alcázar en su cena jocosa preguntando por la taza.

Bellas Artes.



Eug.^o Lemus, dib.^o y grabó

DR. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

el original existe en la Biblioteca Nac!)

El específico de la tía Celipa.

A. Bismil de
PORTHOS.

POR demás mohino y descuajaringado bajó del tren el bueno de D. Liborio, mi amigo, perteneciente al grupo de los mortales anodinos. El Folk-Lore de las mozas de mi pueblo tiene formada una opinión respecto de sus condiciones, y la sintetizan por medio de este cantar, que, como ellas dicen, *cae bastante bien*,

La fortuna de García
No se la dé Dios á naide
Para todos es García
Y para García nadie.

Con esto quiero justificar que don Liborio, no defiriendo (en cuanto á lo físico) de los demás hombres, pues ni siquiera se permite el lujo de un mal lobanillo que le singularice, es, en cuanto á lo moral el prototipo de la bondad, de la mansedumbre, de la caridad y de la mayor parte de las otras virtudes; pues sospecho que si en alguna no descuella, más que por no poseerla con plenitud será por no haberse presentado ocasión favorable de ejercitarla. Y no es virtuoso especulativo solamente; antes bien, atento á cumplir los preceptos evangélicos, con el buen olor de las virtudes prorrumpe en frutos de excelentes obras que esparce y difunde generosamente: en una palabra, según el divino texto *ministrat*, que en lenguaje apropiado al caso, equivale á decir que es *ministrante*. Pero de los buenos le viene su ascendencia como que estudió latin con el Domine Recio, practicó en el Santo Hospital durante las *obras*, y soltó los andadores en los Riconchos ó por ahí en *eso*, con varia fortuna al principio, mas con éxito siempre creciente después, merced á un parto *atravesado* de la Mayorazga y á una postema del tío Meregildo, operaciones en las que el rabo de la paleta y el *fleme* del difunto señor Tanasio el curiel anduvieron listos, y tanto que con ellos, y por no tener otros instrumentos, el arsenal quirúrgico de don Liborio, las llevó á feliz término; en lo cual mucho pondría de su parte la Providencia,

pero, es lo cierto, que desde aquel punto y hora mi amigo pasó por tener *manos divinas*. Lo único que á mí es dado asegurar es que sinó divinas por lo menos las de don Liborio son manos elevadas al cubo de la grandeza, tanto que cuando se apeó del coche casi escondía en la izquierda, entre dos pedazos de capacho, medio ciento de *hombres* con una cincuentena de sardinas, y aún llegué á descubrir cinco ó seis trozos salteados de bonito á la vinagreta—vulgo—escabeche, ruborizado hasta el rojo púrpura, de ver el incestuoso maridaje de sus congéneres y vecinas. Por excelentes que sean sus méritos mayor es la ingratitud con que la enemiga fortuna le persigue, pues empujado, como codón del Hajar, por las inundaciones periódicas de médicos espolistas ha rodado y seguirá rodando de partido en partido dejando entre las asperezas del viaje los girones de sus economías, la vacua allí, mas acá la matanza, el ético colchón ó la montura del jamelgo. Mas no dependía la pesadumbre que entonces afligiera á mi hombre de la proximidad ó inminencia de algún otro traslado sin ascenso como todos los suyos sinó de los quebrantos que su fama experimentara en lugar tan público y ocasión tan solemne como la del juicio oral al que se vió forzado á concurrir en calidad de perito.

Es el caso que disputando dos vecinos de un pueblo de los de su partido sobre la servidumbre de unos bocarones, sin llegar á las manos, las pusieron uno en la ahijada y otro en el orcón con que respectivamente guiaban á las parejas, y el del orcón enganchó á su contrario de tal manera que sin ser parte los nueve puntos con que le cosió don Liborio ni otras sutilezas de sus *divinas manos* fuese á la eternidad en pocas horas. Ins-truyóse el sumario practicando la autopsia el actuario según récipe del médico encargado de la operación á quien reciente luna de miel impedía meterse en honduras que repugnaban á su consorte, no hecha todavía á las armas.

Mi buen hombre sabía por experiencia de remoto origen que agarrándose á los faldones del

médico y asintiendo á su opinión indefectiblemente podría sortear las escollos de la curia; y en tal ocasión perseveró en su conducta cuando llamados por el juez instructor hubieron de manifestar las causas que produjeron la muerte del herido. Como el informe de los dos peritos fué simultáneo D. Liborio no paró mientes en los *itis* empleadas por su compañero y firmó la declaración como en un barbecho. Sin embargo su torpe memoria retuvo un *colón ascendente* que en aquella figuraba y que por su rimbombancia estimó de provecho para espetarle en pleno concejo ó en el corro de bolos donde produciría sensación inmensa. Y la cosa no hubiera pasado más adelante sin la intervención de un *babosillo* (así calificaba D. Liborio al abogado defensor del reo) jóven con trazas de *manflorita*, fuitín, escarolado y bullicioso que se empeñó en tomarle *el pelo* preguntándole en plena audiencia donde se hallaba situado el *colón ascendente*. Si la vista de mis ojos, me decía tiempo andando el pobre ministrante, hubiera sido de basilisco, allí deja elevado á aquel mequetrefe que no trataba más que de envolverme pero no contaba con mi serenidad. La verdad es que yo no sabía en que parte del cuerpo estaba el bicharraco, si en el *arca* ó en la región tibio tarsiana, pero dije para mi capote, en medicina los autores suelen dar su nombre al órgano que descubren, luego Colón debe ser el autor del ascendente, y, ¡cosa providencial! acordarme de Colón y acordarme de aquello del huevo fué todo uno; así es que mirando con aire desdeñoso al babosillo, contesté á la pregunta, nó muy fuerte porque la crudeza de la frase no lo permitía, pero lo bastante para que se entendiera, el *colón ascendente* está situado en la región masculina como su nombre la indica. Pronunciar estas palabras y esconder los magistrados la cabeza entre las togas fué todo uno. No creía yo que fueran tan pudorosos, y eso que tuve buen cuidado de no decirlo en castellano puro. El fiscal hizo que se sonaba con el pañuelo y el escribano, ó lo que sea, se ocultó entre un promontorio de papelotes. Solo el babosillo tuvo la desvergüenza de no alterarse: mal digo: púsose en pié, torció el gorrillo y con voces descompuestas empezó á hablar como un sacamuelas. Lo único que yo saqué en limpio de la peroración es que el condenado pedía que me procesaran por juramento; pero ¡quía! los señores no le hacían caso, cuanto más garruleaba más se escondían entre las hopalandas. Yo no sé en que hubiera parado la cuestión si el fiscal echando por aquellos benditos ojos cada lagrimón como el puño, no advierte al parlanchín que estaba ido pues yo haría siempre valer en mi favor la cualidad primera de la circunstancia 1.^a del artículo ocho del Código, nunca se me borrará de la memoria. Consultó el babosillo la cita en un libro que tenía á la mano y se quedó aplastado: como que solo pudo articular un tiene Vd. razón, el imbécil no delinque. Por supuesto lo de imbécil le cogía de medio á medio.»

Me parece que don Liborio no estaba muy se-

guro de su opinión respecto del último aserto y que de ello nacía la preocupación que desde Santander le venía carcomiendo. En fuerza de la misma decidióse á esperar en Cufeido la llegada del jamelgo, que por su aviso, le traería un mozo del pueblo, esquivando no solo el trato con sus conocidos de la villa, mas la entrada en ésta: circunstancia que confirma mi presupuesto de que lo de la imbecilidad le había ido derecho al corazón.

No se hizo de esperar el espolista, si bien tuvo don Liborio en el ínterin tiempo bastante para informarse de una hoja prospecto que en Santander le dieron y que guardó en el bolsillo para fines retrospectivos. Anunciábase en ella con el título, *El jequiriti en las granulaciones*, el descubrimiento de un portentoso específico, y á vueltas de un catecismo patológico describiendo sucintamente varias enfermedades el autor de la hoja aseveraba con pasmosa seguridad que el medicamento estaba llamado á sustituir, en breve, á todas las opiatas, tisanas y cocimientos farmacéuticos merced á la eficacia con que el anunciado específico curaba todo proceso morbozo. El autor, inventor ó constructor concluía rogando á la clase en nombre de la humanidad que se afanase por emplearle.

No eran necesarios tantos acicates para mover á mi hombre. Moríase por los testimonios pilongos pareciéndole que con ellos daba patente y marchamo al contrabando de su ignorancia; y era de ver lo satisfecho y esponjado que se tornaba cuando en esta caza de nombres enrevesados topaba con alguna pieza no conocida del médico su inmediato superior. Pues ahí es nada si el disparo se hacía en público y el facultativo tenía la modestia de hacerse de nuevas. Porque eso sí, sin que las virtudes clásicas de don Liborio sufrieran detrimento, permitíase á las veces asentar su reputación sobre las ruínas de los Licenciados no ya por la tirria que á estos sus eternos perseguidores tuviera, sino porque en lo tocante al bien del prójimo debía de mostrarse intransigente y los Licenciados, como el decía, tienen mucha ciencia pero se equivocan con facilidad porque no saben entender á las *tiucas*.

El hallazgo del jequiriti desvaneció como por ensalmo, la honda preocupación de don Liborio, quien dándose cuenta de este fenómeno súbito lo tomó á feliz agüero y muestra indefectible de la excelencia del específico, por la que ardía ya en deseo de propinarla y más si por dicha suma podía ejecutarlo á espaldas del médico superior. Recibió pues las riendas de mano del tagarote, no sin haber acomodado antes en las alforjas el pescado equilibrando el peso de aquéllas con un morrillo, subióse al cuartago, retiró de la silla un faldón de la levita cumplidísima que vestía y que al montar había cogido debajo de una nalga, estiró ambas piernas para tantear los estribos y aplicó los talones al animal que, paciente y reposado, rompió á marchar de castellano.

—Don Eleborio—dijo á la sazón el espolista—

con su permiso, y que no haiga novedá. Me voy á dir por aquí á la botica, y enseñó al caballero ministrante un cestuco lleno de yerba sobre la que descansaban una botella de vidrio oscuro y una jicara desasada.

—Para quién es—preguntó don Liborio refrenando el jaco.

—Pal hijo de la tía Sidra.

—Pues qué tiene?

—No le sabré decir á V; pero por lo que glarimean, debe andar cerca de las ánsias. Está como un tomate, y se la ha llenado el cuerpo de granos.

—Es claro, le habrá visitado el médico.

—Si señor, como que traigo aquí la receta; y mire, que no sirva de cuento pero lo que es en la casa bien claman por V.

—Hombre! hombre! hombre! los pobrecillos! ¿qué buena gente, verdad?

—Mejorando los presentes, son vecinos á quienes todo el mundo tiene ley porque son de los antiguos que guardan la de Dios como es debido.

—El caso es que por más que uno quiera hacerles bien...

—Ave María Purísima! ¿Quién le detiene?

—Hombre! estos médicos del día... ¿por qué lo hemos de negar? saben de lo retebien todo lo que está en los libros; pero en punto á enfermedades del país no aciertan á llevarlas el aire. Desde aquí me atrevo á decir lo que tiene el hijo de la Sidra.

—Y será algo muy dañino porque el médico parece que orejeaba.

—Como dañino, dañino puede ser que lo sea; sin embargo en dando con el remedio indicado es labor de veinticuatro horas la curación.

—Pues tome la receta que por ella sacará la consecuencia.

—Y he de enmendar yo la plana á mi inmediato superior. Tu delirias!

—No lo digo por tanto. Vea si la receta trae el remedio y sinó borre lo que le parezca. Como la cosa aproveche á buen seguro que el médico no dirá que verdes las han segado. Ande don Eleborio; tenga compasión de aquel probetuco.

Todo lo de hacerse don Liborio de pencas para leer la receta era pura pamema, pues el ensayo del jequiriti le traía tan acucioso que á falta de *anima vili* dispuesta al efecto le hubiera empleade en su propio jamelgo como resolutivo de un par de puntas de esparavan que hacía doce años le habían caído. Por manera que sin otro preámbulo recogió un papelito ni muy limpio ni muy seco que el espolista sustrajera antes de entre los velludos ámbitos del seno, leyole para sí, y comenzó á balancear la cabeza, enarcando al mismo tiempo las cejas, cerrando los ojos y frunciendo los labios con tan terrible mueca que el espolista no pudo menos de decir

—Tan gorda la ha hecho el médico don Eleborio?

—Granos en el cuerpo ¡y receta mi superior un vomitivo! murmuró don Liborio. Luego dicen que la ciencia!... Menuda cogida le preparó. Y

esto diciendo sacó el famoso prospecto que estaba encerrado en su correspondiente sobre amarillo; separó los cierres, introdujo dos dedos en el bolsillo del chaleco y después de varias requisitorias tropezó con un décimo de lapicero, tan apurado estaba, y á vueltas de picar repetidas veces en la punta de la lengua con el exiguo vestigio y de mirar al cielo como quien busca en él la inspiración trazó sobre el papel la siguiente receta de cuya autenticidad respondo.

R.º de emulsión acuosa de jacorroti, 300 gramos.
de pomada estiviada, una onza.

Statim.

Malataja.

Para Pedro Fernández.

Un enorme suspiro fué la señal con que don Liborio Malataja marcó el fin de su trabajo, tan ímprobo y trascendental debió parecerle. Cortó pulcramente enseguida el papel sobrante, y entregó al espolista la flamante receta advirtiéndole que tan luego se la despachasen volviera en volandas pues quería ver por sus propios ojos y aún gustar el medicamento, toda vez que los boticarios, en su concepto, á fuer de poco escrupulosos solo daban agua teñida á los igualados. Echó el mozo villa adentro y emprendió el ministrante la suspendida marcha todo holgado y satisfecho, hasta el extremo de que, haciéndose su alegría difusiva, tuvo necesidad de contener las expansiones del jamelgo cuando acertaron á pasar por entre la vez de las yeguas.

Los respingos del animalaje torcieron un poco el rumbo de las ideas que obsesionaban á mi hombre, dando lugar á que la razón tomara sus asientos reales en aquel cerebro desconcertado y hasta calenturiento, tal le había puesto el jequiriti. Bajo el imperio de la razón vino la calma, y merced á ella pudo distinguir ciertos escarabajos en la conciencia, ó, dicho sea con franqueza, ciertos remordimientos nada satisfactorios, pues le acusaban de orgulloso y precipitado. No era mi hombre de los que se rinden sin batalla, y así defendióse del primer cargo alegando lo de siempre, la inexperiencia de los licenciados y su amor á la humanidad, cosas ambas, que por estimarlas él como verdades de fé, le tranquilizaron en cuanto á tal particular. No acertó por el pronto con la escusa de la segunda tacha, y el temor que le asaltó de haber metido la pata reventando con el medicamento al hijo de la Sidra le produjo un sudorcillo acompañado de ruidos anormales en la región del gran simpático, que sin ser parte el apremio por llegar á casa del enfermo, para combatirle, hizole echar pié á tierra, arrendar el jaco á un espino y dirigirse hacia una próxima lindera que por su frondosidad convidaba á meditaciones retrospectivas.

Es de advertir que todos los términos profesionales de que yo haga uso son del pejugal de mi amigo, en quien declino la responsabilidad de los desacatos á la ciencia: advertencia no ociosa, an-

tes muy de este lugar, porque en mi afán de dar cuenta al menudeo de las impresiones de D. Liborio he de valerme de sus propias palabras ya que de otro modo no alcanzaría á describir su estado psicológico. Cuando la terapéutica natural hizo su efecto sedando aquella excitación momentánea, que terminó detrás de la lintera, acomodóse mi hombre de nuevo en la silla, y enderezó de nuevo por el camiuo carretero que conducía á su pueblo. El tiempo, el desembarazo gástrico y un cierzo más que entre-fino que á la sazón reinaba, concluyeron de despejar el ánimo atribulado de D. Liborio, y si bien el combate interior seguía, el fiscal de sus remordimientos llevaba ya la peor parte. El monólogo mascullado á media voz por el ministrante lo vá á demostrar cumplidamente.

—«Es mucha droga ésta de que cuanto más se sabe más se duda. Y, vamos á ver, ¿qué disparate he cometido y propinando el jacorrotí?... Así leía D. Liborio el nombre del medicamento.—La gente que manda este próspecto ¿no ha de saber lo que trae entre manos cuando lo mismo que en las mías pudo haber caído el papelito en las de un doctor de la Facultad? Luego por lo que respecta al específico no hay novedad. En ayunas me trago yo una onza y me quedo tan fresco.»

Y al llegar á este punto, cortó bruscamente el nudo de sus vacilaciones, inundósele de alegría el semblante y dando una palmada sobre la *batalla* que provocó un conato de insurrección del jamelgo, exclamó regocijado: ¡pero no soy bien adobe!... Esos demonios de franchutes son capaces de desbautizar al Santo Padre... Jaco...rotí. Pues claro! Carne de caballo asada: es decir: Jacorrotí, alcaloide del extracto de carne de caballo asada, para que nadie tenga repugnancia de tomarla. Valiente miedo me he pasado! Vea Vd. como no hay mal que por bien no venga. Si aquel tarambana de mediquillo que minó mi partido no me hace dar con los huesos en las Rozas ¿cuando hubiera yo aprendido que *rotí* significa asado? *Mosiu Liborió*, me preguntaba el *gnra plaza*, *moá* poder comer *rotí*? ¿Sabrá esto mi inmediato superior? ¿Qué ha de saber? Esto no lo dicen los libros. Como el hijo de la Sidra siga con los granos yo le aseguro que por azumbres ha de beber el jacorrotí. ¡Y yo que no le quise pedir sino en extracto acuoso para que no tuviera tanta fuerza! Y la pomada que receté por si acaso? Vaya, para otro valdrá... Arre caballo, y le hostigó con los talones y el cabo de las riendas.

Ya no tenía recelo de llegar á casa de la Sidra.

A la cual arribó por fin entre noche y día; apeóse con más diligencia de la presumible atendida su humanidad, quitó una palanca que obstruía el paso por la portera, echó corral adelante, ató la bestia á una herradura clavada en el poste único que sostenía el reducido colgadizo de la casa y enderezó hacia la escalera. Solo un pequeño murmurio se dejaba oír en las habitaciones del piso; la gente que las ocupaba debía de hablar en voz muy baja, pues don Liborio logró distinguir como á modo de un vergonzoso chisporroteo de aceite

en ebullición que de cuando en cuando dominaba á todos los ruidos. Parecióle de buen agüero y, así, comenzó á subir los empinados y desiguales escalones: al llegar al último pronunció su frase sacramental de «*Allá vá un hombre*,» frase que puso en tal conmoción á los concurrentes que saliendo unos de la cocina y otros del cuarto de enfrente armaron un alboroto de lágrimas, suspiros y exclamaciones capaz de ensordecer á una peña. La Sidra que había avanzado hasta la puerta del cuarto tornó á la cabecera del enfermo cuya cama con otra, dos arcos, un varal con ropa, tres sillas de madera y un tajo componían el único menaje de aquél, si por tal no se cuentan un pliego de aleyuyas, una etiqueta muy maja del Anís de Lamolla y una estampa de la Virgen de Montesclaros pegadas con pan á las paredes de la habitación. Reclinóse la buena mujer sobre el cabezal, ni muy limpio, ni muy fino, de la cama en que el enfermo reposaba y subiendo el diapason hasta más allá del *lá* sobregudo dióse á llamar al su hijo con estas sentidas palabras:

—Jumi! (hijo mío) hechizu de esta casa... ¿quién te ha trabado así pico de oro, que ya no me respondes? Ay Virginuca mía que ya no le güelvo á ver hasta el valle de Josefá... Ju miucu de mi alma!

El coro de ambos sexos, que había inundado el cuarto, glosaba con otras frases no menos tiernas las que Sidra dejaba escapar entre sollozos, y, según la respectiva actitud de cada uno, quién pedía favor al cielo, quién empujaba dulcemente á don Liborio para que ocupara el lugar de Sidra y diera principio á las funciones de su ministerio; quién por último movía la cabeza entre desdénso é incrédulo murmurando al oído del vecino: «Si todo es andarse por las ramas; á mí no hay quien me lo quite, el chiquillo lo que tiene es mal de ojo; no hay más que verle.»

Lo cierto es que el enfermito estaba imponente. Parecía tener hacia catorce años, y los contornos de su cuerpo, aún medio escondidos por la manta cortaliega que cubría la cama, acusábanle de robusto y desarrollado. La gruesa cabeza coronada de largos y enmarañados cabellos á la sazón húmedos y lácios, aparecía casi hundida en la almohada dejando al descubierto la oreja y parte del carrillo izquierdo. Altísima debía ser la calentura del paciente porque una y otro brotaban fuego; en la piel encendida se notaban unas manchas negruzcas ligeramente redondeadas que los inexpertos, sin excluir á don Liborio, reputaron por granos de caracter maligno.

—Pero acabareis, con mil santos? dijo el ministrante aproximándose efectivamente á la cama, ¿cómo he de reconocer al muchacho si me aturdís con vuestros gritos?

—Dejai á don Eleborio, añadió Pedro Fernandez, y tu Sidra, no te agüegues tan pronto, que Dios todo lo puede.

—Ay, Virginuca de Montesclaros! una misa te ofrezco diendo descalza hasta el convento, si salvas al hiju miu de mis entrañas.

—Bien hablado, repuso don Liborio, pero á Dios rogando y con el mazo dando. Y no tengais miedo, que si los médicos alguna vez no aciertan con el clavo, aqui estamos nosotros los ignorantes que á la cabecera de los enfermos no nos falta el valor ni el atrevimiento.

Un pronunciado carraspeo que partía de la cocina vino á estrellarse en los oídos de don Liborio que le hizo botar como si le hubieran metido en la región glútea, vulgo la posterior, un alfiler de á ochavo.

—¿Quién anda por la cocina? exclamó.

—Naide, la tia Celipa, contestó la Sidra.

—Si; esa como las muétiigas barrunta la muerte.

Nueva tempestad de lamentos excitó tan inoportuno recuerdo; pues fué mentar la sogá en casa del ahorcado; pero no duró mucho tiempo la explosión; porque tratando don Liborio de borrar los efectos de su inconveniencia empezó á dar voces y á sacudir al muchacho.

—Como se llama esto? preguntó á su madre, viendo que el chiquillo no se movía.

—Meregildo, señor, le pusieron en la pila; pero no entiende más que por Gildo, que así le dicen todos.

—Gildo! Gildo! Gildín! no me oyes?

Mas el condenado del muchacho ni siquiera se rebullía, y eso que el órgano de don Liborio era del calibre de la trompeta del juicio; en cambio, sorrañaba alto como si el extoror de un decrepito le acometiera.

—Vé V. gritó la Sidra, si ya tiene el argullu de la muerte; si el pobre no es ya más que un pedazo de tierra. ¡Adios hijín míu! Ya no hay consuelo para mí ninguno.

—Mujer no te acoquines que por lo tocante al argullu no es sinó que, salvo la comparanza, resuella como uno de la vista baja.

—Ay mariducu! lo que es ésta bien me la tenía tragada. Cosa tan lista no se podía lograr.

—Si es para bien suyo, mujer, dijo una vecina, ángeles al cielo.

—Eso está muy bueno de decir cuando los hijos son muchos pero...

—Jóvenes seis, interrumpió la vecina, y mas os ha de faltar pan y de donde venga que procedios.

Mientras los interlocutores barajaban, D. Liborio había reconocido minuciosamente á Gildo: quiero decir que le había zarandeado con aquellas manazas que Dios le diera, estrujándole, —no encuentro frase más expresiva,—estrujándole pecho, vientre y espalda, mas, al parecer, sin provecho. Tapole, al fin, y componiendo el semblante como en ocasión solemne, dijo á los circunstantes.

—El chico sigue azorrado; sin embargo no está malo del todo; si yo no vengo á tiempo, quizá hubiera sucedido una desgracia. El mozo que maudásteis á la botica me enseñó la receta que llevaba. Algo queria decir; pero como ya sabeis que conozco las naturalezas de mis igualados, mejor que la mía propia, al leer la receta ví que el medicamento estaba poco cargado, y no quise que la

presentáran en la botica. En su lugar puse una fórmula de un específico moderno, sabido de pocos y que en un par de horas cura por la palma de la mano esos granitos malignos que han acudido al chico. En cuanto venga la medicina, le haceis beber, aunque sea á la fuerza, una jícara cada media hora. A la cuarta toma de fijo le podriais levantar, pero no lo hagais hasta que yo vuelva mañana. Conque adios, que estarán en mi casa con cuidado.

—Pero ¿no ha de tomar Vd. nada don Eleborio? dijo la Sidra, espere un poco, que en un santiamen le estrello un par de huevos.

—Otro dia será; no me detengo.

—Ni un cortau de blanco.

—No me cumple... Ah! no digais al médico nada de lo ocurrido. Yo le quiero bien, y le dariais un disgusto si supiera que mientras él le desconoce yo empleo el jacoroti.

—El carajiti.. exclamó Pedro, eso don Eleborio, eso no puede ser nombre de cristiano.

—Qué malas entendederas tienes hoy marido; replicó la Sidra algún tanto calmada por el pronóstico de D. Liborio, no se llama esa blasfemia que tu dices; se llama el jeringuití; porque es, á mi ver, á modo de una geringa muy apañadica que se tomará por arriba y que le hará al mi probe irse por fuera, que bien creo lo necesite siendo el condenidu tan zampón, ¿verdá Don Eleborio?

No oyó D. Liborio estas definiciones; porque, en realidad, tenía priesa y ya se hallaba abocado á la cocina cuando el matrimonio empezó los discreteos. Cuadrada delante de la puerta halló á la tia Celipa en actitud de devolverle la fineza aquella de lo de muétiiga y demás excesos. Mas tan pronto la columbró mi buen ministrante disparóse escaleras abajo en demanda del jaco, desatole, y, montando con una ligereza impropia de sus años, salió trotando del corral y desapareció por la calleja inmediata.

¡Oh la tia Celipa! La tia Celipa era la berruga que, en salva sea la parte, le había salido á D. Liborio; su garbanzo negro, su lado flaco, su mala sombra. Deslenguada y raída, como la más procaz verdulera, cuando alguien la tentaba el pelo de la ropa, era, por el contrario la alegría de todas las cocinas, el astro—estilo de revistero—de todas las reuniones de la aldea, sabiendo llevarla el aire. No muy entrada en años, ni mal puesta de carnes; viuda para salvar las conveniencias, y sin familia para no tener inconvenientes, difícilmente se daría bautizo, boda ó mortuorio donde su presencia no se hiciera necesaria. Entendía de amañar un *menudo* y preparar un caldero de arroz con leche tan primorosamente como de concertar un par de voluntades dispersas y aún de predisponerlas en sentido de que el fin de sus arrumacos, de grado ó por fuerza, había de ser el santo matrimonio; siquiera tal cual vez su diligencia en proporcionar los medios precipitara demasiado los acontecimientos, y la que buscaba término en la Iglesia, tuviera que encontrarle en el tomo de S. Fran-

cisco de Reinosa. Un repicoteo de pandereta y unos cuantos cantares estimulantes hacían pronto que el pueblo se olvidase de ciertos desafueros y algunas habilidades diplomáticas, por ella practicadas á tiempo, y tornábanla á la gracia de los mal contentos. En cambio de tantos y tan buenos servicios únicamente pudo recabar de sus paisanos unas sombras de respeto que demostraban llamándola tía Celipa, en vez de Celipa á secas, y el derecho consuetudinario de formar á la cabeza en el gremio de todas las cocineras de á la redonda. Solo una persona excitaba sus iras y ésa era D. Liborio; mas por cierto, con causa harto fundada. De tejas abajo le debía su viudez. Joven y robusto era el marido de la Celipa, cuando se vió acometido de un rabioso dolor de muelas. Acudió á D. Liborio en demanda de que le extrajera la dañada, y tal maña se dió el ministrante que con la muela se llevó la mandíbula y tras de una otra se fué la vida del pobre hombre, víctima de la gangrena, que no supieron atajar ni prevenir las *manos divinas* de D. Liborio. Conoció al momento la Celipa el mal estado de su marido y quiso bajar á Reinosa para que le vieran los médicos de la villa; pero la animosidad del ministrante hacia todo lo que olía á Licenciado la hizo desistir de su propósito. Ponderóla lo excesivo de los gastos, la inutilidad de la consulta, pues el enfermo no tenía cosa de cuidado, y por último con aquello de que *lo que á mí se me escape*, muletilla de D. Liborio tras de la cual venía indefectiblemente un chaparrón de improperios contra la inesperienza de los médicos del día, introdujo la desconfianza en el ánimo de Celipa y dió con su buena resolución en tierra, á la que entregó bien pronto, en pena, el cadáver de su marido. Hubiera bastado su propaganda en contra de D. Liborio para poder sustituir con ventaja á todos los médicos en lo de hacerle viajar si lo exagerado de la agresión no hubiese desvirtuado el éxito. Desde el momento mismo en que empezó la enemiga solo hubo una enfermedad en el pueblo, según la cuenta que hacía la Celipa: D. Liborio. Discutiáse en algún corro sobre el padecimiento que aquejaba á tal ó cual vecino: pues ya estaba encima la Celipa.

—Desengañaisos—decía—no vos desvaneis los sesos sobre si el enfermo perece de haches ú de erres; tiene un mal que le llevará á la huesera sin remedio. Ese mal es don Eleborio: mientras él le visite siempre estará el enfermo de peligro.

Y no paraba aquí la saña de la viuda sinó que hacía al pobre ministrante responsable del lambedizu, de la pernera ó del gripis que atacaba al ganado. Partidaria de los médicos solo por lo que éstos molestaban á don Liborio, tenía los al corriente de las infidelidades, llamémoslas así, de su inmediato inferior; y hasta en una ocasión que fué á vender setas á casa del subdelegado tuvo la habilidad bastante para meterse en harina, y parla de aquí y ten de allá, tal puso á su eterno enemigo que el Subdelegado, por lo que fuera ó pudiera ser, ofició al médico para que le atara corto.

No es, por tanto, de extrañar que la aparición de la Celipa en casa de Sidra hiciera á mi ministrante el efecto de un botafuego. Por fortuna su prudentísima retirada evitó el desbordamiento del torrente que, á duras penas reprimía dentro del pecho la valentísima viuda. Al verle ésta desaparecer como alma que lleva el diablo compuso el semblante, que de puro contraído daba espanto, y rompió en una sonora carcajada y

—Ahí vá la cencia, exclamó. Paece que le han plantado un cobete en mala parte.

—Hija—repuso una vecina—¿porqué le tienes esa tirria, mirria y mala voluntá?

—Todo se lo merece el santo, replicó Celipa, ¿á qué viene aquí ese hambretón? ¿Le has avisado tú, Sidra?

—Ni por pienso: lo que le ha contado Cencio cuando diva á por las melecinas: pero harto hace el probe que se acuerda de nosotros.

—No le creas, contestó aquélla, que él no puede dir para bien á ninguna parte.

—Tu desageras.

—Por mí sea la cuenta.

Y como si el enemigo malo se empeñara en ratificar los pronósticos de Celipa el enfermo empezó á alborotarse, presa de un subdelirio tremendo, y á paladear con insistencia como si tropezara con obstáculos en la garganta. A fuerza de revolverse en el lecho las mantas y el sábano se fueron cada cual por su lado, retirándose el copioso sudor que bañaba al enfermo, notándose, en cambio, algún enfriamiento en las extremidades. Las voces del chicuelo producían estremecimientos nerviosos en la madre que ya le consideraba puesto en el último trance. Pedro contenía á duras penas el mar de lágrimas que afluía á los ojos y las vecinas llevaban á los suyos las puntas de los delantales; únicamente la Celipa aparecía como la mujer fuerte en medio de aquella desolación.

—Que mil diajos haceis con tanto jimplar? Lo que se necesita no son glárimas sinó remedios.

—Y ese Cencio que no llega; gimio la Sidra.

—Mala peste le coja en el camino si lo que trae es la receta de don Eleborio.

—Que ha de traer sinó?

—Ésas tenemos? Así consentiré yo que se le den á Gildin como llamarme perra judía. No visteis que por venir ese condenau está el angelucu de Dios dando las boqueadas. Apúrreme un botiju del basar, añadió dirigiéndose á una vecina, mientras hago hervir el agua del caldero que está colgado en el llar.

Y diciendo y haciendo fuese á la cocina echó en el hogar unas bardascas que puso encima de unas árgumas, inclinóse sobre la lumbre y á fuerza de soplos prendió llama tan intensa que de allí á poco hervía á borbotones el agua; llenó de ella el botijo, tapó con estopa ambos pitones, envolvióle en una *rodea*, la primera que halló á mano sobre el escaño de la cocina y corriendo le aplicó á los piés del enfermo después, abrigándole escrupulosamente. Encargó á Pedro que cuidara al chiquillo en términos de que no se mo-

viera, y medio á la fuerza sacó á Sidra del cuarto llevándosela á la cocina.

—Cómo dijo don Eleborio que se llamaba la medecina que había recetado? la preguntó.

—Una cosa así como jeringuti, contestó la atribulada.

—Y tú no sabes lo que es eso.

—Mujer de Dios ¿cómo quieres que lo sepa?

—Vamos eres tonta de remate; el tío culebrón cree que nos embauca soltando á destajo esas empecatadas palabrotas: así Dios me salve como el dichoso jeringuti no es más que la sustancia de cresta de gallo que tié mucha virtud contra las lombrices. Y lo de tu hijo no es más que siendo tan lombriciego se le suben al gargamuello y le agüegan.

—Pué que tengas tu mieja de razón.

—Qué si tengo, ¡ah tocha! eso del jeringuti lo ha dicho por lo fino don Eleborio pa que no demos en el aute sino ya hubiera encarecido la cura con que si tal, si qué sé yo, y que no contaras con el chiquillo, y que le iba á dar una medicina á muerte ó á vida. Pero, quiá! demasiado sabe el bolele que con la cresta de gallo se pone luego como un pez. Solo que por no dar su brazo á torcer en vez de decir quiquiriqui que todos lo hubiéramos entendido, lo torció en jeringuti que no lo comprende ni la endina que le parió.

—Josus que hombrones! exclamó la Sidra. Mira en el albergaderu están los averios; corre corriendo y retuerce el pescuezu al que te dé la gana ¡qué no he de hacer por el hijuco de mis entrañas!

—Abaja tú y hácelo que tan y mientras voy en un periquete á poner la puchera con los otros comistrajos que me enseñó la difunta ama del señor Cura que esté en gloria... Tienes junciana? añadió.

—Algo ha de haber curando en la trébede.

—Pues dámelo volando.

Mientras la Sidra alborotaba el gallinero y daba muerte en garrote vil á un pedrés, sultán de aquel cotarro, la Celipa echa en un puchero el agua con que deslababa un buen puñado de arroz, añadió dos ó tres rajas de raíz de genciana, y una cabeza de ajo. Cuando subió la Sidra cortó de un tajo la cresta al gallo, y echóla asimismo al puchero, terminando el aderezo con una ración de aceite crudo que llegaría al cuarterón. Puso á la lumbré el puchero y con una cuchara de palo agitó la mezcla. Sopla que te sopla y revuelve que te revuelve, en breves instantes la pócima rompía á hervir, y á los primeros hervores cogió Celipa el puchero, defendiendo los dedos con el ruedo de la saya.

—Pero Celipa—objetó la Sidra—vas á desollar al mi hiju.

—¡Qué reparona eres, hija!—contestó ella—si preguntaras no me agraviarías con desconfianzas.

—Perdona si te ofendí; no lo dije con mal aquél.

—Pues mira llevo el puchero albando para dar unos pavores al tu hijo sinó ha rompido ya á sudar con la botija.

En esto llegaron á la cabecera de Gildo á quien el revulsivo y los esfuerzos inconscientes que hiciera para librarse de la prisión en que su padre le tenía, sujetando las mantas por ambos lados de la cabeza, le habían puesto echo un mar.

Ya hemos ganado algo—dijo Celipa. Trae una cazuela para enfriar la mi melecina.

Al punto que la hubo á mano desocupó el contenido del puchero, y retornó al mismo después el brevaje, con el pulso necesario para que cayera el agua solamente. Tiró por la ventana los ingredientes que quedaron en la cazuela y después de nuevos pases de receptáculo á receptáculo logró que aquél se entibiara: entonces insinuó á Pedro que incorporara al enfermo y á fuerza de fuerzas consiguió hacerle trasegar el cocimiento.

No se hicieron de esperar los efectos de aquel bálsamo de Fierabras, que el estómago de Gildín era tan poco caballero como el de Sancho; y á fé que luego conocieron los circunstantes las causas de la enfermedad que le aquejaba.

—Alabao sea mi Dios!—exclamó la Sidra cuando se cercioró del asunto—en donde ha podido meter este maldito, y no de Dios, lo que ha zampado? Si me valiera del genio le desollaba á pellejo cerrado.

A tal tiempo llegó Cencio de Reinosa con las medicinas.

—Echallas en el barciaderu—dijo la Celipa.

—Mujer no seas tan súpita—contestó Pedro Fernández—al cabo medecinas son y pué que daque día nos hagan falta.

—Falta esos venenos? Guarda, guárdalos, pero ponlos encima el laurel bendito para que no esparzan la peste en casa.

—En parte no vá mal la tia Celipa—objetó Cencio—porque el mancebo de la botica no quiso despachármelas diciendo que aquella receta de don Eleborio traía unos latines tan arrevesaos que ni en los libros se encontraban, y eso que estubo liendo lo menos diez de ellos.

Y era verdad; si bien Cencio no alcanzó á explicar lo ocurrido. Cuando el mancebo leyó lo de *jacoroti* creyó que era un medicamento que á fuer de novato, desconocía, según las instrucciones de su principal, acudió á las farmacopeas pensando que á la nomenclatura de don Liborio correspondería quizá otra más vulgar y corriente que él conocería. Inútil trabajo, no dió con él. En tal apuro llamó á su principal, hombre ducho en ministrantología, quién haciéndose cargo de la receta y no entendiendo lo del *jacoroti* más que su dependiente apeló á un recurso que la práctica le había enseñado bastar para no desacreditar al recipedante y para satisfacer al enfermo, y que consistía simplemente en llenar de agua la botella, teñirla con un jarabe cualquiera y cerrar la boca de aquélla con un papclitó blanco clásicamente arrollado al cuello.

Eso era y nada más lo que contenía lo que llevaba Cencio y que Celipa consideraba llena de miasmas ó micrococus.

—Bien está lo del laurel bendito—dijo la Sidra

tomando parte en la discusión—pero no me comprometáis. Mañana de fijo vuelven el médico y don Eleborio; preguntarán por las medicinas y no es cosa de que presuman que se las hemos echado todas á Gildo de un tirón. Dejemos siquiera unas gotucas de cada cosa.

Por unanimidad se convino en la proposición de Sidra; y á las voladas apoderóse Celipa de la botella y de la jícara y con gentil desembarazo arrojó al corral algo más de los tres cuartos de su contenido, volviendo á tapar las vasijas con los papelititos, las colocó bien á la vista encima de una de las arcas.

En esto ya se habían retirado las vecinas que acudieron á acompañar la familia, (admirable costumbre nuestra,) tan pronto como se supo el trance de Gildo y este despertó de un sueño tranquilo que le proporcionó la borrasca pasada.

—Deme pan, madre, fueron sus primeras palabras.

—Solimán de lo fino te diera yo, bribón, más que bribón ¿dónde anduviste ayer?

—Pos yo tengo hambre, toñe.

—Contesta ó te pongo como un san Bartolomé.

—Guardando los jatos, toñe ¿no lo sabe?

—Y qué comiste hambrión? ¿no tenías bastante con la carraca que te puse?

—Mía que carraca! una torta con un poco cecina.

—No lleva tanto tu padre al monte.

—Pos yo no comi más, ea.

—Confiesa tunante, ó te deslomo—replicó la Sidra—y enarboló el puño sobre la cabeza de Gildo.

—No pegue, toñe, que no hice más que probar unos ráspanos. A lo último fui á ver si los escalambrojos estaban maduros porque lo que es las moras y las andrinas ya echan la *churrutá*.

—Virgen de Montescclaros que guey!

—Cruz y raya, dijo Pedro Fernández, no volverás á la *vecería* así tenga que empeñar la camisa. Desde mañana á la escuela; pero del cuero te han de salir las correas: y ahora ayuna hasta que venga el médico mañana. Ni agua has de probar entre tanto yo te,... yo te! Vamos, Sidra, á cenar que este sin vergüenza no necesita más que sueño de largo.

Revolvióse Gildo en la cama gimiendo y pujando al oír la inexorable sentencia de Pedro, mas antecogiendo éste á Sidra, Celipa y Cencio los condujo á la cocina, obligó á los dos últimos á acompañarle y el pedrés con el arroz, primeras materias del específico de la viuda, proporcionaron un sabroso complemento á las *palacas* que sencillamente hubieran constituido la cena de aquella familia. Gildo que se apercibió pronto de la novedad puso el grito en el cielo; visitóle su padre el *reverendo* sin conseguir gran cosa; pero la Sidra apaciguó el alboroto introduciendo hábilmente debajo de la almohada de su hijo un cos-

corrillo de pan. Durante la cena hubo encomios y ponderaciones para la Celipa, y su específico quedó deputado por el mejor y más poderoso de todos los medicamentos. La Sidra fué desde entonces su expositor y ferviente propagandista con gran contento de la viuda que, sinó curaciones, porque *no estaría de Dios*, en todos los casos, en ninguno dejó de aprovecharse del gallo y del arroz, ingredientes indispensables para componer el específico.

Cuando D. Liborio volvió á visitar al paciente le encontró *corito* en la cocina atisbando el momento de dar el asalto á un barreño de sopas que se hallaban *turrando* en el hogar. Pulsó al chiquillo, reconocióle y examinó con esmero aquellos manchones que él tuvo por granos malignos, y que eran simplemente manchones que los dedos de Gildo teñidos con zumo de ráspanos, imprimieron en su cara. Por sí ó por nó tuvo á bien excusar D. Liborio toda pregunta acerca de los mismos, porque á su preocupación cuadraba mejor que fueran granos que otra cosa: así es que haciéndose el indiferente, como si el resultado no le sorprendiese, dijo á la Sidra.

—Tomó el chico todo el medicamento?

—No señor—contestó aquella—enseguida que se puso bien dejamos las *tomas*. Aun hay *poso* en la botella.

—Traémela.

Hízolo Sidra; D. Liborio examinó á través de la luz de una ventana, el *agua* del boticario; destapó la botella, aplicóla después á la nariz y por último echó unas gotas del líquido en la mano y las gustó con la punta de la lengua.

—Vamos—exclamó—el boticario ha sido hombre de conciencia; aunque este *jacoroti* no es de lo superiormente fino, puede pasar. Ponlo ahí donde no se *desmaye* por si se me ocurre, lo que Dios no quiera, para tí ó para algún vecino. Y ahora, cuidadito con que el muchacho se enfríe: porque la medicina ésta exige lo menos *media cuarentena* para que aproveche. Con que, adios y hasta la primera.

Dejóle marchar la Sidra sin ofrecerle siquiera el *cortado de blanco*. Era que empezaba á sentir los efectos de la propaganda de Celipa. En cuanto á D. Liborio, si bien halló que el jarope del boticario tenía un marcado sabor á jarabe de altea, juzgó que, aparte la bondad del *jacoroti* que por tal lo tuvo siempre, debía incorporarse con aquel para emplearle *idóneamente*; por lo tanto su fórmula sufrió la siguiente transformación.

R.^o De extracto acuoso de jacoroti. 200 gramos.
De jarabe de altea, onza y media.
Mézclese.

R. MUÑOZ,

Parthos del del Ebro.

HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

ALCEDA.

En el centro del ameno y pintoresco valle de Toranzo, dotado por la naturaleza de un delicioso clima de verano, Ayuntamiento de Corvera (6 km.), partido judicial de Villacarriedo (13 km.) provincia de Santander (35 km.); á 43° 91' de lat. N., 0° 5' long. O. del meridiano de Madrid, á 160 m. sobre el nivel del mar, y á 400 metros próximamente del balneario de Ontaneda, brota el grandioso manantial de aguas Sulfurado Cálcidas, Sulfhídricas con gran cantidad de azoe y ácido carbónico á la temperatura de 25° 76 constantemente y un caudal quizá el mayor de cuantos de su clase existen en Europa, pues su aforo da por resultado 2.521 litros por minuto, 151.260 por hora, ó sean 3.630.240 por día, siendo de las más acreditadas y concurridas de España.

Sus indicaciones generales y especiales comprobadas por la experiencia de los años son el *herpetismo*, *escrofulismo* y *linfatismo* en sus diversas manifestaciones; el *reuma sifilítico*; las *erupciones cutáneas* de todas clases y más esencialmente las de naturaleza *específica* ó *herpética*; la *sífilis secundaria* y *terciaria*, úlceras, cáncros, dolores osteocopos, etc.; los *catarros de todas las mucosas*, del *aparato respiratorio digestivo y sexual de la mujer*; *procesos tisiógenos incipientes*, *predisposición catarral*; necrosis; dispepsias atónicas y anemia consecutiva.

El análisis hecho por diferentes químicos distinguidos se halla representado de la manera siguiente:

	Gramos.	Cent. cúb. á 0° 76 de pr.
Azoe ó nitrógeno.	0,0908	7,6787
Acido sulfhídrico.	0,0108	6,9915
Acido carbónico.. . . .	0,0699	3,5240
Bicarbonato de cal.. . . .	0,0188	
Bicarbonato de magnesia.	0,0898	
Bicarbonato de hierro.. . . .	0,0189	
Cloruro magnésico.. . . .	0,8762	
Cloruro sódico.	1,3265	
Sulfato cálcico.	1,7099	
Sulfato sódico.	0,3906	
Sulfato potásico.. . . .	0,3411	
Silicato sódico.	0,0302	
Alúmina.	0,0016	
	4,9811	

En presencia de este análisis se explica perfectamente la acción medicinal de las aguas minerales de Alceda y la fama de que gozan en todo el mundo para la curación de las enfermedades que dejamos apuntadas y de grandes aplicaciones en la terapéutica hidrológica, porque además del gas sulfhídrico que las dá el caracter sulfuroso, tienen ácido carbónico libre, sales bicarbonatadas que las imprimen el de las aciduladas, son también

algo ferruginosas, se combinan con la sal sosa, potasa y magnesia que las asimila á las alcalinas, ofreciendo además una cantidad grande de azoe que las eleva á la categoría de las más nitrogenadas, acaso con ventaja de las más afamadas de nuestros balnearios de España; y por esto, á la vez que combaten el herpetismo, irradia en acción á los padecimientos de las vías respiratorias, que, con la presencia del azoe, hacen desaparecer en muchos casos los síntomas de la tisis incipiente, deteniendo el curso de la dolencia y calmando el eretismo vascular y nervioso y combatiendo admirablemente los catarros laringeos y bronquiales y los bronco-pulmonares, prestando resistencia al organismo contra el trabajo destructor que originan las diatesis.



No es de este lugar el presentar un cuadro clínico de la curación obtenida á millares en este Balneario, por lo tanto nos vemos precisados á insertar solo el cuadro contenido en la obra publicada por el eminente hidrólogo, que por espacio de treinta años ejerció su saludable práctica en los baños de Alceda, el Dr. D. Manuel Ruíz de Salazar; cuya competencia, recto juicio, y moralidad á prueba, nadie puso en duda, del que fué en sus días, uno de los directores más ilustrados y de los que más contribuyeron al engrandecimiento de la ciencia y de la especialidad hidrológica, cual

lo acredita su excelente monografía de los baños y aguas minero-medicinales de Ontaneda y Alceda con otros trabajos literarios que nos legó para recuerdo impercedero de su gloria.

El cuadro á que nos referimos de la monografía del doctor Salazar, es el siguiente:

ENFERMEDADES QUE SE CURAN O ALIVIAN EN ALCEDA.

•Herpetismo ó diatesis herpética

DOLENCIAS HÚMEDAS Y SECAS.—Herpes, eczema, sarna; *variculosas*.

Penfigo, rupia, ectima: *fluterrosas*.

Impétigo, acné, mentagra, porriño: *pustulosas*.

Liquen, prurigo: *papulosas*.

Lepra, psoriasis, pitiriasis, ictiosis, tubéreulo: *escamosas y tuberculosas*.

DOLENCIAS MIXTAS, PERO DE MAYOR GRAVEDAD.—Herpe corrosivo.—Pelagra.—Elefantiasis de los árbes.—Elefantiasis de los griegos.—Lupus.—Púrpura.—Keloides.—Manchas rubicundas.—Manchas hepáticas.

DIÁTESIS ESCROFULOSA.—Linfatismo.—Escoriaciones ó erosiones.—Oftalmías.—Blefaritis.—Keratitis.—Nefelión de la córnea.—Eritemas.—Infartos glandulares.—Tumores fríos.—Hidartosis.—Anquilosis.—Coxartroce.—Úlceras.—Angioleucitis.—Exóstosis.—Cáries.—Necrosis.

DIÁTESIS SIFILÍTICA.—Erucciones.—Úlceras.—Abscesos.—Tubérculos.—Dolores osteóscopos.—Periostosis.—Exóstosis.—Hidrangitosis.

APARATO GÉNITO URINARIO.—Clorosis.—Dismenorrea.—Amenorrea.—Leucorrea.—Metritis crónica.—Úlceras.—Infartos del cuello de la matriz.—Descenso de la matriz.—Esterilidad.—Histeralgia.—Afecciones convulsivas.—Blenorrea.—Cistitis crónica.—Catarro vesical.—Cálculos.

APARATO DIGESTIVO.—Úlceras de la boca.—Estomatitis.—Anginas.—Gastritis crónica.—Gastralgia.—Pirosis y acedias.—Hepatitis crónica.—Hepatitis intersticial ó esclerosa.—Cólicos.—Inflamación crónica de los intestinos.—Flatulencia.—Tabes mesentérica.—Protorra.—Blenorragia intestinal.—Hemorroides y sus consecuencias.

APARATO RESPIRATORIO.—Coriza.—Ozena.—Catarros laríngeos.—Catarros traqueales y bronquiales.—Catarros pulmonares.—Pneumonía atónica.—Úlceras ó cavernas pulmonares.—Congestiones de la misma viscera.—Infartos y hepatización pulmonal.—Hemoptisis.—Ronqueras.—Tuberculosis.

APARATO LOCOMOTOR.—Artritis crónica.—Reumatismo articular.—Reumatismo muscular.—Ciática.—Retracciones crónicas ó espasmódicas.—Anquilosis.—Úlceras.—Parálisis.

APARATO RESPIRATORIO.—Goña.—Jaqueca.—Dolores nerviosos.—Asma.—Vértigos.—Afectos espasmódicos.—Tos convulsiva.—Coqueluche ó tos ferina.

II

Después de la sucinta idea que hemos bosquejado á la ligera, por la premura del tiempo y porque no es este lugar para trabajos serios de otra índole, debemos consignar también una rápida ojeada que dé á conocer á grandes rasgos las condiciones del Balneario y del gran Hotel de Alceda para que sirva de conocimiento y de gobierno á lo que necesiten hacer uso de las aguas.

El Balneario es un gran edificio de hermosa perspectiva con tres espaciosas galerías de más de 100 piés de longitud, 14 de latitud y 25 de altura, dos para 1.^a clase y una para 2.^a, que, precedidas de un gran salón de espera y rodeado de jardines y alamedas alegres y vistosas, contienen

40 piés de mármol y azulejos con todos los aparatos hidroterápicos necesarios para las diferentes formas de aplicación de las aguas que reclaman los adelantos modernos de la ciencia y de la industria, y un magnífico baño de natación de agua mineral corriente y abundante de 56 piés de largo y 26 de ancho y de 4 á 6 de profundidad, que revestido de marmolillos blancos, presenta grandiosa perspectiva que seduce y admira por ser de aguas minerales el único que se conoce en Europa.

El gran Hotel de Alceda es también hermoso edificio de 200 piés de longitud por 45 de latitud con más un salón de recreo y la Capilla ú Oratorio unido al mismo.

El Hotel se comunica con el balneario por una ancha galería de más de 100 piés de largo, para trasladarse de uno á otro sin salir á la calle. Las escaleras, los pasillos, las habitaciones son anchas y desahogadas y decoradas con un buen mobiliario, y, hasta cierto punto, lujosas; puede contener cómodamente hasta 200 personas próximamente; el comedor es notable por su grandeza y elegancia, guarda relación con todo lo demás y puede dar cabida al mismo número de personas.

El gran salón de recreo, rodeado de diversos divanes, mecedoras y adornado de alfombras, cortinajes, piano de cola, grandes espejos y profusamente alumbrado, forma un conjunto regio de hermosa apariencia.

Además tiene el Hotel mesas de billar, tresillo, billar romano y austriaco con otros juegos lícitos que ofrecen amena distracción.

El servicio de camareros y camareras es de lo más escogido y decente que puede darse.

La mesa se sirve con esplendidez y finura sin economía ni miseria, variada y abundante. El cocinero es de lo más hábil y entendido que se conoce, sazónándose la comida con arreglo á los últimos preceptos de la higiene y del más delicado gusto.

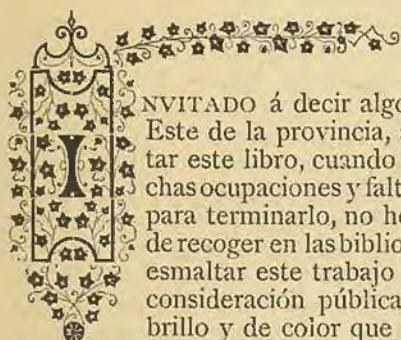
El dueño del Hotel D. Luciano Uría y el administrador D. José Delgado, son tan atentos, corteses y afables que siempre están procurando complacer á sus favorecedores.

Habiendo dispuesto el Gobierno la separación de las direcciones médicas de Ontaneda y Alceda, se halla hoy ésta á cargo del antiguo y acreditado médico de Santander el Dr. Hernandez Sanz, que funcionando con independencia, ha organizado el servicio con acertadas disposiciones constituyendo hoy el establecimiento de Alceda uno de los mejores de España.

Itinerario: Ferro-carril del Norte hasta Renedo donde esperan muchos carruajes que en dos horas conducen al Establecimiento: Temporada oficial 10 de Junio á 30 de Septiembre.



POR DEBER Y POR AMOR



INVITADO á decir algo sobre la parte Este de la provincia, á fin de completar este libro, cuando tengo otras muchas ocupaciones y faltan solo diez días para terminarlo, no he tenido tiempo de recoger en las bibliotecas datos para esmaltar este trabajo y ofrecerlo á la consideración pública con efectos de brillo y de color que lo hicieran más agradable; y como por otra parte carezco yo de esas preciosas galas del ingenio y del decir que deleitan á los cultos y cautivan á todos, aún á los que solo se preocupan de vivir bien, temo yo que este pobre fruto de mi anhelo salga escueto, anodino y depreciado.

Pero hay un asunto de extraordinaria importancia y completamente ignorado en la provincia, que no solo es de razón sino de conciencia dar á conocer; puesto que es de razón contribuir al desarrollo de los gérmenes que hay en la naturaleza, y es de conciencia facilitar el conocimiento de la obra de Dios, y atento yo en éste como en otros muchos casos de mi vida á los fines principales, sin preocuparme de los secundarios, hago gracia de mi reputación personal, que ha de salir sacrificada, por lo mal confeccionado que vá á salir este artículo, y voy á escribirlo para dar á conocer una de las más valiosas joyas de España, contenida y olvidada en nuestra provincia.

Tal vez no hay, en efecto, en España un punto donde la naturaleza haya prodigado mayor número de circunstancias útiles que en Santoña, dado que á la seguridad de un puerto cuyos fundaderos pueden tomarse en toda clase de tiempos, se reúne la riqueza de los minerales y los saltos de agua que hay en su contorno, su proximidad á los puertos del Norte de Europa, al interior de la Península y á la línea del Ebro, y especialísimas circunstancias que hacen de este punto una fortaleza inespugnable en el sitio más estratégico de la Costa.

Pues este superior puerto de seguridad, este fecundo manantial de riquezas, este magnífico estado de relaciones comerciales, esta soberana po-

sición militar está completamente desatendida: dos genios consignaron con hechos lo que vale; mas cuando faltaron ellos disminuyó su estimación; causas secundarias y de fácil modificación fueron escollo donde se estrellaron los miopes y el fundamento con que resisten los intereses creados al desarrollo natural de los grandes bienes que podrían obtenerse, utilizando las indicaciones de la naturaleza en Santoña; por otra parte, ocupada hoy la actividad de los estudiosos y de los pensadores en la total modificación de las leyes, de las costumbres y de las aspiraciones que hicieran de nuestra gran nación de fines del siglo XV y principios del XVI, la cual sobre ser la más pobre y la más ignorante, la más desgraciada de las naciones grandes de Europa, no se ha descendido aún al estudio completo de las cosas particulares que pueden contribuir á engrandecer á nuestra nación; y esas son las causas de la triste y lamentable situación de Santoña, de su abandono.

Pero esto no puede subsistir mucho tiempo; los sorprendentes progresos logrados en nuestra patria por la libertad de la prensa que ha difundido las ideas y el saber y exaltado el amor á la ciencia; los grandes conocimientos que se exigen hoy á los militares, entre los cuales se cultiva tanto como el valor la sabiduría; los centros y profesiones científicas que se han creado merced á los cuales van siendo ya del dominio público los arcanos de la naturaleza, los maravillosos vuelos que han tomado la industria y el comercio: las elevadas aspiraciones que con estas mejoras nacen y lo que con ellas se perfecciona el sentido común, hacen que se aprecie mejor el bien y que se realicen con mayores facilidades la ley bienhechora de la creación, los designios de Dios.

Y siendo Santoña, como hemos indicado, y probaremos completamente después, por las condiciones especiales y combinadas de su puerto, de su situación y de su defensa, causa generadora de la riqueza y bienestar de la patria y llave sagrada para guardarla, cosa que ningún otro punto es, ni puede ser. ¿Será posible que siga desatendida é ignorada en estos tiempos en que la inteligencia va penetrando los fines de la creación, la actividad escudriña el conocimiento de las cosas

útiles y la necesidad fuerza para procurarlas. No, no; seguramente no.

A los ojos del ignorante y del indiferente es aquella peña en su actual estado como un diamante en bruto, una piedra como las otras de que solo se diferencia por su tamaño y por su color; y aquel hermoso puerto semejante á otros senos cuya importancia únicamente aprecian por su calado y extensión. Ellos no entienden que aquella piedra pueda convertirse mediante un pulimento esmerado, y no muy costoso, en joya de grandísimo valor; ellos no entienden como aquel puerto inútil, ó poco menos hoy, por el abandono en que se le tiene, pero que por ser el más abrigado de todos los inmediatos y por tener la barra en circunstancias de ser muy fácilmente modificada, se puede convertir, á poco coste, en el mejor de todos los puertos de aquella costa; y si les decis como por su proximidad al Ebro y la posibilidad de utilizar las aguas por medio de esclusas para salvar el desnivel existente desde la costa á la cuenca de Castilla es Santoña el punto más apropiado para resolver el problema de comunicar por un gran canal navegable el Océano con el Mediterráneo, tampoco lo comprenden.....

Afortunadamente no son esos los únicos hombres que existen en nuestro país donde penetraron al fin los rayos de la civilización moderna y, ante las obras colosales que se realizan en el mundo y las que poco á poco se van desarrollando en nuestra patria, algunas con bastante menos razón de ser que ésta de tan extraordinario interés; ante la fuerza incontrastable del progreso humano, he creído oportuno aprovechar la ocasión que me ofrece este libro de asuntos de la Montaña y escrito por sus hijos, para dar á conocer una de las prendas más estimables de la patria, engarzada en nuestra tierra y que ha de ser con el tiempo causa de su fama y de su grandeza.

II

Santoña se destaca en el mar como preciado fruto de la tierra, que no ha querido Dios quedase sepultado bajo las olas, y abrupto monte y tajada peña, donde se estrellan y deshacen las tormentas, es en los huracanes asilo benéfico de los navegantes, y, en los días plácidos, encantadora mansión que embellecen los naranjos y perfuman á porfía el azahar y las flores. Sus alegres casas construídas al pié de las colinas forman como la grada de un hermoso anfiteatro que es grandioso por lo magistral de las montañas que lo forman y que al encerrar al mar hacen dulce su cautiverio con la abundante vegetación de sus alegres aldeas y la hermosa juventud que los puebla, siendo por estas razones Santoña uno de los pueblos más útiles y más bellos de la costa Cantábrica.

Nació en ella Juan de la Cosa, uno de los más eminentes marinos de nuestra patria. Capitan y superior de Américo Vespucio, era más digno que él de dar su nombre á las nuevas tierras; tan hábil en

las ciencias, donde dejó inestimables monumentos de cartografía, como valeroso en los combates, donde sucumbió en servicio y gloria de su patria, y al inmortalizar su nombre, elevó el de su pueblo al de los más preciados lares.

Honran su antigüedad su nombre Portus Victoria con que la designó Augusto, y su iglesia la más antigua en su primera parte (siglo X) y de mejor gusto que hay entre las Bizantinas de la Montaña; y la enaltece su historia, puesto que desde ella fué donde se consiguió la paz universal (por lo que levantaron, sobre su puerto, los señores del mundo, un templo á Jano en el cono que despues por corrupción se llamó de Hano) y fué ella lugar predilecto de Napoleón y de sus Capitanes que no solo la ocuparon y fortificaron con esmero, sino que la conservaron cuando tuvieron que abandonar el territorio de España y al tener que entregarla, á causa de la paz, no quisieron hacerlo á los ingleses ¡temerosos de que hicieran allí una posición más importante que la de Gibraltar!

Allí se construyó la capitana de la *armada invencible* que aprestó la intransigencia religiosa y que destruyeron los temporales en nombre de Dios (siguiendo el criterio de los que le atribuyen las victorias) sin duda, para que no prevaleciese la inquisitorial política de Felipe II, que sumió á España en los abismos de la decadencia al imponer á Europa la intransigencia católica. Y desde que fué destruído y arrasado su arsenal por el inconcebible general Arzobispo de Burdeos, ministro de paz que entregó al saqueo y al incendio la población, no volvió á ser nunca nada, hasta que hizo mérito de ella Napoleón, habiendo desempeñado después importantes papeles no solo en aquella guerra sino en las dos últimas guerras civiles por estar en el vértice de invasiones en Vizcaya y sobre Ramales, medio de comunicaciones con Santander.

Tal es su historia; veamos sus condiciones.

La bondad de su puerto, para los navegantes, está dicha considerando, que por estar amparado de los vientos del Sur al Norte, únicos malos en la costa, encuentran allí fácil refugio los barcos que no pueden tomar puerto en Bilbao, Castro y Santander; y ante la razón de que el único defecto que ofrece su barra, en la bajamar, por su poco calado para las grandes embarcaciones de nuestro tiempo, es fácilmente corregible por dos razones, una ser la barra de piedra y de pequeña extensión con lo que se la puede hacer desaparecer á poco coste y otra que sin más que hacer un canal por el istmo de Berria, salida natural de las aguas del río Asson, hay imposibilidad de que se forme de nuevo barra, cosa que no podrá jamás realizarse ni en Santander ni en Bilbao.

Las ventajas que ofrecen al comercio se patentizan dado que es el mejor puerto, y observando, que es la más fácil y breve comunicación de Castilla, Madrid y la Rivera del Ebro, con los puertos del Norte de América y de Europa. Esto se percibe porque respecto la meseta de Castilla está Santoña de Espinosa ó Villasante tan cerca como

Torrelavega ó Areta de la Divisoria, esto es, mucho más próximo que Santander y Bilbao y además el paso de la cordillera está más deprimido por los Tornos que por Bárcena y por Orduña. Respecto á Madrid está Santoña tan próximo de su Meridiano como Santander, y mucho más inmediato que Bilbao; en fin respecto la línea del Ebro, Santoña es el punto que está indudablemente más cerca de Trespaderne, que es hasta donde se puede hacer navegable el Ebro; y así Santoña uniendo á la superioridad de su puerto la seguridad de la más corta comunicación es sin duda alguna la mejor base de relaciones comerciales por el Norte de la Península con el exterior. Por otra parte Santoña enclavada en una región minera de grandes productos y calidades, y que ofrece á la industria muy buenos motores ya por los saltos de agua del Assón, ya por los que se pueden utilizar en virtud del sistema inventado por mí para aprovechar en los puertos el flujo y reflujo; y finalmente por su situación especial con respecto del Ebro y la posibilidad de aprovechar las aguas de este río para servicio de las esclusas que permitieran salvar á los barcos el desnivel que hay desde la costa á Castilla, Santoña es el puerto que ofrece mejores condiciones para servir de etapa y depósito en todas las transacciones comerciales del Norte.

Pues considerando ahora el asunto bajo el punto de vista militar, es tal la superioridad de Santoña sobre los otros puertos del Norte que ninguno de ellos puede tan siquiera servir de unidad para medir su importancia: en este sentido, bajo este punto de vista, Santoña es; Pasajes, Bilbao, Santander, Gijón, etc., ni pueden, ni tienen razón de ser; y aún digo más, no solo en el Cantábrico, sino que ni en el Oceano ni en el Mediterráneo hay ningún puerto que reúna las excepcionales condiciones que Santoña tiene.

En efecto, tácticamente, Santoña es más fuerte que Gibraltar, porque á la contestura de la roca semejante á ésta y tan inexpugnable como ella, une la circunstancia de no ser dominada más que desde los escarpados riscos de Hano y Brusco, de uniforme pendiente, pequeña meseta y que ningún otro cerro puede dominar, y que, fortificados también, comprenderían terrenos capaces de cultivo y sostenimiento de ganados para la guarnición; con lo que, dados los minerales de hierro que allí existen, puede hacerse en aquel punto tanto, que obsérvese bien, pudiera ser un Estado susceptible de defenderse por siempre jamás; es decir que bajo este concepto, no se concibe nada superior á Santoña. Pues estratégicamente considerada son aún más trascendentales sus condiciones: Santoña es, en efecto, el único puerto de la costa desde donde es posible á un ejército de desembarco llegar en una jornada á la meseta de Castilla; es el puerto más cercano á Búrgos, vértice de todas las operaciones en Castilla, base obligada de todas ellas y de tanta valía que fué por ello *Cabeza de Castilla, Cámara regia, Recuperadora de reinos y Primera voz en la*

nacion; es también centro del sector para penetrar en Vizcaya desde Somorrostro á Carranza, y está sobre Ramales (nudo de comunicaciones en la provincia de Santander) con el que se relaciona por las márgenes del Assón que de esta manera protege siempre uno de los flancos en los movimientos que se intenten; además flanquea las operaciones ofensivas y defensivas de la línea del Ebro con lo que hace que la base de operaciones forme, para quien posea á Santoña, un ángulo recto cuyos trazos envuelvan al enemigo; por último está sobre el Meridiano y los mejores pasos á Madrid (los Tornos y Buitrago) esto es, amenazando ó cubriendo el corazón de la patria. Y como si este conjunto de circunstancias excepcionales no fueran bastantes, aún tiene otra que hace más extraordinario su valer; y es la de que en una guerra marítima es (una vez que se realizasen las obras indicadas para salvar su barra) el puerto de más buena situación para reunir, proteger y lanzar nuestra escuadra sobre los barcos y los puertos enemigos del Canal de la Mancha y el que mejores servicios podría prestar á éste, para hacer daño á nuestro país.

Y si observamos que antiguamente, cuando el arsenal se hallaba en Santoña, era Colindres la fábrica donde se fundían los cañones, trasladada después á la Cavada, cuando destruido Colindres y Santoña, como ya se dijo, por el Arzobispo de Burdeos, se edificó la fundición en La Cavada y el arsenal en el Astillero de Guarnizo; y trasladada después á Trubia por intrigas y caciquerías de los Ministros Moderados de Asturias, con gravísimo daño de la nación, pues los hierros de Asturias ni han servido ni sirven más que para fundiciones bastas, no para hacer cañones de artillería; si se observa que después de esos desórdenes acaecidos por falta de buen sentido en nuestra patria, están allí sobre Santoña por Oriente los hierros de Guriezo, que manda sus lingotes á Trubia, y que construyó en la primera Guerra civil los más notables cañones de hierro que se conocen, por lo que están depositados en el Museo de Artillería; por Occidente aquellos minerales que hicieron famosos los cañones de La Cavada, é inmediatos la multitud de minerales existentes en las minas, hoy denunciadas en toda aquella región, y que alimentan las ferrerías de Ramales y alimentaron seguramente los hornos de fundición de Colindres; si además observamos las malas condiciones de Asturias cuya fábrica de Trubia necesita los hierros de La Cavada, Guriezo, Vera y Baracaldo para poder trabajar, y que sin puerto en Gijón resulta en malas condiciones para dar salida á sus productos para la costa y la marina; y que con puerto en Gijón, estará siempre en malas condiciones de defensa dejando á merced del enemigo los cuantiosos intereses que representa para el Estado la industria de hierros y de aceros; y por último, si ante estos hechos fundamentales, ante las razones sustantivas esenciales que aducimos en este párrafo se deduce, como es lógico deducir, que puestas en Santoña (una vez

fortificada y salvada su barra como queda dicho) las fábricas de Cañones y de Barcos como estaba en lo antiguo, saldría más económica la fabricación de cañones, de proyectiles y de blindages, y los tendríamos asegurados (1) y en las más buenas condiciones de utilidad sobre los puntos y líneas estratégicas. Y teniendo ahora en cuenta que por virtud del sistema inventado por mí, de aplicación de la fuerza de las mareas como *motor constante*, pueden obtenerse en Santoña potentísimos saltos de agua donde se establecieran con economía martinetes, cilindros laminadores, tornos, todo lo que necesitan los grandes talleres de fabricación, resulta como síntesis de lo que venimos exponiendo, que es lógico, natural y conveniente que Santoña sea un gran puerto comercial, una posición militar inestimable, un fecundísimo centro industrial donde compitiendo los intereses privados con los especiales del Estado, se podrían hacer con extraordinarias ventajas, armas, barcos y proyectiles, teniendo así reunidos en una sola pieza los grandes intereses de la patria y la llave de seguridad para guardarlos.

Este cuadro que acabo de desarrollar á vista de los lectores tiene tan colosales proporciones, ofrece tan positivas ventajas ante la entidad nacional, y ante la buena administración y evidentes economías, que nunca he sentido yo no tener más imaginación y mejor estilo que ahora, para poderlo presentar á la consideración pública como se merece; mas espero que suplirán mis faltas las buenas cualidades con que dotó Dios á los montañeses, y que hemos de cumplir todos con nuestro deber, sacando del olvido en que se halla oculta, por el polvo y por las telarañas, esa preciosa y magnífica joya que tiene en nuestra tierra, nuestra nación.

No mireis con indiferencia, patricios, la realización de estas cosas porque no solo son designios de la Providencia sino que lo demanda la patria, enflaquecida por los derroches de la administración y expuesta á llorar algún día la pérdida de esta valiosísima prenda de su nacionalidad.

No mireis con indiferencia, montañeses, que Santoña sea lo que le corresponde, en el orden de la naturaleza, porque cuando esto se verifique, ha de ser transformada y engrandecida toda nuestra tierra ¿Veis el aumento considerable que ha producido á Asturias el floreciente estado de su industria nacida al impulso de las fábricas militares? ¿Veis los grandísimos intereses que se han creado en Ferrol á la sombra del arsenal de marina? ¿Veis los cuantiosos beneficios que reporta á Vizcaya la explotación de minerales? ¿Veis el pasmoso incremento que han tenido Santander y Bilbao

(1) La plaza de Santoña es, sin género de duda, inexpugnable á poco que en ella se gaste; la tomó el Arzobispo de Burdeos porque no tenía en aquel entonces el puerto ningún género de defensa por la parte de tierra; y él después de tantear tomarlo con su escuadra, optó por desembarcar las tropas en Noja, con lo que pudo pasar sin dificultad á Santoña de que se hizo dueño porque no había ninguna fortificación por la parte de tierra.

en nuestros días por las relaciones del comercio? ¿Veis lo que suena en el mundo y lo que importa á la patria, en los días críticos de guerra, cuando se decide la suerte de los pueblos, la existencia de una gran fortaleza en los puntos estratégicos? pues el germen de todas esas satisfacciones y venturas le tenemos, mis queridos paisanos, en Santoña.

No desmayeis no, ante la triste consideración de que cómo es posible que si Santoña es tanto en el orden de la naturaleza, sea hoy tan poco en la realidad de los hechos: las grandes conquistas alcanzadas por la ciencia, desconocidas y objeto de supersticiones ayer, son verdades sencillísimas hoy: el vapor, la electricidad, el magnetismo y las continuas y sorprendentes aplicaciones que de ellas se hacen con maravillosa sorpresa de la humanidad, prueba lo atrasada que está aún nuestra inteligencia. Siempre fueron el vapor, la electricidad y el magnetismo lo que son hoy, y si algunos hombres superiores, se dieron en lo antiguo cuenta de ello, nunca fueron estimados hasta hoy: así es Santoña.

Pudieron los hombres de los pasados siglos, inertes en los conocimientos y dominados por el clero, abandonar, ante la esperanza de la vida futura, el conocimiento de los grandes fines de la tierra, dejando de este modo estériles los variados talentos y las múltiples aptitudes de los hombres, y desconocida ó paralizada la obra de Dios; pero ahora que utilizamos las cualidades que nos ha dado el Hacedor, para conocer mejor su voluntad, realizar sus designios y cantar sus grandezas, ahora tiene que ser mejor conocida y utilizada la creación.

Pudieron aquellos hombres menguados, que abandonaban su inteligencia á la voluntad de los curas y de los frailes, ni más ilustrados, ni más dignos, ni más honrados que ellos; y que preocupados únicamente de exaltar el culto y de hacer iglesias y conventos, sin que por eso elevaran su moralidad, ni hacían caminos, puertos, ni fomentaban los montes, ni laboreaban el campo y los talleres; y que ignorantes y presuntuosos confundían la sencillez con la simplicidad, la modestia con la pobreza, la sobriedad con el hambre, la virtud con la holganza, y que solo cultivaban la cualidad del valor, de que hicieran un sentimiento irreflexivo de matonería..... pudieron aquellos hombres funestos y fatales de los pasados siglos XVII y XVIII, desconocer lo que era Santoña ó ignorar el modo de utilizarla; pero hoy que disputamos al mar su imperio en los puertos, que utilizamos la riqueza oculta en las entrañas de la tierra, y producimos el vapor y la electricidad para dominar el espacio y conducir los pensamientos y las producciones al concierto de las necesidades para bien común, hoy la importancia de Santoña, cuyo conocimiento fué solo privilegio de los genios, está al alcance de cualquiera que reflexione y medite con el estímulo del deber ó de los intereses; y su porvenir será según las especiales circunstancias de nuestro país más ó menos tardío, pero es indudablemente seguro.

Cábeme grande y legítimo orgullo en reconocerlo y proclamarlo, no por ridícula ánsia de notoriedad, ni por vanidoso empeño de los intereses, sino por acendrado amor á mi patria, que quiero ver salir de la vergonzosa postración en que se halla.

Males sin cuento han caído sobre ella, por no diferenciar lo malo de lo bueno; y por atropellar ó desconocer la armonía del universo, que estriba, en que se estime mejor lo que merece más aprecio; ¡quiera Dios que no haya que llorar mayores males, por no encaminar hacia el bien general los futuros acaecimientos! por ser imprevisores y estar siempre al azar de la casualidad ó de la fortuna.

En efecto, pudieron las naciones extranjeras del pasado, entretenidas en las luchas de su actual constitución y poderío y necesitadas de fuerza y de elementos para lograr su nacionalidad y el grado de cultura que ostentan, no pensar en Santoña; pero hoy que se encuentran pletóricas de población y de productos, por lo que buscan ansiosas centros reflectores por donde desahogar el exceso de vitalidad que las asfixia, un punto como Santoña que reúne tan especiales cualidades para comerciar é introducir contrabandos en nuestro país; y que por la inexpugnabilidad de su condición sería un dominio seguro y desde donde tendrían en jaque á nuestra patria, tiene que ser objeto de la codicia de todas ellas.

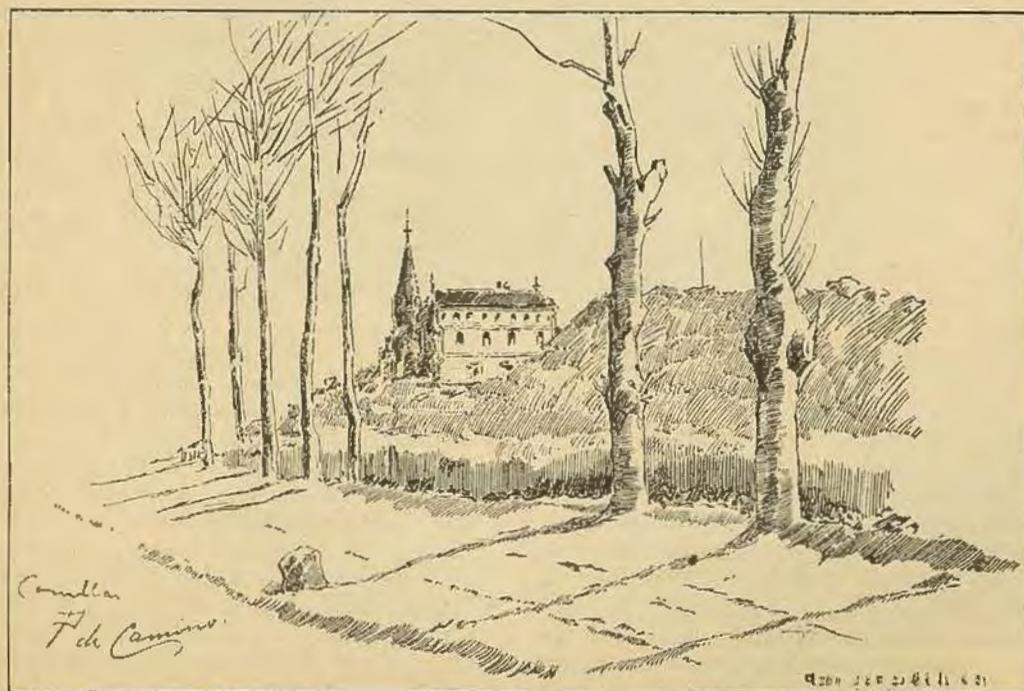
Miradlo, pues, bien, los que elevando vuestros pensamientos al nivel de las conveniencias generales cifrais vuestros intereses y vuestros ideales

en la realización de las obras provechosas en sí y por sí; y ya seais interesados negociantes ó sinceros patriotas ó entusiastas investigadores de las relaciones creadas y decididos partidarios de que se cumplan, tened en cuenta que existe en este hermoso pedazo de tierra española que llamamos Santoña, un inestimable tesoro para honra y engrandecimiento de la Montaña, para bien y gloria de la Nación.

Venid pues á Santoña con vuestra atención, con vuestra inteligencia, con vuestros recursos, hareis tanto mayor provecho cuanto vengais primero. Hace poco llegó, comisionado por el Gobierno, á Santoña para estudiar su puerto el señor Lafarga uno de los más notables ingenieros de España, el cual quedó sorprendido al ver que estuviera tan despreciado puerto tan bueno; y ha manifestado, con frecuencia, sus juicios en sentido de ser éste, mediante las obras que ha propuesto, el mejor puerto posible en esta costa. Confirmándose con esto una vez más, que, entre los hombres ilustrados, todos le son favorables..... Que no se diga paisanos, que no sabemos lo que traemos entre manos los montañeses; que no se diga, como yo he oído á muchos ¡es lástima que no sean los que habitan esta tierra asturianos ó vizcainos! que no seamos nosotros motivo justificado para que pueda decirse con razón, al ver como vive raquítico y abandonado el puerto y plaza de Santoña! ¡Cosas de España!

BALDOMERO VILLEGAS.

Burgos, Julio de 1890.



Comillas
7 de Camino

APUNTES DE COMILLAS.

CASIMIRO DEL COLLADO.

BIEN sabe Dios lo mucho que siento no poder hablar largo y por cuenta propia de este ilustre lírico santanderino, de cuyo admirable tomo de *Poemas*, impreso en Madrid en 1874, soy el lector más entusiasta y apasionado.

A los quince años de edad, en 1836, marchó á México donde se ha creado su segunda patria, y por consiguiente no tengo el honor de conocerle, como es necesario, para trazar á la pluma su retrato.

Allí vive respetado y querido, admirado de todos, siendo el alma de la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, amante del país donde se ha labrado una fortuna y nunca olvidado de su tierra nativa, de la que siempre ha sido hijo fiel y para la cual siempre ha guardado las mejores inspiraciones.

Hermano, más que compañero, de todos los ilustres poetas mexicanos; miembro distinguido de aquella gran familia literaria, sigue cultivando la poesía con la misma fé que en su juventud, con el más depurado buen gusto, con arte exquisito, y alterna estas altas ocupaciones con sus negocios mercantiles, como otro felicísimo escritor montañés, el delicioso y correcto prosista Adolfo de Aguirre, el notable autor de *Excursiones* y *Recuerdos*,—cuyo retrato no figura en este libro por que su editor no ha podido proporcionárselo.—

Sobre la mesa en que escribo tengo varios libros y periódicos que hablan con elogio del insigne literato montañés, cuyas composiciones, según ha dicho acertadamente un crítico de allá, han de vivir mientras viva la lengua castellana; pero sería tarea muy larga la de copiar, y aún la de extractar, los juicios á que aludo.

Quienes deseen saber todo lo que deben del egregio poeta de la *Oda á México*, pueden consultar las Efemérides de la provincia de Santander, cuyo tomo primero, en las páginas 75, 76, 77, 78 y 79, inserta su biografía.

Privado yo, por lo tanto, de retratar aquí á mi admirado conterráneo como yo quisiera, llevando á la *fotografía* algo nuevo y personal, y falto de valor para repetir á los lectores lo que de él he escrito en otras ocasiones en alabanza de su género, no quiero añadir á estos renglones ni tres más de mi puño y letra, y voy á terminar este escrito de periodista, en el cual quisiera que se adivinara cariño hacia el montañés expatriado y respeto profundo al poeta inspiradísimo, pegando dos *recortes* á estas cuartillas.

El primero, de un artículo del señor Roa y Bárcena, dice de las poesías de Collado:

«Muestran un conocimiento más profundo y un manejo más franco y expedito del idioma y del arte poético, lo cual se revela en la mayor claridad y precisión de la frase, en la riqueza de la rima y en la elegancia verdaderamente horaciana de giros y periodos. Estimamos propicia para la fama del autor y para el adelantamiento de nuestra bella literatura, la circunstancia de que hoy pueda aquél aunarse en sus composiciones á la unidad, sencillez, claridad y aticismo de que la Grecia dió al mundo lecciones que no caducarán, el vigor de inspiración y de estilo que constituye acaso el rasgo más característico de estos versos, y cuyo germen, si bien ha de existir en la índole misma del poeta, es casi seguro que se desarrolló en los cármes del romanticismo, cuyo trazo es debido á ingenios de la categoría del Dante y de Shakespeare.»

Y el segundo, del elocuentísimo prólogo que escribió Menéndez Pelayo para el libro citado al principio, regalado por Collado al Ayuntamiento de Santander, dice lo siguiente:

«Antes de volar el poeta con alas propias, dice Menéndez, antes de contemplar cara á cara aquella opulenta naturaleza americana, y hacer poesía de veras, hizo poesía de artificio; orientales y leyendas, géneros radicalmente falsos en que siguió las huellas de Zorrilla. Casos hay en que el imitador no se queda muy á la zaga del modelo, superándole, por de contado, en limpieza y relativa corrección de estilo y lengua, cualidades de que nunca prescindió Collado; pero más que estos ensayos agradarán de fijo al lector, por lo espontáneos y bien sentidos, los versos de amores, tristezas y afectos personales, que hacia el mismo tiempo compuso el poeta. *Laura en el templo*, *El ave sola*, *En la iglesia de....* y algunas otras, tanto mejores cuanto más breves, porque el verdadero sentimiento físico no se aviene con amplificaciones y desleimientos, se apartan de las rutinas de escuela, y entran algo más en la genialidad artística de nuestro poeta.

«La cual se va acentuando más y más en los que pudiéramos llamar versos de su *segunda manera*: en las octavas *Al amor*, v. g.; en la *Indiferencia*, donde ya la descripción es arrancada de la realidad y no imitada de los autores favoritos; en la *Meditación* y en el *Paisaje*, donde además de la tersura de estilo, asoma ya la tendencia meditabunda y moralizadora que domina sin rival en los últimos versos de Collado.

«Indudablemente su estilo y gusto se iban modificando con los años; otros estudios, otras costumbres, otro mundo pedían cantos nuevos. Collado lo entendió así, y tuvo el valor, si no de quemar lo que había adorado (porque fuera excesiva crueldad pedir de un hombre que absolutamente renunciara á las dulces memorias de la infancia y de la primera juventud) á lo menos el de arrojarse resueltamente por nuevos derroteros, hacer con pensamientos nuevos versos de

hermosura antigua, expresar clara y sencillamente lo que sentía y lo que veía, y amamantar su musa en los pechos inexhaustos de la madre común Naturaleza. Entonces brilló en su frente la luz de los elegidos, y sonó en sus labios el único canto digno de sus tiempos:»

—El himno de la fuerza y de la vida.

«Y desde entonces (no dudo en asegurarlo) púsose mi conterráneo al nivel de los primeros líricos españoles, y encontró acentos propios y vi-



gorosos para toda idea y toda pasión, colores y formas para todo espectáculo de la naturaleza. La lengua estudiada por él con amor más que filial, le abrió sus más reconditos tesoros y camarines, y derramó sobre sus cantos lluvias de perlas y de flores, no de las postizas y contrahechas, sino de las que reserva para sus vencedores. No encontró rima indócil, ni estrofa reacia: el pensamiento y la palabra no fueron en él como el cuerpo y la vestidura, sino como el cuerpo y el alma: la estrofa salió alada y vibrante del taller de la idea, y el estilo tuvo, en los mejores momentos del poeta, una transparencia y perfección,

que hubieran envidiado Pesado y Carpio, lumbreras del clasicismo en México. La poesía descriptiva fué para Collado el campo predilecto. El mismo Andrés Bello, autor de la incomparable *Silva á la agricultura en la zona tórrida*, miraría con celos la *Oda á México*, donde con más briosas y pujante entonación que en la suya, hay el mismo amor y esmero en la descripción de pormenores, y en lo peregrino y bien adecuado de los epítetos: obra maestra, á la cual sólo dañan el excesivo empleo de los recursos onomatopéyicos.»

«Collado ha recorrido con igual fortuna todos los tonos de la lírica castellana: desde la ento-

nación cuasi épica de las octavas á *Chapultepec* y de la oda *Al sabino de Popotla*, hasta el hondo sentimiento elegiaco que palpita en *Liendo ó el valle paterno*, más inspirada y no menos elegante composición que la de Gray *Al cementerio de una aldea*; desde la apacible serenidad, al modo de Fr. Luís de León, de las liras *A la Primavera*, hasta la acerada juvenalesca indignación del *Adios á España*, modelo de sátira política.»

«La variedad de asuntos y la flexibilidad de ingenio son dotes de las más características de Collado. Pero el elemento descriptivo predomina en él sobre todo. Pocos, muy pocos vates castellanos han poseído como él el sentimiento de la naturaleza, en todas sus variedades y matices. Así, la contemplación reposada y la íntima fruición en la oda *Desde el Retiro* contrastan con la brillante, aunque un tanto didáctica, exposición de las evoluciones geológicas en *Ciencia y creencia*, donde (si he de decir lo que siento) fuera de desear más claridad y menos dudas.»

«En el manejo de la lengua y en el arte de la versificación ya he dicho que el Sr. Collado es maestro: si de algo se le puede tachar es de exceso de artificio y de buscar dificultades por el

placer de superarlas. Numerosas, rotundas y llenas son sus estancias: felices sus inversiones y latinismos: variadas y nunca vulgares sus rimas, y aplicados con horaciana novedad sus epítetos.....»

«Los afectos suaves, ya de familia, como en esta oda *La Primavera* y en la verdaderamente conmovedora *Elegia*, de la pág. 257, ya de patria como en *Liendo ó el valle paterno* (que es para mí la más simpática de todas las joyas que van en este tomo, y tiene pasajes de una hermosura y sencillez homéricas), ya de religión como el hermoso himno

Rompa mi voz en cántico sonoro.....

encuentran en Collado un delicadísimo intérprete.

»El poeta de sentimiento vale en él tanto como el poeta descriptivo. ¡Feliz quien sabe hermanar los afectos y las imágenes, porque esta es la poesía! Y feliz yo que puedo revelar hoy á España, un verdadero poeta, y decir con orgullo que es de mi tierra y amigo mío.»

Pedro Sánchez.



ÉPOCAS CELEBRES MONTAÑESAS.

El Obispado de Santander.

El famoso P. Rábago, montañés entusiasta y decidido protector de su tierra, consiguió que el Papa crease el obispado de Santander.

El sumo pontífice Benédicto XIV despachó en 12 de Diciembre de 1754 la bula solicitada por Fernando VI erigiendo en catedral la antigua colegiata de Santander y haciéndola cabeza de una nueva diócesis que debía crearse segregando parte del arzobispado de Burgos.

El rey la honró otorgándola en 29 de Junio de 1755 el título de ciudad para hacerla más digna de ser sede episcopal.





PRIMERAS PÁGINAS

DE LAS INVESTIGACIONES HISTÓRICAS SOBRE LA INTRODUCCIÓN DE LA IMPRENTA
EN LA PROVINCIA DE SANTANDER
Y BIBLIOGRÁFICAS DE SU PRENSA OFICIAL Y PARTICULAR,

POR

Don Eduardo de la Pedraja Fernández.



ABIDO es, que de las poblaciones que componen actualmente la citada provincia, Santander (su capital desde 1816) (1) fué la primera que tuvo imprenta. Respecto al establecimiento de ésta, en la capital aludida, asegura D. Remigio Salomón en un artículo que insertó en el núm. 8

del *Eco de Cantabria* correspondiente al 24 de Febrero de 1861 bajo el epígrafe de *Apuntes sobre la introduccion de la imprenta en Santander, y sobre el estado actual de la misma*, lo que sigue:

«Empezando la referida ciudad, á fines del siglo último á tomar algun incremento, se reconoció la suma falta de una imprenta, y por invitacion del Real Consulado y del Excmo. é Ilmo. Sr. obispo D. Rafael Tomás Menendez de Luarda, de gratísima é imperecedera memoria para Santander, y bajo su proteccion y auspicios, se trasladó desde Palencia en 1791, el impresor D. Francisco Javier de Riesgo y Gonzalorena, habiendo llegado la generosidad del primero, hasta el extremo de subvencionarle con quinientos ducados anuales y el desprendimiento del segundo, hasta el extremo de proporcionarle casa de balde.»

(1) Aunque Carlos IV ordenó la erección de la provincia de Santander por decreto de 22 Enero de 1801 no se llevó á efecto hasta el año de 1816, en el cual por orden fechada en Sacedón el 27 de este último año mandó Fernando VII que se observara lo establecido en 1801 por su Sr. padre. *Guía ó estado general de la hacienda de España*. Parte segunda. Año de 1817 fólío 178.

Con las cuales afirmaciones no estamos enteramente conformes, (1) porque de los datos que han llegado hasta nosotros resulta:

1.º Que aquel bondadoso prelado se limitó á responder á la comunicacion, que, referente al asunto que nos ocupa, le pasó el Consulado lo que sigue:



«Srs. Prior y Cons.^s del R.¹ Consulado de Sant.^{ca}
»Contestando al oficio de V. S. S. de ocho del
»corr.^{te} por el que se sirven significarme el de-
»seo q.^e tiene de poner esta Ciudad una imprenta,
»y me pide diga cuanto podré contribuir cada año
»á su conservaz.ⁿ ó que piezas podrán imprimirse
»de mi cuenta, como asimismo si gusto contribuir
»á los gastos de tan útil establecim.^{to} Debo decir,
»que pudiendo ser, y siendo mui verosimil que sea
»mucho mayor la ganancia extraord.^a q.^e por mi y
»mis sucesores se dé al Impresor, lo que se puede
»regular q.^e le daremos anualmente es de quinien-
»tos á seiscientos reales. Y que para el estable-
»cimiento de la imprenta, podré dar por el tpo.
»que havitare la Casa en que aora havito una pieza
»que sale á su corral, y es de alg.^{na} extension, y
»que haviendo de abrirsele puerta á la calle, con-
»denada la que tiene á esta misma casa, desde lue-
»go la pongo á la disposiz.ⁿ de V. S. S.

(1) Hállase tambien lo que antecede, aunque con algunas supresiones y variantes, al fólío 154 de la «Guía de Santander, 2.^a edicion corregida y aumentada» que el citado don Remigio publicó en dicho año de 1861 y en el fólío 148, tomo 3.^o del *Boletín Bibliográfico español* de don Dionisio Hidalgo.

»Por lo útil q.^e contemplo el establecim.^{to} ce-
lebraría ser poderoso para contribuir mas á el.
»Pero mis facultades no me permiten alargarme
»mas. Espero que V. S. S. tengan á bien esta mi
»justa excusa; y ruego á Nro. Señor gue. á
»V. S. S. m.^a a.^s Santander 14 de Marzo de 1791.
»—Rafael Thomas Ob.^o de Santander. (1)

2.^o Que si bien es cierto que se debe al Consulado el establecimiento de la imprenta en Santander, ambién lo es, que ni de la importancia de la citada subvención, ni del contenido de las reales cédulas por las cuales se le concedió la licencia que para asignarla necesitaba, se desprende que aquella corporación hiciera extremos de generosidad para establecerla, pues la primera de las referidas cédulas dice así:

«He dado cuenta al Rey de la Representacion
»de V. S. de 3 de Mayo en que solicita licencia
»para contribuir con sus fondos á asegurar el es-
»tablecimiento de una Imprenta en esa ciudad no
»solo por la utilidad de los varios cuerpos y tribu-
»nales que hay en ella, y por el adelantamiento
»de las letras sino aun tambien por *la propia con-
»veniencia y economia del Consulado.* Sobre lo qual
»regulando que el costo de impresion de papeles
»relativos á la comision de caminos, y otros que
»ocurren propios del instituto ascenderá cada
»año á quatrocientos ducados con corta diferen-
»cia, (2) cree V. S. que con esta renta segura, y la
»esperanza de mayores utilidades de los Juzga-
»dos, cuerpos y particulares de esa Ciudad y su
»Obispado, no faltará impresor que se anime á
»establecerse en ella (3)

(1) Noticias de la introducción de la imprenta en Santander, Castro Urdiales, Laredo, Torrelavega y Reinosa. M. S. folio, en poder del autor, en donde, y lo advertimos para evitar repeticiones, se hallarán todos los demás documentos, periódicos, etc., que citemos sin advertir donde se encuentran.

(2) Aparece que le costaba entonces al Consulado los referidos 400 ducados al año la impresión de lo que sigue: «Escrituras, Guias, Papeletas de pago para la recaudaz.^o del dro. y ordenanzas sre. el régimen y conservaz.^o de este camino real, h.^{ta} Burgos..... Su imprenta anual 2.200 reales.

«Escrituras zensuales, Papeletas de convite p.^a las concurrencias, Cartas circulares, zertificaciones de matricula, órdenes y desps. circulares del Consulado y títulos de Co-rredores Abaladores etc..... 1.100 reales.

Ordenamientos, Cartas de Examen anuales en las escuelas de Náutica y Dibujo aprovadas por el Rey, y Papeletas de admisión de Alumnos en las Escuelas, las de convite para Exámenes y actos públicos de dhas. escuelas. 1.100 —Noticias citadas f.^o 4.^o

(3) No carecian de fundamento las esperanzas que dha. corporación abrigaba de que no faltaría impresor que quisiera venir á establecerse en Santander con la renta citada y en espera de mayores utilidades, pues sabía y comunicó á aquel, que el Obispo gastaba como hemos visto en impresiones de 500 á 600 reales anuales, que el Cabildo Catedral, segun lo manifestó en oficio de 28 de Marzo de 1791, gastaba otros 1.100 que el Ayuntamiento invertia, cuando menos otros 1.100 y la aduana 600; contaba tambien con lo que pudieran dar el *Juzgado de Cruzada*, el de *Marina*, el *Tribunal Ecco* y otras corporaciones y oficinas, y ademas, con que se debian dar á la estampa inmediatamente, las *Ordenanzas* que se estaban *trabajando* en aquella corporación que se calculaban en 6 tomos; los *Libros*

»Enterado S. M. de todo y en el supuesto de que
»en la execucion de este pensamiento se concilie
»como V. S. informa, el interés público con el del
»Consulado, se ha servido de concederle la li-
»cencia que pide, para que por su parte pueda
»asegurar al impresor que quiera establecer ai su
»oficina la situacion fixa de quatrocientos ducados
»anuales *con la obligacion de imprimir lo mismo*
que ordinariamente se ha ocurrido hasta ahora
»bajo la correspondiente contrata que procurará
»V. S. se otorgue en los términos y por el tiempo
»que más convenga, cargando á la cuenta que lle-
»vará V. S. de la comision de caminos la parte que
»le corresponda en dicha suma anual. De orden de
»S. M. lo participo á V. S. para su inteligencia y
»cumplimiento. Dios guarde á V. S. muchos años.
»Aranjuez 4 de Junio de 1791.—Lerena.»

El tenor de la 2.^a es:

«Enterado el Rey de lo que V. S. expone con
»fecha de 10 del corriente, se ha servido conce-
»derle el permiso que solicita para aumentar
»por alquiler de casa al impresor que se establez-
»ca en esa ciudad, ciento y cinquenta ducados
»anuales sobre los quatrocientos que con apro-
»bacion de S. M. se le habian ofrecido. De su Real
»orden lo participo á V. S. para su inteligencia.
»Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 23
»de Enero de 1792.—Diego de Gardoqui.» (1)

3.^o Que tampoco es exacto que el Sr. Riesgo se trasladara á Santander en 1791 ni que la subvención que el Consulado le asignó fueran 500 ducados anuales, pues la traslación no tuvo efecto hasta 1.^o de Marzo del año siguiente, de 1792, (1) y la subvencion ascendia á 550 ducados (2) de lo cual aparece evidentemente comprobado, esto último, por las Reales ordenes citadas, y ambas cosas por el siguiente documento:

«D. Ant.^o de Sara Victorica, tesorero del Real
»Consulado de esta ciudad, pagará á don Fran-

de Escuelas de Náutica y Dibujo y otros escritos voluminosos, y las Ordenanzas, Cartas Circulares, esquelas y otros papeles para promover la industria, que inevitablemente tenia que imprimir la Sociedad de Amigos del Pais en el momento de su establecimiento.—Noticias citadas.

(1) Noticias citadas f.^{os} 6 y 10.

(2) Siguió percibiendo esta subvención del Consulado, la imprenta de Riesgo, hasta el 31 de Diciembre de 1829 y de la Junta de Comercio que sustituyó á aquél, con sus mismos individuos, en 1.^o Enero de 1830, hasta fines del de 1833, fecha en la cual consta que dha. Junta acordó suprimirla por no serla necesario tener impresor á sueldo fijo y por haberse establecido la publicacion del *Boletín Oficial* de la Provincia. (*) «Nota razonada de las economías que podrian hacerse en los gastos de dha. Junta. M.^a en folio y «Memoria leida á la Ilustre Junta de Gobierno del Real Consulado en esta Ciudad y Provincia de Santander: Oficinas de don Clemente Maria Riesgo, Impresor por S. M. de la Junta de Comercio de esta Ciudad y Provincia. 1830» folios 2 y 3 y Apéndice 3.^o

(*) El señor Riesgo protestó de la cesantía en 1.^o de Octubre de 1833, fundándose en que la Junta infringia lo mandado por S. M. en repetidas Rs. órdenes y en la cédula de erección, no estando en sus facultades suspender á empleado alguno subalterno sin haber dado éste motivo fundado para ello.

«cisco Xavier Riesgo, impresor por él en ella
 »4.615 rs. 26 mrs. vn. que con quatrozien.^{tos}
 »veinte y seis, q.^o se le han librado contra los
 »fondos del camino de esta ciudad á la de Burgos
 »que tiene á su cargo el consulado componen cin-
 »co mil quarenta y un rs. 26 mrs. vn. que le corres-
 »ponden por los diez meses que hace se estableció
 »en esta ciudad desde primero de Marzo del co-
 »rriente año, hasta fin de este, al respecto de
 »quinientos y cincuenta ducados anuales que por
 »razon de sueldo y renta de casa le está señalado
 »segun Reales órdenes de 4 de Junio de noventa y
 »uno, y 23 de Henero del presente año; que con
 »recibo de dicho impresor tomada antes la razon
 »por el contador serán vien satisfechos.—San-
 »tander 24 de Diz.^{re} de 1792. (1)

A pesar de que, como acabamos de ver, empezó á funcionar la imprenta en nuestra ciudad en Marzo del año últimamente citado, (2) las publicaciones periódicas tardaron en aparecer en ella, pues no tenemos noticia de ninguna, que pueda incluirse en nuestras investigaciones anterior á la que sigue (3)

«Traducción literal de la Gaceta extraordinaria de Lóndres fecha en 24 de Agosto de 1808 que condujo á la Junta Suprema Gubernativa de Santander la Fragata Inglesa *Iris*, y que se publica de órden de la misma Junta para satisfaccion del Pueblo Español.»

4.^o papel de hilo, 10 fólíos sin expresar el lugar ni día de la impresión la cual es sin duda de la oficina de Riesgo.

Acerca del interés con que en aquéllos calamitosos tiempos se leería en nuestra ciudad la gaceta citada, y del que encierra para la historia patria y para la del nunca desmentido patriotismo español, no necesitamos hacer comentarios; demuéstrole mejor que cuantos pudiéramos hacer la carta que tomada de sus páginas 2, 3 y 4 transcribimos á continuación:

«Soberbio en frente de Sproe en el Gran Belt.
 —11 Agosto de 1808.

«*Señor*:—Tengo el honor y la satisfaccion de informar á V. de que en consecuencia de las medidas recomendadas en el duplicado de instrucciones recibidas el 5 por el Mosquito, su excelencia el Marqués de la Romana, y cerca de 6 D) hombres de las tropas españolas á su mando se embarcaron esta mañana en Nyborg, de cuya plaza havia tomado posesion el 9.

«Por una combinacion del mismo Plan más de otros 1 D) se nos han juntado esta mañana por mar, desde Futland, y otros 1 D) han ido á Lange-land, para reforzar á sus compatriotas en aquella Isla, en donde desembarcará el resto luego que el tiempo lo permita. La llegada del Oficial Español el 5, de cuya huida fué V. informado por el Capitan Graves, facilitó mucho nuestra comunicacion.

No puede haber duda del honor y Patriotismo de los soldados, que indignados con la proposicion, que se les hizo, de abandonar sus batallones, aunque rodeados de los Enemigos, clavaron sus banderas en un círculo, que formaron, y juraron allí de rodillas ser fieles á su Patria. Todos estaban igualmente impacientes por volver á ella. Pero un Regimiento que se hallava en Fus-land, por su distancia y crítica situacion no pudo efectuar su huida, y otros dos en Zelandia, despues de haver hecho fuego al general Frances Trision, que los mandaba, y muerto á uno de sus Edecanes, han sido desarmados.

«Por algunas circunstancias sospechosas se adelantó la execucion de nuestro Plan, y tanto por esta, quanto por ser contrarios el viento y la corriente, dejé el Sobervio el 8, y fui con mi bote á Brunswick enfrente de Nyborg, en donde tremolé mi estandarte. El 9 tomó el General posesion de la ciudad.

«Aunque la guarnicion Dinamarquesa se sometió á las circunstancias, un Bergantin armado de 18 cañones, la Fama, y un Cuter el Salorman, de 12, fondearon en el Puerto en frente de la Ciudad, despreciando las ofertas de seguridad, que el General y yo les hicimos. Siendo necesaria la rendicion de estos dos Buques, y no queriendo el General Español obrar hostilmente contra Dinamarca, tomé la resolucion de mandar, que se armasen todos los botes y demas bajeles pequeños, con los que el capitan Mac-Namara del *Edgar* los atacó y apresó. Devo aqui observar, que irritados los Españoles con la resistencia, que se hacia á sus amigos, que venian en su socorro, se apartaron en algun modo de las órdenes de su General, disparando algunos tiros á dichos barcos, antes que se rindiesen.

«Siendo de la mayor importancia la prontitud, y no pudiendo por razon del tiempo acercarse á tierra los tres Navíos de línea, 57 Barcos menores, que havia en el Puerto se prepararon, y en aquella noche y día siguiente se embarcó el bagaje y una gran parte de la Artilleria, con lo qual pasaron á la punta de Slypsbarn, á 4 millas de Niborg, y allí se embarcó el Ejército sin la menor oposicion esta mañana, á pesar de lo poco favorable del tiempo, y estan ya bajo la proteccion de los Navíos de S. M. anclados enfrente de Sproe.

«Algunos sacrificios de Caballos y Provisiones fueron juzgados necesarios por el General: y debiendo yo en estas circunstancias acceder á las miras y á los deseos del Marqués de la Romana, mandé suspender todo acto de hostilidad, no

(1) Noticias citadas f.^o 16.

(2) El periódico *El Aviso* en su número 7 correspondiente al 24 de Febrero de 1872 dice:—«El día 8 de Febrero de 1790 se instaló en Santander el noble arte de la imprenta.

(3) Han tratado tambien de este asunto, que sepamos, el mencionado don Remigio Salomon en sus guías de Santander de 1860, y 1861 ya citada, pág.^s 33 y 137 y Don Antonio M. Coll y Puig en la suya de 1875, fólíos 286 al 291; los trabajos del primero comprenden solamente las publicaciones que existían en dichas fechas, y el del segundo la mayor parte de los que salieron en los años de 1839 al 75.

»deviéndose considerar como tal la toma de dichos, dos Buques por haver despreciado nuestras ofertas de seguridad, y aun llegué á ofrecer libertad á los Barcos empleados como Transportes, con tal que de ningun modo se inquietase el embarque de nuestros amigos.

»Los cañones, que podian emplearse contra nosotros, fueron clavados, y el embarque fué protegido por las lanchas cañoneras y las dos Presas, al mando del Capitan May de la Artilleria Real, cuyos servicios en esta y otras ocasiones han sido muy útiles.

»No es fácil, expresar la alegría y satisfaccion, que en esta ocasion sintieron todas las clases del Ejército. El Regimiento de Zamora hizo una marcha de 18 millas Dinamarquesas en 21 horas.

»Envio inclusas para gobierno de V. copias de las cartas que tuve por conveniente dirigir á S. E. el marqués de la Romana, y al Gobernador de Nyborg en esta ocasion. Las respuestas del primero fueron verbales por medio de un Oficial de confianza, y las del segundo me fueron dadas personalmente.—Tengo el honor de ser etc.—Firmado.—R. G. Keats.—Vice Almirante Sir James Saumarez etc.»

»P. D. Después que se concluyó esta carta, tenemos algunas esperanzas de que parte del Regimiento que estaba en Jutland, que considerábamos perdido, ha escapado al puerto de Langeland por el Canal del Oeste.

2.º GACETA DE SANTANDER

Del Lunes 2 de Enero de 1809.

4.º, papel de hilo, 12 folios sin lugar de la impresion, la cual, segun nuestras noticias, se hizo en la oficina del citado señor Riesgo.

Se publicó de orden del «Consejero de Estado don Francisco Amorós, Gobernador militar y político de la provincia» y contiene un extracto de las noticias que él habia recibido y de las que habian dado las «Gacetas de Madrid del 11 y 12» del mes y año que acababan de espirar.

De unas y otras, de la veracidad de varias y hasta del efecto que su lectura haría en el ánimo de nuestros abuelos, puede formarse aproximado juicio por las que siguen, tomadas de sus folios 1, 2, 3, 10 y 11.

«Después,—dicen,—de varias marchas y convienciones que hizo executar el Emperador de los franceses y Rey de Italia á los numerosos Ejércitos que habian entrado en España, y de haber derrotado en Vizcaya, Navarra, Aragon y las Castillas todos los Cuerpos que quisieron oponérsele entró triunfante en Burgos, donde expidió el siguiente decreto.

«En nuestro Campo Imperial de Burgos á 12 de Noviembre de 1808.»

«Napoleon, Emperador de los Franceses, Rey de Italia y Protector de la Confederacion del Rin.»

«Considerando que las turbulencias de España

»han sido principalmente el efecto de los complotes tramados por muchos individuos, y que el mayor número de los que han tomado parte en ellas ha sido seducido ó engañado: queriendo perdonar á estos concediéndoles el olvido de los delitos que han cometido hacia Nos, hacia nuestra Nacion y hacia el Rey nuestro Hermano: queriendo al propio tiempo señalar á aquellos que después de haber jurado fidelidad al Rey, han violado su juramento; que después de haber aceptado empleos, se han servido de la autoridad que se les habia confiado para ir contra los intereses de su Soberano y venderle; y que en lugar de emplear su influjo para ilustrar á sus conciudadanos, solo se han servido de él para perderlos: queriendo en fin que el castigo de estos grandes criminales sirva de exemplo en la posteridad á todos aquellos que colocados por la providencia al frente de las Naciones, en vez de dirigir al Pueblo con cordura y prudencia, le pervierten y arrastran al desorden de las agitaciones populares, precipitándole en las desgracias de la guerra: hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Art. 1.º «Los Duques del Infantado, de Híjar, de Medinaceli, de Osuna, el Marqués de Santa Cruz, los Condes de Fernán-Núñez, y de Altamira; el Príncipe de Castel-Franco; D. PEDRO CEVALLOS, Ex-Ministro de Estado; el OBISPO DE SANTANDER, quedan declarados enemigos de Francia y España, y traidores á ambas Coronas. Como á tales se aprenderán sus personas; serán entregadas á una comision militar y pasados por las armas. (1). Sus bienes muebles y raices se confiscarán en España, en Francia, en el Reyno de Italia, en el Reyno de Nápoles, en los Estados del Papa, en el Reyno de Holanda y en todos los países ocupados por las armas francesas, para que sirvan á los gastos de la guerra.

2.º «Toda venta ó disposicion, sea entre vivos ó por testamento, hechas por ellos ó sus poder-habientes después de la data del presente Decreto, queda nula y de ningun valor.

3.º «Concedemos, tanto en nuestro nombre, como en el de nuestro Hermano el Rey de España, perdon general y plena y entera amnistia á todos los Españoles que en el espacio de un mes, contado desde que entremos en Madrid, hayan depuesto las armas, renunciando á toda alianza, adesion y comunicacion con la Inglaterra y reuniéndose al rededor del Trono y de la Constitucion vuelvan al orden tan necesario al reposo de la gran familia del Continente.

4.º «No se exceptuan de dicho perdon y amnistia ni los miembros de las Juntas centrales é insurreccionales, ni los Generales y Oficiales que

(1) No sabemos que nuestro Obispo, ni nuestro paisano don Pedro Ceballos juraran fidelidad á José I y menos que aceptaran empleos de este; pero de cualquier modo creemos que nos honra el que aquel Prelado y el citado ex-ministro se hallen comprendidos entre los que tuvieron que arrostrar las iras del coloso hasta el extremo de ser de los pocos que exceptuó de este decreto de amnistia.

»han tomado las armas, siempre que unos y otros »se conformen á las disposiciones establecidas por »el artículo precedente.

»5.º El presente Decreto será publicado, y de »él se hará registro en todos los Consejos, las »Audiencias y demas Tribunales, para que se »cumpla como ley del Estado.—Firmado=*Napoleon*.—Por el Emperador, el Ministro Secretario de Estado—Hugues B. Maret (1).

»Madrid 12 de Diciembre.»

»La posicion de las fuerzas francesas en España segun las últimas noticias, es como sigue:

»El Duque de Dalmacia con 4 divisiones de »Infantería y 1 de Caballería, cubre á Santander »y Burgos y marcha á Leon.

»Todas las Asturias de Santillana están ya su- »jetas. Los ejércitos de Blak y de la Romana »están destruidos y no han podido reunir más »de 7 \overline{D} hombres.

»El Duque de Conegliano con 4 divisiones está »delante de Zaragoza.

»La Artillería ha llegado de Pamplona á Tudela.

»El Duque de Treviso ha llegado á Burgos con »tres Divisiones, y el Duque de Abrantes con otras »tres está para llegar á Vitoria.

»El Duque de Elchingen ha llegado á Guada- »lajara por Calatayud con 4 Divisiones.

»El Duque de Istria ha llegado á Tarancon con »crecidas fuerzas de Caballería. Ha alcanzado los »restos del Ejército de Andalucía que había man- »dado Castaños, y que hoy manda Peña. Batido »en Tudela el 23 y destruido en Calatayud, ha »sido atacado por el Duque de Istria, quien le »ha cogido 3 \overline{D} prisioneros: intentaba refugiarse »á la Andalucía, y se ha visto forzado á dispersar- »se en las montañas de Cuenca, no quedándole ya 6 \overline{D} hombres.

»El Duque de Bellune con su Cuerpo de Exér- »cito ha puesto sus acantonamientos en Aranjuez »y en Ocaña.

»El Duque de Danzik ha llegado á Madrid con »su Cuerpo de Ejército.

Las Divisiones de Caballería de los Generales »Lasalle y Milhaud van marchando hacia Talave- »ra de la Reyna.

»Los Ingleses caminan con gran priesa hacia »Lisboa, y sino toman muy pronto la fuga po- »drán llegar los franceses antes que ellos á dicha »capital.

»Barcelona está ocupada por el General Duhes- »me, que es dueño de todos sus fuertes, y tiene »viveres para 6 meses.

»El General Saint-Cyr con el 7.º cuerpo de

»Ejército cubre el Sitio de Rozas (por noticias pos- »teriores se sabe que ya se ha rendido esta Plaza »á los franceses) y va á marchar sobre Barcelona.

»El príncipe de Castelfranco, el Marqués de »Santa Cruz y el Conde de Altamira han sido »arrestados; pero S. M. el Emperador se ha dig- »nado permitir que no se execute con ellos el de- »creto que les concierne.

»Serán conducidos á Francia y encerrados allí »en una Fortaleza.

»El Sr. Sansimon que ha sido preso, y que »siendo francés ha tenido la avilantez de tomar »el mando de un puesto contra los franceses, ha »sido entregado á una Comision militar.»

3.º EL MONTAÑÉS

(1818 y 14)

Este es, según nuestros datos, el primer papel periódico, particular, que vió la luz pública en Santander, por lo cual no dudamos dar á su editor D. Bernardino Serrano, el dictado de *Fundador de la prensa montañesa*.

Se publicaron muy pocos números de los que no hemos logrado ver ninguno, pero sabemos, sin embargo, que sustentaban las doctrinas liberales y que para conseguir que se diera á la estampa el primero, fué necesario acudir á los tribunales de justicia, según resulta de la comunicacion que acerca del particular, por haber sido arrestado el impresor Sr. Riesgo, pasó el Real Consulado al Juez de 1.ª instancia diciéndole:

«El impresor D. Fran^{co} Xavier Riesgo en la representacion que nos hace con fha. 24 del corriente solicita nra. proteccion para que V. S. le levante el arresto y apremios conque se le affige por haberse excusado á imprimir el periódico titulado el Montañés (de lo que no hubiera sido extraño se nos hubiese dado noticia) Y no pudiendo mirarlo con indiferencia puesto que goza sueldo por este Cuerpo y que puede serle preciso segun las urgencias en atencion á la buena conducta con que ha procedido hasta aqui. Ocurrimos á V. S. para que administrando Justicia se sirva tener en consideracion quanto queda expuesto.—Dios gue. á V. m.ª a.ª—Santander 29 de Diciembre de 1813.—Sr. Juez de 1.ª Instancia. (1)

4.º EL OBSERVADOR IMPARCIAL.

(1814)

Tampoco hemos conseguido ver ejemplar alguno de este periódico, continuacion del anterior; pero de los números que salieron así como de las doctrinas que sostenía, y hasta del encono con que se miraban en nuestra capital las personas que profesaban diferentes opiniones políticas, nos dió su editor en 1820 las curiosas noticias que siguen:

(1) Noticias citadas, pág. 20.

(1) A continuacion de este decreto se hallan entre otros, á folios 3, 5 y 6 los que expidió en su «Campo Imperial de Madrid á 4 de Diciembre» del año citado, destituyendo á los individuos del Consejo de Castilla «como á cobardes é indignos de ser los Magistrados de una Nacion brava y generosa; suprimiendo el Tribunal de la Inquisición», como atentatorio á la Soberania y á la Autoridad civil; y reduciendo los Conventos, que entónces existian, á una tercera parte, lo cual debia efectuarse reuniendo los Religiosos de muchos Conventos de la misma Orden en una sola casa.

«Con el fin de que nuestros lectores y todos los buenos ciudadanos puedan inteligenciarse de la verdad de los hechos relativos á la acusacion hecha en 1815 por el Administrador que fué de esta Aduana D. Santiago Blasco, ahora Contador principal de la de Málaga, contra don Bernardino Serrano, Editor en 1813 y 1814 del periódico *El Montañés*, despues *Observador imparcial*, copiamos el oficio de dicho Blasco al Subdelegado de Rentas que fué de esta provincia D. Vicente de Quesada, certificado con otros documentos sobre el mismo asunto, por el Contador principal interino de esta provincia marítima, el cual á la letra es como sigue:

«Viendo por el Real decreto del 16 del corriente que D. Bernardino Serrano ha sido nombrado Fiel Marchamador de esta Real Aduana, y sabiendo que este hombre quiso ser, y fué en efecto, aquí editor público del Periódico titulado *El Observador Imparcial*, que comenzó en 5 de Mayo del año último, y acabó el día 12 siguiente, cuyos dos números impresos (1) andubieron y fueron vistos algun tiempo despues por esta ciudad con sentimiento de los buenos servidores del Rey (a) de los vecinos y habitantes mas leales, sensatos y desengañados (b) he creído propio de mi amor al Rey y al mejor servicio en el presente destino; poner en la consideracion de V. S. si convendrá ó no recojer un ejemplar de los citados números publicados aquí bajo el título de *El Observador Imparcial*, y así recogidos dirigirlos á la Superioridad, suspendiendo la posesion de su editor Serrano hasta que con este conocimiento recaiga y se comuniquen la resolución que fuese del Real agrado. Acuérdome de haber visto en el núm. 1 el espíritu llamado liberal y el sistema constitucional enteramente despresivo á la soberania del Rey, ú opuesto al memorable Real decreto de 4 de Mayo en Valencia (c)

«Este fué entonces el concepto de los hombres verdaderamente instruidos, pacíficos y recomendables (como Blasco), y sobre todo los impresos lo dirán. Yo no quisiera hacer mal á nadie (d), pero mucho menos dejar de servir á nuestro Rey Q. D. G. con la plena lealtad (e), teniendo cerca de mí en esta Aduana empleados y dependientes

(1) En esto no dice la verdad pues se imprimieron algunos más.

(a) Si en efecto como é!!! ¿Po- qué le despojaron de la administracion de Santander.

(b) Esto es hipócritas, servilones y amigos de la arbitrariedad y despotismo como Blasco.

(c) Cuando se publicó éste en Santander, gritaba Blasco desde el balcon de la Aduana; *mueran esa negra Constitucion, mueran los picaroz liberales*: cuyo hecho se le justificará.

(d) En efecto él no quisiera hacer mal á nadie, pero mete el rejon: tal es el carácter de Blasco.

(e) Así debia ser, pero por algo salió multado en la causa del bacallao. ¿Y cuál fué el resultado de la guia cogida por el cabo de mar Roseñada, permitiéndole entrar en un Bergantin inglés 18 d, que en efecto se embarcaron en nueve cajones? De ello dió queja Roseñada á la Superioridad.

»que á lo menos se me parezcan en esto, y no me hagan temer, como Serrano, que abriguen en su corazon esas opiniones ó máximas que se atrevió á publicar en el núm. 1 de su *Observador (f)* V. S. acordará sin duda lo mejor. Dios guarde á V. S. muchos años. Santander 26 de Junio de 1815.—Santiago de Blasco.—Señor Gobernador Subdelegado de Reales Rentas de esta ciudad y Partido.»

«El público imparcial verá en esta parte la conducta seguida por Blasco contra el editor Serrano, á quien por su acusacion privó en diez y ocho meses de los sueldos correspondientes, haciéndole perecer con su familia, careciendo de otros recursos.—B. S.» (1)

5.º EL CONSTITUCIONAL.

4.º papel de hilo, 8 números que se dieron á la estampa en la imprenta de Riesgo.

Se publicaba los miércoles; comenzó á salir el 12 de Abril de 1820 y concluyó el 31 de Mayo del mismo; era su editor el médico titular don Vicente Perez de la Portilla, y tenía por principal objeto explicar la constitucion, segun lo asegura don Gervasio Eguaras Fernandez, al folio 4 vuelto de su M. S. titulado: «Documentos suministrados por D. Clemente Riesgo en Enero de 1861» de los cuales hemos tomado lo que antecede.

El mismo editor publicó tambien sobre el propio asunto: *Cartilla Constitucional para instruccion de los niños, y no niños*, núm. 1.º Dedicada al Soberano congreso nacional el Ciudadano Vicente Perez de la Portilla, Profesor titular de Medicina de la Ciudad de Santander.

«Ten niño hermoso, presente
esta sublime verdad;
la vida es carga insufrible
faltando la libertad.»

Santander: Imprenta de Clemente M.ª Riesgo. Año de 1822.

8.º papel de hilo, portada y 22 folios.

Apesar de que al pié de la ultima hoja dice que «Se continuará» no sabemos que diera más números que el citado.

6.º SEMANARIO CANTABRO.

(Al fin) Santander: Imprenta de D. Clemente María Riesgo.—Año de 1820.

Fólio, papel hilo, 24 números de dos hojas con 96 páginas, más cinco suplementos con 7 sin pa-

(f) Malagueños: esos son los sentimientos de Blasco: estará quemado con los oficiales, si como es de presumir no son serviles, pues odia los liberales.

(1) Semanario Cantabro n.º 19 del 20 de Agosto de 1820 folios 73 y 74.

ginación, correspondientes á los números 2, 10, 11, 14 y 20 de los días 23 de abril, 18 y 25 Junio, 16 Julio y 27 Agosto. (1)

No conocemos el precio á que se vendieron los primeros números, pero el 5.º y siguientes llevan sobre el título este paréntesis (Diez cuartos).

Comenzó á publicarse el domingo 16 de abril de dicho año y terminó el domingo 24 de setiembre del mismo, diciendo:

«Para que el público se desengañe si los Editores é impresor unidos emprendieron esta impresión más por beneficio comun, que por el lucro que podían prometerse, se pone una cuenta en globo de lo que ha producido, gastos que ha tenido y líquido producto, que es el caudal que algunos vociferan se ha ganado.

Producto de suscripciones y venta	1.600
Gastos que ha tenido.. . . .	1.450
Gran caudal partible entre editores é impresor.	150

«De suerte que esta tan exorbitante ganancia ha sido causa de que se haya puesto demente la prensa, y al mismo tiempo la han acometido unas tan fuertes tercianas que la imposibilitan para la impresión de periódicos, á no ser que algun buen ciudadano compadecido de su enfermedad la aplique el único remedio para restablecerla, que es darle gratuitamente unos 1.200 reales más ó menos que ha perdido en esta empresa.»

Eran sus redactores D. Bernardino Serrano, D. Vicente Pérez de la Portilla y (según nuestros informes) el abogado D. Domingo Agüera Bustamante, secretario interino entonces del Jefe político, y censor de teatros.

Contiene, entre otras cosas, en los números 2, 3 y 4 folios 8, 11 y 15 la descripción de las funciones que se hicieron en Santander con motivo de la publicación y jura de la Constitución á la cual asistió el Ayuntamiento Constitucional del año de 1814.—En el 3.º folio 11, el Acta de la reunión que la Sociedad patriótica celebró el 22 de abril en su sala propia de la calle de la Compañía, cuya primera reunión había tenido lugar el 10 anterior, con asistencia de la benemérita oficialidad del 2.º Batallón de Granada, en el Café Constitucional de la Paloma.—«En el 4.º f.º 13 la de la sesión que dicha sociedad celebró el 3 de Mayo con asistencia del Illmo. Sr. D. Fr. Miguel de Suarez de Santander.—En el 5.º f.º 18, el Discurso pronunciado por dho. Ilustre Señor en la referida sesión.—En el 16 f.º 61 la relación de los regocijos y demostraciones de patriotismo á que se entregaron la Sociedad patriótica, los Jefes y Oficiales del 2.º Batallón de Granada y los individuos de la Sociedad dramática del teatro de Santander, con motivo de los felices resultados del memorable día, 9 de Julio de 1820, en el cual se inauguraron las Cortes.—El 22 f.º 87 el Discurso pronun-

ciado en la apertura de la Sociedad patriótica constitucional de la Villa y plaza de Santoña en 1.º de Agosto» En el 23 f.º 89 un artículo refiriendo que las autoridades civiles y militares de Santander, la Sociedad patriótica y los demás patriotas de esta ciudad, habían manifestado de un modo nada equívoco sus votos decididos, apenas por diferentes y multiplicados avisos se recibieron noticias en el día 8 de que en el convento de las Caldas, Orden de Santo Domingo y sobre el Puente de S. Miguel se formaban juntas sospechosas y revolucionarias; y las providencias que las autoridades tomaron saliendo en comisión para aquellos puntos el Diputado de provincia Estrada y el Secretario interino del Gobierno político Agüera escoltados por la Compañía de Cazadores del primer batallón del Imperial Alejandro.

En los 19, 22 y 24 folios 75, 87 y 96 se hallan respectivamente otros escritos que no dejan de tener interés, como muestra de la libertad que tenía la prensa en aquella fecha, por lo cual los transcribimos á continuación.

«Jesus, María y José.»

«Testamento que hace un Hermano de la Escuela de Cristo de esta Ciudad de Santander, sano y salvo de toda enfermedad.

«Primeramente mando mi alma al Criador, que quiso redimirla con su preciosa sangre.

«Item. Mando mi cuerpo á la tierra, no á la del Campo Santo de N. P. S. Francisco, sinó á otra cualquiera que esté vendita, porque la del Campo Santo de S. Francisco me temo haya degenerado así como los hijos de este Seráfico Padre, antes pobres y ahora opulentos.»

«Item. Mi mortaja será uno de mis bestidos biejos, vendecido por el Párroco de mi Iglesia, que tiene tantas y más facultades para aplicar Indulgencias, que los frailes de cualquier Convento y Religion; y por este medio no pagarán mis herederos 6 ducadillos por un hábito biejo que no vale uno, siendo nula la palabra de que, *se dan por via de limosna*, pues ni al pobre, ni al que dá un real menos del precio estipulado se concede el bendito hábito con sus adealas.»

«Item. Mando que digan por mi alma 300 Misas repartidas entre los Sacerdotes seculares, que más dóciles en beneficio del pueblo y de los arrabales, establecerán la celebracion de media en media hora para provecho de los oyentes, y no quiero se diga una siquiera por los Frailes Franciscos, á no ser que sean constitucionales, porque no dan lugar á aprovecharse de poder asistir á tan augusto sacrificio á muchos que no pueden á una misma hora por sus trabajos y ocupaciones, pues los tales frailecitos parecen todos flacos de estómago y con el deseo de tomar el chocolate se atropellan á cojer los altares á puto el postrero.»

«Item. Mando que se haga un Campo Santo para que reposen en él las cenizas de los buenos habitantes de Santander y Arrabales con la correspondiente Capilla, pues de este modo los fieles vivos orarán por los fieles difuntos, sin la im-

(1) Conserva una colección completa de dicho Semanario nuestro amigo D. Antonio Bustamante, futuro marqués de Villatorre.

pertinencia y poco respeto á la casa de Dios y sacrificio de la Misa, atravesando los Legos por encima de los devotos oyentes y privándoles de la devocion al recoger y llevar los grandes canastos de pan, que ponen por ofrenda sobre el pavimento de la Iglesia las debotas Beatas y los banos orgullosos, en medio de la Misa, y aun cuando alzan á Dios, perjudicando al mismo tiempo á los asistentes en sus ropas á la que limpian los zapatos embarrados los RR. Legos, que mas bien se les podria llamar saltarines, por manera que parece á un saqueo despues de dada y ganada una accion, segun la priesa y precipitacion con que se tiran sobre los pobres panes.»

«Item. Mando, que desde hoy cesen en dar los debotos las limosnas que recogen por las casas estos Santísimos Religiosos, por que ya se niegan hasta ir á confesar, como es costumbre inmemorial, á los Hermanos de la Escuela de Cristo mensualmente, apesar de que por esto reciben su pitanza, segun la misma costumbre; respondiendole no lo egecutan porque tienen asuntos de mayor cuantía.»

«Item. Por último: y para todos los gastos que haya que hacer en la egecucion de lo dicho, de los bolsillos de las Beatas, que surten de chocolate, medias, tabaco y pañuelos á los..... sea quien sea: es bastante para esto y mucho mas lo que chorrean piano, pianino.

«Esta es la voluntad saludable para abatir el orgullo, puesto que así lo tiene muy bien meditado.—*El Repodrido.*»

Sres. Editores del Semanario Cántabro.

Muy Sres. míos: tengan VV. la bondad de ir extractando las partidas que se entregan por las tesorerías provinciales á la de la Cavada, para que todo el mundo vea á que precio sale cada cañon, que si no me engaño los últimos, que se han hecho, no bajan de á 12 D rs., esto es, á 1 D rs. por libra de calibre: ¿es un grano de anís 59 D rs. y las leñas para la próxima fundicion pudriéndose en los montes, porque no hay dinero? ¿á dónde van 59 D rs? ¡Ah Nación, cuanto sueldo inútil pagas, cuánto olgazan hay en la Cavada! Queda de VV. su afecto servidor q. b. s. m.—*El amigo del Olgazán.*

«*Sres. Editores del Semanario Cántabro.*

¿Es cierto que el señor Juez de 1.^a instruccion de esta Ciudad ha cometido algunas infracciones de Constitucion? VV. me dirán que no lo saben, y yo les digo que he oido decir; de que dias pasados allanó el mismo Juez con un Escribano y dos alguaciles la casa de un ciudadano, por el grave delito de haber refido con su mujer y dá-dola cuatro lapos; que dicho ciudadano le mani-

festó con prudencia que se sirviera sobreseer en un asunto que no merecia la pena; y que le contestó, *lo mandaria preso amarrado....* ¿Amarrado á un ciudadano español por reñir con su mujer y sacudí-dola el polvo á causa de la desvergüenza de la sin hueso? No lo creo; mas dicen que otros agraviados tambien por infraccion en otros expedientes, tratan de acudir, ó lo han hecho, á las Cortes por el remedio oportuno: digo á VV. que si es verdad, estamos buenos. ¿Conqué atropellados por el Juez de 1.^a instancia los ciudadanos? ¿Y el artículo 306 de la Constitucion? no se observa? Es regular que sí se observe, por las consecuencias, pero de todos modos conviene saber con quien se trata. De VV.—*El Atisvador.*

7.º EL PAYO PARLANCHIN.

Acerca de este periódico se lee al final del número 13 fólio 52 del citado «Semanario Cántabro» correspondiente al 9 de Julio de 1820 lo que sigue. «En esta Imprenta (la de Riesgo) se halla de venta el número primero del Payo parlanchin ó cartas inconexas entre sí que iran saliendo á luz para criticar varios abusos ó impugnar ciertos errores.

Otros dos periódicos estuvieron á punto de salir en dicho año; del primero dice el mencionado Semanario en su n.º 1 ó prospecto, «que le tenían ideado ciertos patriotas bajo el nombre de Centinela Montañesa» y del segundo refiere, en el número 24 del 24 Septiembre.

«La contrata del Semanario Cántabro con la imprenta se acabó y ésta no puede seguir más, pero el cuento es, amigo panzista, que va á imprimirse, segun pública determinacion de la benemérita Sociedad Patriótica, por cuenta de ésta, otro nuevo semanario con éste ó el otro título, al que urbana y fraternalmente cede el lugar el primero, con la segura confianza del buen desempeño, porque dos periódicos aquí no pueden sostenerse por falta de riego y brazos ¡Ay! que suda V., toma un polvo, le chispean los ojos, frunce el hocico, y entre gruñir y hablar, mastica tales ó semejantes palabras «Esto no puede sufrirse, todos se vuelven periódicos, sociedades patrióticas; si uno lo deja otro lo toma. Ahora que ya cesaba ese Semanario Cántabro nos encontramos con la pampirolada de que periodiquea la Sociedad ó el diablo. Miren VV. que gente para dejar ni un hueso sano á la turba pancina; pero yo les aseguro que con otros de mi calaña, donde no nos oigan ni vean y con todo secreto, les hemos de dar una carda mediana. Yo solo soy capaz de :::::: irme á mi casa y estarme escondido en ella porque no me descubran la C::::: Páselo V bien señor pancista; y para despedirnos al estilo de nuestros abuelos, á Dios, señor público hasta, que periodiquemos por cuarta vez pues con esta van tres. etc.»

HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

ESTABLECIMIENTO HIDROTERÁPICO DE SANTA LUCÍA.

Este elegante balneario situado al final de la calle del Martillo, á dos pasos del Café suizo, es sin duda uno de los más completos que en su género existen. Baños fríos y calientes, de agua dulce y de mar, medicinales, de vapor, de aire caliente, duchas, nada falta de cuanto constituye la medicación hidroterápica.

Un espacioso vestíbulo dá acceso al salón, elegantemente decorado, al que abren los departamentos de baño. Son éstos claros y bien ventilados, con pavimento de mosaico y pilas y tocadores de marmol blanco. El agua fría ó caliente corre en abundancia á voluntad del bañista que tiene los grifos á su disposición.

Al extremo del salón se halla el departamento de duchas trazado con arreglo á las instrucciones del especialista Doctor Beni-barde de París. A un lado y otro del vasto local se encuentran los vestuarios y tocadores para señoras y caballeros, ideados de tal modo que es imposible cualquier indiscreción.

Numerosos aparatos adaptados á todas las indicaciones del agente hidráulico funcionan á la temperatura y presión prescritas por la ciencia.

Es digno de mención el aparato llamado *Cámara hidroterápica* único en España, construido por los señores Corcho hijos, y que sirve para administrar toda suerte de duchas generales y locales, de chorro, cuchillo y regadera, ofreciendo la particularidad de que el enfermo puede por sí mismo darse la ducha que desea, ventaja sumamente apreciada por las Señoras que necesitando duchas locales pueden prescindir de la intervención de persona extraña.

La ducha de vapor, cuyo uso es tan general en el extranjero, no sabemos exista en España sino en este establecimiento.

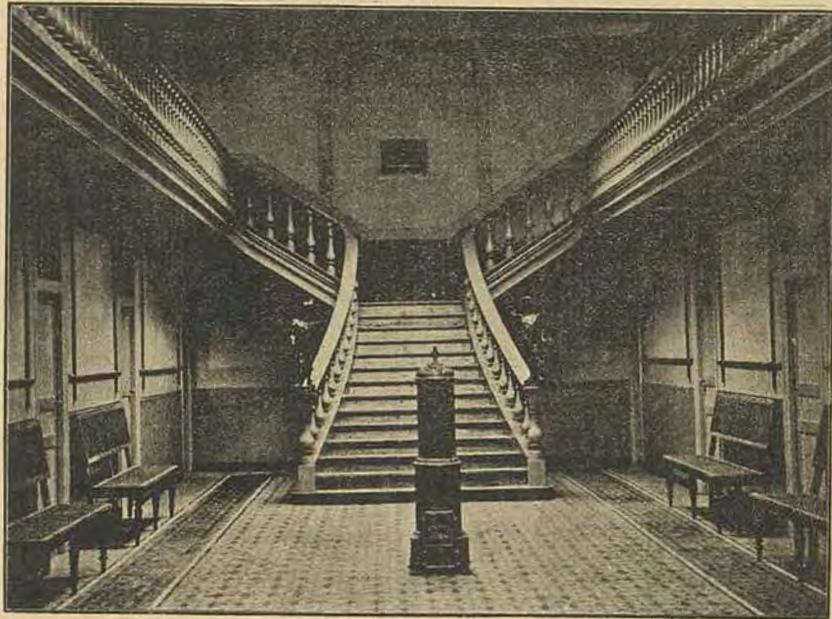
Los departamentos para baños de vapor, rusos y de aire caliente, puro ó impregnado de sustancias medicinales, tan eficaces en las afecciones reumáticas, completan la instalación balnearia.

Los prodigiosos resultados obtenidos en las afecciones de las vías respiratorias por el procedimiento Avilés, movieron al dueño del estable-

cimiento á dotar á Santander de las AGUAS AZOADAS de que ya disfrutaban Sevilla, Madrid, Barcelona, Cádiz, Málaga y otros puntos; y que después se han extendido por todas las capitales importantes de España y las principales del extranjero como París, Londres, Bruselas, etc.

Creemos prestar un verdadero servicio á los enfermos extractando algunas noticias sobre un agente terapéutico tan poderoso y las enfermedades en las cuales su eficacia está universalmente reconocida.

Cuando se abrió en Madrid el establecimiento de AGUAS AZOADAS de la calle de Valverde, al ver el tropel de enfermos que á todas horas invadían las salas de inhalación, no faltaron espí-



ritus escépticos que atribuyesen la voga del medicamento á un simple capricho de la moda. «Vemos dentro de un año» decían. Y en efecto, al cabo de un año hubo que triplicar los aparatos, al cabo de otro agrandar el local dándole triple extensión y al tercero todas las grandes poblaciones de España y muchas del extranjero y Ultramar poseían establecimientos de Aguas Azoadas á que acuden en todas estaciones millares de enfermos.

El procedimiento Avilés, como todas las invenciones ha tenido propagandistas entusiastas y ardientes detractores. Para los unos el ázoe era no solo específico *infalible* contra las afecciones del apa-

rato respiratorio, sinó una panacea universal. Para los otros no era sinó un gas inerte sin otra virtud que moderar la acción excitante del oxígeno. Estas exageraciones en pro y en contra dieron origen a apasionados debates en el mundo científico, cuyo resultado ha sido determinar en cierto modo la acción del medicamento.

El azoe no es el específico *infallible* de la tisis: el ázoe no reorganiza tegidos desorganizados; pero tampoco es un gas *inerte* bajo el punto de vista fisiológico. Si su función estuviere limitada á moderar la acción del oxígeno, no se explicaría la absoluta necesidad de los compuestos azoados en la alimentación. Tampoco se explicarían ni el aumento de apetito de los entermos (casi sin excepción) desde los primeros vasos de *agua azoada* ni la desaparición de antiguos dolores de estómago, ni la curación de ciertos afectos del hígado. Ciertamente que la acción terapéutica del ázoe no es suficientemente conocida, pero cierto también que sus admirables efectos son evidentes y claros como la luz del sol.

El apoyo decidido que nos ha prestado la clase médica, y el favor cada día más acentuado del público, prueban la bondad de nuestro producto, y nos dispensan de hacer elogios que pudieran tacharse de interesados. Creemos, por otra parte, que no hay propaganda más eficaz que la del enfermo que ha alcanzado su curación ó alivio con este tratamiento. Y como es ya muy crecido el número de los que han obtenido con las aguas azoadas este beneficio, consideramos solo necesario manifestar, como fruto de nuestra experiencia, los casos en que se encuentra más indicada por ser su acción más inmediata y segura.

El agua en bebida produce el efecto aperitivo y regulariza la digestión. Al día siguiente de empezar á usarla, cesa la INAPETENCIA, sea cual fuere la causa que la haya producido, y comienza á abrirse gradualmente el apetito, bastando pocos días para normalizar esta función importantísima de nuestro organismo. El uso del agua para este efecto se ha generalizado tanto, que acuden diariamente al establecimiento muchas personas á quienes no aqueja afección ni dolencia alguna determinada.

Como natural consecuencia del efecto aperitivo y de la influencia del agua en el aparato digestivo, se combate en muy poco tiempo la ANEMIA, siendo tan seguro é inmediato su efecto benéfico, que á los tres ó cuatro días empieza á fortalecerse el paciente, adquiriendo la piel, simultánea y gradualmente, su coloración natural.

Otra indicación de mucha importancia llena el agua nitrogenada, en bebida. Aludimos á la ANEMIA peculiar y típica de nuestras colonias. Contadas son las personas que van á Filipinas ó á Cuba y permanecen allí algún tiempo, que no vuelven con alteraciones más ó menos graves en sus funciones digestivas. El clima de ambos países y más particularmente el de Filipinas, produce una dispepsia irritativa gastro-duodenal, que altera la secreción de la bilis y determina el estado

anémico, que se observa á primera vista en los individuos de aquella procedencia, y que se manifiesta también, en la generalidad de los casos, por infartos del hígado, con el uso del agua, únicamente, y bebiendo cada día de un litro á litro y medio; hemos combatido con éxito varios casos algunos de ellos considerados graves, por el estado de demacración que presentaba el individuo. El resultado es bueno en la mayoría de los casos, pero hay que someterse al tratamiento de dos ó tres meses.

También es efecto inmediato del agua en bebida provocar una diuresis abundante, que permite eliminar gran cantidad de principios salinos y sustancias azoadas, ejerciendo pronta y saludable influencia en la GOTA, CÓLICOS NETRIFICOS, en algunas CISTITIS, y, sobre todo, en los CATARROS DE LA VEGIGA y de la MATRIZ, haciendo desaparecer la LEUCORREA ó FLUJOS BLANCOS. En esta clase de afecciones se nota la mejoría desde que empieza á tomarse el agua, dosificada convenientemente, pues ni debe bajar de un litro ni exceder de dos litros diarios.

Aunque la base del tratamiento es el agua en bebida, y al agua se deben principalmente los efectos saludables de esta medicación, juegan también un papel importante, como auxiliares, la inhalación y la pulverización azoadas. Aunque en Panticosa, como en los demás establecimientos de la misma índole, se considera la parte más esencial del tratamiento el agua en bebida y se prescribe sin excepción á todos los enfermos, tienen establecidos sus correspondientes gabinetes de inhalación y pulverización para hacer aplicaciones locales. Ambos medios auxiliares son excelentes, y con los aparatos de que disponemos y con la abundancia de gas que administramos, su efecto es superior, en todo, al que se alcanza en los establecimientos citados.

Las afecciones catarrales del aparato respiratorio figuran en primer lugar entre las que tratamos con el agua y la inhalación. En los catarrros de todas las mucosas ejercen siempre una influencia benéfica; pero en las LARINGITIS, FARINGITIS, CATARROS BRONQUIALES y PULMONARES, y aún en las PNEUMONIAS, su acción es más rápida y decisiva, porque al efecto del agua se une la cantidad notable de ázoe, que absorbe, en el aparato de inhalación, el paciente. La predisposición á estos catarrros y el catarro mismo, por crónico que sea, ceden al mes ó mes y medio de tratamiento.

En los CATARROS SIMPLES, tan numerosos en Madrid por lo variable del clima, y que son casi siempre el germen de afecciones graves y lesiones de término funesto, hemos obtenido resultados sorprendentes. Con dos inhalaciones de 15 á 20 minutos, tomadas en los dos primeros días del catarro, y de medio á tres cuartos de litro de agua en cada sesión, no solo se modifica, sinó que se extingue por completo, sin necesidad de emplear sudoríficos de ninguna clase, ni de

guardar cama, permitiendo al individuo hacer su vida ordinaria.

Los estados disnéicos, que siguen á las afecciones catarrales, ceden á los tres ó cuatro minutos de inhalación, y los producidos por afecciones ó lesiones del corazón se modifican considerablemente y cesan con una prescripción facultativa acertada. Respecto al ASMA BRONQUIAL, podemos ofrecer su curación radical, apoyados en numerosos casos de nuestra clínica y en el testimonio de muchos y distinguidos médicos de la localidad. Al hacer esta afirmación, que podrá parecer atrevida, tenemos la más completa seguridad del éxito, puesto que lo sabemos por experiencia propia. Pero no bastan, como se cree generalmente, unos cuantos días para extinguir esta dolencia crónica: en los casos más benignos y de mejoría más rápida y franca, no ha bajado de un mes, sin perder un solo día, el tiempo invertido en llegar á la curación deseada, pudiendo fijarse en dos meses el máximum para los casos rebeldes.

El efecto aperitivo del agua, unido á la acción sedante de la inhalación, detienen la marcha de la TISIS LARINGEA PULMONAR incipientes. Entre los varios casos que se han presentado á nuestra observación clínica, citaremos, por que no es fácil aducir pruebas, dos diagnosticados por profesores de mucha reputación en Madrid, de TUBERCULOSIS INCIPIENTE, y que han tenido curación completa. Por desgracia

son pocos los enfermos que acuden oportunamente á prevenir los efectos de este cruelísimo azote; y aunque no podemos explicarnos la causa de este abandono, el hecho es cierto y se confirma fácilmente, hojeando el libro de nuestra Consulta. Sin embargo, aún en la situación precaria en que se nos presentan, obtienen un alivio relativo, pues disminuye la fiebre héptica, se mitiga la tos, cesan los sudores nocturnos, se restablece el sueño y mejora la nutrición, prolongando notablemente la vida.

La pulverización faringo-laríngeas y las nasales, que hemos perfeccionado considerablemente, producen resultados tan favorables, que superan á nuestras esperanzas. Con el auxilio de estos aparatos, que permiten aplicar la pulverización á la temperatura que prescribe el médico, y con la presión, que varía de uno á setenta y dos grados de fuerza, se tratan con éxito seguro las ANGINAS CRÓNICAS, las AFECCIONES de las MUCOSAS NASAL, BUCAL y FARINGEA, aún en los casos de ulceración producida por el herpetismo ó el escrofulismo, siendo el efecto más sensible en el CORIZA CRÓNICO. Las pulverizaciones se administran por la mañana; y es conveniente siempre, é indispensable en muchos casos, tomar por la tarde una inhalación de quince ó veinte minutos, consiguiendo así sedar, en algún tanto, la alteración enérgica del medicamento local.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

La provincia de Santander.

Por real cédula de 29 de noviembre de 1785, mandó Carlos III establecer en Santander su propio Consulado de mar y tierra, concediendo á este cuerpo el tratamiento de Señoría y por blasón las armas de la ciudad en un escudo orlado con figuras alusivas á su instituto; el Consulado fué reemplazado después por la Junta y Tribunal de Comercio.

Carlos IV en 22 de enero de 1801 mandó crear varias provincias marítimas de-membrándolas de algunas de las antiguas, y así se constituyó la de Santander, separándola de su antigua capital Burgos.

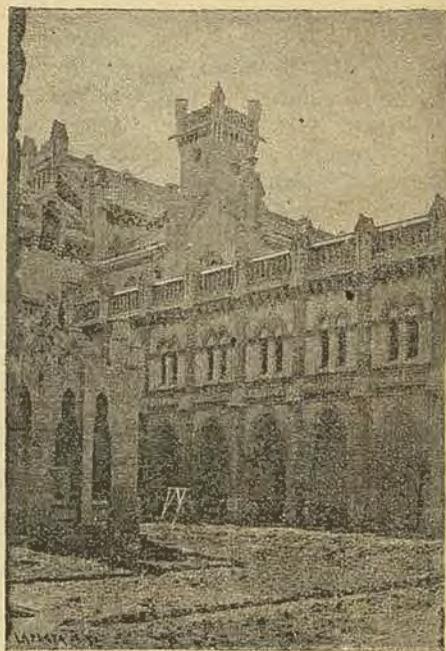
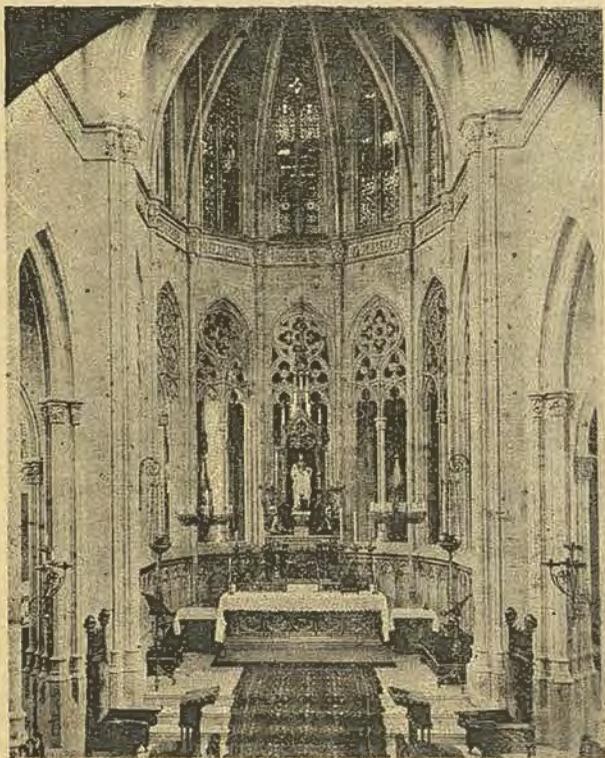


COMO EXPLICACIÓN.

Los fotografados que se reproducen en esta página son vistas de dos monumentos montañeses, levantados en Comillas, la villa de los Obispos y los López, á expensas del marqués de ese título.

Más atrás, puede ver el lector un artículo, titulado *El Seminario de Comillas* y original del Sr. D. José Díaz de Quijano, en que se hace la historia de aquél, al paso que se habla del palacio del Excmo. Sr. Marqués, el cual ha levantado cerca un hermoso edificio que es el panteón de su familia.

Allí puede enterarse el curioso de la construcción, estilo y grandeza de estos monumentos, y basta aquí



con decir que el fotografado primero representa el *claustro del seminario* y el de abajo el interior del *panteón* dicho.

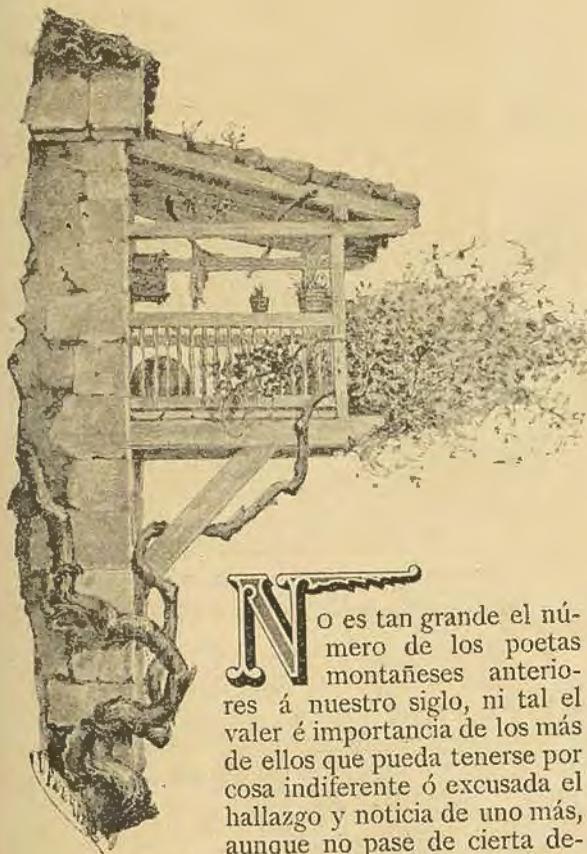
La hermosa villa, por consiguiente, corte veraniega algunos años de D. Alfonso XII, playa preferida de bañistas y *touristas*, ofrece también al artista preciadas bellezas de piedra.





UN POETA MONTAÑÉS DESCONOCIDO

DEL SIGLO XVIII.



No es tan grande el número de los poetas montañeses anteriores á nuestro siglo, ni tal el valer é importancia de los más de ellos que pueda tenerse por cosa indiferente ó excusada el hallazgo y noticia de uno más, aunque no pase de cierta decorosa medianía. El que voy á dar á conocer á mis lectores brilló fuera de España, por su copiosa doctrina y buen gusto literario, y nos ha dejado una colección bastante numerosa y ya rarísima de traducciones poéticas, que atestiguan la familiaridad que logró con los más excelentes modelos de la poesía hebráica, y de la italiana é inglesa. Pertenecía á aquella brillante colonia jesuítica, que el absolutismo regalista de los ministros de

Carlos III desterró á Italia, donde tan alta muestra dieron de la cultura científica de la ingrata patria que los lanzaba de su seno. Ya lo he dicho en otras partes (1) y aquí conviene repetirlo. En un solo día arrojamos de España: al P. Andrés, creador de la historia literaria, el primero que intentó trazar un cuadro fiel y cumplido de los progresos del espíritu humano: á Hervás y Panduro, padre de la filología comparada y uno de los primeros cultivadores de la etnografía y de la antropología; al P. Serrano, elegantísimo poeta latino, imitador y vindicador de Marcial; á Lampillas, el apologista de nuestra literatura contra las detracciones de Tiraboschi y Bettinelli; á Nuix, que justificó contra las declamaciones del Abate Raynal la conquista española en América; á Masdeu, que tanta luz derramó sobre las primeras edades de nuestra historia, siempre que su crítica no se trocó en escepticismo volteriano; hombre ciertamente doctísimo y á cuyo aparato de erudición muy pocos de nuestros historiadores han llegado: á Eximeno, filósofo sensualista, matemático no vulgar, é ingenioso autor de un nuevo sistema de estética musical: á Garcés, acérrimo purista, enamorado del antiguo vigor y elegancia de la lengua castellana, dique grande contra la incorrección y el galicismo: al P. Arévalo, luz de nuestra historia eclesiástica y de las obras de nuestros Santos Padres y poetas cristianos, que ilustró con prolegómenos tan inestimables como la *Isidoriana* ó la *Prudentiana*, que Huet ó Montfaucon ó Zaccaría no hubieran rechazado por suyos: al P. Arteaga, autor del mejor libro de Estética que se publicó en aquel siglo (fuera del *Laoconte*), fundador juntamente con Lessing de la crítica de teatros, historiador de las revolucio-

(1) *Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo 3.º, é *Historia de las ideas estéticas*, tomo 3.º, vol. 2.º

nes de la ópera italiana, hombre de gusto fino y delicadísimo en toda materia de arte, sobre todo en la crítica dramática, como lo muestran sus juicios acerca de Metastasio y Alfieri, que Guillermo Schlegel adoptó íntegros: al P. Aymerich, que exornó con las flores de la más pura latinidad un asunto tan árido como el episcopologio barcelonés, y que luego en Italia se dió á conocer por *paradojas filológicas* entónces tan atrevidas, como la defensa del latín eclesiástico, y el deslinde de la *lengua rústica* y la *urbana*: al P. Plá, uno de los más antiguos *provenzalistas*, émulo de Bastero y precursor de Raynouard: al P. Gallisá, discípulo y digno biógrafo del gran romanista y arqueólogo Finéstres: á Requeno, el restaurador de la pintura pompeyana é historiador de la música y de la pantomima entre los antiguos: á Colomé y Lassala, cuyas tragedias admiraron á Italia, y fueron puestas en rango no inferior á la *Mélope* de Maffei: al P. Isla, para cuya alabanza bastan su popularidad de satírico nunca marchita, y el recuerdo de su *Fr. Gerundio*: á Montengón, casi el único novelista de entónces, imitador del *Emilio* de Rousseau en el *Eusebio*, é iniciador de una especie de novela histórica en el *Rodrigo*: al P. Aponte, maravilloso helenista, restaurador del gusto clásico en Bolonia, autor de un nuevo sistema gramatical muy próximo al que hoy usamos, maestro de Mezzofanti, é insuperable traductor de Homero, al decir de Moratin que llegó á ver sus manuscritos, hoy lastimosamente perdidos: al P. Pou, por quien Herodoto habló en lengua castellana: á los matemáticos Campserver y Ludeña: al P. Alegre, insigne por su virgiliana traducción de Homero: al P. Landívar, cuya *Rusticatio Mexicana* recuerda algo de la hermosura de estilo de las *Geórgicas* y anuncia en el poeta dotes descriptivas de naturaleza americana no inferiores á las de Andrés Bello: á Clavigero, el historiador de la primitiva México: á Molina, el naturalista chileno: al P. Lacunza, peregrino y arrojado comentarista del *Apocalipsis*, acusado de renovar el *milenario*: al P. Gener, que proyectó y en gran parte realizó el plan de una vastísima enciclopedia teológica, que implicaba una absoluta renovación de los estudios eclesiásticos, basada en la alianza del método histórico y positivo con el escolástico: al P. Gustá, controversista incansable, siempre envuelto en polémica con jansenistas y filosofantes, impugnador de Mesenghi y Tamburini, y apasionado biógrafo de Pombal: al P. Pons, que cantó en versos latinos la atracción newtoniana: al P. Prats, ilustrador de la inscripción de Rosetta y de la rítmica de los antiguos: á Prat de Saba, bibliógrafo de la Compañía y fecundísimo versificador latino, autor de los tres poemas *Pelagius*, *Ramirus* y *Ferdinandus*, ingeniosos remedos virgilianos: á Salazar, brillante imitador de la *Estér* de Racine en su *Mardoqueo*, una de las tragedias del siglo pasado mejor escritas, y versificadas con más elegancia: á Diosdado Caballero que echó las bases para la historia de la tipografía española: al P. Gil, vindicador y de-

fensor de las teorías de Boscowich... ¿Quién podrá enumerarlos á todos ni á los más insignes siquiera? Colocados nuestros jesuitas en la situación más ventajosa para aprovecharse del saber de los extraños, cumplieron la noble tarea de traer á su patria los resultados más positivos de la cultura de aquel siglo, siendo eficaces intermediarios entre las dos Penínsulas hespéricas, unidas entónces casi tanto como en el siglo XVI por la comunidad de estudios y de gusto literario.

El modesto poeta de quien voy á tratar y que nos interesa por razón de paisanaje, no alcanza la notoriedad ni el mérito de la mayor parte de éstos, pero á su modo trabajó dignamente en la misma empresa civilizadora, y no merece el absoluto olvido que hoy pesa sobre su memoria. Por primera vez ví citado su nombre en el insigne tratado *De la Belleza Ideal*, dado á luz por el P. Arteaga en 1789 (p. 133). Allí se menciona la traducción del *Paraiso perdido* «que actualmente hace en Italia D. Antonio Palazuelos» y se copian incidentalmente unos versos del canto 5.º, traducidos con más fidelidad que armonía. Más adelante vino á mis manos un tomo que contenía cinco distintas obras de Palazuelos, para mí totalmente desconocidas, á pesar de haberme dedicado por muchos días á buscar noticias de traductores españoles para cierta bibliografía que preparo. Estas obras eran:

1.ª *Cánticos de Salomón. Versión Poética en metro Metastasio para el autor de la del «Salterio», de la de Job, y de Milton.* 8.º XL páginas, sin lugar ni año. Con una dedicatoria á la duquesa de Frías.

2.ª *La Divina Providencia ó Historia Sacra Poética de Job, versión de un Filópato expatriado, dedicada al Príncipe de la Paz.* 8.º, 71 páginas de letra menudísima, sin lugar ni año. Con una dedicatoria al Príncipe de la Paz y un *Prólogo al cristiano lector*. Al fin del libro hay un epigrama latino del mismo autor.

3.ª *Ensayo del hombre en cuatro epístolas, de Alexandro Pope, traducido por un Filópato. En Venecia, por Antonio Zatta, 1790.* XCIV pp. Con una dedicatoria en verso á la señora condesa Juana de Onofri Fiorenzi Martorelli, Patrizia Espletina.

4.ª *El Magisterio Irónico del Cortejo, ó el chichisveo del célebre Abate Parini, versión de un filópato expatriado.* 8.º, 68 pp. Con una dedicatoria fecha en Venecia 14 de Junio de 1796 á la Infanta de España, Princesa de Parma, Placencia y Guastalla, doña María Luisa de Borbón. Firma don Antonio Fernández Palazuelos. Bajo el extravagante título de *El Magisterio Irónico* se oculta nada menos que el famoso poema del Abate Parini, intitulado *Il Giorno*. Al fin hay dos sonetos italianos, uno de ellos indudablemente de Palazuelos, y otro de un amigo suyo, cuyo nombre no se expresa.

Tengo alguna sospecha de que estas versiones, aunque impresas, no llegaron á ser publicadas, esto es, á circular. A excepción del *Ensayo so-*

bre el Hombre, ninguna de ellas tiene portada ni indicios de haberla tenido jamás. En segundo lugar son tan raras, á pesar de su fecha no muy remota, que nunca he visto de ellas más ejemplar que éste, el cual puede ser muy bien un ejemplar de capillas.

Pero á pesar de toda su rareza, no se ocultó este jesuita á las asiduas investigaciones del más profundo conocedor de nuestra historia literaria de la centuria pasada, el delicado crítico don Leopoldo A. de Cueto, marqués de Valmar. Es cierto que no le menciona en su admirable y copiosísimo *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana del siglo XVIII*, publicado en la *Biblioteca* de Rivadeneyra, donde naturalmente hubo de prescindir de muchos poetas de tercero ó de cuarto orden, pero en un *Catálogo bibliográfico* de dichos poetas, trabajo complementario que no llegó á ver la luz, y que el señor Cueto nos ha regalado manuscrito con generosidad que no podemos encarecer bastante, aparece, entre otros innumerables vates oscuros, el nombre de D. Antonio Fernández Palazuelos, con nota bibliográfica de tres traducciones suyas, el *Ensayo sobre el hombre*, la *Historia Sacro-Poética* de Job, y una que no está en mi colección y jamás he visto:

—*La Tertulia* del Abate Bondi, traducción en verso suelto. En Venecia, por Antonio Zatta. 1795.

De la traducción de *Il Giorno* remití el año pasado algunos fragmentos á mi amigo y condiscipulo el ingenioso literato mallorquín J. Luis Estelrich, para que los insertara, como lo hizo, en su rica *Antología de poetas líricos italianos traducidos en verso castellano*. Pero no pude darle entonces ninguna noticia biográfica del autor, porque ninguna tenía, y no sospechaba siquiera que fuese paisano mío. Al cabo reparé en unos versos que muy inoportunamente intercala, como otros varios de su cosecha, en la traducción de *Il Giorno* de Parini, y en los cuales hace la apología de sus propias composiciones

Sin gállicos resabios moduladas
Del montañés Besaya en rancio idioma.

Estos versos fueron para mí un rayo de luz. Abrí inmediatamente la *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jésus*, monumental trabajo de los PP. Agustín y Luis de Backer, publicado en Lieja desde 1853 á 1861, y en el tomo 6.^o ó 6.^a série, pág. 414, leí con júbilo los siguientes renglones:

«Antonio Fernandez Palazuelos nacido en Santander (España) el 16 de Julio de 1748, entró en la provincia de Chile el 17 de Julio de 1763. Después de la supresion de la compañía, dirigió la educacion de muchos caballeros principales.»

Y á renglón seguido, citan los bibliógrafos jesuitas, cuatro obras de Palazuelos, es á saber, el *Ensayo sobre el hombre*, los *Cánticos de Salomón*, *El Salterio Davidico profético de los sentimientos*

del Pueblo de Dios en metro cantabile (Venecia, por Antonio Zatta) y *La Tertulia del abate Bondi. Versión en verso suelto por el autor de la Job, de Pope, de Milton y de Parini en el mismo metro* (Venecia, por Antonio Zatta, 1795, 12.^o.)

Resulta, pues, que son siete por lo ménos, las obras impresas del P. Fernández Palazuelos, y que al parecer nadie las ha visto juntas, puesto que Cueto vió tres, los P. P. Backer cuatro, y yo cinco. También podemos conjeturar, en vista de la indicación de Arteaga y del empeño con que Palazuelos se titula al principio de sus libros «traductor de Milton,» que logró llevar á bueno ó mal término su versión del *Paraíso perdido* y aún imprimirla. En este caso, un día ú otro ha de parecer de fijo, y como Palazuelos, á pesar de sus defectos de gusto que luego se indicarán, no carecía de condiciones poéticas y sabía bien el inglés, es de presumir que su versión de Milton citada con recomendación por tan buen juez como el P. Arteaga, sea menos desmayada que la de don Benito Hermida, y sobre todo que la del canónigo Escoiquiz, pésimo y arrastrado versificador, de tan mala memoria en las letras como en la política.

Bien hubiera querido añadir algunos datos á los muy concisos, aunque sustanciales, que los P. P. Backer nos suministran, tomándolos sin duda de los registros y libros de profesiones de la Compañía. Sabemos la pátria de Palazuelos, la fecha de su nacimiento (que es fácil comprobar examinando los libros parroquiales, lo cual no hago hoy por no dilatar más la publicación de este artículo). Sabemos también que desde 1763 hasta 1767, fecha de la expulsión, residió en la provincia de Chile. Si llegan estos renglones á manos de alguno de los muchos cultivadores de los estudios históricos, tan florecientes hoy en aquella República, quizá le sea fácil descubrir alguna huella del paso de nuestro poeta santanderino por las regiones del Sur de América. Sabemos, finalmente, que en Italia, después de la extinción de la Compañía, se dedicó á la enseñanza privada como ayo ó preceptor en casas nobles, profesión que eligieron otros muchos jesuitas españoles, entre ellos el P. José Tórres, que fué maestro del gran Leopardi. Fáltame toda noticia relativa á los últimos años de Palazuelos, y hasta ignoro si llegó á volver á España ó si murió en Italia, lo cual parece más creíble, puesto que su edad, ya bastante avanzada al finar el siglo, no hace creer que pudiera alcanzar hasta 1815, fecha de la restauración de la Compañía en los dominios españoles (1).

(1) Escrito ya este artículo, tropiezo en el *Diccionario bibliográfico histórico* de Muñoz Romero con noticia de una obra en prosa del P. Palazuelos que existe manuscrita en la Biblioteca de la Academia de la Historia. Su título es *Demarcación geográfica de la España Romana y sus provincias delineadas segun los fragmentos coordinados de autores griegos y romanos, mayormente para la ilustración de la antigua Cantabria, desde su conquista hasta la invasión de los moros, por don Antonio Fernandez Palazuelos.* (Ms. en el tomo tercero de la colección de Vár.

Apénas nos ha dejado el P. Palazuelos versos originales en lengua castellana: yo á lo menos no conozco otros que los de las infelícisimas dedicatorias de algunos de sus poemas, y los de una sátira todavía más infeliz, que vá al fin del tomo que contiene su versión del *Ensayo* de Pope. Pero en latín y en italiano los hacía con mucha elegancia y muy buen gusto. El siguiente *epigrama* (en el sentido antiguo de la palabra, ésto es, *inscripción*), á una efigie de Ntra. Sra, que tenía el autor en su cuarto, es (á pesar de lo sagrado del asunto) un primor de elegancia mimosa y de gracia mórbida, semejante á la de Catulo hasta en la afectación de los diminutivos:

Nusquam ¡pol! magis emicant, nitentque
Venustasque, pudorque, gratiaequae.
Flavis caesaries comis renidet,
Frontem laetitia explicat serena;
Pudor virgineus inest ocellis,
Genisque in rubeis ebur coruscat;
Rubent turgidulo labella in ore,
Surgit tornatilis, teresque cervix,
Lacteusque sinus utrimque turget,
Manusque, atque habitus perelegantes.
Tot dotes tibi, sunt quot astra coelo.
Quam solo potis est beare visu!
Quo mihi liceat frui per aevum.

El epigrama es tan profano y riñe tanto con el título (*Ad effigiem B. M. V. penes auctorem*) que cualquier malicioso pudiera pensar que el autor le tenía compuesto á menos santo propósito, y luego con el título quiso cristianizarle. De su destreza como versificador italiano puede dar testimonio el soneto que compuso á la muerte de su amiga la Condesa Juana de Onofri Fiorenzi Martorelli, patricia de Spoleto, la misma ilustre señora á quien había dedicado en 1790 el *Ensayo* de Pope *sobre el Hombre*, ponderando en la dedicatoria su «generosa prosápia y gran fortuna,»

La singular modestia en tal belleza,
La discreta cultura en tal talento.

Muerta ésta, que Palazuelos llama «gran Matrona», un amigo suyo le dirigió el siguiente soneto consolatorio:

Antonio, ahimé! morta è colei che avvinto
T' ebbe molti anni in amistà verace;
Fosti amator non di beltà fugace!
Ma dell' esempio di virtù non finto.
Giacque anzi tempo il nobile genio estinto,
E nell' egro tuo cor non hai più pace:
Ogni pensiero di letizia tace;
Tutto t' appare di mestizia cinto.

Che poss' io dir? ah si di sfera in sfera
Sai le vie di poggjar, all' alma bella
Volgi lo sguardo di tua mente altera;

Ivi vedrai per tuo conforto ch' ella
Ornata dell' immagine primiera
Ritorna a fiammeggiar su la sua stella.

Y nuestro poeta montañés respondió por los mismos consonantes, mostrando sus no vulgares disposiciones para el cultivo de la poesía petrarquesca:

Paolo, quel duol, che ancor mi tiene avvinto
Fra catena infrangibile verace,
Non piange, no, morta beltà fugace,
Paragon di virtù bensì non finto.

Arde Fenice in rogo, ah! non estinto,
E incombustibil giacque in alma pace:
Quel dolce accento, ohimé! in eterno tace,
È me sol lascia di amarezza cinto.

Por mi porta il desio su quella sfera,
Dove riposa l' alma pura e bella,
E più amabil la veggo, e meno altera,
E al volger d' occhi riconosco ch' ella
Serba per me la sua bontà primiera
Folgo reggiando in mezzo alla sua stella.

No ha sido rara entre los montañeses la aptitud para escribir versos y prosas en lengua extraña, como lo prueba el grande ejemplo de Trueba y Cosío, cuyos libros se reimprimen todavía en las colecciones de clásicos ingleses, y el de La Serna Santander que escribió en francés la mayor parte de sus grandes trabajos sobre la historia de la Imprenta. A estos nombres y á otros menos conocidos, es justo añadir el de Fernández Palazuelos, versificador no vulgar en lengua toscana.

Pero también lo fué en castellano, aunque no nos haya dejado más que traducciones. Poeta sin duda de corto vuelo, y de inspiración propia no bastante rica, buscó el calor de la inspiración agena, y pidió modelos á las literaturas más distintas, demostrando así su flexible capacidad para entender y sentir la belleza bajo muy distintas formas. La poesía sublime y profética de los sagrados libros alternaba en su estudio con el arte virgiliano de Parini, admirable cincelador del endecasílabo, y exquisito artífice de una ironía amplia y magestuosa que levantó la sátira á la altura de la epopeya. Y de Parini pasaba sin esfuerzo á la sentenciosa concisión del arte de Pope y á la volcánica región en que se mueve el sombrío y terrible poeta puritano que grabó con buril de fuego los combates de los ángeles y las desesperaciones de Satanás vencido.

Si al buen gusto en la elección de los textos poéticos que interpretó hubiese correspondido el arte de estilo que no poseyó más que á medias, Palazuelos merecería ocupar un puesto muy distinguido en la literatura nada original de su siglo. Pero las circunstancias de su vida, pasada la mayor parte fuera de España, le hicieron, si no olvidar el uso de su lengua y el ritmo propio de ella, á lo menos desatenderle en muchas ocasiones, plagando sus versos no siempre eufónicos de vo-

gas Ponce). «El objeto de esta obra (dice Muñoz Romero) es impugnar *La Cantabria Vindicada* de Ozaeta, lo que hace con acierto y copia de textos. Es sensible que el estilo del autor sea extremadamente incorrecto.»

ces anticuadas, de italianismos, de construcciones puramente latinas y lo que es peor, de neologismos bárbaros caprichosamente inventados por él. Hay trozos de sus poemas que parecen escritos en una inextricable gerigonza. Véase alguna muestra:

En llanto horrible resonar fué oída
La *régia* (1) del amor. El lento anciano
Con su encrespada *cute*, osó protervo
Contender con el nieto, en la presencia
Del monarca común, no sin ruidosa
Derision de los jóvenes mordaces.

Tú, pues, cuando rayare la mañana
Con plácidos albores, al paseo
Jocundo y salútfiero, *pedestre*
Te encamina, y conforta con el aura
Matutina, tu ajada, aunque celeste
Compleción: de badana la más fina
Purpureos botines te *caucionen*
Pulposas pantorrillas contra el lodo
Ó el polvo molesto.....

Entre banquetes vespertinos *lautos*
Avanzarme osaré cantor humilde

Sermocinar contigo si queremos.....

Estos ejemplos están tomados al azar de la traducción de *Il Giorno*, última obra que conocemos de Palazuelos, y en la cual, así como se encuentran sus mejores versos, así se encuentra también llevado hasta la última exageración este singular estilo. Añádese á esto que tampoco suele respetar la prosodia, tomándose tan exorbitantes licencias como pronunciar constantemente *purpuréo*, *eburnéo*, *protótipo*, y otros verdaderos barbarismos, inexplicables en un versificador tan ejercitado y que no carecía de soltura. De inversiones no se hable: la sintáxis de Palazuelos es poco menos que latina;

..... Con *poniente*
No te sentaste *sol* á parca cena

es uno de los casos de hipérbaton más leves que en él encontramos.

Pero en medio de este lenguaje estafalarario, que á la primera impresión desagrada tanto, centellean muy de continuo en los desaliñados versos del jesuíta de Santander intenciones y rasgos verdaderamente poéticos, y se advierte laudable esmero en huir del prosaísmo de dicción, verdadera calamidad de las letras en aquel siglo, esforzándose el autor de mil maneras y con mil diversos artificios, de mejor ó peor gusto, en levantar el tono y acomodarle á la grandeza de los asuntos.

(1) *Régia* como sustantivo equivalente á *palacio* (*domus regia*) fué usado también por Maury en su traducción del libro 4.º de la *Eneida*,

Tres libros poéticos de la Sagrada Escritura tradujo: los *Salmos*, el *Cántico de los cánticos* y el *Libro de Job*. No he visto el *Salterio*, y sólo sé porque el autor nos lo dice en uno de sus prólogos que estaba en metro *cantable*, con la mira de »sustituirlo á tantas cantilenas populares, carros triunfales de nuestra vergonzosa corrupcion». Por tanto debía estar calcada sobre el modelo de la versión italiana, entónces celebradísima, del canónigo napolitano Saverio Mattei, que tuvo la extraña ocurrencia de convertir los *salmos* en árias de ópera metastasiana. La boga de los versos de Mattei, totalmente infieles al espíritu y á la letra de la poesía hebrea, pero fáciles y melodiosos, fué tan grande como pasajera. Todo el mundo sabía de memoria en Italia y en España algunas de estas versiones:

Dell' Eufrate sul barbaro lido
Rimembrando l'amata Sione,
Mesto, afflito, confuso m'assido,
E frenarmi dal pianto non so.

Lungi il canto: di lagrime amare
Sol si pasce l'afanno ch'io sento:
Ad un salcio, ludibrio del vento,
La mia cetra qui pender faró.

No se aventura mucho con creer que el P. Palazuelos imitaría los metros de Mattei, como lo hizo en Portugal la marquesa de Alorna, y en Méjico el elegante y clásico Pesado.

Tentativa del mismo género es la paráfrasis de los *Cánticos de Salomón* hecha por nuestro jesuíta en metro metastasiano. También aquí tuvo á la vista un modelo italiano muy conocido: la paráfrasis del Padre Carmelita Evásio Leone. El mismo Palazuelos lo confiesa francamente. «Evásio Leone ha sido mi luminoso dechado». Aunque él no lo dijera, bastaría comparar ambas versiones, para convencerse de que Palazuelos ha traducido el texto italiano de Evásio Leone más que el latín de la Vulgata, y más que el hebreo del original, aunque no fuese totalmente forastero en la lengua santa. Así empieza la versión del Carmelita:

Per te si strugge, il sai, prence adorato,
Quest' anima fedele. Un bacio solo
Del tuo porporeo labbro
Deh, non mi nega. ¡Oh quanto
E' dolce l' amor tuo! non così dolce
Per le vene serpeggia il piú soave
Generoso licor. Dovunque il passo
Movi, mio ben, di preziosi unguenti
Spira l' aura odorata. Ah! non a caso
Le piú belle e ritrose
Donzelle vevrose
Avampano per te, se il tuo sol nome,
Se il tuo bel nome sol ne' loro cuori
Desta, e mantiene i fortunati odori.

Y empieza la de Palazuelos:

Alámpase por tí, príncipe amable,
Amante ésta alma mía: Un solo, un solo
Osculo de tus labios
Imprímeme siquiera. ¡Oh cuán süave,
Oh cuán fuerte es tu amor! no hay vino alguno
Comparable con él. Tu dulce nombre
Articulado sólo
Efluvios odoríferos difunde
De confeccion preciosa: sus destellos
De vírgenes inflaman pechos bellos.

Otras veces la semejanza es menos patente. Palazuelos sigue paso á paso las mismas combinaciones de metros que usa Evásio Leone, pero en la parte cantable no suele ceñirse á las mismas palabras ni siquiera á las del texto. En este mismo capítulo tenemos algun ejemplo de éllo. Dice Evásio Leone:

Ah non lasciarmi no,
Tu che mi struggi il cor
Col raggio feritor
Di que' bei lumi.
A cosí cara guida
Io sempre unita, e fida
Dietro l' odor verrò
De' tuoi profumi.

Los versos de Palazuelos correspondientes á éstos en el metro, pero muy diversos en la sustancia, son los siguientes:

De tu imán, caro esposo,
Mi corazón robado
Suspira por tí ansioso,
Derrítete, mi bien.
Ablándete mi ruego,
Sígote, dueño mio,
Mirame sin desvío,
Trátame sin desdén.

Pero á renglón seguido en el recitado vuelve á notarse la huella de Evásio Leone:

Che miro! Oh me felice! Ed è pur vero?
Dunque i miei voti a te non porsi in vano?
Tu stendi a me la man,—e tu non sdegni
Teco guidarmi ove più splende adorno
D' ostro e di gemme il tuo real soggiorno.

PALAZUELOS.

Qué veo? soy feliz: no ha sido vana
Mi súplica amorosa; sí, la mano
Me extiendes adorable, y á tu régio
Tálamo me conduces. ¡Qué deleite,
Qué júbilo me espera en la memoria
De nuestra *dilección* más vehemente
Que vinoso licor el más potente!

Cándida no es mi tez, soy bella empero,
Doncellas de Sión: ¿no son morenas
Las tiendas de los Arabes, y pardos
De Salomón los reales pabellones?
Ah! no miréis mi tórrido semblante
Alterado del sol, que mi belleza
Ofuscar no ha podido. Á la custodia
De viñas me apremiaron inhumanos
Con daño de mi viña mis hermanos.

Estos últimos versos son ciertamente felices, pero gran parte de su mérito ha de atribuirse al carmelita toscano:

Bianco non è questo semiante, é vero,
O di Solima figlie: e pur son bella.
Bruni non son gli alberghi, ove dimora
L' arabo abitator? Brune non sono
Di Salomon le tende? Ah non mirate
Quel che mi tinge il volto
Fosco color: se il sole
Il candore oscurò del volto mio,
La beltà non gli tolse. I miei germani
M' astrinsero sdegnosi
A custodir le pampinose vigne.

No insistámos en este paralelo, ni recordémos tampoco la lindísima imitación que de la paráfrasis de Evásio Leone hizo con evidente superioridad el mejicano Pesado mezclando en élla hábilmente recuerdos del estilo de Fr. Luis de Leon, insuperable traductor y comentador del *Cántico de los cánticos*. Pero creemos firmemente que si la traducción del P. Palazuelos no tuviera tantas extravagancias de dicción y tanto latinismo inútil, competiría ventajosamente con la de Gonzalez Carvajal, que cuanto le vence en pureza de lengua, otro tanto le queda inferior en aliento y brío poético. Citaremos algunos otros pasajes, único medio de dar á conocer una obra completamente desconocida. Obsérvese con qué facilidad y armonía construía Palazuelos los versos cortos. Había adquirido en Italia el sentido de la poesía musical, y hubiera sido excelente poeta de *librettos* ó de *oratorios*.

Entre las sombras pálidas
De noche silenciosa
Ningún descanso plácido
Mi ánima amorosa
Permite al corazón.

Siempre palpita tímido,
Diciendo en sus latidos:
Por qué se tarda? Búsquese
Con todos los sentidos
La sola, la adorable
Causa de mi pasión

(Cántico IV)

Venid, venid con júbilo
Á contemplar glorioso

Á vuestro augusto esposo,
Ornado con diadema,
Doncellas de Sión.
Cifiosela su madre
Como nupcial coyunda,
Cuando le dió fecunda
Gratísima consorte
En día de fruición.

(Cántico V)

.....

Mis pasos sigue, esposo: ven, conmigo
A vivir en la quinta: allí de acuerdo
A la risueña aurora
Irémos á mirar en nuestra viña
Los vástagos floridos con follajes
Y jugosos agraces: y veremos
Con placer renaciente si el ganado
Está ya repastado
De flores y de frutos.
Con requiebro amoroso
Harémos allí prueba
De conyugal caricia siempre nueva.

Allí entre blanda hierba
Espiran mil olores,
Mil apacibles flores,
Esposo, para tí.
Ya del pasado otoño,
Ya frutas del reciente,
Amante diligente,
Para mi amor cogí.

Además de los salmos y del *Cántico de los Cánticos* tradujo Palazuelos *el Libro de Job*, tomando aquí por modelo la versión italiana del abate Ceruti. «He procurado seguir sus huellas luminosas (dice) especialmente en la magestuosa versificación dignísima de lo sublime de la materia, y del estilo original, superior á cuanto se conoce en este género.» Hay trozos de noble estilo y de versificación muy robusta, salvo la profusión de asonantes que el oído del P. Palazuelos, acostumbrado á la lengua italiana, ya seguramente no percibía:

Mal haya, sí, mal haya el primer día
Que ví, y la noche que anunció primera
Mi acerba concepción: nunca la lumbre
Su tiniebla ilumine: hórrida sombra
Le ofusque tenebrosa: negra nube
Para siempre le encubra: siempre el cielo
Le mire con desdén.

.....

..... Oh noche, noche,
Criminal, malhadada ¡Envuelta seas
En lobreguez palpable: mes ninguno
Te cuente entre las suyas: ningún año
Tampoco entre sus días: ningún himno
De júbilo resuene en tí desierta.
Quien mal augura el día te maldiga

O quien en vano al Leviathán acecha.
Su obscuridad profunda eclipse el brillo
Del lucero y estrellas, cuya lumbre
Espere y nunca vea; ni la aurora
La ilustre con su albor.
. ¿Por qué la muerte
No sofocó mi hálito en el gremio,
O no espiré á lo ménos aun naciente?

Yaciendo en paz ahora, en grato sueño
Con reyes me estaría y con magnates
Árbitros de la tierra que palacios
Fabricaron magníficos y yermos,
Con príncipes que erarios de tesoros
Codiciosos hincheron de oro y plata.
La luz intempestiva no vería
Aborto y embrión: allí del ímpio
El estruendo enmudece: allí el reposo
El fatigado encuentra: en tregua y calma
Allí la voz no escucha del tirano
Imperioso, el cautivo: allí en confuso
Con el pequeño el grande está, y el siervo
Libre de su opresor.

El que en pleno siglo de poesía prosáica acertaba á interpretar con tan viril crudeza las amargas maldiciones del patriarca iduméo, podría ser en la lengua todo lo incorrecto que se quiera, (ni de éllo es responsable apenas) pero tenía sin duda instinto de poeta.

Otro ingenio montañés, algo posterior, el muy docto Dean de Orense don Juan Manuel Bedoya (natural de Serna en el Marquesado de Argüeso) llevó á término una completa versión de los libros poéticos de la Escritura con el título de *Los Poetas Inspirados*. No sabemos que se haya impreso entera, y quizá el autor desistió modestamente de ello, al aparecer la de su amigo González Carvajal, en quien reconocía muy superior estro. A juzgar por los fragmentos que conocemos, la traducción de Bedoya, es más fiel y literal que la de Palazuelos, y arguye estudio más detenido de las sagradas Escrituras, pero en energía y color poético me parece bastante inferior. Véanse, como curiosidad no agena de nuestro asunto, puesto que no salimos del campo de nuestra literatura provincial, la traducción que hace Bedoya de los mismos versículos del cap. 3.º de Job, que antes hemos insertado traducidos por Palazuelos:

¡Ah día en que nací, si nunca fueras,
Ni noche en que varón fuí concebido!
Tornara á las tinieblas ese día,
Ni contara con él el alto cielo,
Ni de sobre él quitara el negro velo
El astro de la luz! No más le ocupen
Que densa oscuridad, sombras y luto:
En duelo y amargor envuelto sea.
¡Y aquella noche fea
Aciaga y borrascosa
Y sola y temerosa
Dó de amor no se oyeran himnos castos,

Los venturados años y los meses
 Por siempre la prescriban de sus fastos!
 Con horrendos denuestos la maldigan
 Los á imprecuar azares avezados,
 El mago que al dragón invoca fiero
 Y la falsa endechera quejumbrosa.

Niéguenle las estrellas sus fulgores,
 Ni le amanezca el sol, ni vea ufana
 El grato pestañear de la mañana.
 ¿Por qué el seno materno me dió albergue
 Y no excusó á mis ojos cuitas tantas?
 ¿Por qué dentro del vientre
 No perecí, ó apenas de él salido?
 ¿Por qué la compasión en sus rodillas
 Me franqueara al nacer el primer lecho?

.....
 Ahora ya en el silencio
 Pasara descansado
 A par con el monarca y potentado
 Que para sí labraron en los montes
 Soberbios monumentos,
 Y con los opulentos
 Que el oro amontonaron y la plata.
 No fuera más de mí ¡desventurado!
 Que del feto abortivo que se esconde
 Sin deber una ojeada cariñosa:
 O, como el niño que en el claustro oscuro
 Antes que de sus lazos se liberte,
 Sin la vida gustar gustó la muerte.
 Allí ya deja de turbar la tierra
 El impío, el tirano, el belicoso:
 Apurado su brío al fin sosiega.
 Allí los otro tiempo encarcelados
 Del molesto opresor la voz no escuchan.

.....
 No hallada hasta hoy la traducción de Milton que hizo Palazuelos, solo podemos juzgarle como traductor del inglés por la que publicó del *Ensayo sobre el hombre* de Pope. Y en verdad que parecería extraño, si no tuviéramos tantas pruebas del espíritu amplio y sobre manera tolerante que reinaba en la colonia jesuítica, el ver á un Padre de la Compañía entretener sus ócios con la versión de aquel código poético del deísmo y del optimismo leibnitziano, que al mismo Voltaire impacientaba, y que tan difícil de conciliar parece con el dogma del pecado original. Taine ha dicho ingeniosamente que el *Ensayo sobre el hombre* es una especie de *confesión del Vicario Saboyano*, ménos original y elocuente que la de Rousseau. Pero ninguno de estos escrúpulos detuvo al jesuíta de Santander, enamorado sin duda del arte maravilloso con que Pope condensa en cada verso una idea. La traducción, tomada en conjunto, es de las mejores suyas, y eso que desgraciadamente tiene en castellano una rival que la hace muy mal tercio. El célebre poeta americano Olmedo tradujo las tres primeras epístolas del *Ensayo sobre el hombre*, y esta versión, algo parafrástica, pasa con justicia por una obra maestra. Palazue-

los está lejos de tan sostenida perfección, pero á veces no remeda mal el estilo ceñido y sentencioso de Pope. Cotéjense estos pocos versos con los del original inglés y con los de la traducción de Olmedo, y se verá que no siempre está de parte del grandilocuente lírico de Guayaquil la ventaja.

La deidad insondable, el gran misterio
 Escudriñar no quieras temerario:
 Dentro de tí descende: es propio estudio
 Del hombre el hombre mismo: colocado
 Cual en istmo es comedio heterogéneo
 De alteza, de vileza, de sapiencia,
 De ignorancia en conjunto portentoso:
 Como tan perspicaz no es susceptible
 Del fátuo pirronismo: como frágil
 No lo es del fausto estóico: entre uno y otro
 Siempre yace perplexo, irresoluto.
 Tampoco sabe bien si á la fatiga
 Ó al ocio abandonarse puede ó debe.
 Ya nimio admirador de su persona
 Algún númen se piensa: ya se abate
 Víctima de las menguas corporales
 A la par de cuadrúpedos soeces.

Para morir nació: casi un delirio
 Es toda su razón: sino la escucha
 Un enigma le es todo, y un problema
 Si la oye con exceso. Es cáos profundo
 De razón y de afectos que tan presto
 Se engaña y desengaña; al mismo tiempo
 Estólido, lunático, avisado,
 Dotado de vigor y de flaqueza,
 Ya se alza, ya recae, ya tropieza:
 Señor de todo cual de todo esclavo:
 De la verdad juez solo, y de continuo
 Juguete del error, ya se contrista,
 Ya se alegra sin causa: juntamente
 Baldon de la natura y maravilla.

POPE

Know then thiself, presume not God to scan.
 The proper study of mankind is man.
 Plac'd on this isthmus of a middle state,
 A being darkly wise, and rudely great:
 With too much knowledg for the sceptic side,
 With too much weakness for the stoic's pride,
 He hangs between; in doubt to act or rest;
 In doubt to deen himself a God or beast,
 In doubt his mind or body to prefer.
 Born but to die, and reas'ning but to err;
 Alike in ignorance, his reason such,
 Whether he thinks too little or too much:
 Chaos of thought and passion, all confus'd,
 Still by himself abused or disabus'd,
 Created half to rise, and half to fall;
 Great Lord of all things, yet a prey to all.
 Sole judge of truth, in endless error hurl'd,
 The glory, jest, and riddle of world.

OLMEDO

Conócete á tí mismo: no pretendas
De Dios la esencia penetrar, amigo.
Estúdiate á tí mismo, pues el hombre
Es el más propio estudio para el hombre.

Como en un istmo colocado él tiene
Índoles varias: ya se nos presenta
Cual un sér mixto, ó cual compuesto raro
De calidades entre sí contrarias;
Tinieblas, luz, elevación, bajeza,
Todos los vicios, todas las virtudes.

Para dudar escéptico, es muy sábio,
Y para alzarse á la fiereza estóica
Muy flaco en su virtud: incierto siempre
Si debe obrar ó nó: piensa, y osado
Ya se cree un Dios, ó ya inferior al bruto
Si al error y al dolor vive sujeto.

Duda cuál de los dos si el cuerpo ó alma
Es su parte más noble, crece, vive
Para morir, y para errar discurre.
Si no oye á su razón, todo es obscuro,
Si la oye demasiado, nada hay cierto:
Cáos triste de pasiones y de ideas,
A sí mismo se engaña, y por sí mismo
Se desengaña sin quedar más cauto:
Cediendo á sus impulsos naturales,
Débil cae, y glorioso se levanta:
Señor y esclavo de las cosas todas;
Sólo de la verdad él juzgar puede,
Y á error perpétuo condenado vive.
Este es el hombre: enigma inexplicable,
La gloria y el baldón del Universo.

Pero entre todas las traducciones del P. Palazuelos, ninguna tan digna de atención por la extraña mezcla de aciertos y de caídas como la que hizo de *Il Giorno*, admirable poema satírico-descriptivo del milanés Parini, uno de los autores más cercanos á la perfección clásica, de que puede gloriarse ninguna literatura moderna.

Cultivador Parini de la alta sátira, de la que en épocas críticas aparece para cumplir una noble misión civilizadora, creó una verdadera epopeya irónica cuyo asunto fué la vida torpe y vacía de los degenerados retoños de la aristocracia lombarda. Vistió tal asunto, á primera vista árido, infecundo y hasta pedagógico, con el velo de la más exquisita y gentil poesía, que siendo de artificio novísimo, pareció, no obstante, antigua y virgiliana desde el primer día, como si los siglos hubiesen pasado sobre ella dándole la consagración de lo universalmente admirado. Tal era la viveza y la eficacia de las pinturas, tal el arte de los epítetos, tal la magia, por nadie excedida en el uso del verso suelto, tal la majestad con que los detalles más ínfimos y triviales quedaban realzados y ennoblecidos al contacto de las alas de la Musa immaculada de Parini; tal la fuerza cáustica de aquellos dardos satíricos

Che al Lombardo pungean Sardanapalo.

La traducción de tal poema, que solo en castellano puede intentarse con fortuna, bastaría para honrar á un hombre de letras. Es un vacío que falta llenar en nuestra literatura poética: sabemos de algún ensayo manuscrito, y esperamos mucho bueno de la versión que nuestro amigo Estelrich prepara hace años. Entre tanto, no debe menospreciarse la del P. Palazuelos. Es, como todas sus cosas, desigual, llena de rarezas de lengua y de giros exóticos, pero algo deja vislumbrar, como entre nubes, del arte soberano del original y de su elegancia refinadísima. Citaré sin particular elección algunos versos del canto primero, *Il Mattino*:

Oye, pues, cuál gustosa la mañana
Ocupacion te impone: con la aurora
Levántase ante el Sol, cuando abrillanta
Con vistosos aljófares el aire
Con gozo universal de los vivientes
En este sublunar planeta vario.
Salta el agricultor del lecho entónces,
De la prole infeliz y de la esposa
Dormitorio comun, y en sus fornidos
Hombros con instrumentos poderosos,
De Pálas y de Céres á los campos
Se encamina fructíferos: la yunta
Le precede de bueyes operosos,
Por angosta vereda, sacudiendo
Los rociados pimpollos que refrangen
Como perlas los rayos mitigados
Del renaciente sol. Tambien regresa
A su forja el ministro de Vulcano
Para éxtremar ingénios fiadores
De opulento peculio: y el más noble
Artífice, á grabar vasos y joyas,
De las mesas riquísimo tesoro
Y de pomposas nupcias ornamento.

Pero ¿qué? ¿te horrorizas? y tu augusta
Cabellera se eriza á tal modelo?
Ah! señor, no es aqueste tu dechado
Al tiempo matutino. A parca cena
No te sentaste con el sol poniente,
Ni á luz crepuscular incierta fuiste
Fatigado al descanso con el vulgo.
A vos, celeste estirpe, á vos, congreso
De humanos servidores, más propicio
Júpiter se mostró

Tú entre escenas, tertulias y corrillos
Sazonados con juegos, el nocturno
Término ultrapasaste, mas cansado
Al fin, en áureo coche, con estruendo
De sus rápidos círculos dorados
Y fogosos cuartagos, atronaste
Las silenciosas calles, y la noche
Lóbrega disipaste con antorchas,
Cual segundo Plutón, que con su carro
La sícula región de un mar al otro
De teas precedido y de Gorgonas
Ruidoso estremeció. De esta manera
Tornaste á tu palacio, en donde nuevos

Estudios te aprestaba láuta mesa
De manjares colmada y deleitosos
Licores de la cepa ultramontana
En húngara botella, á quien corona
De verdeante yedra otorgó Baco.
Regalados altísimos colchones
Morfeo te mulló de propia mano,
En que supino blandamente yaces,
Corriendo las cortinas al entorno
Senosas, estofadas levemente,
El listo camarero. En esto el gallo
Canoro, melodioso á tus oídos,
Tus párpados cerró, cuando á los otros
Estila clamoroso abrirlos listo.

Razonable es, por tanto, que Morfeo
Tus sentidos exhaustos no defraude
De tenáz amapola, antes que el día
No intente penetrar por los resquicios
De doradas vidrieras y cortinas,
Las paredes del sol con sus matices
Vertical recamando.

Ya tus gallardos pajes al sonido
De vecino metal con recia mano
Señoril propagado, en un momento
Acudieron aligeros rivales
A remover los *óbices* en copia
Opuestos á la luz

Alzate tú algún tanto, y acodado
Te apoya en las almohadas y tapetes
Que ordenados en gradas á tus hombros
Ofrecen muelle estrado: después desto
Con el índice diestro tus pestañas
Estrega levemente, y con süaves
Esperezos exhala los resíduos
De la niebla somnífera, y tus lábios
Arqueando con tácito donaire
Bosteza boquirrubio. ¡Oh si por suerte
En tal acto gracioso te mirase
El bronco capitán, cuando practica
Belicoso ejercicio, que sus lábios
Ensancha con clamor inusitado
Que destempla la oreja delicada,
Intimando á sus tercios la postura!
Si te observase entonces, tal vergüenza
De sí concebiría cual la diosa
Pálas, sinó mayor, cuando en la fuente
Hinchados sus carrillos vió de flauta
Con el soplo violento, bien que grato.

Mas ya el doncél peinado á maravilla
Se presenta ante tí, muy respetuoso,
A preguntarte por la que hoy prefieres
Regalada poción ultramarina
En chinesco tazon: el solo, el solo
Capricho consultar debes, amigo.
Si al estómago dar fomento entiendes
Con que el gástrico jugo exercer pueda
Su actividad sin merma, elegir debes
Del rojo chocolate la ambrosía
Que Méjico te ofrece, de tu gula
Tributario inexhausto, ó el caribe

De vistoso penacho; si al contrario
Funesta hipocondria en tus humores
Predomina, ó tus miembros abultados
De crasitud incómoda reciben
Excesivo incremento, á la bebida
Te debes atener de la eritréa
Confección olorosa de tostadas
Ardientes habas del Alepo y Moka
Que de soberbias naves se envanece.
Necesario era cierto que saltase
Un reino dislocado de su asiento,
Y con audaces velas, entre horribles
Peligros de huracanes y de mónstruos
Y extremas carestías superase
Los límites intactos hasta entónces
Del hemisferio Atlántico, y tiranos
Corteses y Pizarros, ambiciosos
Fieros conquistadores, de la humana
Sangre indiana sedientos, los monarcas
Ingas y Mejicanos de su sólio
Valientes arrojasen, y así un nuevo
Paladar saborease tu apetito,
¡Oh flor, oh nata de sublimes héroes!

. Mas tú en tanto
Con pausado talante la bebida
Saboreando á sorbos, gravemente
Interroga á cuál músico entre todos
Los Eunucos daráse la gran palma
Del canto en el teatro: y si es probable
La vuelta deseada de la insigne
Encantadora Frine, que pelados
Dejó tantos magnates, y el regreso
De aquel Narciso, danzador brillante,
Asustador de tímidos consortes.

Hé aquí que de tus párpados pendientes
Acuden puntualísimos los siervos
Con calor á la empresa. De alto sayo
El uno te reviste con pinceles
Del Cathay floreado, ó si lo pide
La rígida estación, blando ropage
Talar de blanco armiño te circuye;
Aquél de bien labrado cristalino
Pico te vierte el agua, que recoge
Argentada bruñida oliente concha:
Quién te ofrece jabón mixto de almizcle,
Quién de cándida almendra la sustancia,
Quién enérgico extracto diestro embebe
En cerdosa escobilla, que relave
Nerviosísimos dientes en tu boca,
El otro licor raro te derrama
Que cual ampo blanquea tu mejilla.

Palazuelos no acabó la traducción de *Il Giorno*.
Los graves acontecimientos políticos de 1798 le
obligaron á abandonar su apacible retiro de Ve-
necia, y quizá á renunciar á toda empresa lite-
raria. Su versión no comprende más que los tres
primeros cantos, *Il Mattino, Il Meriggio, Il Ves-*

pro. Falta, por consiguiente, lo que Parini dejó escrito del canto de *La Noite* (1) Los versos que v^{an} copiados y que no son acaso los mejores de *El Magisterio Irónico*, muestran en nuestro jesuita (aun más que los del *Ensayo sobre el hombre*) aptitud no vulgar para el difícil manejo del endecasílabo suelto, en que por aquel tiempo fueron grandes maestros dos imitadores españoles de Parini, Jovellanos en su sátira 2.^a sobre la educación de la nobleza, y Moratín en sus epístolas y sátiras, donde también se descubre la huella del poeta italiano, especialmente en la del *Filosofastro*.

Al renovar un nombre olvidado, no ha sido mi intento circundarle de una aureola de gloria que legítimamente no le corresponde. No solicito para él estatuas, ni lápidas ni centenarios. Sólo pido á mis paisanos que le concedan un lugar modesto en nuestra bibliografía provincial, no escasa en excelentes prosistas (Fr. Antonio de Guevara, Bernardino de Escalante, Diego García de Palacio....., para no hablar más que de los antiguos y remotos), y todavía más rica en investigadores, eruditos é historiógrafos (D. Tomás Antonio Sánchez, Floránes, Martínez Mazas, el P. La Canal, La Serna Santander.....) y en varones dados á muy graves estudios de teología, jurisprudencia ó medicina, pero extraordinariamente desfavorecida hasta nuestros tiempos en el capítulo de los poetas. No parece sino que la arquitectura, el arte montañés, por excelencia, el único en que hemos tenido verdadera escuela, confesada y reconocida por los extraños, absorbió por largo tiempo todas las energías artísticas de la raza. Y sin embargo, la música misma anduvo entre los montañeses del siglo XVI más medrada que la poesía, puesto que de la primera podemos citar con orgullo obras insignes, teóricas y prácticas, de Diego del Puerto y de Antonio Cabezón, al paso que difícilmente podemos encontrar antes del siglo XVII poeta alguno de cuyo nacimiento en la Montaña tengamos prueba directa y segura. Yo bien quisiera tenerla respecto del cínico pero ingeniosísimo poeta popular Rodrigo de Reinosa, cuyos pliegos sueltos góticos son buscados y pagados hoy por los bibliófilos á peso de oro (2),

(1) En su disposición exterior, aunque no en su objeto, la obra maestra de Parini recuerda un poemita bastante fácil y gracioso de don Agustín de Salazar y Tórres, ingenio del siglo XVII, titulado *Las Estaciones del día*,

(2) He aquí los títulos de los principales:

—*Aquí comienzan unas coplas de las comadres, fechas á ciertas comadres, no tocando en las buenas, salvo de las malas, y de sus lenguas y hablas malas; y de sus afeytes y aceytes y blanduras: et de sus trajes, et otros sus tratos, fechas por Rodrigo de Reinosa.*

—*Comienza un razonamiento por coplas en que se contraheze la Germania y fieros de los Rufianes y las mujeres del partido.*

—*Comienzan unas coplas á los negros y negras, y de cómo se motejaban en Sevilla un negro de Gelofo Mandinga contra una negra de Guinea... Cántanse al tono de «la niña, cuando báyleis.»*

—*Comienzan unas coplas de un pastor que andaba enamorado de una pastorica.*

—*Comienzan otras coplas pastoriles de como un pastor*

porque este maleante juglar no sólo trazó con desenfadada pluma los cuadros *aretinescos* de las *coplas de las comadres*, sino que es autor, según toda apariencia, ó refundidor á lo ménos, de dos de los más agudos y picantes romances castellanos, el de la Infantina «*(De Francia salió la niña)*» y el de una *gentil dama y un rústico pastor* «*(Estase la gentil dama)*» ante cuya sobriedad y fina malicia parecen lánguidos y groseros todos los *fabliaux* franceses. Pero lo cierto es que de sus versos nada se saca en limpio acerca de su patria, y para traerle hácia nuestra casa no tenemos más indicio que su apellido, el cual tratándose de persona tan plebeya y humilde como parece haber sido, debe indicar el pueblo natal y no otra cosa. Otros poetas populares y autores de pliegos sueltos están en el mismo caso, v. g. el Bachiller Juan de Trasmiera, residente en Salamanca, donde publicó el *Triunfo Raimundino* y *El Pleito de los judíos con el Perro de Alba*, y que no debe de ser persona distinta del Juan Augurio ó Agüero de Trasmiera que puso versos latinos en alguna de las ediciones del *Palmerín de Oliva*, y tradujo del italiano una colección de anécdotas y dichos agudos con el título de *Flores Romanas probadas, de famosos et doctos varones compuestas, para salud et reparo de los cuerpos humanos, et gentilezas et burlas de hombres de palacio et de crianza* (1545).

De Jorje de Bustamante consta, por declararlo él mismo, que nació en Silió (de Val de Iguña) pero como no hemos alcanzado á ver su rarísima *Comedia Gaulana en coplas*, sólo podemos juzgarle por su traducción en prosa de las *Metamorfosis* de Ovidio. Otros dramaturgos de los anteriores á Lope de Vega tienen asimismo apellidos que denuncian su procedencia montañesa: así Antonio Ruíz de Santillana que compuso la *Tragedia de los amores de Guiról*, Juan de Vedoya, autor de la *Comedia Flérida en coplas* (1522) y Martín de Santander, de quien es la extraordinariamente rara *Comedia Rosabella*. (1)

La poesía popular montañesa, parte importan-

fué á la corte, et de como otro su compañero le mandaba si iria tambien ó no.

—*Gracioso razonamiento en que se introducen dos Rufianes el uno preguntando, el otro respondiendo en germania de sus vidas é arte de vivir* (es una pieza semidramática).

En otro género muy diverso tiene:

—*Cancionero de Nuestra Señora. Para cantar en la Pascua de la Natividad.* (No hemos visto más que la reimpresión de Sevilla, 1612).

(1) Un ejemplar de esta peregrina obra salió á la venta en Roma hace tres ó cuatro años: se ignora actualmente su paradero. Como curiosidad reproducimos la portada:

—*Comedia llamada Rosabella. Nuevamente compuesta por Martín de Santander. En la qual se introducen un cavallero, llamado Jasmínio, y dos criados: es uno un Vizcaino y es otro un negro, y una dama llamada Rosabella y su padre de la dama llamado Libeo, un hijo suyo y un alguacil con sus criados, y un pastor llamado Pabro. En la qual tracta de como el cavallero por amores se desposó con ella, y la sacó de casa de su padre. Es muy graciosa y apacible. 1556.*

tísima de lo que llaman ahora *Folk-Lore*, está puede decirse que intacta todavía. Pero quien examina las colecciones de romances formadas últimamente en Asturias, en Galicia y en Portugal, regiones enlazadas con la nuestra por antiquísimo parentesco de raza, encuentra allí muchos romances que hoy mismo son aquí populares con variantes todavía no estudiadas, al paso que echa de menos otros del mismo género no coleccionados aún, y que han encontrado refugio en aquellas comarcas de nuestra provincia menos abiertas al moderno contagio nivelador y prosaico.

En el siglo XVII la oscuridad comienza á disiparse, y este humilde rincón del mundo está representado en el gran concierto de la literatura nacional, no ya solo por aquellos gigantes de oriundez montañesa, Lope, Quevedo, Calderón, á quienes dió nuestra tierra lo más precioso de su sangre y el escondido tesoro de su virtud genial y creadora, sino por un poeta nuestro propio, á la verdad de mérito inferior, pero todavía de honroso recuerdo, especialmente para sus paisanos, porque hasta en los asuntos de algunas de sus obras y en los tipos que llevó á la escena (el mayorazgo montañés, el indiano) gustó de poner algún cariñoso reflejo de su tierra nativa. Hablo de D. Antonio de Mendoza, uno de los ingenios favoritos de Felipe IV, por lo cual fué llamado *el Discreto de Palacio*, colaborador de Quevedo en alguna ocasión, ingenioso autor de invenciones tales como *Los Empeños del Mentir* (que Le Sage trasladó en cuerpo y alma al *Gil-Blás*) y *El trato muda costumbre*, (de que el gran Molière se aprovechó grandemente para su *Escuela de los Maridos*). Algunos rasgos líricos de Mendoza, como el bello soneto á *la Soledad*, tienen también muy singular mérito y aún brillaría más si sus *discreciones* conceptuosas no enturbiasen el fácil raudal de su vena en sonetos y romances.

Del siglo XVIII tenemos otro poeta dramático, don José Fernández de Bustamante, uno de los últimos que siguieron la manera antigua, yendo á la zaga de Cañizares, á cuya escuela pertenece. Era Bustamante un coplero famélico, de los que tanto pulularon en aquella centuria. El candor con que relata sus desdichas comienza por hacerle simpático. «Cuidad de vosotros y dejadme á mí (les dice á sus lectores) que bastante penalidad tengo en divertiros con comedias nuevas, cuando no es nuevo en mí, ni en mi familia el que no se come muchos días: cláusula principal del poético mayorazgo.» El hambre le condujo á abastecer el teatro con grandes comediones de magia y otros poéticos abortos, especialmente vidas de Santos. «*El sol de la fé en su oriente y Conversion de la Irlanda, El Azote de la Herejía y Espejo de la Virtud San Yácome de Maria, Al poder la Ciencia vence, Los príncipes encubiertos, Santa Catalina de Bolonia, Zelos aun imaginados conducen al precipicio y Mágico Diego de Triana, El asombro de El Argel y mágico Mahomad*, estos y otros tales títulos, por lo común kilomé-

ticos, llevan las absurdas pero á veces interesantes y divertidas piezas de este autor, cuyo repertorio, coleccionado en parte en 1759, todavía no ha sido estudiado. El que lo intente quizá reconocerá como nosotros que en éste y otros infimos copleros de la era de Felipe V. y de Fernando VI, en autores tan ridículos como el sastre Salvo y Vela, Lobera y Mendieta, Furmento y otros (de los cuales no es el peor Bustamante) hay interés de enredo y algo que reineda ó simula la vida, por lo cual no iba tan fuera de camino el público de aquella era infelicísima, prefiriendo tales disparates á los glaciales ensayos de tragedia clásica con que los adormecían Montiano y otros preceptistas de su laya, en cuyas obras parece muerto todo: lengua, versificación y estilo.

Convendría averiguar la patria del vigoroso satírico que en el *Diario de los Literatos* se firmaba ya *Jorge Pitillas*, ya *D. Hugo Herrera de Jaspédos*. Era su verdadero nombre D. José Gerardo de Hervás y *Cobo de la Torre*, y pertenecía á la antigua familia de su apellido en Esles, valle de Cayón. Y no nos resultaría pequeña honra de agregarle al catálogo de nuestros escritores, porque versos clásicos más nutridos y jugosos que los suyos no se escribieron en los cincuenta primeros años del siglo XVIII. Un poema de Hervás yace todavía inédito en el Museo Británico.

Otros egregios montañeses del siglo pasado no necesitan el lauro de la poesía para recomendación de sus nombres, pero tampoco es inútil hacer constar que no la miraron con desvío ni tampoco la encontraron esquiva. Bástale, por ejemplo, á don Tomás Antonio Sanchez, hijo ilustre de Ruiseñada, el brío y decisión con que manejaba la prosa satírica, como lo manifiestan la *Carta de Paracuellos* y la de *un devoto de Miguel de Cervantes*, verdaderos modelos de invectiva literaria, que el descontentado Gallardo comparaba con la *Perinola* de Quevedo y con el *Prete Jacopin* del Condestable. Bástale, sobre todo, la gloria de haber tejido antes que otro alguno los anales literarios de los primeros siglos de nuestra lengua, no con noticias tomadas al vuelo ni con temerarias conjeturas, sino con la reproducción textual de los mismos monumentos poéticos, inéditos hasta entónces y no solo inéditos, sino olvidados y desconocidos, ya en librerías particulares, ya en los rincones de obscuras bibliotecas monásticas. Fué Sánchez crítico y filólogo, en cuanto lo permitía el estado en que vivió hasta los tiempos de Raynouard la filología romance, que era entonces ciencia adivinatoria más bien que positiva. Y siempre habrá que decir para gloria de nuestro bibliotecario montañés que él fué en Europa el primer editor de una *cancion de Gesta*, cuando todavía el primitivo texto de los innumerables poemas franceses del mismo género dormía en el polvo de las bibliotecas. Era imposible que en tan asiduo y familiar trato con los documentos poéticos de la Edad Media no granjease don Tomás Antonio singular facilidad para imitarlos, y bien lo mostró en el ingenioso *pastiche* intitulado *Loor de Gonzalo de*

Berceo que añadió á su edición de las obras del clérigo riojano, y que á críticos muy doctos ha engañado, á pesar del tono de burlas con que le anunció Sánchez.

La memoria de tal hombre bastaría para honrar á la *nación montañesa*, como pomposamente la llamaba nuestro célebre capuchino Fr. Miguel de Santander, un *regionalista* en profecía. El cual también fué poeta á sus horas, y poeta no enteramente falto de donaire en lo jocoso ni de fervor en lo sagrado, si bien sus versos son por todo extremo inferiores á su prosa abundante y animada aunque incorrecta, y en la cual todavía quedan algunas chispas de aquel fuego que abrasaba al elocuente compañero de las fatigas apostólicas de Fr. Diego de Cádiz.

Hemos llegado á las puertas de nuestro siglo, y es forzoso detenernos. Siempre fué cortesía literaria nombrar solo á los muertos. Nadie negará el título de poeta, y de no vulgares dotes, al autor de *La Renegada* y de *El Príncipe Negro en España*, al que naturalizó en Inglaterra, y por Inglaterra en toda Europa, la tradición épica española, al feliz imitador de Byron y de Walter-Scott en su lengua propia, al santanderino Trueba y Cosío, creador de la novela histórica española en libros que toda Europa leyó y que penetraron hasta el fondo de Rusia. Ni ha de olvidarse tampoco al laborioso y discreto Campo-Redondo, que

con trabas de escuela y rasgos no infrecuentes de prosaismo, se levantó bastante de la medianía en algunas de las rotundas y bien cinceladas octavas del canto de *Las Armas de Aragón en Oriente* y en las clásicas estrofas de la oda á los antiguos *Cántabros*; ni al melancólico y delicado Silió, honra de Santa Cruz de Iguña; ni á aquel Velarde, de Hinojedo, que cantó los Andes en versos que parecían masas ciclópeas, rudas y sin labrar pero grandes y majestuosas, y llevó triunfante su desmandada inspiración por la América del Sur, como hoy lleva por Méjico la suya, tan pura y tan armoniosa, el acicalado hablista, el espléndido poeta descriptivo, el tierno poeta elegiaco, autor de la *Oda á Méjico* y de *Liendo ó el valle paterno*.

Pero he hecho firme propósito de no citar hoy á los vivos. El futuro *Cancionero montañés* les reserva sus mejores páginas, pero como no se dá árbol sin semilla, alguna cuenta hay que tener con los precursores. Cuanto más modestos son los orígenes, más place al pecho bien nacido el recordarlos. Por eso se ha escrito esta noticia bibliográfica, de ningún interés para los extraños y quizá para los montañeses mismos, porque al fin son *pláticas de familia* de las cuales no suele hacerse mucho caso.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.



DIARIO DE UN VIAJERO.

En el fondo de una maleta vieja abandonada por un viajero en la fonda de X... he encontrado estas hojas sueltas de un destrozado libro de memorias.

De ellas extracto los pasajes más interesantes y mejor respetados por los ratones, y por si acaso le sirven á V. para alguna cosa, ahí se las envío.



JULIO 22

(10 mañana.)

ME parece un sueño, y sin embargo es pura realidad! Por más que me restrego y froto los ojos y me sacudo sendos cachetes y me acribillo de pellizcos brazos y piernas, con la mayor crueldad, no me acabo de convencer de que no sueño despierto, ó que cuanto veo y oigo no sea imagen engañosa de calenturienta pesadilla.

Esos tranvías que pasan ruedan lo mismo que los de la calle Mayor, los coches saltan por el empedrado del arroyo como los *simones* y las *manuelas* de Madrid; las gentes, sobre todo las señoras, visten como las que pasean en Recoletos y en aquel Retiro sin par, y las *pescaderas* chillan lo mismito que sus congéneres las vendedoras famosas del Cármen ó plaza de la Cebada.

Francamente, esto me arranca una ilusión. Yo esperaba algo extraño, algo que chocara con aquellas costumbres y con aquellos usos cortesanos que me sé de corrido, y me diera la *nota diferencial* de este pueblo; y me voy temiendo un amarguísimo desengaño.

Si en vez de un Santander original me encuentro un Madrid reducido me voy á divertir.

Verdad es, que desde las ventanas del hotel contemplo un espectáculo hermosísimo para mis ojos de artista, sobre todo de artista forastero y madrileño; una bahía ancha y dilatada, mucho más que el estanque del Retiro y el lago de la Casa de Campo unidos, una porción de grandes buques anclados en mitad de la ría, otros amarrados á lo largo de los muelles y una nube de ligeras barquillas que surcan las aguas en todas direcciones; después montes, muchas montañas, unas que arrancan á la orilla misma del agua, otras que se asoman detrás de ellas y otras más léjos que se confunden con las nubes. Todo esto es muy bonito, lo confieso, pero si no hay más que ver, repito, que me divierto.

Porque, vamos á ver, ¿para qué he venido yo aquí? Pues he venido,—y esto te lo digo bajito,

muy bajito, ¡oh, discreta cuartilla!—á estudiar este país, estas costumbres patriarcales, estos personajes extraordinarios que cría esta tierra, desde el rudo marinero que lucha á diario con el mar rabioso, para ganarse un jornal miserable, y el atrevido marino que cruza los mares llevando á otros continentes nuestra vieja civilización hasta el típico pasiego que llena el mundo con su fama y los paseos de Madrid de robustas amas de cría; he venido, en fin, como una abeja á libar en las flores silvestres de la Montaña sus potentes jugos para fabricar mediante los refinados procedimientos cortesanos un riquísimo panal de delicada miel, á ver el natural, para *hacer* en España la novela de provincias, á medir mi pluma con la de Pereda, y demostrar á Minguez, á Gómez Barro, y á todos aquellos tontos del Ateneo que sostienen lo contrario, que Manolito Pérez es hombre lo mismo para hacerse aplaudir en Eslava con sus *¡Caracolitos!* y escribiendo coplas en *El Abejorro*, que metiéndose por la novela de *costumbres* adelante, y á estos pobres literatillos provincianos lo que va de ellos á los madrileños, por más que todos sabemos cuánto más fácil es escribir en provincias.

¡Hombre! por cierto que no me van saliendo del todo mal estos parrafillos, y eso que van cayendo así al correr de la pluma.

Ahora recapitulemos. Yo necesito, en primer término, ver la ciudad, estudiar detenidamente su aspecto, su policía, sus costumbres industriales, mercantiles, jurídicas, etc., etc. para todo lo cual no me hará falta guía, ni *ciceroni*, yo hablaré con todo el mundo muy campechanamente, con el marinero, con el cochero, con el mozo del café, con el monaguillo de la Catedral, con el comerciante acaudalado y con la encopetada dama santandereña. Este es el método verdadero; así he oído que hacen Daudet y Zola y Dickens. Después tengo que ver el mar, cosa que no conozco todavía, por más que me voy formando una idea muy aproximada mirando al puerto; de todas maneras iré al Sardinero hoy mismo.

¡Caráspiti, y me voy á gastar un dineral! por lo pronto la fonda me cuesta veintiocho realazos al día; eso sí, es lo mejorcito que hay en la ciudad: en el mismo muelle y con ascensor. Pero, en fin, no nos detengamos ahora en estas impurezas de la realidad.

Lo primerito es vestirse; comencemos por el principio.

Después cartera en mano y lápiz en ristre á sorprender los secretos de esta tierra anfibia, monstruo abortado por el terrible oceano, y trazar las líneas generales de mi futura novela.

EL MISMO DIA, (9 noche)

¡Cuánto he corrido, cuánto he hablado y cuánto he visto! Indudablemente lo primero que debe exigirse á un novelista es que tenga buenos piés.

Una ciudad nueva, luego el mar ¡El mar! ¡Caramba, es muchísimo más grande de lo que yo me había figurado! ¡Si se pierde la vista sin ver más que agua por todas partes! Es una barbaridad el agua que se ve en aquel Sardinero.

Pero ante todo pongamos un poquito de orden en tantas y tan variadas impresiones como hoy he experimentado, porque al mar me parece que tendré que dedicarle un capítulo entero de mi libro.

Comenzaré por la ciudad, por donde he brujuleado y husmeado á mi sabor más de seis horas.

Por cierto que he llamado grandemente la atención de estos provincianos, que volvían la cabeza para mirarme con tantas muestras de admiración como si vieran al gran Tamerlán de la Persia.

Verdad es que con mi pantaloncito de líneas correctas, que envidiaría el buril de Benliure, donde ellos no podían sospechar la modesta tijera del pacientísimo Priego, mi chaquetita de alpaca, bazar Aguila, y mi sombrero de paja con ancha cinta irisada debía tener un aspecto de *touriste* atroz.

Luego el detalle de la cartera y aquel curiosear y apuntarlo todo, les debía meter en grande curiosidad.

¡Qué poco sospecharían estos pobres santanderinos que debajo de este sombrerito de paja se cobijaba uno de los cerebros mejor constituidos de la Europa!

La ciudad es bonita y me parece construída con gran inteligencia al pié de una loma que llaman del Alta; viene á estar tendida á orilla del puerto como una ondina que se seca al sol después de darse un baño.

La parte nueva, que es el barrio del Muelle, se compone de hermosos edificios algunos lujosos como palacios de la Castellana, y las calles tiradas á escuadra le dan cierto aspecto de ciudad inglesa; porque me parece que es en Inglaterra donde se tiran las calles á cordel, aunque no estoy muy seguro.

El muelle es una *avenida* soberbia, ancha y espaciosa que desde lo que llaman Puerco-Chico hasta la plaza de la Dársena no medirá menos de un kilómetro, todo recto, recto con edificios de tres pisos como los de la calle de Alcalá, aunque más uniformes, pues ninguno desdice de los demás, y con unas vistas soberbias porque tienen delante el puerto que es cosa muy linda y muy entretenido espectáculo.

El muelle, por lo que he podido observar, es la arteria principal de Santander; por allí pasa el tranvía, que dicen urbano para diferenciarle del ferrocarril del Sardinero; por allí pasan sin cesar, coches con viajeros, carros con mercancías, y co-

rren de un lado á otro los comerciantes de la Aduana á sus escritorios y de los escritorios al muelle de Maliaño, que es donde se enfilan los vapores que vienen de las Américas para descargar sus mercancías, porque allí están los grandes almacenes; en el Muelle vive la gente principal y adinerada (un cartero me ha enseñado la que habita Pereda.)

Allí, en fin, al caer la tarde, cuando se van amortiguando los ruidos de la ciudad y las sombras de la noche cubriendo con sus crespones las montañas de enfrente, salen las santanderinas á gozar de la frescura de la brisa del mar y los santanderinos á distraerse y descansar de sus negocios, y se *arma* un paseo tan animado y entretenido que no pienso faltar una noche.

En suma, la ciudad puede decirse que es eminentemente comercial, al menos así me ha parecido mirándola por esta cara.

El resto de ella, es indudablemente de más remota construcción; no sé cual es la fecha de su fundación y siento no tener á mano un Diccionario geográfico, pues las diversas personas á quienes he preguntado lo ignoran también.

He visto también las dos Alamedas; en la segunda que es un paseo larguísimo y sombreado por árboles seculares están preparando ya las casetas, banderolas y arcos de iluminación para la feria; y desde lejos he visto la nueva plaza de toros grande y hermosa, aunque no llega á la de Madrid, y que se inaugura el día 25. Al fin estamos en España.

En Santander, como en todas las ciudades de provincia, hay una Catedral. La de aquí debe ser muy antigua, pues tiene un aspecto grave y austero como el de un monje trapense; aunque la han remozado recientemente no ha perdido su caracter tétrico y centenario. Parece medio goda y medio romana, pero yo creo que debe ser más antigua, así, como del tiempo de los cartagineses. Una cosa que me ha llamado mucho la atención, ha sido que debajo de la catedral hay otra iglesia que llaman el Cristo, es una originalidad que solo me explico por el afán de ahorrarse terreno, por que ya se sabe que esta gente comercial no peca nunca de espléndida.

Cerca de la Catedral está la Plaza de la Dársena donde hay una estatua de Velarde el de el Dos de Mayo de Madrid, porque resulta ahora que ese Velarde había nacido aquí en la Montaña. Francamente nunca lo había oído, pero no desperdiciaré este detalle.

Junto á esta plaza está el mercado de la Pescadería donde venden el *fresco*, y donde he pasado un rato divertidísimo pescando frases, escenas y tipos para mi obra, pues es una de las cosas más peculiares y más salientes de este pueblo.

Allí he hecho curiosos apuntes de algunos de esos valientes marineros de rostro atezado y curtido por las borrascas del Cantábrico, de los cuales ha sacado Pereda tanto partido. Todos tienen aire taciturno y rostro sombrío como quien se

juega la vida á diario con las olas para arrancarlas sus ricos tesoros, y parecen gente pacífica y de muy pocas palabras, pero me ha desilusionado algo no verles con su traje típico de marinera, camiseta rayada y gorra de cintas.

Al caer la tarde me he sentado á descansar en el café Suizo donde se pasan admirablemente las horas viendo pasear la gente por el Muelle, cruzar transatlánticos y vaporcitos por la bahía y pasar tranvías que traen y llevan gente de extremo á extremo de la ciudad.

Vi pasar por el Muelle á Galdós el de los Episodios, quien por lo visto, suele pasar aquí tres ó cuatro meses de veraneo. Me ha escamado algo si traerá aquí proyectos análogos á los míos, pues me molestaría espigar en el campo de un compañero: por mi parte no tengo la culpa de que no me haya advertido y pienso adelantarme á sus proyectos.

Por hoy me parece que basta con esta ojeada á lo externo. Mañana ahondaré en la vida íntima de este pueblo, carácter de sus moradores, sus ocupaciones, sus gustos, su literatura, comercio, industria, etc, etc. y datos estadísticos del movimiento de población, mortalidad, nacimientos, régimen municipal, etc, en fin lo que llamamos historia interna.

DIA 23.

Hoy ha sido día de mar, es decir, que le he dedicado por completo al estudio de la costa y de las costumbres marineras.

He estado en el Sardinero, en la Magdalena,

en el Semáforo, en la Farola y he escudriñado todos los rincones de las playas y las grietas de todas las rocas de la costa.

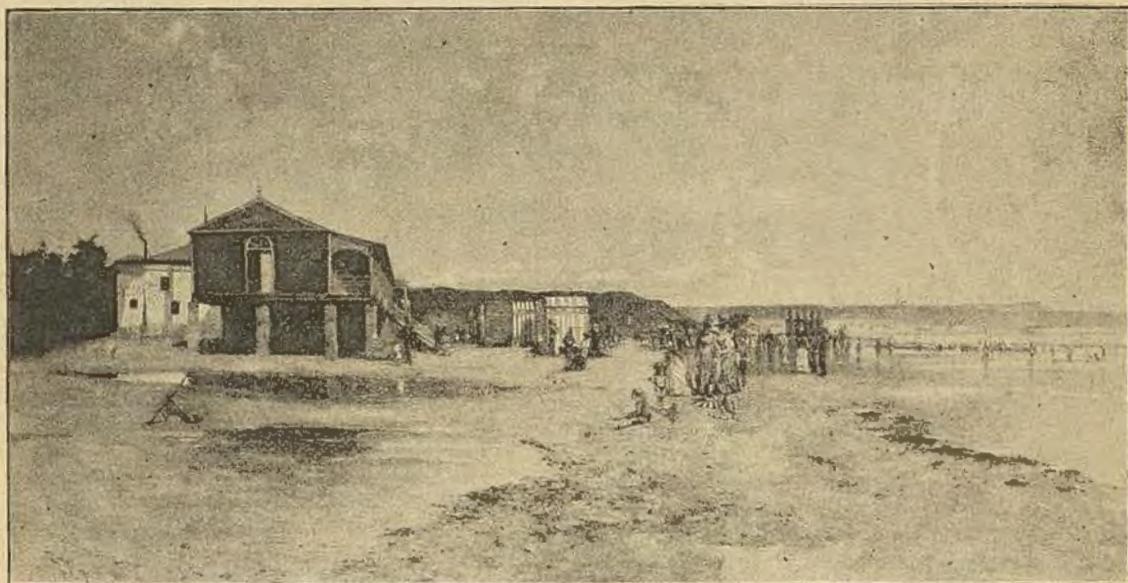
Pero, vamos por partes y con método.

De Santander al Sardinero puede irse de dos maneras, en coche ó en ferrocarril. Yo he adoptado los dos medios de locomoción, quiero decir que he ido por uno y vuelto por el otro, para no dejar nada por ver.

El viaje por ferrocarril es delicioso: se mete uno por treinta céntimos de peseta en un tren microscópico como los juguetes de los niños, se cruza la mitad de la población al paso, para no atropellar á los transeuntes, y según se llega á las afueras, á San Martín, un barrio industrial donde funcionan las grandes fábricas, se lanza á todo vapor, y orilla del agua, haciendo sesgos y curvas como el camino de un borracho, salvando precipicios y derrumbaderos hasta dar bufando y echando los bofes en el mismísimo Sardinero, donde parece que se le viene á uno encima todo el Oceano, tan de golpe y porrazo se descubre la mar libre, al salvar un brusco recodo del camino.

Lo primero que he hecho al llegar al Sardinero, y conmigo todos los viajeros del tren, que eran en su mayor parte bañistas y curiosos, ha sido bajar á la playa. No he visto espectáculo más alegre y entretenido en los días de mi vida.

Además del gran balneario en cuya ancha y espaciosa galería pasean ó miran al mar los curiosos, hay en la playa larga fila de casetas donde entran y salen sin cesar los bañistas, unos secos



y con cara de Páscoa que van al baño, otros que vuelven frescos y chorreando agua en busca del dulce arrimo de la sábana; las señoras pasan cubiertas de largas capas de hule que les dan gran carácter de estatuas visigodas; los hombres con un escrúpulo de traje como volatineros en el Circo, y con esta originalísima *toilette* se paran, se

saludan, se traban diálogos, se secretea y se requiebra, pues he observado que entrando y saliendo del agua el pudor y el recato molestan menos que vestidos y empaquetados en el traje de sociedad.

A la sombra que proyectan las casetas se sientan las señoras y forman corrillos y tertulias

donde reina la algazara y la animación; algunas hacen labor, otras leen, pero la mayor parte entablan alegres conversaciones con los hombres que están sumamente decididos y festivos como si el aire fresco y salitroso del mar borrara todas las penas del alma. Miriadas de chiquillos revuelven la arena fabricando castillos, montañas y las más difíciles obras de ingeniería, haciendo volatines y cabriolas, mientras las niñas forman sus particulares tertulias en íntima conversación con barquilleros, bañeros ó aficionados.

Siguiendo mi costumbre de estudiarlo todo directamente del natural, he entrado, mediante un cigarrillo, en íntimas relaciones con un bañero, y he adquirido riquísimos datos.

Los bañeros son unos seres medio hombres y medio peces, pues se pasan en el agua las tres cuartas partes de su existencia, y si tienen de aquéllos la figura corporal es con permiso de Neptuno que les ha vestido con un traje de escamas como á los pescados.

Este amigo mío es un mocetón de siete piés con cara de color de cobre, y que en tierra, digo, en agua de sardinas debe ser por lo menos de la respetable clase de los tiburones.

El me ha enseñado cómo se llaman todas las playas y todos los picos de esta costa abrupta; me ha explicado cómo se pesca la sardina y el bonito y cuál es la ruta de la Habana; después ha pasado revista á la mitad de la gente que hay en el arenal contándome cosas é historias peregrinas de ellos y de ellas, porque, según me ha dicho, se sorprenden en el mar sabrosas escenas; de todo lo cual pienso aprovecharme por si me conviene meter en mi libro alguna intriga amorosa al borde del Cantábrico. Después me ha aconsejado que visite la Farola y el Semáforo que son dignas de verse.

Hoy no me he decidido á meterme en el agua, la tengo todavía algún respetillo y he preferido pasearme por la playa y mirar al mar para irme haciendo su amigo.

Espero que cuando me familiarice con él podré hacer alguna bonita descripción, como las que ha hecho un poeta de aquí, un tal Amós de Escalante ó Juan García, que así firma, cuyas obras me ha prestado el amo de la fonda, pues es poeta á quien tienen en la Montaña gran devoción, y verdaderamente que para provincias no es malo, no.

Lo que me ha gustado mucho en el Sardinero ha sido el Casino, un salón donde dá conciertos la sociedad de Bretón y que está decorado con gran riqueza y pintado por Antonio Gomar el que pintó los frescos de Fornos. También creo que se baila después del concierto. Vamos, veo que saben divertirse.

Lo que es muy lindo es un bosque de pinos que es tan cerrado y espeso que no entra un rayo de sol y está lleno de misterios como una selva virgen. Allí se está tan á gusto, por lo fresco y apacible, como bajo las enramadas del Retiro en las mañanas de Mayo.

La playa del que dicen segundo Sardinero es mucho mayor y más tendida que la otra, y hay detrás un vallecito alegre y capaz para una verdadera población; sin embargo allí no se baña más que gente modesta y de poco pelo, en su mayor parte los que aquí llaman *castellanos*, que es la gente del interior, porque sin duda estos montañeses se creen de raza distinta y tan libres é independientes como en tiempo de la *Reconquista*.

DIA 24.

Hoy he hecho mi primera travesía en vapor. Tenía muchísimo miedo y no me decidía á embarcarme por temor al mareo, pero después he visto que se exagera muchísimo hablando de los viajes por mar. He ido hasta un puertecito que se llama el Astillero, y si bien al principio me desvanecí un poco al verme flotando á merced de las ondas, pronto me hice al peligro y anduve por el barco tan seguro como si estuviera en el cuarto de la fonda.

He hecho la travesía en un vaporcito que se llama *Corconera*, me embarqué en el Muelle y conmigo un centenar de viajeros de todas las clases sociales, comerciantes que irían á su tráfico, marinos que les arrastraría su afición al mar, forasteros que como yo irían por satisfacer la curiosidad, muchas señoras y lindas señoritas valientes como yankees; sin embargo á nadie le fué mal, yo fui el único que me sentí un poco indispuerto y para eso según me dieron un poquito de agua se me pasó el malestar, sin que volviera á sentir nada durante el viaje.

Este ha sido feliz y divertidísimo, pues con la confianza que establecemos el común peligro nos comunicábamos todos los pasajeros mutuamente nuestras impresiones sin necesidad de previa presentación, ni etiqueterías empalagosas.

El vapor soltó las amarras y se hizo á la mar con mucha magestad, luego fué apretando la marcha y deslizándose sobre el agua de la bahía tan suavemente como si fuera un pájaro que la rozara con las alas; sorteaba las barcas que surcaban el puerto y los grandes transatlánticos anclados que á su lado parecían monstruos gigantes, se acercaba á la orilla y despues se iba mar adentro, engolfándose, engolfándose en gran navegación, pasamos cerca de una isleta donde hay una casa, lo cual me recordó á Robinsón, despues cerca de otra isla grande que es el lazareto para las cuarentenas sanitarias; en la costa veíamos una porción de pueblecitos ribereños medio escondidos entre los árboles como las palomas, y cuando llegamos próximos al Astillero un paisaje lindísimo que levantó gran tempestad de hurras y bravos en el barco: en una colina cubierta de árboles está enclavado el pueblo cuyas casitas diseminadas aquí y allá parecen las de un pueblito metidas entre musgo; la ría, que allí se estrecha mucho, lame sus plantas y la ofrece un limpio cristal donde mirarse, las altas montañas del fondo se van agrandando, agrandando hasta

tocar las nubes con sus cimas mientras sus faldas tocan las aguas como si en ella tuvieran metidos los piés.

DIA 28.

¡Qué jaleo, qué barullo, qué incesante movimiento, qué ir y venir del Muelle á la Alameda, de la Alameda al Sardinero; por la mañana al baño, por la tarde á los toros, después á la feria, de noche á los fuegos artificiales en la bahía ó al concierto del Casino!...

¡Estoy rendido, quebrantados los huesos y me duele todo el cuerpo desde la punta del pelo á las plantas de los piés!

Por la calle no se puede andar, ríos de gente mezclados con tranvías y coches van de una parte á otra, todos corriendo y gritando como si estuvieran atacados de epilepsia.

¡Y todavía dicen que durará la feria diez ó doce días más!..

Los toros son aquí como en todas partes; mucha gente, mucho ruido, mucha silba y mucho borracho. Entender, no entienden una patata; con tal que maten muchos caballos ya están contentos. ¡Qué bravas son siempre estas razas del Norte!..

De todas estas fiestas he sacado á la postre muy poca cosa para mi libro.

No tendré más remedio que preparar los bártulos y lanzarme á alguna excursión artística por la provincia para sacar algo de mayor provecho.

Ayer he visto de lejos á Menéndez Pelayo con uno que me han dicho es hermano suyo y poeta también. Vamos, como los Argensolas.

Esta tierra parece que los cría á pares. ¡Qué fecundidad!

DIA 29.

Segundo viaje por mar; éste ha sido de exploración y larga travesía como los de Stanley en el centro del Africa, remontando el curso de un río que desemboca en la bahía, cosa que yo no había sospechado, y se llama según creo el río *Cubas*.

He hecho el viaje en otro vapor *Corconera*, pues hay una verdadera escuadrilla de ellos, siete ú ocho, y éste es del primer sistema de vapores, según me han explicado, de los de ruedas.

Hemos cruzado la bahía en diverso sentido que para ir al Astillero, ahora navegábamos enfilando la boca del puerto, lo que me causó grande espanto, pues me sentí ya en pleno oceano y camino de sus abismos sin fondo.

Yo no quitaba los ojos de los del capitán, que es un marino curtido por las tormentas del Atlántico, un verdadero lobo de mar con expresión de valor sereno y familiarizado con el peligro y las manos, que parecen garras de oso, clavadas siempre en el gobernalle, con el cual maneja el barco con la misma facilidad que un ginete su caballo. ¡Oh poderosa industria humana, y cómo encadenas, esclavizas y haces dóciles corderos las mismas furias de la Naturaleza!

Antes de llegar á la boca del puerto, el capitán ha puesto rumbo á la derecha, que en términos marinos se llama *estribor*, con gran satisfacción mía y de todo el pasaje que era muchísimo y de lo más escogido, porque estas expediciones tienen gran atractivo.

Hemos pasado frente de Pedreña y del Puntal, dos puertecillos escala ordinaria de los Corconeras, y nos hemos colado por un boquete que es la desembocadura del río *Cubas*.

Este, según me han informado, es un río que tiene distintos nombres como el Nilo, según su curso, que es dilatadísimo y tortuoso; en sus orígenes, que los tiene más claros que aquél, se llama *Miera*, y bebe sus primeras aguas en la vertiente de las altas montañas que pueblan los pasiegos, después cruza por Liérganes (la tierra del hombre pez) y la Cavada (antigua fundición de cañones para la Marina) y allí se apellida Riotuerto y al llegar á su muerte le llaman *Cubas*, nombre de un pueblo de sus riberas.

Nosotros no le hemos remontado más que hasta este último pueblo, pues luego ya no es navegable para barcos del porte corconeril, pero por lo que de él hemos visto puede juzgarse de su misteriosa carrera.

Su cauce se estrecha y enrosca en unas partes entre escarpadas montañas, en otras se ensancha y dilata por risueñas praderas, en sus orillas crecen espadañas, juncos y fragosos bosques que tocan el agua con sus ramas; una porción de pueblecitos se encaraman en las cumbres para verle pasar ó bajan á la orilla para retratarse en sus cristales, y en algunos parajes es tan cerrada y oscura la selva que yo creo debe estar habitada por fieras y alimañas y me ha parecido ver algún indígena huír espantado del silbato del vapor, vestido (el indígena, no el vapor) con traje tan ligero y fresco como el de los indios americanos.

AGOSTO 1.

Al fin he logrado conocer á Pereda, de lo que tenía vivísimos deseos.

Estaba sentado en una tienda de perfumería de una calle que se llama de la Blanca (porque dice la tradición que allí pernoctó, en no sé qué tiempo, una D.^a Blanca que quizá fuera la de Navarra) yo estaba en otra tienda de enfrente con un amigo, que fué quien me le mostró, y he podido contemplarle á mi gusto.

Pereda es un hombre todavía joven, representa cuarenta y pico á cincuenta años; tiene la color cenicienta, gasta perilla y bigote á la usanza española, sombrero gacho ladeado sobre una ceja y el cuerpo nervioso se revuelve bajo un amplio traje que está pidiendo á gritos que lo releven por jubón y calzas y gregüescos; porque Pereda es un rezagado de los tercios flamencos, de los soldados que sirvieron de modelo á D. Diego Velázquez de Silva.

Tiene los ojos muy vivos y penetrantes y habla mucho con las manos, dando tormento sin

cesar á los lentes que están constantemente bailando sobre su nariz aguileña.

Cuando yo le ví conversaba con Galdós, que contrastaba con él por su ademán reposado y dulce, y con otro señor de patillas blancas que gesticulaba mucho y se movía de un lado á otro en el estrecho tenducho como un león en la jaula y masticaba un puro, que no se separaba de sus labios ni para escupir.

Quizá discutieran sobre las próximas novelas de Pereda, que, según he oído, son dos las que prepara para este año.

Se me pasaron grandes ganas de saludarlos como compañeros, pero temí lo tomaran á entremetimiento y desistí de hacerlo.

DÍA 3.

Hoy he formado el proyecto de mi viaje, que he decidido dividir en dos partes: la primera por tierra y hacia la parte occidental hasta llegar al pié de los célebres Picos de Europa, la segunda por mar y hacia el Este hasta Bilbao.

DÍA 4.

La mañana se ha levantado nublada amenazando lluvia, pero no he desistido de mi viaje.

He tomado un billete en la diligencia de Asturias y me he encaramado en el pescante al lado del mayoral de quien me hice muy pronto amigo á fuerza de cigarrillos y copas. Además voy provisto de un libro de Amós Escalante que se titula *Costas y Montañas* y viene á ser la guía explicativa de todo este país que voy á atravesar.

Cruje la caja del coche, rechinan las ruedas, chasquéa el látigo el mayoral, cascabelean los caballos del tiro, y dando tumbos partimos al galope Alameda adelante.

¡Adios, Santander!, por poco tiempo.

* *

Nos hemos separado un poco de la costa hacia Torrelavega.

La carretera es ancha, bien conservada y toda sombreada por altísimos chopos. Va de pueblo en pueblo pidiendo hospedaje y rodea colinas, cruza maizales, se mete entre las huertas y vadea riachuelos como quien conoce el camino. Creo que nos llevará derechos á nuestro objeto.

Puente Arce es un pueblecito sobre la ría de *Mogro*, la cual pasa allí las horcas caudinas de un puente de vieja construcción. La ría va muy vuelta y despeñada como si llevara prisa de llegar al mar.

* *

Vamos bordeando la ría de la Requejada que desemboca en el mar cerca de *Suances*, una playa donde hay balneario y gran concurrencia de bañistas.

La vista de la ría es encantadora y Amós Escalante, que debe conocer este terreno á palmos, cuenta muy bonitas historias de todos estos pueblecitos.

A la derecha del camino y en un alto está el *Cumbrales del Sabor de la tierra*, por otro nombre, que es el geográfico, se llama *Polanco*. Allí tiene Pereda su residencia veraniega y es donde fabrica sus novelas. La casa parece un palacio con su parque y todo.

* *

Torrelavega es una villa importante y patria, según dice Escalante, de los Lasos de la Vega, famosos en armas y letras.

Tiene la villa hermoso caserío, gran mercado y es punto de gran animación, porque de aquí parten las diligencias para muchos pueblos de la costa. Yo, después de almorzar suculentemente, he tomado asiento en el pescante de la que vá á Liébana.

* *

Santillana del mar, antiquísima ciudad, de aspecto vetusto y señorial, tiene una famosísima Colegiata que ha sido declarada recientemente monumento nacional, y lo merece, porque tiene un patio que sería dolor viniere al suelo.

Lo que no veo es el mar pues su playa más próxima es *Ubiarco* y está á media legua de aquí.

No hay casa que no se doble al peso de los años y al de monstruosos escudos que ostentan timbres, motes y enseñas ganadas por la espada de muchas generaciones.

Algo debe tener que ver con Santillana aquel famoso marqués que no se le caía de la boca á mi profesor de Literatura; Amós Escalante me dará noticias.

* *

No he visto nada más alegre, más risueño ni más lindo que estos pueblecitos que forman el antiguo *Alfoz de Lloredo*.

Parecen chiquillos jugando al escondite: *Tonañes* se ha encaramado en una loma desde la cual se vé el mar cantábrico; *Cigüenza* se ha agazapado orilla de un arroyuelo que se abre paso entre guijas y praderas; *Novales* está escondido entre un bosque espesísimo de limoneros que le dan aspecto de pueblo andaluz y *Cóbreces* sube triscando por una colina á cuyo pié está la playa de *Luaña*, con su balneario, fonda y todo el aspecto de un lugar encantador donde pasar los calores caniculares.

* *

Ruiloba es un pueblo muy original, tiene un pié en el mar y otro en los montes; no sé si es un monstruo marino que escala la costa ó un desesperado terrestre que se arroja al mar.

* *

Comillas tiene una hermosísima y cómoda playa donde acude en el verano á solazar su espíritu y refrescar su cuerpo una numerosa colonia forastera; hasta de París vienen algunos, y son gentes tan amables y agasajadoras y de tan

franco trato que se dice ya que quien una vez viene á este pueblo no sabe salir de él.

Por mi parte puedo asegurar que ví caras tan lindas que me entraron tentaciones de dejar partir el coche.

*
*
*

En San Vicente de la Barquera dice la Historia que tomó tierra Carlos V cuando vino de Gante. No lo dudo, ni tampoco que el San Vicente de la Barquera de hoy sea el mismito que holló con su planta el glorioso Emperador de dos mundos; tal es su aspecto de rancio y vetusto como uno de esos libros de amarillento pergamino conservados en el archivo de Simancas ó en la Biblioteca del Escorial.

*
*
*

¡Gran camino es el camino de los baños termales de la *Hermida*! ¡Y por aquí vienen paralíticos, cojos, tullidos, gotosos y reumáticos á beber en estas aguas la salud y desentumecer el encojido organismo!

Hemos dejado el mar á la espalda y nos hemos metido por tierras de Asturias para llegar hasta aquí que es otra vez Cantabria.

Y no Cantabria así como se quiera, sino el armazón, los intestinos y las propias entrañas del planeta. Gargantas estrechas como galerías de mina, murallas de caliza que tocan el alto cielo, precipicios y derrumbaderos á cuyo pié se divisan los pueblecitos como un rebaño de ovejas en el prado, subidas perpendiculares donde los caballos se ayudan con los dientes y bajadas de montaña rusa en las que son inútiles al coche sus ruedas traseras; por todos estos sitios vá enroscándose la carretera, rastreando, agazapándose, y barrenando la tierra como un reptil que fabrica su escondrijo y hay momentos en que ésta parece escala de titanes y otros en que se piensa en un viaje extraño y fantástico, como el de Julio Verne, al centro mismo de la tierra.

Yo duermo esta noche en la fonda de la *Hermida*, mientras el coche continúa su viaje á esa misteriosa región de Potes donde los osos tienen sus ocultas madrigueras y al valle de Liébana, risueño y feraz oasis en medio de un desierto de granito.

La *Hermida* está sentada en el primer peldaño de la escalera por donde suben al cielo los Picos de Europa, y por donde subiré yo mañana, si Dios es loado.

*
*
*

DIA 5.

A lomos de un pacífico mulo y precedido de un guía mitad cabra mitad hombre, especie desconocida de centáuro, he subido durante no sé cuantos siglos por una estría de las rocas. Digo he subido, y he dicho mal, me han subido porque yo cerré los ojos desvanecidos por el vértigo y cuando me mandaron abrirlos me he hallado en uno que llaman pueblo, Tresviso, y yo creí guarida de osos lebaniegos.

Durante el viaje me he sentido cofre, si, un cofre donde se empaquetan ropas, papeles, libros y se le echa la llave, se le lía con cuerdas y se le mete en un furgón del ferro-carril, donde dando tumbos y salvando precipicios, sin sospecharlos, vá á donde reza la etiqueta de factura sin que nadie le pregunte ni él diga palabra por el camino; cuando llega y lo retiran de la estación se deslian las cuerdas, se mete la llave en la cerradura y ¡zás! entra la luz: he aquí Tresviso.

Lo mejor dicen que está arriba, más allá, en las minas, pero yo he dicho formalmente á mi guía, aunque le tengo muchísimo miedo, que ni Cristo pasó de la Cruz ni yo de Tresviso; que para mi objeto basta con lo visto, que es maravilloso, que yo diré en mi libro que subí al pico más alto de los de Europa, donde la nieve jamás se funde; que ví el mar arrodillado á mis plantas como un mastín que lame la mano de su dueño; que ví toda Cantabria á un lado y al otro Asturias cuna de la patria, más abajo León y las tierras llanas de Castilla donde duerme, como los pensamientos en un libro cerrado, la Historia de España; que sentí en aquella altura la gloria de ser español y perdida entre las olas del mar ví á Cádiz dormido sobre las aguas, entonces grité entusiasmado ¡viva España! y como estaba tan cerca del cielo, desperté al Padre Eterno que me mandó que me bajara de allí, porque le estaba estorbando, y dijera á los españoles que no les olvida, que sean buenos y les ayudará y que por ahora ya les ha dado un buen Peral para su recreo.

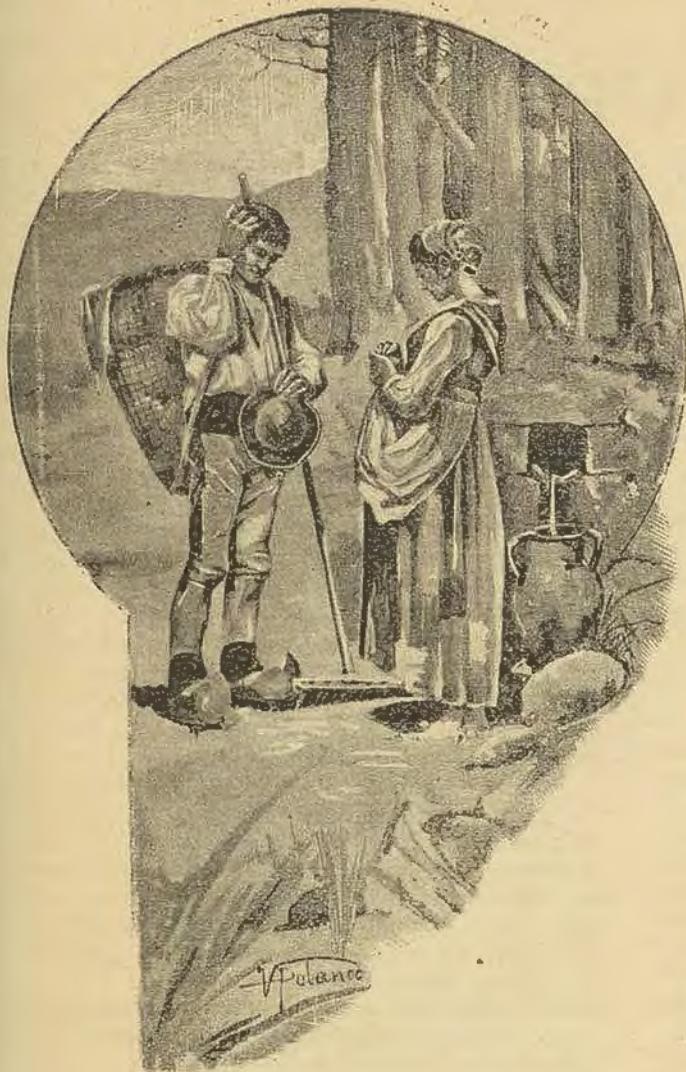
El guía erre que erre en que había de subir, que el año que viene se proyectan caravanas de Santander para hacer más cómodo el viaje y debía adelantarme; y yo tenaz en mi empeño y en el de aprovechar la ocasión de venir el próximo verano con las hermosas santanderinas, que debe ser cosa muy entretenida y no para desperdiciada.

La verdad es que á estas horas estarán atestadas de viajeros la Junfrau, la Tête-Noire y el Righi y las cimas de estos montes vírgenes de planta humana.

Por la copia,

Juan R. de Treceño.





¿Si vendría á repetir
lo que *enestonces* pasó?
No; pues lo que es eso no
la había de consentir.

Nada, nada, se decía,
á fuera todo reparo,
al pueblo y á hablarla claro
en cuanto que caiga el día.

La moza iría á la fuente
cuando él á casa volviera;
conque, á buscar la manera
de encontrarla casualmente.

Quiso la fortuna loca
protegerle aquella tarde
y la vió, y aunque cobarde,
fué, y la dijo.....

Punto en boca.

Conocida su intención
bien se puede adivinar,
pues lo que es irle á escuchar
sería una indiscreción.

EUSEBIO SIERRA.

Santander, Agosto de 1890.

ELLO ocurrió que aquel día
se encontraron casualmente...
la moza estaba en la fuente
cuando él de la mies volvía.

No les sorprendió en verdad
el encuentro inesperado,
porque antes ya había dado
la misma casualidad.

Tenía que suceder:
por obra y gracia de Dios
cruzábanse allí los dos
á eso del anochecer:
él camino de su hogar,
ella á por agua á la fuente;
conque necesariamente
se tenían que encontrar.

Pero aquel día... aquel día
fué más feliz el encuentro,
que el mozo llevaba dentro
algo que le *recomía*,
y con ello la intención
de soltarlo al primer punto;
y á ella, al auto del asunto,
le daba algo el corazón.

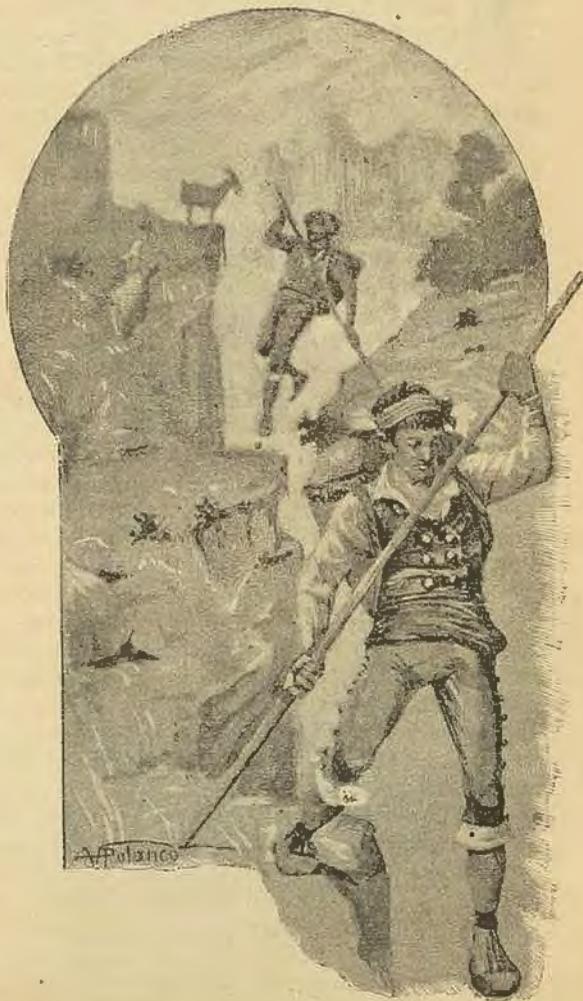
Por meter en la cabaña
la yerba de un verde prado
había el mozo ganado
la cumbre de una montaña,
y allí, dejando vagar
la mirada inquieta y viva,
vió á dos pasiegos de arriba
que bajaban al lugar.

Saltaban sin gran trabajo,
con el palo por apoyo,
y burlando aquí el arroyo
y el abismo más abajo,
iban á todo correr.

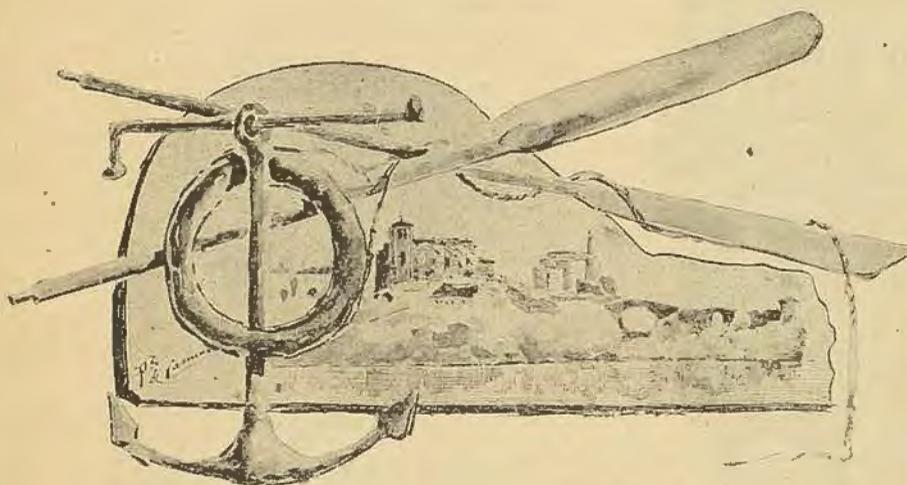
Pero el mozo conoció
al de adelante... ¡vaya!.. ¡no
le había de conocer!

Era el mismo que al lugar
bajó el domingo pasado...
le vió muy bien... ¡y á su lado!
¡y la quiso convidar!

¡Y bailó con ella luego,
mientras él en la bolera,
mejor que al emboque, hubiera
querido dar al pasiego!



CASTRO URDIALES.



EN el más abrigado recodo del profundo seno que el Cantábrico forma entre los cabos Quejo y Machichaco, casi á igual distancia de uno y de otro, frente por frente de la dilatada línea de costa que desde el abra de Bilbao se extiende hasta la punta del Villano, al pié de la elevada sierra de San Pelayo, la más saliente y menos áspera de las estribaciones del monte Cerredo, y en la orilla misma del mar, tiene su asiento la villa de Castro Urdiales, cuyo nombre nunca se ha escrito sin colocar junto á él algún calificativo que sirva para ensalzar su natural belleza, ó las insignes virtudes de sus hijos. Su caserío dispuesto en calles paralelas que corren de Norte á Sur, muéstrase apiñado y compacto dentro del recinto que circundaban las antiguas murallas, hoy derruidas; libre y diseminado extramuros, formando con la multitud de huertas, entre cuyo verde ramaje se destaca, las lindas afueras de Brazomar y de Urdiales.

Mirada la villa á cierta distancia desde el mar, ofrécese á la vista como la larga hilera de casetas de una poblada playa de baños; contemplada desde las alturas que la dominan, aparécese á la fantasía á modo de inmenso bagel encallado en los arrecifes de la costa, con sus costados batidos por las olas, con su alta proa hundida en la arena de la ribera y la elevada armazón de su castillo de popa enclavada en los peñascos de Los Huertos; vista desde las cercanías de Brazomar presentase como la obra de una imaginación soñadora y caprichosa, cuando se la contempla reflejando en las aguas su blancura, y marcando, como á punta de buril, en el fondo claro del cielo la silueta de sus tejados; las gallardas líneas de la Iglesia de Santa María, la mole del castillo rematada por la torrecilla del faro, y el delicioso mirador de Santa Ana con sus fantásticos puentes

levantados sobre el abismo y afirmados en los picos de las altas y tajadas rocas.

No es posible observar la villa desde punto alguno sin que se ofrezca por uno ú otro lado traza ó vestigio que evoque el recuerdo de pasadas edades. La columna miliaria de Las Glorietas, el castillo roquero de San Antón, mansión que fué de Caballeros Templarios, la puerta de Brazomar, con su arco apuntado, sus aspillerados muros y almenados adarves, los restos de la vieja muralla, ya casi totalmente destruída, la antigua fábrica del Castillo mayor, y el templo gótico

de Santa María, son otras tantas páginas de una interesante historia que aún no se ha escrito.

La obra de la naturaleza, acorde con la obra de los hombres, atestigua los remotos orígenes de un pueblo que lleva unidos en su propio nombre el idioma de los hijos del Lacio y alguna reliquia del habla de aquellos esforzados montañeses que contra ellos lucharon por la independencia de este suelo. La pequeña ensenada de la costa, la reducida península inaccesible por mar y fácilmente defendible por tierra, la proximidad del monte, de la campiña y de la playa, y otros accidentes favorables del terreno, no pudieron pasar desapercibidos para los primeros pobladores de esta comarca, á quienes debe suponerse dispuestos á hacer asiento en un paraje que les ofrecía sustento fácil, abrigo seguro, estancia placentera y pronta y preparada defensa.

«La primitiva poblacion de Castro Urdiales parece haber sido hecha por la victoriosa gente romana, fundando allí junto al puerto de los Amanos la célebre Colonia Flaviobriga, situada, según Plinio, en el territorio de Vardulia.» Así se expresa D. Manuel Assas en un curioso y erudito estudio arqueológico-histórico (1). Otro célebre escritor, D. Antonio Trueba, Cronista del Señorío de Vizcaya, dice: «No cabe para mí, ni creo que pueda haber para nadie que haya estudiado este asunto con alguna detención, la menor duda de que el Amanum Portus y el Flaviobriga citados por Plinio corresponden á la desembocadura del rio de Sámano en el mar,

(1) Monografía escrita bajo el epigrafe de «Landa ó cubierta de panteón de la Iglesia parroquial de Castro-Urdiales;» publicada en la obra titulada «Museo español de antigüedades.»

«casi á las puertas de Castro Urdiales» (1). Idéntica conclusión establecieron los académicos de la historia P. La Canal, Cean Bermudez, y Sabán, al emitir dictamen sobre una memoria escrita en 1826, referente á curiosidades romanas descubiertas en Castro. Las antiguas vacilaciones y dudas sobre el solar de la célebre colonia concluyeron para siempre desde que Castro Urdiales trajo á la contienda los incontestables títulos de su ilustre abolengo, y demostró que su antiquísimo puerto es el mismo conocido en remotas edades con los nombres de Portus Amamus, Flavio-Briga, y Castrum Vardulies (2).

Destruída el año 456 por las hordas de los éru-los, que, oriundos de las montañas de Escandinavia, pasaron como una avalancha por los puertos de esta costa (3); y reedificada cien años después, si son en este punto ciertas las noticias de los famosos Cronicones (4), volvió á desaparecer, ó á sumirse por largo tiempo en el olvido para hacer lugar al Castro Urdiales de las famosas marinas de Castilla.

Poderosa y floreciente surgió la villa de entre

(1) Hoja literaria de *El Noticiero Bilbaino*, de uno de los primeros días de Abril de 1862.

(2) Los argumentos que generalmente se emplean por los escritores que han aclarado este punto son los textos de los geógrafos é historiadores griegos y latinos, Strabon, Ptolomeo, Orosio, Pomponio Mela, Floro y principalmente Plinio, cuyo testimonio es concluyente; la cabal adaptación de las indicaciones geográficas de algunos de estos textos á los accidentes del terreno y de la costa, y la perfecta concordancia de los nombres latinos con los actuales, sin más alteraciones que las que forzosamente había de producir el transcurso de veinte siglos; las antigüedades romanas descubiertas; y las denominaciones de algunos parages de la localidad cuyo significado en el lenguaje del país, que debió ser el vasuence, viene á confirmar la versión, ya por nadie impugnada, de que Flavio-Briga tuvo su asiento donde hoy le tiene Castro Urdiales.

Entre los monumentos romanos hallados en la villa ó en sus inmediaciones se citan siempre la columna miliaria del tiempo de Nerón, la historiada bandeja de plata que lleva en su contorno la inscripción de «Salus Umeritana» propiedad de D. G. Otañes, y las medallas de Antonino Pio y de su esposa Faustina halladas en los cimientos de la derribada muralla. Hay otras muchas que nadie cita, encontradas de algunos años á esta parte en el recinto de la villa. Entre ellas merecen ser mencionadas las siguientes: una de cobre, de las que por las proporciones de su módulo se llaman grandes bronce, del emperador Marco Aurelio, en poder de don José María Gutiérrez; otra de igual materia y del mismo tamaño, de Julio Cesar, propiedad de don Alvaro Villota, dueño también de una de oro del emperador Augusto, enteramente igual á otra que pertenece á don Juan Bailey Davies, ambas en el perfecto estado de conservación que los numismáticos llaman «á flor de cuño»; y otra de plata, del emperador Tito, propiedad de don Francisco Díez.

(3) El Cronicon de Idacio dice, refiriéndose al año 456, hablando de los éru-los: Ad sedes proprias redeunt, Cantabriorum et Vardularum loca maritima crudelissime depredati sunt. Citado por el P. Florez en su obra titulada «La Cantabria» folio 28, n.º 322.

(4) En el famoso Cronicon de Hauberto hispalense, citado por el P. Fray Francisco de la Sota en su «Crónica de los príncipes de Asturias y Cantabria», se lee: «Flavio-Briga prope Oceanum reparata est a Cantabris anno quingentésimo octuagesimo quinto..» (585)

las oscuridades y tinieblas de los primeros siglos de la edad media. He aquí como un escritor ya citado describe su estado de prosperidad. «Ejercía, dice, con sus propias naves activo comercio en los mares septentrionales, guerreaba con extranjeras naciones, apresando buques cargados de ricas mercancías, y hasta sus humildes pescadores no ateniéndose solo á la pesca costanera, hacian grandes y utilísimas pesquerías de cetáceos yendo á buscar las ballenas hasta en las regiones, á la sazón apenas conocidas, de los marítimos arenales que hoy se dicen Banco de Terranova; lucrativas empresas todas que á Castro daban bienestar y holgura, nada comunes entonces en las interiores comarcas del reino castellano» (1).

Citada en el siglo X, en el documento, verdadero ó apócrifo, de los *Votos del Conde de Castilla Fernán-González*, y mencionada en la entrega de arras hecha por el rey de Navarra D. García Sánchez á su esposa Estefanía, (siglo XI), aparece en el siglo XII regida por el fuero de Logroño que en 1163 le concedió Alfonso VIII, monarca de imperecedero renombre, que hizo estancia en la villa, (2) y que presenció quizá la colocación de los cimientos de la Iglesia de Santa María, dejando memoria de la importancia que la villa había adquirido en las donaciones que sobre los bienes y diezmos de ella otorgó al Obispo y Cabildo de Burgos, al monasterio de San Juan, y al de las Huelgas.

Desde entonces, y tan pronto como la marina de Castilla se hace notar por sus empresas, figura en ellas el nombre de Castro, logrando á veces señaladas y muy singulares distinciones. Concurre con los demás marinos de esta costa á los triunfos del Guadalquivir y á la Conquista de Sevilla; contribuye á la repoblación de Cádiz; combate contra la Escuadra árabe en el estrecho de Gibraltar, y logra con su heroico comportamiento y señaladísimos servicios que el rey don Sancho el Bravo la premie con desusados privilegios; (3) es elegido, como centro y cabeza de la famosa y notabilísima confederación que dentro de su recinto se concertó el año 1296 con el nombre de «Hermandad de las villas de la marina de Castilla con Vitoria», (4) asiste á la batalla librada en 1350 entre la armada inglesa y los marinos de los puertos cantábricos, quienes sobreponiéndose

(1) D. Manuel Assas; obra citada.

(2) En ella otorgó el día 28 de Agosto de 1208 el privilegio para el empadronamiento del lustre y nobleza de los solares de Espinosa.

(3) El privilegio rodado, cuyo original se conserva en el archivo municipal, dice: «por hacer bien é merced al concejo de Castro de Urdiales por servicios que hicieron siempre al rey don Fernando nuestro abuelo é al rey don Alfonso nuestro padre, é señaladamente por muy gran servicio que hicieron ahora á nos con una nave é una galea en esta flota que nos mandamos armar cuando Avenzaf tenia cercada la villa de Jerez, franqueámoslos, é quere-mos.... etc.

(4) Memorias de don Fernando IV de Castilla, con las notas publicadas por don Antonio Benavides: en cuya obra se lee el texto de este documento y de otros importantes para la historia de la villa.

al rigor de la fortuna, que en esta ocasión les fué contraria, supieron morir antes que rendirse; (1) elige y nombra con las demás villas comisionados de entre sus vecinos para que avistándose con los emisarios del rey Eduardo tercero de Inglaterra, ajusten de potencia á potencia en Bayona y en Londres tratados de paz entre el Reino Unido y los puertos de esta costa; (2) envía á sueldo sus naves á las aguas de Cerdeña, logrando con su eficaz auxilio asegurar el triunfo de las gloriosas armas de Aragón en el sangriento combate de Alguer que costó á los genoveses y sardos ocho mil muertos y tres mil prisioneros; (3) coopera poderosamente al eficaz socorro que los reyes de Castilla prestan á los franceses en su lucha contra la invasora Inglaterra; y en la toma de la Rochela eleva su nombre á tal altura, que el rey de Francia se considera obligado á distinguir á la insigne villa con singulares mercedes. (4)

La importancia de Castro atrajo la codiciosa mirada de los ingleses, que intentaron apropiarse de ella, adquiriéndola á guisa de despojo de nuestras discordias civiles, como cuatro siglos más tarde adquirieron á Gibraltar, presa arrancada de entre las revueltas de nuestros disturbios por su rapacidad y villanía. D. Pedro de Castilla cedió al príncipe de Gales, llamado el Príncipe Negro, la tierra de Vizcaya y la villa de Castro Urdiales (5), á cambio del auxilio solicitado contra su hermano D. Enrique. Prestado el servicio, el príncipe reclamó con insistencia el cumplimiento del tratado, y aún consiguió que se llegara al nombramiento de Caballeros apoderados para la toma de posesión; pero ni la voluntad del rey

(1) *Maluerunt nempe, pro cordis durtia, mori quam subijci; dice el historiador inglés Wadingan.*

(2) Puede leerse el texto de estos tratados en las Memorias antes mencionadas y en las notas puestas á la «Crónica de los Reyes de Castilla don Pedro, don Enrique segundo, don Juan primero y don Enrique tercero;» escrita por don Pedro López Ayala, Canciller mayor de Castilla, con las enmiendas del Secretario Gerónimo Zurita y las correcciones y anotaciones añadidas por don Eugenio de Llaguno Amirolo.

El rey don Pedro aprobó en las Cortes celebradas en Valladolid el año 1351 estas treguas ajustadas entre el rey de Inglaterra y las marismas de Castilla y de Guipuzcoa y villas del Condado de Vizcaya. No arguye, pues, este hecho el abandono del ejercicio de la soberanía por parte de los monarcas de Castilla, que algunos han supuesto.

(3) El cronista López de Ayala, en su mencionada obra, Cap. 8.º pag. 79, dá cuenta del suceso en los siguientes términos: «E fué la pelea; é estando el fecho de la batalla como al medio dia en peso, ovo viento en la mar. E eran y dos naos de Castilla, é la una era de Castro de Urdiales, que decian la «Rosa de Castro,» que era de doscientos toneles. é venian al sueldo de los catalanes; é desque ovo viento llegó una nao destas á la batalla, é pasaba por encima de las galéas de genoveses, é á la galéa que fallaba anegábala. E así fueron debaratados los genoveses, é escaparon 19 galéas de las suyas, é perdieron treinta y una.»

(4) «Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria;» por el P. Gabriel Henao de la Compañía de Jesús «Crónica de la provincia de Santander,» por don Manuel Assas; y Monografía citada, del mismo autor.

(5) Tratado hecho en Liborne en 23 de Setiembre de 1366. Crónica citada de López de Ayala.

era propicia á la entrega, ni los castreños quisieron prestarse á ser separados de la madre patria; quedando de este modo sin efecto aquella imprudente cesión, cuya trascendencia para la historia de la villa y de la nación entera, de haberse llevado á cabo, no es posible calcular.

A esta época floreciente corresponden el castillo de los Templarios; la puerta de Brazomar; el castillo mayor; los conventos de San Francisco y de Santa Clara; la edificación de algunas Iglesias de las que solo queda la memoria, como la de San Nicolás y tal vez las de Santa Catalina y la Magdalena, citadas en documentos del siglo XVI; la población de algunas calles, de las que solo se conserva el nombre, como el barrio de los Ballesteros, la calle de los Mercaderes, y la de la Tenebregura; y otros preciados recuerdos, de entre los cuales sobresalen dos que para Castro tienen la importancia de verdaderos monumentos: el templo de Santa María, libro abierto en cuyas páginas todas las generaciones castreñas que se han sucedido por espacio de siete siglos han escrito su propia historia (1); y el «Cabildo y Cofradía de mareantes de Señor Santo Andrés,» regido por su famosa regla, reformada tres siglos más tarde, y confirmada con esta reforma por Felipe II en el año 1548, asociación por mil conceptos notable, que asume en su propia historia la historia de todas las grandezas y de todos los infortunios de la villa. Estos ligeros apuntes no se prestan al examen de aquellas insignes obras. Cada una de ellas daría materia suficiente para escribir un libro.

Los privilegios de que Castro fué objeto por parte de los reyes dan una elevada idea de los servicios que prestó. Todos los monarcas castellanos que se sucedieron durante los dos siglos comprendidos desde Alfonso el de las Navas hasta D. Juan II la distinguieron con señaladas mercedes, de cuya relación se conservan notas auténticas, y de algunas de ellas las cartas originales (2).

Terrible y cruel se mostró con la villa la fortuna cuando hundió en la nada todo su poderío y su ventura. La peste, los incendios y las guerras

(1) Don Amós de Escalante hace la descripción de este templo en su precioso libro «Costas y Montañas». Don Manuel Assas considera que, «á pesar de algunas agregaciones modernas poco acertadas, y de la descomposición de su cantería, que va oradando los sillares y reduciendo á polvo los ornatos, todavía en su actual estado es indudablemente una de las mejores Iglesias, acaso la más bella entre todas las de la provincia de Santander». Monografía citada.

Hoy, gracias á la iniciativa del celoso é ilustrado párroco don Daniel Otero, es objeto de una inteligente restauración dirigida por el joven arquitecto castreño don Eladio Laredo, y costeada con el importe de cuantías hechas entre los vecinos y entre los hijos de la villa residentes en América. El edificio ha sido duramente atacado por los tres linajes de ruina que, según Victor Hugo, desfiguran actualmente la arquitectura gótica. La importantísima restauración que hoy se efectúa pone al descubierto verdaderas bellezas artísticas, envueltas hasta ahora entre argamasa, y ocultas á la vista por espacio de siglos.

(2) No se hace aquí la enumeración de estos privilegios por juzgarla impropia de estos apuntes, que no son más que un ligerísimo resumen.

unieron sus fuerzas destructoras para aniquilarla. Hé aquí como á este propósito se expresan las Cortes celebradas en Búrgos el año 1430, reinando D. Juan II (1). «Otro sí, (se lee en el ordenamiento número 27), en rrazon de lo que me fe- »zisteis rrelacion que sodes certificados é ciertos »que la mi villa de Castro de Ordiales, que es »en la costa de la mi mar, puerto abierto, es muy »despoblada é destruyda, asi por mortandades »como por guerras é escandalos que entre ellos »han avidos, como por se quemar de fuego dos »veces, é aver seydo rrobada de los yngleses...» etc.

Aunque no llegó después ni ha llegado aún la villa al grado de riqueza y prosperidad que disfrutó durante los siglos trece y catorce, cuando era conocida por mercaderes y traficantes con el nombre de pequeña Bruges de España, supo salir de la postración en que tan despiadados golpes la colocaron. Trabajada y dividida por las banderías de la época nos la presenta el célebre cronista García López de Salazar, Merino que fué de ella, en sus memorables «Bienandanzas é fortunas» en víspera ya de los primeros albores de la edad moderna; pero curada del profundo abatimiento á donde la habían llevado sus infortunios, lisongeada por la esperanza de una pronta y completa regeneración.

Castro soy y Castro he sido,
Me asiento en firme montaña,
Y á la corona de España
Con lealtad siempre he servido.
Armas, escudo y señal:
Castillo, puenté y Santa Ana,
Naves, ballena, y mar llana
Son de Castro la leal.

Esta es la divisa puesta por la villa en sus armas. La figura de su cuartelado escudo corresponde perfectamente á los conceptos que el mote expresa, y viene á completar el blasón, que explica cumplidamente lo que la villa fué en los tiempos medios y en los primeros siglos de la edad presente. El castillo, que desde su fundación fué para Castro la primera y la última defensa, lugar de combate y de refugio, en cuya plaza de armas se congregaban los Ayuntamientos generales para tratar los asuntos de excepcional importancia; los puentes y la ermita de Santa Ana, obra de la naturaleza más que obra de los hombres, sello indeleble y característico de la villa, para la cual es como la representación del «genius loci», notable además por haber sido el sitio donde por

espacio de centenares de años el Cabildo de pescadores y mareantes eligió sus procuradores y sus alcaldes; las naves, la ballena y el mar, medio de vida en el cual á través de las edades se vé siempre desarrollarse la actividad castreña. (1) La lealtad campea como principal motivo en el largo y expresivo mote; legítimo alarde de un pueblo cuya oscura y noble historia es una gloriosa cadena de continuados sacrificios en aras de la patria.

Causa asombro contemplar el enorme tributo de sangre con que Castro-Urdiales contribuyó á las grandes empresas y á las grandes ambiciones de los siglos 16 y 17. Había en la villa, hacia el año 1590, más de siete mil habitantes, (mil quinientos vecinos,) y en el año 1741 no llegaban los vecinos á doscientos: ruina espantosa causada por las levas en masa que se hacían para nutrir las armadas. Para la que en Flandes se formó al mando del duque de Medina Sidonia contribuyó la villa con diez y seis embarcaciones ligeras (llamadas entonces navíos,) y doscientos cincuenta marineros; para la que se armó poco después en Portugal concurrió con una nave, diez y seis embarcaciones ligeras y cuatrocientos marineros; veintidos embarcaciones ligeras tripuladas por quinientos marineros castreños combatieron en 1582 á las órdenes del Marqués de Santa Cruz, contra Felipe Strozzi, en el porfiado y sangriento combate de las Islas Terceras; en 1587 fueron entregados al corregidor de Vizcaya setenta y un marineros de la villa, que en ella se hallaban licenciados para ir á Lisboa á engrosar el contingente de la expedición preparada contra las Islas Británicas, y asistir con otros castreños, hasta el número de trescientos ochenta, á los infortunios y desastre de la Armada Invencible; en 1596 tenía la villa ciento catorce marineros al servicio de la Armada; en 1625 envió doscientos de sus hijos en la expedición dirigida por don Fadrique de Toledo contra los Holandeses á las costas de

(1) Son muchas las referencias que respecto á las pesquerías de los castreños en los mares de Irlanda y de Terranova y respecto á la pesca, ó «caza», (así se le llama) de las ballenas, se conservan en el archivo municipal, y en documentos antiguos. En cuanto á la pesca de la ballena, merece ser citada una escritura de 21 de Enero de 1587, por lo difícil que parece presentar otra de fecha más remota que se refiera á la pesca de aquellos cetáceos en esta costa. Fué otorgada en esta villa por los vecinos de ella Francisco Colina y Pedro Lóizaga y el vecino de Guetaria Juan Oreja, ante el escribano García de Peñave-ra. En ella ajustaron los otorgantes un contrato de sociedad y de fletamento, («armazón» dice la escritura,) para la caza de las ballenas. Se obligaron á armar tres «chalupas», y una más de respeto, bien «aderezadas», y cada una de ellas tripulada por ocho hombres escogidos, un maestro atalayero, y un maestro arponero, convenientemente avitualladas, pertrechadas de arpones, bicheros, estachas etc. La pesquería ó «costera» había de empezar en Octubre y terminar en Febrero. La escritura original se halla en la Notaría de don Manuel Martínez.

La referencia más moderna que de la pesca de la ballena se halla en el Archivo municipal es de 7 de Mayo de 1734.

(1) Cortes de los antiguos reinos de Leon y de Castilla. Quizás se refieran á este suceso los versos que Antón de Montoro dedicó en Sevilla al Duque de Medina Sidonia. «memorando la perdición de Castro Urdiales cuando era dñbosa», que empiezan diciendo: «Muy digna potencia de más prosperar;» citados por Gayangos en su obra «Catalogue of the manuscripts in the spanish language in the British museum. Vol. 1.º, Pág. 12.

la América Meridional, (1) tripulando el patache y los dos galeones armados en su puerto, uno de los cuales, que, con el nombre de Santa Ana, enarbolaba la insignia de Almirante de las Cuatro Villas, apresó al regreso un bagel de Holanda, cuya voladura causó la pérdida del heroico galeón castreño y la muerte de ciento diez de sus tripulantes; (2) en 1718 entregó noventa y cuatro hombres, de los que casi todos perecieron peleando contra los ingleses en las aguas de Sicilia. (3) En una palabra no hubo combate alguno en los mares donde la sangre castreña no corriese derramada por los intereses y por las glorias de España. (4)

Estos enormes sacrificios eran á veces premiados, como en anteriores tiempos, con notables privilegios. Tantos eran éstos y tales, que vinieron á establecer en Castro Urdiales un régimen excepcional, enteramente separado, en muchos puntos, de la ley común. Todos estos fueros y exenciones esparcidas acá y allá, podrían formar un precioso catálogo, cuya primera página habría que ir á buscar al siglo doce, y cuyo último capítulo correspondería á la Ley XIII, Tít. VII, Lib. VI de la Novísima Recopilación que lleva este epígrafe: «Gobierno de la marinería de Castro Urdiales y conocimiento de las causas de sus individuos;» y que empieza así: «En consecuencia de las parti-

(1) Todos estos hechos, y otros no menos notables que aquí se omiten aparecen expuestos en el «Título de la vara de Alcalde Mayor de Castro Urdiales;» Cédula otorgada por Felipe IV á favor de la villa, y expedida en Madrid el día 12 de Julio de 1641.

(2) Son muy curiosas las noticias que acerca de esta expedición y del distinguido comportamiento y glorioso desastre del galeón castañero «Santa Ana», Almirante de las cuatro villas, se leen en el «Compendio historial de la jornada del Brasil y sucesos de ella» escrita por don Juan de Valencia y Guzman, que sirvió como soldado particular en dicha expedición. Se halla esta obra en la «Colección de documentos inéditos de la Historia de España» Tomo 55.

(3) Acta del Ayuntamiento de 30 de Enero de 1723.

(4) Hé aquí el juicio que á algunos escritores de la época merecía la villa. López de Galar hablando en su «Memorial» de los hijos de Castro dice: «Como marineros no tienen rival, pues notoria es su pericia, su inteligencia, su valor y ánimo sereno y firme.»

Gomez de Silva, informando en un expediente mandado instruir por Felipe II escribe refiriéndose á Castro Urdiales: «Nuestra admiración ha sido grande, y no menos nuestro contento, al ver que la villa, no obstante sus sacrificios de todas suertes, y las muchas pérdidas que le han traído sus expediciones á América y las guerras mantenidas por España en Italia y Flandes, todavía se conserva boyante, asaz próspera, y encauzada para grandes adelantamientos, más que todo si se empujase las obras de su puerto, que duermen en olvido hace años.»

El P. Gabriel Henao de la Compañía de Jesús, que escribió un siglo más tarde, decía: apenas se ha visto armada en que no hayan sobresalido sus hijos prestisimos en ofrecerse de suyo, y en acudir á cualquier llamamiento. Las continuas levas han causado tanta disminución en la vecindad y en las navegaciones que, habiendo antiguamente en este puerto trescientos vasos de navegar entre grandes y pequeños, con que frecuentaban los demás de España, Canarias, Francia é Inglaterra, y cada año iban á la pesquería de Terranova... etc.

culares exenciones concedidas á la villa y jurisdicción de Castro Urdiales... etc. (1)

Las actas que en el archivo municipal se conservan referentes á esta época demuestran los esfuerzos que Castro tuvo que hacer para defender contra la tendencia invasora y absorbente de los Corregidores de las Cuatro Villas su autonomía local y el preciado tesoro de sus privilegios é inmunidades.

No eran solo los fueros ganados por sus propios esfuerzos los que la villa reclamaba. Considerándose parte del solar vizcaino, del que se decía separada por carta ó provisión del Conde de Haro de 4 de Marzo de 1471, pidió y consiguió, tras largas gestiones, verse reintegrada en el disfrute de los fueros vascongados y ser restituida al Señorío de Vizcaya, al tenor de las Reales Cédulas presentadas al Ayuntamiento en la sesión del día 24 de Diciembre de 1739. (2) Los celos y rivalidades de Bilbao consiguieron veinte años más tarde la revocación de estas Cédulas de reintegración. (3)

En los comienzos de este siglo hay dos fechas memorables para la villa: la de Trafalgar, á cuyo combate envió oficiales y soldados que sacrificaron sus vidas al pie de sus banderas; y el once de Mayo de 1813, página triste y gloriosa, escrita por Castro en la historia con la sangre de sus hijos. A este memorable suceso no le faltan ni historiadores ni testigos. El Gobernador de la plaza, héroe en Zaragoza, y tirano en Castro, dejó escrita su propia defensa entre los infolios de un proceso de ocho años; las víctimas dejaron también estampados sus gritos de agonía en el brioso manifiesto dirigido contra el Gobernador; y un distinguido jefe del ejército invasor, actor de los sucesos y activo inspirador de las operaciones del sitio, dejó á la posteridad la relación de aquellos días de lucha, si bien el amor á sus soldados le vedó decir nada de las horribles escenas del exterminio (4) Trescientas nueve casas abrasadas y más de trescientos castreños pasados á cuchillo. Estos son, expensados en número, los horrores de aquella espantosa noche. (5)

En los sucesos acaecidos con posterioridad, la insigne villa ha procedido siempre inspirándose

(1) En el «Becerro, Libro de las behetrias de Castilla» se muestra el modo de ser excepcional de la villa en la edad media en cuanto á la prestación de las cargas y servicios generales. Lo único que el poder central miró siempre con insaciable avidez fueron los servicios navales de ella, que en cambio se tuvo por libre del servicio militar por tierra. «Et non pagan fonsadera, nin nunca la pagaron;» dice el Becerro.

(2) Desde esta época debieron empezar á figurar en el escudo de la villa las armas de Vizcaya, que aún se conservan en él.

(3) En el archivo municipal se conservan curiosos documentos relativos á este larguísimo expediente.

(4) Storia delle campagne é degli assedi degli italiani in Spagna del 1808 al 1813. Da Camilo Vacani.

(5) Perecieron entre las llamas casi todos los documentos del Archivo municipal, los del eclesiástico, los del Cabildo de San Andrés y los de las ocho Escribanías de número de la villa.

en el ejemplo de su propio pasado. Partidaria fiel de las instituciones liberales desde que fueron proclamadas por las Cortes de Cádiz, ha servido con la abnegación de siempre á la patria y á la libertad. Testigos de su noble proceder son las dos guerras civiles, en las cuales se ha vuelto á ver derramada sobre la cubierta de los buques nacionales la sangre de sus hijos, y ha vuelto á prodigar su hacienda en obras de defensa, y en servicios de inapreciable valor para el ejército.

Hoy marcha de mejora en mejora hacia un porvenir que se dibuja lleno de lisongeras esperanzas, y al que llegará, seguramente, conducida por la honradez, la actividad y el cariño de sus hijos.

JAVIER ECHAVARRÍA.

Castro Urdiales 28 de Julio de 1890.



HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

ONTANEDA.

HASTA el año 1833 en que la ilustre señora D.^a María Teresa Bassoco de Bustamante, adquirió la propiedad del manantial y edificó sobre él la primera casa de Baños, sus salutíferas aguas iban á confundirse con las frescas y cristalinas del río Pas, que orgulloso las recibía en su seno y sin que apenas mortal alguno diera en la feliz tentación de interrumpir con su cuerpo aquella templada y límpida corriente, que de seguro le hubiera limpiado de llagas, granos y costras si le molestaban.

El erudito y concienzudo hidrólogo Dr. Ruíz de Salazar, nos describe en su excelente monografía, las medallas y monedas romanas con los bustos de Tiberio, Nerón, Vespasiano y Constantino, halladas en las primeras capas de grijo ó cascajo que constituyen el fondo del manantial de Ontaneda. Feliz hecho que prueba, que ya los Romanos bañaron sus cuerpos en tan bondadosas aguas, costumbre que debieron aprender de los Cantabros, primitivos é indomables moradores del Valle de Toranzo.

La primera casa construída en 1833 tenía tres pisos y 96 piés de longitud; junto á ella fué bien pronto preciso levantar otra de dos pisos y con fachada de 84 piés de largo por 44 de fondo destinada á hospedería, comedores y dependencias.

En 1847, y en vista de la importancia que habían adquirido los Baños de Ontaneda, el Gobierno determinó dotar al Establecimiento de un Médico director, inteligente y apto, siendo el que ganó las oposiciones D. Manuel Ruíz de Salazar que tantos años ocupó y tan dignamente aquel puesto, legando á la posteridad una pre-

ciosa monografía completa y detalladísima de las aguas de que hablamos.

Por iniciativa del mismo Sr. Salazar, y á expensas de la Sra. Viuda de Bustamante y de su hijo D. Francisco y para responder á las exigencias, siempre crecientes, de la numerosa concurrencia que acudía en busca de salud á Ontaneda, se construyeron las dos grandes galerías que hoy posee el Establecimiento y se ensanchó y captó de nuevo su poderoso manantial minero-medicinal.

Tres son las galerías que tiene el Balneario: una para la Fuente y dos para los baños. La primera ocupa 96 piés de longitud por 30 de ancho. Está dividida en 2 naves paralelas de 5 metros de alto é iluminadas por sesgadas ventanas. La sala de pulverizaciones, contigua á una de estas naves, está dotada de dos bombas de alta presión que distribuyen el agua mineral fría ó caliente según las necesidades.

De las galerías de baños la 1.^a llamada del 15 de Octubre encierra 18 cuartos espaciosos, ventilados y con sus correspondientes pilas de mármol y otros 4 más donde se ha instalado respectivamente el *baño de asiento con ducha vaginal, uterina, ascendente y lumbar; los chorros de alta presión; el baño en lluvia y el de vapor.*

En el extremo E. de esta galería hay otras dos espaciosas habitaciones destinadas á chorros *ascendentes* y á chorros *filiformes*, todos alimentados de la misma agua mineral.

La 2.^a galería conocida por la de S. M. la Reina doña Isabel 2.^a contiene 8 cuartos de baño; dos de estos con gabinetes, el de la Reina y el de las Infantas, todos ellos alegres, espaciosos de

excelente ventilación y con sus correspondientes pilas de mármol blanco de Carrara.

A la terminación de esta galería se halla la Capilla, modesta sí, pero capaz á llenar cumplidamente las necesidades del Establecimiento.

Hállase el abundante manantial minero-medicinal dentro de la primitiva casa de Baños, y recogido en un espacioso cuadrilátero de más de nueve metros de longitud y cerca de tres de profundidad, presentando una hermosa masa de agua tan perfectamente diáfana que permite observar el curioso fenómeno del *desprendimiento gaseoso*, en este manantial muy importante.

LA FUENTE mineral, de la que beben los bañistas, tiene su frontispicio formado por el mismo muro del manantial, y sus caños que solo miden de largo, por tanto, el espesor del muro, arrancan á los 30 centímetros del fondo saliendo el agua con una presión de 2 metros 70 que tiene de alto la columna líquida á aquella altura. Esta circunstancia es sumamente importante pues el agua lleva aún en disolución el gas sulfhídrico del que la presión importante del agua no ha permitido desprenderse.

Esta y no otra es la razón científica, y bien sencilla por cierto, del hecho observado en algunos Establecimientos de aguas sulfhídrico-sulfurosas en los que los análisis sulfhidro-métricos acusan menos cantidad de principios sulfurosos en el agua tomada del caño de la fuente y pilas de baños que en la extraída á cierta profundidad del manantial ó depósito.

Cuanta mayor sea la distancia que el agua tenga que recorrer, mayor será la cantidad que tanto de temperatura como de gases ha de perder.

La temperatura constante de las aguas de Ontaneda, calificadas de azoadas, sulfhídrico-sulfurosas termales es de 27° 20 cs. centígrado ó sean 81° Fahrenheit y su caudal permanente de 1.184 litros por minuto ó 70.940 por hora.

El manantial se halla además á mayor altura que las pilas de baño lo que permite surtir las por cañerías cerradas y, que, como sometidas á cierta presión, no permiten el escape de los gases, principio curativo de las aguas.

El agua mineral natural, no altera sensiblemente los papeles impregnados de tinturas vegetales; pero si se concentra por evaporación lenta, la reacción es manifiestamente alcalina, perdiendo, al mismo tiempo su sabor hepático al que sustituye otro marcadamente salado y amargo.

Hierve á la temperatura de 95° centígrado.

La densidad á la temperatura de 18° es de 1,00892.

En las cañerías, paredes y fondo del manantial, depositan estas aguas abundantemente una substancia blanca, ligeramente amarillenta y más pesada que el agua mineral, que quemada desprende un olor fuerte á gas ácido sulfuroso, dejando escasísimo residuo de cenizas. Al microscopio (aumento de 300 diámetros) la recogida en las paredes de las cañerías, aparece compuesta de multitud de granulaciones regulares de azufre

precipitado, é infinidad de células pequeñas, redondas, transparentes y de contornos bien marcados (esporulos) pero sin nucleo aparente y de largos tubos delgados, transparentes, tabicados por células redondas, y envueltas en una substancia amorfa, hialina que sirve de unión á todos estos elementos.

En la recogida en las paredes del depósito están perfectamente definidos los caracteres de la *sulfuraria*, alga microscópica y rudimentaria, que se puede estudiar en sus diferentes periodos de desarrollo según tapiza las tuberías, las paredes, ó el depósito.

Las gases que se desprenden espontáneamente del manantial se componen según análisis practicada por el doctor Ruíz Salazar de ázoe, ácido carbónico y gas sulfhídrico en las proporciones siguientes:

	En 100 partes de mezcla.
Azoe ó nitrógeno.	96
Acido carbónico.	03
Gas sulfhídrico.	1
Total.	100

Según análisis practicado por el doctor Rióz, catedrático de la Facultad de farmacia, un litro de agua mineral de Ontaneda lleva en disolución.

PRINCIPIOS.	Peso en gramos.
Sulfhídrico.	0'016
Acido carbónico.	0'029
Sulfato cálcico.	1'770
» potásico.	0'486
» sódico.	1'347
Cloruro sódico.	0'980
» magnésico.	1'080
Carbonato cálcico.	0'039
» magnésico.	0'024
Oxido férrico.	0'005
Silice.	0'011
Materia orgánica, indeterminada.	
TOTAL.	5'787

Con objeto de comprobar la cantidad de principios sulfurosos que tiene esta agua mineral, el Dr. Sr. Armendariz ha practicado al pié del manantial repetidos análisis sulfhidro-métricos, resultando de sus trabajos que un litro de agua mineral lleva en disolución 170 miligramos de azufre que corresponden á 11 centímetros cúbicos de hidrógeno sulfurado; cifra mayor que la que anotaron los señores Rióz y Saez Palacios en sus análisis. El mismo señor Armendariz ha confirmado que la temperatura constante es de 27.20 centígrados; la densidad á 18° de 1,00892 y el caudal permanente de 1.184 litros por minuto.

La antigua historia médica de las aguas minerales de Ontaneda las acreditan como el mejor remedio para curar los padecimientos siguientes:

El herpetismo, el linfatismo, escrofulismo, ya este último adopte las formas tórpida ó herética y sus lesiones anatómo-patológicas radiquen en la piel, mucosas, huesos, ganglios linfáticos y tegidos parenquimatosos, en sus diferentes modalidades. La *sífilis*, en todos sus periodos y los accidentes ocasionados por el uso del mercurio arsénico, plomo y plata.

El *reumatismo*, especialmente cuando recae en sujetos de temperamento linfático y en las formas muscular, nerviosa y vascular.

Las afecciones de la piel, sean húmedas ó secas y de naturaleza escrofulosa, herpética, reumática, nerviosa, sífilítica, parasitarias ó por eliminación de productos tóxicos y escrementicios.

El histerismo y neurastemia en sus múltiples y caprichosas manifestaciones: en las neuralgias; clórosis, cloranemia y leucocitennia.

El *raquitismo*; mal vertebral de Pott; desviaciones del raquis y huesos largos; convulsiones; temblor; corea é incontinencia nocturna de los niños.

Las afecciones de los ojos y de los párpados sostenidas por el vicio escrofuloso, herpético y reumático ó por implantación de parásitos vegetales, y las mismas de los oídos, nariz, boca y garganta.

En los padecimientos propios de los órganos genitales de la mujer, vaginitis, metritis, gatarral, perimetritis, parametritis, inversión, prolapso, ante y retroverxión uterina, cólicos de la matriz leucorrea ó flujo blanco, aumento, disminución ó dificultad en la evacuación ó el flujo mensual ó cuando este falta.

En la esterilidad dependiente de trastornos ó lesiones en los órganos genitales.

En la diátesis úrica, oxálica y fosfática, y en la gota.

En las dispepsias, gastralgias, gastro-intestinales, dilataciones del estómago é intestino; hemorroides.

En la parexia del hígado, hiperemia é infartos de este órgano, hígado graso y hepatitis intersticial en su 1.º y 2.º periodo, ictericia, cálculos he-

péticos, catarros de las vías biliares, é inflamación de la vena porta.

Ultimamente, nada mejor en las enfermedades de las vías respiratorias que las atmósferas medicinales producto de estas aguas minerales, atmósferas compuestas de los gases oxígeno, nitrógeno, ácido carbónico é hidrógeno sulfurado en proporciones ponderables y determinadas, las más apropiadas para la curación de las laringitis, espasmos de la glotis, disnea, asma, hiperemia, é infartos del pulmón ateleptasia pulmonar, neumonía crónica, y tuberculosis en su 1.º periodo.

Temporada oficial de 10 de Junio á 30 de Septiembre.

Al frente del Establecimiento está el acreditado hidrólogo Dr. Alberto Armendariz, residente en Madrid fuera de las temporadas oficiales.

Hospedajes y medios de Comunicación.—GRAN HOTEL DE ONTANEDA, edificio sólido, espacioso, suntuoso como no hay otro, situado al pie de la carretera y en comunicación directa con el Balneario por medio de una galería al abrigo del ambiente exterior.

En este Hotel encontrarán los bañistas cuantas comodidades apetezcan; mesa servida con abundancia, limpieza, esmero y buen gusto; magníficas habitaciones; salones de recreo, billar y tresillo, tiro de carabina y gallo.

Los precios en este Hotel son, desde 6 hasta 10 pesetas diarias y por persona con habitación y mesa en 1.ª clase.

A los niños y familias numerosas se les hacen rebajas proporcionales á los precios indicados.

EL GRAN HOTEL DE ONTANEDA tiene estación telegráfica que funciona únicamente durante la temporada oficial

Además de esto, en el pueblo y contiguas al Balneario hay fondas y casas de huéspedes para todas las fortunas desde 6 hasta 3 pesetas; como la Villafranca, La Iberia, Amado, Perez, Hermanas de Pacheco, Gándara, Atienza, Castañeda, etc.

El viaje se hace en ferrocarril hasta la Estación de Renedo (línea de Madrid á Santander) en cuyo sitio y á la llegada de todos los trenes hay infinidad de coches que se disputan el transporte de los bañistas.



GUMERSINDO LAVERDE.

DESGRACIADAMENTE para los lectores me ha tocado también en suerte hablar aquí de este esclarecido literato, á quien no conozco más que por sus obras magistrales, sus admirables trabajos de crítica y sus deliciosas poesías.

De este modo, quien quiera saber lo que es y lo que vale, que es mucho y reconocido de antiguo, abandone presto esta página, olvidada de la fortuna, y lea las elocuentísimas que puso don Juan Valera como prólogo de los *Ensayos críticos* publicados en Lugo en 1868.

Mi tarea modesta, reducida á orlar con unos cuantos renglones el retrato que se vé, queda cumplida, si no á satisfacción de los editores y á gusto del público, á los cuales ni aún en otro caso pudiera contentar— queda cumplida á placer mío con expresar lisa y llanamente, orgulloso del paisanaje que me une á Laverde y agradecido á las lecciones que Laverde me enseña, el tributo de mi admiración apasionada.

Montañés de nacimiento y de corazón, aunque haya quien diga que es asturiano de origen y haga muchos años que está alejado de su tierra; montañés entusiasta que ha trabajado mucho por la gloria de su provincia y se ha apresurado á colaborar en este libro, venciendo achaques y dolores del cuerpo, él es uno de los hombres más ilustres de esta región, otro de los maestros de la literatura montañesa, que ya sobresale entre las demás españolas.

Crítico avisado, correcto, profundo, de instinto y gusto finísimos; docto en nuestra historia literaria; humanista notable y de los que ya quedan pocos; escritor elegante y erudito, conocido en las Reales Academias y estimado en todas las Revistas científicas, él es gloria de la Universidad y de la Facultad á que pertenece; una de las perso-

nalidades más distinguidas y eminentes de nuestro profesorado.

Amante rendido de la filosofía española, campeón infatigable de ella; propagandista incansable; entusiasta de nuestra regeneración científica; sócio en tal empresa de Caminero y Menéndez Pelayo, años y lustros ha trabajado en persecución de su ideal, exponiendo planes de enseñanza y exponiendo proyectos de renacimiento clásico, defendiendo, como nadie, la fundación de las Universidades católicas, de los periódicos católicos y de las Revistas y bibliotecas.

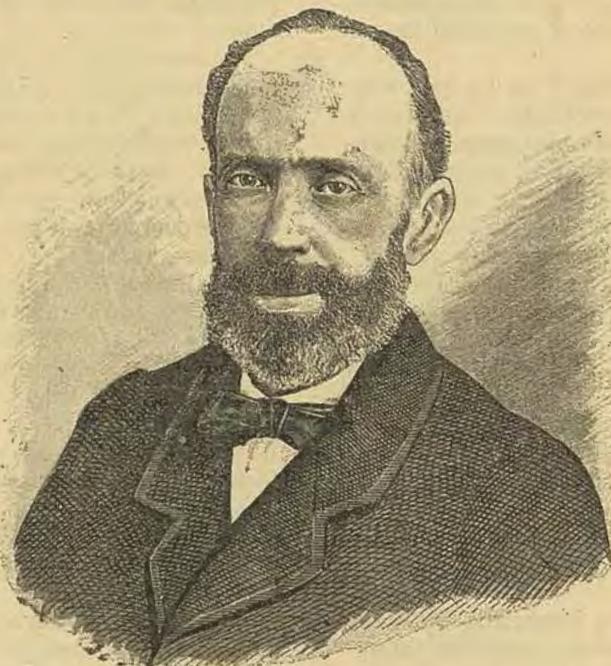
Poeta inspirado é independiente, de fondo cristiano y de forma griega, tocado de las melancolías septentrionales é inclinado á la *manera*

de la poesía del Norte; poeta dulce, nebuloso, correctísimo, de ternura romántica y pureza clásica, ha merecido, aunque no en la opinión popular, alto renombre y significación envidiable, manejando el *sáfico* como ningún poeta español de este siglo y ajustando sus inspiraciones á las formas más puras y exquisitas.

Como gran prosista es conocido, como docto catedrático y publicista notable; pero yo le admiro más como poeta; como autor de aquella preciosa poesía *La Luna y el lirio* en que hay la paz, la dulzura, la innegable tristeza de la lírica de estas montañas derramadas en lengua

límpida y divina; como otro de los grandes cantores de esta tierra nuestra, que en esta centuria, sin contar á Collado, á Escalante y á los dos Menéndez, fué la cuna de los Truebas, de Camporredondo, de Velarde, de Evaristo Silió y de dos ingenios malogrados, Manuel Madrazo y Fidel Bustamante, secados en flor por el soplo de la muerte, y á cuya memoria, en nombre también de los editores de esta publicación consagro una lágrima y un recuerdo.

Pedro Sánchez.



ICONOTECA MONTAÑESA.

OTROS HOMBRES ILUSTRES.

Como última de las *listas*—que hay que rectificar, ampliar y ordenar—publicase la siguiente, á la cual suplen en sus deficiencias algunos artículos de este libro y en la cual no se comprenden más que los nombres más ilustres de los montañeses distinguidos, no comprendidos en las listas anteriores:

- Juan de la Cosa*, piloto peritísimo, atrevido navegante, auxiliar principal de Colón en el descubrimiento de América.
- Antonio Cabezón*, músico ilustre, autor de obras notables.
- Pedro Ceballos Guerra*, estadista ilustre, notable diplomático, ministro de Fernando VII.
- José Madrazo y Agudo*, artista ilustre, gran pintor, director del Museo del Prado, Regidor perpétuo de Santander.
- Juan Manuel Bedoya*, eminente sacerdote, poeta feliz é inspirado.
- Manuel Rióz y Pedraja*, químico ilustre, sábio catedrático de la Facultad de Ciencias, Rector de la Universidad Central.
- Joaquín Gómez de la Cortina*, marqués de Morante, notable humanista y bibliófilo, Rector de la Universidad de Madrid.
- Diego de Argumosa*, cirujano eminente, sábio profesor del Colegio de Medicina de San Carlos.
- Ángel Fernández de los Ríos*, notable periodista, diputado á Córtes en varias legislaturas.
- Antonio López*, primer Marqués de Comillas, fundador de la Compañía Transatlántica Española.
- Juan Manuel Manzanedo*, primer duque de Santoña, banquero acaudalado, director de varias compañías ferrocarrileras.
- Saturnino Calderón Collantes*, político eminente, ministro de doña Isabel II.
- Fernando Calderón Collantes*, marqués de Reinosa, ministro de Estado y de Gracia y Justicia, presidente del Tribunal Supremo.
- Francisco Ceballos y Vargas*, Marqués de Torrelavega, teniente general, ministro de la Guerra, jefe del cuarto militar del rey don Alfonso XII.
- Santiago González Encinas*, ilustre cirujano, catedrático del Colegio de San Carlos.
- P. Francisco González Ontaneda*, sábio jesuita, catedrático eminente.
- Anselmo de la Portilla y Rodríguez*, publicista notable, fundador y director de varios periódicos mejicanos.
- Fernando Velarde*, poeta notable.
- Evaristo Silió*, tierno y delicado poeta.



ÉPOCAS CÉLEBRES MONTAÑESAS.

La Junta Suprema Cantábrica.

El último hecho famoso de nuestra historia que debe consignarse aquí es la constitución de la Junta Suprema Cantábrica, que defendió á Santander y la provincia de las armas de Napoleón.

Después del glorioso levantamiento de Madrid, del cual fué Velarde el primero de los héroes, Santander se levantó contra los franceses el 26 de Mayo de 1808, Reinosa la imitó el día 29, y en toda la Montaña se aprestaron sus hijos á la guerra de la Independencia.

Respondiendo á los deseos patrióticos de la opinión y secundando el patriotismo de Astúrias, se constituyó en Santander la Junta Cantábrica, bajo la presidencia del Obispo Rafael, que fué nombrado Regente único de la provincia.



La Estación Cantábrica de Biología Marina.

Sus precedentes: génesis y desarrollo actual de las Estaciones ó Laboratorios de Biología marina. (1)

Los progresos de la Biología moderna se deben, en gran parte, á la atención que desde Baer, sobre todo, vienen consagrando cada vez en mayor medida la Zoología y la Botánica al estudio de los primeros estados con que empiezan su vida los animales y las plantas, y á la observación de las transformaciones sucesivas porque van pasando despues dichos organismos para llegar á su fase definitiva, á la adulta. No es, como se dice, semejante estudio embriológico un ideal nuevo en estas ciencias, una aspiración extraña al fin que Linneo, Cuvier y Jussieu asignaban á la Zoología y á la Botánica. Si tal se afirma por muchos de los naturalistas actuales, es por que, fascinados por la aparente novedad de los recientes adelantos biológicos, y más aún por la de las teorías en ellos fundadas y prepotentes hoy, no reparan en que el objeto de estas ciencias no es otro ahora que en tiempos de aquellos naturalistas, á saber, describir el sistema del Reino Animal, la Zoología, y el del Vegetal, la Botánica; y en que no hay problema alguno en la moderna Biología que no sea parte de estos dos generales.

No es cierto, pues, que se haya añadido ningún fin nuevo al antiguo de estas ciencias. Hânse limitado ambas á realizar y desenvolver en nuestros días su programa de siempre con mayor extensión y fidelidad que antes, abrazando en sus estudios no sólo el aspecto adulto de los organismos (que siendo en general el más visible y duradero, se impuso de suyo á los naturalistas antiguos) sino además las fases todas de estos seres, desde el instante en que llegamos á distinguirlos. Pero es, en cambio, muy cierto que el examen embriológico de los animales y de las plantas, por revelarnos la historia primordial de estos seres, sus primeras edades, su pasado, en suma, nos da la clave para comprender su estado adulto, su presente, que pudiéramos decir en oposición al desarrollo embrional, preparatorio sólo del florecimiento de la organización en la edad definitiva.

Este primer capítulo con que la Biología reco-

noce hoy que debe comenzar la descripción ó historia de cada individuo, como de las especies y demás categorías de ambos Reinos, no puede escribirse á la vista solo de las colecciones muertas que atesoran los Museos. Exige la contemplación de los objetos mismos en la realidad de su vida, en su yacimiento natural, en la compleja urdimbre de relaciones que enlazan á cada uno con todos los demás y con su medio ambiente.

No basta ya traer al Museo despojos de animales y plantas para conocer rasgos tan sólo de la organización de estos seres: necesita también el naturalista llevar su actividad y sus medios de estudio al sitio mismo en que viven y revelan su naturaleza toda.

A esta necesidad responde un nuevo órgano científico, si así puede decirse, creado por la Zoología y la Botánica modernas para la adquisición de este conocimiento integral de los seres objeto de sus estudios. Y este nuevo órgano de la Ciencia, es el LABORATORIO BIOLÓGICO cuyo nacimiento y desarrollo sucesivo, hasta alcanzar su caracter y tendencia actuales, dan claro testimonio del decisivo influjo ejercido en el conocimiento de los seres naturales y en la cualidad de los medios con que se ayuda el hombre para estudiarlos, por las circunstancias exteriores en que se ofrecen dichos seres á nuestra observación.

Así se explica que, aun habiendo podido la Botánica estudiar vivas las plantas en los Jardines á ellas consagrados por esta ciencia, mientras la Zoología, por dificultades materiales, continuaba encerrada en los Museos entre restos y cadáveres, no adelantase, sin embargo, la primera de estas ciencias á la segunda en el examen embriológico de los seres que estudia; y eso que podía valerse y se valía del instrumento adecuado, del órgano natural para aquellas indagaciones. Consistía tan solo en que su Laboratorio biológico de entonces (que tal es, ni mas ni menos, un Jardín Botánico) compuesto como estaba de especies impropia- mente llamadas superiores (las que primero conoció esta ciencia), lejos de revelar á la contemplación del naturalista la intimidad secreta de la vida vegetal, le ofrecía, al contrario, á causa de su organización compleja, misteriosos enigmas imposibles de descifrar entonces y aún hoy mismo, en gran parte. Han sido, pues, los Jardines Botánicos durante mucho tiempo verdaderos Museos, no otra cosa, de plantas vivas. Y sólo

(1) Del dictamen presentado por el Excmo. señor don Manuel M.^o José de Galdo al informar el Consejo de Instrucción pública sobre el proyecto de creación de la Estación española.

cuando empezó el fecundísimo estudio de las Criptógamas (cuyo conocimiento es y ha de ser cada día la base más firme para interpretar rectamente el complejo funcionalismo de las Fanerógamas), sólo entonces fué elevándose, en parte, el Jardín Botánico á Laboratorio biológico, consagrado á hacer posible la observación de las sucesivas fases con que progresa el desarrollo de las plantas y en que revelan éstas su naturaleza esencial.

Pero tanto en la Zoología como en la Botánica el mayor y más frecuente contacto, por lo general, de los centros científicos con la Fauna y Flora terrestres ha influido de un modo notable en la estrechez con que venía realizando sus fines el Laboratorio biológico, así vegetal como animal. Este, sobre todo, tanto por el exíguo número de las especies sencillas cuyo génesis y evolución era dable observar en él, cuanto por la complejidad de las superiores, ha servido en realidad durante largo tiempo para estudiar, no el desarrollo entero de estos organismos, sino aspectos aislados, parciales, fragmentarios de su vida, esto es, tales ó cuales órganos ó sus funciones respectivas.

Así se comprende que sean conocidos estos centros de estudio, habiéndolos merecido con justicia, por los nombres que llevaban y tienen aún, á saber: «Laboratorio Anatómico», «Laboratorio Fisiológico», «Instituto Zootómico», etc. nombres aceptados y corrientes aún en los pueblos cuya cultura crece rápidamente y puede desenvolverse con menos dificultad que en el nuestro, donde no hay casi huella de tales Institutos.

Por fortuna, la riqueza de la Flora fluvial y terrestre en plantas sencillas ha permitido al Laboratorio de Anatomía y Fisiología vegetal anticipar, en parte, su fase biológica, si bien dentro de límites muy reducidos aún.

Esto no sucedió en la Zoología. Sólo cuando convirtió su atención á la Fauna marina, madre de la fluvial y terrestre, fondo general de que han surgido éstas como casos concretos, inagotable depósito de variadísimas formas de la mayor sencillez, manantial perenne de todo género de estados, óvulos, embriones, larvas, formas adultas, organismos decrepitos, enfermedades, monstruos y muertes; entónces solamente, y al influjo supremo de esta revelación continua de la vida en toda la plenitud y enlace de sus fenómenos y cambios, llegó la Biología zoológica á reconocer con claridad entera en el desarrollo, en la evolución del animal, la única expresión completa de la naturaleza y vida de éste.

Desde entonces fué cuando esta Ciencia se impuso como ley de su conducta ulterior la observación, no de fases aisladas, sino de cuantos estados median desde el óvulo hasta la muerte del organismo, *de utero ad tumulum*, y entró la nueva Zoología en la etapa de su historia actual que pudiéramos llamar propiamente *biológica*, esto es, *evolutiva, unitaria, integral*, cuyo órgano ó instrumento principal de progreso en los momen-

tos actuales es el LABORATORIO BIOLÓGICO MARINO, ó la *Estación Zoológica*, como suele decirse.

En 1826 en Francia con Milne Edwards y Audouin, y no en Alemania con Juan Müller, (según afirma el ilustre Director de la Estación de Nápoles y repite nuestro distinguidísimo micrógrafo, el Sr. Castellarnau) empezaron los estudios de Zoología marina con caracter embriológico. Y puede afirmarse que en la casa de labradores de las Islas Chausey, donde á poco de casarse, se establecieron los dos sabios franceses con sus familias, instrumentos, reactivos y libros, para consagrar muchos meses al examen del desarrollo de los animales marinos inferiores, es en realidad el primer Laboratorio de Biología marina que se fundó en el mundo.

Desde este momento, empiezan á surgir en otras playas de Francia, en las del resto de Europa y en la costa de Norte-América, multitud de instalaciones parecidas para el estudio biológico de la Fauna marina. Fueron y son éstas verdaderos laboratorios rudimentarios y fugaces, casi siempre debidos á la iniciativa privada, y fruto las más veces del trabajo, del celo y abnegación de los naturalistas. En pocas ocasiones son públicas ú oficiales; y suelen desaparecer al cabo de cierto tiempo de su primer emplazamiento, para volver á aparecer en otros sitios inexplorados, hasta que por fin adquieren carta de naturaleza en el Estado, en las Academias y en el público culto.

Más de treinta años de incesantes, múltiples y repetidos esfuerzos se han necesitado para dotar á la Biología de este *Novum organum* que tanto ha de influir en su progreso y constitución definitiva, como Ciencia que debe llegar y, sin duda alguna, llegará algún día, á reconocer claramente la unidad íntegra del sér que estudia.

A Francia también cabe la gloria de haber fundado á su costa el primer Laboratorio biológico oficial y permanente, el de Concarneau, en Bretaña, creado por el segundo Imperio para dar al célebre Coste condiciones más naturales y amplias en que proseguir sus estudios comenzados en el Colegio de Francia, sobre la propagación y cría de los peces.

Por desgracia era muy limitado el fin con que nació este centro. No respondía de lleno á las exigencias que para la creación de un verdadero Laboratorio de Biología marina, no de mera Piscicultura, venía haciéndose sentir cada vez más vivamente al repetirse y multiplicarse otras instalaciones personales y pasajeras, hechas en diversos sitios del litoral francés para continuar el estudio biológico por sus iniciadores mismos, Milne Edwards y Audouin y sus discípulos, Quatrefages, Blanchard y sobre todo Lacaze-Duthiers.

Sólo después de muy repetidas exploraciones de este último insigne zoólogo en las costas de Francia, España y Africa, creyó el Gobierno de su patria que debía facilitarle en 1872 los medios ne-

cesarios para fundar y sostener en la playa, también bretona, de Roscoff, un Laboratorio de Zoología marítima que es hoy el de más importancia entre todas las francesas creadas hasta ahora.

Pero á la vez que Francia organizaba en Roscoff de un modo oficial y permanente su escuela de Biología marina, Alemania, pobrísima en costas, instituía en las de Italia un gran centro de estudio.

Este fué, y es hoy todavía, la Estación Zoológica de Nápoles, sin rival en el mundo, fruto, ante todo, de la entusiasta vocación, alta competencia, poderosa iniciativa y aún fortuna personal del Dr. Antonio Dohrn, ayudado principalmente en su empresa por el Gobierno alemán, la Academia de Ciencias de Berlín, el Gobierno de Italia y los naturalistas ingleses.

Como el Laboratorio de Roscoff, tiene la Estación de Nápoles una curiosa historia también, un primitivo y sencillo origen, lentos y sucesivos desarrollos luego, y por fin una edad adulta. Si la granja de las Islas Chausey donde se instaló Milne Edwards en 1826, según dijimos, es el rudimento primordial, cuya ulterior evolución alcanza su plenitud adulta en la escuela biológica de Roscoff, es, á mi ver, la de Nápoles el florecimiento, no más, de aquel germen sencillo, puesto por el gran Juan Müller hacia 1840 en la costa de Italia, al instalarse en ella para estudiar la embriología de los animales inferiores descritos por Delle Chiaje y Cavolini, entre otros, pero sólo anatómicamente, en su estado adulto.

Desde que Müller improvisa su cuarto de estudio en las playas italianas, hasta que Dohrn alza sobre ellas un palacio é instala en él todos los medios de investigación morfológica ¡Qué série tan dilatada de exploraciones realizadas por los discípulos de Müller, por Milne Edwards mismo con los suyos Blanchard y Quatrefages y después por Keferstein, Kleinenberg, Vogt, Claparède, Hæeckel, Kovalesky, Metschnikoff, Ray Lankester, Balfour y muchedumbre de otros distinguidos naturalistas europeos!

Los de América, por su parte, cediendo á igual influjo científico que los de Europa; aspirando, como éstos, á constituir la Biología sobre una base realmente legítima (la historia del desarrollo), crean, á su vez, y casi en la misma época en que lo hicieron Francia y Alemania, los órganos adecuados para tal empresa. Fundan, ante todo, en 1871, un Laboratorio destinado (como el de Concarneau, primero que tuvo Francia) á servir, no á la Biología marina misma, sino á puras investigaciones concretas y prácticas sobre la multiplicación y desarrollo de los peces. En su primer emplazamiento en Woods-Holl (Massachusetts) donde lo estableció la Comisión de pesca, llevándolo después en años ulteriores á diversos parages de la costa, se alzar á pronto (1) el gran Laboratorio que dicha Comisión establece con carácter plenamente definitivo y aspiración á que lleve en

América la representación que el de Nápoles tiene en Europa.

Pero ya en 1873, á poco de fundarse en Francia el Laboratorio verdaderamente biológico de Roscoff y cuando se disponía la Estación de Nápoles á abrir sus puertas á los naturalistas, inauguraba también Luis Agassiz, el egregio naturalista suizo, verdadero padre de la zoología norte-americana, en la Isla de Pennikese su escuela americana de verdadera Biología marina, de que son discípulos los actuales distinguidos maestros, Alejandro Agassiz, Fewkes, Faxon, Broocks y Whitmann. Vese pues, que la primera creación de estos centros llamados á renovar las Ciencias biológicas, es simultánea casi en Francia y Alemania, en Europa y América.

Prueba bien clara es ésta y testimonio evidente de que responde la creación y establecimiento de estos centros de estudio á una necesidad interna del progreso científico, sentida casi simultáneamente en todo el mundo culto, y, para fortuna de cuantos aman la Ciencia, en camino de verse más y más satisfecha cada día en todos los pueblos ilustrados.

Así se vé que en Francia y en derredor del primitivo núcleo que representa el Laboratorio de Roscoff, han ido surgiendo desde entonces el de Wimereux, el del Hávre y el nuevo de Concarneau en el Océano; y en el Mediterráneo los de Banyuls, Cette, Marsella y Villefranche.

En la América del Norte, el Laboratorio de Pennikese apesar de su breve existencia, dió el impulso á que deben su origen el de Newport, fundado por Alejandro Agassiz á su costa, el de Beaufort, establecido antes en Chesapeake-bay los de City Cottage, Salem y Amnisquam, anejos á tres Escuelas privadas y por fin el que está construyéndose en Woods-Holl y ha de ser el principal de todos.

En cuanto á Italia, es tan grande la vitalidad y tan amplia la esfera de acción de la estación de Nápoles, que no es extraño siga siendo la única que tienen Alemania é Italia, ya que por sí sola representa y condensa los esfuerzos de muchas.

Austria, sin embargo, utilizando el Adriático, ha dejado la estación de Nápoles que fué su órgano durante cierto tiempo, y ha establecido en Trieste su Laboratorio biológico.

De las otras naciones de Europa, que por circunstancias muy diversas en cada una de ellas no han podido seguir estos ejemplos, creando oficialmente Laboratorios biológicos, hay que decir que no por eso se han creído dispensadas de ayudar á tan noble propósito, preparando los medios de contribuir á su mejor realización. Así ha sucedido con Noruega, Bélgica é Inglaterra.

Esta (donde nadie ignora que los Institutos de investigación y de enseñanza en todos los órdenes, viven de sus fondos y no del presupuesto del Estado), si ha tenido que esperar resignada á que se creara en favor de los Laboratorios biológicos la opinión pública necesaria para darles vida material, en cambio tan pronto como aquélla estuvo

(1) Instalado ya desde hace tiempo.

creada se apresuró á multiplicar las estaciones marinas en sus playas, y cuenta ya con los Laboratorios biológicos de Stonehaven, Saint-Andrew y Granton, en Escocia, preparándose además á fundar el de Plymouth que costeará una Sociedad de naturalistas y personas ilustradas y que ha de ser el más importante de la Gran Bretaña, cuyas costas fueron minuciosamente exploradas por el ilustre Forbes y sus amigos y discípulos.

Holanda, que cultiva la Biología con empeño, sobre tener hace años una Estación zoológica que instala cada verano en distintos sitios de sus costas, acaba de invitar á los naturalistas que deseen estudiar la fauna del Archipiélago Malayo, á utilizar el Laboratorio que la Real Academia de Ciencias holandesa, acaba de fundar en Kevon-Siri en Batavia.

Bélgica, que con los dos Van Beneden ha cooperado notablemente al progreso de la Biología marina (después de haber creado con Schwann la Morfología celular de los animales), instituyó, no ha mucho, un Laboratorio biológico en Ostende, donde podrán realizar mayores adelantos en este orden las nuevas generaciones de naturalistas formadas bajo la dirección de maestros tan notables como los dos sabios aludidos y el canónico Carnoy, Profesor en Lovaina.

Noruega, en verdad, no ha fundado Laboratorio alguno, oficialmente á lo menos. Pero quizás se explique este hecho por circunstancias propias y especiales, que deben sin duda alguna facilitar allí muchísimo los estudios de Biología marina, á cuyos comienzos y adelantos están indisolublemente unidos desde el principio de la historia de esta ciencia los nombres venerables de Sars padre é hijo, Loven, Koren, Danielsen y otros muchos noruegos.

En Australia, finalmente, la iniciativa perseverante del entusiasta y distinguido zoólogo ruso, el Barón de Miklucho-Maclay, ha hecho nacer una Estación biológica modesta hoy, pero llamada á gran porvenir.

Tales son el estado actual y nuevas tendencias de la Biología y tal la serie de esfuerzos múltiples y grandiosos realizados por los naturalistas primero, y por los pueblos cultos después, merced á los cuales ha entrado la Biología en su fase presente. Progreso tan capital lo debe, sobre todo, á la creación privada ó pública de estos nuevos órganos con cuyo auxilio se ha constituido sobre bases más firmes y legítimas, esto es: á los Laboratorios de Biología marina cuyo origen y sucesivo desarrollo se resumen en las consideraciones expuestas. (1)

(1) Desde Abril de 1886, fecha de la presentación de este informe, se han fundado muchos otros Laboratorios biológicos en las costas bien de países que como Francia, Inglaterra, Italia, los Estados-Unidos, etc., contaban ya con algunos, bien en naciones que como Rusia y el Japón, carecían de ellos. Dirige el creado en Sebastopol el insigne Kovalsky una de las glorias más legítimas y puras de la Zoología contemporánea. El de Misaki, adscrito á la universidad imperial de Tokio, está á cargo de los ya célebres profesores Midsukuri é Yfchykawa.

Aspiraciones en la Estación Cantábrica de Biología marina y motivos para su emplazamiento adecuado en Santander (1).

I.

1. Reflexionando sobre el servicio que en la Biología marina desempeñan hoy los laboratorios creados y el destino que debiera corresponder al nuestro, parecióme deficiente quizás el ideal que hasta ahora se han propuesto, y exclusivo, por tanto, el punto de vista en que vienen á colocarse la mayoría de los naturalistas cuando se ocupan de su mejor emplazamiento. Diríase que los laboratorios existentes han nacido para consagrarse sólo al estudio de la fauna litoral, dejando fuera de su organización y aspiraciones el examen de la fauna profunda, como si ésta, por la gran dificultad de su acceso, debiera quedar encomendada siempre á grandes, pero excepcionales y pasajeros esfuerzos de exploración abisal, semejantes á los que han revelado la existencia de aquélla. Prescindiendo de que, en la mayoría de los casos, no han sido ante todo motivos internos, realmente científicos, sino exteriores y secundarios, prácticos, que se dice, los que más influyeron en la elección del sitio que ocupan estos laboratorios, es lo cierto que, si sus fundadores ó los naturalistas que los frecuentan hubieran podido erigirlos en los lugares que teóricamente, en idea, juzgaban más apropiados al caso, de seguro que se verían alzados no donde están, sino en playas y costas como las de Nápoles, Mahón ó Algeciras, frecuentadas por una riquísima fauna litoral y pelágica, donde tienen representación casi todos los principales grupos zoológicos en multitud de especies, cuyo conjunto viene á ser como un breve resumen de la que puebla todas las costas ó se agita en la superficie de todos los mares.

Esta vocación general en todos ellos hacia la fauna litoral y pelágica, lejos de inclinarme á justificar su exclusivismo considerándolo como fundado en una exigencia del fin común á tales institutos, me sugería, por el contrario, la sospecha de si era quizá debido á un influjo insensible del espíritu de imitación indiscreta que se infiltra á veces en los centros científicos, acabando por infundirles un mismo sentido. En todo caso si encontraba legitimada esta tendencia en algunos de ellos, no tanto por la riqueza que en sus costas y mares adyacentes ofrecen la fauna litoral y pelágica, cuanto por la gran distancia á que se hallan sus emplazamientos de las profundidades abisales y los consiguientes obstáculos y gastos enormes que les impondría su exploración continua y sistemática; si podía explicarme, en suma, que obedeciendo á esta imposición mecánica los unos, y á influjos menos fundados los otros, acabasen todos por aparecer como vaciados en un mismo molde, no creí sin embargo

(1) Del Informe sobre el emplazamiento de la Estación de Biología marina, elevado al Excmo. Sr. Ministro de Fomento por el Director de la misma D. Augusto G. de Linares.

que la Estación española debiese reflejar esta común tendencia de las otras, atendiendo á lo que voy á decir.

2. Ciñen nuestro litoral oceánico mares profundos cuyos ejes de máxima depresión corren cercano el uno á la costa Cantábrica, desviándose hacia el N. de la dirección general de ésta, y el otro mucho más apartado de la Galaica y Lusitana: arranca el primero del Pozo de Cabo Bretón en el vértice del Mar Cantábrico, terminando hacia los 45° ó 46° de latitud próximamente; desde este punto, donde se cruzan ambos, y apartándose mucho de la dirección de la costa Occidental de Galicia, desciende el segundo hacia el S O: así se vé claramente en el esquema trazado sobre el mapa de Petermann y las cartas de Berghaus y R. Andrée, que acompaña al estudio de nuestro ilustre geólogo el señor Mac-Pherson sobre la relación que parecen guardar tales depresiones con la estructura geológica de la Península.

Tan inmediata se halla la ladera meridional del primero de estos dos grandes valles oceánicos á la costa Cantábrica, que en algún punto á 6 millas no más de ésta, (1) encontró el «Travailleur» profundidades de 1630 metros, á que suceden luego mar adentro y más ó menos próximas, según los casos, las de 2.000, 2.800, 4.500 y 5.000 por fin. Se hallan pobladas todas ellas por una interesantísima fauna, ó nueva del todo, ó parecida en otro caso á la que habita en condiciones análogas en el Golfo de Méjico, y á la que vive mucho más cerca de la superficie en los mares septentrionales. Han empezado á revelárnosla los naturalistas extranjeros, principalmente los franceses merced á las grandes exploraciones del Travailleur» en 1880, 1881 y 1882, cuyos resultados son de grande trascendencia para el mejor conocimiento, no sólo de estas mismas poblaciones abisales, apenas estudiadas aún acá y allá en la plenitud de los mares, sinó también de la fauna litoral y pelágica que conocida hasta hace poco aisladamente, fuera de su íntima relación con la profunda, no podía menos de ser un misterio en sus rasgos capitales.

Circunstancias tan ventajosas, pues, en nuestra costa Cantábrica para intentar un estudio continuo y metódico de la fauna profunda de su mar inmediato, ya que apenas la conocemos todavía por las exploraciones citadas, me inclinaron á pensar que, si previos ensayos mostraban fácil el acceso regular y sistemático á los más cercanos de sus grandes fondos, ya que no á sus abismos, sin tener que acudir á los medios excepcionales y costosos con que hasta ahora se han explorado aquéllos y que exige todavía la exploración de éstos, valía entónces la pena de que la Estación española, lejos de concretarse á un estudio meramente parcial de la fauna marina en su aspecto litoral y pelágico tan sólo, aspirara, por el contrario, á in-

vestigar á la vez y en la medida posible la fauna profunda, sin cuyos datos no hay base para conocer aquéllas en su total integridad, por ser meras partes como ésta, de un mismo todo superior. Tal entendí que debía ser el verdadero destino de la Estación española; tal será, creo, el de otras si nacen en condiciones análogas de emplazamiento; y tal sospecho que acabará por ser el de todas. Pues la función que en el progreso de la Biología marina vienen desempeñando las grandes exploraciones de la fauna profunda, realizadas sin continuidad ni enlace, con la sensible intermitencia impuesta por su enorme costo, como episodios, en suma, de la vida científica en las naciones más cultas, no puede corresponder ciertamente, por grandes que parezcan sus resultados hasta ahora, á lo que exige esta ciencia para no caer, exagerando quizás el valor de éstos, en errores tan graves como los que ha podido rectificar ya con la ayuda de los mismos: sólo cuando estos grandes órganos transitorios de exploración queden reemplazados por otro más ó menos modesto, pero permanente, en cada Laboratorio biológico, que supla con su ejercicio normal y constante la grave deficiencia de las observaciones recogidas hasta ahora sin la debida conexión, casi al azar; sólo entónces los datos aislados, en que se apoyan hoy las inducciones formuladas por los zoólogos acerca del origen y dispersión gradual de la fauna marina, alcanzarán la firmeza necesaria para servir de base positiva á inferencias y conclusiones dignas de respeto.

II.

Entendida así, por todas estas razones, la misión que debe proponerse el Laboratorio español, quedaba ya muy circunscrita la zona de costa donde había de buscarse su emplazamiento, mejor dicho, el sitio más conveniente para el ensayo preliminar á su elección. Holgaba pensar en la región mediterránea, ya que los grandes fondos de este mar, hoy considerado como mera provincia zoológica del Oceano, sobre ser menores y más pobres en general que los de éste, se hallan muy lejos de la costa. Como también se alejan mucho de la oceánica meridional y occidental de nuestra península, según ya se dijo, los que se observan en el gran valle submarino Galaico-Lusitano, había que prescindir también del litoral Bético y del que comprende las llamadas *Rias bajas* de Galicia, pues si se acercan á Finisterre grandes fondos lo hacen sólo y bruscamente los de 1.000 y 2.000 metros, apareciendo lejanos los de 2.800 y remotísimos los ulteriores. Venía, pues, á quedar reducido el campo de ensayo y de elección, en caso favorable, al mar y costa Cantábrica; pero no indiferentemente en toda su extensión, ya que entre las grandes profundidades y las costas de Lugo, Astúrias y las Vascongadas, median altiplanicies submarinas como la *Meseta del Travailleur*, que le dió nombre, y otras menos conocidas, mientras que se acercan aquellas notablemente al litoral de la provincia de Santander y

(1) Contadas al N. del punto medio entre los cabos de Ajo y Quejo.

al de la parte oriental del de la Coruña. Una ojeada á los planos que reproducen los sondéos y dragados del «Travailleur» en el Atlántico y Mediterráneo y especialmente en el Golfo de Gascuña, basta para legitimar, así la exclusión de estos dos primeros mares y la de aquellas tres regiones del Cantábrico, como la preferencia que merecen sus otras dos últimamente indicadas, y muy especialmente, por lo que vá á decirse, la primera que coincide casi en extensión con el litoral de Santander y su provincia. En efecto, véese no menos claramente en dichos planos que del gran Valle submarino cantábrico, ya en parte conocido desde antiguo por los pescadores con el nombre de *Canal ó Valle de la Plegona, ó Pregona*, se desprenden hacia la costa de esta provincia, ramas transversales, es decir, valles secundarios separados por montañas, continuación éstas en el Océano, seguramente, de las que en tierra limitan las respectivas cuencas de los ríos que hoy desaguan ó quizás desaguaron antes en aquellos valles por los puertos de S. Vicente la Barquera, Suances, Santander, Ajo é Isla y Santoña. La transición desde los fondos de 5.000 metros del gran valle hasta la costa se hace por mediación de los valles secundarios de un modo suave, gradual, pues aparecen, escalonadas, unas tras otras, profundidades próximas á 4.500, 2.800, 2.000, 1.000, 500, 300, 200, 100..... etc. metros, cuya ordenada sucesión permitiría seguir de una manera racional la de sus faunas correspondientes, sin exponerse á caer en los errores casi inevitables en otras circunstancias, sobre todo cuando la exploración pasa bruscamente de la verdadera fauna profunda á la intermedia (como Agassiz la llama) ó viceversa. Esta sucesión gradual de los fondos, que aparecen aquí lo bastante cercanos unos á otros para evitar la dificultad de un largo recorrido al explorarlos, y lo bastante separados á la vez para permitir un exámen discreto de sus faunas respectivas, es lo que falta en cambio en la segunda región cantábrica aludida, correspondiente, sobre todo, á las rías del Barquero, Santa Marta y Ceideira y aún á las de Ferrol, Ares y Coruña menos favorecidas por los grandes fondos. Estos, en efecto, ó se alejan muchísimo de unas y otras rías, como lo hace el fondo máximo de 5.000 metros; ó bien, corriendo ya próximos á sus costas, aún se apartan más de ellas todavía que las de Santander, como ocurre con los términos iniciales de la serie, esto es, con los fondos de 200, 500, 1.000 y 2.000 metros en todas las rías nombradas y con el siguiente de 2.800 sólo en las de Ferrol, Ares y Coruña; ó por el contrario se aproximan más que á las rías de Santander á estas últimas, y mucho más á las tres primeras, que es lo que pasa con el penúltimo miembro de la serie, los fondos de 4.500 metros. Prescindiendo de la desventaja que ya ofrece esta región por su gran alejamiento del mayor de los fondos; á no sucederse atropelladamente los inmediatos, reflejando en sus bruscas transiciones la continuidad de una altísima pendiente submarina, parecía natural

aprovechar su gran proximidad á estas tres rías septentrionales de Galicia, ya que las de Ferrol, Ares y Coruña solo aventajan á las de Santander en su menor distancia al fondo de 4.500, siéndoles inferiores por su mayor alejamiento de todos los otros.

2.º Concretada la elección, de esta suerte, á Santander y demás rías de su provincia, salta á la vista mirando los planos de sondéos y dragados hechos por el *Travailleur* la superioridad de las de San Vicente la Barquera y Suances sobre las de Santander y Santoña. Bien se vé sin embargo, que merecerían aún la preferencia sobre todas estas las de Ajo é Isla, por ser más próximas á los grandes fondos: pero su importancia en este respecto es meramente teórica, pues sólo en la pleamar son accesibles, y aún difícilmente, á embarcaciones pequeñas. En cambio la de San Vicente la Barquera, con no tener hoy su importancia de antes, conserva todavía la amplitud necesaria á un puerto de segundo orden; y por cierto que entre otras ventajas para la instalación en ella del Laboratorio, subordinadas, ya se entiende, á la principal que ahora nos ocupa, no es la menos importante el modo de enlazarse esta ría con su costa inmediata; pues se hace la transición en espacio tan breve que, emplazado aquél entre la Barquera y el Castillo, podrían los naturalistas tener inmediatas á la vez, á la mano, como se dice, costa y ría, en términos de serles fácil en el transcurso de una bajamar ó vaciante explorar una tras otra la fauna costera, propiamente dicha, y la fauna de ría, aspectos de la fauna litoral, distintos siempre. De la favorable situación de este puerto para el mejor acceso á la fauna intermedia y profunda del Cantábrico ya estaba convencido años hace: desde principios de 1884 sabía por experiencia que, sin grandes recursos, no era difícil explorar á lo menos la fauna de sus primeros grandes fondos, ya que obtuve de ellos casi al azar, algunas especies de fauna profunda, dragadas antes por Agassiz en el golfo de Méjico y por el «Travailleur» después en el Cantábrico á mayores profundidades que las de 600 á 800 metros en que vivían los ejemplares por mí observados. Debí éstos al cuidado que los pescadores de besugo pusieron en recoger, defiriendo á mis indicaciones, los poliperos y demás objetos que engarmados en los anzuelos de sus cuerdas salieran á flote. En varios ejemplares así logrados de corales, á saber, la *Amphihelia oculata* y la *Lophohelia prolifera*, aparecieron; una especie de *Amphiura*, seguramente nueva (ni la ví en las colecciones del «Travailleur» en París, ni la menciona Lyman en su descripción de los Ofiúridos dragados por el «Challenger» ni antes, ya se sobreentiende, estaba descrita), la *Eunice Amphihelieae*, Anélido aún no descrito por el ilustre Marión á quien debe su nombre esta especie, y 3 crustáceos, la *Múnida tenuimana*, la *Galathea Jacqueti*, dedicada por A. Milne-Edwards á uno de los oficiales del «Travailleur» y el *Diptichus rubro-vittatus*, descrito años antes

por este sabio, entre otros crustáceos dragados como él por Agassiz en el Golfo de Méjico, y del que acaba de hacer más detenido estudio mi amigo el Dr. Bonnier gracias á los ejemplares que pude facilitarle: acompañaban á estas especies varias Esponjas, un Astérido y dos Actinias, pertenecientes también, es lo probable, á la fauna profunda. Del mismo modo obtuve en otra ocasión dos individuos de un Holotúrido del género *Stichopus* para los cuales establecí la especie *rubens*, que ha sido, creo, dragada ulteriormente en otras profundidades del Cantábrico por el príncipe de Mónaco y el barón J. de Guerne á bordo de «L'Hirondelle». Resulta, en suma, que á pesar de ser el procedimiento tan primitivo y casual, llegaron á recojerse, además de dos especies nuevas, seis de las muchas dragadas antes por el «Travailleur en mayores profundidades de este mar.

Este hecho, sobre anticiparme, como digo, la seguridad casi del éxito para el ensayo proyectado, tratándose de S. Vicente, me autorizaba también á contar con iguales garantías de resultado satisfactorio respecto de Suances, cuya ría en nada cede á la anterior en punto á condiciones favorables para el mejor acceso á la serie de los grandes fondos, siéndole, por lo demás, inferior en el respecto indicado antes y en otros más secundarios. Aunque en menor escala, ya que Santander dista más de las zonas profundas del Cantábrico, también podía fundar en aquel dato esperanzas muy legítimas de buen éxito en su ría, si por existir en ella de un modo permanente los medios de exploración adecuados al caso, que faltan por ahora en las otras dos (y sólo con gran dispendio se podría obtenerlos, no diré para el ensayo, pero sí para un servicio regular y constante), me era preciso elegir esta ciudad, como lo hice en efecto, renunciando por entonces á la posición más ventajosa de S. Vicente y Suances, y por consiguiente á las excepcionales condiciones de instalación que hallaría el Laboratorio en el primero de estos puertos. Del propio modo habría tenido que renunciar quizás á las notorias ventajas de Cedeira, Santa Marta y el Barquero, dando la preferencia á la Coruña y el Ferrol, más distantes que ellas de los grandes fondos comunes, si los ofreciera con ordenada serie la zona galáica del Cantábrico, tan interesante por su fauna litoral, mereciendo entonces la prelación acabada de otorgar á la zona de Santander y dentro de ella á Santander mismo, cuya elección viene impuesta, como se vé, por razones fundadas, ante todo, en mi modo de entender la misión que debe proponerse el Laboratorio, y subordinadamente, en circunstancias exteriores, prácticas, que era forzoso acatar en éste como en casos análogos.

3.º A tal ensayo exploratorio de la fauna intermedia y profunda inmediata á Santander habría debido limitarse, por tanto, la excursión preliminar á este informe, si hecho aquél con buen resultado, hubiera además podido permitirme abrigar la seguridad de que merecía la aprobación

Superior este concepto mío del fin del Laboratorio y de los medios más conducentes á su realización. Pero necesitaba, por si la tentativa no respondía á mis esperanzas, recoger, mediante una rápida observación de la fauna litoral y pelágica de la costa española, donde fuese necesaria, los datos más indispensables para informar entonces sobre el diverso emplazamiento exigido por la Estación al tener que excluir de sus fines el estudio de la fauna profunda, atendida la imposibilidad de su acceso con los medios que aquél puede prometerse por ahora. Y por encima de esta previsión, aún suponiendo que el ensayo saliera á medida del deseo, entendí que estaba obligado á procurarme tales datos y someterlos en su debido enlace á la superioridad, por si estimaba éstos con más alto criterio, deber inspirar su resolución, no en mis opiniones sobre el fin y emplazamiento adecuado de nuestro instituto, tales como acabo de exponerlos, sino en las generales hasta ahora de muchos naturalistas en punto á la misión de tales centros y á las circunstancias de lugar en que mejor pueden cumplirla, según ya indiqué en un principio. Habría sido de mi parte indisculpable ligereza la omisión en este informe de los antecedentes necesarios para acordar otro emplazamiento mejor que el propuesto, en el caso de no parecer plenamente legítimo el ideal, valga la palabra, que en mi sentir debe llenar la Estación española.

Inspirado pues, en esta obligación ante todo, entendí que para el fin aludido me bastaba con un exámen de los rasgos más culminantes de la fauna litoral y pelágica en aquellas de nuestras costas donde es menos conocida ó presenta un interés especial.

III.

1.º Existían, dije ya, en Santander no sólo recursos del momento con que llevar á término el ensayo proyectado, sino medios fijos, permanentes para una exploración regularmente proseguida de la fauna intermedia y profunda del Cantábrico.

Casi es ocioso repetir que no se trata de los medios dispendiosos excepcionales, como los usados en las grandes exploraciones; y que precisamente á lo que debe aspirar la Estación española es á sustituir en gran parte, sinó del todo los esfuerzos extraordinarios y aislados, por lo tanto, que exigen estas, con una serie sucesiva y continua de investigaciones hechas con la mayor sencillez y economía posibles, aprovechando quizás servicios industriales instituidos para otros fines, y que recibiendo por cumplirlos la retribución proporcionada á sus gastos, reclamarían sólo una muy módica al llenar además aquel fin científico con caracter meramente accesorio.

Con esta posibilidad se cuenta en Santander. Desde luego porque hay allí, como en los otros puertos de su importancia, vapores de poco tonelaje y mucha máquina, auxiliares ó remolcadores,

que se dice, afectos siempre al servicio del puerto mismo, que, sobre poder ser fletados expresamente para exploración (si á veces conviniera hacerla en tales condiciones, por consentir ya este gasto el presupuesto ulterior de la Estación), permitirían utilizar para aquélla las frecuentísimas salidas que, trayendo ó llevando buques, hacen entre el mar y el puerto constantemente; sin que fuera necesario entonces sufragar otro costo que el del exceso de carbón consumido durante las horas que duren los dragados, y el de una gratificación á sus tripulantes por el aumento que tengan de trabajo: siendo evidente que uno y otro gasto representarían una parte muy pequeña de los exigidos en el caso anterior.

Pero más ventajosa aún que esta última circunstancia lo es, para el fin propuesto y desde el punto de vista económico, la de que alguno de estos vapores acompaña desde los últimos años á las lanchas que se dedican á la pesca ó costera del besugo durante el invierno; debiendo en virtud de un contrato remolcarlas, si lo necesitan, hasta los apartados sitios de pesca, *mares*, que dicen los pescadores, y traerlas al puerto, si lo exige la falta de viento ó lo reclaman con urgencia los temporales que surgen ó se agravan antes de su regreso. Obligado el vapor en estos términos con las lanchas, bien se vé con cuanta facilidad puede añadir á su servicio el secundario de la exploración, pues las mares en que abunda el besugo son los fondos intermedios ó primeros profundos.

No hay que decir que en Santander, en otra escala sin duda que en San Vicente y Suances por ser mayor allí el número de lanchas que hacen la costera del besugo, se contaría con el recurso de muchos lances casuales, parecidos á los que en San Vicente me proporcionaron las especies nombradas; y que aprovechados en su totalidad mediante instrucciones dadas á los pescadores (suministrándoles con ellas recipientes baratos en que traerían conservados en agua de mar los ejemplares recogidos), acabarían por ofrecer un material de estudio bastante rico, capaz aún de aumentar en grandes proporciones, si se consiguiese, y no parece difícil, obtener de los pescadores por una leve gratificación, que añadiesen al extremo de sus sondas cuerdas con anzuelos, ó ganchos de diversa forma, trozos de red, estopas, etcétera, algo, en suma, como lo que llaman «faubert» los franceses y á cuyo empleo deben tantos ejemplares las diversas exploraciones. Con expediente tan sencillísimo sobraría para tener recolección segura de Corales, Equinodermos, Crustáceos y en general de cuantas especies presentan en su superficie asperezas ó propenden por otras circunstancias á engancharse fácilmente, engarmar, como dicen aquellos marineros en los anzuelos ó artificios parecidos de captura, ó prenderse en las mallas de la red ó entre las hebras del cáñamo. Tales procedimientos, con ser tan rudimentarios, podrían recibir una organización más variada y sistemática que la que se despren-

de de estas indicaciones, hechas para mostrar tan sólo un ejemplo de la forma más elemental que puede dárselos; y no es aventurado suponer que dentro de su carácter supletorio contribuirían á enriquecer mucho la recolección obtenida con los medios superiores de cuyo ensayo voy á tratar.

Para verificarlo me dió todo género de facilidades mi distinguido amigo, el Sr. D. Enrique G. Colomer, gerente de la Compañía de vapores titulada *La Corconera*, permitiéndome utilizar el remolcador *Hércules* en las salidas que hiciese, ya para sacar buques mar á fuera, ya sobre todo, para acompañar á las lanchas hasta las mares donde pescan el besugo. Por su parte, la Junta de Obras del Puerto y su ilustrado ingeniero D. Arturo Clemente, mi amigo también, extremaron su deferencia autorizándome para aprovechar sus vapores en la medida compatible con el servicio á que están destinados, que es el de transportar á algunas millas de la costa las arenas dragadas en el puerto; en realidad no podía utilizar para mi fin sinó el último de las diversos viajes que hacen cada día; y tan solamente en el regreso, pues en todos los otros la demora del vapor necesaria para hacer con él nuestros dragados, habría impedido al buque llevar á su destino la cantidad de arena presupuesta para el día.

Por fin, muy difícil me hubiera sido utilizar con fruto todos estos generosos auxilios, á no contar, en las excursiones realizadas, con la inteligencia, pericia y energía, bien notorias entre propios y extraños, del capitán de la marina mercante D. Fernando Gutiérrez Cueto, cuyo espontáneo concurso en la ocasión presente debo á la amistad fraternal que á él y á sus hermanos me une hoy dichosamente, y es tradición fiel de la que unió siempre á nuestros padres y familias.

Tres excursiones se hicieron en los días 27 y 29 de Febrero y 1.º de Marzo del año anterior, aprovechando dos salidas de estos vapores y una del «Hércules», para reconocer los fondos inmediatos á la costa, comprendidos en la gran enseada que limitan el Cabo Mayor y el de Quintres. En los tres dragados hechos en ellas resultó muy pobre el fondo de arena fina y apretada que se encuentra en toda esta región; solo hallamos en ella algún que otro Molusco, y muchedumbre de individuos pertenecientes á dos géneros de Crustáceos, (*Portunus*, *Pagurus*).

De las dos excursiones hechas en el «Hércules» para explorar la fauna media y profunda, la primera verificada el 22 de Febrero de dicho año, se malogró del todo, pues arreció tanto el N. O. pasadas dos millas de Cabo Mayor, que fué preciso volver al puerto con las lanchas.

En cambio la segunda, que tuvo lugar en 3 de Marzo, y fué la única que pudo realizarse con buen tiempo durante todo Febrero y la primera mitad del mes siguiente, dió al ayudante don José Rioja resultados satisfactorios que confirmaron mis esperanzas. Tres dragados se hicieron durante ella en «La Marona» «El Ramo»

y el «Sequel,» regiones ó mares situadas al N. O. del Cabo Mayor: las dos primeras, cuyo suelo de fango ó lama está ya á 300 ó 400 metros de hondura, distan próximamente 12 y 10 millas de la costa; mientras que la tercera con suelo de roca ó de cascajo fino, completamente parecido á un «fahlum,» no pasará de 100 á 150 metros de profundidad ni dista de la costa más de 6 millas. Tanto en la «Marona» como en el «Ramo» sacó la draga por de pronto un ejemplar del *Stichopus rubens*, la especie nueva de este género de Holoturias sacada, según dije, fortuitamente por los pescadores de besugo en una mar ó región parecida inmediata á San Vicente la Barquera. Bastaba este hallazgo para saber ya que, sin otros medios que los usuales en cuanto á draga, cuerda, marineros, etc., podía explorarse con seguridad de éxito los primeros términos, cuando menos, de la serie de los grandes fondos, esto es, la primera zona de la fauna profunda, que es precisamente aquélla cuyo estudio completo urge hacer cuanto antes, ya que van descubriéndose en sus fondos, á medida que se exploran, muchas especies halladas antes en mayores profundidades, de que no son tan peculiares, por lo visto, como pudo suponerse en un principio en vista de datos parciales é inconexos.

Con la Holoturia nombrada salió también del fango de la «Marona» otro Equinodermo raro, de fauna también profunda, una especie del género *Astroschema*, dragada por el «Travailleur» en mayores fondos de este mar, varias Esponjas, un Alciónido y un *Astropecten*, entre otras especies menos interesantes, vinieron también en la draga con las dos primeramente dichas; pero no habiendo tenido medios todavía para averiguar si son conocidos sólo como de fauna profunda, según creo, me limito á mencionárselas aquí. En el «Ramo» en cambio, recogió la draga con el *Stichopus rubens* dos especies de verdadera fauna profunda. Es la primera la *Hialinoecia mahieuxii*, Anélido que vive en tubos completamente parecidos al cañón de una pluma de ganso (y por tal los toman los marineros) que dragaron el «Travailleur» en el Cantábrico y el «Talisman» frente á la costa de Marruecos en fondos de 700 á 2000 metros.

La segunda que supongo nueva, aunque no lo afirmo hasta saber si ha sido dragada por el «Challenger,» pertenece á un género nuevo, el *Cladocarpus* creado por Allmann para un Hidroideo del grupo de los Plumuláridos, procedente de grandes fondos del E. del océano Atlántico explorados por el «Porcupine.»

Como en la «Marona», no fueron estas dos especies de incuestionable fauna profunda las únicas recogidas; salieron con ellas otras también raras de *Aglaophenia*, *Cariophyllia*, *Amphiura* y *Ophiotrix* de que ahora no hago más mérito. Tampoco me atrevo á dar sin previo estudio la importancia que quizá tenga, así por su novedad como por su procedencia de fauna profunda, á varios Ofiuroideos, Anélidos, Crustáceos (entre estos un *Pagurus* con embriones en el momento de la

eclesión), Moluscos y Briozóos hallados en el suelo de roca ó cascajo de la mar del «Sequel,» la menos profunda y más inmediata, según dije, de las tres exploradas. He de añadir todavía, que si faltó después ocasión, por haber terminado ya el contrato del vapor con las lanchas besugueras, para dragar en otros suelos de roca no más distantes de la costa que los de la «Marona», y del «Ramo,» pueden darse, sin embargo, por tan fáciles de reconocer como éstos, ya que en algunos puestos de la plaza del pescado se ven en Santander con frecuencia, entre otros «árboles de mar», ejemplares de *Amphihelia* y *Lophohelia*, con los tubos fabricados á expensas de la carne y esqueleto de estos corales por su comensal la *Eunice Amphihelie*, los mismos en suma, que los ya descritos de la fauna profunda de San Vicente la Barquera debiendo tenerse casi por seguro que también vivirán en las ramas de estos corales de Santander las otras especies que se encontraron con la *Eunice* en los ejemplares de San Vicente, esto es en las mares de «Mozagro» y «Herrera.»

Tales son los resultados del proyectado ensayo exploratorio; con limitarse á los primeros fondos de la fauna profunda, acreditan que es posible en Santander una exploración de ésta sistemáticamente continuada, metódica, regular, constante, con sólo organizar los recursos prácticos que allí ofrece la industria. Aún suponiendo, lo que no es probable, que no se pudiese llegar con ellos á los grandes fondos, bastaría, sin embargo, á la Estación española con haber facilitado á los naturalistas el estudio íntegro, evolutivo, de las especies que pueblan los fondos accesibles, para llenar ahora una misión superior, en mi sentir, á la que cumplen hoy los demás Laboratorios, ocupados sólo de estudiar una parte de la fauna, no toda ella como lo exige su unidad común.

Pero, sobre no parecer muy difícil conseguir con tales medios el acceso á mayores profundidades, es éste positivamente seguro, si con mayor sacrificio, que quizá consentirían al Laboratorio sus presupuestos ulteriores, se mejorase la primitiva sencillez de aquéllos, adaptándoles en menor escala, sin duda, los mecanismos y utensilios perfeccionados que en mayor medida se emplean en las exploraciones á gran distancia: ciertamente mucho de lo que se exige para llevar éstas á cabo, no será necesario en las que hayan de hacerse tan cerca de la costa, pues la proximidad á ella de los fondos que interesa estudiar vale ya, como si dijéramos, por un gran tren de exploración para fondos muy apartados del litoral.

IV.

1.º Expuestos antes los resultados satisfactorios del ensayo de exploración de la fauna profunda del Cantábrico, y consignados ahora los datos más importantes sobre la riqueza relativa de la fauna litoral y pelágica en las costas españolas

de nuestra Península (1), paso á tratar ahora de la elección de sitio para el mejor emplazamiento de la Estación española, inspirándome ante todo en el concepto que tengo del verdadero fin de este Instituto, á saber, el estudio de la fauna en toda su integridad, no sólo de la litoral y pelágica, sino también de la profunda.

Si el laboratorio hubiese podido contar en San Vicente la Barquera con la subvención de 15.000 pesetas anuales que solicité de la Diputación provincial de Santander, no hubiera vacilado en proponer el establecimiento de la Estación en la península de la Barquera, á cuyas excepcionales ventajas para el caso, que ya dejo indicadas, se añadían también, así la cesión por el Ayuntamiento de la casa-hospedería y terrenos propios de la Barquera y comunales de las inmediaciones del Castillo, como el ofrecimiento por dicha Corporación de una suma de 4.000 pesetas para reparar y poner habitable la casa dicha. Pero habiéndose limitado á 5.000 pesetas la suma votada por la Diputación de Santander para subvencionar durante 12 años Laboratorio si se funda en el litoral de la provincia, no creo que con medios tan reducidos pudiese lograr éste sus fines en S. Vicente la Barquera, donde todavía era preciso invertir en la compra de una casa y terrenos particulares, que median entre los de la Barquera y el Castillo, cinco anualidades de la subvención concedida por la Diputación provincial.

A no mediar estas dificultades; si hubiera sido posible asegurar á la Estación recursos suficientes para establecer en las mejores épocas del año un servicio de dragados en los primeros grandes fondos que tan cerca se hallan de este puerto, aprovechando además durante el invierno el servicio que de las lanchas besugueras puede recabarse en los términos ya dichos, era natural preferir esta localidad á todas las demás, ya que reúne también otras dos circunstancias muy excepcionales. Es la primera la de tener una ría amplia; con grandes extensiones emergentes á bajamar; pura de elementos exóticos, pues rara vez la visita algún buque pequeño de cabotaje; y tan apropiada por otra parte, para ulteriores estudios de aplicación industrial, de ostricultura, por ejemplo, que con razón la llama la «Sta. Marta de Ortigueira del Cantábrico» el profesor señor Graells en su «Exploración científica del Departamento del Ferrol.» La segunda circunstancia, no menos ventajosa que la primera, es la de rematar la costa de este puerto en la península de la Barquera, que, si se halla lo bastante separada del pueblo para haber podido ofrecer al Laboratorio un emplazamiento completamente aislado, sin las dificultades, rozamientos é ingerencias que suscita siempre en tales casos la proximidad de viviendas, industrias ú otros servicios públicos

ó privados en la mayoría de los puertos importantes, está, sin embargo, tan cerca del caserío de San Vicente que en realidad no hay que tener en cuenta su distancia en todo lo relativo á la facilidad de sus comunicaciones con éste. Bañada esta península en su extremo oriental por el agua limpia y pura de las olas que baten las rocas sobre que se alzan las ruinas de su Castillo, fáciles de transformar unas y otras en parque ó vivero y en depósito y acuarios, ofrece en esta parte y en su orilla septentrional la fauna y flora propias de la costa propiamente dichas; y como á poca distancia de la boca del puerto, debajo de la casa de la Barquera, empiezan ya los arenales fangosos emergentes más ó menos poblados de Zosteras y que forman la margen meridional de esta lengua de tierra, acaba por resultar muy inmediata, confluyente casi con aquella fauna la especial de la ría misma: ventaja con que no se cuenta en otros muchos puertos.

Pero debiendo prescindir de tan favorables circunstancias por la exigüidad de los recursos ofrecidos para cumplir la Estación su fin principal, no vacilo en proponer su establecimiento en Santander, donde, añadida á la subvención de la Diputación provincial la votada también por el Ayuntamiento, cuenta el Laboratorio, sobre su reducida consignación en el presupuesto del Estado para material científico, con una suma de 12.500 pesetas anuales durante 12 años, con que puede acometer el estudio de la fauna profunda del Cantábrico: aspiración que le imponen, á mi juicio, no ya las razones generales, declaradas en la primera parte de este informe, sino también los deberes que parece tener la ciencia patria de cooperar, á lo menos, á tal exploración, iniciada y proseguida aún por los naturalistas franceses, sobre todo, y por el Príncipe de Mónaco últimamente.

Destino ulterior de la Estación Cantábrica como órgano
quizás de una futura Universidad
Regional (1)

Con ser ya tantos y tan preciados los frutos de la Biología, que á su importancia teórica y práctica de siempre añade la trascendental que le da hoy su influjo prepotente sobre muchas ramas de los conocimientos humanos, no son, sin embargo, los únicos que deben esperarse de su florecimiento, y especialmente del de sus nuevos órganos, los Laboratorios de Biología marina.

Nacidos éstos fuera de la organización tradicional de nuestras Universidades, hijas legítimas de un espíritu escolástico bienhechor hace siglos, corruptor hoy, si se cierra en su exclusivismo de en-

(1) Datos minuciosos de que se prescinde aquí, por estimarlos más extraños que los anteriores á la índole de este libro.

(1) Del informe emitido por la Comisión de Fomento de la Diputación provincial de Santander y suscrito por su presidente y secretario entonces don F. S. Trápaga y don José Díaz de la Pedraja, sobre la conveniencia de que subvencionase esta Corporación á la Estación de Biología Marina.

tonces á las exigencias cada vez más imperiosas del método de observación, vienen á la vida tales centros de estudio con libertad entera para desenvolver sus miembros y funciones en la plenitud de su vitalidad interna, al influjo de un ambiente científico sano, exento de impurezas históricas, sin otro cánón que no lo observación de la naturaleza, ni otro fin que el descubrimiento de sus leyes interpretando los hechos mudables á la luz de las ideas eternas. Y como es tan solidario el enlace entre las ciencias, que nada se averigua en una que no aproveche á todas, ni se inaugura por cualquiera de ellas un procedimiento más fecundo de estudio que no lo apliquen las otras á sus esferas respectivas, ni crea ninguna un órgano social más fiel que los antiguos para su vida ulterior sin que, influidas las demás por tal ejemplo, aspiren también á fundar instituciones parecidas que sirvan mejor á su progreso, no cabe duda de que en breve plazo surgirán, al modo de las Estaciones biológicas que nos ocupan, otros centros análogos, exigidos ya por muchas de las ciencias restantes que no hallan hoy en la decrepita vejez de los cuerpos universitarios la sávia y energía vital necesarias para su pleno desarrollo.

A tales resultados científicos indirectos, que los nuevos Laboratorios añadirán á los inmediatos de su propio fin especial, vienen siempre ineludiblemente enlazadas, por ser la ciencia maestra de la vida, multitud de aplicaciones diversas á los demás órdenes del progreso social. Puntualizar los beneficios que la ostricultura, la piscicultura, la acuicultura en general, han recibido ya de dichos institutos, parece excusado, siendo, como son bien conocidos; predecir los que ulteriormente han de deberles estas y parecidas industrias, es imposible, porque nadie sabe qué infinita riqueza de aplicaciones hay latente en cada fenómeno natural bien observado; y por otra parte, es para todos evidente, que no pudiéndose aplicar lo que se ignora, no hay otro camino racional y real para promover y fomentar estas y parecidas explotaciones, si no es el estudio previo, lento, prolijo y metódico de la organización y vida de los seres que les sirven de base.

En estos motivos sucintamente apuntados, de interés general, ante todo para la cultura patria, y luego para las industrias nacionales, se inspiró acertadamente el Gobierno al resolverse á crear un primer Laboratorio de biología marina en la costa de España. Al hacerlo, acude por su parte, como lo han hecho en igual caso los Gobiernos extranjeros, á las corporaciones regionales y locales, pidiéndoles su concurso en la mayor medida posible. Que le asiste razón para solicitar de las provincias y de los ayuntamientos, aunque hayan de gravar, al prestarlo, con nueva y pesada carga sus exiguos presupuestos, se advina bien pronto. Se trata, en efecto, de establecimientos científicos que por su misma naturaleza han de fundarse, en la mayoría de los casos, lejos de los grandes centros docentes; que estarán consagrados por necesidad interna á la investiga-

ción y enseñanza superior; que serán foco de cultura descentralizada, núcleos quizá de futuras universidades, representadas entonces por éstos y otros institutos afines, no yuxta-puestos, como ahora en las universidades existentes donde con razón los juntó en un pasado glorioso, el viejo escolasticismo, y donde ahora los retiene sin ella una centralización absurda, sinó distribuidos racionalmente en toda la extensión de grandes regiones naturales, emplazados en aquellos sitios cuyas condiciones físicas y sociales sean las más apropiadas para el servicio científico que ha de prestar cada uno dentro del fin común á que todos conspiren como miembros de un verdadero organismo, universitario nacido de las entrañas mismas de la naturaleza y de la vida social, no de abstracciones oficiales ni de intereses egoístas.

Tal llegará á ser, andando el tiempo, la significación de semejantes Laboratorios; la modesta función que les toca desempeñar por ahora, no de la medida de su trascendencia ulterior: prever ésta y disponerse al sacrificio necesario durante algunos años, para recoger después beneficios seguros, es lo que cumple en el caso presente á nuestra provincia, sí, aspirando á tener vida propia regional, no la que pide la vieja y agotada política formalista, sinó la exigida por la política real y viva cuyo advenimiento ansiamos todos, llega á convencerse de que el primer paso para lograr su autonomía bien entendida es renovar su educación científica y técnica, en la medida que lo reclaman y permiten los adelantos modernos de países más cultos.

Todos deploramos como un grave mal el teorismo retórico que, sobre viciar nuestra enseñanza en sus diversos grados haciéndola caer en abstracta palabrería, sin base práctica que le dé cuerpo y vida, empuja además con torpe exclusivismo hacia las carreras llamadas liberales á casi toda nuestra juventud, y deja huérfanas de inteligencia y manos las verdaderas profesiones técnicas, base real de la vida económica.

Pues si ha de ponerse remedio á esta dolencia, casi crónica, de nuestro país, hay que buscarlo por nuevos caminos; no se hallará seguramente siguiendo el antiguo, esto es, promoviendo las provincias ó cooperando á fundar centros docentes iguales á los ya sobrantes por desgracia, añadiendo á estos nuevas fábricas, que alguien ha dicho, de bachilleres, licenciados ó doctores, como las creadas años hace por diputaciones y ayuntamientos al amparo de una ley que suponía sin duda á tales corporaciones movidas por mejor espíritu para aprovechar sus beneficios. Verdad es que las subvenciones que por entonces consagraron á la creación y sostenimiento de centros de enseñanza superior, por ejemplo, facultades de Ciencias ó de Letras, y aún secciones sólo de las mismas, si apenas hondamente, considerando el torpe empleo que recibieron, alientan y consuelan, en cambio, porque revelan el buen sentido que les dió origen, esto es, la idea tan clara como justa que tenían aquellas corporaciones

de la importancia de la enseñanza superior y del interés y aún obligación en que se hallaban provincias y municipios de ayudar al Estado á difundirla y fomentarla. Á no pensar tan acertadamente; si hubiesen caído en la vulgaridad de pretender medir la importancia regional de un establecimiento científico por la mera suma de los alumnos posibles, sobre todo en la provincia y subordinadamente fuera de ella, no se habrían atrevido á sufragar estudios tan rarísimamente frecuentados. Á bien que, si el Estado, por su parte, juzgara de la cuantía que debe dar á sus gastos en cada esfera de enseñanza por el número de alumnos que á ellas acuden, no habría en España Gobierno capaz de invertir cada año en la instrucción de treinta ó cuarenta personas, á lo más, los veinte ó treinta mil duros que vendrá á costar el sostenimiento de la enseñanza superior en la sección de Ciencias naturales. Ni

menos gravarían sus presupuestos las naciones más adelantadas con las grandes sumas, enormes para nuestra pobreza y más aún para nuestro atraso, que consagran á este servicio Francia, Inglaterra y Alemania sobre todo.

Por fortuna no obedecen á criterio tan mecánico y falso los Gobiernos cultos, ni obedecieron tampoco aquellas corporaciones; pensaron éstas, por el contrario, que estaban obligadas á sacrificios de alguna entidad para dotar á sus provincias de centros de estudios superiores; no les preocupó el exiguo número de intereses materiales que iban á resultar favorecidos con ellos; vieron en suma, claramente que habían de ejercer por de pronto un poderoso influjo en la cultura general (ya que, como suele decirse, la luz viene de arriba) y á la larga una bienhechora acción ulterior en el desarrollo y progreso de las industrias regionales.

NOTA.

Los editores de este libro deben á quien hasta acá llegue hojeándole una advertencia.

Entre los trabajos de varia indole que en él figuran, muestra de lo que hacen y representan los artistas y literatos montañeses que hoy viven, hallará el lector la colaboración de uno á quien ya, al venir el libro al mundo, no encuentran en él ojos que desolados le buscan. Próxima á terminarse la impresión de la obra, el pintor Victoriano Polanco, cuya firma honra varias de estas páginas, ha pagado á la muerte el común tributo, quedando con sus amigos y admiradores en larga deuda de gloriosas esperanzas.



ÍNDICE.

ARTICULOS EN PROSA.

	Págs.
<i>Introducción.</i> —Angel de los Ríos y Ríos.....	9
<i>Panojuca.</i> —D. Duque y Merino.....	19
<i>De Artes y Letras.</i> —Pedro Sánchez.....	31
<i>Marinas.</i> —V. Lastra y Jado.....	40
<i>Cutres.</i> —José M. ^a de Pereda.....	49
<i>El Domingo de Ramos.</i> —Honorio Torcida.	61
<i>Tradición Santanderina.</i> —Evaristo Rodríguez Bedia.....	70
<i>La Beneficencia en la Montaña.</i> —José Zumelzu.....	81
<i>Un par de documentos.</i> —A. Piedra.....	83
<i>El Espolique artista.</i> —Arremiendos.....	97
<i>Un poco de Minería Montañesa.</i> —Marcial Olavarria.....	108
<i>El Canto del Dalle.</i> —Adolfo de Aguirre.....	123
<i>Etapas de un marino.</i> —Ambrosio Menjón...	135
<i>Montañeses célebres en Filipinas.</i> —Fr. José Cueto.....	149
<i>La Industria en la provincia de Santander.</i> —José M. ^a Cagigal.....	155
<i>El Seminario de Comillas.</i> —José Díaz Quijano.....	169
<i>La Instrucción pública en la provincia de Santander.</i> —F. Gutiérrez Polanco.....	179
<i>El Bardo de Róbrena.</i> —Alfonso Ortiz de la Torre.....	183
<i>A las puertas de un solar.</i> —Juan García.....	189
<i>Un Episodio de los Bandos de la Montaña.</i> —A. de los Ríos y Ríos.....	198
<i>El espectáculo de la tía Celipa.</i> —R. Muñóz....	205
<i>Por deber y por amor.</i> —Baldomero Villegas.	215
<i>Primeras páginas sobre la introducción de la Imprenta en Santander.</i> —Eduardo de la Pedraja Fernández.....	223
<i>Un poeta montañés desconocido del siglo XVIII.</i> —M. Menéndez y Pelayo.....	235
<i>Diario de un viajero.</i> —Juan R. de Treceño.	248
<i>Castro Urdiales.</i> —Javier Echavarría.....	256
<i>La Estación Cantábrica de Biología Marina.</i>	256

POESÍAS.

<i>A la Amistad.</i> —G. Laverde.....	18
<i>Liendo ó el Valle paterno.</i> —Casimiro del Collado.....	36
<i>Ægri Somnia.</i> —G. Laverde.....	47
<i>La Reclusa.</i> —R. Oláran.....	65
.....—Amós de Escalante.....	79
<i>Gilete.</i> —Adolfo de la Fuente.....	89
<i>Fragmentos.</i> —Gabino Gutiérrez Gómez.....	106
<i>El cuento de la Pastorcita.</i> —✠ Luís Felipe Ortiz.....	115
<i>Las Olas.</i> —Antonio García de Quevedo.....	127

	Págs.
<i>A un arbol.</i> —Enrique Menéndez.....	141
<i>La Inundación.</i> —V. Fernández Llera.....	154
<i>El torco de los enamorados.</i> —Adolfo de la Fuente.....	172
<i>Cantabria (Homenaje de ausente).</i> —C. del Collado.....	195
.....—Eusebio Sierra.....	255

SEMBLANZAS.

<i>Amós de Escalante.</i> —Enrique Menéndez....	15
<i>Tomás Campuzano.</i> —Enrique Menéndez....	38
<i>Jesús Monasterio.</i> —Alfonso Ortiz de la Torre	43
<i>Juan Manuel de Mazarrasa.</i> —José Zumelzu	59
<i>Adolfo de la Fuente.</i> —Enrique Menéndez...	67
<i>José M. de Pereda.</i> —Enrique Menéndez....	86
<i>José M. de Cos.</i> —Pedro Sánchez.....	95
<i>Fernando Pérez de Camino.</i> —E. Menéndez.	113
<i>Augusto G. de Linares.</i> —José Zumelzu.....	120
<i>Angel de los Ríos y Ríos.</i> —E. Menéndez...	129
<i>Casimiro Sainz.</i> —D. Duque y Merino.....	143
<i>Joaquín Bustamante y Quevedo.</i> —Victoria-no L. Doriga.....	164
<i>Marcelino Menéndez y Pelayo.</i> —Pedro Sánchez.....	176
<i>Casimiro del Collado.</i> —Pedro Sánchez.....	220
<i>Gumersindo Laverde.</i> —Pedro Sánchez.....	264

ÉPOCAS CÉLEBRES.

<i>Guerras Cántabro-Romanas.</i>	27
<i>Dominación visigoda en Cantabria</i>	42
<i>El Monasterio de Santo Toribio.</i>	64
<i>Subelevación Cantábrica.</i>	68
<i>Las Villas de la Costa.</i>	87
<i>El monasterio de Santillana.</i>	94
<i>Fuero de Santander.</i>	121
<i>Concesiones de Fernando III.</i>	130
<i>Tratado de Londres</i>	171
<i>El marquesado de Santillana y el de Santander</i>	194
<i>El Obispado de Santander</i>	222
<i>La Provincia de Santander.</i>	233
<i>La Junta Suprema Cantábrica.</i>	265

ICONOTECA MONTAÑESA.

<i>Arquitectos famosos.</i>	35
<i>Prelados memorables.</i>	60
<i>Marinos ilustres.</i>	80
<i>Escritores ilustres.</i>	134
<i>Militares ilustres.</i>	177
<i>Otros hombres ilustres.</i>	265

HIDROLOGÍA MONTAÑESA.

	Págs.
<i>Liérganes</i>	28
<i>Hoznayo</i> (fuente del francés)	63
<i>La Hermida</i>	92
<i>Caldas de Besaya</i>	131
<i>Solares</i>	166
<i>Puente de Viesgo</i>	192
<i>Alceda</i>	213
<i>Aguas azoadas</i> (Baños de Santa Lucía)	231
<i>Ontaneda</i>	261

GRABADOS.

Composiciones artísticas.

<i>Portada exterior</i> .—Tomás Campuzano.....	
<i>Marina</i> .—Tomás Campuzano.....	39
<i>Cervatos</i> .—José M. ^a G. ^a de los Ríos.....	49
<i>Una suelta</i> .—Fernando Pérez de Camino...	53
<i>Paisage</i> .—Agustín Riancho.....	58
<i>Alegoría de la Montaña</i> .—Victoriano Polanco.....	79
<i>Apuntes de Santillana</i> .—Fernando Pérez de Camino.....	88
<i>La llegada del correo</i> .—F. Pérez de Camino.	114
<i>La Pasiéga</i> .—Ramiro Santa Cruz.....	122
<i>En la bahía</i> .—Luis C. Mons.....	122
<i>El canto del Dalle</i> .—Victoriano Polanco...	123
<i>La Ola</i> .—Cuadro de Salís.....	127
<i>Un patache</i> .—Fernando Pérez de Camino...	135
<i>Un vapor correo</i> .—F. Pérez de Camino.....	138
<i>A un árbol</i> .—Cárls Pombo.....	141
<i>El nacimiento del Ebro</i> .—Casimiro Sainz...	147
<i>Carta de Ultramar</i> .—Victoriano Polanco...	148
<i>Portada en la Cabada</i> .—Pío Ardanáz.....	156
<i>El nido</i> .—Victoriano Polanco.....	183
<i>Un solar</i> .—Cárls Pombo.....	189
<i>Proaño</i> .—Fernando Pérez de Camino.....	198
<i>D. Pedro Calderón de la Barca</i> .—Eugenio Lemus.....	204
<i>Apuntes de Comillas</i> .—F. P. Camino.....	219
<i>Una solana</i> .—V. Pérez de la Riva.....	235
<i>La fuente</i> .—Victoriano Polanco.....	255
<i>Los pasiegos</i> .—Victoriano Polanco.....	255
<i>El Sardinero</i> (la playa).—Tomás Campuzano.....	250
<i>Castro Urdiales</i> .—Fernando Pérez de Camino.....	256

Fotograbados de paisajes y edificios.

<i>El Deva en la Hermida</i>	17
<i>Liérganes</i> (el balneario).....	28

	Págs.
<i>El palacio de Elsedo en Pámanes</i>	29
<i>Una casa solariega</i>	35
<i>La villa de Potes</i>	45
<i>San Vicente de la Barquera</i>	48
<i>Puente Arce</i>	54
<i>Hoznayo</i> (fuentes del francés).....	63
<i>El pozo y puente del Amo sobre el Saja</i>	69
<i>El palacio de Soñanes en Villacarriedo</i>	82
<i>Vistas de la Hermida</i>	92
	93
	94
<i>Un detalle de Cervatos</i>	98
<i>Santa María de Lebeña</i>	99
<i>Interior de la iglesia de San Vicente de la Barquera</i>	100
<i>Exterior de la misma</i>	101
<i>Colegiata de Santillana</i>	102
<i>Interior de la iglesia del Cristo de Santander</i>	103
<i>Idem de la Catedral en Santander</i>	104
<i>El lago de Andara</i>	110
<i>La Peña de Carranceja</i>	119
<i>El Torreón de Cartes</i>	119
<i>Caldas de Besaya</i>	131
<i>La Cascada de Asón</i>	153
<i>Solares</i> (el balneario).....	166
<i>El Seminario de Comillas</i>	169
<i>El panteón de Antonio López</i>	170
<i>Palacio del Marqués de Comillas</i>	171
<i>La Estatua de Velarde</i>	178
<i>Puente-Viesgo</i>	193
<i>El Castillo de Argüeso</i>	202
<i>Una torre en Alceda</i>	213
<i>Baños en Santa Lucía</i>	231
<i>Detalles de Comillas</i>	234

RETRATOS.

<i>Amós de Escalante</i>	15
<i>Tomás Campuzano</i>	38
<i>Jesús Monasterio</i>	43
<i>Juan Manuel Mazarrasa</i>	59
<i>Adolfo de la Fuente</i>	67
<i>José María de Pereda</i>	86
<i>José María de Cós</i>	95
<i>Fernando Pérez de Camino</i>	113
<i>Augusto G. de Linares</i>	120
<i>Angel de los Ríos y Ríos</i>	129
<i>Casimiro Sainz</i>	145
<i>Joaquín Bustamante Quevedo</i>	164
<i>Marcelino Menéndez y Pelayo</i>	176
<i>Casimiro Collado</i>	221
<i>Gumersindo Laverde</i>	264

PEREZ, MOLINO Y C.^{IA}

DROGUERÍA AL POR MAYOR.

PRODUCTOS QUÍMICOS Y FARMACÉUTICOS

Fábrica de **PINTURAS** al Oleo,

EN TODOS COLORES.

GRAN VARIEDAD

DE

→ **PAPELES PINTADOS** ←

Á PRECIOS DE FÁBRICA.

Especialidades Farmaceuticas.

AGUAS MINERO-MEDICINALES.

ORTOPEDIA

y cuanto concierne á la Droguerla medicinal é industrial.

Unicos REPRESENTANTES de los Señores

→ **PRUDON Y DUBOST,**

→ de **PARIS.** ←

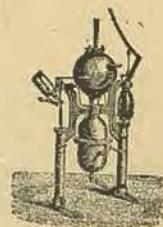
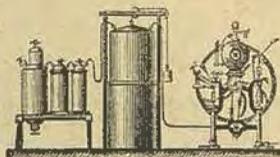
y encargados de vender en ESPAÑA
sus aparatos para la fabricación de

GASEOSAS.

DESPACHO Y ESCRITORIO, TABLEROS, 5, SANTANDER.

Teléfono, número 16.

→ **ALMACENES: Teléfono núm. 235.** ←



LA CRUZ BLANCA

MEDALLA DE ORO MEDALLA DE ORO MEDALLA DE ORO

Exp^{on} Unival^l Paris 1889 **FABRICA DE CERVEZAS DE EXPORTACION**
 BEBIDAS CASEOSAS Y HIELO ARTIFICIAL **Medalla de Oro**
• SANTANDER •

Direccion Telegrafica
CRUZ BLANCA

Dirijase la Correspondencia
AL DIRECTOR

PROVEEDORA
 DE
 LA
 REINA

MARCA DE FABRICA
 DEPOSITADA

DIPLOMA DE MÉRITO EXTRAORDINARIO

EN LA

EXPOSICION DE LONDRES 1889.

MEDALLA DE ORO

DE LA

**ACADEMIA DE CIENCIAS INDUSTRIALES
DE PARIS-1889.**

ACADEMIA NACIONAL MANUFACTURERA AGRÍCOLA Y COMERCIAL
DE FRANCIA

SOCIEDAD CIENTÍFICA EUROPEA DE BRUSELAS 1890.

MARCAS DEPOSITADAS.

CERVEZA

Imperial, Doble Bock, Morena y Mesa.

Las cervezas elaboradas por la CRUZ BLANCA no contienen ninguna clase de alcohol agregado, ni sustancia química de ninguna clase, según análisis de los Laboratorios químicos municipales de Santander, Madrid, San Sebastián, etc.

OFICINA DE FARMACIA Y LABORATORIO QUÍMICO

DEL

D.^R HONTAÑÓN

(SUCESOR DE CAGIGAL.)

PRODUCTOS QUÍMICOS PUROS Y ESPECIALIDADES NACIONALES Y EXTRANJERAS.

Preparaciones farmacéuticas de la casa BURROUGHS, WELCOME y C.^o de Londres

Vacuna animal (cow pox) del Instituto Suizo.

DEPÓSITO DE AGUAS MINERALES

DE

Archena, Carabaña, Carratraca, Hoznayo (fuentes del Francés) Loeches, Marmolejo, Mondariz, Ontaneda, Panticosa, Rubinat, Solares, Eau-Bonnes; Bourboule, Birmenstorf, Carlsbad [(Sprudel) Contréxéville, Friedrichshall, Hunyady (Janos) Orezza, Saint Galmier (Badoit) Spa, Vals, (Vivaraies 3, 5, 7,) Pauline, Saint Jean, Desiree, Precieuse, Dominique) Vichy (Grande Grille; Hopital, Celestins, Hanterive, Saint-Yorre) etc., etc.

Preparación de vendajes antisépticos al ácido fénico, bórico, tímico, salicílico, todaforma, resorcina, bicloruro mercurico, etc., etc.

VENDAJES DEXTRINADOS Y SILICATADOS PARA APÓSITOS INAMOVIBLES.

Esponjas fenicadas, eucalipticas, iodofórmicas, y tímicas. Algodón higroscópico, boratado fenicado, salicilado y hemostático.

BOTIQUINES DE BOLSILLO Y PARA BUQUES, FÁBRICAS, CASAS DE CAMPO, &.

HERNAN-CORTES, 2, SANTANDER.

LA BANDERA ESPAÑOLA



Línea de vapores correos españoles

ENTRE

SANTANDER y la ISLA DE CUBA.

SALIDAS QUINCENALES.

Vapores destinados á este servicio.

Castellano, de 4,654 toneladas.	Murciano, de 4,410 toneladas.
Catalán, de 2,574	Nararro, de 5,770
Euskaro, de 4,700	Palentino, de 4,900
Gaditano, de 5,145	Santanderino, de 5,400
Gallego, de 4,630	X, en construcción.

Escalas en los puertos de Habana, Matanzas, Sagua, Cárdenas, Nuevitas, Gibara, Santiago de Cuba, Guantánamo, Caibarien y Cienfuegos.

ADMITEN CARGA Á FLETE Y PASAJEROS.

Muelle, n.º 19,
SANTANDER.

Para informes dirigirse á sus consignatarios los Sres.

D. ELÍAS YLLERA É HIJO.

TELEFONO,
núm. 46.

LINEA DE VAPORES



CORREOS TRASATLANTICOS

ENTRE

Santander y la Isla de Puerto Rico.

Vapores destinados á este servicio.

Arecibo, Boringuen, Mayagüez, San Juan,
Arroyo y Puertorriqueño.

Salidas mensuales para San Juan de Puerto-Rico,
Arroyo, Ponce, Mayagüez, Aguadilla, Humacao,
y Arecibo, sin trasbordo.

ADMITEN CARGA Á FLETE Y PASAJEROS.

MEDOC ESPAÑOL



DE

CORRAL Y GARRIBANOS

REINOSA.



PROVEEDORES DE LA REAL CASA

y

premiados en las exposiciones de Matanzas, Barcelona, Santander, etc.

VINOS PUROS DE MESA.

PRECIOS Á DOMICILIO.

Pesetas.

CAJA de 12 botellas.....	15,00
CAJA de 12 botellas, devolviendo caja y cascos.....	12'00
BOTELLAS sueltas.....	1'25
BOTELLA suelta devolviendo el envase.....	1'00
BORDELESAS de 225 litros.....	225'00
En envases de la cabida que se desée, el litro.....	1'00

Las órdenes que se sirvan para fuera de la capital obtendrán una rebaja de 19 céntimos en litro por derechos de consumo.

El precio será en la estación ó puesto á bordo en este puerto.

La venta al contado sin descuento.



†DEPÓSITOS†

MADRID, D. Francisco Villanueva, Reina, 27.
» D. Antonio Montes, Barquillo, 32.

Los pedidos á D. MANUEL GONZÁLEZ DEL CORRAL,
SANTANDER.

UNICO SERVICIO SEMANAL

DE
VAPORES  CORREOS

ENTRE

SANTANDER Y LA ISLA DE CUBA,

por los grandes trasatlánticos de las acreditadas empresas

SERRA Y LA FLECHA.

SALIDA de Santander todos los MIÉRCOLES,

admitiendo carga y pasajeros para Habana, Matanzas, Santiago de Cuba
y Cienfuegos.

Estos hermosos vapores tocan también en Cárdenas, Sagua la Grande, Guantánamo, Trini-
dad de Cuba, Manzanillo, Gibara, Nuevitas y Caibarién.

Dirigirse para más informes á su consignatario en Santander

DON FRANCISCO SALAZAR,

MUELLE, núm. 5.

Dirección: Telégrafos, SALAZAR

Teléfono número 37.

SALÓN DE PELUQUERÍA Y BARBERIA

DE

DOMINGO MANA GERO,

PELUQUERO

PELUQUERO

DE LA REAL CASA.  DEL TEATRO.

San FRANCISCO, número 1, principal.

Este establecimiento está montado con todos los adelantos modernos.

Las Señoras encontrarán abundante surtido en **POSTIZOS.**

TAMBIEN HAY TINTURAS DE TODAS CLASES.

San Francisco, núm. 1, Santander.

ALMACEN DE MUEBLES Y TAPICERIA
DE
JUAN QUIJANO,

PLAZA DE LA LIBERTAD, junto al Banco de España.

Sillerías de sala, gabinete, comedor, etc.—Telas para tapicería, cortinajes y flecos.
—Muebles de sala, gabinete, comedor, antesala y despacho.—Muebles de capricho para regalos.—Juegos de Bambú, económicos y buenos.

Transparentes mecánicos que suben sin cuerda ni cordón (depósito).

V. da de Francisco Revilla,

JOYERÍA—PLATERÍA
RELOJERÍA.

Emitio Revilla,

FIEL CONTRASTE,
MARCADOR DE ORO Y PLATA.

SAN FRANCISCO, 15, SANTANDER.

RELOJERÍA
DE EUJENIO QUIJANO,

VELASCO, núm. 1, junto al Banco de España,
SANTANDER.

GÉNEROS
del
REINO Y EXTRANJEROS.
CASA ESPECIAL
para
LENCERÍA
y
géneros de punto.

ALONSO FERNANDEZ BALADRÓN,

HIJO

Y SUCESOR DE MANUEL FERNANDEZ,

San Francisco, núm. 9, SANTANDER.

GRAN SUETIDO
en
Alfombras, Yotes,
Colchas, Mantelerías,
Encages,
Tiras bordadas,
Cuties, Visillos
y otros muchos
artículos.

PASAMANERÍA,
PERFUMERÍA,
MERCERÍA,
MÁQUINAS DE COSER
É IMPERMEABLES
Á PLAZOS
Y AL CONTADO.

MANUEL LAINZ

CALLE DE SAN FRANCISCO,

esquina al núm. 4 de Puerta la Sierra

SANTANDER.

ESPECIALIDAD
EN ARTÍCULOS
PARA
HACER ENCAJES
DE HILO.
VENTAJAS
SIN COMPETENCIA
EN
TODO LO CITADO.



MARCA DE FÁBRICA

FÁBRICA DE BISAGRAS

DE

Dirección telegráfica:

Huidobro y Doriga, HUIDOBRO-DORIGA

INGENIEROS,

SANTANDER.

BISAGRAS de todas clases para construcciones; idem especiales para buques; pernos, hembrillas para cuadros, marcos, colgadores, etc.; agarradores para puertas, baules, cajas; escarpas ó grampones para vias de ferrocarril, etc. etc.

Se remiten catalogos y listas de precios á quien lo solicite.

MUELLE DE MALIAÑO.--Teléfono n.º 91.

 Fotografía Artística 

DE

LEOPOLDO LINACERO

1 Y 3, BLANCA, 1 Y 3.

Retratos de todas clases, reproducciones, grupos, vistas, etc.

Llamamos la atención sobre nuestras

AMPLIACIONES

de gusto artístico irreprochable, inalterables á la acción del tiempo.

A pesar de los gastos ocasionados por la adquisición de aparatos de gran poder para este novísimo procedimiento, puedo ofrecer á mi clientela estos trabajos á precios mucho más económicos que los que se cobraba hasta hoy por las ampliaciones del antiguo procedimiento, ya desechadas por el buen gusto.

Blanca, 1 y 3. LEOPOLDO LINACERO. Santander.

ALMACEN DE MUEBLES DE JUAN RASILLA

VAD-RAS, 7, SANTANDER.

MUEBLES Y TAPICERÍA DE TODAS CLASES.

Sillera de rejilla, piés inrompibles con tornillo de hierro, patente Jacob y Josef Kohn de Viena.

TALLER: DAOÍZ Y VELARDE, NUM. 7, SANTANDER.

TIENE
COMODAS
Y
ELEGANTES
HABITACIONES
CON
magníficas vistas
A LA
BAHIA.

GRAN HOTEL DE FRANCISCA GOMEZ,

SITUADO
en la magnífica casa de D. Claudio López,
sobre los salones del Café Suizo, Círculo
de Recreo y Club de Regatas, centro
del mejor barrio de Santander.

MUELLE, NÚM. 12.

EL crédito de que goza este magnífico Hotel,
hace innecesario su encomio, pues de antiguo
tiene probado el esmerado trato y succulenta mesa
con que sirve á los huéspedes que le honran con
su asistencia.

SERVICIO
DE
ASCENSOR
Y
CUANTAS
comodidades
pueda exigir
EL
CONFORT.

TALLER DE TONELERÍA

DE EUGENIO GARCIA

Mendez Nuñez, núm. 20, SANTANDER.

*Premiado en la Exposición de Santander de 1887, en barriles
de exportación, con MEDALLA de PLATA.*

Se construyen toda clase de envases, barriles, tinas, herradas,
conos y fudres de todas formas y dimensiones.

Especialidad en TONELERÍA para la exportación de vinos á AMERICA.

TONELERÍA
DE
EUGENIO GARCIA

TONELERÍA
DE
EUGENIO GARCIA

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA:

Porrúa = Droguería.

N. PORRÚA É HIJOS**IMPORTADORES Y COMERCIANTES DE DROGAS,
PRODUCTOS QUÍMICOS Y FARMACÉUTICOS.***Gran depósito de todos los productos comprendidos en la Droguería
Medicinal é Industrial.*

VENTAS POR MAYOR Y MENOR Á PRECIOS MUY REDUCIDOS.

Almacenes: calles del General Espartero y Peña-Herbosa.

Despacho y Escritorio: Compañía, 5 y Plazuela de las Escuelas, 1 y 3.

SANTANDER.

Teléfono, número 196.

Compañía, núm. 5.

UBIERNA Y FERNANDEZ.*COMPLETO SURTIDO EN ARTÍCULOS DE FERRETERÍA,***CALLE DE SAN FRANCISCO, N.º 14,****SANTANDER.****PANADERÍA**

DE

Domingo Gallat López.

Barrio de MIRANDA, número 77.

Galleta dulce y pan de Viena:

Esta panadería se halla situada próxima á los
establecimientos balnearios de las dos playas del
Sardinero y del de la Magdalena.**OBSERVATORIO****PARA ARREGLAR CRONÓMETROS MARINOS.
VENTA Ó ALQUILER DE LOS MISMOS.****Relojeria Alemana**

DE

*** EMILIO * EICHBERG ***

Calle del CORREO, 12, esquina á la de CERVANTES,

SANTANDER.

Surtido completo de toda clase de relojes.

GRAN SURTIDO DE CRISTALES**DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS,
COLORES, MUSELINAS Y GRABADOS.****Molduras doradas y con incrustaciones,
LUNAS, ESPEJOS
y cromos de todas clases y tamaños.***** FRANCISCO * PEDRAJA ***

SE HACEN

Y
pintan altaresE
IMÁGENES.

CALLE

DEL

CORREO

núm. 2,

Santander.



OBRADOR DE MÁRMOLES

DE

MIGUEL DE LA LASTRA

ALAMEDA, NÚM. 4.—SANTANDER.

Casa especial para la construcción de PANTEONES, LÁPIDAS y toda clase de objetos sepulcrales.
 Construcción de ESCALERAS, FUENTES, BAÑOS, MOSTRADORES, PIEZAS PARA MUEBLES, & &

PÍDANSE NOTAS DE PRECIOS.

DOMICILIO SOCIAL: 11, CALLE BEAUREPAIRE, PARIS.

Société Générale des Cirages Français

SOCIEDAD ANONIMA, CAPITAL 8.000,000 DE FRANCO.

FABRICAS Y CASAS

EN

Montreuil, St Omer, Lyon,
 Marsella,
 Nantes, Stettin, Odessa,
 Moscú.

PROPIETARIA DE LAS MARCAS

DE BETUN:

Jacquand Père & Fils
 A. Jacquot & Cie
 Dubois & Cie
 Berthoud & Cie

Sucursal en Santander.

*Hoja de lata blanca é iluminada, preparada
 especialmente para latas de conservas.*

Especialidad en botes y cajas para cafés, tés
 y chocolates.

ESTAÑO, PLOMO Y COBRE
 PARA SOLDAR.

BETUNES DE LUSTRE Y MATE.

DOS D. PLUMAS DE HONOR

Amsterdam 1883

Amberes 1885

BARCELONA 1888

fuera de concurso.

PARIS 1889

Medalla de Oro

fuera de concurso

y

MIEMBRO DEL JURADO

PASTA MÁGICA PARA LIMPIAR TODA CLASE DE METALES.

TINTA PARA ESCRIBIR, COMUNICATIVA Y NO COMUNICATIVA.

SUCURSAL DE SANTANDER: PASEO DE MIRANDA 1.

MUEBLES

DE

TODAS CLASES Y PRECIOS.

TÁPICERÍA

DE

José Somavilla Fijero,

Plaza de la Libertad (Arcos de Botín) 1.

SANTANDER

CONFITERÍA

CADITANA

MUELLE, 16

RUPALACIO, 5.

3, LOPE DE VEGA, 3, SANTANDER.-TELÉFONO, NÚM. 165.

LA INDUSTRIAL

GRAN FÁBRICA
DE

MOSAICOS VENECIANOS

PRIMERA DE AMBAS CASTILLAS,
V. VALDERRAMA Y C.^A
SANTANDER.

ESPECIALIDAD en toda clase de mosaicos en colores y tamaños, para iglesias, cafés y usos interiores de las casas; lo mismo que baldosas estriadas de varios dibujos y dimensiones para vías públicas, azoteas y terrados.

También se elaboran veladores, mesas, balaustres, peldaños figurando alfombra, pilas de agua bendita y cuantos objetos de adorno nos encarguen en maqueado y con incrustaciones de todos colores.

Depósito de cementos Ingleses y de otras procedencias.



NOTA.

Ha sido nombrado miembro de la Sociedad científica Europea, de Bruselas, y agraciado con medalla de 1.^a clase y otras condecoraciones, el Director Gerente D. Venancio Valderrama.

GÉNEROS DE NOVEDAD.

ESPECIALIDAD

EN CAMISERÍA Y GÉNEROS DE PUNTO,

EN CAMISETAS, CALZONCILLOS, SAYAS,

MEDIAS Y CALCETINES DE LANA, ALGODÓN, HILO Y SEDA.

Alfombras, fieltros,
cortinones y colgaduras bordadas,
yutes para tapicerías,
tapetes de todas clases y dimensiones.

Merinos y velillos,
tules y granadinas para luto,
de clases escogidas y de todos precios.

Vestidos y trajes para niños, de clarín, seda, piqué y de punto de lana.
Tiras bordadas, pañuelos de batista lisos y bordados.
Lencería, mantelería y ropa blanca para equipos de novias.
Lanas de novedad para vestidos y sedas para adornos.
Sombrillas, abanicos, libros de misa.
Camisas y calzoncillos á la medida.

SE REMITEN MUESTRAS POR EL CORREO.

17, BLANCA, 17

HIGUERA Y BLANCHARD,
BLANCA, 17, SANTANDER.

FÁBRICA DE MOSAICOS,
Piedra artificial y Mármoles comprimidos
DE RAFAEL GRACIA.
 PASEO DE LA MAGDALENA.

GRAN VARIEDAD DE DIBUJOS EN TODOS COLORES Y EN RELIEVE PARA PASEOS Y COCHERAS.

Esta casa trabaja en mármoles comprimidos los siguientes artículos: panteones, bañeras, fregaderos, peldaños de escalinata, talastradas, ménsulas y repisas de balcones, veladores y mesas. Dando planos se confeccionan toda clase de objetos referentes á este ramo.

Depósito, calle de PEÑA HERBOSA ESQUINA Á LOPE DE VEGA. Teléfono 170.

MOSAICOS ROMANOS.

Se hacen toda clase de incrustaciones imitando dibujos como los antiguos

Catálogos gratis á quien los solicite.

Tejera y alfarería.

Caños para jardines, en barro y cemento.
Se fabrican las legítimas baldosas para hornos de panadería.

Eduardo Laquillón,

PLANTAS de invernadero y aire libre para miradores y balcones.



JARDINERO HONORARIO HORTICULTOR.

DEL Excmo. Ayuntamiento.



DECORACIÓN y adorno de salones con plantas y flores.



BARRIO DE SAN MARTIN SANTANDER

Establecimiento de toda clase de Parques y Jardines.
 CUIDADO DE JARDINES y formación de canastillas de flores y de hojas de color, en mosaicos de nuevo estilo.

TALLERES DE CONSTRUCCIÓN



DE MÁQUINAS.

Anibal Colongues

INGENIERO INDUSTRIAL



Calle de SAN FERNANDO SANTANDER.

FUNDICIÓN DE TODA CLASE DE METALES



Contrucción DE LANCHAS DE VAPOR.

PLATERÍA Y JOYERÍA

DE

JOAQUÍN PRESMANES

San FRANCISCO, núm. 20, SANTANDER.

Especialidad en BRILLANTES y toda clase de piedras preciosas.

Farmacia de Eraso y Salgado

ATARAZANAS, 19 Y CUESTA DEL HOSPITAL, 1,
SANTANDER.

PRODUCTOS
QUÍMICOS PUROS.

ESPECIALIDADES
FARMACÉUTICAS.

TELÉFONO NÚM. 52.

VENDAJES ANTISEPTICOS.

Aguas minerales naturales nacionales y extranjeras.

APARATOS ORTOPÉDICOS.—BOTIQUINES DE TODAS CLASES.
EMBALSAMAMIENTOS.

Calle de Atarazanas, 19.

Cuesta del Hospital, 1.

ALMACEN DE FERRETERÍA,
QUINCALLA, CLAVAZÓN Y ALAMBRE

DE

CAGIGA Y HERMANO,
ATARAZANAS, NUM. 4, SANTANDER.

Nueva platería de Agustín Gacituaga,

SAN FRANCISCO, 17, SANTANDER.

Artículos corrientes.
Se hacen, reforman
y componen con es-
mero y economía to-
da clase de objetos
concernientes al arte

ESPECIALIDAD
en enverjados
y balconjes.



HERRERÍA Y CERRAJERÍA

DE

CIRIACO SETIEN



Calle de Santa Lucía,
número 21,
SANTANDER.

LIBRERIA Y EFECTOS DE ESCRITORIO
DE
LUCIANO GUTIÉRREZ,
SAN FRANCISCO, 30, SANTANDER.

Se admiten suscripciones a todos los periódicos, libros y obras.

Se reciben encargos pertenecientes al R. A. M. O.

FOTOGRAFIA ARTÍSTICA 28, BLANCA, 28. **ZENON QUINTANA**
Retratos de todas clases y tamaños. Reproducciones. Pinturas al óleo.

TALLERES ESPECIALES DE AMPLIACIONES. VISTAS.
28, BLANCA, 28, SANTANDER.—TELEFONO, NUMERO 12.

ALMACEN DEL GUANO
DE ENRIQUE L. BARREDO.
ALMACEN DEL GUANO

VELASCO, Números 11 y 13

TELEFONO, NUMERO 703

GRAN ALMACEN DE COMESTIBLES DE TODAS CLASES,
DEL REINO, COLONIALES Y EXTRANJEROS.

Inmenso surtido en vinos blancos y generosos de las acreditadas bodegas de *M. Misa, González Byass, Valdespino*, etc. etc.

Vinos de Burdeos, Borgoña, Oporto é Italia. Champagnes *Vda. de Clicquot, Gladiateur, Moët Chandon*, etc. etc.

Licores de *La GrandeChartreuse, Benedictins de Fecamp*, anisette *Marie Brizard*. Cremas de todas clases y *Curaçao de Holanda*.

Cognac *Martell, Otard Dupuy*, etc. etc. Rom *William, St' Georges, Bacardi, Negrita*, etc.

Depósito de las grandes fábricas de conservas y frutas de América *La Constancia*, de la Habana; de la de conservas de carnes y pescados de *D. Victor Curbera*, de Vigo; de la de almibares de *Vitoria*, de *D. Manuel García*; de la de galletas y bizcochos fantasía, Viñas y Compañía y de la de jabones finos y perfumería *La Rosario*.

Esta casa garantiza la legitimidad de todas las marcas.

Antes de comprar se puede examinar el Catálogo, que se remite gratis, y convencerse que nadie puede ofrecer un surtido tan grande como el que esta casa ofrece.

La Montañesa de Santander. **La Deliciosa de Torrelavega.**
Fábrica de Cervezas y Gaseosas, Fábrica de BEBIDAS Gaseosas,
PASEO de la CONCEPCIÓN, 20. JULIAN CEBALLOS, 13.
CASA FUNDADA EN 1846

HIJOS DE APRAIZ.

Medalla de PLATA en la Exposición de Santander en 1887.
Medalla de BRONCE en Madrid, 1877.

PRIMER PREMIO EN CERVEZA Santander 1879.
Mención Honorífica en Valladolid 1858.

Las excelentes cualidades de los productos tan acreditados de dichos establecimientos, pueden competir con los más acreditados de España y del Extranjero.
Las aguas que se emplean en la confección de los géneros de dichas casas, han sido analizadas diferentes veces con inmejorables resultados, siendo esta circunstancia garantía principalísima para el consumidor.
DOBLE BOCK.—CERVEZA de MESA.—FUERTE.—LIMON.—NARANJA.—SIDRA ESPUMOSA.—AGUA de SELTZ.—GROG
Se fabrica en la casa de *Hijos de Apraiz*, en *Santander y Torrelavega*, toda clase de cervezas y gaseosas con el más escrupuloso cuidado y las operaciones son dirigidas por los mismos dueños de la casa, ya acreditados de antiguo.
Elaboración de jarabes superiores de todas clases,
FABRICACIÓN DIARIA DE LAS BEBIDAS GASEOSAS.

BLANCA, núm. 14.

ANGEL BASAVE.

34, BLANCA, 34.

Cordonería de toda clase, botones, cintas, efectos para bordar.

*Música en todas las ediciones conocidas,
Métodos de los conocidos tanto de SOLFEO como de PIANO.*

Teléfono núm. 44.

SERVICIO SEMANAL FIJO

Bilbao, Sevilla y Marsella

con escalas

en los puertos intermedios.

COMPañÍA DE NAVEGACIÓN
FLUVIAL Y MARÍTIMA.
IBARRA Y COMP.^A

SEVILLA.

CONSIGNATARIO EN SANTANDER,

D. AURELIO MARTÍNEZ ZORRILLA,
Muelle, 3. - Teléfono, 35:

SALIDA DE SANTANDER
para Sevilla, los Martes,
y para Marsella,
los Sábados.

SASTRERÍA DE

ESPECIALIDAD EN PANTALONES.

ENCARGADOS DEL CORTE,

Federico Ontañón y Juan Ortiz.

Precios económicos.

ONTAÑÓN
22
BLANCA
22
ENTRESUELO.

Fíjese bien
el público en las
magníficas
AMPLIACIONES!
expuestas en el
portal,

RETRATOS

novedad de gran
tono artístico
y elegante,
verdaderamente
inalterables,
a precios baratísimos.

Gran Fotografía de París,
11, BECEDO, 11,

El excepcional favor que el público ha dispensado á esta magnífica Galería, de luz inmejorable y dotada recientemente con todos los aparatos y productos exigidos por los adelantos modernos, es el mejor elogio que de ella pudiera hacerse.

Fíjarse bien en el nombre de esta casa,

FOTOGRAFÍA DE PARÍS,
Becedo, 11, SANTANDER.

Se retrata
todos los días
por muy nublado
que esté,
de 9 de la mañana
á 6 de la tarde.

INSTANTANEOS.

GRUPOS,
reproducciones,
VISTAS.

CAMISERIA CUBANA

COMARDO Y GORRIA

BLANCA, 11, SANTANDER.

TELÉFONO, NÚM. 43.

WALLER ESPECIAL

en el CORTE y confección de CAMISAS,
á cargo de un acreditado cortador.

CAMISAS HECHAS,
desde pesetas 4'50 en adelante.

COMPLETO SURTIDO
en géneros de punto, pañuelos, corbatas, corsets,
paraguas, sombrillas, bastones, abanicos, peines
y cepillos.

ARTÍCULOS PARA VIAJE
OBJETOS PARA REGALOS
TRAJES DE BAÑO
SURTIDO DE PERFUMERÍA FINA

ARTÍCULOS PARA TOCADOR
IMPERMEABLES INGLESES
para Señoras, Caballeros y Niños.
DEVOCIONARIOS
ARTÍCULOS DE GOMA.

*Exposición permanente
y venta de cuadros al Oleo y Acuarela.*

BLANCA, núm. 11, Teléfono, 43.

* CAMISERIA * CUBANA *

BLANCA, 11. — Teléfono, 43.

PRECIO FIJO.

* CAMISERIA * CUBANA *

BLANCA, 11. — Teléfono, 43.

PRECIO FIJO.

SOMBRERERÍA DE PABLO SOTO.

19, BLANCA, 19.

En esta casa se construye toda clase de sombreros como lo tiene acreditado después de muchos años de práctica.—También se encontrará un bonito y variado surtido con arreglo á los últimos y más recientes modelos.

SOMBRERÍA
DE
PABLO SOTO
Blanca, 19

SOMBRERÍA
DE
PABLO SOTO
Blanca, 19

Se sirven
COMIDAS
á domicilio
para
bodas y reunio-
nes de socieda-
des, banquetes
políticos, etc.

GRAN HOTEL DE EUROPA

Mendez Nuñez, 2 y Muelle de los Naos, 1, SANTANDER

Propietario: **PEDRO FAYET**

Este edificio, construido expreso para Hotel, con vistas al puerto, acaba de ser lujosamente amueblado.

Cuenta con grandes departamentos y habitaciones cómodas para familias y personas solas, todas con vistas al mar.

Magnífica situación
Y CENTRICA,
cerca de la Es-
tación de Norte,
de los
embarcaderos
de los vapores,
del
Gobierno civil,
de la Aduana
y del Telégrafo.

CONFITERIA DE JOSE BUSTAMANTE.

En este antiguo y acreditado establecimiento se sirven con prontitud y esmero toda clase de encargos concernientes al ramo de confitería.

PLAZA NUEVA de los MERCADOS, núms. 26 y 27,
situado cerca de la estación del tranvía del Sardinero y de la parada de los coches.

ESPECIALIDAD
EN GALLETAS
para casas particulares.

CASA ESPECIAL DE ORNAMENTOS DE IGLESIA

DE
JOSÉ M^A CABEZÓN

Puente, 4, SANTANDER.

Banderas, Estandartes, Pendones, Palios
y emblemas para los mismos.

Casullas y sus accesorios.

Ternos completos.

Velos para Copones y cortinas de Sagrario.

Ropas para Santos.

Paños para Atriles, Púlpitos y Altares.

Frontales para Altares.

Encages bordados, flecos y puntillas.

Albas, Cingulos, Roquetes y Sobrepellices.

Borlas y cordones.

Vasos sagrados.

Candelabros para Altares.

Lámparas para Capillas.

Incensarios, Cruces y Ciriales.

Merinos para trajes de Sacerdotes.

Trajes para acólitos.

Juegos de corporales.

Economía en precios.

Restaurante Regatillo

CON

ALMACEN DE VINOS DE TODAS CLASES

(Casa fundada en 1829)

PLAZA DE ATARAZANAS.

Las recientes reformas realizadas en este antiguo y acreditado establecimiento, han venido á hacer resaltar más el esmerado servicio que en él encuentran sus numerosos parroquianos, sin que se alteren los precios, sumamente económicos, que han sido el mayor aliciente para los consumidores, que seguirán hallando á todas horas, y como siempre su bien surtida mesa, con arreglo á todas las exigencias.

REPOSTERÍA:

Especialidad en vinos de mesa

TELÉFONO, NÚM. 49.

<p>CHOCOLATES confeccionados con los mejores cacaos procedentes de Caracas, Choroní, Ocumare, Tabasco y Guayaquil.</p>	<p>LA FAMA DE SANTANDER FÁBRICA de CHOCOLATE movida á VAPOR DE Palazuelos y Gómez calle de BURGOS, núm. 28 SANTANDER</p>	<p>TAREAS de encargo con actividad Precios módicos y servicio á domicilio.</p>
---	--	--

SUN FIRE OFFICE
Compañía Inglesa
de **SEGUROS** contra **INCENDIOS**
establecida en LONDRES desde el año 1710
LA COMPAÑIA DE SU CLASE MAS ANTIGUA DEL MUNDO
representada en Santander
por Don José Rodríguez López

Accepta la jurisdicción de los tribunales españoles y sus agentes están autorizados para el inmediato arrego y pago de los siniestros.
Condiciones favorables y premios moderados.
OFICINAS: MUELLE, NÚM. 22, SANTANDER.

EL MUELLE
TIENDA DE FRUTOS DEL REINO
COLONIALES Y EXTRANJEROS
DE ARGOS Y MADRAZO
Vinos y conservas de todas clases
Especialidad en lapiocas de la casa de Louit freres, con prima.
PRECIOS BARATÍSIMOS Se sirve á domicilio
MUELLE, NÚM. 28
cerca del embarcadero de La Corconera, Santander.

<p>JOSE UBIERNA. ARTICULOS</p>	<p>Gran Bazar de San Francisco, FRENTE A LA IGLESIA.</p>	<p>JOSE UBIERNA. FANTASIA</p>
<p><i>Gran surtido en quincalla, juguetería, boquillas, petacas y carteras. Bisutería, porcelana, perfumaria, cristalería, camas de hierro y latón.</i></p>		

<p>ESPECIALIDAD EN columnas para edificios Material para minas Piezas sueltas para toda clase de maquinaria.</p> 	<p>FUNDICION DE HIERRO COLADO Y BRONCES. TALLERES DE MAQUINARIA DE J. ANTONIO CONCE, calle de Burgos, Santander.</p>	<p>HORNOS SISTEMA CONCE, para carbón de cock y leñas. AMASADORAS MECANICAS PARA PAN y demás utensilios para panaderías. NUEVO SISTEMA de refinera de azúcar, para pequeñas industrias. Transformación de azúcar centrifuga á flor, blanca, blanquilla y dorada.</p>
--	---	--

Almacén llamado DEL MANCO

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR.

Ribera, núm. 1) **ELOISA LOPEZ, VIUDA DE CEBALLOS** (Santander)

GRAN SURTIDO de Alpargatas de todas clases, Azúcar, Arroz, Aceitunas, Conservas, Bujías, Jabón, Pimiento dulce y picante, Papel de estraza y estracilla, Fideos, Higos y otros varios géneros del Reino y Extranjeros.—SURTIDO de Algodones, Botones, Barajas, Cintas, Libritos, Lapiceros, Papel rayado y sobres, Mechas para mecheros, Cuadernos, Libros rayados de varias clases.

SURTIERÍA Y CAMISERÍA

DE LA SEÑORA

VIUDA DE LORENZO MARTINEZ,

Plaza Vieja, esquina á las calles del Puente y de la Blanca.

EL COCN

GRAN CAMISERÍA, PERFUMERÍA Y GUANTERÍA.

San Francisco, núm. 11,

GÉNEROS DE PUNTO, OBJETOS DE FANTASÍA.

SANTANDER

ESPECIALIDAD

LL LULIN

en corbatería, bisutería, artículos para viaje, paraguas, sombrillas, bastones, abanicos, corbatas, boquillas, etc., etc.

Manuel ROBLES,
PINTOR DECORADOR
18, Alameda Primera, 18,
SANTANDER.

ESPECIALIDAD
en la restauración
de imágenes y altares.



ZAPATERIA
DE
VAZQUEZ
BLANCA, núm. 32



En este acreditado establecimiento se confecciona á la medida todo cuanto se desee en calzados para señora, caballeros y niños. Además hay un gran surtido de los mismos, bonitas formas, toda novedad, con rebaja de precios.
Las medidas se sirven con prontitud empleando para ello materiales especiales y de las mejores marcas.
Todo el calzado de esta casa se garantiza.

CASUSO É HIJO,
SANTANDER

CORREDORES DE BUQUES.—MINEROS.

CARBONES

CARDIFF, NEWCASTLE, MAIN, GIJON, ETC. ETC.

ALQUILER DE ENCERADOS * CARBONES A DOMICILIO.

ALMACENES:
Teléfono, 124.

COMISIONES, CONSIGNACIONES Y TRÁNSITOS.

OFICINAS:
Teléfono, 87.

CORRESPONDENCIA EN TODOS LOS IDIOMAS.

CASUSO É HIJO, CUADRO, 2, SANTANDER.

LAS TRES ESTRELLAS

PANADERÍA DE REGINO CEBALLOS

Burgos, núm. 18. || **SANTANDER.** || Teléfono, 524.

PANES DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS.

PAN DE VIENA * GALLETAS DULCES.

ESPECIALIDAD EN LOS TAN RENOMBRADOS ALFONSINOS.

Estando esta panadería montada con todos los adelantos de la industria, puede con seguridad servir al público con el mayor esmero y economía, compitiendo con las mejores de la población.

SERVICIO ESMERADO A DOMICILIO.

CONFITERÍA

DE

Gerardo Varona,

Puente, núm. 6, **SANTANDER.**

ESPECIALIDAD EN DULCES FINOS

CAJAS Y PAQUETES

PARA BODAS Y BAUTIZOS.

CAFÉ IMPERIAL

situado cerca de la Aduana y del
Gobierno civil,

CON VISTAS AL MUELLE.

Especialidad en helados de todas
clases.

MUELLE, NÚM. 1.

MODAS

ESPECIALIDAD

en

sombreros para señoras,
Sritas y niños

y

en todos los artículos
de MODISTA.

MARIA SAURA é Hijo

Puente, núm. 1, pral.

SANTANDER.

Especialidad

EN

CORONAS

FÚNEBRES.

GRAN ALMACEN DE MUEBLES

DE

← CUEVAS Y TOLEDO →

PREMIADOS EN LA EXPOSICIÓN ARAGONESA DE 1885-86.

Silleras de tapicería y de rejilla de todas clases; cortinajes y todo lo concerniente a tapicería; armarios de espejo, roperos, camas, lavabos, gergones de muelles, etc.

Esta casa cuenta con grandes talleres establecidos en la calle de Cisneros, que le permiten satisfacer con puntualidad y economía todos los encargos que se le hagan relativos a ebanistería y tapicería.

ALMACENES:

Plazuela de la Aduana, número 1.
TELÉFONO. 181.

TALLERES:

Calle de Cisneros, número 23.
TELÉFONO. 182.

EL BUEN GUSTO

CONFITERÍA

DE

DOMÁS ALVAREZ

Colinetas y tartas de encargo; pasteles y dulces de todas clases, para bodas y bautizos.
Gran SURTIDO en DULCES SECOS y en ALMIBAR
COMPAÑÍA, 11, SANTANDER.

ELUTERIA ARGE,
MODISTA DE SOMBREROS

de última Novedad,

Calle de la BLANCA, núm. 11,
SANTANDER.

Gorras para NIÑAS, Coronas para
regalos, bodas, etc.

Sucursal en Santander.

SAN FRANCISCO, 1, esquina al Puente,

representada

por Aniceto Miquel.

CÁNDIDO LERÍA.

PAÑOS Y SASTRERÍA,
San Francisco, núm. 7, SANTANDER.

En este acreditado establecimiento se reciben todas las temporadas grandes remesas de géneros de las mejores fábricas del extranjero y del reino, propias para trajes de caballeros y niños.

También se encuentra en esta casa un cuantioso surtido en paños de todas clases para uniformes militares, empleados de toda clase de empresas y corporaciones y superiores clases de merinos para trajes de eclesiástico, paños para mesas de billar, telas impermeables, camisas, corbatas, cuellos, puños, mantas de viaje y todo lo concerniente al ramo de pañería y sastrería.

CORTE ELEGANTE. CONFECCIÓN ESMERADA.

por Celestino Zef. Gino.

representada

EN ONTANEDA,

SUCURSAL

Café Cantabro.

HELADOS DE TODAS CLASES
refrescos, chocolates, &

CONCIERTOS ESCOGIDOS

para lo que cuenta con un SALÓN
de excelentes condiciones.

Plaza y Jardines de BECEDO.

ULTRAMARINOS

DE

FRANCISCO LASTRA,

San Francisco, 30, Santander.

Vinos comunes y generosos.—Vinos de Champagne, Burdeos, Rhin, Sauterne, Borgoña y Chipre; Oporto, Jerez, Pajarete, Málaga, etc., etc.

ESPECIALIDAD en CHOCOLATES elaborados á brazo.

Bonito surtido en Gorras
Mouristas y Kantasia.

SOMBRERERÍA

DE

MILIO DOCAL

Plaza Vieja, esquina á la calle de la Blanca.

Elegantes sombreros para caballeros y niños de las más acreditadas marcas de Londres, París é Italia.

Especialidad en la construcción para los encargos.

BARQUIN Y ALONSO

COMERCIANTES IMPORTADORES.—COMISIONES Y TRÁNSITOS.

ÚNICO DEPÓSITO DE LA CONSTANCIA,

Gran fabrica de dulces y frutas de la Habana.

MUELLE, 15, SANTANDER.

Almacenes de Vinos de José de Uzeudun.

VINOS DE MESA Y EXPORTACIÓN, PREMIADOS EN VARIAS EXPOSICIONES
CON MEDALLA DE ORO Y PLATA.

DEPÓSITOS: Santander, 24, 26, 28--Teléfono núm. 81.

EL ANCORÁ

CAFÉ, RESTAURANT.
MUELLE, NUMERO 10  Frente á la Capitanía.

ALMUERZOS Y COMIDAS
Á TODAS HORAS.

CONCIERTOS DIARIOS.

R. MARTINEZ RODRIGO,

Muelle, 4,
SANTANDER

Despacho de Aduana,
comisiones y tránsitos.

LA MONTAÑESA.

GRAN FÁBRICA DE CHOCOLATES AL VAPOR DE IGNACIO GIMENEZ,
SITUADA EN EL ASTILLERO (SANTANDER)

ESPECIALIDAD EN CHOCOLATES DE 1,50 Y 2 P.^{TAS} *CAFÉS Y THÉS
SUPERIORES.

DEPÓSITO EN MADRID: ZACARÍAS RODRIGUEZ, Noviciado, 12.

BAZAR DE JUGUETES

DE

VICENTE SORIANO.

Gran surtido en Lampisteria, Porcelana y Cristaleria.
VAJILLAS, HULES, LAVABOS.

BONITA colección en artículos de capricho propios para REGALO

Monumentos de Terra-cotta para Sarcófagos.

BLANCA, 42,
AL LADO DE LA ADUANA.

BLANCA, 42,
AL LADO DE LA ADUANA.

FEDERICO PEDROSA,
MARMOLISTA.

ALAMEDA 1.ª, 18, SANTANDER.

MÁRMOL DEL PAÍS Y EXTRANJEROS
Se hacen toda clase de trabajos en Marmol
en todas sus manifestaciones artísticas
é industriales.

Especialidad en trabajos para cementerios
y construcciones, á precios baratísimos.

ALMACEN DE VINOS
LEGÍTIMOS DE VALDEPEÑAS

Y GÉNEROS DE

Antonio Caballero y Vicuña,

CALDERÓN, 13,

esquina á la Plaza del Cuadro.

FABRICAS Y ALMACEN DE CURTIDOS

DE

PEDRO MENDICOUAGUE,

8, Calle del Cubo, 8, SANTANDER.

Teléfono núm. 189.

CORTES DE BOTINAS DE TODAS CLASES

POR MAYOR Y MENOR.

SUELA,
VAQUETAS,
SILLEROS,
COYUNDAS
BECERROS,
CHAROLES, CHAGRINES,
MATES

y otros efectos para
GUARNICIONERÍA
Y ZAPATERÍA.

ELASTICOS,
CABRAS,
CÁNAMOS,
CLAVAZON
CORREONES,
BADANAS,
PERGAMINOS.

ESPECIALIDADES

Farmacéu-
ticas
GARANTIZADAS.



OFICINA DE FARMACIA

DEL

DR. ORDOÑEZ,

MARTILLO. NÚM. 1, SANTANDER.



PRODUCTOS
MEDICINALES
químicamente
puros.

Nicolás Alzaga,

EBANISTA,

premiado con medalla de plata en la Ex-
posición provincial de Santand-r
el año 1887.

EN ESTE OBRADOR,

ESTABLECIDO CALLE DE HERNAN CORTÉS, NÚM. 1,
casa del señor Doriga,

se confeccionan toda clase de muebles de última novedad
como igualmente los de estilo del Renacimiento y con la
puntualidad que se desea.

ESPECIALIDAD para las medidas y calzado de caza.	ZAPATERIA DE MARTINA GOMEZ,	CALLE de S. Francisco, 28, SANTANDER.
<i>Esta casa, la primera en su clase, confecciona calzado de lujo. Los materiales que se emplean son de procedencia extranjera.</i>		

EL TOISON. ROSENDO DIEGO, calle de San Francisco, n.º 24.	LA MARAVILLA. SUCURSAL DE ROSENDO DIEGO, Atarazanas, número 3.
<p>En este acreditado establecimiento encontrarán sus numerosos favorecedores las más altas novedades en todo lo concerniente al ramo de tejidos, especialmente en sejería negra y colores, así como en cortes de vestido para señora, del más refinado gusto y alta novedad.</p> <p>Surtido completo en géneros para tapicería y cortinajes de yute, algodón, guipur y crochet.</p> <p>En alfombras y hules tenemos siempre los dibujos más nuevos que se fabrican.</p> <p>Mantas finas de lana y de algodón, damascos y cuties para colchones, vichys y céfiros para delantales y vestidos; brillantinas y piqué, satenes, percales y muselinas de la Alsacia; tiras bordadas, pañuelos de hilo, retorta y holandas belgas; mantelerías de color y blancas para refresco.</p> <p>Retortas y mantelerías de Rentería.</p> <p>Géneros blancos de algodón en clases superfinas. Completo surtido en todo lo concerniente al ramo de géneros de punto y camisería.</p> <p>Infinidad de artículos que no enumeramos.</p> <p>Se remiten muestras para fuera de la población á quien lo solicite.</p>	<p style="text-align: center;">GRAN SASTRERIA ECONOMICA.</p> <p>Trajes á la medida de buenas lanillas para verano, desde 30 pesetas en adelante.</p> <p>De géneros de entretiempo ó invierno, desde 40 pesetas.</p> <p>Pardesús de verano y entretiempo, desde 25 id.</p> <p>Impermeables y capas á la medida, desde 6 duros.</p> <p>Hay constantemente 500 trajes confeccionados de patenes, tricots y lanillas, desde 4 duros en adelante.</p> <p>Tenemos un gran surtido en Chiviots y lanillas inglesas para trajes de caballero, á 60 y 70 pesetas el traje.</p> <p style="text-align: center;"><i>Esmerada confección y buen corte.</i></p> <p style="text-align: center;">Precios sin competencia.</p>
Nuestro sistema es vender mucho con muy limitado beneficio.	

GRAN HOTEL DE LIERGANES <i>á cargo de la VIUDA de CARRAL.</i>
<p>Verificada la apertura de este acreditado balneario, la arrendataria del Gran Hotel no omite medio ni sacrificio con el fin de corresponder al inmenso favor con que el público la ha honrado en las anteriores temporadas. Elegantes y confortables habitaciones, desde una y media á seis pesetas diarias. Magnífico comedor capaz para doscientas personas. Gran salón de recreo con dos p. anos. Capilla y telégrafo en el mismo edificio. Billar. Cocinero y repostero de reconocido mérito. Magnífica galería.</p>

Muelle, 23 SANTANDER.	CARPINTERIA DE JOSÉ ARGOS, Muelle, 23 y Sta. Lucía, 22.	S.ª Lucía 22 SANTANDER.
<i>Marcos, puertas, armarios, estanterías, confesonarios y todas las labores del ramo, á precios sumamente económicos.</i>		

RAMON GOMEZ GARCIA.
HERRERÍA MECÁNICA,
TORNERÍA Y AJUSTAGE.



ARADOS mecánicos y bombas para riego; aparatos y cañerías para gas y agua.

CAMAS DE HIERRO Y LATÓN.

Especialidad en moldes para Vidrio ya sea en BOTELLAS, frascos rotulados para balnearios, vasos, vasijas y toda clase de objetos cuyos moldes se deseen.

Talleres, CONCORDIA, número 10.

Máquinas de coser, piezas sueltas, sedas, hilos y agujas.
 Especialidad en composturas.

DEPÓSITO: Calle del Correo, número 6, SANTANDER.



ESTABLECIMIENTO
 DE
ULTRAMARINOS.
 GÉNEROS SUPERIORES.

LA BARATA
 DE
Aldasoro y C.^a

RETRATOS
 DE TODAS CLASES,
 AMPLIACIONES,
 REPRODUCCIONES,
 VISTAS.

ESPECIALIDAD
 EN RETRATOS DE NIÑOS.
 IMPRESIÓN FOTOGRÁFICA
 á las tintas grasas (fototipia).
 DEPÓSITO DE PLACAS SECAS
 y toda clase de artículos para la fotografía.

LEANDRO,
 FOTÓGRAFO DE LA REAL CASA,
 Plaza Vieja, 4, Santander.

PARAISO DE LOS NIÑOS.

SECCIONES
ESPECIALES,
10 céntimos
real y medio
y
peseta

19, BLANCA, 19.

ESPECIALIDAD EN JUGUETES

Y ARTÍCULOS PARA REGALOS.

PERFUMERÍA Y MARROQUINERÍA,
LOZA Y PORCELANA.

CRISTAL DE BACCARAT.

ENTRADA LIBRE & PRECIO FIJO.

OBJETOS
de Escritorio.

Artículos de viaje

Y
NOVEDAD.

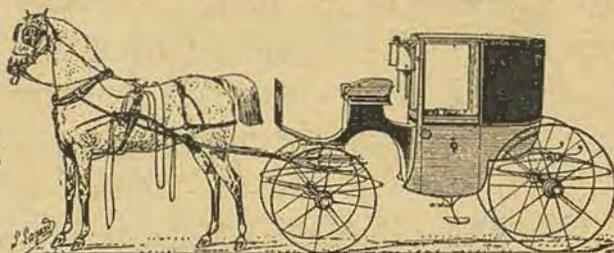
GRAN TALLER

Y

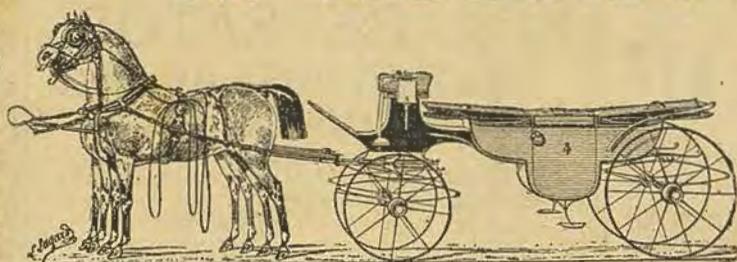
ALMACEN DE COCHES

DE LUJO,

MEDIO LUJO, INDUSTRIALES Y DEL COMERCIO.



A. RODRIGUEZ,



Magallanes, núm. 19

y San Luis, 3.

SUPERFICIE TOTAL DEL TALLER,

2,000 metros.

GRANDES SURTIDOS
de calzado de todas clases
empleando para ello los
mejores materiales
del reino y extranjero.

GRANDES ZAPATERIAS

DE

CAYETANO RAMOS, EL MADRILEÑO

Calle de la Compañía, núm. 14, Teléfono 88,

Y SU HIJO

MANUEL RAMOS,

Calle del Correo, 12. Teléfono 137,

CASAS DEL SR. ESCALANTE.

ESPECIALIDAD
EN LA MEDIDA
y obra de caza.

GRAN BAZAR ARAGONÉS

de Nuestra Señora del Pilar

DE
JORGE TRALLERO



ATARAZANAS, número 14,
TELÉFONO, núm. 527, SANTANDER.

VENTAS Y ALQUILER AL CONTADO Y Á PLAZOS,
DE TODA CLASE DE ARTÍCULOS QUE CONVENGAN.

Todo se vende **BARATÍSIMO** y sin **COMPETENCIA**.

ROPAS Á LA MEDIDA, COMO SON:
capas, gabanes, trajes completos desde 18 pesetas,
impermeables, pañuelos de seda, chales de Ma-
nila, crespón y cachemir,

**CAMAS DE HIERRO
Y DE MADERA,**
é infinidad de artículos
difíciles de enu-
merar.



ALHAJAS de ORO desde TRES pesetas y de PLATA desde UNA.
Pulseras, aretes, y sortijas con BRILLANTES y PEDRERÍA FINA

LEONTINAS de ORO, Cubiertos y LEONTINAS de PLATA al peso.
PENDIENTES de todas clases, incluso CORAL, candado y negros.
PIANOS, MANOPANES, ARISTONES,
Simfoniones y piezas de música, á una peseta.
Máquinas de coser, relojes de pared, sobremesa
y bolsillo de todas clases, precios y tama-
ños, desde 6 ptas. uno. Sillas de rejilla,
desde 18 rs. una. Muebles de Viena
y demas clases. Colchones
de muelles y de lana. Se
componen toda clase
de relojes.

ALMACÉN
DE HIERROS, ACEROS,
HOJA DE LATA, PALAS,
CLAVOS DE HERRAR y otros
artículos de hierro y acero,
de **Pablo VILLAOZ**
MUELLE, NUMERO 32

LA HUGUINA.

Es el único específico que cura rápidamente los callos sin dolor ni molestia.

La seguridad de sus resultados, comprobados con el testimonio de cuantos han usado como exterminador de los callos este específico, nos pone en el caso de 25 Ptas. al que pruebe **LA HUGUINA** ofrecer en la forma que se recomienda en el prospecto que acompaña á cada frasco, no ha conseguido la curación de sus callos.

DEPÓSITO CENTRAL: **PEREZ, MOLINO, Y CA** TABLEROS, 5, Santander,
Droguería de
y en todas las droguerías y boticas.

En el sitio más despejado y de mejores vistas del Sardinero

SE HALLA INSTALADO EL

GRAN HOTEL DE ZALDIVAR,

hoy cómodamente dividido en habitaciones independientes para familias, que se alquilan separadamente para la temporada de verano.

Este gran edificio se vende en condiciones muy ventajosas pues el dueño por causa de su quebrantada salud no le puede atender.

GRAN HOTEL

de los baños de

CALDAS DE BESAYA.

Este acreditado establecimiento unido al balneario, tiene además de esta comodidad la de excelentes habitaciones, espacioso comedor, teatro, salones de recreo etc., etc. Su dueña

DONA ANTONIA JUNCAL,
tiene de antiguo acreditado por su buena dirección, el excelente trato que en su mesa disfrutaban los bañistas.

PRECIOS MODERADOS.
MAS DETALLES

EN LA

MEMORIA DEL BALNEARIO

inserta en este libro, página 131
y siguientes.

LA PROTECTORA

AGENCIA GENERAL DE NEGOCIOS
Y ESPECIAL.

para la colocación de capitales
EN PEQUEÑAS Y GRANDES PARTIDAS

ES LA PRIMERA CASA
para la

COMPRA Y VENTA DE FINCAS
teniendo registro de todas las que hay en
venta en Santander y su provincia.

FACILITA DINERO BARATO
sobre buenas **HIPOTECAS** y pagarés.

Sección especial **Minera**
y para cobros de cuentas, liquidaciones etc.

Dirigirse á su director y propietario

DON A. ROMERO,
PUENTE, 6.

CALLE

de
MAGALLANES, 26,

SANTANDER.

Fundición de Hierro DE THOMASSIN Y RUIZ.

Sus muchos años de práctica les permite hacer con exactitud toda clase de trabajos de fundición y maquinaria, columnas para casas, piezas de adorno, y todo lo referente al arte.

MAGALLANES, 26,
SANTANDER.

CALLE

EL MÁS PRÓXIMO
Á LA PLAYA,
AL TRANVIA
Y AL CASINO.



GRAN HOTEL.
Magníficas
HABITACIONES
para FAMILIAS.
EXCELENTE TRATO.
Sardinero, SANTANDER.

Baños de Ola

EN LA

MAGNÍFICA GALERÍA

DE LA

PRIMERA PLAYA

del

SARDINERO!

PROPIETARIOS:

HIJOS DE POMBO.

HABITACIONES
EXCELENTES.

ELEGANTES
SALONES

DE

RECREO

GRAN HOTEL DE CASTILLA.
TRATO
ESMERADO.

PRECIOS

REDUCIDOS.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPañÍA DE SEGUROS REUNIDOS

Domiciliada en Madrid, calle de Olózaga, núm. 1

(PASEO DE RECOLETOS)

GARANTÍAS:

Capital social. . . 12.000.000 de pesetas

Primas y reservas 41.075.893

Esta gran Compañía NACIONAL ha satisfecho por siniestros de incendios en el AÑO 1889 la considerable suma de

PESETAS 2.437.506,93 CTS.

No hay demostración más evidente de la importancia de una Compañía y del vasto desarrollo de sus operaciones.

Representantes en Santander y su provincia, Hoyo y Fernández, Muelle, 4.

BLANCHARD Y C^{IA}

IMPRESA, LITOGRAFIA Y ENCUADERNACION

DE

EL ATLANTICO,

Plaza de la Libertad, núm. 1, SANTANDER.



IMPRESA.--Se hacen toda clase de trabajos tipográficos desde las circulares y anuncios más modestos hasta publicaciones de lujo como la presente; carteles para anuncios de todas clases y tamaños,

LITOGRAFÍA.--Etiquetas en negro y colores de todos tamaños y clases. Circulares, membretes y facturas de casas de comercio. Letras de cambio, pagarés, recibos, etc. etc.

ENCUADERNACIÓN.-- Se hacen de todos géneros. Carpetas estampadas para proyectos, etc., etc.

EL ATLÁNTICO, periódico diario; el de más circulación de la provincia. Suscripción en la Capital, trimestre, 5 pesetas, fuera de la Capital, trimestre, 5'50 id.

Número suelto, 5 céntimos.

INDICE DE LOS ANUNCIOS

DE LA

SECCIÓN INDUSTRIAL.

Páginas.	Páginas.		
<i>Aldasoro y Compañía</i> .—LA BARATA— Tienda de Ultramarinos.....	XXV	<i>Corral hermanos</i> (Medoc-Español) Rei- nosa y Santander.....	IV
<i>Almacén del Manco</i> .—(Elisa López, Vda. de Ceballos)—Ultramarinos.....	XIX	<i>Cruz Blanca</i> (La) Gran fábrica de Cer- vezas gaseosas y hielo.....	II
<i>Alvarez</i> (Tomás)—Confitería.....	XXI	<i>Cuevas y Toledo</i> (Almacén de muebles) Plaza del Príncipe.....	XX
<i>Alzaga</i> (Nicolás)—Ebanista.....	XXIII	<i>Diego</i> (Rosendo)—La maravilla (Sastre- ría) calle de Atarazanas.....	XXIV
<i>Arce</i> (Eleuteria)—Modista de Sombre- ros.....	XXI	<i>Diego</i> (Rosendo)—El Toisón--(Almacén de tejidos y novedades).....	XXIV
<i>Argos</i> (José)—Maestro carpintero.....	XXIV	EL ATLÁNTICO—Imprenta, Litografía y Encuadernación--Blanchard y Com- pañía.....	XXIX
<i>Argos y Madrazo</i> —Almacén de Ultra- marinos.....	XVIII	<i>Eden</i> (El)—Camisería y bisutería.....	XIX
BARATA (LA)—Almacén de Ultra- marinos de Aldasoro y Compañía.....	XXV	<i>Eichberg</i> (Emilio)—Relojería Alemana, Calle del Correo.....	IX
<i>Baños de Ola</i> —Primera playa del Sar- dineró.....	XXVIII	<i>Erasun Salgado</i> —Farmacia—calle de Atarazanas.....	XIII
<i>Barquin y Alonso</i> --Comerciantes impor- tadores—Depósito de dulces de la Constancia.....	XXII	<i>Fayet</i> (Pedro)—Gran Hotel de Europa. <i>Fernández Baladrón</i> (Alonso)—Lience- ro—calle de San Francisco.....	XVII
<i>Basave</i> (Angel)—Pasamanería—Alma- cén de música.....	XV	<i>Fotografía de Paris</i> —Calle de Becedo... <i>Gacituaga</i> (Agustín)--Platería--Calle de San Francisco.....	VI XV XIII
<i>Bazar de San Francisco</i> —José Ubierna, Artículos de fantasía, loza, etc.....	XVIII	<i>Gallat López</i> (Domingo)—Panadería en Miranda.....	IX
<i>Bazar Aragonés</i> (Gran)—Jorge Tralle- ro—pianos, camas, etc.....	XXVII	<i>García</i> (Eugenio)—Tonelería—Calle de Mendez-Núñez.....	VIII
<i>Bustamante</i> (José)—Confitería de la Pla- za Nueva.....	XVII	<i>Gómez</i> (Francisca)—Gran Hotel--Mue- lle, 12.....	VIII
<i>Caballero y Vicuña</i> (Antonio)—Alma- cén de vinos.....	XXIII	<i>Gómez</i> (Martina)—Zapatería—Calle de San Francisco.....	XXIV
<i>Cabezón</i> (José María)—Ornamentos de Iglesia.....	XVII	<i>Gómez García</i> (Ramón)—Herrería Me- cánica.....	XXV
<i>Café Ancora</i> —Muelle, 10.....	XXII	<i>Goulard y Correa</i> —Camisería y objetos de fantasía.....	XVI
<i>Café Cantabro</i> —Becedo, 2.....	XXI	<i>Gracia</i> (Rafael) Fábrica de mosaicos en Miranda.....	XII
<i>Café Imperial</i> —Muelle, 1.....	XX	<i>Gran Hotel</i> —Sardineró.....	XXVIII
<i>Cagiga y Hermano</i> —Ferretería.....	XIII	<i>Gran Hotel de Castilla</i> —Sardineró.....	XXVIII
<i>Caldas de Besaya</i> .—Gran Hotel de do- ña Antonia Juncal.....	XXVIII	<i>Higuera y Blanchard</i> —Tejidos y nove- dades.....	XI
<i>Carral</i> (Vda. de)—Gran Hotel de Liér- ganes.....	XXIV	<i>Hijos de Apraiz</i> —Fábricas de cervezas y gaseosas en Santander y Torrela- vega.....	XIV
<i>Casuso é hijo</i> —Carbones, Encerados y Minas.....	XIX	<i>Hontanón</i> (Leopoldo)—Farmacia--Her- nan-Cortés.....	III
<i>Ceballos</i> (Regino)—Panadería las tres estrellas.....	XX	<i>Huguina</i> (La)—Destructor especial de los Callos.....	XXVII
<i>Ceballos</i> (Vda. de)—Almacén del Man- co—Ultramarinos.....	XIX		
<i>Colongues</i> (Anibal)—Ingeniero Indus- trial.....	XII		
<i>Conce</i> (J. Antonio)—Fundición y taller de maquinaria.....	XVIII		
<i>Confitería Gaditana</i>	X		

	Páginas.
<i>Hudobro y Dóriga</i> —Fábrica de bisagras.....	VII
<i>Ibarra y Compañía</i> —Compañía de navegación.....	XV
<i>Yllera é hijo (Elias)</i> —Consignatarios de la <i>La Bandera Española</i> y la <i>Puerto Riqueño</i>	III
<i>Jimenez (Ignacio)</i> —Fábrica de Chocolates <i>La Montañesa</i>	XXII
<i>La Union y el Fénix</i> —Compañía de seguros.....	XXIX
<i>Laguillon (Eduardo)</i> —Horticultor y jardinero.—Barrio de San Martín.....	XII
<i>Lainz (Manuel)</i> —Pasamanería y máquinas para coser.....	VI
<i>Lastra (Francisco)</i> —Ultramariños calle de San Francisco.....	XXI
<i>Lastra (Manuel de la)</i> —Marmolista....	X
<i>Leria (Cándido)</i> —Pañería y Sastrería...	XXI
<i>Leandro</i> —Fotógrafo; productos para los fotógrafos.....	XXV
<i>Linacero (Eufemio)</i> —Peluquería, calle de San Francisco.....	V
<i>Lopez Barredo (Enrique)</i> —ALMACEN DEL CUADRO—Ultramariños.....	XIV
<i>Linacero (Leopoldo)</i> —Fotografía Artística.....	VII
<i>Martinez Rodrigo (R)</i> —Comisionista...	XXII
<i>Martinez Zorrilla (Aurelio)</i> —Consignatario de vapores.....	XV
<i>Martinez (Vda. de Lorenzo)</i> —Sastrería.	XIX
<i>Mendicouague (Pedro)</i> —Fábricas de curtidos.....	XXIII
<i>Montañesa (La)</i> —Fábrica de Chocolate. Astillero.....	XXII
<i>Ontañon (Federico)</i> —Sastrería.....	XV
<i>Ordoñez (Crispulo)</i> —Farmacia.....	XXIII
<i>Palazuelos y Gomez</i> —Fábrica de Chocolates LA FAMA.....	XVIII
<i>Paraiso de los Niños</i> —Juguetes, loza, cristalería, etc.....	XXVI
<i>Pedraja, (Francisco)</i> —Dorador y depósito de cristales.....	IX
<i>Pedrosa (Federico)</i> —Marmolista.....	XXII
<i>Perez, Molino y Compañía</i> —Droguería calle de los Tableros.....	I

	Páginas.
<i>Porria é hijos</i> —Droguería calle de la Compañía.....	IX
<i>Presmanes (Joaquin)</i> —Platería calle de San Francisco.....	XII
<i>Protectora (La)</i> —Agencia general de Negocios.....	XXVIII
<i>Quijano (Juan)</i> —Almacén de muebles, Velasco, núm. 1.....	VI
<i>Quijano (Eugenio)</i> —Relojero—Velasco núm. 1.....	VI
<i>Quintana (Zenon)</i> —Fotógrafo.....	XIV
<i>Ramos (Cayetano)</i> —Zapatería calle de la Compañía.....	XXVI
<i>Ramos (Manuel)</i> —Zapatería, Calle del Correo.....	XXVI
<i>Rasilla (Juan)</i> —Almacén de muebles...	VIII
<i>Restaurant Regatillo</i> —Calle de Colón.	XVII
<i>Revilla (Viuda de Francisco)</i> —Platería	VI
<i>Revilla (Emilio)</i> —Fiel contraste.....	VI
<i>Robles (Manuel)</i> —Pintor decorador....	XIX
<i>Rodriguez (A.)</i> —Taller de coches.....	XXVI
<i>Rodriguez López (José)</i> —Representante de Compañías de Seguros.....	XVIII
<i>Salazar (Francisco)</i> —Consignatario de vapores.....	V
<i>Saura é hijo (María)</i> —Modista de sombreros.....	XX
<i>Setièn (Ciriaco)</i> —Herrería y cerrajería	VIII
<i>Socièté générale des Cirages français...</i>	X
<i>Somavilla Tijero (José)</i> —Almacén de muebles.....	X
<i>Soriano (Vicente)</i> —Bazar de juguetes...	XXIII
<i>Soto (Pablo)</i> —Sombrerería—Calle de la Blanca.....	XVII
<i>Sun fire Office</i> —Compañía de Seguros.	XVIII
<i>Trallero (Jorge)</i> —Bazar Aragonés.....	XXVII
<i>Ubierna y Fernández</i> —Ferretería.....	IX
<i>Ubierna (José)</i> —Gran Bazar de San Francisco.....	XVIII
<i>Uzcudun (José de)</i> —Almacén de vinos.	XXII
<i>Valderrama y Compañía</i> —Fábrica de mosaicos.....	XI
<i>Varona (Gerardo)</i> —Confitería.....	XX
<i>Vazquez</i> —Zapatería—Calle de la Blanca	XIX
<i>Villaoz (Pablo)</i> —Almacén de hierro....	XXVII
<i>Zaldivar</i> —Gran hotel en el Sardinero..	XXVII



